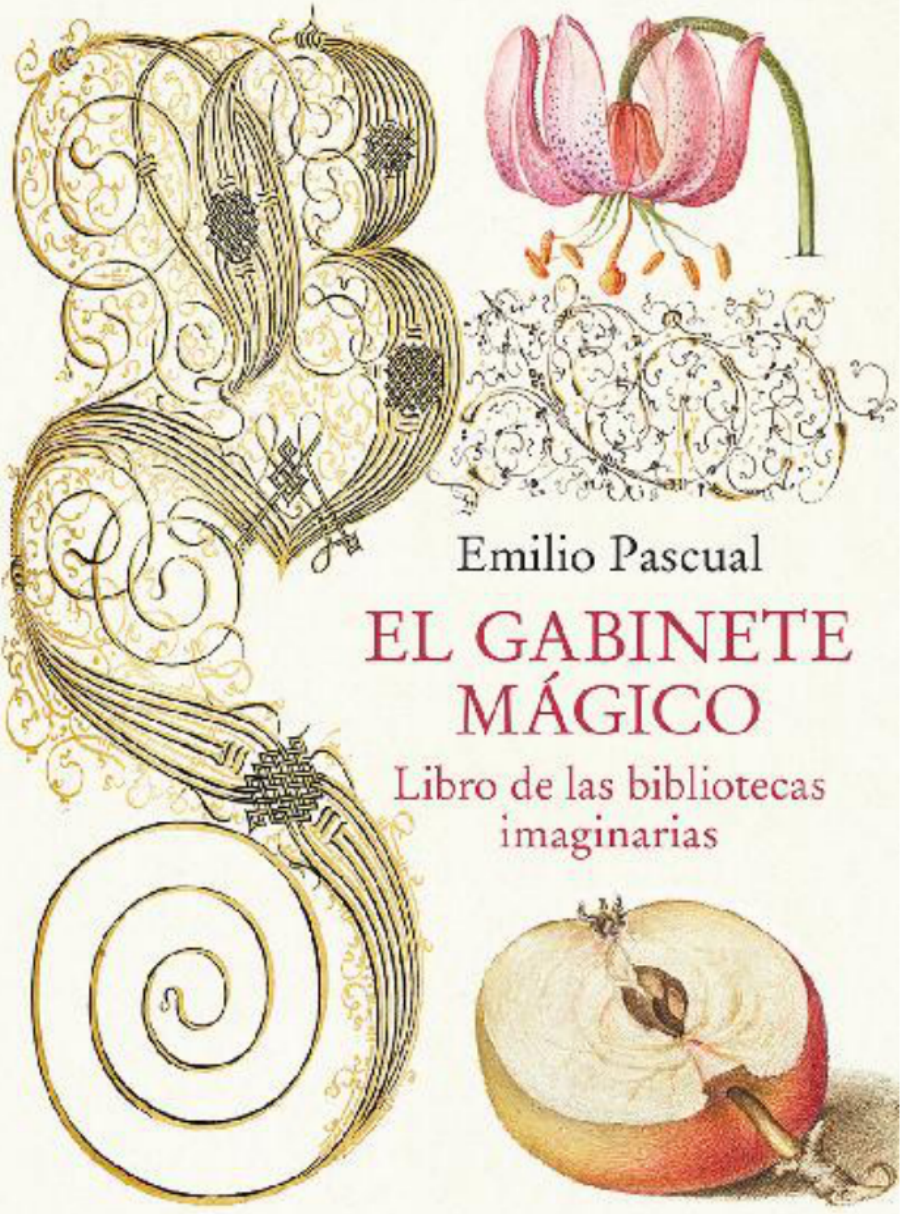

Emilio Pascual

EL GABINETE MÁGICO

Libro de las bibliotecas imaginarias

El Ojo del Tiempo **Siruela**

Table of Contents

Cover Page

Portada

Portadilla

Créditos

Índice

Dedicatoria

Cita

Citas

Preludio

La biblioteca de Alejandría

La biblioteca de la abadía sin nombre

La biblioteca de San Víctor

La biblioteca de don Quijote

La biblioteca de Pepe Carvalho

POSDATA

Pepe Carvalho tras las huellas de don Quijote

La biblioteca de Salvo Montalbano

La biblioteca de los poderosos Montes de Oca

La biblioteca del abate Chapeloud

La biblioteca de don Cayetano Polentinos

La biblioteca (privada) de Sherlock Holmes

La biblioteca de Ángela Carballino

La biblioteca de Antolín Cabrales Pellejero

La biblioteca del arcipreste Juan Higuea

La biblioteca de los Asesinos

La biblioteca de Gabriel Betteredge

La biblioteca de Robinson Crusoe

La biblioteca ideal de Emilio

La biblioteca del Maniobrador de Grúas

La biblioteca del Nautilus

Una biblioteca en un morral de cuero

Otra biblioteca en una maleta de piel gastada

Y otra más en un baúl mundo

La biblioteca de Bastián

La biblioteca de Matilda

La biblioteca de Kolia Krasotkin

La Biblioteca de Mr. Todd

La biblioteca de Bolívar Proaño

La biblioteca de Monseñor Boccamazza

La biblioteca de Germain Chazes

La biblioteca de David Copperfield

La biblioteca de Máximo Bru Mansilla

La biblioteca de Manuel

La biblioteca de Augurio Hipocampo

La biblioteca de Sylvestre Bonnard

La biblioteca de Bouvard y Pécuchet

La biblioteca del senador Pococurante

La biblioteca de Cándido Munafò

La biblioteca de Cincunegui

La biblioteca de Bouville

La biblioteca de Carlos Brauer

La biblioteca del coronel Bantry

La biblioteca de Emma Bovary

La biblioteca del coronel Koshkariov

La biblioteca de Cristóbal V

La biblioteca de Benjamín, llamado también Benjaminito

La biblioteca de don Avelino

La biblioteca Esparviana

La biblioteca de don Eufrasio Macrocéfalo

La biblioteca de Javer

La biblioteca de Francie Nolan

La biblioteca de Fray Vicents

La biblioteca de Hermosilla

La biblioteca de Haňt'a

La biblioteca de Humboldt

La biblioteca de los Finzi-Contini

La biblioteca imperial de Kakania

La biblioteca del laberinto

La biblioteca de Mr. Shandy

La biblioteca de John Cromartie

La biblioteca de Nino Pérez Ríos

La biblioteca de Oswald

Las bibliotecas de la bella Hortensia

La biblioteca de Pedro Sánchez

La biblioteca de Peter Kien

La Biblioteca Real del regente Felipe de Orleans

La biblioteca de la Villa San Girolamo

La biblioteca de Suecia

La biblioteca de la abadía de Vectis

La biblioteca tangerina del bulevar

La biblioteca de Tom Sawyer

La biblioteca de Valentinito Torquemada,o de prodigios y superdotados

La biblioteca del Dr. Zerlendi

La biblioteca del cementerio de los libros olvidados

La biblioteca de Babel

La biblioteca celestial

Coda

Bibliografía1

Un apéndice perteneciente

Agradecimientos

Colofón

Emilio Pascual

EL GABINETE MÁGICO

Libro de las bibliotecas imaginarias

Siruela

El Ojo del Tiempo

Edición en formato digital: marzo de 2023

En cubierta: ilustración de Model Book of Caligraphy,

Georg Bocskay y Joris Hoefnagel (1561-1596) / Rawpixel Public Domain

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Emilio Pascual, 2023

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN:978-84-19553-95-9

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Preludio

La biblioteca de Alejandría

[A. M. Dean: La biblioteca perdida]

La biblioteca de la abadía sin nombre

[Umberto Eco: El nombre de la rosa]

La biblioteca de San Víctor

[François Rabelais: Pantagruel]

La biblioteca de don Quijote

[Cervantes: Don Quijote de La Mancha; S. Rushdie: Quijote;

J. López-Herrera: Las aventuras del ingenioso

detective Frank Stain]

La biblioteca de Pepe Carvalho

[M. Vázquez Montalbán: La serie de Pepe Carvalho]

Posdata: Pepe Carvalho tras las huellas de don Quijote

La biblioteca de Salvo Montalbano

[Andrea Camilleri: La serie de Montalbano]

La biblioteca de los poderosos Montes de Oca

[Leonardo Padura: La neblina del ayer]

La biblioteca del abate Chapeloud

[Honoré de Balzac: El cura de Tours]

La biblioteca de don Cayetano Polentinos

[Pérez Galdós: Doña Perfecta]

La biblioteca (privada) de Sherlock Holmes

[A. Conan Doyle: Todo Sherlock Holmes]

La biblioteca de Ángela Carballino

[Miguel de Unamuno: San Manuel Bueno, mártir]

La biblioteca de Antolín Cabrales Pellejero

[Eduardo Mendoza: El malentendido]

La biblioteca del arcipreste Juan Higuea

[Eugenio Noel: Las Siete Cucas]

La biblioteca de los Asesinos

[Amin Maalouf: Samarcanda]

La biblioteca de Gabriel Betteredge

[Wilkie Collins: La piedra lunar]

La biblioteca de Robinson Crusoe

[Daniel Defoe: Robinson Crusoe]

La biblioteca ideal de Emilio

[J. J. Rousseau: Emilio]

La biblioteca del Maniobrador de Grúas

[Manuel Rivas: Los libros arden mal]

La biblioteca del Nautilus

[Verne: 20 000 leguas de viaje submarino]

Una biblioteca en un morral de cuero

[André Brink: Al contrario]

Otra biblioteca en una maleta de piel gastada

[Dai Sijie: Balzac y la joven costurera china]

Y otra más en un baúl mundo

[Alfredo Bryce Echenique: La vida exagerada

de Martín Romaña]

La biblioteca de Bastián

[Michael Ende: La historia interminable]

La biblioteca de Matilda

[Roald Dahl: Matilda]

La biblioteca de Kolia Krasotkin

[F. M. Dostoievski: Los hermanos Karamázov]

La Biblioteca de Mr. Todd

[Evelyn Waugh: Un puñado de polvo]

La biblioteca de Bolívar Proaño

[Luis Sepúlveda: Un viejo que leía novelas de amor]

La biblioteca de Monseñor Boccamazza

[Pirandello: El difunto Matías Pascal]

La biblioteca de Germain Chazes

[Marie-Sabine Roger: Tardes con Margueritte]

La biblioteca de David Copperfield

[Charles Dickens: David Copperfield]

La biblioteca de Máximo Bru Mansilla

[Manuel Longares: El oído absoluto]

La biblioteca de Manuel

[A. Muñoz Molina: Beatus Ille]

La biblioteca de Augurio Hipocampo

[Cristóbal Serra: Augurio Hipocampo]

La biblioteca de Sylvestre Bonnard

[Anatole France: El crimen de Sylvestre Bonnard]

La biblioteca de Bouvard y Pécuchet

[Gustave Flaubert: Bouvard y Pécuchet]

La biblioteca del senador Pococurante

[Voltaire: Cándido o el optimismo]

La biblioteca de Cándido Munafò

[Leonardo Sciascia: Cándido, o Un sueño siciliano]

La biblioteca de Cincunegui

[Pío Baroja: Los pilotos de altura]

La biblioteca de Bouville

[Jean-Paul Sartre: La náusea]

La biblioteca de Carlos Brauer

[Carlos María Domínguez: La casa de papel]

La biblioteca del coronel Bantry

[Agatha Christie: Un cadáver en la biblioteca]

La biblioteca de Emma Bovary

[G. Flaubert: Madame Bovary]

La biblioteca del coronel Koshkariov

[Nikolái Gógol: Almas muertas]

La biblioteca de Cristóbal V

[Anatole France: La camisa]

La biblioteca de Benjamín, llamado también Benjaminito

[Henry Fielding: Tom Jones]

La biblioteca de don Avelino

[Pío Baroja: Aventuras, inventos

y mixtificaciones de Silvestre Paradox]

La biblioteca Esparviana

[Anatole France: La rebelión de los ángeles]

La biblioteca de don Eufrasio Macrocéfalo

[Clarín: La mosca sabia]

La biblioteca de Javer

[Ismaíl Kadaré: Crónica de piedra]

La biblioteca de Francie Nolan

[Betty Smith: Un árbol crece en Brooklyn]

La biblioteca de Fray Vicents

[Ramón Miquel i Planas: El librero asesino de Barcelona;

Gustave Flaubert: Bibliomanía; Charles Nodier: El bibliómano]

La biblioteca de Hermosilla

[F. G. Orejas: El asesinato de Clarín y otras ficciones]

La biblioteca de Haňt'a

[Bohumil Hrabal: Una soledad demasiado ruidosa]

La biblioteca de Humboldt

[Saul Bellow: El legado de Humboldt]

La biblioteca de los Finzi-Contini

[Giorgio Bassani: El jardín de los Finzi-Contini]

La biblioteca imperial de Kakania

[Robert Musil: El hombre sin atributos]

La biblioteca del laberinto

[Pío Baroja: El laberinto de las sirenas]

La biblioteca de Mr. Shandy

[Laurence Sterne: Tristram Shandy]

La biblioteca de John Cromartie

[David Garnett: Un hombre en el zoo]

La biblioteca de Nino Pérez Ríos

[Almudena Grandes: El lector de Julio Verne]

La biblioteca de Oswald

[Roald Dahl: Mi tío Oswald]

Las bibliotecas de la bella Hortensia

[Jacques Roubaud: trilogía de La bella Hortensia]

La biblioteca de Pedro Sánchez

[José María de Pereda: Pedro Sánchez]

La biblioteca de Peter Kien

[Elias Canetti: Auto de fe]

La Biblioteca Real del regente Felipe de Orleans

[Dumas: El caballero de Harmental]

La biblioteca de la Villa San Girolamo

[Michael Ondaatje: El paciente inglés]

La biblioteca de Suecia

[Danilo Kiš: La Enciclopedia de los muertos]

La biblioteca de la abadía de Vectis

[Glenn Cooper: La biblioteca de los muertos]

La biblioteca tangerina del bulevar

[Juan Goytisolo: Don Julián]

La biblioteca de Tom Sawyer

[Mark Twain: el ciclo de Tom Sawyer y Huck Finn]

La biblioteca de Valentinito Torquemada,

o de prodigios y superdotados

[Pérez Galdós: Torquemada en la hoguera]

La biblioteca del Dr. Zerlendi

[Mircea Eliade: El secreto del doctor Honigberger]

La biblioteca del cementerio de los libros olvidados

[C. Ruiz Zafón: tetralogía de El cementerio de los libros

olvidados; María Zaragoza: La biblioteca de fuego]

La biblioteca de Babel

[J. L. Borges: Ficciones]

La biblioteca celestial

[Fred Schepisi: El genio del amor]

Coda

Bibliografía

Un apéndice perteneciente

Elogio de la biblioteca escolar

Agradecimientos

Para Victoria Fernández,

que acogió en sus Cuadernos las primeras,

cuando eran volvoretas sin oriente.

Y para los creyentes que insistieron

en alumbrar y desbrozar caminos.

Y entre todas las máscaras (personae)

la que casi rompió un par de zapatos

en busca de una casa de papel.

«Emerson dijo que una biblioteca es un gabinete mágico en el que hay muchos espíritus hechizados. Despiertan cuando los llamamos; mientras no abrimos un libro, ese libro, literalmente, geométricamente, es un volumen, una cosa entre las cosas. Cuando lo abrimos, cuando el libro da con su lector, ocurre el hecho estético».

J. L. BORGES: «La Poesía»,

en Siete noches. FCE, pp. 101-102.

«Qué sería de mí sin vosotros,

tiranos y, a la vez, embajadores

de la imaginación,

verdugos del deseo

y, al mismo tiempo, mensajeros suyos,

libros llenos de cosas deplorables

y de cosas sublimes,

a los que odiar

o por los que morir».

LUIS ALBERTO DE CUENCA: «Libros»,

en Por fuertes y fronteras.

«De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación».

J. L. BORGES: «El libro», en Borges oral:

OC II. Barcelona: RBA, 2005, p. 653.

«Un libro me parece una cosa viva en el ahora y también viva a lo largo del tiempo, viva desde el momento en el que aparecieron por primera vez los pensamientos en la mente del escritor hasta el

momento en el que lo envió a la imprenta; una línea vital que sigue respirando en el instante en el que alguien se sienta con él y se maravilla y sigue leyendo una y otra vez y otra vez. En cuanto se han vertido sobre ellos palabras y pensamientos, los libros dejan de ser simple papel y tinta y pegamento: adquieren una suerte de vitalidad humana. Milton denominaba a esta cualidad de los libros "la potencia de la vida"».

S. ORLEAN: La biblioteca en llamas.

Barcelona: Planeta, 2019, p. 76.

«Debo mucho a los libros. ¿Qué sería de mí, cómo sería yo por dentro de no haber tenido tan asiduo contacto con ellos? Probablemente no sería ni mejor ni peor, pero sí sería un hombre completamente distinto.

Gracias a los libros soy lo que soy. A través de ellos un gran número de pensadores egregios me han entregado su propio saber, el resultado de sus pacientes investigaciones, los hallazgos de una inspiración momentánea pero de efectos perdurables. Esos hombres que escribieron sus obras hace siglos, que escribieron en Atenas o en Viena, en la India o en México, son de verdad mis contemporáneos. ¿Qué sería de mí sin su asesoramiento, sin su constante compañía?

¿Qué habría sido de mí sin libros, si todo mi saber se redujera a la suma de mis experiencias personales y de los conocimientos transmitidos oralmente por mis mayores?».

J. M.ª CABODEVILLA: «Los libros»,

en Orar con las cosas. Madrid: BAC, 2003, p. 251.

Preludio

Todos los libros —salvo tal vez El farmacéutico a caballo[1]— empiezan por el principio. Unos pocos comienzan «en el principio…». Tal la biografía de Magallanes de Stefan Zweig: «En el principio fueron las especias». El otro es la Biblia, cuyo «En el principio Dios creó el cielo y la tierra» es el motivo preliminar de una modesta biblioteca. (Modesta por su número de libros, no por sus pretensiones, como ha ilustrado Mario Brelich[2]). En ese versículo ya estaba el germen de todo libro y de toda biblioteca. Corrijamos, pues: en el principio fue el libro.

Quienes han tenido la fortuna —o el desvarío— de transitar por la Biblioteca de Babel saben que la biblioteca es uno de los nombres del universo, y el hombre, su «imperfecto bibliotecario». Más mesurado o menos decidido, ya lo había sospechado el filósofo Belarmino, para quien el universo era el Diccionario, y el hombre, su frugalísimo comensal[3]. Parece evidente que hombre y libro estaban condenados a encontrarse en cuanto el primero sintiera la urgencia de plasmar un piropo, una suma, una chuflilla, un monitorio cave canem. Su lógica, su ineludible consecuencia era la biblioteca, como el aparador cuando descubrió el tarro.

No sabemos si la invención de la pluma estilográfica «se pierde en esa oscuridad oliente a queso de Gruyère que se denomina noche de los tiempos», como supuso Jardiel. Lo que sí parece averiguado es que los primeros escritos tuvieron primero una naturaleza puramente funcional[4], y solo más tarde adquirieron un carácter mágico: quizá por ello los primeros archiveros y bibliotecarios fueron sacerdotes, a causa de la aureola sacra que envolvía a los libros. Nadie ignora la pasión con que los custodiaba Jorge de Burgos, uno de sus más fanáticos secuaces.

Desde sus orígenes, los libros han adoptado formas caprichosas y a menudo pasajeras. La actual es también muy vulnerable y desde luego no definitiva. Guy Montag lo sabía perfectamente. Las casas pueden estar construidas a prueba de incendios, pero los libros no: a 451 ˚F los libros arden. Ya se sabe: «El lunes Millay, el miércoles Whitman, el viernes Faulkner…». Es cierto que, el 19 de agosto de 1936, un testigo

de la pira de libros en la Dársena y en la plaza de María Pita de La Coruña certificó que los falangistas, durante la «operación de quema», estaban concentrados en «el problema de lo mal que arden los libros». No es menos cierto que el maestro Voland, «profesor de magia negra», aseguró que «los manuscritos no arden», como confirmaría el hecho de que con los diarios de Bulgákov «sucedió uno de los milagros bulgakovianos. El escritor quemó su diario, pero ahora lo podemos leer. ¡Los manuscritos no arden!»[5]. Todo eso es cierto, lo cual solo demuestra que el libro es tan resistente como frágil, y siempre nos queda Borges para recordarnos que, «si el mundo es el sueño de Alguien, si hay Alguien que ahora está soñándonos y que sueña la historia del universo, como es doctrina de la escuela idealista, la aniquilación de las religiones y de las artes, el incendio general de las bibliotecas, no importa mucho más que la destrucción de los muebles de un sueño»[6].

El mismo Borges dejó dicho que el libro es una cosa entre cosas. Sobre su uso y abuso se han desgranado no pocas ironías. Creo haber leído en algún sitio —pero no he sabido verificarlo— que, entre las utilidades de un libro, Mark Twain hallaba que, si el libro era pequeño y delgado podría servir de cuña para la pata de una mesa coja; si voluminoso y contundente, de ladrillo o proyectil (no en balde tocho también remite a 'ladrillo'). Así lo escribe aquel personaje de Sciascia desengañado de la guerra española, en la que perdió una mano, quizá por simetría con la de otro manco que la perdió en las guerras de Italia: «El libro es una cosa, lo puedes poner encima de la mesa y mirarlo apenas, incluso para apuntalar una mesa coja lo puedes usar, o para tirárselo a la cabeza a alguien, pero si lo abres y lo lees se convierte en todo un mundo»[7]. Y Carlos María Domínguez lo ha corroborado en La casa de papel: «A lo largo de los años he visto libros destinados a equilibrar la pata manca de la mesa; los conocí convertidos en mesa de luz, dispuestos en forma de torre y con un paño por encima; muchos diccionarios han planchado y prensado más objetos que las oportunidades en que fueron abiertos, y no pocos libros guardan, disimulados en los estantes, cartas, dinero, secretos. Las personas también cambian el destino de los libros» (p. 91).

Resistente y frágil, el libro. Antiguo. No deja de ser curioso que un tamaño tan socorrido para la máquina de imprimir formato III, como

es el de 16 × 24, se parezca notablemente al de las tablillas de arcilla cocida encontradas en el palacio ninivita de Asurbanipal, el rey asirio a quien Esdras adjetivó como magnus et gloriosus (Esd 4, 10). Mario Satz ha imaginado aquella biblioteca «como un lugar fresco y a la par seco, protegido por gruesas paredes y dos torres, una desde la que se observaban los fenómenos atmosféricos y otra para mirar las constelaciones y reverenciar sus estrellas».

Pero en la antigüedad, debido al sistema unicelular de producción, los libros tenían el encanto de los ejemplares únicos. Es fama que Demóstenes había copiado por sus propios pulgares todos los libros de su biblioteca. Quizá su número no fue excesivo, y por ello no necesitó copistas. Pero la afición a los libros no se detuvo por estas menudencias. Sesenta y dos mil volúmenes tenía Sereno Samónico[8], cuya influencia en toda la literatura posterior ha sido decisiva, como todo el mundo sabe, a pesar de que Macrobio lo recuerda como «un sabio de aquella época»[9]. Era la suya presumiblemente una biblioteca ostentórea. Lucano y Séneca —que, de creer a Borges, «antes del español escribieron toda la literatura española»— se burlaron de este apetito desordenado de convertir las bibliotecas en objeto de exhibición[10], vicio en que no incurriría Pepe Carvalho, por ejemplo.

Marcial no tuvo tantos, pero Emmanuel Carrère los ha visto como un lujo. «Su verdadero lujo —escribe— es su biblioteca, compuesta de rollos de papiros a la antigua y también de codex, esos legajos de hojas encuadernadas, escritas por las dos caras, que exceptuando el detalle de que el texto no está impreso, sino copiado a mano, son libros en el sentido moderno de la palabra. Este nuevo soporte empezaba a sustituir al antiguo, como actualmente el libro electrónico: se estaba haciendo, todavía no estaba hecho. Así se editaron los grandes clásicos, Homero, Virgilio, pero también éxitos de ventas contemporáneos como las Cartas a Lucilio, y cuando el propio Marcial acceda a este honor con sus últimas recopilaciones de epigramas, se sentirá tan orgulloso como un escritor francés al que publican en vida sus obras en La Pléiade».

Un hombre con gafas u ojos de lechuza se quedó maravillado ante la biblioteca de Jay Gatsby, y no tanto por la «puerta de imponente aspecto», que custodiaba aquella «alta biblioteca gótica, artesonada con roble inglés tallado, que probablemente había sido trasladada completa desde alguna ruina situada al otro lado del mar», sino por la

simple razón de que contenía libros de verdad y no de cartón, como la del ricote erudito madrileño o, al menos en parte, la de Máximo Bru. En cambio Porthos, barón Du Vallon y señor de Bracieux de Pierrefonds, dejó en su testamento una «biblioteca, compuesta por seis mil flamantes volúmenes, que nunca habían sido abiertos». Solo la biblioteca, más tarde librería, del gabonés de ascendencia vasca Menkele Echeverría no se mensuraba por número sino por tiempo: desconocemos el número de volúmenes; solo tenemos noticia de que constaba de «diecinueve horas y veintisiete minutos de libros», el tiempo que invirtió «en tenerlos uno tras uno en la mano y colocarlos en su nuevo emplazamiento».

Medio millón se dice que allegó Eratóstenes, contemporáneo de Arquímedes y Apolonio, y en su caso no por ostentación ni altisonancia[11]. Jean-Étienne Montucla, miembro perpetuo que fue de la Académie Française, y a quien la historia jamás podrá agradecer como se debe sus imprescindibles investigaciones sobre la cuadratura del círculo[12], asegura que fue un hombre sobresaliente en todos los géneros del saber humano y, en su Histoire des mathématiques, lo reivindica no solo como matemático y filósofo, geógrafo y astrónomo, sino también como orador, poeta, músico y anticuario. Incluso inventor, si hemos de creer a Pappus de Alejandría, que en su Μαθηματική συναγωγή le atribuye la invención y construcción del mesolabio. Pero aquí nos interesa sobre todo por su fervor lector y acopio bíblico: cuando supo que una oftalmía le acarrearía irremisiblemente la ceguera, antes que dejar de leer decidió suicidarse[13].

«Los libros suelen hablar de otros libros», propuso el sabio franciscano fray Guillermo de Baskerville. (A William Wilson —seudónimo de Daniel Quinn— llegó un momento en que «lo que le interesaba de las historias que escribía no era su relación con el mundo, sino su relación con otras historias»). De ese modo, los libros engendraron las bibliotecas, pero las bibliotecas volvieron a los libros, a veces convertidas en materia de ficción. (Y en combustible). Arturo da Silva, el campeón de pesos ligeros de Galicia, que tenía la cabeza llena de metáforas, sostenía «que los libros procedían de la naturaleza. Incluso no sería incorrecto decir, ni decir una exageración, que los libros eran un injerto. Esa era una manera de hablar en metáfora».

Con el descubrimiento de la imprenta, los libros se multiplicaron y las

bibliotecas también. Nodier denominó a esta era la Edad del Papel: «El libro impreso —calculaba— existe a lo sumo desde hace 400 años y en algunos países ya se está acumulando de tal modo que el antiguo equilibrio del globo peligra». Desde aquel momento, cualquiera podía ser poseedor de una modesta biblioteca, siquiera de tres volúmenes. Pero la inundación acechaba. Ya en mil ochocientos veintitantos, David Séchard vislumbró que «el local necesario para las bibliotecas será una cuestión cada vez más difícil de resolver en una época en que el achicamiento general de cosas y hombres alcanza a todo, incluso a las viviendas».

El resurgimiento de la novela instaló las bibliotecas en el lugar de donde procedieron —los libros—, y algunas se han encaramado a la historia con toda justicia. Este libro solo pretende ser una breve biblioteca de bibliotecas. Es inevitablemente incompleta, pues sería imposible abarcarlas todas, e incluso sus narradores no siempre pusieron excesivo interés en describirlas. Así, por ejemplo, la biblioteca de la desaparecida ciudad de Durab —en un planeta perdido, sin satélites y con días de treinta y cinco horas— «contenía catorce millones de volúmenes: no existe ninguno en la actualidad»; y aunque el robot Ozymandias los memorizó todos, no tenemos noticia de su contenido, pues los estrategas militares de este mundo habrían preferido aprovechar su memoria para conocer el catálogo mortífero de las armas en un pasado destruido. Shelley, en el verso undécimo de su soneto «Ozymandias» —que dio nombre al robot memorioso—, había dejado escrito: Look on my works, ye Mighty, and despair! Un traductor con reminiscencias dantescas lo trasladó como «Contemplad mis obras, poderosos, y perded toda esperanza».

En octubre de 1992, Jean-Pierre Gourvec, bibliotecario de Crozon en el Finisterre de la Bretaña francesa, decidió crear, al fondo de la biblioteca municipal, un refugio para todos los manuscritos que lo buscaban sin hallarlo. Antes que él lo había hecho en Vancouver, Washington, un apasionado lector de Richard Brautigan. Recordemos que Brautigan, como el suicida de Krahe, decidió romper la baraja en Bolinas (California) un día de septiembre de 1984. Pero, años antes del disparo de su Magnun 44 que aventó para siempre sus ideas, había ideado una biblioteca, abierta «veinticuatro horas al día, siete días a la semana, […] cuyo principal propósito era acoger afectuosamente los volúmenes despreciados, líricos o embrujados»[14]. Fue esa biblioteca y la de su lector apasionado la que sirvió de modelo a Gourvec, que

acabó convirtiendo «los fracasos de los otros en su propio triunfo». Según después se supo, entre los manuscritos rechazados por los editores y admitidos en su biblioteca imposible había alguno tan prometedor como La masturbación y el sushi, «una oda erótica al pescado crudo». En cambio, no consta que hubiera ninguno de Kafka, que sin embargo había dicho una vez al editor berlinés Kurt Wolff: «Siempre le estaré mucho más agradecido por la devolución de mis manuscritos que por su publicación». Simétrica a la de los libros rechazados es la biblioteca de los libros perdidos.

Neil Klugman trabajaba en la biblioteca de Newark: mientras contabilizó con notable precisión las botellas de Jack Daniel's que había en el sótano de la casa de su amiga Brenda Patimkin —«veintitrés botellas para ser exactos, y a todas les colgaba del cuello, intacto, el librillo en que se explica a futuros consumidores hasta qué punto constituye un acto de elegancia la ingestión de tan noble líquido»—, apenas se dignó mencionar que en la Sección de Arte de la biblioteca había «una edición de lujo, a gran tamaño», de Gauguin. Nos dijo, eso sí, que «la amplia escalera de mármol que conducía a la sala de lectura principal era imitación de una que había en Versalles». Y aun así, siempre nos quedará la duda de si lo que le interesaba realmente era la escalinata o «las chicas de pechos erguidos» que subían con agitación por ella.

Hay bibliotecas que su historiador prefirió mantener en un pudoroso misterio. Ismael Cuende, que tuvo el raro privilegio de acceder a la Biblioteca de Olencia, solo la menciona para confirmar que allí descubrió, por pura casualidad, «un opúsculo publicado en la Imprenta de Saturnino Robla, en Ordial, en mil ochocientos sesenta y nueve, titulado El Sarampión en la Villa de Anterna y pueblos limítrofes o descripción topográfica de la Villa, críticas de las doctrinas del Sarampión e historias clínicas de la epidemia, que según constaba en la portadilla era Obra laureada en público concurso por la Sociedad de Amigos del País de Ordial, en el mismo año de su publicación». En otro momento oblicuo acredita que en la misma biblioteca pudo consultar «el Diccionario Geográfico-Estadístico de España y Portugal de Miñano y Bedoya, y el Diccionario Geográfico-Estadístico de España y sus Posesiones de Ultramar de Madoz Ibáñez». Pero Ismael Cuende, tan acucioso a la hora de redactar la memoria necrológica, si incompleta, de Celama —«convencido de que enumerar a los muertos iba a permitirle mayor libertad que contabilizar a los

vivos»—, para calificar a la Biblioteca de Olencia eludió cualquier tropo, cualquier adjetivo, ya diera vida o matara.

A este mismo género elusivo pertenecería la de Monseñor Gaetani, obispo de Betulia, de la que el Marqués de Bradomín solo dice que «tenía tres puertas que daban sobre una terraza de mármol» y que era una biblioteca «llena de silencio y de sombras». Cierto parecido ofrece «el santuario de la ciencia de la Galaxia», cuando, tras la destrucción y el sangriento Saqueo de Trántor, la biblioteca queda definida como «un edificio de pequeñas dimensiones que en su parte subterránea alcanzaba una enorme extensión de silencio y ensueño». Y, sin embargo, La Enciclopedia Galáctica de Trántor había pretendido ser «un sumario gigantesco de todos los conocimientos…, un compendio universal de la sabiduría…, la obra más monumental que la Galaxia había concebido nunca». En realidad sería más exacto decir de todo el conocimiento, pues no se trataba de repetir todos los datos de la Biblioteca, dado que gran parte de ellos eran triviales.

En cambio una biblioteca terrenal, y mucho más modesta, como la de Rémy François de Valleray, conde de Ordebec, apenas sería recordada por su millar de volúmenes, de no ser por los cuarenta y tantos cuadros que enloquecían al comandante Danglard. Lo que aquí nos llama la atención, sobre todo, es su «desorden inaudito que quitaba cualquier solemnidad a la estancia: botas, sacos de grano, medicamentos, bolsas de plástico, pernos, velas derretidas, cajas de clavos, papelotes esparcidos por el suelo, las mesas y las estanterías»…

El desorden es uno de los nombres del laberinto. «Laberinto de papel» era la biblioteca del abuelo Salvador —podéis llamarlo Voro—, cuya vida también lo fue y decidió dejar en herencia a su nieto Tito la cifra de su secreto —«cada secreto que guardas añade lastre a tu existencia»—, a través de una lista de libros que fueron como el hilo de Ariadna en el laberinto de las estanterías. Había dejado «marcados dos tipos de libros. El primero, aquel en el que el protagonista se enfrenta a su lado oscuro, a sus miedos, ya fuera de una manera intangible, como en los cuentos de Poe, o encarnándolos en un personaje como el monstruo creado por Víctor Frankenstein, la huidiza ballena blanca de Moby Dick, el hombre malvado encerrado en Mr. Hyde y, de una manera más subliminal, los monstruos marinos e incluso la propia sociedad a la que detesta sin complejos el capitán Nemo. Y hablando de sociedad, y aquí comenzaba el segundo tipo,

Robinson Crusoe y El señor de las moscas eran un buen par de ejemplos de cómo los individuos reaccionan ante un escenario adverso lejos de una comunidad mayor que los juzga; en ambas obras, la metáfora de la isla, junto a la soledad del náufrago, acaba justificando el comportamiento desafortunado de los protagonistas ante los conflictos que les van surgiendo». Por lo demás, una biblioteca que, en tiempos inclementes de guerra y de posguerra, había sido registrada, revuelta y deshilvanada por los Hunos y por los Hotros.

Si, frente a las bibliotecas suntuosas o exquisitas por el cuidado que sus dueños pusieron en su construcción o abastecimiento, llama la atención la del conde de Ordebec por su desorden, reclama la nuestra la del presidiario Alexandre Krämer por su contenido y por su emplazamiento inusitado. Era, en efecto, «una celda de alto techo, profunda como el saber de un monje, […] una estancia circular cuya ventana había tapiado en favor de una claraboya que le daba el aspecto de un patio de luces forrado de libros. […] no había nada glorioso en aquella biblioteca, todo era utilitario: diccionarios, enciclopedias, la colección completa de los Que sais-je?, del National Geographic, el Larousse, la Britannica, el Quién es quién mundano, el Robert, el Littré, el Alpha, Quid, ni una sola novela, ni un solo diario, manuales elementales de economía, de sociología, de etología, de biología, de historia de las religiones, de las ciencias y técnicas, ni un solo sueño, solo los materiales del sueño…». El soñador era aquel joven sin edad y preservada belleza, impaciente «por zambullirse en sus hojas, por abandonarse a aquella pequeña caligrafía aplicada, tan tranquilizadora, tan prieta, como si se tratara menos de llenar esas páginas que de cubrirlas de palabras (por delante y por detrás, sin márgenes, con las tachaduras hechas a regla)»… Él fue el negro, malgré lui, de todos los éxitos millonarios de J. L. B. Escribía, sabedlo.

Brumosa como el manual del doctor Kerrn era la biblioteca de la fábrica «de extractos hormonales» del doctor Martini, el «Comendattore», que era su propietario y director. La fábrica se hallaba en los alrededores de Milán y tenía una biblioteca con más de 10000 volúmenes; pero para acceder a ella, había que respetar unas reglas singularmente severas. «Bajo ningún pretexto estaba permitido sacar libros fuera de la fábrica; se podían consultar solamente con el permiso de la bibliotecaria la señorita Paglietta. Subrayar una palabra, o simplemente hacer una señal a pluma o a lápiz, era una transgresión muy grave. La señorita Paglietta tenía que revisar cada libro devuelto,

página por página, y si encontraba alguna señal, el libro había que destruirlo y sustituirlo por otro nuevo, a expensas del culpable. Estaba prohibido incluso el mero hecho de dejar un marcapáginas entre las hojas o doblar la esquina de una página». De entre sus 10000 volúmenes solo tenemos noticia precisa de uno: el tratado sobre la diabetes del doctor Kerrn, por el que el Comendattore sentía veneración, aunque no entendiera gran cosa de los brumosos fundamentos del manual.

Las memorias de Pier Francesco Orsini están escritas en una biblioteca de la que únicamente se menciona su «quietud». ¿La misma «soledad y quietud» que percibió Minaya en los libros de la biblioteca de su tío Manuel? Algo mejor librada sale la biblioteca de la Casa del Barco, fundada por don Godofredo Barallobre: de ella sabemos, por el propio Monsieur Pichot —de la casa Pichot et Michel, su proveedor de libros franceses—, que «debía de ser la mejor biblioteca francesa de Europa». Y, sin embargo, apenas si se hace referencia a la recepción de «un tal Verlaine y un tal Rimbaud, poetas de expresión más bien extraña». Su fundador mantuvo correspondencia con Buffon, Linneo y más tarde —inexplicablemente, por cierto— con Cagliostro; don Godofredo «enviaba al Norte sus barcos con vinos y lampreas y los traía cargados de libros prohibidos». Precisamente una de las rarezas que encerraba la biblioteca —aparte de pasadizos secretos ocultos tras los paneles de la librería— era una carta de Cuvier que, en marco dorado, colgaba de una pared: «carta larga y expresiva en que el naturalista agradecía a don Godofredo Barallobre la descripción anatómica de las lampreas que le había enviado, así como el ejemplar disecado “que, desde hoy, figura en mi colección”». Lástima de biblioteca.

En casa del joven Dick Swiveller había «un engañoso mueble; en realidad, una cama, pero con aspecto de librería, que ocupaba una posición distinguida en su aposento y que diríase que desafiaba toda sospecha y soportaba toda pesquisa. No hay duda de que, durante el día, el señor Swiveller creía firmemente que esta secreta comodidad era una librería y nada más, que cerraba los ojos a la existencia del lecho, negaba resueltamente la presencia de las mantas y desechaba el almohadón de sus pensamientos». Sin haberlo leído, ratificó así el sobrio alejandrino de Victor Hugo: Une bibliothèque est un acte de foi. Menos digna de fe fue la de Gray Maturin, de la que dice su historiador que «se había inspirado en una sala del palacio de Amalienburgo de Múnich, y, salvo que no había lugar para los libros,

todo era perfecto». Vacía o cerrada con llave, todo es uno. Y así, la otra biblioteca del propio Gray, cuando se asentó en París, en la casa que les cedió el tío Elliott Templeton, tras la bancarrota de la Gran Depresión del 29, «era un cuarto pequeño, con alto friso de madera dorada y castaña, que Elliott había encontrado en un castillo antiguo. Los libros estaban fuera del alcance de cualquier lector, protegidos por una celosía dorada al fuego, cerrada con llave; pero quizá esto era de celebrar, pues la mayor parte eran obras pornográficas ilustradas del siglo XVIII. En su coetánea encuadernación de tafilete, presentaban, no obstante, un aspecto agradable a la vista».

No quisiera acabar sin recordar la biblioteca del poeta Nierenstein Souza, que el cronista Bustos Domecq percibió así:

En estantes de pinotea, divisamos la nutrida serie de libros, en la mesa de trabajo, un tintero en el que pensaba un busto de Balzac y, en las paredes, unos retratos de familia y la fotografía, con autógrafo, de George Moore. Calé las gafas y sometí a un examen imparcial los ya polvorientos volúmenes. Ahí estaban, previsiblemente, los lomos amarillos del Mercure de France, que tuvo su hora; lo más granado de la producción simbolista de postrimería de siglo y también unos tomos descabalados de Las Mil y Una Noches de Burton, el Heptamerón de la Reina Margarita, el Decamerón, el Conde Lucanor, el Libro de Calila y Dimna y los cuentos de Grimm. Las Fábulas de Esopo, anotadas de propia mano de Nierenstein, no escaparon a mi atención.

La preferencia del poeta por la narración oral era manifiesta, como corroboró esta acotación de su puño y letra en un ejemplar de Mallarmé:

Es curioso que Mallarmé, tan deseoso de lo absoluto, lo buscara en lo más incierto y cambiante, las palabras. Nadie ignora que sus connotaciones varían y que el vocablo más prestigioso será trivial o deleznable mañana.

Sabemos que el arte es largo, y la vida, breve. O, por decirlo con la afilada melancolía de Ángel González, «largo es el arte; la vida en cambio corta / como un cuchillo». Thomas Wolfe menciona que «el doctor Johnson observó que un hombre debería revolver media biblioteca para escribir un solo libro». Aquí se han revuelto varias, pero es preciso llegar a la resignada conclusión de que no todas están, ni pudieran estarlo aunque tuviéramos memoria para abarcar el universo todo. Margaret Lea, que sabía muy bien de lo que hablaba, pues tenía una librería de viejo —tres plantas, siete salas, miles de volúmenes— y era insaciable lectora, confirmó lo que todos aceptamos resignados: «Hay demasiados libros en el mundo para poder leerlos todos en el transcurso de una vida, de manera que hay que trazar una línea en algún sitio». Ya Valéry nos había advertido, no sin abatimiento resignado, que un poema nunca se acaba: se abandona. (Un poème n'est jamais fini, juste abandonné). Y Julián Carax nos enseñó que «un libro no se acaba nunca y que, con suerte, es él quien nos abandona para que no pasemos el resto de la eternidad reescribiéndolo».

Hay que trazar una línea en algún sitio… Yo la he trazado aquí. Alberto Manguel, que las ha visitado casi todas e incluso edificó la suya, echará de menos varias. Yo me he limitado a registrar apenas «hasta seis docenas» —como los libros de don Diego de Miranda—, que me parecían dignas de «felice recordación» por su rareza, su simpatía, su capricho o simplemente su obviedad. Todas vienen a ser imaginarias, si los libros no (o no siempre); son —podría haberlo escrito Roquentin en su diario— «como héroes de novela; se han lavado del pecado de existir».

Cuenta Sainte-Beuve que un amigo le anunció un día a Chamfort:

—Je viens de faire un ouvrage.

—Comment! Un livre?

—Non, pas un livre, je ne suis pas si bête, mais un titre de livre, et ce titre est tout[15].

No he sabido ser tan inteligente como el amigo de Chamfort, y así doy

a las prensas este Gabinete mágico, o Libro de las bibliotecas imaginarias, si bien, para no ser tonto del todo, amparado en la autoridad de quienes las imaginaron.

[1] Pitigrilli quiso así defenderse de los lectores apresurados, como aquella señorita que abrió el libro en el tranvía, «leyó el principio, luego algunas páginas de en medio, saltó al final, retrocedió y releyó el final y, a juzgar por la expresión de su inteligente rostro, comprendió a grandes trazos todas las vicisitudes de la novela». Pitigrilli dedicó su Farmacéutico a aquella «impaciente desconocida» y «para impedirle comprender el sentido de la historia» puso «todos los capítulos en desorden. Y para ahorrarle la molestia de buscar con su plegadera de olivo "cómo termina"», empezó por el capítulo sexto. (Algo parecido hizo Sterne con el «Preface» de su A sentimental Journey).

[2] En esta modestia incluye Rousseau la lengua: «No es posible imaginar idioma más modesto que el de la Biblia, precisamente porque todo está dicho con candor». Y añade con alguna dosis de rejalgar: «Pues para hacer inmodestas las mismas cosas, basta con traducirlas en francés» (Emilio, libro IV). O al inglés, como pudo experimentar Francie Nolan.

[3] Recuérdese que las bases del existencialismo moderno se hallan ya en su célebre principio: «Está el que come ante el Diccionario, en el tole tole, hasta el tas, tas, tas». Estas palabras son de 1921: Sartre tenía entonces dieciséis años, y Sein und Zeit no se publicaría hasta 1927.

[4] Harari lo ha expresado así: «Si buscamos las primeras palabras de sabiduría que nos llegan de nuestros antepasados hace 5000 años, nos encontraremos con un gran desengaño. Los primeros mensajes que nuestros antepasados nos legaron rezan, por ejemplo: "29 086 medidas cebada 37 meses Kushim". […] ¡Lástima! Los primeros textos de la historia no contienen ideas filosóficas, ni poesía, leyendas, leyes, ni siquiera triunfos reales. Son documentos económicos aburridos que registran el pago de impuestos, la acumulación de deudas y la posesión de propiedades» (Sapiens. De animales a dioses. Barcelona: Debate, 2016, p. 142).

[5] Vitali Shentalinski: Esclavos de la libertad. Los archivos literarios del

KGB. Trad. de Ricard Altés Molina. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006, p. 163. Shentalinski ha contado así el milagro bulgakoviano: «El 7 de mayo de 1926 unos hombres fueron a casa de Bulgákov. […] No detuvieron al escritor, pero se llevaron sus manuscritos, entre los que se hallaba su diario íntimo, titulado Bajo la férula y escrito sin rebozo alguno ["tres cuadernos del diario personal del escritor que abarcaban el periodo de 1921 a 1925"], dos ejemplares mecanografiados del relato Corazón de perro… y un manuscrito titulado "lectura de los pensamientos"» […]. «El 3 de octubre de 1929, después de tres años y medio de combate epistolar», le devuelven los manuscritos. Pero «como el Maestro quema su incomprendido gran libro en la novela de Bulgákov, lo mismo hizo el propio autor con su diario; lo destruyó después de que este hubiera expiado su culpa durante más de tres años en la Lubianka». Solo que… ¡los manuscritos no arden! «La vida se encargó de hacer realidad esta famosa frase de El maestro y Margarita» (pp. 149-163, y Denuncia contra Sócrates. Nuevos descubrimientos en los archivos literarios del KGB. Trad. de Marta Rebón. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2006, pp. 321-333).

[6] «Nathaniel Hawthorne», pp. 100-101.

[7] Leonardo Sciascia: El antimonio. Trad. de Carlos Clavería Laguarda. Madrid: Altamarea Ediciones, 2021, p. 91.

[8] Lo especifica la Historia Augusta: «… qui censebantur ad sexaginta et duo milia» (Gor 18, 2). Ahí se lee a propósito de Gordiano el Joven, de quien alaba su amor por los estudios y su memoria singular (in studiis gravissimae opinionis fuit, forma conspicuus, memoriae singularis): «En Sereno Samónico, que fue muy amigo de su padre, tuvo un preceptor muy querido y estimado; tanto que cuando este murió legó todos los libros de su padre —llamado también Sereno Samónico—, que alcanzaban la cifra de sesenta y dos mil, a Gordiano el Joven. Esto le llevó a los cielos, pues, gracias al prestigio de las letras, tras entrar en posesión de una biblioteca de tal magnitud y esplendor, alcanzó la fama entre los hombres».

[9] Macrobio, Saturnales III, 16, 6: vir saeculo suo doctus. De creer a Stephen Greenblatt, a Sereno Samónico quizá le debamos, aparte de los libros, la familiaridad con cierta fórmula sanitaria. Greenblatt nos recuerda además otro nombre: «Se decía que el gramático Tiranión poseía treinta mil libros; y que Sereno Samónico, médico experto en el

uso de la fórmula “Abracadabra” capaz de librar de cualquier enfermedad, tenía más de sesenta mil: Roma había contraído la fiebre de los libros» (El giro, p. 61).

[10] Fray Guillermo de Baskerville, acaso tras las huellas de la studiosa luxuria de Séneca, lo habría llamado «lujuria de libros». También el profesor Máximo Manso consideraría «a qué locos extravíos conduce la manía de hacinamiento de libros».

[11] Cabe la duda de si todos fueron suyos, o pertenecían a la biblioteca de Alejandría, que llegó a regentar por encargo de Tolomeo Evergetes.

[12] Histoire des recherches sur la quadrature du cercle (1754). El afán por buscar la cuadratura aparece como metáfora en la Divina Comedia (Par., XIII, 132-35), que en la traducción de Bartolomé Mitre canta: «Como afanoso geómetra procura, / sin hallar el principio que lo mueva, / del círculo encontrar la cuadratura…». Entre los antecesores de Montucla figura Nicolás de Cusa, quien ya tres siglos antes había compuesto un De quadratura circuli (1450). No lo olvidó Flaubert, que en su Diccionario de tópicos dejó escrito: «Quadrature du cercle [Cuadratura del círculo].—No se sabe lo que es, pero hay que encogerse de hombros cuando se habla de esto». Entre ambos cabe situar al valenciano Jaime Juan Falcó (Falcón), humanista, matemático y poeta (1522-1594), del que dijo Gracián «que tuvo alas en el ingenio» (Agudeza, disc. 54), a propósito de sus «agudísimos» Epigrammata; para lo que aquí nos interesa, es también el autor de un De quadratura circuli (Valencia, 1587). Y en fin, no se puede dejar de mencionar al médico norteamericano E. J. Godwin (1828-1902), «alto y con bigote», que a sus sesenta años proclamó su método para hallar la cuadratura del círculo. Lo bueno es que, el 5 de febrero de 1897, el proyecto fue presentado en la Asamblea General de Indiana y ganó por goleada: 67-0. Lo ha contado Manuel Ansede: http://elpais.com/elpais/2017/02/10/ciencia/1486759726_219935.html

[13] Peter Kien, cuya biblioteca tendremos ocasión de visitar más adelante, lo elogia por este gesto al paso que ratifica el número desmesurado de volúmenes. A Peter Kien, el más grande lector imaginable, «los ciegos lo inquietaban: no comprendía que no pusieran fin a sus vidas. Aun cuando dominasen la escritura braille, sus posibilidades de lectura eran muy limitadas. Eratóstenes, el gran bibliotecario de Alejandría, un sabio universal que vivió en el siglo III

antes de Cristo y llegó a disponer de más de medio millón de pergaminos, hizo un descubrimiento terrible a los ochenta años: sus ojos empezaron a negarle sus servicios. Aún veía, pero era incapaz de leer. Otra persona hubiera aguardado la ceguera total. Él pensó que vivir alejado de los libros era como estar ciego. Sus amigos y discípulos le suplicaron que no los abandonase. Él sonrió sabiamente, les dio las gracias y se dejó morir de inanición en pocos días».

[14] Las características de la antigua biblioteca de ladrillo amarillento que los albergaba están definidas en El aborto: romance histórico 1966. En el Gran Índice de la Biblioteca quedaron anotados títulos como La vestimenta de piel y la historia del hombre, El estéreo y Dios, Me besó toda la noche, Cómo hacer crecer flores con luz de vela en cuartos de hoteles, Tinta de impresor, Hermoso pastel, Tocino muerto, El Dostoievski culinario («un libro de recetas de cocina encontradas en las novelas de Dostoievski»), El huevo fue puesto dos veces o Antes que nada el desayuno, entre muchos otros.

[15] Francisco Rico, que también recoge la noticia de Sainte-Beuve, la adereza de este modo: «Convenevole da Prato, el maestro de Petrarca, comenzaba "quotidie" un libro con una "mirabilis inscriptio" y lo abandonaba una vez redactado el prólogo. A creer a Sainte-Beuve, un amigo le anunció un día a Chamfort: "Je viens de faire un ouvrage. — Comment! Un livre? — Non, pas un livre, je ne suis pas si bête, mais un titre de livre, et ce titre est tout". Todavía más drástico, Jorge Luis Borges imaginó una biblioteca integrada exclusivamente por fichas, porque bastaba con los títulos. ¿Podría figurar en ella la obra maestra de la novela europea? Quizá sí, pero primero tendríamos que averiguar cuál es su título» (Rico, p. 435).

La biblioteca de Alejandría

[A. M. DEAN: La biblioteca perdida]

Una de las más acreditadas de la historia, la biblioteca de Alejandría, todavía permanece envuelta en una incierta neblina, igual que Castroforte del Baralla. Debió de ser un símbolo del universo, y ya prefiguraba la biblioteca de Babel. Quizá lo contuvo todo, siquiera in nuce. William Golding ha conservado un diálogo entre el científico alejandrino Fanocles y el emperador romano. Por él sabemos que su padre, el bibliotecario Mirón de Alejandría, comenzó un diccionario, ignoramos si con pretensiones de total. Medio siglo anduvo componiendo datos y figuras. «Llegó a la F, pero fue demasiado para él», confesó resignado Fanocles, cuya vida había transcurrido entre el arrebato y el asombro[16]. Claro que la vida, habría dicho el emperador entre la resignación y el desencanto, «no está organizada para hacer felices a los hombres».

Parece que la de Alejandría fue una biblioteca abonada al fuego. Y sin embargo, según el autor de La guerra de Alejandría, la ciudad había sido construida de piedra y de mármol y sin madera, a prueba de incendios: incendio fere tuta esse Alexandria. Pero ya en tiempos de César sufrió el primero, que tal vez se llevó aquel valioso ejemplar de Homero, corregido por el propio Aristóteles, que había pertenecido a Alejandro y se guardaba en un precioso cofre de Persépolis. Cuenta Plutarco que, al ver que «los enemigos pretendían aislar a César de su propia flota, este se vio obligado a prenderle fuego para evitar que cayera en poder de ellos; el fuego se propagó desde el puerto a los graneros y de allí a la gran biblioteca» (César, 49,3). El autor de La guerra de Alejandría, el propio César en su De bello civili, Cicerón, Lucano, Estrabón, Apiano silencian el incendio de la biblioteca. Solo Séneca acota que ardieron cuarenta mil libros: Quadraginta milia librorum Alexandriae arserunt (De tranq. 9, 5) y agrega una noticia perdida de Tito Livio: se decía que no hubo edificio más bello por su magnificencia y esplendor.

Borges vio a Buenos Aires «crecer y declinar». La biblioteca de Alejandría creció y declinó, como los humanos, los imperios y las

estrellas[17]. Imaginaria es la leyenda de su destrucción por el general Amrú. Cuenta la leyenda que, cuando Alejandría, la «perla del Mediterráneo», fue conquistada por sus tropas, el gramático Juan (u obispo Yahya, según Alí ibn al-Kiftí) pidió al general que le cediera los libros. Amrú trasladó la petición al califa Omar, su natural señor, el cual pronunció entonces la lapidaria o, por mejor decir, incendiaria frase: «Si dicen lo que el Corán, no son necesarios; si dicen lo contrario, deben ser exterminados».

Todo el mundo conoce la vera o ben trovata frase del prodigioso Omar, y ya no es causa de admiración. Lo admirable es que el articulista de esa novela de novelas que es la Enciclopedia universal ilustrada Europeo Americana (8, 657) asegura que los datos proceden del libro VI de la Historia de Paulo Orosio. ¿Y cómo podría no serlo, si tenemos en cuenta que la Historia de Orosio solo llega hasta el año 417 (entre otras cosas porque el propio autor murió poco después), y que la toma de Alejandría ocurrió en septiembre del 642? Prerrogativas de la literatura[18].

Durante seis meses —prosigue el imaginativo cronista— los libros de la biblioteca sirvieron para calentar los 4000 baños de Alejandría. Acaso por razones de correspondencia, cuando el príncipe Hulagu, nieto de Gengis-Jan, invadió Bagdad al frente de sus mogoles (1258), mandó arrojar la biblioteca al Tigris. Del número de sus volúmenes da idea el hecho de que formaron un dique por el que se podía cruzar a pie o a caballo[19].

Su magnitud, siempre abonada a la hipérbole, ha sido exaltada en el poema «Alejandría 641 A. D.» de Borges, del que es oportuno invocar estos versos:

Desde el primer Adán que vio la noche

y el día y la figura de su mano,

fabularon los hombres y fijaron

en piedra o en metal o en pergamino

cuanto ciñe la tierra o plasma el sueño.

Aquí está su labor: la Biblioteca.

Dicen que los volúmenes que abarca

dejan atrás la cifra de los astros

o de la arena del desierto…

Ni Aulo Gelio se atrevió a tal cifra. Las estrellas no admiran solo por su número, sino por agruparse en constelaciones caprichosas. Los poetas alejandrinos idearon la tecnopegnia o técnica de los carmina figurata, para representar de forma gráfica el poema. Borges, pensara o no en los caligramas de Apollinaire, recordó «las estrofas en forma de paloma / de los bibliotecarios de Alejandría». Quizá por redundantes en el verso, omitió otras figuras como el huevo, el ala, el hacha, la siringa, el laberinto.

Pero está escrito que todo acaba, que todo muere, que todo es vano. Y del mismo modo que la vida de don Quijote no tuvo «privilegio del cielo para detener el curso de la suya», tampoco la de Alejandría lo tuvo.

Sin duda, lo ocurrido con la biblioteca de Alejandría —resume Enis Batur— fue el mayor golpe sufrido por la memoria de la humanidad: es de sobra conocido que allí desaparecieron muchas obras absolutamente irreemplazables. Con todo, ese gran desastre no debe hacernos olvidar otros. Las fuentes señalan que antes, en el año 747 a. C., el rey de Babilonia hizo destruir todos los libros que no trataran de él y su familia. Borges, el bibliotecario ciego, ve en la oscuridad: en el 213 a. C., Chi-Huang-Ti ordenó arrojar a los ríos todos los libros que existían dentro de los límites del imperio, exceptuando los de medicina y arqueología. En el año 54, san Pablo hirió con una violencia ciega la biblioteca de Éfeso, y con una enorme severidad: eliminó todos los libros que se referían a las religiones orientales y al paganismo. Aquí [en Turquía] se convirtieron en cenizas ciento veinte mil manuscritos en el incendio de Bizancio del año 476. En el 640, los árabes destruyeron los manuscritos persas, y entre los siglos XI y XIII, los mongoles otros varios millones en El Cairo y Bagdad (Batur,

20-21).

Realidad, mito o metáfora, su capacidad sin parangón fue puesta en cuestión por Baudolino de Galiaudo, al compararla con la de la abadía de San Víctor. Baudolino, que tuvo acceso a la biblioteca infinita de San Víctor, la consideraba «uno de los santuarios de la sabiduría de aquella ciudad (y quizá de todo el mundo cristiano)» y se atrevió a ponderarla como «una biblioteca más rica que la de Alejandría»[20]. Con todo, tampoco el testimonio de Baudolino es concluyente, porque, aunque era «capaz de retener de memoria todo lo que oía» y veía —había llegado a reconstruir de memoria unos mapas hallados en la biblioteca—, tampoco eran menores sus dotes naturales para la invención, y ya el obispo Otón, de la gran familia de los Babenberg, «se había dado cuenta de que Baudolino no solo proclamaba a grandes voces lo que había aprendido sino también lo que se había inventado». Pantagruel la visitó en su viaje a París, y nos dejó un catálogo de casi centenar y medio de títulos raros, «de los cuales unos ya están impresos y otros están en prensa en la noble ciudad de Tubinga».

Y es que Alejandría ya es más que una biblioteca: es una metáfora. «Hay un misterioso placer en la destrucción», comprobaría Alejandro Ferri viendo cómo ardían las montañas de libros que no llegaron a constituir la Biblioteca del Congreso; José Fernández Irala, «el inmerecidamente olvidado poeta de Los mármoles», añadió tras aquella noche de ceniza: «Cada tantos siglos hay que quemar la Biblioteca de Alejandría». Por lo demás, ya Lichtenberg había advertido en uno de sus aforismos que «dar el último toque a una obra es quemarla»[21]. Borges lamentaba «los arduos manuscritos / que perecieron en Alejandría» (Poema de los dones). Pero quién sabe. Como insinúa el incisivo subsubbibliotecario de la Biblioteca de los libros perdidos, «es perfectamente concebible que el trato desconsiderado que se da a ciertos manuscritos haya ocasionado más daños que el incendio de la biblioteca de Alejandría». Y eso lo dice el «custodio del silencio», que, si imperfecto, es «perfectamente capaz de distinguir una biblioteca de un establo y un libro de una horquilla de estercolero», cosa que algunos profesionales de la política parecen ignorar.

* * *

Es poco probable que la doctora Emily Wess, pese a ser profesora de Historia en el Carleton College de Minnesota, tuviera la menor noticia de Castroforte del Baralla, la ensimismada ciudad de piedra pómez que levitaba, «en esos momentos del alba y del atardecer en que se encuentran las nieblas de los ríos», por lo que tal vez no figuraba en los mapas. Aun así, la propia doctora había llegado a la conclusión de que la desaparición de la biblioteca de Alejandría era uno de los mayores misterios de la antigüedad. Como si se hubiera desvanecido donde da la vuelta el aire. Pero tras el asesinato de Arno Holmstrand —licenciado en Filosofía y Letras, doctor en Filosofía y oficial de la Orden del Imperio Británico—, tres cartas en clave del difunto profesor de su misma universidad la condujeron a la búsqueda de la perdida biblioteca de Alejandría, que dejaba de ser una incierta metáfora para convertirse en un peligroso Grial, objeto de la codicia de poderes contrapuestos. Fuera cual fuese la causa del éxodo (y del llanto), una cosa era cierta: «La Biblioteca de Alejandría había abandonado la ciudad de origen. Los eruditos habían pensado que se había perdido o que la habían destruido. Ahora ella sabía la verdad: la habían trasladado a escondidas y la habían ocultado».

Hasta que el doctor Athanasius Antoun, otro de esos bibliotecarios invisibles que custodiaban desde la sombra el viejo legado, le dijo: «La biblioteca que está buscando no está perdida. Solo está escondida. […] Durante quince siglos nuestro papel ha sido el mismo: mantener el archivo del antiguo conocimiento de la biblioteca y actualizarlo sin cesar con nuevo material».

Durante más de veinticinco años Athanasius Antoun había sido bibliotecario de la secreta Sociedad de los Bibliotecarios de Alejandría. En algún momento —le explicó a la doctora Wess— la Biblioteca pasó a la clandestinidad y se formó el Consejo protector y conservador. La primera referencia al Consejo —tal fue su nombre inicial e iniciático— es del año 772. Desde entonces, «la Sociedad existe para cerciorarse de que la biblioteca continúe siendo lo que siempre ha sido: la más completa colección de conocimientos de historia con el propósito de completar los hechos de los hombres. […] La biblioteca siempre ha sido una institución al servicio del bien. Nos esforzamos por tomar

decisiones morales que beneficien a la humanidad». No así los perseguidores del conocimiento, que no buscan alcanzarlo para saber más, sino para poder más. Uno de ellos esperaba «tener a su disposición el conocimiento y el saber de la Antigüedad y del mundo moderno» y con ellos «el control del mayor poder ejecutivo en la historia de la humanidad».

Emily Wess recorrió el mundo en busca del lugar secreto de la gran biblioteca clandestina, hostigada de cerca y amenazada por quienes solo ambicionaban control y no sabiduría. En paralelo, el quincuagésimo Secretario desde el advenimiento del Consejo creyó haber encontrado el vellocino de oro en Oxford bajo el epígrafe Repositum Bibliotecae Alexandrinae. Pensaba ser el primero que iba a ver lo que muchos ansiaron ver y nunca vieron. Abrió y vio:

Ante sus ojos, debajo del suelo de la antigua ciudad, se extendía hasta donde alcanzaba la vista una hilera tras otra de estanterías de madera primorosamente labradas y ordenadas con sumo cuidado. Todas iban del suelo al techo. Entre ellas había largas mesas y armarios dedicados al archivo. El lugar era de una belleza abrumadora y unas dimensiones colosales. Había espacio para albergar cientos de miles de libros, millones incluso.

… Pero todas estaban vacías.

Athanasius Antoun sabía que no había ciudad en el mundo que pudiera albergar todas las estantería de madera, armarios, archivadores necesarios para contener todo el saber acumulado durante siglos. Por eso, la nueva biblioteca de Alejandría «ya no tenía —ni necesitaba, al margen de que la doctora Wess fuera designada su flamante Custodio— bóveda ni cámara alguna»: la biblioteca, que nunca había estado perdida y siempre creciendo, había ido avanzado con la historia; es más, a veces había conducido —¿orientado?— la propia historia, «y había dado el salto a lo digital, al mundo de las redes, el CD y la aventura espacial».

¿Estaba abonada al fuego —o a la supervivencia—, quizá por contener todos los misterios? Jeremiah Dixon sospechaba que «Emerson

enseñaba cosas que no conocía nadie más en Inglaterra, técnicas secretas del arte mecánico, rescatadas de la biblioteca de Alejandría hacia el 390 de nuestra era, antes de que los cristianos alborotados lo destruyeron todo, y han sido desde entonces celosamente custodiadas y transmitidas con solemnidad a lo largo de los siglos de maestro a discípulo».

Fue la primera biblioteca de su especie —refiere Irene Vallejo— y la que más cerca estuvo de poseer todos los libros entonces existentes. […] ¿Cuántos serían por aquel entonces todos los libros del mundo? Es difícil creer a los autores antiguos, porque las cifras varían escandalosamente de unos a otros, igual que los cálculos de las manifestaciones en nuestra época cuando hace las cuentas el Gobierno y después contraatacan los organizadores. Repasemos rápidamente los números precisos del desacuerdo. Sobre la Gran Biblioteca, Epifanio menciona la cifra sorprendentemente exacta de cincuenta y cuatro mil ochocientos rollos; Aristeas, doscientos mil; Tzetzes, cuatrocientos noventa mil; Aulo Gelio y Amiano Marcelino, setecientos mil.

Una biblioteca universal. Pero ya en 1904 Kurd Lasswitz había calculado con precisión matemática que la biblioteca universal contendría un número de libros equivalente a $10^{2000000}$, es decir, «un uno seguido de dos millones de ceros», o, para ser más intuitivos, «la cifra impresa tendría cuatro kilómetros de larga». Calculando una media de 2 cm de lomo por volumen y, bien empaquetaditos, mil volúmenes por metro cúbico, el resultado es que «haría falta para contenerla todo el universo hasta las últimas nebulosas lejanas que resultan visibles»[22]. También Athanasius Antoun sabía que no hay lugar en el mundo capaz de archivar todo el saber acumulado durante siglos. Por eso, la nueva biblioteca de Alejandría era otra especie de metáfora: aquella que Alfonso Reyes había formulado como «entre todos lo sabemos todo».

La nueva biblioteca de Alejandría es un moderno edificio vanguardista de piedra y vidrio. Pero ahora ni siquiera necesita albergues de cristal

y piedra, porque «la biblioteca de Alejandría está en todas partes». Como la carta robada, estaba tan a la vista que no la veíamos. Pero tampoco vimos, ni quizá veamos, que los poderes ocultos que pretendían controlarla y parecían haber perdido la partida solo habían cambiado de nombre y residencia.

Tampoco sabemos si esto es ficción o sueño. En todo caso, siempre nos quedará París, quiero decir, aquella Alejandría que Irene Vallejo ha resumido en una línea: «la ciudad de los placeres y de los libros; la capital del sexo y la palabra».

[16] Respecto al contenido de la Biblioteca, Fanocles añadió con cierta vaguedad: «En nuestra Biblioteca de Alejandría hay más libros de los que podría leer un hombre en siete vidas».

[17] Y otras bibliotecas. «En el siglo III —anota Catherine Nixey, 163—, había en Roma veintiocho bibliotecas públicas y muchas privadas. A finales del IV, como observó con pena el historiador Amiano Marcelino, las bibliotecas, "a manera de sepulcros, permanecen siempre cerradas"». [Marc. 6, 18: bybliothecis sepulcrorum ritu in perpetuum clausis].

[18] Esta habilidad no ha sido privativa de la Espasa. En su discurso de recepción en la Academia Francesa, Scribe se preguntaba retóricamente: «¿No nos instruye la comedia de Molière sobre los grandes acontecimientos del siglo de Luis XIV? ¿No nos dice alguna palabra de los errores, las debilidades o las faltas del gran rey? ¿No nos habla de la revocación del Edicto de Nantes?». Flaubert se apresuró a anotar: «Revocación del Edicto de Nantes: 1685. Muerte de Molière: 1673».

[19] Es característica propia de tiranos y señores de la guerra. Del chino Shih Huang Ti, el Primer Emperador, ha dicho Neil Faulkner que «intentó destruir los soportes intelectuales de la disidencia, ordenando que se quemaran todos los libros. Los eruditos que habían ocultado libros fueron decapitados o condenados a trabajar hasta la muerte en la Gran Muralla» (De los neandertales a los liberales, 65).

[20] En «aquel repositorio del saber universal» pasó Baudolino «largas mañanas, robadas a las clases, rumiando con labios entreabiertos sobre textos fabulosos, no los manuales de gramática, sino las historias de Plinio, la novela de Alejandro, la geografía de Solino y las etimologías de Isidoro. […]. Leía de tierras lejanas donde viven los cocodrilos, grandes serpientes acuáticas que después de haberse comido a los hombres lloran, mueven la mandíbula superior y no tienen lengua; los hipopótamos, mitad hombres y mitad caballos; la bestia leucrocota, con el cuerpo de burro, el cuarto trasero de ciervo, pecho y muslos de león, pezuñas de caballo, un cuerno ahorquillado,

una boca cortada hasta las orejas de donde sale una voz casi humana y en lugar de los dientes un hueso continuo. Leía de países donde vivían hombres sin articulaciones en las rodillas, hombres sin lengua, hombres con las orejas grandísimas con las cuales protegían sus cuerpos del frío, y los esciápodos, que corrían velocísimos sobre un solo pie».

[21] Lichtenberg, p. 172. En alguno de esos incendios desaparecieron dos libros que ocasionaron el desasosiego de la curiosidad erudita. En julio de 1973 Álvaro Cunqueiro dio una conferencia en Vigo sobre «Las cruces de Bretaña». No es imposible que empezara diciendo aquello de «Bretaña es una tierra muy peñascosa por el lado del mar, pero se abre en amplias planicies, valles estrechos y alegres oteros, por donde se une a Francia», antes de citar dos libros inventados como autoridades de su ponencia. El azar —que, de creer a Tusitala, «rige el destino de los gansos y de los asnos humanos»— ordenó que un profesor alemán, que se había pasado media vida trabajando sobre las cruces bretonas, le rogara que fuera más explícito sobre tales libros, pues a él le resultaban desconocidos. Cunqueiro, con mucho donaire y desenvoltura, respondió: «Yo he leído esos libros. Por desgracia, perecieron en el incendio de la Biblioteca de Alejandría». Y pudo concluir con firme aplomo: «Finalmente, yo digo de Bretaña aquello que Tertuliano cristiano decía de Séneca: Saepe noster… Y no sería la primera vez que el sueño del poeta hace la isla».

[22] Y no solo eso, prosiguió el profesor Wallhausen de su historia: «Ya sabéis que la velocidad de la luz es de 300000 kilómetros por segundo, lo cual significa aproximadamente 10 billones de kilómetros en un año, y eso equivale a un trillón de centímetros. Si nuestro bibliotecario corriese a la velocidad de la luz a lo largo de la fila de volúmenes, necesitaría dos años para atravesar el espacio de un trillón de volúmenes. Y para recorrer toda la biblioteca, haría falta el doble de años que trillones de volúmenes hay en ella. Eso significaría, como ya se ha dicho, un uno con 1992982 ceros. Lo cual me gustaría resumirlo de la manera siguiente: no se puede concebir ni el número de años que necesita la luz para recorrer la biblioteca, ni el número de los volúmenes. Y eso demuestra muy a las claras que se trata de un esfuerzo vano imaginarse esta cifra aunque sea finita» (Kurd Lasswitz, La biblioteca universal).

La biblioteca de la abadía sin nombre

[UMBERTO ECO: El nombre de la rosa]

De no haber existido la Biblioteca de Babel —cuyos umbrales espero que algún día nos sea otorgado traspasar—, habría merecido su nombre una laberíntica biblioteca que la precedió, o quizá solo estaba contenida en ella. Perteneció a una abadía —«un verdadero microcosmos»— situada en algún impreciso lugar de la cresta de los Apeninos, entre el Piamonte, Liguria y Francia. Era una bella abadía, y de orientación perfecta, cuyo nombre se guardó su relator de divulgar. La noticia nos llegó a través de la relación de Adso de Melk, un monje alemán del siglo XIV, que vivió algún tiempo en ella y fue testigo de excepción del destino final de su biblioteca: las llamas. Parece cosa probada que toda biblioteca singular está predeterminada a ser consumida por el fuego. Dum veneris iudicare bibliothecam per ignem!

Adso de Melk, amanuense y discípulo de fray Guillermo de Baskerville, empezó a sentir admiración por su maestro cuando lo creyó favorecido con el don de la adivinación o una visión preternatural de los sucesos. El maestro se encargó de recomponer la realidad, reduciendo la gracia del vaticinio a la agudeza de la observación. Destreza en la que ya lo habían precedido los hijos de cierto sultán de Las mil y una noches, y, andando el tiempo, sería imitado también por Zadig, por el chevalier Auguste Dupin y, en grado eminente, por el irrepetible Sherlock Holmes.

No me detendré en los sucesos sangrientos que ocuparon a fray Guillermo en aquella ardorosa semana de finales de noviembre de 1327, pues esta sección trata de libros antes que de crímenes. En la abadía sin nombre no podía faltar una biblioteca, pues, como citó su inspirado abad, monasterium sine libris est sicut civitas sine opibus, castrum sine numeris, coquina sine suppellectili, mensa sine cibis, hortus sine herbis, pratum sine floribus, arbor sine foliis…[23] La biblioteca tenía forma octogonal y estaba inscrita en un edificio «que de lejos parecía un tetrágono (figura perfectísima que expresa la solidez e invulnerabilidad de la Ciudad de Dios)». Todo el edificio

observaba una simetría teológica: «Su forma cuadrangular engendraba un torreón heptagonal, cinco de cuyos lados asomaban hacia afuera; o sea que cuatro de los ocho lados del octágono mayor engendraban cuatro heptágonos menores, que hacia afuera se manifestaban como pentágonos. Evidente y admirable armonía de tantos números sagrados, cada uno revestido de un sutilísimo sentido espiritual. Ocho es el número de la perfección de todo tetrágono; cuatro, el número de los evangelios; cinco, el número de las partes del mundo; siete, el número de los dones del Espíritu Santo»[24].

La biblioteca, que había sido construida según un plano secreto que ningún monje estaba llamado a conocer, habría hecho las delicias de Borges: laberintos, espejos, jeroglíficos, sustancias capaces de provocar visiones… Libros raros, como las tablas astronómicas de Al Kuwarizmi[25], traducidas por Adelardo de Bath; o el De oculis, de Isa ibn Ali; o el De radiis stellatis, de Alkindi; o el Liber monstruorum de diversis generibus, iluminado más de dos siglos atrás por monjes irlandeses; o la Coena Cypriani. Había un bello ejemplar, con ilustraciones exquisitas, del Theatrum sanitatis, de Ububchasym de Baldach; el De virtutibus herbarum, de Platearius, y el de De plantis, falsamente atribuido a Aristóteles; allí estaba el Almagesto, Avicena, el De laudibus sanctae crucis, de Rabano Mauro, todas las obras de Beda el Venerable, Virgilio, las Púnicas de Silio Itálico, el poeta «peregrino» cuya cuna de marfil y oro vio rodar Rodrigo Caro en su célebre elegía A las ruinas de Itálica… Esta biblioteca inquietante «era al mismo tiempo la Jerusalén celestial y un mundo subterráneo situado en la frontera de la tierra desconocida y el infierno».

Su bibliotecario, Jorge de Burgos, era como una premonición. Pero Jorge de Burgos odiaba la risa, y a Aristóteles por haber escrito sobre ella. Como Sansón en el templo filisteo, él pereció con su biblioteca, y con ella ejemplares rarísimos y probablemente únicos, entre ellos el codiciado del segundo libro de la Poética de Aristóteles, «que todos consideraban perdido, o jamás escrito», y causa de varios asesinatos. El cronista de la Biblioteca de Babel comprobaría que «su mismo desorden, repetido, sería un orden: el Orden». Fray Guillermo, en cambio, dedujo que había «perseguido un simulacro de orden, cuando debía saber muy bien que no existe orden en el universo»[26].

«El libro es una criatura frágil, se desgasta con el tiempo, teme a los roedores, resiste mal la intemperie y sufre cuando cae en manos

inexpertas». Lo había dicho el Abad del monasterio. También puede ser una criatura venenosa en manos de un fanático bibliotecario, o un instrumento de justicia en las de un médico injustamente decapitado en alguna noche de las mil y una. En el último recodo de la investigación acechaba el fuego, y al final sobrevino la «ecpirosis». Ardió la mayor biblioteca de la cristiandad, iluminando el verdadero rostro del Anticristo, «un rostro devastado por el odio hacia la filosofía», el rostro de uno de esos profetas inexorables que, dispuestos a morir por la verdad, «provocan la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia, y a veces en lugar de la propia». Ardió la biblioteca y con ella el monasterio.

Tres días y tres noches estuvo ardiendo la abadía. Años después solo quedaban unas ruinas ennegrecidas y la hiedra sujetando muñones de muro. En un armario medio podrido, milagrosamente en pie, un Adso de Melk envejecido halló jirones de libros. Y, mientras intentaba reconstruir un imposible jeroglífico, seguía preguntándose por las nieves de antaño y quizá por qué la rosa es sin porqué.

[23] Tales las palabras del inspirado abad. Mi amigo Juan Tébar, que suele reprocharme el uso inmoderado de latines en época que los ignora, me recomienda y aun prescribe que, ya que no esté en mi mano tener a raya mis naturales ímpetus, haga al lector la gracia de traducirlos. Y así, por esta vez, y a riesgo de insultar la no menos natural inteligencia del lector, añadiré que la frase del abad es una larga metáfora encadenada en la que recuerda que «un monasterio sin libros es como una ciudad sin murallas, un castillo sin soldados, una cocina sin cacharros, una mesa sin comida, un huerto sin hortalizas, un prado sin flores, un árbol sin hojas…».

[24] Solo una disonancia hallo en tan calculada simetría: si es cierto que fray Guillermo no poseía ningún poder fuera del de su prodigiosa capacidad deductiva, ¿cómo supo Adso de Melk, en 1327, que las partes del mundo eran cinco?

[25] Es innecesario recordar a nadie que la palabra algoritmo procede de Al Kuwarizmi, sobrenombre del matemático y astrónomo árabe del siglo IX, Muhammad ibn Musa al-Juarismi. (A nadie, salvo al padre Risolnus, autor de unos Prolegomena rhytmorum, el cual sostiene que deriva de algo y ritmo, es decir «quelque chose sur le rythme»). Las traducciones de sus obras, entre las que figuraba un tratado de Álgebra y unas ochocientas veinte tablas astronómicas, introdujeron la matemática en la Europa medieval. En el siglo XII Adelardo de Bath tradujo al latín las tablas, uno de cuyos ejemplares ardería en nuestra biblioteca. También había un ejemplar del Álgebra, traducido al latín por Roberto Anglico. En el «otro poema de los dones» Borges daba gracias «al divino laberinto de los efectos y de las causas… por el álgebra, palacio de precisos cristales»; también «por el nombre de un libro que no había leído: Gesta Dei per francos», o Gesta francorum. Huelga decir que la Gesta estaba en la biblioteca.

[26] No es posible enumerar todos los libros que fray Guillermo vio y tocó: libros de medicina y cosmografía; libros de fábulas e historia, de geografía y crónicas sobre el origen del mundo; libros sobre heresiarcas y sobre el Anticristo… Pero, conociendo el rencor que Jorge de Burgos alimentaba contra la risa, no es improbable que

hubiera también alguno de aquellos libros que solo conoció, o imaginó, Baudolino en sus exploraciones de la biblioteca de San Víctor: por ejemplo, el De optimitate triparum, de Beda el Venerable; un Ars honeste petendi, un De modo cacandi, un De castramentandis crinibus y un De patria diabolorum. Al fin y al cabo, sabemos que «los libros siempre hablan de otros libros y cada historia cuenta una historia que ya se ha contado» (Apostillas a «El nombre de la rosa»). Esa heterogénea mixtura de pedos (aun honestos), cagadas, tonsuras y diablos no podía menos de excitar la cólera del irritable bibliotecario.

La biblioteca de San Víctor

[FRANÇOIS RABELAIS: Pantagruel]

Los cronistas de nuestras bibliotecas a veces se muestran tan parcos en la descripción de sus moradores que nos vemos obligados a suposiciones y conjeturas para vislumbrar la razón de su silencio. Incluso de Cide Hamete Benengeli, historiado arábigo, dice el segundo o tercer autor de la historia de don Quijote que «cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio» (I 9.39).

No así maese Alcofribas Nasier. Es tan minucioso y exhaustivo en los datos, que solo para contarnos la genealogía de Pantagruel —que supera en calidad y cantidad a las del propio nazareno recogidas por dos evangelistas— se remonta al siglo de Caín y Abel, antes de las aguas del diluvio, y enumera sesenta generaciones de antepasados, entre los que se encuentran ancestros tan famosos como Atlas, Goliat, Ticio, Polifemo, Tifeo, Briareo, Anteo, Hércules, Sísifo, Fierabrás[27], y así hasta llegar a sesenta. Su precisión alcanza al tiempo. Si siempre se ha elogiado la exactitud con que el historiador de Macondo anota que «llovió cuatro años, once meses y dos días», maese Alcofribas especifica que en el año del nacimiento de Pantagruel llevaban «treinta y seis meses, tres semanas, cuatro días, trece horas y un poco más sin lluvia». Similia similibus curantur.

El mismo grado de fidelidad y rigor alcanza a nuestra biblioteca. Tras varias aventuras dignas de su ingenio y fortaleza, Pantagruel «decidió visitar la gran universidad de París». Ya hemos visto que Baudolino de Galiaudo la consideraba infinita y «uno de los santuarios de la sabiduría de la ciudad» y aun de todo el orbe cristiano. También a Pantagruel la biblioteca de la Abadía de San Víctor «le pareció magnífica», y es caso de justicia poética que, conociendo la sed proverbial de Pantagruel y la dipsodia de sus súbditos, más tarde, como en profecía, acabara convirtiéndose su emplazamiento en mercado del vino. Podría decirse que era una biblioteca pantagruélica.

Maese Alcofribas Nasier da cumplida cuenta de algunos libros que allí

encontró Pantagruel. Registra no menos de 140 títulos, y remito al curioso lector al capítulo 7 de su historia, donde podrá encontrarlos uno tras otro para escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero. Solo me detendré en algunos expresivos títulos, para que el lector pueda hacerse una idea aproximada de la sabiduría encerrada en sus bien abastecidos plúteos.

Uno de ellos es el Ars honeste petendi in societate per M. Ortuinum, del que también dio noticia Baudolino. Esto de saber peerse cortésmente en sociedad no es «ciencia mocosa», como hubiera dicho don Quijote. De hecho, una vez que el caballero se hizo un siete en la media, el narrador aclara que «se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía» (II 44.57)[28].

La utilidad de su contenido puede comprobarse en un libro posterior de Monsieur Pierre-Thomas-Nicolas Hurtaut, traducido como El arte de tirarse pedos: ensayo físico-teórico y metódico de 1751. M. Hurtaut empieza, como en las más formales tesis escolásticas, por su definición: «El pedo, que los griegos denominaban πορδή, los latinos crepitus ventris, el antiguo sajón purten o furten, el alto alemán fartzen y el inglés fart, es un compuesto de ventosidades que salen despedidas tanto con ruido como sin él». Tras haberlos dividido fonológicamente en «vocales y mudos, división más exacta que la que ofrecen los escritorzuelos gramáticos que dividen las letras en vocales y consonantes», sin olvidar los diptongos y semivocales, recurre a las autoridades, entre otras, de Marcial y Horacio —quien una vez confesó haberse tirado un pedo que resonó como el estallido de una zambomba en su acepción veterocastellana (nam, displosa sonat quantum vesica, pepedi: Serm., 1.8.46)—, para plantear, a propósito de la analogía de los sonidos, cosas tan musicales como esta: «¿Cuántos géneros de pedos existen según la diferencia de sonido? La respuesta es: sesenta y dos. Ya que, según Cardan, el trasero produce y forma cuatro modos simples de pedos: el agudo, el grave, el reflexivo y el libre. Con estos modos se forman cincuenta y ocho, que, añadidos a los cuatro primeros, dan en la pronunciación sesenta y dos sonidos o especies diferentes de pedos. Que los cuente el que quiera».

Sin salir del mismo campo semántico había otros libros con títulos tales como El tirapedos de los boticarios, El besaculo de cirugía, La martingala de los cagones[29] y el Cacatorium medicorum, digna receta

para doctores aficionados a recetar clisteres, enemas, lavativas e irrigaciones; de hecho también estaba allí el Campi clysteriorum per SC, o Los campos de los clisteres de Symphorien Champier, publicado en 1528 y reeditado en 1532.

Hay otras muchas curiosidades. Donde no puede tener cabida, por imposibilidad metafísica de fechas, el Relox de príncipes de fray Antonio de Guevara, no falta el Retozo de príncipes de Raimundo Lulio o, para ser más exactos, R. Lullius, De retoziis principum. En cambio sí aparecen primores como Las gollerías de los curas; La zafiedad de los curillas; Las pejigueras de los confesores; El triquitraque de los monjes libertinos; La picha de burro de los abades; El beleño de los obispos (quizá por sus cualidades antiafrodisíacas, para contrarrestar el anterior); La papalina de los cardenales; La aparición de santa Gertrudis a una monja de Poissy que estaba de parto; Las comodidades de la vida monacal; Las trabas de la religión, o El padrenuestro del loro, libro totalmente ajeno a La letanía del grillo de Cabodevilla.

Concluiremos con una leve representación de otros oficios y estamentos, tales como El mortero de la vida política; La codicia de los abogados; La queja de los abogados contra la reforma de los guantes; Las pamplinas del derecho; Los garabatos de los procuradores; El chanchullo de los notarios; El vermífugo de los hipócritas; La olla podrida de los santurrones; Los remilgos de las doncellas; Los cascabeles de las damas, y El culo pelado de las viudas. Mención aparte merecen De los guisantes con tocino, cum commento; y Maioris, De modo faciendi morcillas[30], con lo que maese Alcofribas Nasier, «destilador de quintaesencia», nos muestra, «pantagruelizando», un pequeño retablo de la comedia humana trescientos años antes que Balzac, su compatriota.

Todos ellos, concluye el historiador refiriéndose a los libros, o «están ya impresos» o «están en prensa en la noble ciudad de Tubinga».

[27] A Tifeo Góngora lo recordó en un endecasílabo heroico: «o tumba de los huesos de Tifeo» (Polifemo, 28). Don Quijote mencionó a Briareo como término de comparación cuando apostrofó así a los molinos manchegos: «Pues, aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar» (I 8.13). Antes había recordado «la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos» (I 1.27). Por último, Fierabrás fue el inventor de un salutífero bálsamo, cuya composición —aceite, vino, sal y romero, con otras menudencias de ejecución como mezclar los simples y cocerlos, decir sobre ellos más de ochenta paternóster y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañarlos de una cruz a modo de bendición— nos reveló un don Quijote magullado «en la venta que, por su mal, pensó que era castillo» (I 17.35-44).

[28] Por lo demás, según una de las partes del litigio que más adelante resolvería Pantagruel, el propio papa habría dado «libertad a todos para peerse a sus anchas, si no se ensuciaban los forros blancos». De ese modo, tampoco es de extrañar que, veinte capítulos después, Pantagruel engendrara pigmeos de un par de pedos del tamaño del original. (Recuérdese que big bang significa en realidad «gran pedo», y uno de los de Pantagruel hizo temblar la tierra en nueve leguas a la redonda).

[29] Esto de la martingala queda definido por el propio Rabelais como «puente levadizo en el culo para defecar con mayor comodidad», cosa que no necesitó Sancho cuando «le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él». […] Pues «lo que hizo, por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna, y, en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos. Tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas…». Se puede asistir al fin de la aventura cacatania en I 20.93-113.

[30] Medio siglo después Baltasar del Alcázar elogiaría «la morcilla, ¡oh gran señora,

/ digna de veneración!». Y entre los ingredientes de su arte incluía las especias y los piñones: «Mas di, ¿no adoras y aprecias / la morcilla ilustre y rica? / ¡Cómo la traidora pica; / tal debe tener de especias! // ¡Qué llena está de piñones! / Morcilla de cortesanos, / y asada por esas manos / hechas a cebar lechones».

La biblioteca de don Quijote

[CERVANTES: Don Quijote de La Mancha;

S. RUSHDIE: Quijote; J. LÓPEZ-HERRERA: Las aventuras

del ingenioso detective Frank Stain]

«Don Quijote acabó su aventura cuerdo, como cualquiera que se atreva a explorar la biblioteca en busca de sí mismo».

(JAVIER ALMUZARA, Catálogo de asombros, p. 28).

Entre las más venerables bibliotecas figura la de cierto hidalgo manchego, gran madrugador y amigo de la caza, «que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos». Un misterio no resuelto es el del número de volúmenes que edificaron tan afanosa biblioteca. El desconocido autor de los Anales de La Mancha habla de «más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños». Don Miguel de Unamuno, tan puntilloso y agudo en otras cosas, pasó por alto la biblioteca con el pretexto de que el capítulo que la describe «trata de libros y no de vida». ¿Y cómo puede despacharlos así, cuando unos capítulos más adelante el propio don Quijote afirma tener «más de trescientos» y añade esta conmovedora precisión: «… que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida» (I 24.98)? Quedémonos con la cifra del dueño, pues, si hemos de creer al redactor último, dada la idiosincrasia de su primer autor —que «cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio»—, «antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado»[31].

De todos son conocidas las ansias incendiarias del ama cuarentona de nuestro hidalgo y de la sobrina que no llegaba a los veinte. «No hay dieciocho años feos», escribió María de Zayas, y así podemos conjeturar que aquella jovencísima sobrina tendría más hermosura

que seso[32]. Si por ellas hubiera sido, habrían ardido todos los libros de su señor y tío. Afortunadamente, por esta vez la Iglesia, aliada con la Barbería, rescató algunos del fuego. Gracias a la intercesión del barbero se libró el Amadís, del cual había escrito setenta años antes Juan de Valdés que «tiene muchas y muy buenas cosas, y que es el otro Juan muy digno de ser leído de los que quieren aprender la lengua», aunque le molestaba que la princesa Elisena fuese «tan deshonesta, que con la primera plática la primera noche [Perión] se la trae a la cama». (Menos suerte tuvieron Las Sergas de Esplandián, pues en aquella ocasión no le valió «al hijo la bondad del padre»). Por su parte, el cura absolvió al Palmerín de Inglaterra y elogió a Tirante el Blanco; salvó con reparos La Diana y un Tesoro de varias poesías; se mostró liberal e irónico con Los diez libros de Fortuna de Amor, de Lofraso; bendijo La Araucana, La Austríada y El Monserrate; esbozó un planto sobre Las lágrimas de Angélica; guardó con los escogidos El Pastor de Fílida y el Cancionero de López Maldonado, y ordenó que se refugiara en la posada del barbero La Galatea, siquiera porque su autor era grande amigo suyo y de él sabía que era «más versado en desdichas que en versos»[33].

En un texto de La cifra, Borges nos transmite la sospecha de que, al lado de esta Galatea, pudo haber otro libro decisivo, que sin embargo no se libró del fuego: «Entre los libros de la biblioteca había uno, escrito en lengua arábiga, que un soldado adquirió por unas monedas en el Alcaná de Toledo y que los orientalistas ignoran, salvo en la versión castellana. Ese libro era mágico y registraba de manera profética los hechos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurriría en 1614. Nadie dará con aquel libro, que pereció en la famosa conflagración que ordenaron un cura y un barbero, amigo personal del soldado…»[34].

La Galatea también anduvo en manos de una desenvuelta viuda valenciana, llamada Leonarda, que le fue ofrecida por las de un galán disfrazado de librero, el cual se la ponderaba de este modo: «Aqueste es La Galatea, / que si buen libro desea, / no tiene más que pedir» (vv. 846-48). Pero sobre todo se vio en otra biblioteca que viene aquí como de molde, siquiera por las afinidades y rivalidad de sus autores. Se trata de la de Nise —hermana de una dama menos boba de lo que parecía—, que exasperaba a su padre, acaso por las mismas razones por las que Humillos, aspirante a alcalde de Daganzo, proclamaba que la lectura pertenece a esa clase de quimeras «que llevan a los hombres al brasero / y a las mujeres a la casa

llana». No puede decirse que el padre de Nise fuera feminista, pero sí incendiario:

OCTAVIO. No son gracias de marido
sonetos. Nise es tentada
de académica endiosada,
que a casa los ha traído.
¿Quién le mete a una mujer
con Petrarca y Garcilaso,
siendo su Virgilio y Taso
hilar, labrar y coser?
Ayer sus librillos vi,
papeles y escritos varios;
pensé que devocionarios,
y desta suerte leí:
Historia de dos amantes,
sacada de lengua griega;
Rimas, de Lope de Vega;
Galatea, de Cervantes;
el Camões de Lisboa,
Los pastores de Belén,
Comedias de don Guillén
de Castro, Liras de Ochoa;

Canción que Luis Vélez dijo

en la academia del duque

de Pastrana; Obras de Luque;

Cartas de don Juan de Arguijo;

Cien sonetos de Liñán,

Obras de Herrera el divino,

el Libro del Peregrino,

y El pícaro, de Alemán.

Mas, ¿qué os canso? Por mi vida,

que se los quise quemar.

MISENO. Casadla y vereisla estar

ocupada y divertida

en el parir y el criar.

OCTAVIO. ¡Qué gentiles devociones!

Si Düardo hace canciones,

bien los podemos casar.

MISENO. Es poeta caballero,

no temáis; hará por gusto

versos.

OCTAVIO. Con mucho disgusto

los de Nise considero.

Temo, y en razón lo fundo,

si en esto da, que ha de haber

un don Quijote mujer

que dé que reír al mundo.

Así se lamentaban dos vejetes, el padre juntamente y el amigo. Si a tal conversación hubiera asistido el gracioso Pico, de fecundo pico, quizá habría echado en falta en ese tablado de la antigua farsa a «Calderón de la Vega, / el gran Lope de la Barca, / el genial Miguel de Rueda, / Tirso de Moreto y Lope / de Cervantes Saavedra». El dulce lamen tarde dos pastores se convirtió así en el rudo lamentar de dos vejetes.

* * *

En el Quijote hay todavía otros lectores y otras bibliotecas. Luscinda era muy aficionada a leer libros de caballerías (I 24.89) y sabemos que una vez solicitó el Amadís. Dorotea, aparte de algún libro devoto, «había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros» (I 29.45): pero qué mucho, si no solo se acogía al entretenimiento de leer por recrear el ánimo, sino que hasta tocaba el arpa, porque la experiencia le había mostrado «que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu»…

La biblioteca de don Diego de Miranda, Caballero del Verde Gabán y padre de un hijo poeta, tenía «hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros», si bien faltaban en ella los de caballerías; la otra, la de Juan Palomeque el Zurdo, era tan minúscula que cabía en una maletilla vieja[35]. Contenía cuatro libros y otro escondido en un aforro: Don Cirongilio de Tracia, Felixmarte de Hircania —que también estaba en la de don Quijote—, la Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes, y la Novela del curioso impertinente. La última era Rinconete y Cortadillo, y cabe

preguntarse por qué el cura no la leyó en lugar de la otra. Cosa de misterio parece también esta, apenas inferior al del misterioso manuscrito arábigo que pudo haber perecido en una vil hoguera de corral, en cuyo caso tampoco habrían podido verlo ni Borges ni Unamuno[36].

Si en el Quijote hay otros lectores y otras bibliotecas, no ha mucho que en los sótanos de la Biblioteca Nacional apareció otra microbiblioteca con motivo de la reparación de ciertas humedades subterráneas, tan enemigas de los libros. En realidad, lo de «microbiblioteca» no es del todo exacto, porque su extensión ocupa «el mismo espacio que la enorme estancia, y acaso el de las contiguas, y contenía innumerables módulos de aquellas pequeñísimas estanterías cargadas de libritos». Los minúsculos, pues, eran los libritos, escritos en «inescrutables y variados lenguajes, a juzgar por la diferencia de signos en que estaban impresos». En uno de ellos, que excitó mucho la curiosidad de los investigadores —y la nuestra—, «aparecía un individuo flaco, montado en una especie de extraño ratón y armado de una lanza, acompañado por otro gordo, caballero también en lo que parecía otro cuadrúpedo de rara cabeza, acaso también perteneciente a la familia de los roedores». Poco más podemos añadir, porque hasta los secretos caducan o se entierran. Las humedades fueron reparadas; el suelo, restaurado, pero la «microbiblioteca» sigue allí, no au bonheur des dames, sino al de sus diminutos, enigmáticos lectores.

* * *

La quijotesca pasión por la lectura fue contagiosa y se transmitió a los lectores de su propia historia, la misma de la que un día don Quijote, todavía vestido con una almilla de bayeta verde y un bonete colorado toledano, tuvo noticia a través de Sansón Carrasco, bachiller de su mismo lugar. Solo quiero recordar al padre del galdosiano don Rafael Bueno de Guzmán y Ataide, el cual «se sabía el Quijote de memoria, y hacía con aquel texto incomparable las citas más oportunas. No había refrán de Sancho ni sentencia de su ilustre amo que él no sacase a relucir oportuna y gallardamente, poniéndolos en la conversación, como ponen los pintores un toque de luz en sus cuadros». Tal vez

Unamuno, tan despegado a veces, habría dicho que «aun algunos que se lo saben casi de memoria están a su respecto en situación inferior a la de los que no lo han leído, y habría valido más que nunca hubieran echado su vista sobre él». No creo que hubiera reprochado a Toshio Shinobu, de Nakanojo (prefectura de Gunma), que a los setenta y dos años decidiera abandonar el sol japonés para ver el de La Mancha, el mismo que una mañana de julio había acompañado a don Quijote.

Imitatores mei estote (1 Cor 4, 16; 11, 1). Pablo de Tarso había solicitado imitadores, pero don Quijote tuvo los suyos sin pedirlo. Uno de ellos fue el viajante comercial de productos farmacéuticos Ismail Smile. Era Smile un ejecutivo de ventas septuagenario, de origen indio, alto y flaco, alargado como figura del Greco pero tan risueño como su apellido. Sus facultades mentales declinaban hacia el cuarto menguante debido a su desmedida afición por la televisión, a cuya ventana se pasaba asomado gran parte del día y de la noche, devorando lo mismo películas, series, comedias y dramas que partidos de béisbol, fútbol y baloncesto, programas matinales, diurnos, tertulias vespertinas y culebrones. Y así, del poco dormir y de la excesiva sumisión a «la luz amarillenta de las sórdidas habitaciones de motel», acabó sucumbiendo «a ese desorden psicológico cada vez más frecuente, por el cual los límites entre verdad y mentira se vuelven borrosos e indistintos, de manera que a veces se veía incapaz de distinguir la una de la otra, la realidad de la realidad, y empezó a pensar en sí mismo como ciudadano natural (y habitante en potencia) de aquel mundo imaginario del otro lado de la pantalla al que tan devoto era, y que estaba convencido de que les suministraba, a él y a todo el mundo, las orientaciones morales, sociales y prácticas por las que deberían guiarse en la vida todos los hombres y mujeres». En resolución, enamorado de una diva de la pantalla, descendiente de una dinastía de damas —entre las que habría podido incluirse sin desdoro a Greta Garbo, Marilyn Monroe y Grace Kelly—, tomó la determinación de seguir «el sendero flanqueado de flores que llevaba al amor» y convertirse en «su ingenioso caballero, don Quijote»; pero, pareciéndole «no haberse ganado ni hecho méritos para el honorífico don», decidió nombrarse Quijote a secas, «sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas», como ya en otros tiempos había argüido con buen juicio Teresa Panza a su marido.

Salió en su busca, porque cuando todos los imperios se derrumban y todas las firmezas se desploman, «solo puede salvarnos el

conocimiento de la Amada»… Criatura andante sin residencia fija, su hogar era la carretera; su sala de estar, el coche; su armario ropero, el maletero, y una larga serie de establecimientos de cadenas hoteleras, su proveedor de camas y televisores. Una vez investigó «tanto en libros polvorientos de la biblioteca especializados en saber esotérico astrológico como en una serie de páginas web de fiabilidad evidentemente dudosa», y sabemos por Sancho Smile —su hijo de la imaginación, aparecido «gracias a la fuerza de su deseo y a la amabilidad de las estrellas»— que «por debajo de lo que había visto en la tele, el viejo tenía tanta cultura de libros que hasta a mí me salía por la boca»… Nada se dice de su propia biblioteca si la hubo, salvo que tenía «en la cabeza la biblioteca entera de las palabras difíciles». No es imposible que en ella sobrenadara una canción a Guiomar que había escrito otro inocentón enamorado:

Todo amor es fantasía;

él inventa el año, el día,

la hora y la melodía;

inventa el amante y, más,

la amada. No prueba nada,

contra el amor, que la amada

no haya existido jamás.

Y ahí dejaremos a este Quijote enamorado del amor, porque no había pretendido ser salvado cuanto salvar a la Amada. Baste saber que sin amor es imposible afrontar el fin y que «prepararse para el amor y hacerse digno de la Amada también requería prepararse para un final, porque después de alcanzar la perfección ya solo se podía esperar la aniquilación». Quijote Smile acabó consiguiéndolo en el umbral de un sueño imposible.

«Dios mueve al jugador, y este la pieza». Lo escribió Borges en el

segundo de los sonetos al ajedrez. También Sancho Smile sospechó que debajo/detrás/encima del viejo había «alguien que lo estaba creando igual que él me está creando a mí […], que de la misma manera que Quijote lo había inventado a él, alguien había inventado a Quijote». Al fin y al cabo, flaco como una sombra, Quijote no era sino un yo de sombra que había estado con él toda su vida.

Pero el más reciente imitador ha sido el sevillano Paco Mancha, más conocido como Frank Stain, el cual se dio a leer novelas policiacas, ya fueran negras o amarillas, con tanta afición y gusto que abandonó la televisión y el Marca, con cueros y toros dentro, hasta acabar renunciando a los abonos del Betis y de la Maestranza. Rematado ya su juicio, vino a dar en el mismo extraño pensamiento que había dado otro manchego en las Españas, y fue que le pareció «no solo conveniente, sino incluso muy necesario, hacerse él mismo detective para salir en busca de aventuras y luchar contra los poderosos corruptos y las mil y una injusticias» de este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería.

Tras su primera salida —armado de una gabardina beis con cinturón y un sombrero borsalino de fieltro gris que había heredado de su padre —, y su predecible paliza consiguiente, la librera y el quiosquero del vecindario hicieron el donoso escrutinio de su biblioteca, que, empezando en el atestado salón, se había desbordado por el largo pasillo y el resto de las habitaciones de la casa: «Era como un tumor desbocado que había sobrepasado los espacios acotados de las librerías y de las repisas para hacer metástasis en los lugares más insospechados. Había pilas de libros en el suelo, sobre las mesas, bajo las camas, encima de los armarios». Ni que decir tiene que no faltaba «toda la serie completa de Pepe Carvalho, modelo y espejo de detectives gastrónomos y letraheridos, […] con su discípulo más aventajado, el Montalbano de Andrea Camilleri, arquetipo del comisario siciliano: un tipo con conciencia de clase, radicalmente incorruptible, sobrenaturalmente fiel a su novia Livia» y sumamente cultivado. Por allí andaba el amigo Mario Conde, «otro ilustre pupilo carvalhano», junto a la colección entera de Bevilacqua y Chamorro, sin olvidar las novelas policiacas de González Ledesma y de Juan Madrid. Por supuesto, Paco Mancha, antes de ser Frank Stain, había

comenzado «por la novela clásica de detectives: el comisario Auguste Dupin de Edgar Allan Poe, que según la opinión general inauguró el género. Y por supuesto Sherlock Holmes y Hércules Poirot y Miss Marple al completo». Hasta que Hammett cortó con los crucigramas y juegos de mesa y, según Chandler, «creó la novela negra y devolvió el asesinato al tipo de gente que lo comete por alguna razón y no solo para suministrar un cadáver». Por allí se vio también a Simenon y su comisario Maigret, y tenía sobre su cabeza El inocente, de Mario Lacruz, aunque el propio autor «decía que El inocente era una novela existencialista más que policial».

Solo queda añadir que, ante unas sesudas consideraciones de la librera Macarena sobre la novela policiaca como «nuestra moderna novela de caballerías», con sus estructuras, corrientes narrativas y epistemológicas, proyecciones ideológicas de los valores burgueses y otras fantasías de nuestro tiempo, el quiosquero Pepe no dijo: «¡Adóbame esos candiles!», como habría hecho el barbero Nicolás, sino un «¡Amárrame esos pavos!», desenvuelto, castizo, galdosiano.

La librera Macarena omitió (sin duda por haberle parecido que no era menester escribir una cosa tan clara), que en 1978 Borges —policial, quijotesco, borgesiano— había escrito: «Yo diría, para defender la novela policial, que no necesita defensa; leída con cierto desdén ahora, está salvando el orden en una época de desorden».

[31] Una notable biblioteca en todo caso. Mercedes Agulló, que ha inventariado la del «señor licenciado y abogado de los Reales Consejos Juan de Valdés» —muerto en 1599, por la misma época en que a nuestro hidalgo «se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio»—, ha contabilizado «unos 290 títulos, número que podemos considerar realmente importante para su dueño y su tiempo» (A vueltas con el autor del Lazarillo. Madrid: Calambur, 2010, p. 20). Y de un hombre como Kant dice Thomas de Quincey que «guardaba en su dormitorio una pequeña colección de libros, unos cuatrocientos cincuenta volúmenes, casi todos ellos ejemplares dedicados por los autores. Parecerá raro que Kant, que leyó tanto, no fuese dueño de una biblioteca más grande, pero tenía menos necesidad de ella que otros estudiosos, ya que en sus primeros años fue bibliotecario real del Castillo y, a partir de entonces, disfrutó de la generosidad de Hartknoch, su editor (a quien, por su parte, cedió sus derechos de autor, también en condiciones muy generosas), que le prestaba todo libro nuevo a medida que aparecía». No fue privativo del filósofo: en 1929, el coleccionista aficionado Martín Garmendia, de Buenos Aires, tenía en la calle Bulnes un apartamento cuya biblioteca, como la de Kant, estaba «integrada exclusivamente por libros dedicados por amigos y admiradores».

[32] Por lo demás, el tío de Clarisse McClellan —o tía, que en esto hay alguna diferencia en los autores que el Fahrenheit traducen— corroboró que la juventud y la locura «van siempre juntas». «Cuando la gente te pregunte la edad —decía él (o ella)—, contesta siempre: diecisiete años y loca». Un viejo timbalero de La Habana, por buen nombre Rogelito, a punto de cumplir cien años le dijo a Mario Conde que, a los dieciocho o diecinueve años, «está buena hasta la madre Teresa de Calcuta».

[33] Por cierto, Borges disiente del último redactor y atribuye al barbero esa declaración de amistad que hace el cura: «Asombrosamente —dice — uno de los libros examinados es La Galatea de Cervantes, y resulta que el barbero es amigo suyo y no lo admira demasiado, y dice que es más versado en desdichas que en versos», etc. («Magias parciales del Quijote», 1952). En una ocasión semejante, el profesor Homer P.

Earle, de la Universidad de California, reprochó a Unamuno que, en la Vida de don Quijote y Sancho, pusiera «en boca de Sancho palabras que en el texto cervantino figuran en la de Sansón Carrasco». Unamuno se justificó recurriendo a la autoridad primera, es decir, a Cide Hamete. «En todo caso —explicaba— ese texto arábigo del Cide Hamete Benengeli le tengo yo…, y en él he visto que en el pasaje a que aludía el profesor Earle fue Cervantes el que leyó mal y que mi interpretación, y no la suya, es la fiel». Como no es improbable que Borges conociera también el manuscrito, una prudencia razonable aconseja mantener la amistad entre don Quijote y el barbero, que, por lo demás, es menos indigno de ella que el cura.

[34] Fernando Iwasaki, en un luminoso ensayo que lleva por título «Borges, Unamuno y el Quijote», remata la línea que hilvana a los tres inconformistas: «Unamuno creía que Cervantes era un autor inferior a su obra y Borges pensaba que la figura de Unamuno valía más que todos sus libros. Qué ironía que Unamuno sea uno de los hilos tendidos entre los dos grandes clásicos de la lengua española de todos los tiempos: Miguel de Cervantes y Jorge Luis Borges».

[35] Juan Palomeque el Zurdo, dueño de aquella venta que fue un mundo abreviado, habría tenido derecho a una biblioteca él solo. Porque es de saber que, siendo analfabeto, resulta ser uno de los grandes lectores de oídas. En el título del capítulo 66 del Quijote, «que trata de lo que verá el que lo leyere, o lo oirá el que lo escuchare leer», hay una referencia a esta figura social del lector oyente. Nuestro ventero sentía verdadera pasión por las historias heroicas y caballerescas y, en cuanto pescaba a alguien que sabía leer, sin llegar a los extremos de Mr. Todd, lo obligaba a leerle los papeles recluidos en su maleta. Gracias a su «natural inclinación» conocimos la Novela del curioso impertinente.

[36] Otro donoso escrutinio, realizado en la biblioteca de cierta condesa madrileña oculta bajo el nombre de Amaranta, en los revueltos tiempos de 1809, quizá habría merecido capítulo por sí como la respuesta de don Quijote a un clérigo destemplado. El escrutinio lo llevó a cabo el benemérito Fr. Francisco Juan Nepomuceno de la Concepción, conocido en los estrados como el padre Castillo, «hombre erudito, culto, ilustrado, de modales finos, de figura agradable y pequeña, de ideas templadas y tolerantes que le hacían un poco raro y hasta exótico en su patria y tiempo». El juicio sobre libros y papeles lo

recogió Gabriel de Araceli en el tomo de sus memorias correspondiente al episodio de Napoleón en Chamartín. ¡Oh, «tiempos literarios, tan turbados, tan confusos»!

La biblioteca de Pepe Carvalho

[M. VÁZQUEZ MONTALBÁN: La serie de Pepe Carvalho]

Extrañas simetrías con la de don Quijote guarda la biblioteca de Pepe Carvalho. Un día, cuando descubrió que, tras tanto leer, si no mal comer, ningún libro le había enseñado a vivir; «cuando comprendió que [los libros] ya nunca le enseñarían nada, que nunca le enseñarían nada realmente útil», Pepe Carvalho «decidió convertir su biblioteca en una galería de condenados a muerte». La biblioteca del hidalgo ardió por la enfermedad psicológica que ocasionó a su dueño; en el fondo, la de Carvalho ardió por idéntica razón[37].

Si la biblioteca de don Quijote se recuerda por los que se salvan, la de Pepe Carvalho se recuerda por los que se condenan. En realidad cualquier libro es merecedor del fuego, por el mero hecho de serlo, como el hombre es candidato perpetuo a la muerte, porque «el delito mayor / del hombre es haber nacido». Lex universa est, quae iubet nasci et mori, según dictaminó Publilio Siro. No de otro modo opinaba Froilán Escobar, comentarista de Belarmino, cuando dejó escrita la siguiente apostilla: «Los dos hechos históricos más nocivos para el progreso de la ciencia pura y el imperio final de la cultura fueron la invención del papel y la invención de la imprenta». Y concluye: «Todas las bibliotecas debieran cerrarse», con lo que rebate de modo contundente la afirmación de Carlyle: La mejor universidad de estos tiempos es una biblioteca, que, según Escobar, era «la mayor estupidez» que había leído en su vida.

José Carvalho Tourón[38] era de ascendencia gallega y había pasado en Souto, cerca de San Juan de Muro, algunos veranos de su infancia lucense. Nació en junio, a finales de los años treinta con toda probabilidad. En algún lugar es descrito como «un hombre delgado, alto, aquilino, muy moreno, de ojos magnéticos». Pero tal vez sea una falsa alarma y uno más de sus imprevisibles rostros de Proteo. Porque también se lo vio en otra parte como «un oscuro, pequeño hombre calvo con lentes bifocales», y aun como «un tragasables rubio

panocha». En el verano del sesenta y dos estuvo en la cárcel por comunista. «Pero luego maté a Kennedy —dijo con sarcasmo— y con los años senté la cabeza».

Una carta de su madre, cuyo grado de verosimilitud o apocrificidad no está averiguado, asegura que de niño se aprendió de memoria el Diccionario ilustrado Spes[39]; que a los once leía El Criterio, de Balmes, y La vuelta al mundo de un novelista, de Blasco Ibáñez; que a los quince era «profesor de párvulos y cobrador dominguero de recibos del seguro de entierro». ¿Pudo combinar esas lecturas con La isla misteriosa durante alguna gripe suave, mientras Fernando Forga interpretaba en la radio Las aventuras del inspector Nichols? Sabemos que el colegio de su infancia estuvo «regentado por monjas de San Vicente de Paúl». Él mismo confesó que su «última relación con las matemáticas fue un suspenso en quinto de Bachillerato»; luego se pasó a la Facultad de Filosofía y Letras, donde es probable que estudiara Sociología de la Literatura4, y en todo caso asistió a las clases de un profesor llamado Blecua.[40]

Se sintió tentado por la arqueología, pero la teología del Partido pudo más que su «vocación de inspector de ruinas». Porque es de saber que en su «etapa de joven rojo sensible» le dio por la política: fue acogido en la cárcel tras pintar «las paredes de toda la ciudad», y se casó con una compañera de partido y de universidad, Muriel, una marxista que había leído quince veces El capital[41]. Él en cambio leía por entonces a Camus y a Sartre, a quien ella no podía tragar y al que —«único rasgo de su humor cultural»— llamaba Juan Jacobo; hasta a Apollinaire lo consideraba reaccionario. Él podía combinar Los desnudos y los muertos, de Mailer, con «una minúscula edición de El músico ciego, de Korolenko»; pero llegó un día en que se impuso un versículo no leído del evangelio: Qui non est mecum contra me est. «O con ella o en la CIA». Y se alejó de «aquella mujer insoportable, a la que no quería recordar, porque recordarla significaba recuperar sus peores tiempos de animal doméstico».

Todavía estaba con ella cuando rememoró «con repugnancia la cantidad de libros que había comprado y que no había leído. Qué peste a muerto echaban». Empezó por hacer «construcciones arquitectónicas». Como siempre las bases han sido la piedra angular del edificio[42] —quién sabe si tanto del cristiano como del comunista —, la cimentó con libros de base. «Libros sólidos en la base: las obras

escogidas de Marx y Engels editadas por la Academia de Ciencias de la URSS». No tenían el mismo grosor, y hubo que equilibrar con un estudio de Ráfols sobre la pintura del Renacimiento encuadernado en tapa dura. Para los muros, «libros chaparros y gorditos», como Cumbres borrascosas, Guerra y paz, un tomo de las obras completas de Pérez Galdós; para los techos, un par de Robinsones: el Crusoe y el suizo; para los tabiques, libros en rústica del tipo El Estado y la revolución, de Vladimiro; Los ojos del padre eterno, de Zweig; Noches blancas, de Dostoievski, un catecismo de tercer grado, etc. También recurrió a «jugar a la carta más alta a base de libros». Una discusión irreconciliable con su mujer sobre qué carta era más alta, si el Cándido o el Emilio, abrió otra grieta que precipitaría la caída[43]. «O con ella o en la CIA», ¿recordáis? Con identidad confusa, llegó a ser guardaespaldas de Kennedy. Dejemos en la penumbra su participación en el asesinato, porque, como en el caso de Dulcinea, «estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo».

La biblioteca de Pepe Carvalho constaba de más de 3500 volúmenes cuando él se sintió aquejado de la dolencia destructora. Número que, como el de la de don Quijote, también está sometido a variable juicio: años después del primer incendio, al desgarrar el Taipi de Melville para encender la chimenea que había de preparar un «cordero al Languedoc», confesó a Dorotea Samuelson que tenía 10 000, y que para entonces quemaba libros «como un bárbaro», sin preocuparse de la selección. «Antes era diferente —explicó—. Los quemaba porque los había leído, muchos años después de haberlos leído».

Porque había leído durante cuarenta años de su vida, hasta que concluyó que tantos libros apenas le enseñaron a vivir. Pero antes de utilizar el fuego de los dioses para el incendio metódico como el náufrago de Rosales, pasó la antorcha de Prometeo a una Laura de la que fue su Pigmalión. Acababa de volver de Estados Unidos y habitaba en uno de esos barrios sin carácter, o quizá con ese carácter que imprimen los nuevos barrios para parejas nuevas. Paseaba su indecisión entre volver a su carrera universitaria o «aprovechar lo aprendido en la CIA» para instalarse como detective privado. En este territorio de nadie conoció a Laura. Todavía no quemaba libros, «entre otras cosas porque no tenía chimenea». Se dieron el primer beso «ante la estantería de Clásicos Castellanos Ebro». Diez años después Laura

Buscató le legaría sus cenizas.

Aquello acabó, pues. Como acaban las cosas todas de este mundo. Pepe Carvalho: un personaje «quizá poco dotado para el amor, demasiado dotado para la compasión». Expulsado de la CIA, escudado ya en un cinismo protector, decidió por fin instalarse en Barcelona a resolver casos, como otros, problemas. Halló una casa en Vallvidrera: tenía jardín —un jardín a la larga descuidado pero con «un enorme castaño de Indias que crecía mimado por el riego»— y una herramienta imprescindible para el auto de fe: la chimenea. A veces intentaba emerger en su cerebro «la vieja lógica de otros tiempos», la del «análisis del mundo en que vivía». Pero una alarma instintiva volvía a sumergirla. «Había limitado su capacidad de emoción abstracta a la que pudiera transmitirle el paisaje. Sus restantes emociones se las proporcionaba la piel». Llegó un momento en que tanto el trotskismo como el anarquismo o el comunismo le importaron un bledo, «exactamente lo mismo que la sociedad permisiva». ¿He dicho escéptico o aséptico? Llegó un momento en que se declaró apolítico, aunque nunca soportó «los bigotillos que llevan los funcionarios del exrégimen y los exfuncionarios del régimen». Llegó un momento en que dejó de leer y atormentarse.

Es posible que la quema del primer libro se debiera a un accidente fortuito: una calurosa tarde del mes de julio, que «ponía tristeza en el atardecer», decidió encender la chimenea de su casa de Vallvidrera, porque «necesitaba encender la chimenea cuando quería pensar relajado». No halló papel de periódico —había dejado de leerlos— y dirigió su mirada hacia la «estantería de libros que respaldaba toda la habitación». Todavía dudó. Finalmente «se decidió por un libro rectangular, verde, con mucha hoja. Carvalho leyó un breve fragmento mientras llevaba el libro al suplicio. Se titulaba España como problema y había sido escrito por un tal Laín Entralgo en unos años en que se suponía que los problemas de España se reducían a ella misma como problema». España como problema inauguró un auto que se tornaría irreversible. Unos días después le siguió una edición del Quijote, de Editorial Sopena[44]. «Palomas muertas de papel», pensó quien nunca pensó en hacer pajaritas de papel como Unamuno. Así irían cayendo uno a uno, como cantos rodados de su viejo ecosistema. Porque había decidido olvidar las vidas anteriores que ya no podían iluminar la presente. Comprobó que «podía encender tres mil quinientas fogatas durante casi diez años».

¿Seguía cierto método? Quizá solo el vengativo de «encender la chimenea con libros trascendentales: cuanta más pretensión de trascendentalidad, más culpabilidad. Seguro que han conseguido engañar a alguien». Una noche de llovizna, esa llovizna que arranca los primeros olores a la tierra, recordó aquellos libros del pasado que había que leer para poder secundar la peripecia cultural del momento. Esta vez no dudó. «Buscó La crítica de la razón dialéctica, de Lefebvre, Así se templó el acero, de Ostrovski, y Ensayos sobre Heine, de Sacristán. Junto a la chimenea rompió los libros con tranquilidad y habilidad de experto y dispuso las hojas desencuadernadas en un montoncito sobre el que situó teas secas y sobre ellas troncos más resistentes. El fuego brotó incontenible y la cultura impresa ardió cumpliendo su misión de alimentar fuegos más reales». Por ejemplo el de una paliza profesional que recibió. La chimenea que siguió a aquella violenta dosis de realidad se inauguró con la Anatomía del realismo, de Alfonso Sastre.

Una biblioteca ya «llena de mellas y derrumbamientos», que decrecía en relación inversa a como crecía su orujoteca. Fue hacia 1976 cuando se definió con nitidez su destino: Los hermanos Karamázov «fue uno de los primeros que fue a la pira, dentro de aquel primer centenar de primera selección para la quema»[45], junto a Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Allí arderían entre otros Maurice, de Forster, «porque es una chorrada, como todos los libros»; El problema de la vivienda, de Engels, junto a «una antología de supuesta poesía erótica castellana de los convictos y confesos ciudadanos Barnatán y García»; la Estética, de Lukács, y la Teoría estética, de Adorno[46]; los poemas de J. Jorge Padrón, «un poeta hispano sueco que tradujo a Vicente Aleixandre al canario y se hizo famoso»; Actitudes anglosajonas, de Angus Wilson; El oficial prusiano y otra historias, de D. H. Lawrence[47]; La historia del pensamiento reaccionario español, quizá para que no contaminase las cenizas de Laura, ya apenas una urna en la librería mellada; el Viaje a la Alcarria, en la edición de Austral; el segundo tomo de Cuba, de Hugh Thomas[48]; Alexis el Griego, es decir, Vida y hechos de Alexis Zorba, y Los cuatro jinetes del Apocalipsis de Blasco; Las buenas conciencias, de Carlos Fuentes, «un escritor mexicano al que había conocido casualmente en Nueva York en su etapa de agente de la CIA y le pareció un intelectual que vivía de perfil, al menos saludaba de perfil»; el Quijote fue quemado en Tatuaje —«en un momento de lujuria de la lucidez»—, pero Tatuaje, de Vázquez Montalbán, fue quemado a su vez en otro ejercicio de

expiación… Ya lo vimos: extrañas simetrías.

Una primavera fría de finales de los setenta «encendió la chimenea con La filosofía y su sombra, de Eugenio Trías, calculando que debía dosificar un poco la lenta quema de su biblioteca. Le quedaban unos dos mil volúmenes: a libro diario tenía para unos seis años. Era preciso establecer una pausa entre libro y libro, o comprar más libros, simple posibilidad que le asqueaba». Su etapa de comprador-lector «se había detenido a comienzos de los setenta». Con todo, aún compró Las memorias de Adriano para quemarlo, tal vez porque lo leía un político mentor. Salió a comprar Coto vedado, de Juan Goytisolo, expresamente para quemarlo, pues el hecho de que la literatura se dedicara a especular sobre la moralidad de los abuelitos le parecía «un síntoma de la decadencia de los tiempos». Una noche de otoño del 89, en que buscó el Peter Pan de Barrie para quemarlo y no lo encontró, recordó que ya lo había quemado diez u once años atrás y se propuso comprar otra edición para volver a quemarlo[49]. La balada del café triste no estaba en su biblioteca, pero, aportado por unas manos femeninas, ardió con «la balada, el café y la tristeza y hasta el jorobado que lleva dentro», porque nadie ignora que cualquier libro es bueno para ser quemado. Reprimió el deseo de desgajar de la biblioteca un tomo del Diccionario etimológico de Corominas, y no solo porque en aquel momento ni el libro ni el fuego ni la casa fueran suyos, sino por «el temor de que el humo del papel estropeara el sabor de la paella».

Cuando, en la primera chimenea de un otoño, quemó un tomo de la Enciclopedia Espasa, supo que «su irritación era profunda, porque solo quemaba diccionarios enciclopédicos en estados de ánimo muy próximos al nihilismo más irreversible». ¿Estaba cabreado con la raza humana de una manera irracional? Nada tenía que ver con ellos el Diccionario de los símbolos, de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, y así ardió en el holocausto expiatorio, «especialmente a causa de una relectura de la voz Mirada», aunque retuvo una frase de esa voz: «La mirada aparece como el instrumento y el símbolo de una revelación»[50]. Solo indultó Poeta en Nueva York, por una rara agitación sentimental: tres versos «demasiado cargados de verdad», y otra página, «memoria de una predilección»[51]. Durante mucho tiempo sobrevivieron a la condena La busca, de Baroja, y La voluntad, de Azorín, y no tanto por ser «los primeros libros de calidad que había comprado en el mercado viejo de San Antonio», cuanto por ser de los

que le había encuadernado don Floreal: «Carvalho creía recordar que aún no había quemado ningún libro de los que le había encuadernado don Floreal. Tal vez había sido un mandato del subconsciente, una inconsciente concesión a la nostalgia que debía enmendar lo antes posible»; y así, a continuación quemó La busca[52]. No perdonó siquiera a la Bibliothèque de la Pléiade, «aunque le dolía quemar sus clásicos por el tacto hermosísimo de los libros. A veces los sacaba para acariciarlos y volvía a meterlos en el infierno paralítico de las estanterías rehuyendo el recuerdo de pasadas lecturas que en su tiempo juzgó enriquecedoras»; con todo, se libró el volumen de Flaubert que contenía Bouvard y Pécuchet (y avínole bien, porque, al borde de otro siglo, redescubriría en él «que Bouvard se llamaba nada menos que François Denys Bartholomée Bouvard, y Pécuchet, Just Roman Cirile»). No así La última cinta y Acto sin palabras de Beckett, precisamente porque le gustó en su tiempo y no quería caer en la tentación de volver a leerlo a medida que se hacía viejo. Todavía guardaba en la memoria el eco de un poema de Beckett «que alguna vez le había impresionado. Esto no es moverse. Esto es ser movido»[53].

Por el momento solo las novelas de Conrad tenían una tregua asegurada: «eran los únicos libros que aún era incapaz de quemar». Amnistió Las ciudades - Buenos Aires, de Horacio Vázquez Rial, en «la duda de si no le sería necesario documentarse algo más sobre Buenos Aires antes de irse allí de viaje profesional». Hay otra excepción insana aunque comprensible: «tuvo que superar su desprecio de los libros para leer Roldán, un botín a la sombra del tricornio, de Irujo, Mendoza y Macca, sin poderse permitir el lujo de quemarlo porque podía serle útil» en el caso que se traía entre manos. Años después, solo Dios sabe con qué mezcla de dolor, amor y pesadumbre quemaría Las uvas de la ira, recordando como en un espejo aquella escena final en que una «joven con los pechos llenos de leche da de mamar a un pobre viejo moribundo muerto de hambre». El amor en los tiempos sin tiempo. También El hombre y la muerte, de Edgar Morin, «un texto que le había angustiado casi treinta años atrás, cuando de pronto calculó qué edad tendría en el año 2000 y le pareció caer a un pozo tan sin fondo que la caída era eterna, una caída para siempre». Años después.

En cambio se prometió que, en torno a 1984, quemaría los primeros números de una reproducción facsimilar de la revista Horizonts, junto con la obra de Orwell. Se prometió, había de prometerse muchas

cosas: buscar «sañudamente» por las estanterías cierto libro de Sartre «hasta dar con él y quemarlo»; buscar nada más llegar a casa, para quemarlo, el libro en que había leído alguna vez que «la felicidad es solo una situación afortunada»; quemar en pasando agosto un libro de Paco Umbral… Se prometió, se prometía: nunca dejó de prometerse quemar «un libro de esos cínicamente considerados fundamentales». Incluso cuando conoció a Mohammed el Chukri, «a pesar de que percibía en él un alma gemela, o precisamente por eso, tomó la decisión de adquirir alguna de sus obras para quemarla»[54]. Cualquier día quemaría también alguno de esos «libros tramposos», como el Teatro completo de García Lorca… Tampoco creo que se librara ninguno de los tomos de la Filosofía de Bréhier. Quemó Mass Communications, de un tal Juan Beneyto: «uno de los pocos libros de periodismo que tenía en su biblioteca». Creía recordar que en algún momento del pasado había quemado Herzog, y se acordaba con seguridad de haber quemado Elogio de la sombra y la Historia universal de la infamia, de Borges, y Burdeos, de Soledad Puértolas. Tuvo en la mano un libro titulado Camino, en cheli, cuyo destino ignoramos. Una vez pensó quemar un libro de Belén Gopegui, «ante la simple eufonía del nombre y el apellido», pero tampoco sabemos si lo hizo. Tenía libros de cocina, «uno de los pocos saberes inocentes que respetaba», como lo atestigua el Talismano della felicità, «la biblia de la divulgación culinaria italiana, de la especialista Ada Boni»; de hecho, cuando el argentino Barojita le regaló un ejemplar de Manual del asador argentino, de Raúl Mirad, confesó: «Los libros que sirven para algo no los quemo». Si Sherlock Holmes tocaba el violín, él cocinaba. «El sexo y la gastronomía son las cosas más serias que hay», dijo una vez. Solo se conoce la incineración de dos libros de cocina: Cocinar hizo al hombre, «de don Faustino Cordón, eminente biólogo materialista dialéctico y entusiasta soldado republicano cofundador del V Regimiento», y el Diccionario de los alimentos. Vitaminas. Calorías. Cocción. Conservación. «Te lo mereces», concluyó Pepe Carvalho.

En el olímpico verano de 1992, cerrado el despacho «por vacaciones del espíritu», se encerró a sí mismo en Vallvidrera, «puertas y ventanas selladas, incluso ranuras y rendijas, con cinta aislante». José Carvalho Tourón «se dispuso a superar la prueba de su intolerancia olímpica en la más drástica de las soledades. Sus dos vicios principales, cocinar y quemar libros, le proporcionarían contacto con la materialidad, le ayudarían a transformar el mundo, y en diecisiete días de encierro

podría permitirse el placer de quemar libros sustanciales; para empezar, el volumen de Que sais-je sobre el olimpismo». Allí cayó también El corazón es un cazador solitario, de Carson McCullers, «en cuanto vio aparecer el título en la pantalla de su memoria» —¡y la quemó él, Carvalho, que en otro tiempo había llorado leyéndola!—; «un librito de información olímpica de Andreu Mercé Varela, De Olimpia a Munich, suficiente para una hoguera tan inoportuna como ritual»; La ciutat de les anelles, de Enric Truñó, concejal de Deportes del Ayuntamiento de Barcelona; «Olimpiadi dello spreco e dell'inganno, versión italiana del libro de una tal Ulrike Prokop»; el libro de Simson y Jennings, Los señores de los anillos, «ya inútilmente antiolímpico», y, en fin, El deporte del poder, de Espada y Boix…

* * *

En el universo de Carvalho, como en el de don Quijote, residen otras bibliotecas de diferente capacidad y composición: por ejemplo, la de su amigo, gestor y vecino Enric Fuster, que lo mismo podía recitar la Oda a la paella de Pemán[55], que un poema en latín sobre la sífilis, de un tal Fracastoro[56]: Fuster se había comprado toda la colección de La Pléiade y aun se había suscrito a los títulos venideros hasta su muerte; se la estaba leyendo y era capaz de recitar fragmentos de Restif de La Bretonne tras una cena de diseño y un aguardiente Mirambel.

Recordemos otras, cuyos poseedores representaban una fauna variopinta y no siempre edificante que le hizo reflexionar a veces sobre la hipocresía e inanidad de la cultura. Así, la de Narcís Pons Puig, autodidacta, era una gran librería repleta que ocupaba la inmensidad de una alta pared: Narcís los había leído todos y se sabía de memoria casi todo Carner, aunque Carvalho la vio como una «subbiblioteca teatral». La «desordenada biblioteca» del capitán Luis Tourón, aposentada en un buque de carga bautizado como La Rosa de Alejandría. La del profesor Sergio Beser, el cual sabía tanto de Clarín, que si Clarín resucitara lo mataría: perdido entre sus estanterías había un ejemplar de La vita non è sogno, de Salvatore Quasimodo. La de don Ricardo Álvarez de Enterría, un viejo precipitado a la muerte que «hasta sabía hablar en latín y leía libros en griego»: eran volúmenes en

su mayor parte encuadernados, «sin más concesiones a la modernidad que los filósofos de entreguerras, Ortega y Gasset y Bertrand Russell incluidos». La del viejo Guardiola, exseminarista y antiguo profesor de latín, que en otra antigua alacena de cocina había acumulado «trescientos libros de latinidades y clásicos españoles, algunos manuales de arte y las obras completas de Nietzsche traducidas por una editorial sudamericana». La de Laura Buscató, resumida en un shakespeariano libros, libros, libros: «De cada uno de sus lomos brota una consigna o un auto de fe sobre la antigua modernidad progresista. No hay libro que haya enseñado a entender la década de los años setenta que no figure en los anaqueles de Laura»; uno de ellos, El capitalismo del desperdicio, de Adolf Koszlik, conservaba pétalos secos de rosa entre sus páginas; otro, La aldea global, de Marshall McLuhan, estampas de la primera comunión de su hijo. La fantástica biblioteca del argentino Baroja —descendiente, sí, de los Baroja—, dominando con su presencia una casona: «un mausoleo de la literatura de izquierdas del siglo XX»; en aquella ocasión Carvalho cogió «los libros de Gramsci, de Howard Fast, de Wright Mills, de Habermas, de Adorno como si fueran especies protegidas» y comentó: «Es como un paraíso de izquierdas para lectores entre los setenta y los cuarenta años. Desde Lukács hasta Marta Harnecker». O la de Rodolfo Dávalos, ilustradísimo farmacéutico chileno, que tenía más de dos mil libros, entre los que no podían faltar «las Obras completas de Neruda, su libro de memorias, Confieso que he vivido, y la biografía que le escribió Volodia Teitelboim».

Una biblioteca minuciosa —exhaustiva, agotadoramente descrita— es la de José Santos Pacheco, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. La ocultaba en un piso secreto, que estuvo a punto de ser la cripta de su propia muerte. Libros por el suelo, papeles de periódico, en un refugio parecido a una celda. Cedo la palabra al historiador:

Un comedor sala con una mesa de pino en el centro, tres, cuatro sillas de pino y enea, estanterías, libros, Lenin, Lukács, Stalin, Storia del Partito Comunista Italiano de Paolo Spriano, Escritos políticos de Togliatti, El comunismo de Bujarin, Scritti politici de Rosa Luxemburg,

Stalin de Isaac Deutscher, Anti-Dühring, La formación histórica de la clase obrera de Thompson, Carlos Marx de Mehring, Historia del pensamiento socialista de Cole, Manual de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS, La alternativa comunista de Berlinguer, El derecho a la pereza de Lafargue, Teoría de los cuatro movimientos de Fourier, Rebeldes primitivos de Hobsbawm, El marxismo de Lichstein, cuatro o cinco Lefebvres, tres o cuatro Garaudys, La confesión de London, obras escogidas de Mao, Mémoires d'un révolutionnaire de Serge, Autobiografía de Federico Sánchez de Semprún, Obras completas de Maiakovski, Así se templó el acero de Ostrovski, Saggi sul materialismo storico de Labriola, Para conocer a Lenin de Fernández Buey, Historia del movimiento obrero europeo de Abendroth, Humanismo marxista de Fromm y otros, Socialismo de Ramsey McDonald, Obras escogidas de Gramsci, La revolución soviética de Carr, Obras completas de Balzac, Crítica del gusto de Galvano della Volpe, La mina de López Salinas, Central Eléctrica de López Pacheco, Veinte años de poesía española de José María Castellet, Escritos sobre Heine de Manuel Sacristán, Rousseau y Marx de Galvano della Volpe, Estudios socialistas de Jean Jaurès, Socialisme et culture de Jean Kanappa, La crisis del movimiento comunista de Fernando Claudín, Eros y civilización de Marcuse, Historia del PCUS, Trotski de Deutscher, Correspondencia secreta de Stalin con Churchill, Los procesos de Moscú de Broué, ¿Qué es socialismo? de Norberto Bobbio, La alternativa de Rudolph Bharo, Enterrad mi corazón en Wounded Knee, Enterrad mi corazón en Wounded Knee, Enterrad mi corazón en Wounded Knee…

Una biblioteca del sentimiento[57].

Tampoco hay que olvidar la de Sánchez Bolín —«una biblioteca disfrazada de sala de estar»—, el cual ofrendó a Carvalho los poemas completos de Jaime Gil de Biedma para el rito crematorio, y mientras ardía susurraba dos de sus hermosos versos de desamor: Nada hay tan triste como una habitación para dos, cuando ya no nos queremos demasiado…[58] La de Joaquín Tauste, que solo constaba de tres libros: La tercera ola, Emmanuelle y, mira por dónde, Los mares del Sur… Un libro, en fin, que a su vez contenía otras tres bibliotecas, las de Carlos

Stuart Pedrell: en una de ellas el volumen más moderno era de 1912; en otra, La tierra baldía de Eliot se codeaba con Rilke, y cabe suponer que en algún lugar velaba Quasimodo; las obras completas de Huxley en inglés convivían con Para leer a Marx, de Emmanuel Mounier, y Los paradigmas de la ciencia, de Kuhn, con Melville, Maritain, contraculturales americanos y teólogos alemanes. Todavía existía una tercera, con libros que aparecieron en una vitrina o dentro de una caja de embalaje perdida en un piso perdido de una urbanización deshilachada: El sentido del éxtasis, de Alan Watts, y Los felices cuarenta, de Barbara Probst Solomon; y en la caja, al lado de una cama plegable, «Ciudadanos y locos. Historia social de la Psiquiatría, de Klaus Dörner; Francis Scott Fitzgerald, de Robert Sklar; Les paradis artificiels, de Baudelaire; El hombre de yeso, de Joseph Kessel; Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu, de Maurice Joly; manualillos sobre Qué es el socialismo…, el imperialismo…, el comunismo…, y así hasta doce o trece, un libro del cura Xirinacs en catalán, Poesías completas de Cernuda, Estructura de la lírica moderna, de Friedrich»: una biblioteca oculta, libros salvados de su propio naufragio, como muestras o pecios de una sed intelectual quizá enfermiza.

* * *

Pero todo se acaba en este mundo: hasta las bibliotecas y sus incendiarios. También las biografías y los biógrafos. Pepe Carvalho Tourón era gallego; una vieja dama (in)digna, perdida en los suburbios de TVE, le dijo en cierta ocasión: «Eres gallego como el Generalísimo y tienes mala leche», aunque no sabemos si lo consideró definición o insulto como el «hijo mío» de Jardiel. Él mismo reconoció tener «una biografía impresentable. Exrojo. Exagente internacional. Amante de una puta selectiva más que selecta». De niño fue operado de apendicitis. Dio «unos cursos apañados por la CIA en la cátedra Norton Elliot de Harvard, sobre el Cine como falsificador de las conductas». Conoció la muerte de Kennedy y de Marilyn. En su última época solo había gastado dos balas en diez años —cosa que su amigo y gestor Fuster le reprochaba, pues ni siquiera por ese concepto podía desgravar—, pero recibió una en un brazo. Le gustaban las plumas

estilográficas. A veces le invadía la nostalgia, la enfermedad voluntaria que más le molestaba. En una ocasión «hasta se metió en las librerías de viejo y tocó aquella cultura momificada recordando viejos tactos anhelantes de su etapa de drogadicto de la cultura». Conservó el álbum familiar de fotos que su madre le había legado, hasta que un día no pudo soportarlo y lo quemó en la chimenea de su casa, quemando con él la tristeza y el remordimiento. No sería la primera vez que se sometiera a esa «tozuda y desencantadora comprobación de los efectos del tiempo sobre las fotografías». Solo una vez —¿triste, solitario y final?— estuvo a punto de confesarle a Biscuter —su cocinero y su Watson— que tenía una hija de más de cuarenta años, pero se contuvo. Claro que Biscuter ya lo sabía, porque una vez recibió una carta de ella y se la dejó abierta en la mesa del despacho.

A finales de 1999 tenía en su única cuenta diez millones ciento treinta y siete mil pesetas. No daba para ninguna ingeniería financiera, y tomó en consideración la despectiva sugerencia del cajero del banco: dar la vuelta al mundo. También le quedaba una bala: la tercera que gastó, escupida el último día de 1999, pudo ser un acto de justicia, un homenaje al milenio que concluía o a la relatividad de lo que ya no le importaba[59]. Pero precipitó el viaje aplazado, y ya en Grecia, Carvalho y Biscuter figuraban como Bouvard y Pécuchet, «en homenaje al libro que había admirado en sus años mozos como fábula del fracaso de la razón, una sátira de la petulancia y del desorden de la conciencia del siglo XIX que muy bien podían asumir ellos dos con respecto al XX». Había cargado con algunos libros para incinerarlos y, camino de Atenas, detuvo su Ford Fiesta treintañero para «quemar un libro como se quema una ansiedad. ¿Por qué no El viento se llevará nuestras palabras, de Doris Lessing, "un testimonio comprometido sobre la destrucción de Afganistán"?». Para entonces ya había ardido todo Cavafis, y aunque todavía no había quemado ninguno de Terenci Moix, tenía «muchas ganas de convertir en cenizas El pes de la palla o El peso de la paja, un relato equívoco sobre las fronteras de su barrio y el onanismo». En el tren de Samarcanda se juró quemar en cuanto tuviera ocasión «un manual de Criteriología religiosa, de un desalmado cura llamado Tusquets, dedicado a inventariar masones en la posguerra civil y rebatir a las demás religiones según el apriorístico criterio de que solo había una verdadera».

Quemaba libros, como otros grasas o recuerdos, igual que otros reescribían el pasado. Al final, ya por «pura retórica». «Odio los libros… sobre todo los que he leído». Al borde de un laberinto conoció a alguien que hacía con ellos algo peor, algo que habría hecho morir de puro enojo al obispo Ricardo de Bury: Georges Lebrun estornudaba y se sonaba sobre ellos, comía la fruta más madura que encontraba para mancharlos con el zumo y luego los vendía, tiraba o regalaba. Nunca tenía más de diez. El libro más sucio que regaló fue «una novela de Marguerite Duras que por entonces era indispensable leer». El receptor del obsequio «se había vuelto tan pulcro y convencional que no supo rechazar el asqueroso regalo. Se limitó a dejarlo abandonado debajo de una servilleta. Marguerite Duras nunca lo supo y nunca lo sabrá».

Hacia 1994 vaticinó que solo le quedaban veinte años de vida, y aun sospechaba que diez de ellos en pésimas condiciones: el corazón, los huesos, el hígado, la memoria, el futuro… Llegó un momento en que «tomaba pastillas contra el ácido úrico, contra la presión arterial, contra la depresión, contra la euforia, contra el estreñimiento», aunque luego lo redimía con un plato de callos a la fiorentina «contra el efecto de las pastillas». «Hay que elegir un lugar donde termina el mundo —había pensado el Ginés Larios de La Rosa de Alejandría entre escalofrío y escalofrío—. De lo contrario estaríamos dando vueltas una y otra vez, una y otra vez…». También acaso un lugar que recordar. Pepe Carvalho tuvo su proustiana magdalena en «un pedazo de pan que parecía recién hecho» —o quizá solo lo imaginaba recién hecho— «y un puñado de aceitunas negras, muy sabrosas, de esas aceitunas negras arrugadas que se llaman de Aragón. Recuerdo —añadía— aquellos sabores, la alegría de mi libertad en la calle. La mirada protectora de mi madre. Si pudiera volver a aquella mañana. Esa sería mi verdadera patria. Mi Rosebud». Su Rosebud y su magdalena estuvieron en «la cocina de su infancia, en su minúsculo piso del barrio Chino barcelonés, sin electricidad ni gas, cocina al carbón y mangual en un fogón de barro». Podemos preguntarnos si estaba intoxicado de tristeza y desencanto antes que de orujo.

«Tengo agotado el cupo de nostalgias —dijo una vez—. Tengo nostalgia para todo lo que me queda de vida. Y me sobran remordimientos». Con el tiempo había llegado a desarrollar un sentido de la solidaridad que ya nada tenía de racional: era «estrictamente sentimental». Pero todo se acaba en este mundo, lo hemos dicho: las

bibliotecas, sus incendiarios y hasta el tiempo de la melancolía. «Aquel extraño detective privado gourmet y quemalibros», expoli y exmarxista, se prometió tomarse dos botellas de Rioja de su añada el mismo día de su muerte, pero ya no podemos saber cómo lo haría, porque el último caso de Pepe Carvalho quedó sin resolver.

Seis años atrás, mientras guisaba una pata de cordero a la cerveza que proyectaría en la cocina un sabor de aurora boreal, y tras haber quemado En busca de un mundo mejor, de Karl Popper, Pepe Carvalho reflexionaba sobre la trágica condición del personaje literario en general y del detective de ficción en particular. Era consciente de que su autor lo había convertido en «un recurso técnico de cocina» que incineraba «libros para vengarse de la cultura»; adivinaba que lo había obligado a tomar ciertas decisiones, sin pedirle permiso para adoptar otras; lo había transfigurado en «un superdetective del proletariado urbano de la Barcelona de la posguerra, una rata, una de las ratas perdedoras de la historia, un producto mestizo: mestizo del barrio chino barcelonés y de la Dialéctica sin dogma, de Havemann, mestizo de boleros y de poemas de Pavese». En un mundo en que «la novela policiaca es la poética del capitalismo salvaje», como le gustaba enfatizar al autor, en que «el orden ha llegado a ser tan sospechoso… y se parece tanto al desorden que muchas veces los policías parecen servidores del desorden público», a él lo había rebajado a detective privado. ¿A policía privatizado?

Como Augusto Pérez, estuvo tentado de ir a casa de su creador y enfrentarse con él, reprobarle su cinismo de autor bien vendido y mejor pagado, mientras ideaba la desaparición de su detective, atribuyéndola a la vejez física, al cansancio moral, a su mala salud de nihilista, de anarquista escasamente científico. Pero, si tuvo la determinación, una llamada telefónica, no por esperada menos aniquiladora, interrumpió «la comedia humana de un desencanto», anunciándole que su tiempo se había terminado. Al final, el asesino siempre es el autor. Los escritores te matan retirándote la palabra.

Dedujo, pues, que ya no viviría para ver ciertas cosas. A la sazón bebía para olvidar y comía para recordar. (No en vano había previsto Augurio Hipocampo que «la aventura del paladar es rara aventura»).

Supo que todo el mundo tiene la ideología que necesita para justificar su propia vida. Había descubierto que «el misterioso vocerío de los pájaros de Bangkok» era de golondrinas, solo de golondrinas. Aun así, tal vez no había descartado del todo volver una vez más a Bangkok a despedirse de todo y de nada. El viernes 17 de octubre de 2003, allí, en el aeropuerto de Bangkok, cayó un hombre llamado Manuel Vázquez Montalbán, del que había recibido una llamada telefónica postrera y uno de cuyos libros alimentó en cierta ocasión su chimenea. Podríamos acabar diciendo que el viento se lo lleva todo, pero también ardió Lo que el viento se llevó, aunque ignoramos exactamente cuándo.

El misterioso vocerío de los pájaros de Bangkok… Quizá recordó vagamente un versículo bíblico que hablaba de la caída de los héroes. Quizá. Pero nadie lo llamó a resolver el caso del hombre caído en el aeropuerto y el de su propia desaparición: un caso de disolución de la materia, más inexplicable que el engañoso de Frédéric Larsan en El misterio del cuarto amarillo. Sabemos que La vuelta al mundo de dos pilletes era uno de los libros que a Pepe Carvalho más le habían gustado en toda su vida. Biscuter prometió proporcionarle algún día «una resurrección todavía más espectacular». Pero tampoco sabemos dónde está Biscuter. Étrange phénomène de dissociation de la matière. Acaso ambos se confundieron con los pájaros de Bangkok, allí donde, en mayo de mil novecientos sesenta y tantos, Carvalho descubría por sorpresa el olor del azahar.

[37] La afición a la consunción de los libros por el fuego no ha sido privativa de Pepe Carvalho. Digno antecesor suyo fue el abuelo paterno del filósofo armado Eddie Féretro, «celoso coleccionista de Schiller y Hölderlin (antiguos y nuevos)», el cual también «los incineraba en su chimenea durante el invierno». Según el testimonio de su nieto, a pesar de su pensión modesta «adquiría los Schiller y los Hölderlin donde pudiera (aunque alguna vez insinuó que robaba ejemplares de bibliotecas y de las librerías más caras)». Pretendía que en su tumba solo figurase una lápida con la siguiente inscripción: «¿S? ¿H? ¿Quién?». En cambio, «en previsión de un planeta arrasado, enterró las obras de Shakespeare en lugares extraños, metidas en cajas blindadas de plomo». Siempre queda alguna preferencia.

Como la del Solitario de Ionesco, que, por no tener biblioteca ni estanterías, iba tirando los libros a medida que los leía. Solo conservó «Los endemoniados de Dostoievski, Los miserables de Victor Hugo, Los tres mosqueteros, El conde de Montecristo, cuentos y relatos de Kafka, Arsenio Lupin y un Rouletabille».

[38] Los historiadores siempre han tenido problemas con la identificación precisa de los grandes hombres de la historia. De don Quijote se discute si su nombre de hidalgo era Quijada, Quesada, Quijana, Quejana o Alonso Quijano. De Pepe Carvalho también tenemos dudas sobre su segundo apellido: su madre se llamaba Ofelia, mas si Tourón o Larios no se sabe. Parece prevalecer el primero. Murió tras varios años de invalidez y de casi no poder hablar, y, ya muerta ella, el padre le decía que de noche la oía soñar y hablar en voz alta. Antes de morir le pidió a Carvalho horchata (de avellana) y melocotones.

El primer apellido también tiene su historia. Su padre, Evaristo Carvalho, en cierta ocasión «se hartó de ser español y pidió la nacionalidad portuguesa». De ahí la grafía lh. «No sé como lo hizo, pero consiguió que en todos los papeles figuráramos como Carvalho». En ocasiones le soltaba discursos maltusianos, «consciente de que su propia existencia era un lamentable error del que su padre se arrepentía por su propio bien: —Si la humanidad se pusiera de

acuerdo para no tener más hijos, en cincuenta años la Tierra quedaría despoblada y devuelta a sus fuerzas más inocentes: los animales, el agua, el sol». Poco antes de morir le dijo: «Tenías que haberte metido en un banco cuando eras jovencito. Ahora tendrías cuatro o cinco quinquenios». A veces Pepe Carvalho se preguntaba por qué su padre se había quedado a vivir en el barrio chino de Barcelona y no había emigrado a París.

[39] Cosa, por lo demás, nada imposible, sabiendo que Harold (Hal) Incandenza, «un prodigio lexicográfico» al que ya de pequeño su madre le leía en voz alta el diccionario Oxford, había memorizado todos los volúmenes del Diccionario Oxford condensado…

[40] Una vez dijo que hace muchos años se había matriculado «en un curso de Fenomenología del Espíritu por correspondencia». Supongo que sería una boutade, como lo del curso de radiotécnica, también por correspondencia. Lo supongo. En cambio quizá no lo sea, por la melancolía que destila, esta otra confesión: «Hubo un tiempo en que estudié filosofía y me enseñaron que todo consiste en quitarle velos a la diosa y detrás del último velo está la verdad. Alezeia creo que se llama esta técnica, o quizá no sea una técnica, sino una manera como otra de creer en que aún quedan desnudos misteriosos». Al principio de su vuelta al mundo se presentó como «especialista en diminutivos en la literatura medieval española»; al final, fue recibido como «experto en literaturas románicas, sobre todo en el uso de los diminutivos en los Siglos de Oro». Supongo que sería otra boutade. Lo supongo, solo lo supongo.

[41] «Aquel matrimonio ya empezó mal —evocaría Carvalho—, en una iglesia de Pueblo Seco, cuatro familiares, cuatro estudiantes rojos y una cierta antipatía latente entre el cura y yo». Pero estuvieron en Atenas y Patmos en un Encuentro de Juventud: los únicos instantes felices. Y, sin embargo, cuarenta años después descubriría que aquella «breve relación con Muriel ocupaba una parte de su capacidad de nostalgia».

[42] Salvo en la pila de leña para la chimenea. Pepe Carvalho disponía la leña «según las leyes de los buenos encendedores de chimenea. Desde la tea hasta el tronco, la pila de madera seguía un proceso piramidal de lo más liviano a lo más recio».

[43] El propio Pepe Carvalho describió así el juego: «Se vacían las estanterías y se forma un montón de libros en el centro de una habitación. Los jugadores han de sacar los libros del interior de un montón. Un árbitro valora el libro y da el ganador». El árbitro no siempre era inocente. Por ejemplo, entre Canguro, de Lawrence, y Americanismo y fordismo, de Gramsci: «Si el juez era una persona normal daba la victoria a Lawrence. Pero si el juez era un asqueroso progresista, entonces triunfaba Gramsci». El día de Cándido y Emilio el árbitro se atuvo «al juicio crítico emitido por la enciclopedia soviética» y dio la victoria a Rousseau sobre Voltaire. ¿O es que puede caber alguna duda «de quién ha sido más importante para la historia del movimiento obrero»?

[44] En cierta ocasión, durante su estancia bonaerense, mantuvo con un diplomático el siguiente diálogo: «—¿Usted quema libros? / —Siempre que puedo. / —Pero ¿libros importantes? Por ejemplo, ¿usted quemaría el Quijote? / —De los primeros que quemé. De no ser importantes, ¿para qué quemarlos?».

[45] Tuvo que ser un acto no condicionado, porque es harto improbable que ya entonces tuviera noticia de aquel «perro chileno que murió indigestado con Los hermanos Karamázov, después de devorar sus páginas en una tarde de furia». Lo ha contado el porteño-uruguayo Carlos María Domínguez, a quien su abuela, cada vez que lo veía leer en la cama, solía decirle: «Dejá eso, que los libros son peligrosos».

[46] Un dato revelador y muy preciso. Este libro comenzó a arder exactamente por la página 241, «la que empezaba con el epígrafe “La Historia como constitutivo. Comprensibilidad” y continuaba de esta guisa: El momento histórico es constitutivo de las obras de arte. Son auténticas aquellas que, sin reticencias y sin creerse que están sobre él, cargan con el contenido histórico de su tiempo».

[47] De este, en cambio, Charo consiguió rescatar «una página semichamuscada que había quedado al margen del centro de la hoguera y leyó el mensaje superviviente: “Con el tiempo los Lindley perdieron todo dominio de la vida y se pasaban las horas, las semanas y los años simplemente regateando para poder vivir, reprimiendo y puliendo amargamente a sus hijos para convertirlos a la nobleza, empujándolos a la ambición y recargándolos de deberes…”».

[48] Años después, en vísperas de embarcarse a Buenos Aires, quemaría otro volumen. Tal vez fuera el primero. ¿No acababa de decir que, mientras la policía garantiza el orden, un detective privado se limita a descubrir el desorden?

[49] En Buenos Aires, y en ausencia de su biblioteca, se vio obligado a comprar un buen paquete de libros para alimentar la chimenea. Como es natural, entre ellos estaban las Obras completas de Jorge Luis Borges. Sabemos que desaparecieron en la pira Las venas abiertas de América Latina, de Eduardo Galeano; Tango. La canción de Buenos Aires, de Ernesto Sábato; Adán Buenosayres, de Leopoldo Marechal, que Alma/Berta Modotti definió como el Ulises argentino (quizá porque el Ulises criollo ya tiene padre y es de Vasconcelos); Buenos Aires: un museo al aire libre, de León Tenenbaum; y Respiración artificial, de Ricardo Piglia —este, obsequiado por Alma/Berta para el rito.

[50] Tenía la costumbre de leer una frase del libro predestinado, «una frase pretexto para la quema o para el difícil indulto». Así, cuando quemó La vie quotidienne dans le monde moderne, de Henri Lefebvre, leyó esta: «La théorie du métalangage se fonde sur les recherches des logiciens, des philosophes, des linguistes (et sur la critique de ces recherches. Rappelons la définition: le métalangage consiste en un message (assemblage de signes) axé sur le code d'un message, un autre ou le même». A la pregunta de Charo: «¿Por qué lo quemas?», respondió: «Porque todos recurrimos al metalenguaje sin necesidad de que nadie nos lo explique. También porque Lefebvre descubrió tarde el papel de lo cotidiano frente a lo histórico, descubrió tarde que siempre tienen razón los días laborables».

[51] Aun así, suponemos que solo fue una ejecución aplazada, pues se dijo: «He de quemar ese libro antes de morir. O él o yo. Pero hoy no». Todavía una noche de octubre de 1988, mientras quemaba «un libro sobre prerrafaelitas», rememoró el indulto: «Solo una vez indulté un libro: Poeta en Nueva York, y fue por una cuestión sentimental. Me pareció como si quemar aquel libro fuera fusilar dos veces a García Lorca y lo salvé, a pesar de que el garcialorquismo nacional e internacional me resulta insoportable».

[52] «¿Por qué? Se preguntó, fiel a la coartada de explicarse siempre a sí mismo el por qué escogía un título determinado para iniciar el fuego

en su chimenea. —Primero lo quemo y el motivo ya vendrá después».

[53] Como diría Macarena —la librera de Sevilla que, mano a mano con Pepe el quiosquero, hizo el donoso escrutinio de la biblioteca de Frank Stain—, «empieza uno con Maigret citando a Ibsen y acaba con Carvalho quemando La última cinta y Acto sin palabras de Beckett».

[54] Pudo tratarse de El pan desnudo, pero no consta en la crónica.

[55] «Durante el franquismo, Pemán fue llamado el "ingenio del régimen" y tuvo a bien llevarse todos los premios convocados en concursos y justas poéticas, como en los Juegos Florales de Sagunto, del año 1956, con su Oda a la paella» (que si el autor de nuestra historia no la pusiera, puede hacer cuenta que no puso cosa buena): «¡Oh insigne sinfonía de todos los colores! / ¡Oh ilustre paella / por fuera con su blusa de colores, / quemadita por dentro con ansias de doncella! / ¡Oh policromo plato colorista / que antes que con el gusto se come con la vista! / Concentración de glorias donde nada se deja. / Compromiso de Caspe entre el pollo y la almeja. / ¡Oh plato decisivo: / gremial y colectivo! / ¡Oh plato delicioso / donde todo es hermoso / y todo se distingue, pero nada está roto! / ¡Oh plato liberal donde un grano es un grano / como un hombre es un voto!».

Dicen que el arroz tiene que quedar suelto (como el verso penúltimo).

[56] Añadamos como curiosidad que el tal Girolamo Fracastoro (1478-1553), médico y latinista italiano, escribió un poema en latín titulado Syphilis sive morbus gallicus (1530), en tres libros y 1346 versos. De acento virgiliano, en su tercer libro, como en una égloga, habla de un mítico pastor llamado Syphilus, que pastoreaba «los rebaños de bueyes y blancas ovejas» del rey Alcítoo (III, 288-90). Osó desafiar al cielo haciendo a su rey los sacrificios reservados a los dioses, y encolerizado «el padre Sol, que todo lo ve y lo ilumina todo», le envió la enfermedad que desde entonces lleva su nombre: «Es Sífilo el primero que su cuerpo presenta / lleno de feas llagas, y padece en los miembros / desgarros que le vedan el sueño por la noche. / De aquel tomó su nombre la enfermedad infame, / y desde entonces Sífilis los rústicos la llaman. / Se difundió la peste por todas las ciudades / y en su infausta sevicia no perdonó al rey mismo».

Tal vez Fuster no recitara todo el poema, pero sí los versos anteriores

que en su original dicen así: Syphilus ostendit turpes per corpus achores, / insomnes primus noctes convulsaque membra / sensit et a primo traxit cognomina morbus, / Syphilidemque ab eo labem dixere coloni. / Et mala iam vulgo cunctas diffusa per urbes / pestis erat, regi nec saeva pepercerat ipsi (III, 329-34).

[57] A nadie se le oculta el catálogo de prescripción de esta biblioteca didáctica, con alguna excepción iluminadora. (El lector atento habrá advertido que algunos de ellos ya habían ardido en la chimenea de Carvalho). En cambio, de la de Marta Miguel —que tenía «casi siete mil volúmenes» y confesaba que en su casa apenas había sitio para su madre y para ella, pues todo lo demás lo ocupaban los libros— se desconoce un solo título.

[58] Sánchez Bolín aseguraba que «los libros de versos arden mejor que los de prosa»; pero él dedicaba algunos de ellos al destino funcional de aditamentos de retrete, y allí fue desapareciendo «El niño judío, de Leonardo Mazacot», «un libro de papel tan absorbente como la prosa de su autor». El propio Carvalho no desconocía estos usos: sabemos que un escrito de Fernando Monegal, «el mejor crítico español de teatro polaco», corrió la misma suerte y por razones semejantes: «la capacidad absorbente del papel» y «la no menor capacidad absorbente de lo impreso». Tampoco eludió este servicio El caso del jesuita risueño de Nicholson: «una macedonia del Bromfield de Vinieron las lluvias, del Hesse fascinado por la religiosidad oriental y de Agatha Christie componían un curioso espécimen».

[59] Todavía gastó otra para disolver con ruido y humo a un marido maltratador y su infame turba, pero eso ocurría en Patna, donde las costumbres son otras y los maltratadores pueden «tener mejor trato que los extranjeros que se meten donde nadie los llama».

POSDATA

El doctor Donald Shirley —negro, pianista y homosexual— dijo una vez que, en las cartas, una posdata «sería como tocar un cencerro al final de una sinfonía de Shostakóvich». Pero, como esto no es una carta ni una sinfonía, quizá aquí la posdata no sea impertinente, sino perteneciente:

Pepe Carvalho tras las huellas de don Quijote

La universalidad del Quijote, y su influencia progresiva en la historia de la literatura hasta impregnarla toda, no fue un milagro espontáneo, sino una germinación lenta como esos desiertos que la Escritura profetizaba convertidos en oasis. Con una ironía no exenta de hipérbole, decía el socarrón del bachiller «que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia…, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca» (II 3.20). No sin humor añadió don Quijote que «por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia» (II 16.46). Tampoco le faltó melancolía a un Cervantes envejecido cuando previó que «el que más ha mostrado desear [el libro] ha sido el gran emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome o, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote» (II 0.59). He ahí el origen del Instituto Cervantes.

Los vaticinios han resultado inesperadamente exactos. Para bien o para mal, o simplemente porque así lo quiso el diablo que todo lo añasca, ese «saco donde cabe todo», como definió Baroja la novela del siglo XX, se ha impregnado consciente o inconscientemente de aquel libro, al principio escrito quizá un poco a la desesperada. Un caso que he seguido con cierta perplejidad es el de Pepe Carvalho, cuya biblioteca ocupa varias páginas de este libro.

Primero me llamó la atención la vocación incendiaria del personaje. A don Quijote le queman los libros, como causantes de su desequilibrio, o tal vez solo de su reequilibrio. Pepe Carvalho quema los propios, por lo mismo y por lo contrario: porque le hicieron tener fe en una realidad que demostró ser traidora como la ideología que todo el mundo necesita para justificar su propia vida (Tatuaje 79 y 127) y gregaria como rebaños, que solo un espejismo político pudo hacerlos imaginar con relinchar de caballos, sonido de clarines y ruido de tambores. Olvida los tambores. Uno de los primeros libros que ardió en la chimenea de Carvalho fue un Quijote de Sopena.

Otro paralelismo que me llamó la atención fue la construcción del personaje. Ya hemos visto que el segundo autor del Quijote halla vacilación en los Anales de La Mancha sobre el nombre del personaje: ¿Quijada? ¿Quesada? ¿Quijana? ¿Alonso Quijano? También el segundo apellido de Pepe Carvalho sufre de semejante incertidumbre: de Larios pasa a ser Tourón. Tengo para mí que cuando Vázquez Montalbán escribió Yo maté a Kennedy todavía no sabía qué iba a ser de ese personaje, ni siquiera si iba a ser. El narrador es distinto, el punto de vista más disperso, el arte otro. Es cierto que ya allí leemos cosas como esta: «Vivir la historia se basa siempre en un simulacro de realidad y de comportamiento». O habla del «vago sustrato cultural que a uno le queda después de haberse tragado dos o tres mil libros». Pero el salto de Kennedy a Tatuaje tiene algo del tránsito del hidalgo soñador al caballero andante. En aquel primero se apunta el germen de su vocación destructora que, como él mismo reconocerá cerca del final, acabará siendo una retórica de la que ya no puede prescindir. ¿No acabaría diciendo don Quijote aquello de «¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues, con todo esto, quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido» (II 17.111). La force des choses…

Hay todavía otra curiosa coincidencia. Sabemos que Cervantes se hizo personaje de su propio libro, y no solo cuando lo vimos recorriendo el Alcaná de Toledo en busca del manuscrito perdido. Cervantes apareció también en la biblioteca del hidalgo, cuando el cura emitió aquel resignado juicio sobre la Galatea: «Muchos años hace que es gran amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en

versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega» (I 6.79-80). Pues también nuestro autor anda entre las bambalinas de las andanzas de Carvalho. Así, cuando el disidente Justo Cerdán presente un libro en la librería Machado, hablará de «la lógica del sistema» y añadirá que «cuestionar este hecho significa cuestionar el sistema y poner en peligro la celebración de actos como este… o que escritores como Vázquez Montalbán puedan ganar el Planeta» (Asesinato en el Comité Central). En otro lugar, una conversación entre el editor Brando Jr. y Carvalho es aún más elocuente:

—…Nuestra casa es la que mejor paga y la que mejor vende. Acabo de contratar una Autobiografía de Franco.

—¿A Franco?

—No. A un escritor rojo, rojísimo: le he puesto sobre la mesa un cheque, no voy a decirle por cuánto, y todos sus prejuicios se han hecho añicos. Me ha pedido libertad de tratamiento, la que quiera, luego ya vendrán las rebajas antes del segundo cheque… (El laberinto griego).

No es este el lugar de descubrir en qué proporción se distribuyen la ironía o el sarcasmo, el cinismo o la amargura. Javier Krahe, que tenía de todo como las Novelas ejemplares, cantó aquello de «Yo, que era la imagen del romanticismo, / hoy, os lo confieso, me pierde el cinismo».

La construcción temporal sí es mucho más precisa en Vázquez Montalbán. El paso del tiempo es implacablemente exacto. Hay un momento en que Pepe Carvalho no necesita ninguna sobrina que le reproche su presunción de «que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo» (II 6.36). A Carvalho le basta mirarse al espejo, reprimir como puede la rebelión del hígado, hacer el recuento de sus pastillas, comprobar el estado de su cuenta corriente.

También es de notar la revisión del personaje, que se ve impreso y luego falsificado. En «El coleccionista» (Hermano pequeño, 155) vemos a Pepe Carvalho recluido en un manicomio (como el de Avellaneda), pero en este caso es él el que se declara verdadero: «Ocho años después de iniciarse esta reclusión —dice—, uno de mis contactos de la KGB de Tarazona me advirtió que acababa de publicarse una falsa novela titulada Yo maté a Kennedy, en la que un falso Pepe Carvalho se atribuía hechos y actuaciones que eran míos, del verdadero Pepe Carvalho. La novela estaba escrita por uno de los hombres más tenebrosos del servicio de espionaje soviético en España, según yo ya sabía entonces y según la Virgen María le informó a Fernando Arrabal poco antes de ganar el premio Nadal». Y del mismo modo que don Quijote intenta rehacer de algún modo su personaje por si su actuación no es bien entendida (recuérdese: «mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son hacer bien a todos y mal a ninguno»: II 32.88), también en las sucesivas historias de Carvalho encontramos ese deseo de recuperar personajes antiguos, ese reconstruir el personaje hacia atrás, incluso sutiles retoques del pasado, como Cervantes, para aliviar olvidos y extravíos.

El entorno del personaje va surgiendo progresivamente como en el caso de don Quijote. Si Sancho no aparece hasta la segunda salida —y siempre nos quedará la duda de si estaba ya en el plan inicial o se lo sugirió el ventero burlador—, a Biscuter no lo descubrimos hasta la tercera salida de Carvalho (La soledad del manager). Biscuter —a la vez secretario, cocinero y doctor Watson— resulta ser un ex compañero de cárcel; Carvalho ya ha abierto despacho, y es ahí donde empezamos a vislumbrar que el personaje es otro, está más dibujado, más despojado de adherencias extrañas, algo más predeterminado también.

En el mundo de don Quijote hay muchas mujeres, pero la mujer es solo una. En el de Carvalho todo es más complicado y excedería este breve apunte. Pero también hay una. De Dulcinea —más bien de Aldonza Lorenzo— se atreve a decir Sancho: «¡Oh hideputa, qué rejo que tiene y qué voz! […] Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire» (I 25.161-62). Pero don Quijote la sublima, y por lo que él la quiere bien puede ser señora de sus pensamientos. Carvalho no se engaña: sabe que Charo es puta, y sabe también que el amor es otro espejismo. En un momento determinado

Vázquez Montalbán dice que «quizá sea Carvalho un personaje poco dotado para el amor, demasiado dotado para la compasión» (Tres historias). Don Quijote, en cambio, está muy dotado para el amor platónico, pero poco para el físico, como vio Bienvenido Morros (Otra lectura del Quijote. Don Quijote y el elogio de la castidad. Madrid: Cátedra, 2005).

En el Quijote se ha señalado la evolución de la relación entre ambos personajes, y —signifique lo que signifique— es ya un tópico hablar de la quijotización de Sancho. También la relación entre Carvalho y Biscuter experimenta una evolución semejante. «No se muera vuesa merced, señor mío», diría Sancho al final del libro a un don Quijote derrotado. Cide Hamete cuenta que, «apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad; y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera» (II 44.32). Al cronista de Pepe Carvalho le oímos decir que «la conciencia de la ausencia de Biscuter la vivía como una mutilación cargada de presagios» (Milenio II, 412). «Juntos hemos hecho grandes cosas —añade Biscuter—. Grandes empresas. Deshecho grandes entuertos, y es una lástima, jefe, que usted esté tan cansado, porque eso me ha angustiado. Se lo digo con toda sinceridad. ¿Qué sería yo si usted deja de ser? Por eso lo animo a que prosiga la aventura. Todo está esperándonos, y todo lo que dejamos ya nos había abandonado» (Milenio II, 389). ¿No nos parece estar oyendo a Sancho Panza?

En la última vuelta al mundo de ambos personajes, crece la figura de Biscuter. Hay un momento en que Biscuter salva en cierto modo a Carvalho como Sancho en cierto modo a don Quijote; hay un momento en que Biscuter toma las riendas del destino; hay un momento en que Carvalho vive «la más absoluta sensación de inutilidad, como si estuviera de paso entre la nada y el infinito» (Milenio II, 291). Carvalho dirá: «Tampoco quisiera que esta experiencia viajera, tan lejana ya de La vuelta al mundo en ochenta días como de Don Quijote o de Bouvard et Pécuchet se convirtiera en La vuelta al mundo de dos pilletes, uno de los libros que más me han gustado en toda mi vida» (Milenio II, 115). Pero al fin Don Quijote es vencido; y Carvalho es vencido venciendo: un disparo, y la vuelta al mundo no es más que un largo rodeo para volver a casa, a morir tal vez aunque no lo supiera.

Tras una vuelta al mundo que duró doscientos días, decidió volver a

Barcelona a cerrar el círculo y a cumplir con la literatura. De cárcel a cárcel, de libros a libros: «cumplir con Julio Verne, puesto que las renovadas futuras aventuras de Biscuter ya le habían permitido cumplir con el espíritu final de Don Quijote, y la sensación de haber vivido una huida hacia adelante lo reconciliaba con los señores Bouvard y Pécuchet, la inacabada novela de Flaubert que tanto le había inquietado en sus años de estudiante» (Milenio II, 404-405).

La intertextualidad, que tan presente está en el Quijote, pertenece a la arquitectura intrínseca de la serie de Carvalho. No es ciertamente el Quijote el libro más citado, pero también lo es. «Filosófico estoy a pesar de que como», dice Carvalho en El hombre de mi vida (p. 248), recuerdo de un endecasílabo del diálogo entre Babieca y Rocinante. Si con variantes, es una frase recurrente. Recuerda, cómo no, el caviar (Milenio I, 216), que en el Quijote es descrito como «un manjar negro que dicen que se llama cavial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre» (II 54.30). Y, sobre todo, una hermosa evocación teñida de ausencia: «Los papeles se habían invertido como en el final del Quijote. Era ella quien quería embestir contra los molinos de viento y Carvalho el que oponía renuncias, desde el cansancio y la melancolía. Menos mal que el Quijote ya lo había quemado en un momento de lujuria de la lucidez» (Hermano pequeño).

Se ha dicho que el Quijote, escrito bajo el signo del desengaño, es un libro de perdedores. Carvalho también. Es un personaje progresivamente desencantado, desorientado en un mundo que se revela hostil, un mundo que le vuelve la espalda o al que vuelve la espalda él. También un mundo donde se cocina mucho, y donde hasta Biscuter va creciendo en el arte de cocinar, último reducto de la cultura. De Sancho sabemos que era «bravo mojón», que es tanto como decir buen catador. Y si don Quijote, aunque finos manjares tuviera, podía pasarse sin comer «otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren» (I 25.234), Sancho llegó a probar el caviar como hemos visto, si bien en un antaño que tampoco tenía el predicamento de hogaño. Al fin y al cabo, como decía Bernd Rothmann, o Joachim Pfister —que también en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben—, «empieza uno cambiando el mundo y termina hablando de gachas» (Antonio Orejudo, Reconstrucción).

En el Sahara, bajo un cielo estrellado solo comparable con las arenas del desierto, Carvalho dijo: «A estas gentes les da lo mismo si somos Carvalho y Biscuter, Bouvard y Pécuchet o Abbott y Costello». No añadió «don Quijote y Sancho Panza». Pero sabemos que «los entes de ficción más tarde o más temprano se reconocen mutuamente» (Milenio II, 632). Esto lo escribió alguien que decía llamarse Manuel Vázquez Montalbán, con una pluma que parecía cortada por Carvalho.

La biblioteca de Salvo Montalbano

[ANDREA CAMILLERI: La serie de Montalbano]

Desde el Polifemo de Góngora sabemos que «Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece, / copa es de Baco, huerto de Pomona». Entre las cosas que ofrece, además de los vinos, la fruta y el trigo, se halla la comisaría de Vigàta, donde el comisario Salvo Montalbano llevaba años refugiando sus cambios de humor, con sus irritaciones, perplejidades y melancolías.

Las perplejidades del comisario procedían de su capacidad para comprender la «madeja enmarañada» del alma, los laberintos de la condición humana. Hasta un delincuente como Tano el Griego supo que el comisario era un hombre que entendía las cosas. Nacido en algún momento impreciso de finales de los cuarenta[60], el comisario Salvo Montalbano era «propenso a padecer los efectos de los repentinos cambios meteorológicos», lo que acaso acentuaba su poco dogmático deseo de no conformarse con las apariencias y hallar la cara oculta de las cosas: había heredado esa condición del carácter enfermizo de su madre[61], de la que solo «conservaba un recuerdo de color —¿el del cabello?—, como un haz de espigas de trigo maduro», o como «una luz dorada en movimiento, el de las espigas de trigo cuando les daba el sol, y de ellas salía el mismo leve susurro cuando las movía el viento». Su padre, en cambio, «disfrutaba siempre de la misma salud y, con lluvia o con sol, pensaba siempre lo mismo». Como el otro la magdalena, Salvo seguía percibiendo entre la lengua y el paladar el sabor irremplazable de los helados del Café Castiglione de la calle Mayor, donde su padre solía jugar al billar. Nunca había vuelto a encontrarlos parecidos.

Parece que, desde la escuela primaria hasta la universidad, pasando por un colegio de curas, siempre había sido un estudiante mediocre. «Con los números jamás se había entendido». En el Liceo, «cuando sus compañeros se ocupaban de abscisas y coordenadas, él todavía tenía dificultades con la tabla del 8». (Aun así, andando el tiempo, la recitación de las tablas del siete, del ocho y del nueve equilibrarían la impaciencia que lo desesperaba cuando marcaba un número de

teléfono y tardaban en responder). Pero en la escuela había leído, siquiera de modo fragmentario, la Ilíada, cuyos primeros versos nunca olvidó, y a veces los recitaba como terapia contra la impertinencia de sus jefes; tampoco olvidó el primer endecasílabo del Orlando furioso: Le donne, i cavalier, l'arme, gli amori, síntesis de una época caballeresca que a veces se parecía de modo tan lastimoso a la presente. Ahí estaban las Metamorfosis de Ovidio: todavía cuarenta y tantos años después recordaría el episodio de la tejedora Aracne, transformada en araña por haber osado desafiar a Atenea. No sabemos si de su época de estudiante conservaría aún en la memoria la sentencia latina nec tecum nec sine te. En todo caso podía aplicársela a sí mismo, pues es de saber que tenía una novia en Boccadasse (Génova), con la que se veía de modo intermitente, intermitencias de tiernos encuentros y borrascosos arrebatos. Quizá por eso duró tanto su relación atípica: ni contigo ni sin ti.

No lejos de la comisaría de Vigàta, aunque no tan cerca como para prescindir del coche, tenía varada su casa de Marinella, un lugar de «aquella Sicilia áspera, sin apenas vegetación, hecha de tierra avara de verdor y de hombres avaros de palabras». Un lugar privilegiado, aunque solo fuera por dar al mar, que es el vivir. Y es que, antes de ser nombrado comisario de Vigàta en 1985, Salvo Montalbano había sido subcomisario en Mascalippa, un remoto pueblecito de los montes Erei que solo «sabía a hierba y paja, a campiña abierta». El nombramiento de comisario de Vigàta lo recibió como una liberación, porque él «necesitaba el aire del mar, necesitaba disfrutar del perfume de las algas, necesitaba pasarse la lengua por los labios y notarlos un poco salados». Vigàta del mar.

La casa de Marinella, construida en la arena de la playa a pocos metros del mar, albergaba su biblioteca, que el narrador de las historias de Montalbano, más inclinado a describir el contenido de la nevera que la materia y forma de la biblioteca, se limita a llamar estantería. Hay una página más generosa en que la describe como una «espaciosa biblioteca enteramente tapizada con estanterías repletas de libros, en la cual la única y mortecina luz procedía de una lámpara de sobremesa»; allí lo sorprendimos una vez leyendo un «libro antiguo lujosamente encuadernado» cuyo título nos hurtó el cronista. Al margen de que la encuadernación de ese libro fuera o no original, sí sabemos que Montalbano apreciaba el arte de la encuadernación, pues en un bolsillo de cierto traje marrón regalado a un vagabundo

apareció una factura «de un encuadernador a nombre del dottor Salvo Montalbano». Otra noche, antes de meterse en la cama cogió un libro al azar y «descubrió que se trataba Del amor, de Stendhal»; sorprendido en uno de esos enamoramientos súbitos que a veces lo acechaban, podía estar leyendo hasta altas hora de la madrugada. De sus paredes había colgado grabados y dibujos, que tal vez explicaran las luces y sombras de su carácter, pues, de creer a la galerista Mariangela De Rosa, se puede «comprender a fondo a un hombre sabiendo qué pintores le gustan y a qué escritores lee». Una vez comparó con un cuadro de Piero Guccione la maravilla de un atardecer sobre el mar frente a su casa.

En todo caso, podemos deducir que su biblioteca no era como la de Alcide Maraventano, un hombre de noventa y tantos años y larguísimo de talle que merecería por sí un apartado: su casa «era una especie de enorme choza medio en ruinas, sin teléfono ni electricidad[62], pero en compensación estaba tan atestada de libros que ni sitio había para sentarse, libros colocados por todas partes, en pilas que llegaban hasta el techo, por el suelo, encima de los muebles y las sillas». Pero tampoco como la que decoraba el despacho del abogado Francesco Luna: «estanterías de madera negra llenas de libros jamás leídos». Porque Salvo Montalbano sí leía, libros propios y ajenos, alguno de la amplísima biblioteca de Alberto Larussa, que se lo había prestado antes de suicidarse. Precisamente, quizá por simetría con Potocki, se halló el Manuscrito encontrado en Zaragoza al pie de la silla de ruedas de Larussa, convertida en una perfecta silla eléctrica artesana, si no tan americana y funcional como la que cantaba Krahe. Y Montalbano reconoció haberlo leído años atrás e incluso reconoció el paralelismo.

Porque el comisario Montalbano leía, sí, y rara vez viajaba sin incluir un libro en la maleta o maletín de viaje. Era capaz de empezar un libro por la noche «y terminarlo al amanecer sin interrupción». Una vez pudimos verlo aliviando una tensa, incierta espera, con una novela de Vázquez Montalbán entre las manos, con toda probabilidad aquella que ocultaba una frase que había atraído poderosamente su atención: «La pistola dormía con su presencia de lagarto frío» [Los mares del Sur]. Sabemos que el escritor barcelonés «lo intrigaba enormemente», y no solo porque tuviera «su mismo apellido, bien que españolizado en Montalbán». El quinteto de Buenos Aires estaba en su biblioteca, y no es arriesgado suponer que también el resto de las obras de la serie. Otra noche de acecho y vigilancia cogió «un libro de un autor llamado

Bolaño que le gustaba bastante y se puso a leer a la luz de la farola» que había en la acera donde aparcó el coche: dadas las espinosas circunstancias del acecho, pudo tratarse de Los detectives salvajes; muy improbablemente, de 2666. Una vez «le vino a la mente una novela de Dürrenmatt en la que un comisario consagra su vida a cumplir la promesa que ha hecho a unos padres: encontrar al asesino de su hija…, un asesino que entre tanto ha muerto, pero el comisario no lo sabe»[63]. En otra ocasión empezó a «leer unas páginas excelentes de una novela protagonizada por un subjefe de policía de Roma al que enviaban a las nieves del valle de Aosta. La sola idea de encontrarse en la piel de aquel colega le provocó un escalofrío por toda la espalda. […] Volvió a coger la novela en la que su desdichado colega estaba a punto de congelarse vivo. // La lectura le resultó apasionante y perdió el sentido del tiempo»[64].

«¿Se puede ser policía de nacimiento, llevar en la sangre el instinto de caza, como lo llama Dashiell Hammett, y al mismo tiempo cultivar buenas y refinadas lecturas? Salvo Montalbano lo era». Y además tenía la íntima convicción de que «si Leonardo, en lugar de ser maestro de escuela, hubiera hecho oposiciones a la policía, habría sido mejor que Maigret y Pepe Carvalho juntos». Es obvio que Sciascia era uno de sus autores predilectos (como lo era de Vázquez Montalbán, cuyo afecto lector por Sciascia le venía de antiguo, «del descubrimiento de que aún quedaba en Europa un gran escritor político»). A los dieciséis años había leído por primera vez El archivo de Egipto, libro que ya no lo abandonaría jamás. A lo largo de su vida, acabaría volviendo una y otra vez a aquel archivo, que quizá le ponía ante los ojos la perenne realidad de la impostura[65]. Siempre se reescribe la historia según los intereses del momento: la historia, como la metáfora, es una mera cuestión de énfasis. De ese modo, El archivo de Egipto había sido leído más de veinte veces. También releía muy a menudo La cuerda loca, «quizá para comprenderse un poco mejor a sí mismo», y en una ocasión recordó el inquietante caso de La desaparición de Majorana. ¡El maestro de escuela siciliano Leonardo Sciascia!

Montalbano tal vez no fue lector de muchos libros —un adjetivo, por lo demás, siempre sujeto al principio de incertidumbre—, pero cabe deducir que sí fiel a unos pocos. Y así, sabiendo que había leído Los grandes cementerios bajo la luna, de Bernanos, no es improbable que hubiera leído también El antimonio de su venerado Sciascia, que a veces suena con el lúgubre tañido de los grandes cementerios.

Intentó releer La sangre de los Atridas, una «novela negra de un francés que se llamaba Magnan», simplemente porque «le gustaba cómo estaba escrita»; pero no la halló a mano y cuando dio con ella le entró sueño. En otra ocasión lo vimos leyendo por quinta vez Pilón, de Faulkner. Sabemos que tenía Llamada para el muerto de John Le Carré, aunque se lo había prestado al subcomisario Domenico Augello, más conocido por Mimì, y una noche le hizo devolvérselo a toda prisa arrancándole de la cama en calzoncillos, total para comprobar lo que ya sabía. Años atrás había leído Olvidar Palermo, de Edmonde Charles-Roux, una novela que le corroboró lo arraigado de ciertos hábitos sicilianos. Una vez, como un relámpago, cruzó por su mente un título: Meu amigo de alma. Y aunque nuestro historiador no consideró necesario dar detalles, podemos deducir que se trataba de las cartas de Sá-Carneiro a Pessoa, que Montalbano pudo leer en la edición de Sellerio, un editor memorable para él por muchas causas.

Confirmó haber visto varias obras de teatro: Beckett le resultaba familiar, e incluso asistió al método Catalanotti de montaje de Días felices, método más cruel que el de Artaud y Stanislavski juntos; tuvo noticia de La Fura dels Baus y de su antídoto, el teatro pobre de Grotowski; leyó de un tirón Curva peligrosa, de Priestley, que juzgó «estupenda», hizo un resumen detallado e intentó imaginar cómo habría podido montarla Catalanotti siguiendo su método. Una noche, en la nave de Trinacriarte, donde solían ensayar los actores del método, el abogado Antonio Scimè, actor aficionado que en su juventud había trabajado en un espectáculo de Vittorio Gassman, le mostró un álbum de fotos por el que «fue desfilando ante los ojos del comisario buena parte del teatro italiano de mediados del siglo anterior», y, si va a decir verdad, la visión de tantas fotos antiguas, espejo inexorable del pasado, lo inundó de melancolía. No desconocía a Ionesco, y aun pensó que quizá podría superar La cantante calva con solo transcribir los diálogos imposibles entre Catarella y la señora Antonietta Palmisano. Tampoco a Brecht, del que recordaba la frase «¿Por qué tendría que sentir cariño por el alféizar desde el cual me caí de niño?», que con los años acabó por juzgar desacertada. A Brecht le atribuyó el dicho de que «la noche, por muy larga que pueda ser, nunca será eterna», pero tal vez tuvo una confusión con el último verso del acto IV de Macbeth: The night is long that never finds the day[66]. Era notoria su afición por Pirandello: sentado bajo un acebuche centenario —que un día caería bajo la sierra de los especuladores inmobiliarios, provocando su irresistible cólera—, evocó una palabras

de Pirandello: «Hay un acebuche grande… con el cual lo he resuelto todo»; o «Somos marionetas», constante en su memoria desde los tiempos de su primer caso en Vigàta. Había leído su comedia El juego de los papeles, y la inacabada Los gigantes de la montaña; reconoció su cuento «Lejos» bajo el argumento de una serie sueca que se rodaba en Vigàta; en general, podía reconocer una cita imperfecta de Pirandello, siquiera para tocarle los huevos al doctor Pasquano, que tanto se los tocaba a él. Y, ante el obispo de Montelusa, reconoció el retrato que, en Defensa de Mèola, uno de los Relatos para un año, había hecho Pirandello del tío bisabuelo del obispo: «Alto, encorvado sobre su triste delgadez, con el cuello estirado y los carnosos y lívidos labios hacia fuera en un intento de mantener erguido el rostro apergaminado, con las gafotas negras sobre la nariz ganchuda…». Añadiré que a Laura Infantino —una reencarnación casi ilusoria de aquella Anna Amato «que había conocido nada más llegar a Vigàta, por la cual casi había perdido la cabeza»— le confesó en sus años postrimeros otra veneración antigua: «Hay una obra de teatro francesa maravillosa en la que Ulises charla con Héctor e intenta conjurar el inicio de la guerra de Troya. Y cuando Héctor, asombrado, le pregunta por el motivo, Ulises contesta: "Porque Andrómaca, tu mujer, parpadea exactamente igual que Penélope"». Salvo Montalbano no dijo más, pero todos sabemos que se refería a No habrá guerra de Troya[67].

En la sala de espera de la Jefatura Superior de Policía, y suponemos que por matar el tiempo, «empezó a leer un artículo de Susanna Tamaro». En cambio, no sabemos con exactitud cuándo empezó a leer tebeos, ahora con fervor y devoción[68]. Tampoco —ya lo vimos— le era ajena la mitología grecolatina.

Soportó estoicamente el primer volumen, de setecientas páginas, de la Vida y obra de Rinaldo y Antonio Lo Bianco, maestros jurados de la Universidad de Girgenti en tiempos del rey Martín el Joven (1402-1409), magna obra del juez Lo Bianco, que había dedicado varios años de su vida a buscar sus improbables raíces en aquellos maestros universitarios de hacía seis siglos. No consta que lo leyera, aunque sabemos que lo hojeó, y quizá vivió con la amenaza de recibir el regalo envenenado de los próximos volúmenes. Hubo otro libro de setecientas páginas «que había comprado en un tenderete y jamás había abierto, pero cuyo título le había llamado la atención: Metafísica del ser parcial»: no llegó a aprender las cualidades

metafísicas del ser (parcial), pero le sirvió de pretexto para poner en marcha una diminuta cámara camuflada en la biblioteca. En la estantería estaba también El agente secreto de Conrad, una novela que le había gustado, aunque no recordaba mucho más. También le gustaban mucho Las veladas de San Petersburgo, de Gógol, un indicio más de su excelente gusto literario. En un momento se pregunta qué hubieran hecho Gógol y Kafka en su lugar; en otro tuvo ocasión de recordar a Joseph K.

Había leído El nombre de la rosa y los dos diarios mínimos de Umberto Eco, pero no su Tratado de semiótica general, ni tampoco la Semeiotiké, de Julia Kristeva. En la única librería de Vigàta que merecía tal nombre compró en cierta ocasión «una obra de Cònsolo que tiempo atrás había ganado un premio literario»[69]. La firmó al momento: «Tenía la manía de estampar inmediatamente su firma en todos los libros que compraba». En cambio detestaba firmar todos los informes, papeles y cartas a que su cargo de comisario lo obligaba, y a veces se acumulaban encima de su mesa montañas de papel en equilibrio inestable. Aborrecía la burocracia y, a propósito de los papeles, en algún momento «lo asaltó la sospecha de que podía tratarse de un caso de reproducción autónoma, como ciertas células que se dividen para convertirse en dos. De hecho, algunos documentos eran absolutamente iguales entre sí, calcados; solo cambiaba la fecha y el número de referencia», y aun sospechaba que los expedientes parían de noche: «Cuando la oficina se quedaba a oscuras y desierta, los expedientes, sin que nadie los viera, salían de los archivadores, se desperdigaban aquí y allá, se despojaban de las carpetas y se entregaban a orgías desenfrenadas, a copulaciones ilimitadas, a camas redondas inenarrables. Y por eso, a la mañana siguiente, los frutos nacidos de la pecaminosa noche aumentaban el volumen y la altura de la pila». Pensó que «en realidad, la burocracia podía compararse con un universo carcelario, una especie de inmenso campo de concentración. ¡Por eso un auténtico revolucionario como el Che Guevara le tenía tanta tirria!». Si en Vigàta hubiera habido más días sin color, en blanco y negro, esos días que el inspector Blognard del barrio parisino de Santa Gúdula llamaba «días administrativos», quizá Montalbano, «en una atmósfera tan mate», habría puesto al día los expedientes, siquiera por aburrimiento.

Ignoramos si aparte de firmar expedientes escribió otras cosas. No soportaba los anglicismos gratuitos que como plaga de langosta

arrasaban el idioma, y vaticinó que era inevitable la defunción del italiano, «dado que era una colonia de la lengua inglesa». Del español no opinó, pero el paralelismo es geométrico.

El comisario, «apasionado de la literatura», era un lector saludablemente heterogéneo: lo mismo leía El desierto de los tártaros, de Dino Buzzati, que una novela de Daniel Chavarría ambientada en Cuba o la novela Tommaso y el fotógrafo ciego, «del pobre Bufalino». Tampoco desdeñaba la poesía. Le había encantado cierto poema de Dylan Thomas, que llevaba por título In Country Sleep. La lectura de La tierra baldía de T. S. Eliot podría ser lo mismo del comisario que del historiador. Y así, al lado de un verso de Quasimodo o de Pavese, lo vimos leyendo un soneto de Petrarca («Pasa la nave mía con olvido / por encrespado mar a medianoche»), o lo oímos mencionar otros versos azarosos, de autores olvidados, que surgían como asociación de ideas al hilo de cualquier investigación; un verso perteneciente a un poema y un poeta ya olvidados: Padre, que todos los días mueres un poco…; un poema del milanés antifascista Delio Tessa, que desconfiaba de los humanos y sus instituciones; otro, en dialecto triestino, de Virgilio Giotti, él sí nacido en el Imperio austrohúngaro con más razón que cualquier personaje de Berlanga; otro de Sandro Penna —Trovato ho il mio angioletto / tra una losca platea, / fumava un sigaretto, / e gli occhi lustri avea—, que soltó burlonamente enmendado al jefe superior Bonetti-Alderigi para «marearlo un poco»; tampoco le era ajeno Matteo Maria Boiardo, del que llegó a citar en más de una ocasión aquel endecasílabo del soneto en el natalicio de su señora: Principio sì giolivo ben conduce («Principio tan gozoso buen fin promete»), y siempre nos cabrá la duda de si lo había leído directamente en Boiardo o a través de Sciascia[70]. Recordó incluso que un antiguo poeta griego había escrito «una poesía de amor por una yegua de Tracia que no soportaba las bridas»[71].

Al menos en dos ocasiones, había evocado «cuánta verdad había en los versos de aquel poeta que le gustaba:

Cómo pesa la nieve en estas ramas.

Cómo pesan los años en los hombros que amas.

[…]

Los años de la juventud son años lejanos»[72].

Reconoció la imperfección métrica de unas cuartetas anónimas que encontró en un sobre de su casa de Marinella. Una vez citó «una rosa es una rosa es una rosa es una rosa» ante el cavaliere Morasco, que no se impresionó por «la docta cita de Gertrude Stein». En el caso de Nenè Sanfilippo, supo que las primeras páginas de su novela sin final estaban copiadas de Yo, robot, de Asimov. Era capaz de silbar la Incompleta de Schubert sin errar ningún pasaje; viendo asomar el cañón de una metralleta que apuntaba a Augello, gritó: «¡Mimì! ¡Mimì!», y le pareció estar cantando La bohème; alguna vez cantó La donna è mobile; O toreador ritorna vincitor, y «ciertos pasajes de La gazza ladra de Rossini, como un disco rayado»; una vez tarareó el vals de La viuda alegre, en honor de la beckettiana Winnie de Días felices, y varias veces canturreó la marcha triunfal de Aida. A veces iba al cine, lo suficiente para haber visto La ventana indiscreta, y alguna película de los Monty Python, por lo menos aquella en que explotaba un gordo[73]. Aunque también podía haberlas visto en el televisor cuando, aburrido de la programación, podía poner un western o una de espionaje: tampoco era raro que tras haberla visto llegara a la conclusión de que no había entendido nada.

Como todo italiano que se precie, había leído la Commedia, que una vez citó en medio de una conversación con Mimì Augello —e sanza alcun sospetto (Inf. V, 129)—, sin que este percibiera su procedencia y menos que se trataba de medio endecasílabo, y desde luego Los novios de Manzoni. Recordaba incluso, en su traducción al siciliano, la célebre frase questo matrimonio non s'ha da fare. Mimì, en cambio, confesaba que lo había estudiado en la escuela y tuvo suficiente. Pero Salvo Montalbano recordaba también una línea de La columna infame, del propio Manzoni: «Decidme qué queréis que diga»[74].

Tenía un razonable dominio de los clásicos: no solo conocía a Homero, que usaba con resignación e incluso como espejo de paciencia; y es que, como otros cuentan ovejas para dormirse o repasan la tabla de multiplicar, él recitaba el principio de las Catilinarias o los primeros versos de la Ilíada, que conocía de memoria, mientras esperaba la

llamada telefónica de su jefe superior, Bonetti-Alderighi, cuando se empeñaba en tocarle los más humanos. Pero también recurrió a la Batracomiomaquia para resolver un crucigrama con el que peleaba Catarella. «¿Qué decía Shakespeare? Ah, sí: "Tus palabras son mi alimento"»; del Orlando furioso baste decir que, apenas conoció a Angélica Cosulich, la belleza y afinidad con la del Ariosto le hicieron prorrumpir en endecasílabos que superaron el medio centenar. Y también el Quijote, del que recordaba nítidamente el cuento de las cabras que Sancho le contó a don Quijote en el capítulo 20 para conjurar el miedo y retrasar la espantable aventura de los batanes. ¡Ah —se decía—, si él pudiera dejarle interrumpida la historia a Camilleri como Sancho a don Quijote!

A pesar de su inclinación por el venerable arte de la encuadernación, en algún momento de irritación sus libros aparecieron «abiertos, hojeados y maltratados». En su biblioteca estaban Tabucchi y Simenon. De hecho una noche, en la cama, dudó «entre el último libro de Tabucchi y una antigua novela de Simenon que jamás había leído». La prometida del señor Hire, de Simenon, anduvo en su biblioteca, y se la llevó Livia para acabar de leerla. Compró expresamente El presidente al salir del taller donde había quedado hospitalizado su quejumbroso coche. Había hojeado El capital, quizá en memoria de su lejana participación en el Mayo francés. Y desde luego había leído Una rosa para Emilia, un relato de Faulkner, en cuyo interior revivió una aventura trasladada a Sicilia.

En su biblioteca no figuraba la Biblia, que sepamos, pero necesitó una para resolver un caso, y sabemos que leyó al menos unos capítulos del Génesis: jamás la devolvió. Sin embargo citaba, tal vez sin ser consciente de ello, el versículo de Mateo (6, 34) que dice: «Cada día tiene su afán (o sus problemas)»; y lo hacía en forma de refrán —«A cada día su pena, a cada hora su problema»—, tal como solía recordárselo su tía, casada y sin hijos, «que le había hecho de madre» cuando murió la suya. Sí había, en cambio, un ejemplar del Fausto de Goethe y otro de los Cuentos de Allan Poe. El monólogo de Hamlet lo conocía en una traducción del XVIII. Y la duda hamletiana del to be or not to be era recordada con múltiples variantes: «comer o no comer»; «firmar o no firmar»; «revelar que soy comisario o no revelarlo»…

Mimì Augello confirmó una vez lo que ya sabíamos: que leía mucho, y desde luego mucho más que él. (El propio Montalbano tuvo que

decirle en cierta ocasión: «Mimì, yo domino el lenguaje porque leo libros. Tú, en cambio, eres un ignorante y confundes una palabra con otra». También es verdad que no siempre Mimì aceptaba con sosiego esa superioridad lectora, y tras un elemental y no del todo correcto Pilato docet, le replicó: «Cuando te pones a hablar en latín, consigues que se me hinchen las pelotas»). Lecturas con frecuencia imprevisibles. Que el comisario Montalbano hubiera leído Hamlet, El doctor Jekyll y míster Hyde, alguna novela policiaca de Carlo Lucarelli, a Dashiell Hammett y muy probablemente a Chandler, y varias veces a Vázquez Montalbán, no tiene nada de raro. Que entre sus lecturas preferidas no figurasen los escritos y discursos de Mussolini —aunque conociera la existencia de Parlo con Bruno, «que Mussolini escribió a la muerte de su hijo»—, tampoco[75]. Lo sorprendente es que hubiera leído a Roland Barthes, de quien su jefe superior no había oído hablar y a quien Montalbano se lo definió, con sarcástica ironía, como «un eminente criminólogo francés». Del mismo modo, y bromeando con Mimì Augello a propósito de Hedda Gabler, «una nórdica que se pegó un tiro», le dijo que «el caso lo contó un célebre criminalista del siglo XIX que se llamaba Ibsen»; como Mimì, cuyos conocimientos literarios se habían quedado en las brumas del instituto, le respondiera: «Me suena que Ibsen era uno que escribía cosas de teatro», Montalbano concluyó: «Este Ibsen del que hablo yo era su hermano gemelo». También recordó, con ocasión de visitar un vertedero —«un paseo por el infierno»— donde había ido a reconocer un cadáver, «una vieja comedia de un autor italiano que contaba que el nuevo diluvio universal no llegaría con el agua del cielo, sino que los retretes y cloacas regurgitarían toda la inmundicia que les habían echado durante siglos y siglos, y los hombres morirían ahogados» en su propia mierda[76].

Podía ser una fuente de sorpresas. En el curso de una investigación era capaz de ilustrar sus observaciones o preguntas con cuadros de Brueghel, del Bosco o de Gauguin, asustar a un cuarentón coletudo con el nombre de Kurt Suckert, sin que el otro pudiera adivinar que era el nombre verdadero de Curzio Malaparte, o corregir a Mimì Augello, que confundía a Hayez con Velázquez[77]. Había leído los Crímenes ejemplares de Max Aub, libro «que, una vez superado el solaz, le había resultado más útil que un tratado de psicología». Sus pesquisas lo condujeron hasta rarezas de bibliófilo como la Representación de los Siete Durmientes[78] en el segundo volumen de la antología de D'Ancona, o una obra de teatro que nunca figuraría en la

lista de best sellers, como La gente de la cueva, de Tawfiq al-Hakim. Seguramente coincidiría con la señora Clementina Vasile Cozzo, anciana maestra jubilada y ahora paralítica, en que Edipo era un sobrecogedor relato policíaco. Leyó La pista de hielo, de Roberto Bolaño, y, lo mismo que a mí, le encantaba Marco Denevi, escritor argentino.

Una joven devota de la novela negra, derretida ante su presencia, le hizo saber que él era «mucho mejor que Maigret, que Poirot, que…». ¿Quiso decir Pepe Carvalho? En cuestión de gustos culinarios él se suponía «más próximo a Maigret que a Pepe Carvalho, el cual se daba unos atracones de platos capaces de incendiar el vientre de un tiburón». De todos modos adoraba los salmonetes de roca —que en la trattoria San Calogero alcanzaban a freírlos «con precisión milimétrica»—, apenas podía resistirse a unos langostinos a la plancha hechos con la característica exactitud de la misma trattoria, o a esa «extraordinaria pizza de múltiples sabores» conocida por tabisca. Los salmonetes de roca eran también especialidad de otra trattoria, la de Enzo[79], en donde, si un cliente le caía bien como era el caso de Montalbano, podían prepararle un «cuscús con ocho variedades de pescado» que le arrancaba súbitos arrebatos de emoción; unos espaguetis con sepia en su tinta, que como al Moisés no les faltaba más que hablar, o unos variados antipasti di mari que invitaban a sacrificarse en el ara de Neptuno. Le encantaban las parrilladas de pescado, la fritura de chanquetes, el mero, las sardinas a beccafico, los calamares —sobre todo una «fritura de calamarcitos tan rotundos y crujientes que parecían colines recién salidos del horno»— y los chipirones, los pulpitos a la sal, los espaguetis con almejas, esa variedad de gordas aceitunas negras llamadas passuluna, la tarta conocida como parfè de almendras hecha a la antigua, cuyo atracón cierta tarde estuvo a punto de producirle hartazgo… La pasta 'casciata podía arrancarle gemidos de placer: no siempre tenía oportunidad de regodearse con «aquel regalo de Dios», pues exigía mucho tiempo de preparación, y dependía del humor variable de su asistenta Adelina, que aun sufriendo un ataque de vegetarianismo podía regalarlo inesperadamente con unas berenjenas a la parmesana o un «sublime pastel de alcachofas y espinacas». Una noche le preparó «un maravilloso timbal de macarrones in crosta clavadito al que se describía en El gatopardo: ¡un timbal digno de un príncipe!». Él mismo era capaz de preparar un plato de espaguetis aliñados con el llamado oglio del carrettiere y queso de oveja.

El comisario Salvo Montalbano opinaba que «el don esencial de un policía» es «el ojo clínico». También se definió como «un simple lector de los que, a mi juicio, son buenos libros». Lectura y ojo clínico que demostró en cierta ocasión ante el profesor Cosentino del Instituto Federico Fellini… Pero sería una injuria suplantar al irrepetible cronista en este momento estelar de la historia de las bibliotecas imaginarias:

—Comisario, ¿no conoce una deliciosa novela del siglo XVIII que se titula El diablo enamorado…?

—De Cazotte —lo interrumpió el comisario—. La he leído.

El profesor se recobró en seguida del ligero estupor.

—Cierta noche, Jacques Cazotte se encontraba con unos amigos célebres y adivinó con exactitud el día de su muerte. Bien…

—Oiga, profesor, ya conozco la anécdota, la he leído en Gérard de Nerval.

El profesor se quedó boquiabierto.

—¡Caramba! ¿Cómo sabe esas cosas, comisario?

Le bon maître me le pardonne, pero me siento incapaz de resistir la tentación de corregir al historiador. Él dice que replicó con brusquedad. Yo me imagino a un Salvo Montalbano resignado, que responde con muchísimo sosiego: «Leyendo»[80].

«En Vigàta y los alrededores existe la creencia de que las urracas, aves muy parlanchinas, comunican a quien sabe entenderlas las últimas novedades de lo que les ocurre a los hombres, pues ellas, desde las alturas, tienen una visión privilegiada del conjunto». Él tuvo alguna vez esa visión privilegiada. También la de detalles imposibles, como aquella en que al ver a Lillo Rizzitano, viejo y casi ciego, comprendió

que lo había visto antes en la fotografía de la solapa de un libro. Y si no era él, era su doble perfecto, cosa nada improbable tratándose de un libro de Borges. Jorge Luis Borges era uno de sus autores, porque «siempre y en cualquier caso te obliga a ejercitar la inteligencia». Había leído una colección de sus ensayos y artículos[81], y en cierta ocasión, quizá atacado de mono borgesiano, se dijo: «Tengo que comprar el último libro de Borges», mientras le venía a la memoria «media página, o todavía menos, del autor argentino leída tiempo atrás»[82].

El comisario Salvo Montalbano pensó a veces que sería bueno borrar al hombre para que emergiera el comisario solo, «una función casi abstracta», exenta, sin sentimientos personales. Pero supo que jamás podría hacerlo. Sobre su vestimenta, podría haber dicho como el poeta enterrado en Collioure: «Ya conocéis mi torpe aliño indumentario», en lo que no se parecía a su padre, que siempre anduvo «elegantemente vestido, como elegante era también su manera de moverse». Sobre su corazón, que había sufrido tres infartos, hubo diversidad de opiniones: un corazón que «funciona con corriente alterna», que «parecía la ciudad de Dresde en 1945». En su vida de comisario recibió un par de balas en su cuerpo, aunque el profesor Di Bartolo llegó a opinar que aguantaría otros tres o cuatro tiros. «Al final, o casi, de su carrera, renegaba, a los ojos de sus superiores y de la ley, de los principios que durante años y años había acatado». Tuvo una pistola y una lupa: «Después de Sherlock Holmes —se decía—, ningún policía lo es de verdad si no tiene una lupa al alcance de la mano». Montalbano estaba seguro de que en algún lugar existía un Manual del perfecto investigador, un libro, de puro ideal, platónico. Pero era el único que no había leído.

El 17 de julio de 2019 Salvo Montalbano debió de sentir una desconocida opresión en el pecho, que quizá interpretó como preludio de alguna desventura o infortunio. En realidad cierto desabrimiento lo perseguía desde que supo, diez años atrás, que un oscuro escritor del pueblo, al que tuvo la desatinada idea de contarle un caso que había resuelto, «ni corto ni perezoso» había pergeñado una novela sobre el caso. El asunto no debería haber pasado de ahí, pero el comisario, por vanidad o por inconsciencia, le refirió tres o cuatro casos más, que el novelista siguió relatando a su manera. «Y aquellos libros, sin motivo

aparente, habían acabado siendo los más vendidos de Italia e incluso se habían traducido en el extranjero. Y luego los habían adaptado a una serie de televisión que había tenido un éxito extraordinario. Desde aquel momento todo había cambiado. Ahora todo el mundo lo reconocía y sabía quién era, pero solo como personaje televisivo. Aquello le tocaba los cojones a dos manos, era insoportable, parecía una situación sacada de una comedia de otro autor de la zona, un tal Pirandello».

Salvo Montalbano conocía perfectamente a los seis personajes en busca de autor. Tampoco es imposible que tuviera noticia de Augusto Pérez, que en un día particularmente desdichado se atrevió a irrumpir en la casa del rector salmantino y le reprochó que lo dejara morir sin más ni más:

¡Víctima, sí! ¡Crearme para dejarme morir!, ¡usted también se morirá! El que crea se crea y el que se crea se muere. […] Pues bien, mi señor creador don Miguel, ¡también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió…! ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, nivolesco lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, mi don Miguel, no es usted más que otro ente nivolesco, y entes nivolescos sus lectores… ¡A morir, pues!

Las relaciones entre creador y criatura siempre han sido tirantes y conflictivas. Piénsese en Conan Doyle y Sherlock Holmes, en Vázquez Montalbán y Pepe Carvalho, y sobre todo en las iras, arrepentimientos y venganzas cíclicas del Hacedor Supremo. En nuestro caso —y nunca mejor dicho— la tormenta estalló durante la investigación del asesinato de Riccardo Lopresti, director de la sucursal de la Banca Regionale de Vigàta. Montalbano nunca creyó que el asesinato fuera solución de nada, ni siquiera considerado como una de las bellas artes, pese a Thomas de Quincey. Pero esta vez todos parecían querer orientar la investigación hacia un final más artístico —¿novelesco?—

que real.

Sucedió que el día de Todos los Santos, «ni corto ni perezoso», fue el Autor el que se entrometió en la vida del comisario a través de una llamada telefónica que Salvo no quiso atender y se repitió más tarde, no sin antes colarse como equívoca interferencia en una de sus alborotadas conversaciones con Livia. Al fin descolgó el teléfono para oír recriminaciones por su forma de llevar el caso, dudar de su capacidad de concentración, para acabar recordándole que era él (el Autor) quien estaba escribiendo la historia mientras él (Montalbano) la vivía. Un maledetto imbroglio.

Salvo Montalbano, que había nacido el 6 de septiembre de 1950, a los cincuenta y siete empezó a sentir la amenaza de lo que él llamaba la andropausia, mientras resolvía el caso de La danza de la gaviota. «¡La puñetera vejez!», pensó no hacía tanto, una mañana en que bajó semitullido del coche por haber pasado la noche en una postura demasiado incómoda. Pero aquel 17 de julio, a punto de cumplir 69 años, supo que el viejo autor siciliano, que tanto le había tocado las pelotas en el caso de Riccardino —¡osó llamarlo «sacerdote jesuita» por sus sibilinos métodos de interrogación!—, había desaparecido para siempre. Confiesa don Miguel de Unamuno que cuando Augusto Pérez salió cabizbajo, tentándose la ropa y su contenido «como si dudase de su propia existencia», él no pudo reprimir «una lágrima furtiva». ¿Una furtiva lacrima? La misma que Salvo Montalbano cuando adivinó el amargo sabor de la derrota —¿pero no había escrito Camilleri en su Carta a Matilda «que, derrotada o victoriosa, no hay bandera que no destiña al sol»?—, y decidió desteñirse, borrarse poco a poco del paisaje hasta quedar reducido a una página en blanco.

El ocaso de Andrea Camilleri, cuyas primeras lecturas fueron Conrad, Melville y Simenon en la biblioteca de su padre, acarreó su jubilación siempre aplazada. El 17 de julio de 2019, Salvo Montalbano, «por voluntad propia», resolvió retirarse discretamente por el foro, abandonando para siempre libros, comisarías, desengaños.

[60] También en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que nació en el cincuenta. Lo que yo he podido averiguar en este caso y lo que he hallado escrito en los Anales de Vigàta es que en el 68, con dieciocho años cumplidos, recibió «un puntapié en el trasero», tan bien enderezado por el comisario de Palermo, «que le rompió los fondillos de los pantalones». A la altura de su encuentro con el cadáver de Catalanotti, bien podría rondar los setenta, cosa que maldita la gracia que le hacía.

[61] De ella sabemos que «a menudo se encerraba en el dormitorio a oscuras por lo mucho que le dolía la cabeza, y entonces no se podía hacer ruido en casa y todo el mundo tenía que caminar de puntillas». Salvo Montalbano pertenecía a esa «desdichada categoría humana» que, en los días desapacibles, puede ponerse «a cambiar constantemente de opinión y dirección como esos trozos de latón cortados en forma de bandera o de gallo que giran en todas direcciones en los tejados al menor soplo de viento».

[62] Su descripción completa añade otras precisiones: «las persianas desquiciadas, el estuco desprendido a pedazos, las ventanas con los cristales rotos y sustituidos por cartones y listones de madera, la verja de hierro medio caída». No sería incongruente añadir que cierta espaciosa habitación del chaletito de Saverio Ostellino —«miles de libros por todas partes, en las estanterías, en el suelo, amontonados, formando pilas… libros esotéricos, de magia, filosofía, historia de las religiones, y así sucesivamente: una biblioteca especializada»— al comisario «se le antojó de inmediato una reproducción de la estancia de Alcide Maraventano». Sin llegar a estos extremos, sabemos que Salvo Montalbano, ya durante su estancia en Mascalippa, tenía «llenas a rebosar de libros» las dos habitaciones de su pequeño apartamento.

[63] Aunque nuestro historiador eludió el título, hemos podido saber que esta novela es La promesa. Réquiem por la novela policiaca. (Trad. de Xandru Fernández. Barcelona: Navona Editorial, 2008).

[64] Tampoco en esta ocasión nos proporciona más datos. Pero

probablemente se trate de Pista negra, la primera novela de la serie del subjefe de policía Rocco Schiavone, de Antonio Manzini.

[65] El abogado Francesco Paolo Di Blasi diría que «cada sociedad genera el tipo de impostura que, por así decir, merece. Y nuestra sociedad […] constituye en sí misma una impostura, una impostura jurídica, literaria, humana. […] Sí, humana, incluso existencial…». Di Blasi hablaba a finales del siglo XVIII, pero bastaría la relectura continua de esta novela para ratificar el buen gusto literario de Montalbano y su probidad cívica. Una obra genial, que habría que reivindicar una vez más en estos tiempos de impostura, gesticulación (ahora lo llaman 'postureo') y superchería.

[66] Que Ángel-Luis Pujante ha traducido como «muy larga es la noche que no encuentra el día».

[67] Ante la sugerencia de Héctor de si el griego evitará la guerra a causa de la noblesse, Ulises responde: «Pas précisément… Andromaque a le même battement de cils que Pénélope» (J. Giraudoux, La guerre de Troie n'aura pas lieu, act. II, esc. 13.ª, final). No es temerario afirmar que quien mantuvo tantos años en la memoria ese battement de cils también tuvo en su biblioteca la obra de Giraudoux.

[68] Solo nos consta que «tiempo atrás había sido un fiel lector de Linus, que le introdujo en el gusto por los tebeos de la época, desde Mandrake hasta el agente secreto X-9, de Flash Gordon a Jim de la Jungla», y desde luego la serie de Superman, que le permitió gastar al dottore Arquà, jefe de la Policía Científica, una broma previsible. En un mercadillo de Boccadasse (Génova) «descubrió un semestre del Corriere dei piccoli de 1936, muy bien empaquetado. Lo compró, pero no tuvo tiempo de leerlo».

[69] Seguramente se trataba de Lunaria, que obtuvo el Premio Pirandello en 1985, el mismo año de su publicación. De ella ha dicho su traductora, Irene Romera Pintor, que es «como un auto sacramental profano». Y ha añadido que Còmsolo, como Mallarmé, «ha leído todos los libros».

[70] Es el verso 5 del soneto In natali dominae de Matteo Maria Boiardo (Sonetti e canzone, liber primus, XXII). Una vez más la pregunta es si

Montalbano lo leyó directamente en Boiardo o en su admirado Sciascia, que lo cita al menos en tres ocasiones: en el ensayo «Fondazione di una città» (1969) «Principio sì giolivo ben conduce, direbbe il Boiardo» (recogido en La corda pazza, Einaudi 1970, p. 152), y también en Cruciverba (Einaudi, 1983, p. 280; en español, Crucigrama, México, FCE, 1990, artículos); figura como epígrafe en I pugnalatori (Einaudi, 1976, p. 1; en español, Los apuñaladores, trad. de Juan Manuel Salmerón, Barcelona, Tusquets, 2006, p. 9), aunque aquí seguramente cita de memoria, porque se lo asigna al Orlando innamorato, como un poco más adelante (p. 83) atribuye a Antonio Machado los versos de Juan de la Cruz «la música callada, la soledad sonora».

[71] La tentación es irresistible. El griego fue Anacreonte y cualquiera puede leer su oda 63. Pero lo que quizá no supo Montalbano es que fue traducida al español en forma de soneto por el obispo mexicano Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), y apareció publicada en Ocios poéticos de Ipandro Acaico, México, Imprenta de I. Escalante, 1878, soneto XXXIV, p. 43: «¡Yegua de Tracia, honor de la pradera! / Si llego a ti con palpitante seno, / ¿por qué relinchas tú con voz de trueno / y, mirándome torva, huyes ligera? // ¿Te parezco poltrón? Sabe, altanera, / que te pondrá mi mano rienda y freno, / y sobre ti, lanzándome sereno, / te haré girar en rápida carrera. // Pace libre por hoy: alegre salta / sobre la hierba, en tu feraz retrete, / que con mil flores Primavera esmalta. // No tardará en llegar hábil jinete / a domeñarte. Goza mientras falta / quien a la silla y carro te sujete».

[72] Se trata de Attilio Bertolucci (1911-2000) —poeta y guionista, padre del cineasta Bernardo, al que le dedicó un poema titulado «Bernardo a cinque anni»—, cuyo poema «L'inverno» dice así: Come pesa la neve su questi rami / come pesano gli anni sulle spalle che ami. / L'inverno è la stagione più cara, / nelle sue luci mi sei venuta incontro / da un sonno pomeridiano, un'amara / ciocca di capelli sugli occhi. / Gli anni della giovinezza sono anni lontani.

[73] Sin duda se refería al Mr. Creosota de El sentido de la vida (1983).

[74] Vez hubo en que tuvo que vérselas con el fiscal Nicolò Tommaseo, que, «como todo el mundo sabía…, conducía como un perro drogado»; «era del dominio público que conducía como un perro borracho» o «como si se hubiera atiborrado de alucinógenos»; «era cosa sabida que,

al volante de un coche, una foca o un canguro serían mucho más hábiles que el dottor Tommaseo»; «era bien sabido que conducía peor que un drogadicto sonámbulo». De hecho, el día en que se estrelló contra una vaca, el cronista glosa: «Eso era una novedad. Tommaseo se había estrellado contra todo: árboles, contenedores, palos, mojones, camiones, rebaños de ovejas, tanques…, pero nunca contra una vaca», y no pudo evitar que le viniera «a la mente otra frase de Manzoni que había leído en algún sitio acerca del otro y más célebre Niccolò Tommaseo: "Este Tommaseo tiene un pie en la sacristía y el otro en el burdel"».

[75] Del mismo modo, «aborrecía leer libros sobre la mafia, sus asesinatos y sus víctimas. No lograba comprender por qué, no lo entendía, pero jamás los compraba y ni siquiera leía las solapas». Y eso que a veces reconoció «lo que Pitré llama "la intuición mafiosa", que hace concebir ideas de una gran sutileza», como quizá leyó en I pugnalatori (L. Sciascia: Los apuñaladores, o. c., p. 49).

[76] El historiador de Montalbano, tan minucioso en ocasiones, se resistió a satisfacer nuestra curiosidad por esa vieja comedia, sin duda porque pensaba que quien siguiera las huellas de Montalbano no renunciaría a dar con ella. Hemos sabido que se trataba de Diluvio universal, una obra del profesor de cálculo mercantil Arcibaldo Mattia, sobre la que el propio autor declamaba: «Es necesario un diluvio». Y a la pregunta de «cómo se las arregla para que haya otro diluvio», responde: «El grifo. Es mi gran hallazgo. Nuestros tiempos escépticos y áridos creen mucho en el grifo. Pues bien: se abre el grifo, llega el agua, el agua sube, el agua crece. ¿Comprende el sarcasmo, la burla, el símbolo; el diluvio que brota desde dentro, de las mismas vísceras, del mismo intestino cínico de la sociedad? […] El diluvio que viene del grifo de la cocina, de la bañera, del váter… De los hoteles diurnos, de los lavabos. ¡De la cloaca, de las conducciones de agua, del pozo negro! ¡La humanidad sumergida en el diluvio de sus mismos líquidos! El hombre que se debate y nada en la cloaca de su loco positivismo y de sus excrementos…». Claro que… cuando el orden ya existe, «¿qué necesidad hay de hacer diluvios, de abrir el grifo, de poner las cosas en orden?».

[77] Otra vez le dijo a Mimì: «"Para cosas más grandes he nacido", como dice san Agustín». El comisario citaba de memoria y ni siquiera lo dijo en latín. Si Mimì hubiera leído al menos L'Osservatore Romano,

podría haberle dicho como Sancho a don Quijote: «¡Cogido le tengo!». Bastaba con añadir: «Yo podré confundir a Hayez con Velázquez, pero tú acabas de confundir a san Agustín con san Estanislao (de) Kostka. Ad maiora natus sum!».

[78] No consta en cambio que hubiera leído el poema de Goethe.

[79] Quien, por cierto, dijo una vez de modo contundente: «Para comer, como para follar, no hay que pensar» (Carrusel, 25).

[80] Algo parecido contestó Alicia Gris cuando el capitán Juan Manuel Vargas le preguntó: «¿Y cómo sabe usted todas estas cosas?». «Porque leo», fue la respuesta.

[81] En una de cuyas páginas se detuvo para reflexionar. La página decía: «El hecho mismo de percibir, de atender, es de orden selectivo: toda atención, toda fijación de nuestra conciencia, comporta una deliberada omisión de lo no interesante». Pertenece a «La postulación de la realidad», y se halla alojado en Discusión, un libro de 1932.

[82] La media página, «o todavía menos…, contaba el argumento de una novela de intriga en la que todo nacía del encuentro absolutamente casual en un tren entre dos jugadores de ajedrez que no se conocían de nada. Ambos jugadores organizaban un delito, lo llevaban a término casi con pedantería y lograban que nadie sospechara de ellos. Borges escribía en suma un tema muy verosímil y lógicamente concatenado, sin la menor resquebrajadura. Solo que al final, añadía una posdata, una pregunta que era la siguiente: ¿y si el encuentro en el tren entre los dos jugadores no hubiera sido casual?». Muy borgesiano todo, ¿no? Solo que esa media página —rara mezcla de Extraños en un tren, de dos sonetos al ajedrez («Dios mueve al jugador, y este, la pieza») y La sombra de las jugadas, de Edwin Morgan (recogida por Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo en su Antología de la literatura fantástica)— no aparece entre las obras canónicas de Borges. Claro que, tratándose de Borges, o de Montalbano…, si es verosímil, ¿por qué va a ser imposible?

En cambio Borges sí hablaba a veces de un dios «subalterno». Sabemos que Salvo Montalbano en una ocasión «había leído el título, solo el título, de un ensayo llamado Dios está cansado. Una vez Livia le había preguntado en plan polémico: “Pero ¿tú crees en Dios?”. Él pensó

entonces que en un dios de cuarto orden, un dios menor. Después, con el paso de los años, había llegado al convencimiento de que no existía ni siquiera un dios de última fila, sino tan solo el pobre titiritero de un pobre teatro de marionetas siciliano…, un titiritero que se esforzaba por llevar a buen puerto las representaciones como mejor sabía y podía»…

La biblioteca de los poderosos

Montes de Oca

[LEONARDO PADURA: La neblina del ayer]

No es fácil vencer la tentación de emparentar a los opulentos Montes de Oca con don Ignacio Montes de Oca y Obregón —más conocido como Ipandro Acaico—, por más que los primeros fueran cubanos y ricos, y el segundo, mexicano, clérigo y poeta. Del poeta nos queda el soneto en que relinchaba, libre (todavía), la yegua de Anacreonte que no soportaba las bridas y que al comisario Montalbano le gustaba recordar. De la dinastía de los Montes de Oca, una biblioteca que causó la admiración, y casi el apetito desordenado, de Mario Conde, otra especie de Salvo Montalbano de La Habana.

Hubo un tiempo en que Mario Conde, alias «el Conde», tras abandonar su trabajo como investigador criminal, se dedicó al «veleidoso negocio de la compra y venta de libros viejos». Durante la época de la crisis galopante le fue dado contemplar «bibliotecas invaluables, sedimentadas por generaciones, y bibliotecas apresuradas, armadas con toda clase de advenedizos; bibliotecas especializadas en los temas más profundos o insólitos y bibliotecas hechas de regalos de cumpleaños y aniversarios de boda». Es sabido que toda biblioteca en venta es «siempre una novela de amor con finales infelices». Del siervo sufriente dice Isaías profeta que no abrió la boca, «como el cordero llevado al matadero» (53,7); por razones menos salvadoras —o en todo caso solo del hambre y la necesidad extrema—, Mario Conde conoció algunas de las terribles razones por las que muchas bibliotecas «salían hacia el matadero del mercado».

El destino, que con frecuencia viene disfrazado con los harapos u oropeles del azar, lo llevó una tarde al barrio, antes aristocrático, de El Vedado. La decrépita mansión que vio al doblar una acera poblada de árboles permitía adivinar el extinto esplendor de un tiempo ido: un pasado de grandeza que tal vez incluía biblioteca con tomos forrados en piel; un presente de penurias que ciertamente incluía hambre y desesperación. Alzó «la aldaba de bronce verdecido».

Ante los muros desmoronados de una patria que amenazaba ruina, sintió Quevedo su espada «vencida de la edad». Mario Conde, después de haber traspasado «la puerta de invencible caoba negra», vio los muebles, «más gastados que vencidos», y un vacío de ornamentación en mesas, repisas, techos y paredes, presagio cierto de casa desolada. Pero cuando el magro y enjuto hijo de don Alcides Montes de Oca abrió las puertas del anacrónico santuario, el Conde vio cómo ante sus ojos se erguían unos «soberbios anaqueles de madera, protegidos con puertas acristaladas, donde reposaban, trepando por las paredes hacia el techo altísimo, cientos, miles de libros de lomos oscuros, en los que aún lograban brillar las letras doradas de su identidad, vencedoras de la malvada humedad de la isla y de la fatiga del tiempo»…

Esta es la detallada fotografía del asombro primero:

Cuando recuperó la convicción de que podía moverse, el Conde se acercó al estante que lo desafiaba de frente y, sin pedir autorización, abrió las portezuelas de cristal. Miró unos lomos, al azar, buscando entre los libros colocados a la altura de sus ojos, y descubrió el forro de piel rojiza de las Crónicas de la guerra de Cuba, de Miró Argenter, en la edición princeps de 1911 y, luego de secarse el sudor de las manos, extrajo el volumen, para descubrirlo firmado y dedicado por el escritor-guerrero «A mi entrañable amigo, mi querido general Serafín Montes de Oca». Junto a las Crónicas de Miró reposaban los dos tomos contundentes del perseguido Índice alfabético y de defunciones del ejército libertador de Cuba, del mayor general Carlos Roloff, en su rara y solitaria impresión habanera de 1901 y, con un temblor creciente en las manos, Conde se atrevió a sacar del sitio contiguo los tomos de los Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba, el clásico de Antonio Bachiller y Morales, publicado en La Habana entre 1859 y 1861. Con un dedo cada vez más lento Conde fue acariciando el lomo leve de la novela El cafetal, de Domingo Malpica de la Barca, impresa en la tipografía habanera de Los Niños Huérfanos en 1890, y las espaldas musculosas, de amable piel, de los cinco volúmenes de la Historia de la esclavitud de José Antonio Saco, en la edición de la imprenta Alfa de 1936, hasta que, como un poseso, pescó el libro siguiente, en cuyo lomo solo estaban grabadas las iniciales C. V., y cuando lo abrió sintió cómo las piernas le flaqueaban, pues sí, se trataba de la primera edición de La joven de

la flecha de oro, la novela de Cirilo Villaverde, en aquella impresión inicial y mítica hecha en La Habana por la famosa tipografía de Oliva, en 1842…

Mario Conde quedó atónito ante la profusión de valiosas publicaciones, raras y casi desconocidas:

… ediciones cubanas del siglo XIX a simple vista cotizadísimas, […] incluidos una extraordinaria edición mexicana de 1716 de las poesías de sor Juana Inés de la Cruz; el siempre perseguido y cotizadísimo Isla de Cuba, ilustrado con treinta relucientes grabados de Federico Mialhe Grenier, impreso en La Habana en 1848; un ejemplar de Aves de la Isla de Cuba, de Juan Lembelle, fechado en La Habana en 1850; la siempre buscada primera edición, neoyorquina y de 1891, de los Versos sencillos, de Martí, valorizada por la firma del Apóstol en dedicatoria «al compatriota y hermano Serafín Montes de Oca, el bueno», y los dos tomos —de los cuales el Conde se alejó con especial dolor— de la rarísima y perseguida impresión de las Poesías del ciudadano José María Heredia, estampada en Toluca en 1832, la cual, a pesar de estar presentada como segunda edición corregida y aumentada, era valorada por los entendidos como una primera edición del clásico cubano, pues superaba imprecisiones y añadía importantes poemas excluidos de la original neoyorquina de 1825.

A pesar de su primer estupor y encantamiento, el Condecito aún tuvo tiempo de registrar en su memoria tres primeras ediciones de obras de Fernando Ortiz; una primera edición de El negrero, la novela de Lino Novás Calvo —tal vez el último libro solicitado por el señor Alcides—; la primera, pero de 1935, de la Historia universal de la infamia; los volúmenes profusamente ilustrados del Paseo pintoresco por la Isla de Cuba, impresos en 1841 y 1842; la Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo representadas en 75 láminas, conocido como «El libro de los peces», el primer libro importante impreso en Cuba, en 1787, «con grabados, coloreados a mano, que reproducían con tal precisión las figuras de unos peces que

daba la impresión de que habían sido fotografiados, recién sacados de los mares tropicales, húmedos aún». Y, hablando de ilustraciones, allí estaba también el codiciado Libro de los ingenios, con las láminas del francés Eduardo Laplante, veintiocho estampas litografiadas de «un puerto con varios veleros atracados, un valle sembrado de caña de azúcar, un paisaje campestre captado en todos sus detalles y varias vistas de ingenios azucareros en plena faena»: uno de los libros más hermosos que jamás se haya hecho en el mundo, un pesado volumen de 30 × 45 cm, que sin salir de Cuba podría venderse en diez o doce mil dólares, y más del doble fuera… ¿Qué más? Si Mario Conde hubiera sido Pablo de Tarso quizá lo habría formulado así: ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la mente imaginó lo que los Montes de Oca tenían reservado a los bibliófilos… Por tal manera que, entre varios libros europeos y norteamericanos,

… lo puso a sudar de emoción una edición original del Cándido de Voltaire y, sobre todo, las exquisitas e invaluables impresiones originales de la Brevísima relación de la destrucción de las Indias, de fray Bartolomé de las Casas, fechada en 1552, y la de La Florida del Inca: Historia del adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del Reyno de la Florida y de otros eroicos caballeros españoles e indios, hecha en Lisboa en 1605. Pero los libros que más alarmaban al Conde eran las inconcebibles exquisiteces de la bibliografía criolla, algunas de las cuales veía y tocaba por primera vez, como los cuatro volúmenes de la Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, de José Antonio Saco, impreso en París, en 1858; Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba: Arrate-Valdés-Urrutia, estampado en tres tomos, en La Habana, en 1876 y 1877; los Anales de la Isla de Cuba, de Félix Erenchun, impreso en La Habana, en 1858, en cinco sólidos tomos; Agrimensura aplicada al sistema de medidas de la Isla de Cuba, de don Desiderio Herrera, también estampado en La Habana, en 1835; la rarísima edición de la Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana, de don Antonio José Valdés, uno de los primeros libros hechos en la isla, en 1813; y, como si cargara lingotes de oro, trasladó los trece tomos de la Historia Física, Política y Natural de la Isla de Cuba, del controvertido Ramón de la Sagra, editados en París entre 1842 y 1861 y que, de estar íntegro como parecía, debía lucir doscientas ochenta y una planchas, de ellas ciento cincuenta y ocho coloreadas al natural,

por lo que su precio podría sobrepasar los diez mil dólares incluso en el mercado menos exigente…

Un tesoro, un tesoro, repetiría Mario Conde. Una biblioteca deslumbrante, «la más insólita biblioteca privada que ningún cubano de su época jamás hubiera pisado». Y precisó, para no ser tachado de manido o remilgado: «Es la mejor biblioteca que vi y voy a ver en mi puta vida».

Pero su historia también encerraba algún secreto. Unos días después de haber hecho la primera cala y cata en los entresijos de aquella biblioteca demasiado singular, Dionisio Ferrero, el magro y enjuto hijo de don Alcides Montes de Oca, fue asesinado ante sus estanterías para que no faltara un cadáver en la biblioteca. Tres generaciones de bibliófilos cubanos —el general Serafín Montes de Oca[83]; su hijo, el doctor Tomás, y su nieto, el señor Alcides— «habían dedicado dineros y esfuerzos en la maravillosa convocatoria de aquellos cinco mil volúmenes, llegados de medio mundo para ocupar un sitio en aquellas estanterías inmunes a la humedad y el polvo», hasta acabar su forja con precisión de alarife y mimo de orfebre. El segundo, abogado y profesor de derecho en la universidad, preparaba en ella sus clases de la universidad y hacía leer a sus alumnos universitarios Edipo rey, «pues pensaba que Sófocles, cinco siglos antes de nuestra era, había logrado el milagro de escribir una obra sobre la investigación criminal perfecta: la que termina por acusar al propio investigador de un asesinato que nunca creyó haber cometido». También la biblioteca de los Montes de Oca tenía su Edipo. El lector curioso por el factor de este cadáver en la biblioteca, y el de la bolerista más bella de los últimos cincuenta —cuya foto apareció entre las páginas de un exquisito recetario de cocina e hizo exclamar al Flaco: «¡Cojones, qué hembra!»—, tendrá que recurrir al historiador primero, pues a este redactor le está vedado descubrirlo.

Tras la revelación del misterio oculto entre sus páginas, Mario Conde miró por última vez la apetecible biblioteca de los Montes de Oca, detenida en el tiempo, pues el último libro de fecha más reciente era de 1956 y los hermanos Ferrero aseguraron que no había entrado ni salido un solo libro ni nadie la había tocado desde hacía 43 años. Durante «más de cuatro décadas de huracán revolucionario, aquel

tesoro se había mantenido indemne —justo hasta su llegada a aquel recinto—, como ofrenda de una promesa inalterable». Inalterable. Como la del Nautilus.

Mientras se despedía para siempre de «los más perseguidos tesoros de la bibliografía cubana», se preguntó si no existiría una varita mágica, «un simple trocito de madera extraída de ciertos bosques de Escocia, pero dotado del poder de trasladar hacia su casa, con un simple giro de muñeca, todos y cada uno de aquellos libros, con su carga de sabiduría y belleza, compendio y suma de doscientos años de la literatura y el pensamiento del país desproporcionado donde había tenido la suerte de nacer y la obstinación de permanecer, a pesar de todos los pesares». No la había.

Previsiblemente, los libros acabarían en la Biblioteca Nacional. Pero ya se sabe que en todo traslado hay derivaciones y extravíos… («Casi siempre se esfuman algunos en el camino —admitió el Conde—. Ya ha pasado con otras bibliotecas…»). Y, en efecto, nadie supo cómo, de todos aquellos libros —«extraordinarios, insustituibles, inquietantes, libros bellísimos que valían fortunas y libros que enriquecían con su lectura»—, con su carga de sabiduría y de belleza, se distrajeron algunos, entre ellos los dos tomos oscuros de las poesías de Heredia, edición de Toluca, 1832. «La más valiosa, la que tipografió Heredia con la ayuda de su esposa, la mejor». Pancho Carmona, que tenía fama de ser el mejor rastreador de joyas bibliográficas, dictaminó: «Esa edición, que es la más completa y que Heredia tipografió él mismo, anda ahora por arriba de los mil dólares, aquí en Cuba. Fuera… tres mil y más. Y si está autografiada…».

Mario Conde se la regaló a una mujer, como si fuera una rosa y un anillo. Para él se reservó uno excepcional: «un ejemplar intacto, sólido, rozagante y bien alimentado» del exquisito recetario de cocina, ¿Gusta usted? Prontuario culinario y… necesario, impreso por Úcar y García en 1956, e ilustrado por el gran caricaturista Conrado Massaguer. «Un libro de recetas imposibles, hallado en una biblioteca no menos imposible».

[83] Un héroe de Cuba «que dejó su casa y su fortuna para pelear en las dos guerras de independencia y salió de ellas sin un ojo, con un brazo inutilizado y dieciocho cicatrices de bala y sable en el cuerpo». También con la afición de «comprar cualquier libro que le interesara, sin importar el precio». Él había comprado los libros más viejos, algunos de los más bellos y valiosos, y dos jarrones de Sèvres: libros y porcelanas habían venido a ser la síntesis de la historia de la familia.

La biblioteca del abate Chapeloud

[HONORÉ DE BALZAC: El cura de Tours]

Si, según el CRONISTA de esta historia, «Tours es una de las ciudades menos literarias de Francia», la biblioteca del abate Chapeloud acaso tenga más interés por el mueble y su incierto destino que por su contenido, prácticamente ignorado.

Hijo de campesinos, el abate Chapeloud no tenía más que unos pocos libros y las rentas derivadas de su oficio sacerdotal, pues ya había escrito Pablo de Tarso que quien sirve al altar es justo que viva del altar (1 Cor 9, 13). Con todo, alcanzó una canonjía y alquiló un apartamento, orientado al mediodía, en la primera planta de la casa de mademoiselle Gamard, que en la baja tenía también alojado al canónigo Troubert, alto, seco, bilioso, pelirrojo y destinado a desalojar a todos. Con las paredes peladas y los techos ennegrecidos por el humo, el piso de Chapeloud dibujado por el historiador «semejaba una mujer bella y andrajosa». Pero la providencia —o el azar, «que es dadivoso» a veces según Borges, y según Tusitala, «rige el destino de los gansos y de los asnos humanos»— le proporcionó un legado de dos mil francos: el buen abate lo invirtió «en la compra de una estantería de roble», que además encajaba como un guante en las dimensiones de la galería, como si hubiera estado concebida para solo ello. Nadie ha traducido el versículo de Mateo 6, 33 como «Buscad primero la estantería de roble y su lugar, y todos los libros se os darán por añadidura»; pero es el caso que «en cosa de dos años los donativos de algunas personas piadosas y legados de sus devotas penitentes llenaron de libros las tablas de la biblioteca, antes vacía. Finalmente, un tío de Chapeloud, antiguo miembro del Oratorio, dejole al morir una colección completa en folio de los Padres de la Iglesia, amén de otras muchas obras, preciosas para un clérigo». Es grande la tentación de imaginar que esta «colección completa de los Padres de la Iglesia» era la vasta Patrología de Migne, pero resulta harto improbable, pues el Patrologiae cursus completus, sive Bibliotheca universalis integra, uniformis, commoda, œconomica, omnium SS. Patrum, doctorum, scriptorumque ecclesiasticorum qui ab aevo apostolico ad usque Innocentii III tempora floruerunt no empezó a publicarse hasta 1844,

y la noche en que el abate Birotteau llegó calado a las puertas de la casa de mademoiselle Gamard fue una noche de otoño de 1826.

Porque es de saber que el abate Birotteau, también campesino y sin más emolumentos que los procedentes del altar, hacía doce años que era amigo de Chapeloud, y cada vez que iba a visitarlo, del mismo modo que a Sancho «doquiera que veía asnos se le iban los ojos y el alma», aun sin ser teóforos ni bibliólatras, a Birotteau se le iban no tanto tras los libros cuanto tras «la habitación, los muebles y la biblioteca». La diferencia entre Chapeloud y Birotteau residía en que, mientras el primero era «un egoísta amable e indulgente, listo y con talento», el otro era «un egoísta declarado y torpe». Y así, pronto Chapeloud comprendió que a su amigo Birotteau, rechoncho y apoplético, no lo llevaría al infierno la concupiscencia de la carne, sino la de la madera. Murió Chapeloud, y le dejó en herencia sus muebles y su biblioteca.

Los primeros días anduvo Birotteau indeciso entre el duelo por la muerte del amigo y el placer que le proporcionaba acariciar sus muebles, examinar las obras de la biblioteca, volver los ojos al hermoso reloj de pared, la cómoda, los sillones de nogal tallado, la larga mesa de ébano, las cortinas, los tapices de terciopelo rojo de Utrecht, la alfombra de Aubusson, el lecho, semejante a una tumba con su grandes paramentos de seda, la pila del agua bendita, el crucifijo, los cuadros —una Virgen de Valentin y un Cristo de Lebrun — y, en una palabra, todos los accesorios del apartamento. A sus sesenta años no le faltaba más que ascender a canónigo para alcanzar el cielo. Y es que «ser huésped de mademoiselle Gamard y verse canónigo fueron los dos grandes asuntos de su vida, y puede que resuman exactamente la ambición de un sacerdote que, considerándose como en viaje hacia la eternidad, no puede desear en este mundo sino un buen albergue, una buena mesa, unos hábitos pulcros y zapatos con hebillas de plata, cosas suficientes para las necesidades del animal, y una canonjía para satisfacer el amor propio, ese sentimiento inextinguible que, según dicen, nos seguirá hasta cerca de Dios, ya que hasta entre los santos hay jerarquías».

Pero, como ya sabemos que «uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla», sucedió que también en el pecho de mademoiselle Gamard se alojó una pasión semejante a la de Birotteau por el apartamento de su amigo Chapeloud, y pronto en el corazón de la solterona, lleno de

recovecos y asperezas, anidaron los sentimientos de orgullo y egoísmo, de envidia y vanidad inherentes a las gentes de mundo. Aprovechando una cláusula confusa del contrato de arrendamiento que había firmado Birotteau, pasto abonado para litigantes y leguleyos, mademoiselle Gamard logró expulsarlo de su reino, que pronto pasaría a usufructo de Troubert.

Hemos dicho que apenas conocíamos el contenido de la biblioteca de Chapeloud. Sin embargo, en medio de la conjura para derribar a Birotteau y de las intrigas de Troubert para acceder al episcopado, supimos de la existencia de una obra que no figuraba en ninguna otra biblioteca de Tours. Se trataba de «le pouillé des évêques» (que ha sido traducido indistintamente como «el escalafón de los obispos», «el libro de Actas de los obispos» y, con menos fatiga o más desgana, directamente «el Pouillé de los obispos»): un par de infolios que Troubert necesitaba para sus secretas pretensiones y que Birotteau no había leído ni leería ya jamás.

Porque finalmente Birotteau fue desterrado a la parroquia insignificante de Saint-Symphorien, en cuya casa fría y húmeda quedó enterrado en vida. Troubert fue elegido obispo: a la muerte de mademoiselle Gamard, heredó la casa de la solterona, que acabó cediéndosela al cabildo catedralicio, y legó la biblioteca y los libros de Chapeloud al seminario.

De ese modo, la biblioteca del canónigo Chapeloud, luego del vicario Birotteau, más tarde de la solterona Gamard y finalmente del canónigo y obispo Troubert, acabó en algún oscuro recinto de un pequeño seminario de provincias, sin que nadie leyera sus libros, salvo una ojeada funcional e interesada al Pouillé des évêques. Podría pensarse que un célibe tiene más tiempo para dedicarse a la pasión lectora que el dedicado a los prosaicos afanes de la vida. Pero de la misma manera que hay bibliotecas y bibliotecas, hay célibes y célibes, como hay pasiones y pasiones: los poseedores de esta biblioteca debieron de pertenecer a ese gremio mezquino que nuestro cronista resumió así: «El celibato adolece de ese vicio capital que, haciendo converger las cualidades del hombre en una sola pasión, el egoísmo, hace a los célibes inútiles o dañinos».

La biblioteca de don Cayetano Polentinos

[PÉREZ GALDÓS: Doña Perfecta]

Del legislador espartano Licurgo heredó Pedro Lucas el apodo, aunque no la tendencia a la hipérbole. El tío Licurgo, ponderando las dimensiones de la biblioteca de don Cayetano, la describió como «una biblioteca más grande que la catedral». Si tenemos en cuenta que, en el siglo XVI, el maestro López de Berganza, racionero de la catedral, la había llamado pulchra augustiana, quizá podamos hacernos una idea de la magnitud y hermosura de la biblioteca.

«El distinguido erudito y bibliófilo» don Cayetano Polentinos tenía su biblioteca en Orbajosa, la antigua Urbs augusta —cuya rima con Vetusta quizá solo se deba al azar del latín—, pero «solía hacer excursiones a Madrid cuando se anunciaba almoneda de libros procedentes de la testamentaría de algún buquinista». Las pasiones y vanidades que todo ser coloca donde las circunstancias o el destino lo inclinan, él las había orientado hacia su «pasión bibliómana, el amor al estudio solitario, sin otra ulterior mira y aliciente que los propios libros y el estudio mismo». Su mesa de estudio «aparecía cubierta por innúmeros papeles» llenos de notas, apuntes y referencias.

La biblioteca de don Cayetano Polentinos contenía «maravillas, verdaderas maravillas, tesoros inapreciables, rarezas» que solo él poseía. Entre ellas, el Métrico encomio, fúnebre canto, lírico elogio, descripción numérica, gloriosas fatigas, angustiadas glorias de la Reina de los Ángeles, de «un tal Mateo Díaz[84] Coronel, alférez de la Guardia», impreso en Valencia en 1709. Era «un preciosísimo ejemplar», que según don Cayetano valía «un Perú».

Hacia 1874 Pepe Rey, «que era joven y de buen ver», le llevó «un mundo de libros», entre los que figuraba uno de título desconocido, previsiblemente impreso en el siglo XVI, aunque don Cayetano se lamentaba de que no le hubiera conseguido la edición de 1527. Suponemos que poco después conseguiría otra rareza de 1562, encontrada «entre los libros de la testamentaría de Corchuelo». Debía de tratarse de un ejemplar harto raro con un caprichoso colofón: «un

casco con emblema sobre la palabra Tractado, y la X de la fecha MDLXII» con «el rabillo torcido»; imaginamos que lo conseguiría, pues estaba decidido a adquirirlo «a cualquier precio». De ningún libro más se hace mención explícita, aunque sabemos que había un Augusto Nicolás —cuyo recuerdo tiene un no sé qué y sí sé qué de irónico e irreverente[85]—, además de una Historia de los Concilios de la Iglesia. También estaba allí el Tractado de las diversas suertes de la Gineta, de cierto orbajosense ilustre, y es seguro que habría un ejemplar de la Floresta amena, de Alonso González de Bustamante, pues don Cayetano lo citaba como autor de una marmórea frase en honor de los orbajosenses, a saber: «que los habitantes de Orbajosa bastan por sí solos para dar grandeza y honor a un reino». González de Bustamante se equivocaba en cambio al sostener que el autor del Métrico encomio descendía de los Burguillos y no de los Guevaras[86]. No tengo noticia de que este Bustamante fuera un antepasado de David.

Es facultad del historiador ordenar los materiales de que dispone, pero siempre nos asaltará la duda de por qué una biblioteca como la de don Cayetano, calificada como «una de las más ricas bibliotecas que en toda la redondez de España se encuentran» —solo comparable con la de Menéndez Pelayo, según Benito Madariaga—, fue descrita con tan poco detalle, cuando se detuvo con tanto pormenor en la de don Inocencio, canónigo y penitenciario de la catedral, «maestro de latinidad y retórica en el Instituto, cuya noble profesión diole gran caudal de citas horacianas y de floridos tropos, que empleaba con gracia y oportunidad». Era la suya «una rica y escogida biblioteca», encerrada en un «enorme estante de roble». Allí convivían «Horacio el epicúreo y sibarita, junto con el tierno Virgilio, en cuyos versos se ve palpitar y derretirse el corazón de la inflamada Dido; Ovidio el narigudo, tan sublime como obsceno y adulador, junto con Marcial, el tunante lenguaraz y conceptista; Tibulo el apasionado, con Cicerón el grande; el severo Tito Livio, con el terrible Tácito, verdugo de los Césares; Lucrecio el panteísta; Juvenal, que con la pluma desollaba; Plauto, el que imaginó las mejores comedias de la antigüedad dando vueltas a la rueda de un molino; Séneca el filósofo, de quien se dijo que el mejor acto de su vida fue su muerte; Quintiliano el retórico; Salustio, el pícaro que tan bien habla de la virtud; ambos Plinios, Suetonio y Varrón; en una palabra, todas las letras latinas, desde que balbucieron su primera palabra con Livio Andrónico, hasta que exhalaron su postrer suspiro con Rutilio».

Ante tantas y tan selectas lecturas es lícito preguntarse si sus poseedores no supieron impedir el asesinato de Pepe Rey, o es que todo debe acabar así, «porque todo concluye de tejas abajo». Pero, como es evidente que en la biblioteca de don Inocencio no podía faltar una Vulgata, prefiero la explicación de cierto versículo de Mateo: Bonus homo de bono thesauro profert bona, et malus homo de malo thesauro profert mala (12, 35). «El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas, y el malo, del tesoro malo saca cosas malas». Aún podríamos preguntarnos si es cierto que donde está el tesoro está el corazón, o más bien donde el corazón, el tesoro.

[84] O tal vez Díez, según consta en una carta del propio don Cayetano escrita desde Barcelona el 1 de junio, con toda probabilidad, de mil ochocientos setenta y cinco.

[85] Se trataría de algunas de las muchas obras que, en defensa del cristianismo, escribió el magistrado bordelés Jean Jacques Auguste Nicolas (1807-1888). Sus obras fueron traducidas muy pronto al español, y no sería desatinado pensar que influyeron tanto en don Cayetano como en los pensadores católicos del XIX.

[86] Quizá pretendía emparentarlo con el licenciado Tomé de Burguillos, como Lope de Vega descender de Bernardo del Carpio.

La biblioteca (privada)

de Sherlock Holmes

[A. CONAN DOYLE: Todo Sherlock Holmes]

El Dr. Watson asegura que Holmes leía «de manera inconexa», y ya sabemos lo que opinaba de lectores tales: «rara vez se distinguen por la exactitud de sus conocimientos»[87]. Sin embargo, a pesar de la desconfianza de Watson hacia las lecturas de Holmes, en más de una ocasión lo pinta «sepultado» o «sumido» en sus viejos libros.

Siempre he sentido curiosidad por los libros que se alojaban en la biblioteca de Sherlock Holmes. No hay muchos datos sobre ella, aunque de algún lugar saldrían los que abarrotaron el desván de su casita, en las tierras bajas de Sussex, donde Holmes se había retirado, lejos del mundanal ruido, para dedicarse por completo al sosegado contacto con la naturaleza y a estudiar la vida de las abejas. Entre estos estaba Al aire libre, de J. G. Wood: era «un pequeño volumen de color chocolate y plata». Un buen número de ellos procedía sin duda de aquel «montón de libros de consulta» que hubo en algún rincón del 221 B de Baker Street, entre los que podemos catalogar «el primer volumen de una Geografía que estaba publicándose por tomos» y una Enciclopedia Americana.

De algunos ha quedado memoria, pertenecieran o no al mismo montón. Así, el De iure inter gentes (Lieja, 1642), un ejemplar en latín que había pertenecido al «divino inglés», William White, más conocido por el seudónimo de Gulielmus Phalerius. Lo adquirió en un puesto de libros de lance. En una tabaquería de Birlstone, en el condado de Sussex, compró por un penique una sugerente historia de la casa solariega de Birlstone. Allí estaba también El martirio del hombre, de William Winwood Reade, que Holmes consideraba «uno de los libros más interesantes jamás escritos», y un Petrarca de bolsillo que lo acompañó en alguna de sus correrías. Es seguro que hubo también un ejemplar de la Vie de bohème, de Henri Murger, y otro de relatos de Clark Russell, si bien no está comprobado que pertenecieran a Holmes. Conocía El vudú y las religiones africanas, de Eckermann, pero lo leyó

en la biblioteca del Museo Británico. También conocía La dinámica de un asteroide, del profesor James Moriarty, aunque no consta que estuviera en su biblioteca. Tampoco sabemos si llegaron a la biblioteca El origen del culto a los árboles, un Catulo, Aves de Inglaterra, La guerra santa y otros ejemplares raros que pasaron por sus manos al socaire de su disfraz de librero. Tuvo bajo su lupa un palimpsesto, aunque su interés resultó ser tan relativo como la contabilidad de una abadía de la segunda mitad del siglo XV.

En la primavera de 1897, con motivo de una cura de reposo ordenada por el doctor Moore Agar, Sherlock Holmes habitó una casita de campo cerca de la bahía de Poldhu, en el extremo más apartado de la península de Cornualles. Cuenta Watson que «el antiguo idioma de Cornualles había despertado su interés y se le metió en la cabeza la idea de que estaba emparentado con el caldeo y que derivaba en gran parte del lenguaje de los traficantes de estaño fenicios». Con tal objeto —puntualiza Watson— «había recibido un cargamento de libros de filología».

Estamos ante una de esas brillantes paradojas que no hubiera desdeñado el socarrón de Chesterton. Tras su primer examen, indudablemente imperfecto y apresurado, Watson juzgó que los conocimientos de Holmes en materia de literatura, filosofía y astronomía eran nulos. ¿Nulos? Pues su nulidad no le impidió saber de la existencia de los Grimm, hablar de George Meredith, acudir a los libros de Samuel —aunque cierta coquetería deductiva lo indujera a presumir de que sus «conocimientos bíblicos estaban un poco oxidados»— o disertar sobre los autos sacramentales. Quizá no fuera tan buen matemático como el profesor Moriarty, pero una sencilla operación de geometría práctica le ayudó a descifrar el misterio de un antiguo manuscrito. Supo retener en la memoria un verso de Antonio y Cleopatra y otro de la segunda parte de Enrique VI[88], una sentencia de Fausto y un epigrama «del viejo Goethe»[89], un aforismo de Tácito[90], un proverbio persa, una máxima de La Rochefoucauld[91], un incisivo alejandrino de Boileau[92] y una línea de una carta de Flaubert a George Sand[93]. También había leído —y recordaba— «una cosa muy curiosa pero muy profunda» de Jean Paul: que la principal prueba de la grandeza del hombre está en su capacidad de percibir su propia pequeñez. Quizá el doctor Watson olvidaba que Holmes estuvo dos años como mínimo[94] en la universidad. Y si atribuyó indebidamente a Richard Baxter unas palabras de John Bradford, ¿quién no ha

colocado a Mercucio en Hamlet una vez?

Su tarea como escritor no es abundante pero tampoco desdeñable. Él mismo se confesó «culpable de varias monografías, todas ellas sobre temas técnicos». Una de ellas, intitulada De las diferencias entre las cenizas de los diversos tabacos, es un minucioso prontuario en el que se citan «ciento cuarenta clases de cigarros, cigarrillos y tabacos de pipa, con láminas en color que ilustran las diferencias entre sus cenizas». Al mismo género pertenece una «sobre las huellas de las pisadas, con algunos comentarios acerca del empleo de escayola para conservar las impresiones»[95], y otra «sobre la influencia de los oficios en la forma de las manos, con litografías de manos de pizarreros, marineros, cortadores de corcho, cajistas de imprenta, tejedores y talladores de diamantes». Hay una más sobre la datación de documentos manuscritos e incluso alguna vez pensó seriamente en escribir una monografía sobre el humor de los perros para deducir el de sus amos y otra sobre el arte de fingirse enfermo. No consta que lo hiciera. En Montpellier realizó una investigación sobre los derivados del alquitrán de carbón, aunque no tenemos la certeza de que se plasmara en una monografía. Tampoco sobre una materia tan poco «práctica» como la música de la Edad Media, objeto al que algún tiempo anduvo aficionado. Sí escribió una sobre los motetes polifónicos de Orlando di Lasso, que fue publicada para distribuirse en círculos privados, y aun parece que «constituye la última palabra sobre el tema».

El primer escrito de que se tiene noticia fue un artículo titulado El libro de la vida, en el que exponía sus contundentes puntos de vista sobre la observación, la deducción y el análisis. (Nada que ver con Teresa de Jesús). No dudaba que se pudiera «inferir de una gota de agua la posibilidad de la existencia de un océano Atlántico o de un Niágara sin necesidad de haberlos visto u oído hablar de ellos». Y, aunque se había propuesto dedicar sus años de decadencia a componer «un libro de texto» que compendiara «en un solo volumen todo el arte de la investigación», no hay noticia de que sistematizara nunca el material acumulado en sus archivos. Lo que sí escribió al final de su vida, mientras «vivía como un ermitaño con sus abejas y sus libros en una pequeña granja del Sur», fue un Manual práctico del apicultor, con algunos comentarios acerca de la separación de la reina, la «obra magna» de sus últimos años. Entre estos dos escritos puede razonablemente situarse su vida pública.

Podía fumar varias pipas seguidas, tomar rapé, morfina y cocaína. En un apretado análisis, el Dr. Watson lo catalogó como «violinista, boxeador, esgrimidor, abogado y autoenvenenador a base de tabaco y cocaína», además de «uno de los hombres más desordenados del mundo»[96]. Es cierto que en algún momento matiza este dibujo apresurado, elogiando su austeridad[97] y precisando que «el uso ocasional de la cocaína» era su modo de protestar contra «la monotonía de la existencia». Con todo, ni el propio Holmes se recataba de confesar su impresión de que «habría podido ser un delincuente muy eficaz»[98]. De Juan Berrocal, candidato a alcalde de Daganzo, conocíamos su instinto infalible «para ser sacre en esto de mojón y catavinos»: sesenta y seis sabores, «todos vináticos», tenía estampados en el paladar; Holmes llegó a ser capaz de distinguir setenta y cinco perfumes diferentes, hazaña quizá solo superada por Grenouille[99]. Además de tocar el violín, fue «un compositor de méritos fuera de lo común». (Siempre me ha sorprendido cómo unas manos capaces de interpretar a Paganini pudieron dedicarse alguna vez al boxeo y hacer de su dueño «uno de los mejores boxeadores de su peso». Misterios de la naturaleza). Había adquirido por 55 chelines un Stradivarius —«que valía por lo menos quinientas guineas»— en la tienda de un judío de Tottenham Court Road[100]. Nadie duda que supiera tocar la barcarola de Los cuentos de Hoffmann[101], pero la que se oyó en Baker Street cierta tarde de un día de verano no brotó del violín de Holmes, sino de un gramófono, «invento extraordinario». Admiraba a Wilma Norman-Neruda y sobre todo a Sarasate. Conoció a Charlie Peace, virtuoso del violín como del crimen. Oyó al tenor Jean de Reszke en Les Huguenots. Acaso le rozó el amor, y hay razones para creer que guardó una fotografía de Irene Adler —la Mujer— hasta su muerte: en todo caso llegó tarde, como había llegado tarde a una ópera de Wagner[102].

Platón acaba su Fedón refiriéndose a Sócrates como «el mejor hombre de cuantos hemos conocido y, muy destacadamente, el más inteligente y el más justo». El Dr. Watson, acaso rememorando a Sócrates, concluyó «El problema final» con una evocación de Sherlock Holmes «como el mejor y el más inteligente de los hombres que hubiera conocido». ¿Pensó alguna vez Holmes que en su caso la inteligencia, como la bondad o las rosas, le había sido otorgada por añadidura?

[87] Opinión que casa mal con la del joven Stamford, quien ponderaba su pasión por «lo concreto y exacto en materia de conocimientos».

[88] «That age doth not wither nor custom stale my infinite variety» (Antonio y Cleopatra, acto II, esc. 2.ª, 233), acomodado a la situación, y «Thrice is he arm'd that hath his quarrel just» (II parte de Enrique VI, acto III, escena 2.ª, 233).

[89] «Wir sind gewohnt, daß die Menschen verhöhnen, / Was sie nicht verstehn» (Fausto, 1.ª parte, vv. 1205-1206). «Schade, daß die Natur nur einen Menschen aus dir schuf, / Denn zum würdigen Mann war und zum Schelmen der Stoff» (Xenien, 7). Conviene advertir que ambos textos fueron recitados en su lengua original. El propio Sherlock Holmes sostenía que, a pesar de su falta de musicalidad, «el alemán es el más expresivo de los idiomas».

[90] «Omne ignotum pro magnifico» (Agricola, 30, 3).

[91] «Il n'y a pas des sots si incommodes que ceux qui ont de l'esprit» (Máximas morales, 451).

[92] «Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire» (Art poétique I, 232).

[93] «L'homme c'est rien, l'œuvre c'est tout» (diciembre de 1875).

[94] «Como mínimo», en efecto, pues si solo estuvo dos años, ¿por qué le dice a Watson que «durante mis últimos años en la universidad se habló allí mucho de mí y de mis métodos»?

[95] Es posible que contuviera un apéndice sobre las huellas de los neumáticos de bicicleta, pues era capaz de reconocer cuarenta y dos huellas diferentes.

[96] Watson llegó a describirlo como «una persona que guardaba los puros en el cubo del carbón, el tabaco en las babuchas persas y clavaba con un cuchillo la correspondencia sin contestar en la repisa de madera de la chimenea». Y añade: «Siempre he mantenido que

practicar con el revólver debía ser, claramente, un deporte exterior; de modo que, cuando Holmes, en uno de sus extraños estados de humor, se sentaba en una butaca, empuñaba su revólver y con un centenar de cartuchos Boxer se dedicaba a agujerear la pared de enfrente con un patriótico V[ictoria] R[egina] a modo de decoración, no podía menos de pensar que ni la atmósfera ni el aspecto de nuestro cuarto salían beneficiados».

[97] En una ocasión le oímos decir: «Una hogaza de pan y un cuello limpio: ¿Qué más necesita un hombre?»,

[98] En lo que pudo compararse al emperador Tito, «que sabía imitar cualquier letra con solo verla una vez y que con frecuencia alardeaba de que hubiera podido ser un excelente falsificador» (Suetonio, Tito, 3,2).

[99] Jean-Baptiste Grenouille (1738-1767) «a los seis años ya había captado por completo su entorno mediante el olfato. No había ningún objeto, ningún lugar, ninguna persona, ninguna piedra, ningún árbol, arbusto o empalizada, ningún rincón, por pequeño que fuese, que no conociera, reconociera y retuviera en su memoria olfativamente, con su identidad respectiva. Había reunido y tenía a su disposición diez mil, cien mil aromas específicos, todos con tanta claridad, que no solo se acordaba de ellos cuando volvía a olerlos, sino que los olía realmente cuando los recordaba…». El labrador Berrocal, bravo mojón de Daganzo, llegó a tener «sesenta y seis sabores estampados en el paladar, todos vináticos», cantidad inferior a la de Holmes. Solo ha habido otro caso parecido de memoria general, comparable a la de Grenouille: el de Ireneo Funes (1868-1899), estricto contemporáneo de Holmes. Como todo el mundo sabe, «Funes no solo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado».

[100] El violín de Holmes, si no resulta apócrifo el manuscrito del Dr. Watson descubierto hace unos años entre los papeles de la señora Hudson, acabó en la Fundación Rockefeller, y solo Jascha Heifetz fue digno de tocar con él.

[101] Sé de un hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) que la tocó con la bandurria «cuando Dios quería».

[102] El profesor Godbole —asiduo de la biblioteca del Nilgiri, en la estación de montaña de Ootacamund al sur de la India—, que llegó a dirigir una tesis con el tema de La novela policíaca en Inglaterra desde Conan Doyle a Peter Dickinson, afirmó en una conferencia que la única persona que consiguió penetrar por un resquicio del disfraz de Holmes fue «madame Irene Adler, de quien se dice que Holmes a partir de entonces se refirió a ella llamándola La Mujer». Y si Holmes fue un personaje único, «un super-personaje», se debió a la rara conjunción de haber sido «capaz de combinar al más alto nivel la intuición del poeta con el análisis lógico del matemático».

La biblioteca de Ángela Carballino

[MIGUEL DE UNAMUNO: San Manuel Bueno, mártir]

La biblioteca de Ángela Carballino —discípula e hija espiritual del padre Manuel, que dejó fama de santo y de mártir, y a quien sus costumbres, como a Alonso Quijano, dieron el sobrenombre de Bueno — constituyó la herencia de su padre. La propia Ángela, Angelina o Angelita nos legó las únicas noticias que tenemos del padre y de los libros: «Sé que había llegado de forastero a nuestra Valverde de Lucerna —escribiría años después—, que aquí arraigó al casarse aquí con mi madre. Trajo consigo unos cuantos libros, el Quijote, obras de teatro clásico, algunas novelas, historias, el Bertoldo, todo revuelto, y de estos libros, los únicos casi que había en toda la aldea, devoré yo ensueños siendo niña».

Cuando volvió su hermano del Nuevo Mundo, orquestado como una sinfonía, trajo otros libros cuyos títulos Angelita nos hurtó, aunque él no desconocía a Carlos Marx. Su hermano la incitaba a que los leyera, así como otros de nueva adquisición. En la duda, consultó a don Manuel. «¿Conque tu hermano —le decía don Manuel— se empeña en que leas? Pues lee, hija mía, lee y dale así gusto… lee aunque sean novelas. No son mejores las historias que llaman verdaderas».

Unos cuantos libros… El día en que don Manuel le dijo que para aliviar sus dudas, inquietudes y tristezas se dejara de literaturas, incluso de la santa Teresa, y leyera el Bertoldo, recordé a mi abuelo, el de la obra de teatro sin título en la cantarera de la cocina, que a veces, para entretener en el trillo el tamo y los calores de las eras, me contaba las travesuras de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.

Unos cuantos libros, prácticamente los únicos del pueblo. Entre ellos, el Quijote y el Bertoldo.

La biblioteca de Antolín Cabrales Pellejero

[EDUARDO MENDOZA: El malentendido]

En realidad Antolín Cabrales Pellejero, alias Poca Chicha, en el principio no tuvo más biblioteca que la de la cárcel en que penaba por delitos no especialmente graves. «Desde muy joven había sido detenido y condenado a penas leves por hurto; más tarde había cometido robos con arma blanca o con un revólver de juguete, y en una ocasión en que la víctima había ofrecido resistencia, había empleado la violencia, tal vez, como declaró él mismo, en legítima defensa, pero con un resultado de lesiones que, unido a sus antecedentes, le valió la condena que ahora cumplía». Y pues Antolín Cabrales Pellejero, alias Poca Chicha, se había escapado de unos colegios y había sido expulsado de otros, «cuando ingresó en prisión, a los veintiún años, sabía leer y escribir, pero ignoraba todo lo demás». Él mismo confesaría que, antes de darse a la lectura, «no sabía hacer la o con un canuto».

La biblioteca de la cárcel tampoco tenía mucha chicha. Ni muy extensa ni muy variada, estaba «compuesta principalmente por novelas dejadas por algunos presos al ser puestos en libertad y algunos donativos de caducas asociaciones benéficas. Debido a esto, obras de relativo interés convivían con libros instructivos y de autoayuda, novelas de Agatha Christie, ediciones expurgadas de Los tres mosqueteros y El conde de Montecristo y no pocos bodrios de distintas categorías». En mes y medio, Antolín se la leyó toda[103].

Podría pensarse en una Matilda penitente. La diferencia es que él no tuvo una dulce señorita Honey, sino una señorita Fornillos, «diminuta, algo gruesa de complexión, redonda de cara y miope». Nada autoriza a pensar en la moza aldeana del Toboso, que era «carirredonda y chata», pues Inés Fornillos era «una persona desprejuiciada y sencilla, dotada de un carácter franco y un talante ecuánime, no era susceptible y tenía muy poco sentido del humor». Si había caído en la cárcel, se debió a que el mercado de los licenciados en Filosofía y Letras estaba saturado y solo halló una plaza «para dar literatura a reclusos».

Análogamente, Antolín Cabrales Pellejero había acudido a las clases de la señorita Fornillos sin ningún interés particular: «Su objetivo era simplemente causar una impresión favorable a las autoridades a través de los informes que a fin de curso había de presentar aquella buena mujer». Pero de pronto la señorita Fornillos lo encaminó hacia Somerset Maugham, que holgaba en la biblioteca de la cárcel, y Antolín decidió que sus cuentos estaban «bien contados». De ahí saltó a Las aventuras de Sherlock Holmes y Estudio en escarlata. Instintivamente, sin saber cómo y por qué, descubrió el arte de contar y se aficionó a la lectura.

«Como era inexperto y leía con tanta voracidad como desorden, Antolín Cabrales se hizo un lío». Pero aquel voraz lector inesperado resultó un reto para la señorita Fornillos. Y así, cuando la biblioteca de la cárcel se le quedó pequeña, ella empezó a meter libros de contrabando, quizá para averiguar la resistencia del neófito.

Empezó por El siglo de las luces, de Carpentier, advirtiéndole con precaución que no se asustara si «el estilo le resultaba abstruso, la trama densa y el texto largo». Pero en la clase siguiente él se lo devolvió con un contundente «Está de puta madre». Libro tras libro y comentario tras comentario, ella percibió no sé qué grado de desafío, si no impertinencia, en sus juicios. Hasta que un día aceptó el implícito desafío y le trajo la Rayuela de Cortázar.

Al devolvérselo, Antolín Cabrales Pellejero dijo de un modo un tanto displicente:

—Es ingenioso, pero no me convence.

—Pues a mí me parece una novela genial.

—Es una fanfarronada.

Lo peor no fue la insolencia de su concluyente veredicto, sino que ella sintió tambalearse sus convicciones. Seguía siendo un alumno mediocre, y a duras penas alcanzaba a escribir sin faltas de ortografía, pero para poner un poco de orden en el caos de sus lecturas le trajo un manual de literatura. En poco tiempo el bragado lector se entusiasmó con Chéjov, Stendhal y Balzac; pidió algo de Henry James, cosa que escandalizó a la profe, que lo consideraba «un peñazo», mientras que a él le pareció «de buten». Acabado el curso, ella le envió una remesa de

libros, «no exenta de malicia», que incluía En busca del tiempo perdido. Recibió una nota de Cabrales en que le decía: «… estoy empezando A la sombra de las muchachas en flor. Hay que ver cómo escribe este tío»[104].

Al curso siguiente Antolín Cabrales Pellejero no apareció por clase. Entre extrañada y molesta, la señorita Fornillos preguntó por él, y supo que estaba al frente de la biblioteca. Tragándose su orgullo, y curiosa «por ver hasta dónde podía llegar la estupidez de aquel mequetrefe», lo halló enfrascado en la lectura de los cuatro volúmenes de El hombre sin atributos. «Como soy el bibliotecario —explicó—, me ocupo de las adquisiciones y pido lo que me interesa. Total aquí da lo mismo: la mayoría con un Mortadelo se pueden pasar diez años».

Quizá esta crónica debería acabar aquí, pues a Antolín Cabrales Pellejero le concedieron la condicional, la señorita Fornillos obtuvo una ayudantía en la universidad, y no es aventurado imaginar que la biblioteca de la cárcel quedaría por mucho tiempo invariable tras las últimas adquisiciones del Poca Chicha.

Pero es el caso que Inés Fornillos, en su deseo de ponerse al día tras un impasse carcelario que prefería olvidar, recorría los suplementos culturales para no perderse cualquier novedad literaria digna de memoria. Fue así como cayeron en sus manos las primeras obras de Martín J. Fromentín, un seudónimo bajo el que —según se supo después— «se ocultaba un auténtico criminal de turbio pasado llamado Antolín Cabrales Pellejero». Las obras de Fromentín alcanzaron el favor del público, la difusión editorial allende nuestra lengua y el respeto de la crítica, que «lo comparó con Jean Genet y con Louis Ferdinand Céline, con el Gorki de Los bajos fondos, con los dramas de sangre de García Lorca, con los esperpentos de Valle-Inclán, y no faltaron exagerados que sacaron a relucir a Dostoievski e incluso a Dante». A pesar de su carácter esquivo (rechazó ser llevado al cine e ingresar en la RAE), andando el tiempo, ya con el pelo cano y gafas sin montura, aceptó pronunciar una conferencia en el paraninfo de la universidad en que Inés Fornillos estaba punto de jubilarse.

Llegados aquí, tal vez podríamos aceptar que la historia tomara un tinte romántico, como la que Portifax se sacó de las meninges en aquel

libro prodigioso titulado Diez días entre los «hipotecas». Pero lo que ocurrió sencillamente fue que Inés Fornillos, quien no había olvidado que las lejanas redacciones de Cabrales durante el curso «no valían un pimiento», asistió a la conferencia con una mezcla de indiferencia, curiosidad y asombro, sin saber muy bien si había sido ella quien había contribuido a crear un escritor famoso. Se vieron en la distancia de la sala, pero, discreta como Sharazad, guardó silencio y desapareció.

Al llegar al hotel Antolín Cabrales Pellejero escribió una carta a la señorita Fornillos en la que, entre otras cosas, le decía: «… no me extraña que no quiera tener nada que ver conmigo, ni con el ratero sin suerte que fui, ni con el fantoche que soy ahora…». Para entonces había llegado también a la conclusión de que Somerset Maugham era «un artesano sin interés, y más pasado de moda que el miriñaque». Pero sí reconocía estar en deuda con ella, porque si ahora ganaba «una pasta gansa» y viajaba por todo el mundo, «soy —añadía— el mismo pazguato de entonces y mi éxito se debe a un malentendido. Los lectores creen estar leyendo historias atormentadas, cargadas de significación, y solo leen artimañas».

Un malentendido que nada tuvo que ver con el de Camus, pues en este no hubo más sangre que una carta que acabó en la papelera y nunca llegó a su destinataria. Que aquel potencial que ella había contribuido a desencadenar «solo sirviera para vender baratijas no era culpa de ella. En el fondo, se dijo, sigo siendo lo que siempre fui: un ser superfluo, un estafador». Pero ya que ella, por casualidad o por designio, había hecho de él lo que ahora era, no había motivo alguno para desbaratarle la ilusión.

Y Antolín Cabrales Pellejero, alias Poca Chicha, alias Martín J. Fromentín, hizo pedazos una larga carta que Inés Fornillos, profesora de literatura, nunca llegaría a leer.

[103] Nunca hay que desesperar de una biblioteca por más descontextualizada que se halle. Sé de alguien («si en su cuerpo o fuera de él no lo sé, solo Dios lo sabe») que en la biblioteca de un CIR («campamento de destrucción de reclutas»), donde se refugiaba como otra variante desesperada del escaqueo, topó con Billar a las nueve media, hallazgo tanto más sorprendente cuanto que entre sus páginas de pronto se vio rodeado de «abades y arzobispos, generales y camareros, todos formando parte de sus comparsas y él solo siendo solista». Hasta un «generalísimo» había. Debió de preguntarse si encontrar en otra página un «mano a la visera y taconazo» era realidad, ficción o ironía.

[104] Apreciación en la que habría coincidido con el sargento Bevilacqua, que se perdió en el segundo o tercer baile de Guerra y paz, mientras se sublimaba con Proust. A tal sargento tal recluso. Ninguno de los dos se arredró ante aquellas «frases largas como insomnios», en las que no es improbable que hubiera tropezado el mismísimo André Gide.

La biblioteca del arcipreste Juan Higuea

[EUGENIO NOEL: Las Siete Cucas]

Asegura el puntual historiador de esta biblioteca que «los libros son el mejor adorno y los más lindos muebles de cualquier habitación. Cosa no por bien sabida bastante alabada». Cualquier seguidor de estas bibliotecas lo habrá advertido o podrá comprobarlo en no pocas circunstancias. Al margen de lo que el humor marktwainiano pensara de tal afirmación, no es menos cierto que, al llegar a los «tres inmensos armatostes repletos de libros, con sus cortinajes descoloridos como el velorio de un confesonario o los visillos de la vidrieras tabernarias», el mismo historiador dijo no sin su correspondiente dosis de humor: «Con los libros dimos, Sancho».

Don Juan de Higuea, arcipreste de la Inestal —zapatos de peluche, ojos grandes, escaroladas cejas, manos acribilladas de pecas, verrugas, arrugas, nervios y venas como sarmientos—, solía tener «sobre la mesa, vino; vino, sobre los libros; al lado del Cristo, un jarro… y unos cartapacios sobre los que descansaba el codo después de empinarlo». Su localización en el mapa es insegura, aunque, sabiendo que «en el pueblo del Arcipreste no hay río y zascandilea lejos el Tormes», podemos situarla sin error en algún lugar de Castilla la Vieja.

De los tres armarios, dos «contenían los despojos de la biblioteca de un convento, abandonado cuando la Desamortización o el Degüello», y una sola materia: Teología, Cánones, Lugares. En uno convivían Soto, Vitoria, Cano, Fonseca, Pereira y Vásquez con las Disputationes metaphysicae o el Tractatus de legibus del inexorable granadino Francisco Suárez: mucho Suárez, todo Suárez… En el otro, los cuatrocientos tomos de la Patrología de Migne. Siempre hemos sospechado —y con frecuencia la historia lo confirma— que los libros parecen destinados al fuego. Pero aquí nuestro autor asegura, no sin cierto rencor y ojeriza, que estos «libros mostrencos así se acaban como mi abuela [sic]. Porque ni incendios, ni bibliófilos, ni ratones, ni anticuarios, finiquitan con los tales. Huyen los frailes de sus cenobios, dejan su biblioteca en manos de la providencia y como si fuera verdad el caso. Ni el aire, el agua o los años son capaces de rematar esos

libros. No se extravían ni en las mudanzas. No se pierden aunque los tiren. No se aburren o mueren solos como los otros libros pobrecillos que enferman, talmente como las criaturas, perdiendo primero el color de la letra y paso a paso, las entrañas, tejidos y lomos hasta no quedar piltrafas ni hilachas de texto y tapas».

Lo mejor residía en el tercero de los armarios. «Una torre de madera, de esas que se llaman de palosanto por no dejar a la madera sin nombre», estaba atiborrada de Sermonarios. Tomos y más tomos de sermones doctrinales, morales y dogmáticos; los treinta y dos del Tesoro de oratoria sagrada con sus centenares y centenares de sermones… Tampoco hay de qué espantarse, pues ya decía el doctor Johnson que «toda biblioteca es incompleta si no reúne una copiosa colección de sermones»[105].

Pero hasta la biblioteca más estragada encierra alguna sorpresa. Y fue que «entre dos Quijotes, amorosamente preso —y qué libro no lo está así— vierais uno de larguísimo título, bello entre los libros que se juzgan solamente curiosos, hecho y compilado por fray Hernando de Talavera, el Tratado provechoso que demuestra cómo en el vestir y calzar comúnmente se cometen muchos pecados y aun también en el comer y el beber… Entre dos Quijotes…». Dos humildes ediciones. Una de ellas había salido «de la Imprenta de la Vega por el 1804. Y tan bonita. Con un pajarito que trae al caballero incomparable un medallón o camafeo y, grabado en él, Dulcinea. La otra, del año 32, en castellano también, estaba impresa en París, en casa de Baudry; y, en la plana primera, viene don Quijote crucificado, como san Andrés, en las aspas de un molino alcazareño».

«Cerca o lejos, otros encuentros agradables», como el Espejo de la vida humana, de Rodrigo Sánchez Arévalo, o Lo que guardan en los cofres las mujeres, «que con la fabla de los vicios de las malas mujeres y complexiones de los hombres, del Martínez de Toledo, emparejaba deleitosa y sospechosamente», y aun no desentonaría a su lado el Corbacho o Reprobación del amor mundano, compuesto por el mismo Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, en edad suya de cuarenta años, acabado a quince de marzo, año del nacimiento del Nuestro Salvador Jesucristo de mil cuatrocientos treinta y ocho años.

Añádanse algunos de los libros que tenía en su biblioteca don Quijote y anotados en el Catálogo completo que hiciera de ellos Rius; los diez

volúmenes del Refranero general español de Sbarbi; Barahona de Soto; muchas de las hijas de Celestina; tipos como los cuatro pícaros del Ardid de la pobreza; el mesonero de los Engaños deste siglo; La ingeniosa Elena; Rufina, La Garduña de Sevilla, La sabia Flora malsabidilla… Y, en fin, oyendo hablar a don Juan Higuea en romance o en latín, es seguro que, aparte de los arciprestes de Hita y de Talavera, merodeaban por el tercer armario Platón, Séneca, Horacio y Cicerón; los dos Luises, el de León y el de Granada; Teresa de Jesús y Las Moradas; Juan de la Cruz, «que se sabía de carrerilla». Y como es previsible la Vulgata, citada opportune et importune.

«¡Oh, los despreciados libros —exclama nuestro mordaz y maldiciente catalogador—, cuánto más no nos dicen ellos de sus poseedores o amos (si es que los libros conocen servidumbre aun siendo su misión de tan noble servicio) que sus costumbres, ropería y hasta su propio rostro!». Pero hase de advertir que solo por los libros no habríamos adivinado que «el rostro del padre Higuea, todo él, estaba en su nariz o, mejor dicho, en el grano de aquella nariz, obra maestra de vino, rapé y entendederas».

Vinum laetificat cor hominis había escrito el salmista (104[Vg103], 15), … et non contristat mulieris, podría haber añadido nuestro arcipreste, al que se le perdonarán sus muchos pecados siquiera porque, a la hora de consultar los Sermonarios que no siempre predicaba, tenía un Quijote

… abierto de par en par sobre el atril de los misales, misal él mismo. De par en par, como los cuarterones de las ventanas. Porque por cualquiera par de páginas que abráis ese Libro os dará en el rostro un frescor de vida, aire de salud, gracia de campo. […] Pues si bien el Quijote no es, como en general creencia se le tiene, parapoco y simplón en audacias humanistas —siendo el más humano de los libros ¿no habría de ser el más libérrimo de los humanistas?—, de excelentes máximas de acendrada moral provee a quienes para los necesitados de ellas las espigan.

¿Quién duda que tras los volúmenes de los tres inmensos armatostes, «en la enjundia o entrañas de la realidad» de aquel lugar no muy lejos

de Alba de Tormes, hubo más materia y forma, cascarrabias y raposería de lo que aquí se apunta? Ni siquiera hemos hablado del sacristán Cóquilis —envidia de escribanos y covachuelistas—, amanuense de los sermones del padre Higuea y aun de sus ensayos sobre las treinta y seis mujeres del Quijote, que tenía una letra floreada —bastarda española, inglesa o itálica según la categoría del destinatario—, y ocultas «en unas rinconeras las más selectas obras de pornografía corriente y moliente a todo ruedo y entre ellas nada menos que un Secretos del Infierno o el Emperador Lucifer y su ministro Lucifugue Rofocale, que trataba, según manuscrito de 1522 inventado por un Polinntzieu, de secretos para hacer hablar a los muertos, ganar a la lotería y descubrir tesoros escondidos»[106]. Pero, como (casi) escribió Teresa de Jesús —por mucho menos se le quebraban las alas para decir cosa buena— y luego recordó en silencio el arcipreste de la Inestal, «lo demás no es para biblioteca ni aun para decir»…

[105] James Boswell: Vida de Samuel Johnson. Trad. de Miguel Martínez-Lage. Barcelona: Acantilado, 1992, pp. 1497-98.

[106] Nuestro puntual historiador no quiso pasar en silencio algunas de las obras que el sacris Cóquilis guardaba en su biblioteca secreta: «De cabeza a rabo se sabía El seno de las mujeres, de Blanco, si es permitido acariciarlos, si deben llevarse descubiertos, su lenguaje, forma y elocuencia, y los países donde son más bellos. Además él tenía la Galería de mujeres célebres, de Sainte-Beuve, y la de Castelar, y, junto a Los porqué de Susanita, Las Santas Mujeres, de Darboy; La Mujer, de Larcher, con las dos docenas de láminas de Staal que son de alivio; Las Mujeres de la Biblia —no todas, porque no lo permitirían las autoridades, ni en París— y centenares de referencias venusinas». Es de saber que por allí merodeaba también Amancio Peratoner, cuyos expresivos títulos calla —entre ellos Venus retozona y El sexto no fornicar—, sin duda porque da por sabido que era el seudónimo de Gerardo Blanco.

Sin embargo no parece que pudiera compararse con la «formidable biblioteca de libros pornográficos, magníficamente encuadernados», que atesoraba en Alejandría Paul Capodistria («sus amigos lo llamaban Da Capo por sus proezas sexuales tan fabulosas, según parece, como su fortuna o su fealdad»). Pero su cronista, tan minucioso en otros aspectos, no quiso mencionar un solo título (Balthazar, p. 159). Sí sabemos que «después de su muerte, la enorme biblioteca de Da Capo —o Porn, sobrenombre que había acuñado partiendo de 'pornógrafo'— fue trasladada a Esmirna, libro por libro. Balthazar hizo los paquetes y los envió por correo» (p. 308).

La biblioteca de los Asesinos

[AMIN MAALOUF: Samarcanda]

En algún punto de la incierta línea que separa la leyenda de la historia se halla la biblioteca que Hassan Sabbah encerró en la inexpugnable fortaleza de Alamut. «Estamos a finales del siglo XI —cuenta Benjamin O. Lesage—, exactamente a 6 de septiembre de 1090. Hassan Sabbah, genial fundador de la orden de los Asesinos, está a punto de apoderarse de la fortaleza que será durante ciento sesenta y seis años la sede de la secta más temible de la historia». Desde Alamut, prosigue nuestro narrador, Hassan Sabbah escribe al poeta Omar Jayyam una carta con la tentación suprema para un sabio: «He formado una inmensa biblioteca donde encontrarás las obras más excepcionales y podrás leer y escribir a tu placer. En este lugar alcanzarás la paz». Pero Omar Jayyam es «un adorador de la vida», mientras que Hassan Sabbah es «un idólatra de la muerte»; Omar Jayyam ama la creación —no en vano su nombre significa «constructor de tiendas»—, y no la destrucción; y Omar Jayyam, para quien «toda causa que mate deja de seducirle», pues «ninguna causa es justa cuando se alía con la muerte», renuncia a entrar en la biblioteca de los Asesinos. «Para enfrentarse al mundo —piensa—, Hassan Sabbah construyó Alamut; yo solo he construido este minúsculo castillo de papel, pero pretendo que sobreviva a Alamut. Esta es mi apuesta y este es mi orgullo». Omar Jayyam se refiere al manuscrito en que ha ido componiendo sus célebres rubaiyyat: el Manuscrito de Samarcanda.

Sabemos que Hassan Sabbah le robó a Omar el Manuscrito para atraer a su autor a la biblioteca, aunque no lo consiguió. Pero no lo alojó en la imponente biblioteca, sino en un nicho excavado en la pared y protegido por una fuerte reja. Sería su nieto quien lo arrancaría de su cárcel y quien experimentaría una revolución interior con su lectura, revolución que exportó a las calles y plazas de Alamut.

¿Cuáles eran las obras tan excepcionales que dormían en la gran biblioteca de los Asesinos, aquellas obras «que encerraban las más inefables verdades»? Nunca lo sabremos, pues Hulagu, cuya destreza como destructor de bibliotecas nadie le discute, antes de ahogar la de

Bagdad, probó con la de Alamut. Ebrio de gloria por haber abatido la fama inexpugnable de la mítica fortaleza, ordenó que no quedara de ella piedra sobre piedra. No perdonó la biblioteca.

Antes de incendiarla, Hulagu autorizó a Yuyanní, su historiador particular[107], a que la visitara. Yuyanní entró con una carretilla al santuario, decidido a salvar lo que pudiera. No tuvo tiempo de hacer un escrutinio detenido de las decenas de miles de manuscritos que reposaban apilados o enrollados en los estantes. Se apresuró a rescatar no menos de veinte ejemplares del Corán, una autobiografía de Hassan Sabbah y una crónica de Alamut con la historia redentora de su nieto. Atraído por la llamada misteriosa de «un conjunto de obras dedicadas a las ciencias ocultas», se sumergió en la lectura y olvidó la hora. Cuando apareció un soldado y aplicó una tea encendida a un puñado de rollos polvorientos, apenas tuvo tiempo de coger un brazado al azar. En su precipitación se le cayó un manuscrito titulado Secretos eternos de los astros y de los números: no se detuvo a recogerlo.

Durante siete días y siete noches ardió la biblioteca de los Asesinos. «Innumerables obras de las que no existe copia se perdieron. Se dice que contenían los secretos mejor guardados del Universo». Quedaba por averiguar si había perecido también el Manuscrito de Samarcanda.

El descubrimiento de Uqbar se debió a la conjunción de un espejo y una enciclopedia; el nacimiento de Benjamin Omar Lesage, a la de un americano de 28 años y una francesa de 18. El amor acechaba tras un ejemplar de Les Quatrains de Khéyam, traduits du persan par J. B. Nicolas, ex-premier drogman de l'Ambassade française en Perse (Imprenta Imperial, 1867) y otro de The Rubáiyát of Omar Khayyám, de Edward Fitzgerald, edición de 1868. No es imposible que Benjamin O. Lesage —cuya O. no era sino un homenaje a Omar Jayyam— heredara ab ovo la afición por las cuartetas de Omar y el Manuscrito de Samarcanda. Lo cierto es que llegó a tener en sus manos el manuscrito original del poeta persa, que todo el mundo daba por perdido desde los tiempos de los mogoles, y acaso fuera el último dichoso mortal que lo tuvo en sus manos antes de que desapareciera ¿definitivamente? «en el fondo del Atlántico», pues es de saber que el Manuscrito viajaba en el Titanic con su dueño[108]. Este sobrevivió, pero no su equipaje. Está escrito que los libros han de perecer por agua o

por fuego. Algunos quizá logren hacerlo por olvido bajo el polvo.

Jayyam, el que cosía las jaimas de los saberes,

ha caído en la noche y se ha quemado.

Las tijeras de la Parca han cortado su aliento

y algún chamarilero lo ha vendido de balde.

Era una de las rubaiyyat del precioso y preciado Manuscrito.

[107] La biografía que, a petición del propio Hulagu, estaba escribiendo Yuyanní llevaba el recatado título de Historia del conquistador del mundo.

[108] Solo cabría albergar una duda: si desapareció realmente con el Titanic, durante la noche del 14 al 15 de abril de 1912, o más bien en el naufragio del Titán, ideado en 1898 por Morgan Robertson, un escritor de «ciencia-ficción» americano. «Este navío gigante —cuenta Louis Pauwels— desplazaba 70000 toneladas, medía 800 pies y transportaba 3000 pasajeros. Su motor estaba equipado con tres hélices. Una noche de abril, durante su primer viaje, chocó en la niebla con un iceberg y se fue a pique».

La biblioteca de Gabriel Betteredge

[WILKIE COLLINS: La piedra lunar]

El encanto de las bibliotecas minúsculas se manifiesta en que su poseedor suele conocerlas de memoria, como una calle transitada con frecuencia. Timeo hominem unius libri, parece que pensó Tomás de Aquino si no lo dijo, y Mr. Betteredge lo confirmó con su devoción por un solo libro. Justo el mismo libro que, en esencia, había compuesto una biblioteca venidera.

Gabriel Betteredge, el sosegado mayordomo de Lady Julie Verinder, no fue rústico, patán ni malmirado escudero; antes bien, había leído en sus tiempos muchos libros, y hasta se consideraba un erudito a su manera. Ignoramos si entre sus abundantes lecturas estuvo el Emilio de Rousseau. Lo cierto es que, a los setenta años, con una memoria todavía ágil y unas piernas tan ágiles como la memoria, concluyó que, del mismo modo que en dos mandamientos se encierran toda la Ley y los Profetas, todos los libros del mundo se resumen en uno: el Robinson.

No consideren mis palabras como de persona ignorante —argumentaba él, con el filo más aguzado que nunca—, cuando les diga que, en mi opinión, otro libro como el intitulado Robinson Crusoe no ha sido ni podrá ser escrito nunca. He recurrido a él año tras año y siempre he hallado en él al amigo que necesitaba en todos los momentos críticos de mi vida. Cuando estoy de mal humor, Robinson Crusoe. Cuando necesito algún consejo, Robinson Crusoe. En el pasado, cuando mi mujer me importunaba, y en el presente, cuando he bebido más de la cuenta, Robinson Crusoe. He gastado seis recios Robinsones, tras haberles obligado a trabajar duramente a mi servicio. Con ocasión de su último cumpleaños, recibí de manos de mi ama el séptimo. A causa de ello bebí un trago de más, y Robinson Crusoe me devolvió el equilibrio. Su precio, cuatro chelines y seis peniques,

encuadernado en azul, con un retrato por añadidura.

De pocas bibliotecas guardamos una descripción tan exacta y emotiva. Los antiguos, en esas encrucijadas de la vida, empleaban a Virgilio como vehículo del azar o del destino: las sortes virgilianae tenían la virtud de «facilitar la más difícil cosa», orientando la voluntad en alguna decisión difícil. Algunos osamos hacer sortes quixotescae entre el abandono y el recelo. El lector ya ha adivinado que Gabriel Betteredge hizo casi toda su vida sortes robinsonianae con su libro.

La biblioteca de Robinson Crusoe

[DANIEL DEFOE: Robinson Crusoe]

Pero la biblioteca de Gabriel Betteredge, como las cajas chinas, escondía en su interior otra biblioteca: la del propio Robinson, que fue también hombre de un solo libro. O, para ser más exactos, de muchos encuadernados en uno: la Biblia.

Robinson Crusoe no da muchas explicaciones en su crónica. Aunque al principio se lamenta de que podría perder incluso la noción del tiempo «por falta de libros, pluma y tinta», unas líneas más abajo aclara que había olvidado mencionar otros «artículos no menos útiles» como «plumas, tinta y papel, de los cuales había varios paquetes al cuidado del capitán». Estas herramientas le permitirían llevar un diario, hasta que se le acabó la tinta, una de las pocas cosas que no fue capaz de fabricar. Sabemos que, tras el naufragio, ocurrido el 30 de septiembre de 1659, rescató «tres biblias en óptimas condiciones, algunos libros portugueses, entre ellos dos o tres devocionarios papistas, y otros muchos volúmenes que conservó con todo cuidado».

Durante varios meses los libros permanecieron en un arcón, junto a «un rollo de tabaco bastante curado y algo más aún verde», hasta que unas fiebres le impulsaron a abrirlo, y parece que allí encontró remedio para el cuerpo y solaz para el espíritu.

Si Gabriel Betteredge hacía sus sortes con el Robinson, Robinson hizo las suyas con la Biblia. Un versículo de los Salmos le causó viva impresión, y unos días después se aplicó «seriamente» a la lectura del Nuevo Testamento y se impuso la tarea de leerlo a diario. Nos consta que, aparte de los Salmos, visitó, o conocía de antemano, los libros de los Reyes y el primero de Samuel; Josué, Isaías y Job; el evangelio de Lucas, los Hechos de los Apóstoles, las Cartas a los Romanos, a los Hebreos y la Primera de Juan.

Tres veces al día leía las Escrituras, acaso por simetría con el alimento corporal. No sabemos que leyera ningún otro libro, ni nos dejó información suplementaria sobre los títulos restantes del arcón. Una reflexión agradecida sobre el descubrimiento de que «acaso podía

sentirse más feliz en aquella situación solitaria que gozando de libertad en la vida social», y suficientemente compensado por las deficiencias derivadas de su «soledad y la necesidad de compañía humana», autorizaría a pensar que fue el Kempis uno de los devocionarios papistas cuyo título omitió. Pero si no hemos podido verificar su lugar para tal libro en la biblioteca del Nautilus, no hay razones para otorgárselo en el barco de un traficante de esclavos.

Durante su estancia en la isla no necesitó otra lectura que la Biblia[109]. Tal vez la indigencia, el desvalimiento y el desamparo conducen a la religiosidad y a la filosofía. Lo cierto es que Robinson, en la precariedad de su estado, se pregunta por el origen de un mundo en que hay océanos y estrellas, naufragios e islas. Y también por el uso que de las cosas hace el ser humano, el único que tiene la capacidad de pervertir las buenas con su abuso.

Justo en la mitad de su crónica, un día descubre Robinson la huella nítida de un pie desnudo en la arena de la playa, y aquel signo inquietante desata de nuevo sus particulares reflexiones: «Hoy amamos lo que mañana odiamos. Hoy buscamos lo que mañana evitamos; hoy deseamos lo que mañana nos hará temblar de horror», dice. Pero la aparición de Viernes le depara dos placeres socráticos: el de la conversación y el de la pedagogía. Solo que Robinson, que transmitió a Viernes sus conocimientos técnicos, religiosos y morales, pretirió un detalle elemental de su instrucción: enseñarle a leer.

Se desconoce el paradero de la biblioteca de Robinson. Durante su adversa fortuna había hecho altos elogios de su Biblia y de su periódica lectura. Pero, entre las cosas que transportó a Inglaterra cuando, el 19 de diciembre de 1686, abandonó la isla en que estuvo veintiocho años, dos meses y diecinueve días, no nombra libro alguno. Él, que no olvidó mencionar, «como reliquias, el gran gorro de piel de cabra, la sombrilla y el loro»; que, a pesar del apóstrofe inicial contra el dinero, tampoco olvidó embarcarlo, aunque, por «haber estado guardado tanto tiempo sin usar, estaba totalmente oxidado y ennegrecido, y apenas hubiese podido hacerlo pasar por plata si antes no lo hubiese frotado y limpiado»; él, Robinson Crusoe, no consideró necesario informarnos sobre el destino final de su biblioteca.

[109] El señor Webb, editor y director de El Centinela, periódico local de Grover's Corner, vino a conceder que no mayores eran las necesidades de los habitantes de ese pueblo: «Robinson Crusoe, y la Biblia y el Largo, de Haendel, los conocemos. Y también La madre, de Whistler… Hasta ahí llegamos». La noticia fue recogida por Thornton Wilder en Nuestro pueblo.

Un epigrama de Mesonero Romanos también reducía la lectura necesaria a dos libros: «¿Preguntas qué libros leo? / Y yo te respondo, Blas, /que son dos, y nada más, / los que llenan mi deseo. // Tengo la Biblia divina /para salud eternal, / y en cuanto a lo temporal, / leo el Arte de cocina».

La biblioteca ideal de Emilio

[J. J. ROUSSEAU: Emilio]

Se llamó Emilio, y su maestro pudo haberse llamado Pigmalión. De la criatura solo sabemos que era huérfano y que cayó en manos de un pedagogo apasionado. Del educador, varias contradicciones y un axioma que las resume todas: «Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre». Enunciado también de este otro modo: «El hombre es naturalmente bueno, pero la sociedad deprava y pervierte a los hombres». Casualmente, entre las cosas que han fabricado las manos del hombre figuran las bibliotecas.

No quiso aparecer como verdugo, ni que el niño resultase una pesada carga. Consecuente con aquel principio suyo de que el único libro digno de tal nombre es la naturaleza[110], consideraba que «el abuso de los libros mata la ciencia» y que «la mucha lectura solo sirve para hacer ignorantes pretenciosos». Vaticinó que «la lectura es el azote de la infancia» y el camino más recto para alcanzar la infelicidad ya desde los primeros años. «¡Libros! ¡Qué objetos más tristes para su edad!». Y concluía: «¿Cómo? ¿No es nada el ser feliz?».

Fiel a su convicción de que «tantos libros nos hacen olvidar el libro del mundo», escatimó a Emilio los libros de tal modo que de momento, y «durante mucho tiempo», uno solo compondría «toda su biblioteca»: el Robinson[111], y aun este, aliviado de «todo su fárrago», reducido en suma a la solitaria estancia del náufrago en la isla. Desconfiaba de la memoria, y se negaba a que Emilio retuviera ni siquiera las fábulas de La Fontaine. Solo varios años después permitiría la entrada al segundo libro: ese sería Plutarco[112], y no sin antes haber desalojado a Polibio, a Salustio y a Suetonio; a Tácito, por ser «libro de ancianos», aunque le concedía la gracia de haber descrito a los germanos de su tiempo mejor que ningún historiador moderno a los alemanes; a Tucídides, porque «siempre habla de guerras», defecto que comparte con la Anábasis y los Comentarios de César; a Heródoto, por sus «simplicidades, más propias para viciar el gusto de la juventud que para encauzarlo»; a Tito Livio, por político y retórico. Cabe

preguntarse por qué —¿en un momento de debilidad viajera?— toleró a Montesquieu y sugirió la lectura del Espíritu de las leyes como la mejor forma de estudiar «las necesarias relaciones de las costumbres con el Gobierno».

A los veintidós años hizo un intercambio de libros con Sofía. Le cambió El Espectador[113] por Las aventuras de Telémaco, el único libro de Sofía, como el Robinson lo había sido de Emilio (y lo sería de Gabriel Betteredge). Es de saber que Emilio no tenía noticia de la obra de Fénelon, aunque —de un modo nunca suficientemente aclarado— conocía la Odisea y a Homero, «el único poeta que nos transporta a los lugares que describe».

Podemos presumir que, andando el tiempo, y ya lejos de la influencia directa de su educador, tal vez Emilio añadiera algún libro a su biblioteca, siquiera de los autores antiguos. Aunque siempre nos asalta la sospecha de que acaso nunca lo hizo, siquiera en memoria de alguna vieja enseñanza de su maestro, como aquella de que, «aun cuando se quitaran de los pueblos todos los reyes y todos los filósofos, poco se notaría su falta y no iría peor el mundo». Porque si, en efecto, «los hombres cuanto más saben más se equivocan, el único medio de evitar el error es la ignorancia». No sin una cáustica ironía le había escrito Voltaire: «Nunca se ha empleado tanto talento en intentar tornarnos animales. Leyendo vuestra obra, ganas me dan de andar a cuatro patas»[114].

Un 2 de junio de 1778, el pedagogo de Emilio murió en un idílico jardín, frente al castillo de Ermenonville. «El mundo real tiene sus límites, el imaginario es infinito». Esto había escrito el hombre que no logró ver concluida (en un jardín o un parque que son polvo) la cabaña que el marqués de Girardin le había prometido, para que pudiera vivir en contacto con la naturaleza, según había predicado. Quizá lo haya redimido la pretensión, no sé si conseguida, de haber querido educar a Emilio «no para desear ni para sufrir, sino para ser feliz, el fin de todo ser sensible, el primer deseo que nos imprimió la naturaleza y el único que no nos abandona». Y acaso también una melancólica constatación: la de que «todo lo que amamos, tarde o temprano ha de faltarnos». Incluso los amigos, los amores, los libros y las bibliotecas.

[110] Aseguraba que los antiguos no necesitaron libros: «La faz de la tierra era el libro donde se conservaban sus archivos; las rocas, los árboles, los pedregales, consagrados por estos actos, y acatados con respeto por aquellos hombres bárbaros, eran las hojas de este libro, abierto siempre a todos los ojos».

[111] No creo que fueran estas las razones que movieron a Lockwood Kipling a regalarle un Robinson a su hijo. En todo caso, en la memoria última de Rudyard Kipling sobrenada el Robinson, El Pirata y la voz de su tía leyéndole Las mil y una noches. En cambio, cabe la duda de si las mismas razones impulsaron a Lichtenberg a opinar que la historia de Robinson y Viernes ocupaba un lugar más meritorio en la cultura occidental que toda la oronda poesía de Klopstock, antes que una especie de antídoto contra el furor wertherinus de la época. Lo cierto es que no evitó escribir este aforismo: «La mucha lectura nos ha brindado una barbarie ilustrada».

[112] En lo que coincidió con Montaigne cuando dijo: «Plutarco es mi hombre» (Ensayos, II, 10, «De los libros»).

[113] ¿Quién le hubiera dicho a Joseph Addison (1672-1719) que su Spectator llegaría a conseguir el honor de figurar en la estricta biblioteca de Emilio bajo el título francés de Le Spectateur ou le Socrate moderne?

[114] Carta de Voltaire a Rousseau, del 30 de agosto de 1775. En J.-J. Rousseau: Discursos a la academia de Dijon. Intr., trad. y notas de Antonio Pintor-Ramos. Madrid: Paulinas, 1977, p. 273.

La biblioteca del Maniobrador de Grúas

[MANUEL RIVAS: Los libros arden mal]

Cuando Ramón Ponte, conocido también como el Maniobrador de Grúas, dedujo que todas las grúas del puerto de La Coruña tenían nombre de mujer —«había una Bella Otero, una Eva y más allá, en el muelle de la Madera, una Pasionaria»—, decidió bautizar la suya y le puso por nombre Carmiña. En ella tenía su biblioteca y podría decirse que su casa. Una casa «que se movía sin desplazarse y que estaba al mismo tiempo en tierra, mar y cielo». ¿Un Nautilus gallego?

Ramón Ponte había instalado su biblioteca esencial en la cabina de la grúa, «una cabina de madera con ventanas, que era como una casita en el aire, con su cama y todo». Y del mismo modo que los diez mandamientos se encierran en dos, los libros de su estante se compendiaban en dos apartados: «El día», que comprendía las lecturas científicas, y «La noche», que incluía las novelas. Solo tenemos noticia de que entre ellas estaban Los náufragos encantados y Las amantes del capitán Nemo, además de las publicaciones de «La Novela Ideal». Es poco probable que en el apartado diurno estuviera la Historia dramática de la cultura, de Héctor Ríos; pero no imposible que en el nocturno se hubieran refugiado algunas de las novelas del Oeste firmadas por John Black Eye.

Había un tercer apartado, que no lo era, reservado a la creación.

Porque es de saber que Ramón Ponte tenía vocación de escritor científico, y conservaba «un cartapacio en el que hacía años que iba guardando anotaciones y dibujos agrupados bajo el título La intimidad del mar». En su falsa cubierta de cuero podía leerse LIVERPOOL Telephone Director, un rótulo funcional que no habría desentonado en ningún puerto.

Maurice Maeterlinck había escrito un sugerente libro sobre La inteligencia de las flores, y otros tres sobre La vida de las abejas, La vida de las termitas y La vida de las hormigas. Ramón Ponte se propuso escribir La vida sexual de los seres marinos, emboscada bajo un doble disfraz: el equívoco título de La intimidad del mar, oculto a

su vez bajo el de una guía de teléfonos[115]. Porque decía él y no sin causa: «Se habla mucho del mar, pero nadie repara en lo principal. El mar es el vivero más grande del planeta y posiblemente del universo. El gran lecho orgiástico. El espacio de las cópulas más insólitas. De las más sorprendentes artes de la fecundación».

La vida sexual de los seres marinos es un libro singular y único en su especie. Desde chaval, cuando andaba pescando con su padre, Ramón Ponte se había sentido fascinado por los ojos del pulpo, cuya inteligencia le parecía superior a la de las flores y a la de los invertebrados más sagaces. Admiraba «las infinitas funciones que permitían los ocho brazos con sus ventosas, desde la propulsión hasta hacer muros de piedra, la tinta como arma defensiva, el camuflaje y la mímesis». En su libro le interesan sobre todo «las formas amatorias»; y así descubre el tercer brazo del pulpo, órgano del coito camuflado entre los otros siete; nos revela que quienes más resisten en las cópulas son las jibias, esos «seres extraordinarios de diez tentáculos, dotados como quien dice de propulsión»: se podría decir que «no paran de follar», desoyendo la canción de Krahe, hasta que la hembra desova y ambos se preparan para morir; también los crustáceos se aparean durante mucho tiempo, y «lo novedoso es que los machos llevan a las hembras a cuestas, van de garbeo amoroso por el fondo de la bahía». Explora las técnicas amatorias de las lampreas, que lo hacen «en cruz, perpendiculares el uno al otro» —un rasgo que ignoró incluso don Godofredo Barallobre, pese a haberle enviado a Cuvier una descripción anatómica de las lampreas—; detalla, en fin, «cómo se aparean las nécoras, y las centollas, y los bueyes marinos con sus cuerpos armados, bélicos, cuyos brazos son pinzas y tenazas».

Un apartado misterioso es el de los erizos. Desde Schopenhauer conocemos el famoso dilema de los puercoespines (que, sin pretenderlo, ha adquirido notoria actualidad con la aparición de otro virus de espinas coronado)[116]. Respecto a «cómo lo hacen los erizos», Ramón Ponte se limitó a decir: «Los erizos viven juntos, pero se aman a distancia». Y con aire un tanto enigmático, guardó el cartapacio.

Desconocemos el paradero de aquel prometedor manuscrito de doble título. Pudo haber perecido en la pira falangista de la Dársena de La Coruña en agosto de 1936. Pudo haber descendido al mar, donde quizá fuera a reunirse con los seres marinos cuya vida sexual tan sagazmente describía. Al fin y al cabo, si «no había mayor felicidad para el ser humano que el momento en que se volvía a sentir pez»,

¿por qué un libro no iba a desear encontrarse con los peces cuyas historias de apareamientos describía?

Es incierto el destino final de Ramón Ponte. Lo vimos sonreír por última vez en 1963, en el muelle de Occidente, cuando la policía despejaba la Dársena para que atracara el Azor con su caudillo[117]. No ha quedado constancia de su muerte. De haber tenido entierro, Francisco Crecente —Polca para los amigos, «trabajador para la eternidad» como enterrador que era, jardinero municipal, especialista en podar palmeras y desafecto— nunca habría faltado al funeral del Maniobrador de Grúas, siquiera para tocar su siempre esperado réquiem para gaita.

[115] Esto de la intimidad del mar tentó y seguía tentando a otros sabios. Augurio Hipocampo afirmaba: «Sé de peces tanto como el romano Eliano, el de las historias animalescas. […] Tanto a Eliano como a mí nos interesan los hábitos del animal y las moralidades que pueda inspirar».

[116] «Un grupo de puercoespines se apiñaba en un frío día de invierno para evitar congelarse calentándose mutuamente. Sin embargo, pronto comenzaron a sentir unos las púas de otros, lo cual les hizo volver a alejarse. Cuando la necesidad de calentarse los llevó a acercarse otra vez, se repitió aquel segundo mal; de modo que anduvieron de acá para allá entre ambos sufrimientos hasta que encontraron una distancia mediana en la que pudieran resistir mejor.—Así la necesidad de compañía, nacida del vacío y la monotonía del propio interior, impulsa a los hombres a unirse; pero sus muchas cualidades repugnantes y defectos insoportables los vuelven a apartar unos de otros. La distancia intermedia que al final encuentran y en la cual es posible que se mantengan juntos es la cortesía y las buenas costumbres. En Inglaterra a quien no se mantiene a esa distancia se le grita Keep your distance!—Debido a ella la necesidad de calentarse mutuamente no se satisface por completo, pero a cambio no se siente el pinchazo de las púas.—No obstante, el que posea mucho calor interior propio hará mejor en mantenerse lejos de la sociedad para no causar ni sufrir ninguna molestia» (A. Schopenhauer: Parerga y Paralipómena II, XXXI, § 396. Trad. de Pilar López de Santa María. Madrid: Trotta, 2009, p. 665).

[117] El director del vespertino Expreso preguntó una vez a un Meritorio: «¿Aún no sabe cómo captura el Caudillo los cetáceos desde el Azor?… No con un arpón precisamente», subrayó.

La biblioteca del Nautilus

[VERNE: 20 000 leguas de viaje submarino]

Mobilis in mobili. Biblioteca móvil en un medio imposible, con una movilidad nunca imaginada antes del siglo XIX, fue la biblioteca del Nautilus, aquel barco submarino ideado por un hombre aquejado de una misantropía tan irreparable como documentada.

No consta que en su biblioteca estuviera el Kempis, y así no sabemos si conoció aquel aserto: «Cada vez que estuve entre los hombres volví menos hombre». Pero, si en ella se hallaban «las obras maestras de antiguos y modernos, es decir, todo lo que la humanidad ha producido de más hermoso en los campos de la historia, la poesía, la novela y la ciencia», es harto probable que hubiera algún volumen con la historia de Timón de Atenas, a pesar del rencor que siempre experimentó por los ingleses. Cabe suponer que nunca había olvidado el lamento de Timón: «Timón se va a los bosques, donde encontrará a la más salvaje de las bestias más tierna que al género humano». Pero el hombre que decidió vivir en el mar quizá ni siquiera habría preferido los caballos, como el capitán Lemuel Gulliver, dada su aversión al «insoportable yugo de la tierra».

El capitán Nemo hablaba francés, inglés, alemán y latín, cumpliendo con creces dos versos de Borges: «Haber heredado el inglés, haber interrogado el sajón, / profesar el amor del alemán y la nostalgia del latín». Había sufrido por culpa de los humanos e ideado un submarino para huir de la tierra y sus habitantes. Él era «su capitán, su constructor y su ingeniero». En él instaló su biblioteca.

La biblioteca del Nautilus habría sido «el orgullo de más de un palacio». Estanterías en palisandro negro con incrustaciones de cobre, divanes de cuero marrón, atriles móviles, encuadernaciones primorosas… Constaba de 12 000 volúmenes, un número destinado a permanecer inalterable. «Abundaban los libros de ciencia, de moral y de literatura escritos en las lenguas más diversas»; en cambio estaban «severamente proscritas» las obras de economía política. En literatura e historia, apenas podría hallarse una laguna importante desde

Homero a Victor Hugo, desde Jenofonte a Michelet o desde Rabelais a George Sand. Y, sin embargo, predominaban los libros de ciencia sobre cualquier otro género posible. Ahorraré al lector el catálogo de científicos decimonónicos que poblaban las estanterías, desde Arago[118] al jesuita italiano Pietro Angelo Secchi. Solo mencionaré Los fundadores de la astronomía moderna: Copérnico, Tycho Brahe, Kepler, Galileo y Newton, de Joseph-Louis-François Bertrand, porque, según el profesor Aronnax, era el libro más moderno de la biblioteca: su edición, de 1865, delimitaría así inequívocamente la fecha de construcción del Nautilus[119].

El profesor Pierre Aronnax, autor de la única biografía autorizada del capitán Nemo y de «una obra en cuarto en dos volúmenes intitulada Los misterios de los grandes fondos submarinos»[120], pudo considerarse bienaventurado por haber visto lo que muchos hubieran deseado ver y nunca vieron. Tal vez por eso no quiso dejar de consignar una treintena de cuadros que tapizaban las paredes de un salón contiguo a la biblioteca. Y tal vez por eso tampoco sea ocioso recordar que, al lado de Rafael, Leonardo, Correggio o Tiziano, podía distinguirse un Murillo, un Velázquez, un Ribera; ni faltaban reproducciones a tamaño reducido de las más bellas estatuas de la antigüedad. «En verdad se trataba de un museo», anota el profesor. En verdad. Y, aunque este libro no trata de museos, sino de bibliotecas, no sería justo abandonar la pinacoteca sin evocar el «órgano de gran tamaño que ocupaba una de las paredes del salón», al que a veces el capitán arrancaba acordes apasionadamente melancólicos, así como el montón de partituras de Weber, Rossini, Mozart, Beethoven, Haydn, Meyerbeer, Hérold, Wagner, Auber o Gounod. Según el capitán Nemo, todos eran «contemporáneos de Orfeo, pues las diferencias cronológicas desaparecen en la memoria de los muertos».

El profesor Pierre Aronnax, que, como Edipo a la Esfinge, alguna vez miró al capitán Nemo con un pavor no exento de admiración, concluye su crónica con una tabla de interrogaciones. Desconoce el paradero y el destino del capitán, aunque no se resigna a perderlo para siempre.

El profesor Pierre Aronnax, que mereció el más alto elogio del capitán Nemo el día en que le dijo: «Usted puede comprenderlo todo, incluso el silencio»[121], atinó en su presentimiento. Algún tiempo después de esta peripecia submarina pudieron adivinarse sus huellas en una isla

misteriosa de localización incierta. Por desventura, sí parece comprobado que desapareció el Nautilus, y con él la biblioteca, y con ella un manuscrito del capitán, escrito en varias lenguas, que contenía el resumen de sus estudios sobre el mar y verosímilmente el doloroso misterio de su vida. Un ilustrador de época se atrevió a imaginarlo agonizando, unicus aut solus, en medio del esplendor de su biblioteca sumergida. Jacinto Solana, poeta casi inédito de la generación de la República, puso al pie de aquella ilustración esta leyenda: «Quién hubiera tenido el coraje de ser el capitán Nemo. Mi nombre es Nadie, dice Ulises, y eso lo salva del Cíclope». Inundado de invenciones e ironías, Alejandro Saelices Cordal, poeta extraviado en los laberintos de un Archivo, habría dicho: «El mundo es una isla triste…».

No se ha localizado la tumba del capitán Nemo. Tampoco consta que hubiera un epitafio, salvo el epígrafe de Jacinto Solana, escrito un par de meses antes de la presunta muerte del poeta. Resultaría disonante en ella uno como el que dicen que puso Timón de Atenas en la suya:

AQUÍ DUERMO YO, TIMÓN,

QUE EN VIDA DETESTÉ A TODOS LOS HOMBRES

[118] La saga de los Arago se reparte entre la literatura, la ciencia y la política. Pero las obras que aumentaron el número de volúmenes de la biblioteca del Nautilus fueron las de Dominique-François-Jean Arago (1786-1853), a quien sorprendió en España la guerra de la Independencia y fue detenido por espía. Habitó el castillo de Bellver, como antes Jovellanos, en calidad de preso. Conoció la evasión, el cautiverio corsario, el fuerte de Rosas y la cárcel de Palamós. También la gloria y la Academia. Al final de su vida pudo permitirse la precaución de ser ciego: su prodigiosa memoria le consentía recordar pasajes enteros con oírlos una vez, como Mozart la música. Una estatua de Mercié en Perpignan mantiene su recuerdo. La historia ha rescatado asimismo del olvido los nombres de dos hermanos, un hijo y un nieto.

[119] El minucioso profesor se equivocaba. Olvidó que apenas un mes después, exactamente el 11 de diciembre, él mismo estaba leyendo Los servidores del estómago, «un libro encantador de Jean Macé». Ese libro fue publicado por Hetzel en 1866. Es decir, un año después. Pero Miguel Ángel Navarrete, editor de Verne por excelencia, me brinda esta adición que es a la vez corroboración y enmienda:

«Jean Macé (1815-1894): pedagogo y escritor francés de convicciones republicanas. Fue fundador de la Liga francesa de enseñanza y adalid de la escuela pública, laica y obligatoria, además de compañero de pupitre y amigo del editor de Verne, P.-J. Hetzel, con quien colaboró en la fundación y dirección del Magasin d'éducation et de récréation (MÉR). Los servidores del estómago fue publicado en forma de libro en 1866 por Hetzel, pero se había ido publicando previamente por entregas desde el n.º 1 del MÉR a partir de 1864 y estaba concebido como la continuación de Historia de un bocado de pan, del mismo Macé, que tuvo bastante éxito; de hecho, en Ms2, el libro que estaba leyendo Aronnax es ese, no Los servidores del estómago. Nuestro amigo y editor Emilio Pascual, conocedor de bibliotecas reales y ficticias, observa con perspicacia que Verne podría haber incurrido en un error en el capítulo XI de esta primera parte, cuando afirma que Los fundadores de la astronomía moderna, libro de Joseph Bertrand, era el más reciente que ocupaba los estantes de la biblioteca del

Nautilus, pero el de Bertrand había aparecido en 1865. Cabe recordar que, a partir de marzo de 1864, la publicación por entregas de las Aventuras del capitán Hatteras de Verne coincidió con la de Los servidores del estómago de Macé en el MÉR».

[120] Es casi un pleonasmo añadir que el libro del profesor Aronnax estaba en la biblioteca del Nautilus.

[121] «Usted lo comprende todo», le diría medio siglo después Larisa Fiódorovna a Yuri Zhivago en los umbrales de un amor tan previsible como tortuoso. El último poema de Crepusculario, Neruda lo había precedido de un «Yo lo comprendo, amigos, yo lo comprendo todo».

Una biblioteca en un morral de cuero

[ANDRÉ BRINK: Al contrario]

Una biblioteca móvil había sido la del capitán Nemo en el Nautilus. Otra fue la de Estienne Barbier, que, «rebelde y proscrito», murió en alguna hedionda mazmorra de El Cabo a mediados del siglo XVIII. Más que móvil habría que llamarla portátil, porque se componía de un solo libro, pero acompañó a su dueño en todos sus viajes, y solo cambió de manos en los umbrales del último: se lo dejó como rehén a un anciano hotentote, que lo guardó como un objeto mágico. Barbier lo llamaba su vademécum, su «único compañero fiel». El ejemplar, tan «gastado y sobado» como habría de estarlo el Robinson de Betteredge, contenía «las hazañas del flaco caballero de La Mancha».

Estienne Barbier pasó «incontables horas» leyendo su libro. Cuenta él mismo que «había adoptado la costumbre de leerlo como dicen algunos que leen la Biblia: apoyando el libro sobre su lomo, dejando que se abra al azar, y empezando por la página que salga». Como todos los grandes lectores de un solo libro, Estienne Barbier, que hallaba en sus páginas muchas cosas «dignas de meditación», hacía, pues, sus sortes quixotescae[122].

Parece que lo heredó de su padre junto con un reloj. Deducimos que se trataba de una edición voluminosa y pesada, pues en una ocasión especialmente comprometida se vio obligado a abandonarlo para no lastrar en exceso su improvisado globo. Volvió a buscarlo, con riesgo de su vida: se sentía incapaz de huir sin el compañero de «tantos años de vagabundeo». Al ejemplar, encuadernado en piel, le faltaban unas páginas, producto de un atentado, y las demás estaban horadadas por un orificio de bala: en aquella ocasión el libro le salvó la vida[123]. O quizá sea más exacto decir que solo aplazó su muerte.

Estienne Barbier nació en el valle del Loira en 1699, soñó frecuentemente con unos pechos de mujer, escribió un diario. Anotó en él las singularidades del león, del elefante, del rinoceronte, del puerco espín, y reservó una página especial para el unicornio y el hipogrifo. Condenado a ser «destripado y descuartizado», creemos que

murió hacia 1740.

[122] Como los antiguos hicieron sortes virgilianae con Virgilio, y Gabriel Betteredge, sortes robinsonianae con el suyo. El procedimiento ha llegado hasta ayer. Cuenta Pierre Bayard que aquel pintor de la Almohada de hierba de Soseki tenía el mismo método de lectura: «Abro el libro al azar como si lo echara a suertes —explica el pintor— y leo la página en que se posan mis ojos: en eso reside lo interesante».

[123] También a David Martín lo libró de la muerte un ejemplar de su propio libro, Los pasos del cielo: «La bala había atravesado la parte delantera de la cubierta, las casi cuatrocientas páginas, y asomaba como la punta de un dedo de plata por la cubierta trasera». Durante la guerra (in)civil los combatientes de las Brigadas Internacionales calcularon que «trescientas páginas son suficientes para salvar la vida de un hombre». No tuvo tanta suerte aquel soldado que registró Landero:

«Encontró en la mochila de un cadáver dos libros, a saber: el Viaje al centro de la fábula, de Augusto Monterroso, y El conde de Montecristo. Como llevarse los dos le pareció ya rapiña, y por no agravar la soledad del muerto, decidió apoderarse solo de uno. Tras muchas dudas, y por ir más ligero de equipaje, eligió el de Monterroso. Lo acomodó bajo la guerrera y, andando que te andarás, continuó su camino. Y he aquí que, más allá, siente un golpe en el pecho. Da un traspié, suspira, se desploma: una bala perdida lo ha acertado de lleno. En el último instante saca el libro y observa que la bala lo ha atravesado limpiamente desde el copyright hasta el código de barras, y que además le ha llegado hasta el centro mismo del corazón. Viaje al centro del corazón, es el sarcasmo que se le ocurre antes de morir, y aún alcanza a pensar que si hubiese elegido el de Dumas, a estas horas estaría vivo, y que su mala suerte se debe exclusivamente a la excesiva concisión del autor. // He aquí uno de los peligros de la brevedad».

Otra biblioteca en una maleta de piel gastada

[DAI SIJIE: Balzac y la joven costurera china]

Si la biblioteca de Juan Palomeque el Zurdo cupo en una maletilla vieja, y la de Estienne Barbier en un morral de cuero; si la del alemán Karl Schneider, panadero en una tahona del Horno de la Mata, se reducía a Las ilusiones perdidas, de Balzac, y a una colección de poesías alemanas, hay otra que pudo contener una maleta, y, como casi siempre, con ella una historia de censuras y lectores apasionados.

Esta furtiva biblioteca, que ocasionó historias de amor y pesadumbre, apareció en un espacio remoto y en un tiempo mucho más cercano. El lugar era una de esas aldeas campesinas encaramadas en la montaña del Fénix del Cielo, en el distrito de Yong Jing, cuyos habitantes eran prácticamente analfabetos y muchos de ellos incluso ignoraban lo que era el cine; la época, 1971, un momento en que «todos los libros estaban prohibidos, salvo los de Mao y sus partidarios, y las obras puramente científicas». La maleta prohibida pertenecía a un estudiante sometido a «reeducación» en las escuelas del campesinado. Respondía al nombre de Cuatrojos, por las gafas con que intentaba aliviar su miopía.

«Era una maleta elegante, de piel muy gastada pero delicada. Una maleta de la que brotaba un lejano aroma de civilización». Quizá fuera ese aroma, o la nostalgia de la letra impresa, lo que impulsó al también reeducando Luo a deducir el contenido secreto de la maleta. Luo se había obsesionado con el descubrimiento de sus misteriosas entrañas. Mediante cierta estratagema, a caballo entre la trampa y el pacto interesado, apareció el primero de los libros: Ursula Mirouët, un libro de Balzac.

Era «un libro delgado y gastado» que narraba «una historia francesa de amor y milagros». Y Luo, contador de películas e historias como Shahrazad de noches, aquella la pasó de claro en claro leyendo la historia de Balzac, para poder levantarse al amanecer y contársela a

una hermosa Sastrecilla valiente, ávida de sesiones de «cine oral» y de relatos. Tanto que, cuando vio en la pantalla una de aquellas películas contadas, sentenció: «Es mucho más interesante cuando lo cuentas tú»[124]. Pero arrancarle los secretos a la maleta tan celosamente guardada de Cuatrojos resultaba casi tan difícil como extraer el carbón de la mina «reeducadora».

Hubo que tomar la expeditiva decisión de robar los libros. La maleta, «atada con una gruesa cuerda de paja trenzada», vigilaba desde la penumbra. Por fin, a la pudorosa luz de una linterna, exhibió sus tesoros ocultos: a la cabeza estaba el «viejo amigo Balzac, con cinco o seis novelas, seguido de Victor Hugo, Stendhal, Dumas, Flaubert, Baudelaire, Romain Rolland, Rousseau, Tolstói, Gógol, Dostoievski y algunos ingleses: Dickens, Kipling, Emily Brontë…». Tenemos noticia de títulos como El tío Goriot, El coronel Chabert y Eugenia Grandet, el Jean-Christophe de Rolland, Madame Bovary, Nuestra Señora de París, y Melville. Aunque no se dice explícitamente, es verosímil que también estuviera el Robinson: la referencia a un lugar improbable al margen de la ley, donde «vivir al modo del viejo Robinson, ayudados por un expolicía reconvertido en Viernes», autoriza la conjetura[125].

Las sesiones de narrativa comenzaron con insólito arrebato. El sastre oyó El conde de Montecristo durante nueve noches, y su interés fue capaz de derribar la dictadura del sueño. «Nueve noches enteras», como el albatros de Coleridge sobre mástiles y obenques. El taller de lectura fue trasladado a su casa, donde prosiguió con El primo Pons, «una historia más bien negra, también de Balzac». Quizá su cubierta aún esté manchada por dos huevos aplastados durante la pelea ocurrida en una emboscada que tendieron al lector.

«Con estos libros voy a transformar a la Sastrecilla», había dicho Luo, quizá sin imaginar el alcance de sus palabras y la fuerza perturbadora de los libros. Porque Luo, que todavía recordaba algunos pasajes del Quijote —un libro que le había leído su tía antes de que se deshicieran en humo todos los libros reaccionarios—, quizá no había retenido el de aquel mayordomo de los duques, «de muy burlesco y desenfadado ingenio», cuando dictaminó: «Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados». Aquí se podría haber dicho que los educandos resultaron educadores.

Con estos libros voy a transformar a la Sastrecilla… Lo hizo. (También él se había transformado, porque desde el Cantar de los Cantares sabemos que el amor es fuerte como la muerte). Pero la transformación de la Sastrecilla acabó orientándose en una dirección inesperada. Empezó por hacerse un sujetador, siguiendo el modelo de «un dibujo que había encontrado en Madame Bovary»; luego fue una chaqueta de mujer; después unas deportivas blancas, «de un blanco inmaculado», incompatibles con el barro tenaz de la montaña; más tarde un inusual corte de pelo… Cierta mañana de febrero, la Sastrecilla desapareció en busca de una gran ciudad como aquella que recorrían los personajes de Balzac, mientras Luo hacía un auto de fe con los libros que habían propiciado su huida.

Parece que los libros están fatalmente destinados a arder, como los amores a desvanecerse en sombra, en humo, en sueño.

* * *

En 1973 murió mi padre, Allende fue asesinado (un once de septiembre, oh ironía[126]) y yo compré en Berna un libro encuadernado en rojo titulado Mao Papers, que contenía una selección de Briefe, Gedenkschriften, Reden und Gespräche y Schriftliche Erklärungen, del mítico Mao. Estaba en alemán, ya digo, y no llegué a leerlo, porque incluso en aquellos tiempos la realidad pudo más que el deseo. Por las mismas fechas el joven Luo, enamorado de una Sastrecilla enamorada de Balzac, grababa con un cortaplumas en el caparazón de una tortuga «la cabeza de los dos ambiciosos personajes» de Las ilusiones perdidas. Luego la soltó, y ella desapareció en la naturaleza. Conociendo la proverbial longevidad de las tortugas, no es imposible que una tortuga navegue todavía por las aguas del mundo llevando a la espalda los pictogramas de David y de Lucien.

[124] Solo Juan Faneca lograría emular y aun superar aquel arte supremo de contar películas. Carmen, la nieta de la señora Lola de El Carmelo barcelonés, que se había quedado ciega a los trece años, «con mimos y arrumacos le conducía a la sala, se sentaba en la mecedora y le pedía que le contara la película de la tele, y si no había película, los anuncios publicitarios, lo que fuera. Aquel mundo atrafagado y artificioso lleno de voces y melodías sugestivas, aquella otra vida en colores de la que ella solo podía captar su rumor, intuir su pálida fugacidad, le llegaba a través de la voz impostada y persuasiva de Faneca, que se lucía especialmente con las películas: a Carmen era lo que más le gustaba que le explicaran, y, según ella, el señor Faneca sabía contárselas maravillosamente». Sentados ante el televisor en grises de la Pensión Ynes, Juan Faneca «le hacía ver la película, porque no se limitaba a explicar las imágenes, no solo describía para ella los decorados y los personajes, narrando lo que hacían en todo momento y cómo vestían, también comentaba sus emociones y sus pensamientos más ocultos». Esto de penetrar «hasta los más ocultos pensamientos» era un privilegio reservado a solo Dios, según dictaminaba el catecismo de don Gaspar Astete. Y, fuera definición y no piropo, o mero deseo de confortar el ánimo de la ciega, es lo cierto que dos huéspedes jubilados de la pensión, que asistían a las sesiones del cuentapelículas, dijeron que «las películas ganaban tanto explicadas por el señor Faneca, que era mejor oírlas que verlas».

Otro caso, protagonizado por Gaustín, tiene un ángulo reservado en la Física de la tristeza. Gaustín, hostigado por la mengua de peculio como el resto de la tropa adolescente, ideó un proyecto de «Cine para pobres». «Un dumping total de la industria del cine. Imagínate qué gran paso sería, qué vuelta histórica de lo visual hacia la narración». Pero mientras Luo y Faneca contaban películas que habían visto, Gaustín no tenía dinero para verlas previamente; y, así, lo que hizo, por bien de paz, fue inventarlas antes y verlas después con el beneficio obtenido. Total —decía—, «tienes el título, unas frases de los anuncios y tres o cuatro fotos del escaparate: ¿qué más quieres?».

[125] En el «campo 99», por la misma época y en un lugar al borde del río Amarillo, aparecieron, bajo la cama de un escritor, «tres maletas de

madera» con libros «extremadamente reaccionarios» y alguna curiosa coincidencia en materia de «novelas extranjeras: Le Père Goriot, El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha; una colección de relatos de Merimée, Romeo y Julieta de Shakespeare, David Copperfield de Dickens y muchas otras». Hallaron también el Werther de Goethe y, en poder de otros reeducandos del campo de «re-formación», libros como el Fausto, Crimen y castigo, Resurrección, Rojo y negro, Nuestra Señora de París y la Divina Comedia. «Tantos libros —dijo el niño del Cielo—, en un invierno se queman y se van más de la mitad. En dos años se habrán terminado». También andaba por allí La dama de las camelias y el Antiguo Testamento, aunque cabe preguntarse qué hacía, «en tal traje y a tales horas», la Fenomenología del espíritu entre tantos inocentes… Lo ha contado Yan Lianke en un libro que son cuatro.

[126] El once de septiembre tiene algo de fatal ya antes de Allende y de las Torres Gemelas. Por M. R. James sabemos que el 11 de septiembre de 1757 falleció Roger Milford a los setenta y seis años, previsiblemente envenenado por su propia hija y su yerno, a pesar de las cualidades «que adornan al padre, al magistrado, al hombre», según rezaba su lápida. Hay razones para sospechar que el viejo Milford volvió aquella misma noche del subsuelo para llevarse —venganza o justicia— a sus dos nietos. También el 11 de septiembre de 1812 es la fecha en que cumpliría 12 años Stephen Elliot, fecha límite para que su tío Mr. Abney le extrajera el corazón «en vivo», para reducirlo a cenizas y mezclarlo con un cuartillo de vino tinto, preferentemente Oporto; el objetivo, absorber la personalidad de tres niños menores de doce años con el fin de «obtener completo ascendiente sobre los seres espirituales que rigen las fuerzas del universo».

Y otra más en un baúl mundo

[ALFREDO BRYCE ECHENIQUE:

La vida exagerada de Martín Romaña]

Concha Piquer no podía ignorar que baúl es uno de los nombres del mundo, del mismo modo que lo era el diccionario para Belarmino Pinto, zapatero y filósofo bilateral. Mundo era el baúl de Saratoga que sirvió para transportar el cadáver del hermano del coronel Geraldine desde París a Londres. Tenemos sobradas razones para concluir que también fue mundo el baúl que encerraba la biblioteca de Martín Romaña.

Era Martín Romaña uno de esos hijos de peruano rico que venía a hacer las Europas, por analogía con los españoles pobres que iban a hacer las Américas, con la benigna idea de volver convertidos en peruleros o indianos. Es sabido que la vida humana pende del hilo que un día cortará la hilandera funesta. Al llegar al puerto de Dunquerque, el baúl de Martín Romaña pendía del cable de la grúa que lo desembarcaba, cuando de pronto, sin que interviniera ninguna de «las hermanas que trabajan tanto», sonó un fatídico ¡ploff!

Esta vez no fue el hilo, ni el cabo, ni el cable. Martín Romaña siempre había sospechado que aquel baúl alto y cuadrado como un armario o un gorila, «el único en que podía caber tanto libro», pesaba horrores. Demasiado tal vez para la frágil asa, «arriba, en medio de la tapa», de donde lo enganchó la grúa del barco que atracó en Dunquerque. «Alguien gritó ¡cuidado!, cuando ya era demasiado tarde para gritar cuidado». En una carta a Merceditas —probablemente la mujer más fina de Lima, la persona más culta que conoció y que además tocaba la viola d'amore—, Martín Romaña le contaba el destino y el contenido del baúl mundo convertido en baúl-biblioteca:

Cinco años de estudios con Merceditas se fueron hundiendo ante mis ojos. Un mes estuvo Merceditas tocando solo cosas tristes en su viola d'amore. Lo que le conté en mi carta fue realmente atroz. Todos

nuestros libros, Merceditas. Los clásicos griegos, los clásicos latinos. Dante, Pirandello y Manzoni. Íntegros Molière, Corneille y Racine. Mis traducciones de Cicerón, Merceditas. Shakespeare and Company, Merceditas. El pobre Virgilio, siempre tan desterrado de Roma. Pascal y su abismo. Dickens, Mark Twain y Sherwood Anderson. Nada menos que Victor Hugo y Alfred de Vigny, Merceditas. Hasta mi André Chénier. Y Michelet y Sainte-Beuve. La documentación sobre Port-Royal, Merceditas. Y debo confesarte que también Hemingway. Ya sé que a ti siempre te pareció bastante violento, pero yo no puedo seguirte ocultando que también a él le debo en gran parte este viaje a París.

¡Ploff!

Las aguas de Dunquerque acababan de tragarse sus «cinco años de estudios con Merceditas», la institutriz por antonomasia de todo limeño bien nacido. A finales del siglo XVI, la doctrina de don Gaspar Astete discurrió que el arte de la oración consistía en «levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes». Arrabal nunca dudó de que la madre Mercedes, maestra de párvulos, había sido una de ellas, porque los preparó para ser «sabios» en una época que parecía imposible: los tiempos de Rascayú, en que «el invierno caía en primavera». Astete debió añadir a Merceditas, que lo fue de Martín Romaña, aunque él siempre le ocultó que, ya en París, estaba leyendo a Henry Miller a escondidas, «como quien lleva una doble vida, como un esquizofrénico».

Con aquel baúl-biblioteca, ahogado en las aguas de Dunquerque, pereció no solo el pasado cultural de Martín Romaña: también un esmoquin y una sombrerera. La misma sombrerera-biblioteca que había usado la abuelita en sus viajes en barco a Europa.

La biblioteca de Bastián

[MICHAEL ENDE: La historia interminable]

Se dice que un resumen urgente de la música se compondría de tres bes: Bach, Beethoven y Bramhs. (Se dice que para la perfección sinfónica habría que añadir un cuarto movimiento, que lo proporcionaría la de Bartók). Sinfonía o concierto, tres bes tenía el nombre completo de Bastián, como tres kas el de cierto librero de ocasión o el de una asociación infame. Bastián Baltasar Bux, o la música del libro.

De pelo castaño, «pequeño y francamente gordo», Bastián Baltasar Bux tenía diez u once años aquella mañana lluviosa de noviembre —parda y fría como la tarde de Machado— en que se detuvo ante el escaparate de una librería de ocasión. Los libros eran la pasión de Bastián.

No es que Bastián Baltasar Bux careciera de otras cosas. De hecho tenía una bicicleta de tres marchas, un tren eléctrico, un hámster, un acuario con peces tropicales, una máquina de fotos, seis navajas… Pero los libros eran su pasión. Tampoco es que fuera un empelente repollón (perdón, quise decir un «empollón repelente»), pues el año anterior incluso había sido suspendido. Pero su figura y una rara tendencia a la imaginación, a la invención de nombres y palabras, lo hacían blanco de la persecución de sus compañeros, que le llamaban cosas, le ponían motes y una vez lo arrojaron a un cubo de basura[127]. También a veces Bastián hablaba solo, pero ni él mismo sospechaba que «quien habla solo espera hablar a Dios un día», como había predicho el mismo don Antonio.

Los libros eran su pasión. Conocemos el número exacto de libros que atesoraba en su biblioteca —cincuenta y tres—, aunque no hay constancia de los títulos. Es de imaginar que leía sobre todo libros de aventuras, pues no parece que ni los de historia ni los de geografía gozaran de su predilección: de hecho no lograba «recordar las fechas de las batallas, los nacimientos ni los reinados de nadie»; tampoco le seducía «recitar ríos y afluentes, ciudades y cifras de población, recursos naturales e industrias». En cambio sabemos que «prefería los

libros apasionantes, o divertidos, o que hacían soñar», y conocía «historias de muchachos que se enrolan en un buque y se van a correr mundo para hacer fortuna». Había leído a Stevenson sin duda.

Los libros eran la pasión de Bastián, y las librerías, atracción irresistible. Una mañana lluviosa de noviembre se detuvo ante la librería de ocasión del señor Karl Konrad Koreander: era un viejo malhumorado con tres kas, pero llevaba en la mano un libro seductor. Sonó el teléfono, y el libro quedó abandonado en un sillón de cuero. ¿Quién podría resistir tal tentación?

Oigamos la llamada de la pasión lectora:

Quien no haya pasado nunca tardes enteras delante de un libro, con las orejas ardiéndole y el pelo encima de la cara, leyendo y leyendo, olvidado del mundo y sin darse cuenta de que tenía hambre o se estaba quedando helado…

Quien no haya leído en secreto a la luz de una linterna, bajo la manta, porque Papá o Mamá o alguna otra persona solícita le ha apagado la luz con el argumento bien intencionado de que tiene que dormir, porque mañana hay que levantarse tempranito…

Quien no haya llorado abierta o disimuladamente lágrimas amargas, porque una historia maravillosa acababa y había que decir adiós a personajes con los que había corrido tantas aventuras, a los que quería y admiraba, por los que había temido y rezado, y sin cuya compañía la vida le parecería vacía y sin sentido…

Quien no conozca todo eso por propia experiencia, no podrá comprender probablemente lo que Bastián hizo entonces[128].

Bastián Baltasar Bux arrancó el libro del sillón y salió corriendo[129].

Desde Aristóteles sabemos que las cosas «que pueblan este singular universo» se componen de materia y forma. El comisario Salvo

Montalbano descifró la forma del agua, y el padre Brown previó la forma equívoca. Este anaquel que desde su prometedora firmeza ahora me mira, cuya materia podría ser de roble y tal vez solo sea de aglomerado, tiene sin embargo la forma de biblioteca, una biblioteca que guarda el recuerdo de otra. Borges, que también vio la forma de la espada, afirmaba que el libro es «una cosa entre las cosas»: pero esa es solo la materia; la forma se la dan los lectores. El lector es la esencia del libro, y Bastián Baltasar Bux, lector apasionado, reescribió el libro trasplantado de una librería de ocasión, que llevaba por título el agotador de La historia interminable.

Bastián fue abducido por el libro, intervino en la historia, modificó el universo, como lo modifica el ala de una mariposa al agitarse. Ama et fac quod vis, «ama y haz lo que quieras», escribió tal vez Agustín de Hipona. «Haz lo que quieras», decía la inscripción de Áuryn, «la Alhaja, el Esplendor, el Signo de la Emperatriz Infantil», el amuleto dorado que un día colgó del cuello de Bastián mientras participaba en las aventuras de una historia interminable encerrada en las tapas color cobre de un libro. «Porque ahora sabía: en el mundo hay miles y miles de formas de alegría, pero en el fondo todas son una sola: la alegría de poder amar. Eran aspectos de una misma cosa». Y es que solo quien, como Bastián Baltasar Bux, ha sido capaz de sumergirse en el mundo de un libro y volver a este «devuelve la salud a ambos mundos».

«Las pasiones humanas son un misterio». La de Bastián era leer, y esa lo llevó a otra no menos misteriosa: la de imaginar. En algún lugar de Amarganz, la Ciudad de Plata, está la biblioteca que contiene las Obras completas de Bastián Baltasar Bux, todas las historias que él imaginó. La biblioteca se alza sobre un barco redondo y tiene la forma de una enorme caja de plata. Para abrir su puerta hay que conocer el nombre de una piedra engastada en ella y hacerla lucir. Tal vez la clave del enigma se halle en otra caja de plata y sea un viejo hexámetro de Homero o de Virgilio.

[127] Ellos no habían podido leer la Filosofía de la tensión, de Ignacio Izuzquiza, e ignoraban que «el ser humano es un ser condenado a la rareza y a la excepción. De hecho, cultivar las propias rarezas no es sino cultivar la propia sensibilidad» (Barcelona: Anthropos, 2004, p. 102).

[128] Quizá solo lo igualó, o aventajó, Jakob Mendel, pequeño librero de viejo de Galitzia, definido como «el vasto misterio de la concentración absoluta». Él «leía como otros rezan, como juegan los jugadores, tal y como los borrachos, aturdidos, se quedan con la mirada perdida en el vacío. Leía con un ensimismamiento tan impresionante que desde entonces cualquier otra persona a la que yo haya visto leyendo me ha parecido siempre un profano». Lo cuenta Stefan Zweig, que lo conoció en un café de la Alserstraße de Viena.

[129] Don Bartolomé José Gallardo (1776-1852), crítico mordaz, bibliófilo y bibliotecario, escribió un decálogo orientador sobre cuándo es lícito robar un libro. Por supuesto, cuando su dueño lo desprecia o deteriora; cuando un ejemplar precioso corre serios riesgos de desaparecer; cuando polillas, ratas y otros enemigos del libro lo someten a asedio intolerable; cuando… Al final del decálogo añadía: «Siempre que se pueda».

Don Serafín Estébanez Calderón, el autor de las Escenas andaluzas, le dedicó un soneto que empezaba: «Caco, cuco, faquín, bibliopirata, / tenaza de los libros, chuzo, púa / de papeles, aparte lo ganzúa, / hurón, carcoma, polilleja, rata…».

La biblioteca de Matilda

[ROALD DAHL: Matilda]

Matilda Wormwood tuvo la suerte —o quizá no— de nacer en una familia adinerada; Matilda Wormwood tuvo la desgracia —o quizá no — de nacer en una familia estúpida y tramposa. El negocio de su padre consistía en estafar a los clientes desprevenidos, revendiendo coches de segunda mano «de pacotilla» convenientemente amañados; la ocupación de su madre, en jugar al bingo. Habilidad y perspicacia que no les bastó para advertir la precocidad increíble de su hija.

Con año y medio, Matilda hablaba perfectamente, y su vocabulario era igual al de la mayor parte de los adultos y superior al de muchos. A los tres había aprendido a leer sola en los periódicos y en las revistas del tipo Autocar y Motor que rondaban por su casa. A los cuatro leía de corrido. De forma natural, empezó a desear una biblioteca. Pero «en aquel ilustrado hogar», donde no faltaba un «precioso» televisor del último modelo, «él único libro que había era uno titulado Cocina fácil, que pertenecía a su madre». Cuando Matilda comprendió que por ahí tenía la vía cegada, se dirigió a la biblioteca pública del pueblo[130].

En dos semanas se leyó todos los libros infantiles. No todos le parecieron «bonitos», e incluso algunos los encontró decididamente malos. El que más le gustó fue El jardín secreto: era «un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro». Matilda pidió un libro «bueno de verdad», uno «de los que leen los mayores».

La bibliotecaria, entre asombrada y vengativa, puso en sus manos Grandes esperanzas, no sin cierta sensación de culpabilidad. Una semana después, Matilda, fascinada por Dickens, preguntó a la bibliotecaria si aquel autor no había escrito más libros. Durante los seis meses siguientes leyó Nicholas Nickleby y Oliver Twist; Jane Eyre, Orgullo y prejuicio, Tess, la de los d'Urberville y Kim; el Viaje a la Tierra, de Mary Webb, y Alegres compañeros, de Priestley; El hombre invisible; El viejo y el mar, El ruido y la furia y Las uvas de la ira;

Brighton parque de atracciones, de Graham Greene, y Rebelión en la granja, de Orwell. Cuando descubrió que el servicio de préstamo le permitía trasladar en pequeñas dosis la biblioteca pública a su casa, convirtió su dormitorio en sala de lectura. «Navegó en tiempos pasados con Joseph Conrad. Fue a África con Ernest Hemingway y a la India con Rudyard Kipling. Viajó por todo el mundo, sin moverse de su pequeña habitación de aquel pueblecito inglés».

A los cinco años y medio fue a la escuela. Para entonces ya había leído a Tolkien, casi todo Dickens, Just so stories[131], de Kipling, El pony rojo, de Steinbeck —que tuvo que reponer de su bolsillo, porque su padre, en un arrebato de furor, lo redujo a papelote—, y El león, la bruja y el armario, de C. S. Lewis, escritor este que le parecía «muy bueno», aunque adolecía de un grave defecto: su falta de comicidad. Sabía hacer quintillas y multiplicaba como una calculadora, cosa nada sorprendente si se tiene en cuenta el razonamiento de Matilda: ¿por qué no va a hacer las cosas el cerebro humano «mucho mejor que un trozo de metal»?

Su maestra, la adorable señorita Honey, que advirtió en seguida el talento, la «inteligencia asombrosa» de la niña, le proporcionó libros «de álgebra, geometría, francés, literatura inglesa y otras cosas». En ausencia de otra ocupación intelectual para su portentoso cerebro, Matilda logró restaurar un poquito de justicia en un rincón de nuestra desordenada tierra. El resto pertenece, pues, al mundo mágico de los cuentos o al misterio de la realidad intransitable. Solo puedo añadir que me hubiera gustado tener una maestra como la dulce señorita Miel.

[130] Tanto Matilda como Francie Nolan debieron parte de su ser a la biblioteca pública. En cambio, el Jefe de Estudios del internado de Barnes, sito en la Conurbe londinense, «en un terreno cercado por un meandro del Támesis», no estimaba las bibliotecas públicas. Tras tocar uno de aquellos libros con repugnancia dijo: «Libros de la Biblioteca. Objetos que han pasado de mano sucia en mano sucia. Cosas mugrientas e insalubres. Nidos de gérmenes». Quizá nuestros gobernantes, que siempre se han desvelado por nuestra salud, estiman más salubre cerrar o dejar morir de inanición las bibliotecas.

[131] La traducción de este título ha sido un calvario paras los traductores españoles. Desde Precisamente así hasta Historias, ni más ni menos, existen curiosas variedades. Quedémonos con el Solo cuentos que Jorge Ferrer-Vidal, por sugerencia de Medardo Fraile, adoptó para su traducción, la más sencilla y por ello la más inteligente.

La biblioteca de Kolia Krasotkin

[F. M. DOSTOIEVSKI: Los hermanos Karamázov]

A dos semanas de cumplir catorce años, Nikolái Iványov Krasotkin no recordaba a su padre. Había quedado huérfano cuando contaba apenas dos, y su madre, viuda ya a los dieciocho, se dedicó en cuerpo y alma a la educación del pequeño Kolia. Se dice que estudiaba las mismas asignaturas que su hijo para poder ayudarlo en sus deberes. Se dice, en fin, que a los catorce años el huérfano Kolia Krasotkin podía batir a su propio maestro en aritmética e historia universal[132].

La biblioteca de Kolia Krasotkin la había heredado de su padre. Se hallaba en un armario de dimensiones no extraordinarias, y es de suponer que el número de libros que contenía tampoco sería innumerable. A veces Kolia, que era aficionado a la lectura, «en vez de ir a jugar se pasaba horas enteras junto al armario, leyendo», como una premonición de lo que haría Bastián Baltasar Bux. «De este modo —concluye su historiador—, Kolia leyó algunas cosas que no debería haber leído aún a su edad»[133].

Habla Fernando Savater de «esos implacables y dulces adolescentes-demonios de Stevenson, como Jim Hawkins, David Balfour o el joven héroe de La flecha negra». Kolia era un «implacable y dulce adolescente-demonio» intelectual. No consta que hubiera leído el est modus in rebus horaciano, pero en los momentos necesarios sabía tener el «sentido de la medida». Era más bien bajo para su edad —de hecho, un compañero más joven le sacaba media cabeza— y se creía poco agraciado, aunque el defecto de estatura lo suplía el exceso de inteligencia. Con un sentido de la autocrítica rayano en la crueldad, se decía: «Ya sé que no soy guapo, que tengo un rostro abominable, pero la expresión es inteligente». Como don Quijote, que supo decir a Sancho: «Bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme» (II 58.68). Y, sin embargo, su biógrafo asegura que su cara «no era de ningún modo abominable»: por el contrario, resultaba bastante agraciada, un poco pálida, con pecas. «Sus ojos grises, pequeños pero vivos, miraban con audacia y a veces fulguraban encendidos por la emoción. Tenía los pómulos algo anchos, los labios

pequeños, no muy gruesos, pero muy rojos; la nariz, pequeña y decididamente respingona». Pero, cuando se miraba al espejo, se veía «¡completamente chato, completamente chato!».

Kolia Krasotkin renegaba de la medicina, que juzgaba una infamia, «una granujada» y «una institución inútil». Despreciaba la historia, que consideraba «una sarta de estupideces humanas», y solo sentía respeto por las matemáticas y las ciencias naturales. Era el primero en latín, pero aseguraba que las lenguas clásicas constituían «una medida policiaca» destinada a embotar las facultades del alma[134]. En fin, se proclamaba socialista: entendía el socialismo como igualdad para todos, comunidad de opiniones, supresión del matrimonio, libertad de observar la religión y las leyes a conveniencia…

Una mañana de noviembre de finales de la década de 1860, con una temperatura de doce grados bajo cero, tuvo una conversación con Aliosha Karamázov en la que dejó traslucir el grueso de sus lecturas. Con tono resuelto afirmó que para amar a la humanidad no era necesario creer en Dios. «Voltaire, por ejemplo —añadió—, no creía en Dios, pero amaba a la humanidad, ¿no?». A la pregunta de Aliosha: «¿Pero ha leído usted a Voltaire?», Kolia Krasotkin respondió un tanto evasivamente: «No, no es que lo haya leído… Bueno, he leído Cándido, en una traducción rusa…, en una vieja y abominable traducción, grotesca…[135]». Pero hay una parte de este diálogo que sería traición glosarlo o resumirlo:

—¿Y lo ha entendido?

—¡Pues claro que lo he entendido…! ¿Y por qué cree que no iba a entenderlo?… Yo, desde luego, estoy en condiciones de entender que se trata de una novela filosófica escrita para exponer una idea… Yo soy socialista, Karamázov, soy un socialista incorregible —soltó de pronto sin que viniera a cuento.

—¿Socialista? —Aliocha se sonrió—. ¿Cuándo ha tenido tiempo para ello? Según me ha dicho, solo tiene trece años, ¿no?…

—En primer lugar, no son trece, sino catorce; dentro de dos semanas cumpliré los catorce —repuso encendido—. Además, no comprendo en absoluto qué tiene que ver mi edad con la cuestión. Se trata de cuáles

son mis convicciones y no de cuántos años tengo, ¿no?

—Cuando tenga más años, verá por sí mismo cómo influye la edad en las convicciones. También he tenido la impresión de que no habla usted empleando palabras propias —respondió Aliosha modesta y tranquilamente.

—¡Por favor! —le interrumpió Kolia con vehemencia—. Lo que pasa es que usted quiere obediencia y misticismo. Pero no me negará que la religión cristiana, por ejemplo, ha servido solo a los ricos y a los poderosos para mantener en la esclavitud a las clases inferiores.

—¡Ah, ya sé dónde ha leído eso, ya sé quién ha debido necesariamente aleccionarle! —exclamó Aliosha.

—¿Y por qué he tenido que leerlo necesariamente? Nadie me ha aleccionado, absolutamente nadie…

Al hilo de la conversación, entre efugios y afirmaciones rotundas, deducimos que había leído un estudio de Belinski sobre el Eugenio Oneguin de Pushkin, y muy probablemente al propio Pushkin, aunque declarase solo su voluntad de leerlo en aras de su falta de prejuicios; una sátira del poeta contemporáneo Miná iev, de la que citó un par de versos; a Voltaire, por más que vacilara en afirmarlo… Por otra parte, creía ser a veces un «niño terrible», y ante Aliosha confesó sentirse dominado «por un amor propio egoísta y por ese vil despotismo de que no puedo librarme en toda la vida, aunque toda la vida me esfuerce por lograrlo. ¡Ahora lo veo! ¡En muchas cosas soy un canalla, Karamázov», concluyó. Y aunque por cronología pura no pudo leer El desprecio, la sola palabra lo afligía.

Kolia Krasotkin, o el adolescente atormentado. Aliosha Karamázov le vaticinó que sería «un hombre desgraciado en la vida», aunque en conjunto la bendeciría. Ante el ataúd de un compañero, y con un crimen y un castigo injusto al fondo, un Kolia arrebatado deseaba «sacrificarse por la verdad» y llegó a decir que «quisiera morir por toda la humanidad». Aliosha Karamázov supo así que era inteligente, audaz y generoso, y que de mayor lo sería más aún.

Frases como «Si Dios no existiera habría que inventarlo», o «La historia es, en realidad, poco más que el registro de los crímenes, estupideces y desventuras de la humanidad», han venido siendo atribuidas sistemáticamente a Voltaire. Pero si hoy las recordamos aquí es porque, una mañana de noviembre a doce grados bajo cero, procedentes de insólitas lecturas, las pronunció Nikolái Ivánov Krasotkin, un adolescente de catorce años más conocido como Kolia.

[132] De hecho sabemos que puso en aprietos al profesor Dardaniélov con la pregunta «¿Quién fundó Troya?». El profesor dio una respuesta vaga. Habló de generalidades, «de los pueblos, de sus desplazamientos y migraciones, de la profundidad de los tiempos, de lo mitológico, mas no pudo responder a la pregunta concreta de quién había fundado Troya… En cambio Kolia había leído lo que dice acerca de los fundadores de Troya el historiador Smarágdov en un libro que se conservaba en el armario de su padre». En el mismo armario había un número de la revista Kólokol, que Kolia prefirió ocultar a Aliosha Karamázov. La revista, publicada en Londres y en Ginebra por los revolucionarios rusos A. I. Herzen (1812-1870) y N. P. Ogariov (1813-1877), entraba clandestinamente en Rusia.

[133] Acaso se refiera a libros como El pariente de Mahoma o La tontería salutífera, «una obra libertina que apareció en Moscú, cuando aún no había censura». La edición tenía ya un siglo, pero Kolia la sacó del armario de su padre y se la cambió por un cañoncito de cobre al funcionario Morózov, que era «muy aficionado a esas cositas»…

[134] Tal vez recordaba aquel verso del Eugenio Oneguin que dice: «Hoy el latín pasó de moda», a raíz del cierre de los colegios jesuitas en 1815. Medio siglo después, en la época de Kolia Krasotkin, volvió a reivindicarse la enseñanza del latín y el griego: ciertos grupos revolucionarios interpretaron la medida como reaccionaria.

[135] Solo por eso no habría resultado vano que fuera incluida en la colección TUS LIBROS, con traducción de Santiago R. Santerbás.

La Biblioteca de Mr. Todd

[EVELYN WAUGH: Un puñado de polvo]

Gran lector de Dickens —sería mejor decir oyente, «un oyente excepcional»— fue James Todd. Tanto más excepcional cuanto que, a diferencia de Matilda, era analfabeto y firmaba con una cruz. Mr. Todd había pasado toda su vida en una ignota región del Amazonas, y no habríamos conocido su pasión por Dickens, ni su biblioteca, ni siquiera su existencia, de no haber sido por una sucesión de encuentros y desencuentros, azares y accidentes.

Primero fue el divorcio de Tony Last, que lo empujó a la tópica huida a remotas tierras como todo inglés que de viajero se precie; más tarde, la coincidencia casual, en el barco que lo llevaba rumbo a América, con el doctor Messinger, el cual andaba en busca de una mítica y nunca encontrada ciudad conocida de antiguo como la «Resplandeciente», la de las «Aguas Múltiples», la de las «Plumas Brillantes» o la del «Dulce Aromático»[136]; y, en fin, la catarata que se llevó al doctor, y una de esas típicas fiebres tropicales que tuvieron a Tony al borde de la muerte. De la tenue frontera de la nada lo rescató Mr. Todd.

James Todd era hijo de un misionero inglés y de una india. Su casa, perdida en la región de los pie-wies, «era más amplia que la de sus vecinos, pero de arquitectura similar: techo de hojas de palmeras trenzadas, paredes bajas, construidas de barro y zarzas, y piso de tierra». De su madre y de sus mujeres sucesivas había heredado los remedios de la selva, «tanto para curar como para enfermar»; de su padre, la biblioteca.

Tenía unos sesenta años y «una buena cantidad de libros». La biblioteca se hallaba en una especie de buhardilla armada entre las vigas del techo. Su fondo consistía en «un montón de paquetes, envueltos en trapos, hojas de palmera y pieles sin curtir». Contenían previsiblemente las obras completas de Dickens. No todos los volúmenes se hallaban en perfecto estado: a pesar del cuidado que ponía en protegerlos de hormigas y gusanos, dos habían quedado casi

destruidos.

Pero allí estaba Casa desolada, una antigua edición americana encuadernada en piel, cuya lectura —sería más exacto decir audición —, y en especial el episodio del desolado y desolador barrio de Tomsolo, lo hacía llorar a lágrima batiente, como ciertos pasajes de La pequeña Dorrit; allí estaban Dombey e hijo, y Nicholas Nickleby, y Oliver Twist; y también Martín Chuzzlewit, entre cuyas páginas Tony descubrió un inquietante documento premonitorio: era un papel de 1919, escrito a lápiz con letra irregular, que decía: «Yo, James Todd del Brasil, juro a Bernabé Washington de Georgetown que si termina de leer este libro Martín Chuzzlewit lo dejaré volver en cuanto termine». A continuación, una gruesa X toscamente dibujada precedía a la siguiente acotación: «Mr. Todd hizo esta marca. Firmado: Bernabé Washington».

A estas alturas, Tony Last ya sabía que Bernabé Washington, el negro lector de Dickens, tenía su tumba en aquel lugar perdido que no había logrado abandonar. Porque es de saber que el padre de Mr. Todd, que había legado a su hijo una biblioteca dickensiana y la pasión por la lectura, no había tenido en cuenta —lo mismo que Robinson con Viernes— un detalle sin importancia: el de enseñarle a leer. Se conformó con leerle a Dickens hasta su muerte. A Mr. Todd, obsesionado con los personajes, los escenarios y las palabras del autor, lo sacó de su desamparo la aparición fortuita del negro Bernabé. Para aliviar su soledad lectora, Mr. Todd utilizaba a los eventuales viajeros extraviados en aquel imposible laberinto amazónico, como otros los rehenes para obtener rescates. Y Anthony Last, que en algún estante de su casa de Hetton tenía libros con títulos tan sugerentes como Bevis, Escultura de madera para el hogar, Prestidigitación para todos, Los jóvenes visitantes, o Las leyes de propietarios y arrendatarios[137], tuvo la desgracia de leer admirablemente a Dickens, «con mucho mejor acento que el negro», y además lo explicaba mejor. Todos sus intentos por escapar a su destino de lector involuntario de Dickens fueron inútiles. Tarde tras tarde, con avidez inagotable, Mr. Todd le cobraba su tributo de lectura dickensiana.

Tony Last no murió de viejo. No sabemos si melancolías y desabrimientos lo acabaron, como a don Quijote, o simplemente se rindió, irredimible prisionero de las historias de Dickens, víctima de la obsesiva lectura de su viejo compatriota. En su antigua mansión de

Hetton Abbey, «otrora una de las más notables del Condado», aún puede verse un sencillo monolito de piedra con la siguiente inscripción:

ANTHONY LAST DE HETTON

Explorador

Nació en Hetton en 1902

Murió en Brasil en 1934

[136] El doctor Messinger, que había estado investigando los aspectos históricos de la ciudad, cree que su fundación se debió al «resultado de una emigración del Perú en los comienzos del siglo XV, cuando los incas estaban en la cima de su poderío. Lo mencionan todos los documentos españoles más antiguos como una leyenda popular. Parece que uno de los príncipes más jóvenes se rebeló y llevó a su pueblo hasta la selva». Nadie había visitado nunca la ciudad, pero todos sabían que existía.

[137] Hagámosle justicia. Tenemos noticia de que entre los libros catalogados figuraba también un ejemplar de Adiós a las armas.

La biblioteca de Bolívar Proaño

[LUIS SEPÚLVEDA: Un viejo que leía novelas de amor]

En El Idilio, otro lugar del Amazonas, y en otra época casi con certeza posterior a la de Mr. Todd y Tony Last, otro viejo reunió también una discreta biblioteca especializada.

Antonio José Bolívar Proaño tampoco sabía escribir, pero aventajaba a Mr. Todd en dos cosas: en edad y en capacidad lectora. Los papeles le daban unos sesenta años, como a Mr. Todd, aunque el viejo Bolívar Proaño sabía que fue inscrito en el registro cuando ya correteaba, lo cual le hacía suponer que no bajaba de setenta. Pero sabía leer, el mejor «antídoto contra el ponzoñoso veneno de la vejez». Añadía a esta virtud dos valiosas posesiones: la dentadura postiza para comer y hablar, y una lupa para leer.

Tenían otra semejanza, que era una diferencia al mismo tiempo: la fidelidad, no tanto a un autor cuanto a un género. Solo que, mientras Mr. Todd había heredado las obras completas de Dickens, y su único cuidado consistió en defender su preciosa herencia contra los elementos destructores de la selva, el viejo Antonio José fue acotando sus preferencias hasta definir con precisión sus libros, a saber: «novelas con sufrimientos, amores desdichados y finales felices». Novelas de amor. Y allí, «en la soledad de su choza frente al río Nangaritza», Antonio José Bolívar Proaño iba leyendo las novelas que cada seis meses le traía el doctor Rubicundo Loachamín, también llamado sacamuelas, hurgahocicos y palpalenguas.

Su primera lectura fue una biografía de san Francisco: leyó fragmentos furtivos del libro, mientras su propietario, un clérigo aburrido «enviado por las autoridades eclesiásticas con la misión de bautizar y terminar con los concubinatos», lo dejaba escapar de sus manos vencidas por el sueño. El fraile recobró su libro, pero ya había inoculado a Antonio José el veneno incurable de leer. Todavía avivó más el incendio cuando el cura le confirmó que en el mundo había millones y millones de libros: «En todos los idiomas —añadió— y tocan todos los temas, incluso algunos que deberían estar vedados

para los hombres».

Desatada ya su curiosidad, «pasó toda la estación de las lluvias rumiando su desgracia de lector inútil, y por primera vez se vio acosado por el animal de la soledad». Cuando las lluvias amainaron y la selva se pobló de animales nuevos, viajó hasta El Dorado para adquirir sus primeros libros. Don Quijote «vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer»; al viejo Bolívar Proaño le alcanzaron unas parejas de micos, loritos y guacamayos para conseguir los suyos. El doctor Rubicundo Loachamín le recomendó que viera a la maestra, «la única persona capaz de ayudarle en sus propósitos».

La maestra le enseñó su biblioteca, compuesta de «unos cincuenta volúmenes ordenados en un armario de tablas», sin advertir la emoción que los libros suscitaban en un hombre que había pasado cuarenta años en la selva. Durante cinco meses, Antonio José se entregó a la tarea de delimitar sus preferencias lectoras. Pronto desechó los libros de historia y geometría, aunque conservó en la memoria una enigmática frase que desconcertaría a los pocos habitantes de El Idilio: «La hipotenusa es el lado opuesto del ángulo recto en un triángulo rectángulo»[138]. Edmundo De Amicis y Corazón lo pusieron sobre la pista de sus deseos, si bien juzgó excesivo tanto sufrimiento sin alivio. Fue El Rosario, de Florence Barclay, quien colmó las medidas de sus ansias. La maestra, acaso un tanto desorientada, se lo prestó, y el viejo estuvo leyéndolo interminablemente frente a la ventana de su choza, empañando de lágrimas la lupa.

El biógrafo de Antonio José Bolívar Proaño decidió omitir los títulos de las novelas que el viejo fue apilando en la mesa de su choza. Solo sabemos que eran novelas de amor. Dios le perdone tan irreparable ausencia[139].

[138] Con menos inocencia organizó cierto párroco una procesión festiva cuando determinó por puro pragmatismo: «Haremos la procesión en forma de triángulo rectángulo: los hombres por catetos y las mujeres por hipotenusa».

[139] Que sí hará, pues ya nos ofrendó Verlaine —«inocente como los pájaros», según Borges— aquel verso misericordioso que dice: «Il faut, voyez-vous, nous pardonner les choses». Agradecemos en todo caso al reservado biógrafo de Bolívar Proaño el único fragmento que nos ha transmitido de una novela innominada: «Paul la besó ardorosamente en tanto el gondolero, cómplice de las aventuras de su amigo, simulaba mirar en otra dirección, y la góndola, provista de mullidos cojines, se deslizaba apaciblemente por los canales venecianos». «Venecia, transparente laberinto», otro verso francés, ahora del belga Jean-Claude Masson.

La biblioteca de Monseñor Boccamazza

[PIRANDELLO: El difunto Matías Pascal]

En 1803, cuando sintió que los heraldos negros rondaban la cabecera de su cama, Monseñor Boccamazza tuvo la infeliz idea de legar su valiosa biblioteca al Municipio de Miragno. Los libros dieron con sus páginas en un «destartalado y lóbrego almacén», y solo muchos años después, a carga —o descarga— cerrada, fueron a parar a la iglesia de Santa María Liberal, a la sazón cerrada al culto y abierta a la cultura. Cabe preguntarse si no hubiera sido más prudente legárselos directamente a la Iglesia; cabe responder que eso mismo hizo Hernando Colón, y tres siglos después andaban los monaguillos jugando al fútbol con los libros de la que fue «con diferencia la biblioteca privada más grande de la época» (Wilson-Lee, 17), cuyo cuidado y conservación tan minuciosamente había detallado el testamento de su dueño.

De todos modos, en este caso, y mientras el ayuntamiento ni siquiera tuvo el detalle de erigir un busto al donante, debemos al reverendo don Eligio Pellegrinotto que aquella «Babel de libros» no pereciera de humedad y moho, cuando no devorados por las ratas. Decidido a concertar tal confusión, cuando esperaba encontrar solo libros religiosos, halló para su consuelo «una grandísima variedad de materias», barajadas sin afinidad ni orden. Libros impresos y manuscritos, «algunos antiquísimos», aun sin especificar si alcanzaron la canastilla de los incunables. En todo caso, los había harto interesantes y curiosos.

Casi un siglo después de la donación, ya con León XIII de papa, la luz eléctrica inventada y antes de que llegara don Eligio, hubo un bibliotecario llamado Romitelli. Era Romitelli un viejo medio chocho, sordo y casi ciego: apenas se tenía en pie. Haciendo honor al enigma de la Esfinge y a la dolora de La escala de la vida, llegaba vetusto a cuatro pies, «en sus muletas clavado». Nada más llegar a la biblioteca «sacaba del bolsillo del chaleco un viejo relojazo de cobre, seguido de

su formidable cadena, y lo colgaba de la pared; se sentaba con los dos bastones entre las piernas, sacaba la papalina, la petaca y un pañuelo a cuadros rojos y negros; aspiraba una pizca de tabaco, se limpiaba la nariz y luego abría el cajón de la mesa, de donde extraía un librejo propiedad de la biblioteca: el Diccionario histórico de músicos, artistas y amantes de las artes vivos y muertos, impreso en Venecia en 1758». Lectura preferida y al final única de Romitelli, acaso pensaba que era obligación de un bibliotecario leer cuando ninguno otro lo hacía. Murió sin enterarse de que había sido jubilado.

Matías Pascal fue nombrado bibliotecario, aun antes de la desaparición de Romitelli. Una de sus primeras decisiones fue la de agenciarse un par de gatos y media docena de ratoneras para combatir las ratas antes que el polvo y el desorden. A tal efecto elevó una instancia al señor concejal municipal de Educación, el cual le proporcionó dos gatos tan esmirriados que, asustados del tamaño de las ratas, optaron por sobrevivir comiéndose el queso de las ratoneras. Sustituidos por dos ejemplares más acordes con las panteritas de El bosque animado, la guerra contra las ratas cambió de signo. Solo Romitelli, imperturbable, seguía con su inveterado hábito, pensando sin duda que, si su destino era leer, el de las ratas era «comerse los libros de la biblioteca».

Resultó ser una biblioteca sujeta a «amistades sobremanera extrañas», pues, sin ir más lejos, una Vida y muerte de Faustino Materucci, benedictino de Polirone, tenido por algunos en tratamiento de beato (Mantua, 1625) no solo pudo convivir sin ruborizarse con el volumen que contiene los tres libros Del arte de amar a las mujeres, publicado por Anton Muzio Porro en 1571, sino que las cubiertas de ambos se habían unido por la humedad con tan estrecho lazo que, al recorrer sin advertencia las páginas sobre «la vida y aventuras monacales», podía uno preguntarse si estaba leyendo la vida del santo o el libro segundo del «harto licencioso» ars amandi.

Con dudas todavía de si, además de catalogarlos y cuidarlos, es obligación de un bibliotecario leerse los libros que la biblioteca contiene, Matías Pascal leyó «de todo un poco, desordenadamente; pero sobre todo libros de filosofía». Entre ese desorden acaso leyó un Tratado de los árboles, de Giovan Vittorio Soderini, en el que puede

leerse que la fruta madura «en parte por el calor y en parte por el frío; porque el calor, como es de todos conocido, tiene la virtud de cocer, y es el mero causante de la madurez». Cuenta el propio Matías que los libros de filosofía, alimento de los que viven en las nubes como los elevados pensadores de Laputa, le echaron a perder el cerebro, que tenía ya de por sí un tanto desquiciado. ¡No toda la culpa de los males del mundo ha de ser de los libros de caballería![140].

Con su escaso francés logró leer un Méthode pour gagner à la roulette, pero comprobó que entre los métodos descritos en el opúsculo no estaba registrado el usado por cierto alemán que le arrebató las ganancias del 25, impar y rojo, como si hubiera sido él quien había hecho la apuesta. Y cuando, al margen del método, acabó por sonreírle la suerte, supo que había muerto ahogado en su pueblo.

Porque fue leyendo un periódico cuando conoció la noticia de su propia muerte: el suicidio «de nuestro bibliotecario Matías Pascal, que había desaparecido unos días antes. Causa del suicidio, contrariedades económicas». ¡Y eso lo leía mientras volvía en el tren con ochenta y una mil setecientas veinticinco liras con cuarenta céntimos ganadas en el casino de Montecarlo!

Provisionalmente aceptó el equívoco del destino y el interesado error de quienes reconocieron su cadáver. Al inicio de su segunda vida, mientras se inventaba una biografía y un pasado, «pues no hay quien haya nacido en las nubes, teniendo por comadrona a la Luna», recordó haber leído en alguno de los libros de la biblioteca «que los antiguos, amén de otras funciones, atribuían también las de partera a la Luna, por lo que las mujeres preñadas la invocaban con el nombre de Lucina». En su segunda vida, ya como Adriano Meis, leyó algunos de los libros de teosofía que tenía su casero, «el señor don Anselmo Paleari», y durante una sesión de espiritismo llegó a preguntarse si no andaría rozando sus anónimos andares la sombra de aquel ahogado que yacía en el cementerio de Miragno, bajo una lápida redactada por el inspirado Alondrilla:

CASTIGADO POR LOS GOLPES DE UN DESTINO ADVERSO

MATÍAS PASCAL

BIBLIOTECARIO

ALMA GENEROSA, CORAZÓN NOBLE

HECHA ELECCIÓN ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

AQUÍ REPOSA

TUS PAISANOS QUE NO TE OLVIDAN

Fue durante su tercera vida cuando leyó a Matteo Bandello y a Boccaccio. El reverendo don Eligio Pellegrinotto se los recomendó para que hallara la forma que había de dar a sus memorias en los atardeceres de la biblioteca, mientras el padre seguía con la lenta, laboriosa tarea de «poner orden y concierto entre los viejos libros polvorientos». No es fácil discernir en cuál de las tres descubrió el «álbum de rimas peregrinas», de Francesco o Giovanni del Cinque, más conocido por Pinzone, que apareció al levantar su casa y en algún momento estuvo alojado en la biblioteca de Monseñor Boccamazza.

Por Fleming —no el doctor— sabemos que «solo se vive dos veces». Ramón Mercader tuvo segunda muerte, Carmelita Flórez segunda vida, don Quijote tuvo dos muertes o por lo menos dos epitafios, y Martín Descalzo describió a Lázaro como «el hombre que murió dos veces». Solo Matías Pascal murió tres. Pero antes de su primera muerte, gracias a la espesa capa de polvo —«de un dedo de alta por lo menos»— que cubría la gran mesa que había en el centro de la biblioteca, Matías Pascal, años antes de legarle su propio manuscrito, pudo escribir con el dedo, como el otro las palabras en la arena, la inscripción que al legatario negó el Ayuntamiento:

A

MONSEÑOR BOCCAMAZZA

POR SU GENEROSÍSIMA DONACIÓN

Y COMO PERPETUO TESTIMONIO DE GRATITUD

SUS CONCIUDADANOS

DEDICARON ESTA LÁPIDA.

[140] Il Foglietto, único semanario de la localidad, con ocasión de la primera muerte de Matías Pascal describía al finado bibliotecario como un hombre cuya «bondad de alma», «jovialidad de carácter» y «natural modesto» le «habían permitido, aparte de otras dotes, soportar sin vilipendio y con resignación los adversos azares que, desde la despreocupada holgura, habíanlo reducido en los últimos tiempos a una condición humilde»; un hombre, en fin, «celosísimo de su deber», que se pasaba «casi todo el día enriqueciendo con doctas lecturas su vigorosa inteligencia». ¿Se reconoce en esas líneas de la necrología el estilo de «su director, Miro Colzi, Alondrilla, como todo el mundo le llamaba en Miragno desde que, jovencito, había publicado con tan grácil título su primer y último libro de versos»? Así, Alondrilla habría logrado una forma de hallar la cuadratura del círculo, a tenor de aquel epigrama de Bretón de los Herreros: «Voy a hablarte ingenuamente. / Tu soneto, don Gonzalo, / si es el primero es muy malo; / si es el último, excelente».

La biblioteca de Germain Chazes

[MARIE-SABINE ROGER: Tardes con Margueritte]

Entre los libros que leyó o, por mejor decir, oyó leer Germain Chazes, estaba precisamente Un viejo que leía novelas de amor. Pero ya llegaremos a eso.

* * *

«Solo sé que no sé nada»,

dijo un filósofo, haciendo

la cuenta con su humildad,

adonde lo más es menos.

Estos versos de un romance de Lope de Vega los recitó el caballero don Fernando en La Dorotea, del propio Lope. Se refería a Sócrates, del que sabemos que se veía a sí mismo como una partera, y a quien el oráculo de Delfos lo consideró el hombre más sabio del mundo porque por lo menos sabía una cosa: que no sabía nada[141]. Germain Chazes podría haberse comparado con Sócrates, porque su amigo Landremont, otro oráculo tabernario, solía decirle que era «lo bastante inteligente como para darse cuenta de lo tonto que era». Y, pensándolo bien, Germain llegó a aceptarlo como un cumplido.

Hay mujeres que dicen que los hombres tienen el cerebro en el pito. No así Germain, que confesaba: «El cerebro está arriba y las pelotas abajo; yo ya no confundo los dos pisos», otro signo evidente de inteligencia, que no sabemos si corroboraba o anulaba su idea de la reflexión «como una erección del cerebro». En todo caso, cuando se encontró con Margueritte, lo cierto es que Germain Chazes era «casi

analfabeto» y apenas sabía juntar las letras para leer los impresos de la Seguridad Social. Él mismo confesaría que «antes de los cuarenta y cinco tacos y de La peste, de Camus, no había leído ningún libro». En cambio sabía tallar primorosas figuritas de madera con su navaja Opinel.

En realidad, esta biblioteca debería llamarse «la de Margueritte Escoffier», que, como el propio Germain la ha descrito, «era una abuelita de cuarenta kilos, arrugada como una pasa, un poco encorvada y con manos temblorosas, pero en la cabeza tenía miles de estanterías de libros, todos muy bien ordenados y numerados». Ochenta y seis años y cuarenta kilos, frente a los cuarenta y cinco y ciento diez de Germain, puro músculo y sin grasa, por 1'99 de estatura. La tercera vez que se vio con Margueritte, en el mismo banco del parque bajo un enorme tilo junto al estanque, tras haber contado pájaros y palomas como de costumbre, ella sacó un libro del bolso y leyó una frase que resultó iniciática: «¿Cómo sugerir, por ejemplo, una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines, donde no puede haber aleteos ni susurros de hojas, un lugar neutro, en una palabra?».

—¿Podría volver a leerla? —preguntó Germain.

Lo hizo. Además, Margueritte leía muy bien, leía «como los de la radio», casi como aquel Tony Last preso de Dickens. Margueritte se brindó a prestárselo, pero a él, ya se sabe, eso de la lectura… Entonces se ofreció a leerle algún fragmento. Y cuando empezó con aquello de «La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en el rellano de la escalera. En el primer momento no hizo más que apartar hacia una lado el animal y bajar sin preocuparse. Pero cuando llegó a la calle, se le ocurrió la idea de que aquella rata…», Germain Chazes se vio «agarrado por la orejas, como se hace con los conejos». Pensaba en las ratas, en el lamentable servicio de desratización de Orán, en los ganglios, que también él tuvo en la ingle por causas diferentes… Margueritte leía, saltándose algunos fragmentos, y cuando acabó, Germain comentó:

—Es interesante ese libro.

—Sí, Camus era un gran escritor —y añadió—: si le ha gustado, podríamos continuar otro día…

Germain respondió con un ambiguo «¿Por qué no?», que era una forma de decir «sí» sin comprometerse demasiado. Pero fue suficiente para escuchar La peste por entregas. Y entonces llegó la frase de Margueritte que lo convirtió en compañero de lectura de Juan Palomeque el Zurdo y de Mr. Todd: «Germain, me he dado cuenta de que usted es un auténtico lector». Y le regaló el libro.

La peste fue su primer libro —con el apunte adicional de que su autor había escrito otros como El extranjero o La caída— y el que hizo abrir la boca de asombro a Landremont cuando lo supo: «¿Tú lees a Camus?». Fue el siguiente La promesa del alba, de Romain Gary, y Margueritte lo felicitó por su «excelente memoria auditiva». El tercero, un diccionario, con el argumento de que «¡un diccionario no es un simple libro! Es mucho más que eso, ¡es un laberinto!… Un extraordinario laberinto en el que perderse alegremente»[142]. El cuarto fue el de Luis Sepúlveda, con el que quedó «más enganchado que una garrapata a un perro», y se prometió leerlo varias veces en su vida mientras se viera libre de cataratas y de alzhéimer.

Alzhéimer, cataratas… Hay otra cosa que se llama degeneración macular, y era la que estaba minando la vista de Margueritte, que, tras Un viejo que leía novelas de amor, le confesó que tendría que abandonar la lectura. Germain quedó desolado, porque había acabado por encariñarse con Margueritte. Ella lo había atrapado «con su risita, el vestido de flores y el pelo color violeta». Y es que, como él mismo diría, «el afecto crece de manera solapada y, a tu pesar, arraiga y lo invade todo como la mala hierba. Luego ya es demasiado tarde: no puedes fumigar el corazón para acabar con la plaga del cariño». Pero ahora Margueritte se estaba quedando ciega, y ya no podría leer ni para sí ni para él. Ella misma había mencionado un día a Amadou Hampâté Bâ, un escritor africano que dijo algo tan sencillo como profundo: «Cuando un anciano muere, una biblioteca arde». En el caso de Margueritte era literal, porque ella misma era una biblioteca. Y Germain pensó que la biblioteca que estaba a punto de arder era la suya.

Margueritte había dado la vuelta al mundo. A pesar de sus «patitas de grillo y ese aire de bondad», había paseado por desiertos y sabanas, morado entre cortadores de cabezas y dormido entre mosquitos. Era un mujer inteligente y cultivada —de hecho tenía un doctorado—, que le enseñó muchas cosas: por ejemplo, que, por su «deseo de saber», por su «curiosidad insaciable», es propio del ser humano hacerse preguntas, aunque no siempre obtenga respuestas; que la abreviatura

v. de los diccionarios significa «véase», pero también podría querer decir «viaje», para seguir y perseguir otras palabras escondidas en los rincones más insospechados de las páginas…

Pero Margueritte se estaba quedando ciega, y ya no podría leer ni para sí ni para él. Y entonces Germain tomó una decisión heroica: aprender a leer con la suficiente soltura para poder suplir los ojos perdidizos de Margueritte. Un día se atrevió. Fue a la biblioteca pública, pidió una «historia inventada» y corta, «para su abuela». La bibliotecaria lo encaminó hacia una novelita de Supervielle que llevaba por título La niña de alta mar. Una tarde, en el banco del parque bajo el tilo, Germain le deparó su sorpresa: «Cierre los ojos». Sacó el libro y, «aterrado», empezó a leer:

«¿Cómo se había formado aquella calle flotante? ¿Qué marineros, con ayuda de qué arquitectos, la habían construido, allá, en el Atlántico, sobre la superficie del mar, encima de una sima de seis mil metros?».

—Eso son seis kilómetros —aclaró Germain.

Margueritte sonrió sin abrir los ojos. Y más tarde, tras haber intercambiado una navaja Laguiole por un bastón de castaño con una paloma tallada en el puño del bastón, proseguirían leyendo «a cuatro ojos», como pianistas tocando a cuatro manos, hasta que las líneas borrosas de otros libros desaparecieran del horizonte de Margueritte.

* * *

(Ya que hemos mencionado al teniente Kostas Jaritos, jefe del departamento de Homicidios de Atenas, que durante 20 años no se había cansado de leer una y otra vez las mismas «pulgas» —como llamaba Adrianí, su mujer, a las palabras del diccionario—, bueno será hacer un mínimo paréntesis para dar a conocer tan específica biblioteca con sus propias palabras:

Lo llamamos biblioteca para darle prestigio, aunque en realidad se

trata de una simple estantería con cuatro anaqueles. En el de arriba están los diccionarios: Gran diccionario de la lengua helénica, de Lindell-Scott, Diccionario ortográfico y hermenéutico del griego moderno, de Dimitrakos, Diccionario onomástico del griego moderno, de Vostantsoglu, Diccionario etimológico del griego moderno, de Tegópulos-Fitrakis. Esta es mi única afición: los diccionarios. Ni fútbol ni bricolaje ni nada. Si algún desconocido echara un vistazo a la «biblioteca», no entendería nada. El estante superior está cargado de diccionarios, una visión impresionante. Luego, el hipotético visitante pasaría a los siguientes y vería Viper, Nora Belle, Arlequín y Bianca. Me había reservado el ático y cedido las tres plantas inferiores a Adrianí. Arriba, una visión lingüística; abajo, la decadencia. Grecia servida en cuatro anaqueles.

El teniente Kostas Jaritos solo leía diccionarios. De niño su padre lo llamaba bufón y recuerda que «fue la primera palabra que busqué en el diccionario. "Bufón: Aplícase a lo cómico que raya en grotesco y burdo". Así que de lo grotesco a la estupidez. La decadencia en su estado más puro. No me quejo. Es el destino del ser humano. Nueve de cada diez empezamos como bufones y terminamos como cretinos»).

Un diccionario fue la tabla de salvación de Fermín Minar, y otro diccionario la de Paul Bentley. Ni Peter Kien ni Borges podían comprender un mundo sin libros; pero a finales del siglo XXII, en un mundo dominado por robots, donde los humanos languidecían sin arte y sin lectura, sin niños y sin libros, Paul Bentley, un anómalo humano entre robots, halló un libro de verdad, grueso y pesado: estaba en una vitrina de cristal de una pequeña habitación vacía, al fondo de un pasillo de acero inoxidable en los sótanos más bajos de una biblioteca universitaria destinada a la demolición. Paul Bentley describió así el hallazgo en su Diario, día tres:

Levanté la tapa de la vitrina, cubierta por una espesa capa de polvo, y lo cogí. Era pesado y las páginas estaban amarillentas y quebradizas. Se titula Diccionario. Y contiene un bosque de palabras.

De la conjunción de viejas películas mudas y del libro titulado Diccionario, surgió el descubrimiento de

… palabras —relataba días después— que me emocionan muchísimo. Con frecuencia son palabras cuya definición se me escapa como «enfermedad» o «álgebra». Les doy vueltas en la cabeza y releo la definición. Pero esta casi siempre contiene otras palabras incomprensibles, que me emocionan más aún. […] ¡Menudos significados hay encerrados en las palabras, cuánta consciencia del pasado!

Del conjunto de todas ellas, la lectura y la escritura. Un bosque de palabras. Solo el sinsonte canta en la linde del bosque. No siempre este verso de una película muda tenía por qué causar tristeza.

También Germain Chazes —ya está dicho— acudía con frecuencia al Diccionario de la lengua, y no es raro ver su narración salpicada de voces definidas tales como exorbitante, inculto, peripecia, inmutable, hecatombe, intempestivo, genética, barbecho, analfabeto, irracional, innato, relativo, patidifuso, cómplice, lunático, intrigar, vocación, versión, legítimo, perspectiva, recíproco, indeleble, coincidencia, metáfora, adquirido… «Las palabras son cajas que sirven para ordenar los pensamientos»… Y gracias al diccionario comprendió que «empezar a pensar es como ponerle gafas a un miope»: todo lo que, de puro borroso, parecía fácil y hasta bello, de pronto te muestra su verdadera faz, más arrugada y roñosa de lo que parecía, hasta mostrarte que a las veces «la vida es una estafa». A un príncipe danés se las pusieron y dijo aquello de «¡morir…, dormir…, dormir…, tal vez soñar…!». Germain Chazes, que no tenía por qué saber que para Parménides «lo mismo es pensar y ser», tras haber adoptado a Margueritte como abuela supo que «en las personas mayores todo acaba por parecerse: pensar, morir, echar la siesta…».

[141] En realidad, en la Apología de Sócrates de Platón, Sócrates solo viene a decir que «sabe que no sabe», interpretando así el oráculo de Delfos que proclamó: «Mortales, es el más sabio de vosotros quien, como Sócrates, conoce que en lo tocante a la sabiduría no es digno de nada» (23b). Según Enrique Hülsz Piccone, «el pasaje del oráculo (20c-23c) es un microcosmos singular en el que se expresa la idea platónica de la filosofía como autoconocimiento». No sin cierto gracejo popular lo recordó Jovellanos en la Instrucción que dio a un joven teólogo al salir de la universidad…: «El hombre vale lo que sabe; pero no vale más el que sabe más, sino el que sabe mejor. Aquel podrá tener mayor número de ideas; pero este le tendrá mayor de ideas buenas, y estas valen más que aquellas. Por esto se dijo que hay burros cargados de letras».

[142] Borges observó que O. Henry «leyó el diccionario desde la primera página hasta la última». Y Giono nos contó el caso de un hombre que solo leía el diccionario. Suponemos que sería un diccionario enciclopédico, pues se aprendía la altura de todos los monumentos del mundo: «La flecha de la catedral de Estrasburgo, 142 metros; la pirámide de Kheops, etc., e incluso la altura de los monumentos desaparecidos, el coloso de Rodas, el faro de Alejandría…» (Jean Giono: Notes sur l'affaire Dominici. París: Gallimard, 2008, p. 94). No podemos olvidar el de Solimán Melchior Samba Diawara, que acaeció en el porche de la iglesia de Nuestra Señora de Saint-Victor-du-Mont (Alpes Maritimes) en una cesta para higos, como Moisés en la canastilla de mimbre a las orillas del Nilo. Solimán era un bebé negro, y todavía a finales del siglo XX «nadie había visto nunca un negro en Saint-Victor ni en los alrededores, y se suponía que había sido hecho en la ciudad, quizá en Niza, donde todo es posible, incluidos los bebés negros». A los 23 años, Solimán Melchior Samba Diawara tenía todo el diccionario francés en la cabeza y, cuando quería ser preciso, hablaba con definiciones, como Veyrenc en alejandrinos; y así, cuando cerraba la boca, era como si cerrara un libro. Recordemos, en fin, que el comisario Kostas Jaritos solo leía diccionarios y, como Solimán, recurría a las definiciones cuando quería resolver problemas.

La biblioteca de David Copperfield

[CHARLES DICKENS: David Copperfield]

Si Matilda había leído casi todo Dickens, y Mr. Todd había heredado con toda probabilidad sus obras completas, es lícito concluir que en sus bibliotecas se hallaba David Copperfield, aunque no se mencione expresamente.

Acota la cursiva territorios. Si David Copperfield fue un libro en varias bibliotecas, David Copperfield fue un niño que, en un momento de desamparo, se refugió «en una habitación pequeña del último piso» de su casa. Aquella habitación, que la imaginación entrevé tapizada de acogedora penumbra, era a su vez una biblioteca que iluminó los momentos más sombríos de la vida de su descubridor. Frank Close nos brindó la imagen de una cebolla cósmica aplicada al universo: quizá deberíamos proponer la imagen de la cebolla bíblica aplicada al mundo circular de las bibliotecas. Porque varios de los libros que leyó David contenían a su vez otra biblioteca.

La lectura: esa menuda circunstancia que lo libró de «embrutecerse por completo». En alguna ocasión ha dicho Juan Tébar que los libros le salvaron la vida; David Copperfield dice que leía como si en ello le fuera la vida. Fue en aquella pequeña habitación del último piso donde David descubrió la colección de libros que había dejado su padre, «una pequeña colección de libros en la que nadie había reparado».

«De aquella bendita habitación salieron Roderick Random, Peregrine Pickle y Humphrey Clinker»[143]. Allí estaban también el pícaro Gil Blas de Santillana, de Lesage, y El vicario de Wakefield, de Oliver Goldsmith, un vagabundo casi dickensiano, con el rostro picado de viruela y varias carreras inconclusas, que recorrió a pie media Europa sin más bagaje que su flauta, su habilidad para el coloquio y la controversia, y un notable sentido del humor. Allí estaban Las mil y una noches y los Cuentos de los genios. Allí, Don Quijote y Robinson Crusoe, que, como hemos visto, contenían a su vez otras bibliotecas. Allí, en fin, Tom Jones, que, como veremos, también encerraba la

suya, tan curiosa como su curioso lector, barbero y latinista[144]. Una pequeña colección de libros.

Ellos —relatará su agradecido lector— mantuvieron despierta mi imaginación y mi esperanza de una vida mejor; y no pudieron causarme el menor daño, pues, de existir algún mal en ellos, yo lo desconocía. Todavía ahora me asombra pensar cómo encontraba tiempo para leer aquellos libros, en medio de mis pesadas tareas y tropiezos. Me resulta curioso que pudieran consolarme de mis pequeños problemas (que para mí eran muy grandes), al permitirme encarnar a mis personajes favoritos… Fui Tom Jones toda una semana (Tom Jones niño, una criatura inofensiva). Fui mi propia versión de Roderick Random un mes seguido. Leía con avidez los escasos volúmenes de viajes y expediciones —no recuerdo exactamente cuáles — que había en las estanterías… Ese fue mi único y constante consuelo. Cuando pienso en ello, rememoro una tarde de verano en que, mientras los demás niños jugaban en el cementerio, yo leía sentado encima de la cama, como si en ello me fuera la vida. Por algún motivo, todos los graneros de la vecindad, todas las piedras de la iglesia, todos los rincones del cementerio estaban asociados en mi imaginación a aquellos libros y representaban los lugares más famosos de mis lecturas. Vi a Tom Pipes trepar hasta el campanario de la iglesia; vi a Strap, con su morral a la espalda, detenerse a descansar junto al postigo; y estoy seguro de que el comodoro Trunnion celebraba sus reuniones con el señor Pickle en una sala de la taberna de nuestra aldea.

Los personajes que vio David Copperfield aquella tarde memorable procedían de las novelas de Smollett. Algunas de estas líneas de David podría haberlas escrito Bastián Baltasar Bux, cuya pasión, como todo el mundo sabe, eran los libros.

Como si en ello me fuera la vida… Cuenta Marcel Reich-Ranicki, en el capítulo «Historias para Bolek» de Mi vida, cómo, tras su huida del gueto de Varsovia, él y su mujer fueron acogidos por el tipógrafo Bolek, «un proletario instruido…, aunque nunca lo vi con un libro en la mano». En medio de la desesperación y el hambre, logró evitar la expulsión y tal vez

la denuncia y la muerte, convirtiéndose en una moderna Shahrazad.

A partir de aquel día —escribe Reich-Ranicki—, en cuanto se hacía de noche, narré a diario a Bolek y Genia todo tipo de historias, durante horas, durante semanas, durante meses… Cuanto más les gustaba una historia, tanto mejor nos retribuían: con un trozo de pan, con algunas zanahorias. No inventé ninguna, ni una sola, sino que les relaté lo que recordaba: en aquella cocina lóbrega y pobre ofrecí a mis agradecidos oyentes versiones abreviadas de novelas y relatos, dramas y óperas e incluso películas descaradamente desfiguradas y reducidas a simple entretenimiento… Nuestros protectores siguieron ocultándonos, y yo continué contando en las largas veladas historias de muchachas enamoradas, de jóvenes príncipes y reyes ancianos, cuentos de invierno y sueños de noches de verano.

Como si en ello me fuera la vida… También las historias que David Copperfield había leído en los «días del desván» aliviaron la sordidez del próximo internado. Aquellas lecturas acabarían convirtiéndolo por un tiempo en una versión infantil de Shahrazad, y en cierto modo de Tony Last, el mejor lector que conocieron los territorios selváticos de Mr. Todd. En el internado de Salem House había un joven «bien parecido» y al menos seis años mayor que David, llamado J. Steerforth, el único que había logrado escapar a la vara y a la severidad del señor Creakle[145]*. Steerforth había acogido a David bajo su protección, pero padecía de insomnio: cuando supo que el joven David conocía todas las historias que había leído en sus libros, dijo sencillamente: «Me cuesta mucho conciliar el sueño por las noches y suelo despertarme bastante temprano por las mañanas. Me irás contando todas esas historias, una tras otra. Será como en Las mil y una noches».*

Tardó varios meses en contar las aventuras de Peregrine Pickle, y otro tanto las demás historias. He aquí cómo los libros salvaron otra vez su vida. «De no haber sido por mis viejos libros —confiesa David—, habría sido terriblemente desgraciado. Eran mi único consuelo; y fui tan leal con ellos como ellos lo fueron conmigo; los leí y releí, he olvidado cuántas veces». No otra cosa hubiera dicho Petrarca[146].

Como en Las mil y una noches. Sin duda fueron las imágenes perdurables de su lectura las que lo llevarían a imaginar a Jack Maldon como un Simbad moderno, «amigo inseparable de todos los rajás de Oriente», o a sospechar que un incierto lugar cerca de Guildford fuera solo un espejismo, un don efímero de algún mago de Las mil y una noches, que tal vez los «dejara pasar la jornada en aquel lugar y después lo hiciera desaparecer para siempre»[147]. Otras lecturas, como la de Robinson Crusoe, serán evocadas por distintos motivos; por ejemplo, cuando se sienta «más solitario que Robinson». Y cuando alquile «un pequeño apartamento amueblado, muy agradable y con vistas al río», volverá a recordar al héroe de la isla: «Era maravilloso tener para mí aquel castillo en las alturas y, al cerrar la puerta exterior, sentirme como Robinson Crusoe cuando, una vez dentro de su fortificación, retiraba la escala por la que había subido». En otra ocasión el libro le servirá como término de comparación para ponderar la longitud de las declaraciones en una causa judicial.

¿Y qué pensaría David cuando hubo que malbaratar otra biblioteca? Durante su estancia en casa del inefable y locuaz señor Micawber —«Pensión de mistress Micawber, fundada para señoritas», en la que nunca llegó a estudiar ninguna señorita— la situación se hizo tan insostenible que, acosado por los acreedores, fue preciso recurrir al empeño. Primero fueron «algunas bagatelas»; luego le tocó el turno a la biblioteca. «El señor Micawber tenía algunos libros en una pequeña alacena que él denominaba su biblioteca, y empezamos por ellos». David Copperfield, por conmiseración o por pudor, prescinde de consignar sus títulos. Acaso no ignoraba que Oliver Goldsmith —el autor de El vicario de Wakefield, que él había leído de niño— tuvo que vender el libro por sesenta libras esterlinas para librarse de la cárcel por las deudas que había contraído.

No es lícito acabar esta crónica sin mencionar a Clara Peggotty, «la rolliza Peggotty», a quien David dibuja «con su hermoso cabello y su figura juvenil», como podría hacerlo Homero con una ninfa griega. Ella iluminó las brumas de su infancia, y a ella le debemos la permanencia de otro libro: «el libro de los cocodrilos».

El libro de los cocodrilos era en realidad una adaptación que había hecho el propio Dickens de la Historia de Sandford y Merton, de Day[148].

«Una noche —relata David— Peggotty y yo estábamos sentados junto a la chimenea. Yo le había estado leyendo en voz alta una historia sobre cocodrilos. Debí de hacerlo con mucha claridad, o la buena mujer estaba muy interesada por estos animales, porque recuerdo que, cuando acabé la lectura, Peggotty tenía la vaga impresión de que eran una especie de hortalizas». Con todo, «el libro de los cocodrilos» perduró más que la vida de algunos hombres. Todavía pudo vérselo en Londres, muchos años después, si bien ya «bastante deteriorado, pues muchas de sus páginas habían sido arrancadas y cosidas de nuevo». Pero Peggotty seguía enseñándoselo a los niños «como si fuera una preciosa reliquia»[149].

La historia de David Copperfield fue larga y rica en peripecias, pero aquí hemos de limitarnos a la de su biblioteca. Sabemos que en Covent Garden asistió a la «representación de Julio César y de una nueva pantomima». También, que vio representar El extranjero, aunque no desde luego el de Camus[150]. David no pudo haber leído a Reich-Ranicki, y así no sabemos si, como a él, «la literatura lo empujó hacia el teatro y el teatro hacia la literatura». Sí averiguó que la vida es un teatro con varios argumentos y un solo final: el que cierto día le vaticinaron con tristeza las campanas de la catedral; es a saber, que nada perdura[151]. Pero David había aprendido que los contratiempos de la vida quizá proporcionan ese aire de «indulgente sabiduría» que desconoce el que nunca encontró una curva en el camino.

[143] Su autor, Tobias George Smollett (1721-1771), era médico, pero fracasó en el ejercicio de la medicina como en el teatro. Viajó a la Indias Occidentales —viaje que quedó de algún modo reflejado en Las aventuras de Roderick Random, una novela de ambiente marinero—, y viajaría al continente. Triunfó en cambio como novelista: ya hemos visto que Las aventuras de Peregrine Pickle y La expedición de Humphrey Clinker estaban entre las preferencias de David. Tradujo a Cervantes y a Voltaire. Escribió una History of England en dieciséis volúmenes, y una Universal History en seis, cosa comprensible si se tiene en cuenta que nunca el mundo fue tan grande como Inglaterra. Por puro amor a la digresión, cabría preguntarse por qué Stevenson llamó Smollett al capitán de la Hispaniola.

[144] Aquí podríamos preguntarnos por qué lectores tan poco sospechosos como Tom Jones, David Copperfield o Tom Sawyer han sido lectores fervorosos del Quijote, mientras en su propia lengua es mirado con prevención, suspicacia o como «trabajo incomportable». Pero ya sé que es una pregunta retórica.

[145] Del señor Creakle escribió David: «No creo que haya podido existir jamás un hombre que disfrutara tanto con su profesión como el señor Creakle. Azotaba a sus alumnos con el mismo placer que si estuviera satisfaciendo un apetito voraz… Era un bruto y un ignorante, tan poco preparado para la noble misión que desempeñaba como para ocupar el puesto de lord almirante supremo o de comandante en jefe, cargos en los que con toda probabilidad hubiera ocasionado daños infinitamente menores». Tal vez ahora se hubiera referido a los planes de enseñanza o a los sistemas educativos. Pero él no podía imaginar que aún pudiera pensarse que no es tan buen negocio la educación como la guerra.

[146] . Fue Ezequiel Solana quien puso en su boca estas palabras: «Aunque viva alejado del mundo, tengo amigos cuyo trato es muy amable; amigos de todos los tiempos y países, que se han ilustrado en la guerra, en los negocios públicos y en las ciencias. Con ellos no tengo que incomodarme para nada, y están siempre a mi disposición, pues los mando venir y los despido cuando me place. Lejos de

importunarme, responden a mis preguntas. Unos me cuentan los sucesos de los siglos pasados, otros me revelan los secretos de la naturaleza. Este me enseña a morir bien; aquel me distrae con la agudeza de su ingenio o calma mis enojos con su buen humor y jovialidad. Hay algunos que endurecen mi alma contra los sufrimientos, y otros que me llevan por sendas de flores, halagado por risueñas esperanzas. En cambio de tantos favores, no piden más que un modesto cuarto donde se hallen al abrigo del polvo. Cuando salgo de casa me hago acompañar de alguno de ellos por las sendas que recorro, pues la tranquilidad de los campos les gusta más que el bullicio de las ciudades. […] Esos buenos amigos son los libros de mi biblioteca» (E. Solana: Lecturas de oro, LXVI, «Petrarca». Madrid: El Magisterio Español, 6.ª ed., s. a., pp. 94-95).

[147] El lugar es descrito con todos los ingredientes de un locus amoenus: «Era un rincón de gran verdor, en lo alto de una colina, tapizado de suave hierba. Había árboles frondosos, brezo, y, hasta donde alcanzaba la vista, un paisaje muy hermoso».

[148] El rousseauniano Thomas Day (1748-1789) intentó aclimatar en Inglaterra los principios del pedagogo ginebrino y llegó a encargarse de la educación de dos huérfanas con la sana intención de casarse a su tiempo con una de ellas. Parece que ninguna apreció tan loable esfuerzo. No sin ironía se dijo que, si Rousseau había provocado una revolución en Francia, Day había ocasionado la Historia de Sandford y Merton en Inglaterra.

[149] Otra lectura de David, que también se hallaba en la biblioteca, fue el Libro de los mártires, de Fox. El libro permaneció en casa de Peggotty y nadie lo había tocado desde su partida. De John Fox o Foxe (1516-1587) sabemos que fue historiador del movimiento protestante inglés, canónigo de Salisbury y predicador de fama. El Libro de los mártires, escrito primero en latín y luego traducido al inglés, es una especie de martirologio protestante. Aunque David se ve «devorando sus páginas» y arrodillado «en una silla para abrir el estuche que guardaba semejante joya», confiesa no recordar «ni una sola palabra». Afortunadamente.

[150] El extranjero fue el título que puso Benjamin Thompson en 1798 a su versión —digamos pirateo— del drama Menschenhass und Reue [«Misantropía y arrepentimiento»], una pieza juvenil del alemán

August von Kotzebue (1761-1819), que escribió más de doscientas obras de teatro, aunque hoy apenas se recuerdan tres. «Salí tan apesadumbrado de la obra —cuenta David— que, cuando volví a casa, apenas reconocí mi rostro en el espejo». Y pues la literatura es como las cerezas, que siempre salen enlazadas, añadiré que cuando Peter Schlemihl, huyendo de su sombra ausente con las botas de siete leguas, saltó por el «estrecho de Bering a Asia», estaba reproduciendo en la ficción el sueño de Chamisso: dar la vuelta al mundo. Adelbert von Chamisso, el autor de La maravillosa historia de Peter Schlemihl, lo hizo como naturalista en un barco mandado por el capitán Kotzebue: Otto von Kotzebue, el hijo del autor de Misantropía y arrepentimiento…

[151] Él no pudo conocer a Ieronim Thanase, el cual confirmaría una vez más que «en el fondo el teatro, como la filosofía, es una preparación para la muerte».

La biblioteca de Máximo Bru Mansilla

[MANUEL LONGARES: El oído absoluto]

David Copperfield fue un libro permanente de Máximo Bru Mansilla, y seguramente le hubiera gustado que su padre le despertara alguna noche con alguna de sus historias absurdas para leerlo con él mano a mano, ojo a ojo, boca a boca. Pero su padre, el famoso poeta Max Bru —«un modernista de verso híspido», según definición del bohemio Nidal, que además «compartía nombre con una cadena de ultramarinos»—, murió en el manicomio de Pagán, sin que él hubiera llegado a leer la historia del huérfano de Dickens.

No puedo imaginar que en la biblioteca de Máximo faltara El autor al desnudo, que al fin y al cabo era «la única biografía autorizada del poeta», escrita por la profesora Reina Landete. Max Bru había sido maestro en el Pagán de su juventud, y seguramente el cuento, que no lo tiene, de su vida compendia más épica, lírica y dramática que la afanosa biblioteca de su hijo. Sus versos adolescentes fueron recogidos por su cuñado en un poemario titulado Reveses (1932), en el que nos obsequió, ya que no con tetrástrofos monorrimos, con este soneto birrimo de imaginación exacerbada:

Al sonar la nocturna campanada

y soñar con la mano que acaricia

perturba el corazón de la novicia

la sensación de estar enamorada.

¡La sensata Patricia se desquicia!

Alborotan las aves la enramada

y difunden la pícara noticia

con brioso repunte de algarada…

¡Albricias, disfrutad de la malicia!

Y Patricia se pone colorada

cuando su mano busca con codicia

en el cuerpo entregado a su llamada

la voluptuosa miel de la delicia

por su imaginación exacerbada.

Al año siguiente, exactamente a las tres de la mañana del tres de febrero de 1933, nació su hijo. Máximo Bru Mansilla se crio arrullado por la música de las palabras y el embeleso de la rima, mientras su madre hacía de apuntadora en los escenarios. El 19 de julio de 1936 la caravana de cómicos llegó a Pagán para representar El caballero de Olmedo. Pero ya «la sedición africana se propagaba por cultivos y eriales de la península», y Eladia Mansilla, la madre de Máximo, fue una de sus víctimas primeras en el teatro de la vida y de la guerra.

Max Bru, el poeta de verso híspido y a las veces escabroso, se exilió en Monlieu, un lugar que, pese al nombre, no era el suyo si es que alguno lo fue. Cuando regresó —«las cejas pobladas, el bigote negro»—, su hijo Máximo tenía diez años. Ni el padre conocía al hijo ni el hijo conocía al padre: «¿Cómo es un padre?», preguntó el hijo. El padre no preguntó «cómo es un hijo»: preguntó por la biblioteca que había dejado en Pagán; pero la era generalicia no tenía puestas sus complacencias en la bibliofilia, y así hubo que decirle que, por precaución, sus libros habían ardido en Pagán. Su cuñado guardó unos pocos en la caja de caudales del piso de Monteleón.

Padre e hijo abrieron la caja de caudales, «tan alta como la mesa», y fueron apareciendo los primeros libros y con ellos empezó su

educación sentimental y literaria: «Este es un libro de piratas con un tesoro que se lo quieren quitar los ingleses. […] Este habla de un caballero y un escudero que salen a combatir injusticias. […] Este cuenta la historia de un chico como tú que se enamora de una chica…». Cuando apareció un libro de poesía de Antonio Machado, el padre explicó: «Esto es poesía. Los poetas escribimos con las líneas cortadas». Ignoramos si Max Bru pudo leer en Monlieu la bienhumorada historia de Poil de carotte, que Jules Renard había escrito medio siglo antes. De ser así, tal vez habría recordado un poema que el pelizanahoria escribió a su padre, el cual le respondió desconcertado: «Cada vez te entiendo menos. Una carta sin fecha que no sé si va dirigida a mí o al perro. ¿A qué esa alusión a la primavera si estamos en invierno? ¿Es que necesitas una bufanda? Y luego todas esas líneas desiguales, con mayúsculas al principio…». El pelizanahoria se vio obligado a contestarle: «Papá: ni siquiera te has dado cuenta de que estaba en verso». Educación literaria: «Los poetas escribimos con las líneas cortadas».

Y David Copperfield.

Pero tres años después su padre murió y el libro seguía en lista de espera. La vida es una biblioteca de contradicciones: no hubo guerra de Troya, no hubo carta de don Quijote a Dulcinea, no hubo Dickens para Máximo. Claro que siempre podía haber dicho que no necesitaba autor que le contase la historia de un huérfano cuando él se la sabía decir muy bien sin ellos.

Tras la muerte del poeta los libros seguían apretujados en la caja de caudales con cierta tendencia a desparramarse por el suelo. El hatillo heredado del difunto fue a parar a la caja, pero al abrirlo, reveló que, así como don Quijote, inadvertidamente o no, se había quedado con la carta que escribió a Dulcinea, y de ese modo Sancho no pudo llevarla ni al Toboso ni a la venta, su padre se había quedado con David Copperfield. Y quizá desde su cama del manicomio de Pagán «aplicase a su hijo lo que se contaba en el libro y exagerase su historia de huérfano». De ese modo tan inesperado volvió a la caja de caudales, y fue preciso hacer toda la fuerza posible para que conviviera con los libros que allí se apretaban, incluidos dos diarios manuscritos de su madre con rima interna: la Odisea de una fea, y el Diario de un viaje sin equipaje. Prohibidos por la censura variable del padre Abades, «que evaluaba los escritos sometidos a su dictamen por la reacción —

vibrante o perezosa— de su órgano mingitorio».

Aquel fue el principio de la biblioteca de Máximo Bru Mansilla. La aversión a los libros que contenía la caja de caudales se rompió una tarde en que su prima Palmira lo invitó a abrirla y preguntarle por los libros que contenía. Su indiferencia y aun rechazo freudiano hacia su padre se sublimó en la biblioteca. Ella encarnaba el descubrimiento de su padre, de su herencia y de su mundo. Y a la objeción onírica del poeta: «¿Para qué montas una biblioteca si no lees? Si no sabes de libros, ¿por qué haces una biblioteca?», le respondió y se respondió a sí mismo: «Para presumir de padre». Es una ley inexorable que «para que los hijos quieran a sus padres hay que ser póstumo».

Cuando sus tíos se retiraron a Pozuelo y él heredó en Madrid el piso de Monteleón, que lo había acogido de niño y al que nunca abandonó, empezó a fraguar el proyecto de una biblioteca en la rotonda. «Dos ventanales a la calle Monteleón, que mostraban la caída del sol por el parque del Oeste, proporcionaban suficiente claridad para consulta, lectura y tomar notas». Empezó a colocar los libros alojados en la caja de caudales. Pero es el caso que, si oprimidos en la caja parecían querer desbordarse en aluvión y anegar la rotonda e incluso el piso entero, una vez abiertas las compuertas —de la caja, no de la metáfora —, resultó que apenas ocupaban una balda. ¡Cuarenta libros cuando en ella cabrían por lo menos dos mil! ¡Cuarenta libros que su tío Bernardo había escondido en la caja de caudales a riesgo de su vida! «En una guerra y una posguerra en la que se persiguieron libros, él los conservó y solo por eso merecían un lugar de honor en la biblioteca». Aun así, resultó «demasiada biblioteca para tan poco libro». Faltaban libros, libros en posición de firmes, libros erguidos y no derrotados sobre las baldas.

¿Qué hacer? Resabio, el chófer de la empresa teatral de su tío, haciendo honor al nominalismo de su nombre —«que viene a subrayar por dos veces su inteligencia»—, y tras haberse agenciado una dentadura postiza que le permitió expresarse más allá de las meras fricativas, sugirió una salida de compromiso: comprar unas cubiertas en buen estado, etiquetarlas con el nombre del autor y el título de la obra y colocarlas encima de trozos de madera, de forma que pareciesen libros, aunque no lo fueran. «Una idea tan sencilla debía habérsele ocurrido a algún genio». Desde el ricote erudito de Iriarte sabemos lo vistosa que resulta en una casa «una librería: bello adorno

/ útil y preciso». Pero ni Resabio ni Máximo habían leído a Iriarte, y tampoco conocían su ingenioso recurso:

«¡Echarme yo a buscar doce mil tomos!

¡No es mal ejercicio!

Perderé la chaveta, saldrán caros,

y es obra de un siglo…

Pero ¿no era mejor ponerlos todos

de cartón fingidos?

¡Ya se ve! ¿Por qué no? Para estos casos

tengo un pintorcillo

que escriba buenos rótulos, e imite

pasta y pergamino.

¡Manos a la labor!» Libros curiosos,

modernos y antiguos

mandó pintar, y a más de los impresos,

varios manuscritos.

Así que, entre aquel expediente y la adquisición de unos «centenares de novelas del mismo autor, del mismo título y de la misma edición en una encuadernación sólida», a las que solo habría que bautizar y confirmar con títulos nuevos, Máximo Bru Mansilla decidió inaugurar la biblioteca con aperitivos y bebidas. Lo hizo el día en que cumplía cuarenta años, ese número mágico que lo mismo sirve para registrar un ayuno, navegar en un arca, cruzar un desierto o morir en un manicomio. Hubo invitación, emparedados y vino. Los asistentes no

repararon en que la biblioteca estaba tan demediada como el vizconde Medardo de Terralba. Solo unos pocos se acercaron a las baldas, pero lenguas dolosas como las del salmo insinuaron que muchos asistentes admiraban más la labor del carpintero que los títulos y autores instalados.

Max Bru, quizá en sueños, había definido la de su hijo como «la biblioteca de un analfabeto». No es fácil aceptar ese juicio porque Máximo Bru Mansilla solo oblicuamente da noticia de unos pocos libros en sus Memorias. Aun así, por fragmentos indirectos —que su prima Palmira le leía a Máximo en el dormitorio final, ya convertido en «hospital de campaña» tras los cinco años de su enfermedad— sabemos que en la biblioteca estuvieron alguna vez El extranjero (o El extraño) de Camus, una traducción en prosa de la Ilíada, algún volumen de poesías de Zorrilla —porque recordaba sus versos a la muerte de Larra: «Ese vago clamor que rasga el viento»—, las Rimas de Bécquer, y cabe la sospecha de que hubiera un ejemplar de Esquinas de meretricio, aquel centón compuesto con una vida de novela —al decir de Atilano García de la Cal, su protagonista y dueño — confeccionada a base de retales del hampa literaria madrileña. Una Historia del erotismo en Francia, el primer libro que no vino de la caja de caudales, fue traído por Palmira desde Francia.

Y por supuesto las obras, «completas y repetidas en ediciones diferentes», del mejor escritor de la Madre Patria, cuyo nombre oscila entre Hacendoso Ortega y Gumersindo Gasset —«siempre hay bronca en el mundo de las letras», aseveraba cierto endecasílabo—, aunque, desacreditado como estaba tras la guerra de los tres años «y durante la infausta posguerra del caudillaje», el Ayuntamiento de Pagán las rechazó. Quince cajas despreciadas por el municipio paganiense, entre las que pudimos hallar el manual de propaganda odontológica que orientó a Resabio.

Porque es de saber que Máximo Bru Mansilla, al adivinar por el ritmo de las efemérides de sus pulsos la cercanía de su muerte, había negociado con el Ayuntamiento de Pagán el legado de su voluntariosa biblioteca, y acabó por venderla o malvenderla para pagar los gastos de su enfermedad. Su padre habría dicho ‘pignorarla’. Pero Máximo Bru ya estaba muerto cuando los encargados de la mudanza empezaron a arrojar en las cajas los libros de su biblioteca como si echaran paletadas de tierra en su ataúd.

Entre tanto, Palmira dormía con la televisión encendida entre las ruinas de la biblioteca. A punto de ser trasladada a Pagán, veía una comedia rusa de la época zarista conocida por el idílico título de El jardín de los cerezos. Isabel Vicente, mi traductora de ruso, aseguraba que ni eran cerezos ni jardín, sino una guindalera. Pero, traducida en su día de alguna lengua transpirenaica, ¿quién se resiste al «chic de lo francés», como diría Krahe a propósito de la guillotina?

Máximo Bru Mansilla no alcanzó a leer cierta epístola moral, en que el autor de un soneto octosilábico con estrambote, dedicado a «La noche fría y serena de la calle de Carranza», denostaba «este siglo, hostil como ninguno, en que hemos tenido la desgracia de vivir»[152]. Siglos atrás, en otro quizá no menos inclemente, el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las Musas, un día de abril se despidió de su tierra, su casa, sus amigos, con un sentido «¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos!». Palmira Mansilla Holgado, prima, hermana, madre y acaso amante de Máximo Bru, mientras veía cómo cargaban las cajas de libros en el camión que se los llevaría a Pagán, también pudo haber dicho no sin justicia poética:

«¡Adiós, libros y fantasías de sedentario; adiós, biblioteca de Máximo, adiós!».

[152] Dámaso Alonso: La «Epístola moral a Fabio» de Andrés Fernández de Andrada. Madrid: Gredos, 1978, p. 278.

La biblioteca de Manuel

[A. MUÑOZ MOLINA: Beatus Ille]

La biblioteca de Manuel Alberto Santos Crivelli estaba aposentada en un palacio de Mágina, la ciudad parda y remota, «detenida en la proa de una colina demasiado lejos del Guadalquivir…, ofrecida y distante sobre su colina azul». El palacio —patio de columnas blancas, corral con álamo y pozo seco—, con su aire entre francés y colonial, configuraba la plaza de un san Pedro al que nadie subía a besarle los pies como al de Roma, y menos la cabeza que perdió a causa de las iras de los tiempos en que imperó la retórica de las pistolas. Ya Claudiano nos advirtió que «la cólera proporciona armas a quien las busca».

La lejana memoria de Minaya recordaba unas «paredes sobrenaturalmente cubiertas por todos los libros del mundo», aunque tal vez solo fuera un espejismo de la corta estatura de la infancia, como la magnitud del reloj que regía las horas desde su alta caja oscura vestida de cristal. Había entrado en ella de niño, con temblor y asombro, y no sin su poco de vergüenza por el traje de marinero, que su madre «solo sacaba del armario cuando iban a visitar a algún pariente lúgubre». Veinte años después volvía a la biblioteca de su tío Manuel para documentarse sobre la vida y obra de Jacinto Solana, el poeta republicano «muerto, inédito, prestigioso, heroico, desaparecido, probablemente fusilado, al final de la guerra».

Con su chimenea, radio, gramófono, piano, licorera, sillones de cuero para las charlas de tertulia o sobremesa —café, tabaco, coñac—, una galería de fotos colocadas en paredes y anaqueles, tal vez con azarosa simetría, resultaba ser más bien un salón-biblioteca. Y en ella, sobre la repisa de la chimenea, una foto de Jacinto Solana, Mariana y Manuel, «sorprendido por el disparo del fotógrafo» cuando se volvía hacia ella. La foto había sido tomada en Madrid el 17 de febrero de 1936, quince meses antes de que Mariana se convirtiera en su mujer, la misma que, al día siguiente de la boda, caería de otro disparo perdido (y finalmente encontrado) en el palomar del palacio, un 22 de mayo de 1937, exactamente once años antes de otra santa Rita sin relieve.

Mariana: la mujer que podía recordar «a aquella heroína del Orlando Furioso que cabalgaba sobre un caballo alado con una armadura reluciente».

Manuel, con el suave designio de no humillar al sobrino pobre mientras redactaba la tesis doctoral sobre Jacinto Solana, le había ofrecido ser su bibliotecario, ordenar los libros y revistas de la biblioteca, «abandonados durante treinta años a un copioso desorden». Pero Minaya, quizá más entregado al descubrimiento de los papeles secretos de Solana que a la descripción del catálogo, nos encubrió su sigiloso contenido bajo los «sosegados placeres de la caligrafía».

Aun así, conocemos la existencia de «los hermosos volúmenes de la primera edición francesa de los Viajes extraordinarios», que el padre de Manuel, muy devoto de Verne, debió de comprar en París a principios de siglo. Y del mismo modo que don Quijote tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar sobre quién había sido mejor caballero, si Palmerín o Amadís, también Minaya la tuvo con Inés sobre si era mejor La cartuja de Parma que La isla misteriosa. No faltaba El conde de Montecristo (sobre todo por el regreso y la venganza, que es otra forma de bautizar la memoria y el deseo), y desde luego La voz a ti debida, de Salinas, con la dedicatoria «para Mariana Ríos, con afecto, septiembre de 1933», y dos versos subrayados: «Que hay otro ser por el que miro el mundo / porque me está queriendo con sus ojos». Es sumamente probable que también estuviera Arpegios, de su abuelo José Emilio Minaya, como atestiguaba una fotografía de la abuela Cristina con el libro de su marido entre las manos.

Cabe deducir que por allí andarían las aventuras del capitán Grant o de Henry Morton Stanley o los viajes de Burton y Speke a las fuentes del Nilo, que Solana leyó de niño, prestados de modo clandestino por su amigo Manuel. Porque en la casa labriega de Jacinto solo había un libro, que había leído a los diez años, Rosa María o la Flor de los amores, un folletín con «dos mil páginas de infortunios», por las que habría dado todos sus papeles ya que no el brazo de Valle-Inclán. Jacinto Solana, que estuvo en París con Buñuel cuando se estrenó La edad de oro, una vez alardeó de que algún día todos sus escritos honrarían los anaqueles de la biblioteca. Y, en efecto, en la biblioteca estaban los recortes de las cosas que había escrito en sus tiempos de Madrid, los guiones, las frases publicitarias, los artículos de

periódicos, las postales enviadas desde París en 1930, o desde Moscú en diciembre de 1935, las críticas de cine en El Sol, versos publicados en la Gaceta Literaria y en Octubre —la revista fundada por Alberti y María Teresa León—, o finos artículos sobre el arte y la revolución, los romances del Mono Azul, algún cuento que le publicaba don José Ortega en la Revista de Occidente…

Cuando en la lejanía de otra edad de oro Jacinto Solana entró en la biblioteca de Manuel, lo hizo «como si se internara en la cueva de un tesoro, y no se atrevía a tocar los libros, solo los miraba, o les pasaba la mano delicadamente, como si acariciara a un animal»: tal vez presintió o adivinó que aquella biblioteca guardaba misteriosas correspondencias con la del capitán Nemo. En todo caso también acabó siendo tumba y monumento. Porque, muerto Manuel de la memoria de una bala recibida en la omnipresente guerra, en la biblioteca se dispuso el catafalco con las colgaduras negras que lo cubrían, para obtener un efecto de escenografía litúrgica. Es sabido que los libros, como Dulcinea del Toboso, pueden despedir cierto «tuho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero». Pero la biblioteca de Manuel, que había exhibido un arcoíris de olores —el olor profundo a tiempo sosegado y a dinero, a cuero y a madera barnizada; el olor sereno de los libros, que a veces soliviantaba Inés con su perfume, los olores usuales de la madera y de los libros, el del papel confundido con el perfume de la ropa, o el olor de unas alpargatas de goma—, acabó siendo su propio cenotafio, y quizá perdure todavía en ella el olor de los cirios y de las flores funerales. «El espacio entero de la biblioteca cobraba bajo aquella luz una pesada sugestión de capilla y de bóveda, y los antiguos, los usuales olores de la madera barnizada y del cuero y del papel de los libros habían sido desalojados por un denso aliento de iglesia y de funeral no discernible de los primeros indicios de corrupción que ya se diluían en el aire».

Olores y sonidos… ¿Dónde estaba la música que una noche se oyó en la biblioteca como el reclamo de Afrodita saliendo de las aguas? Tantos años de pasión, de memoria, de deseo, que se resolvían en polvo, en sombra, en sueño, en humo, en nada… Porque, desaparecidos todos los integrantes del retrato que presidió la chimenea, ahora que Manuel estaba muerto y el libro concluido, no quedaba nadie que mereciera habitarla.

Hubo un Libro de Manuel, confeccionado por sus padres, reales o putativos, «una especie de libro de lectura destinado a su alfabetización todavía remota», que consistía en pegar noticias del momento, para conducir a Manuel con sus signos y salvarlo de un futuro «naufragio total». Pero no pudo estar en la Biblioteca de Manuel. No es imposible, pero es poco probable, que en la misma ensimismada biblioteca, anclada en el tiempo, estuviera el soñador soñado de las «ruinas circulares». Tampoco estuvo el libro, «inacabado y temible», que Solana dio en titular Beatus Ille, e incluso se atrevió a decir —acaso solo a idealizar— que, como Cervantes en la cárcel, también él lo había empezado en una celda de condenado compartida con Miguel Hernández. Y no estaba, porque esta biblioteca, más imaginaria que ninguna, se hallaba contenida en aquel libro que estaba siendo imaginado, otro espejismo erigido por el deseo y la desesperación, como si reinventando el pasado se evitara la estúpida tentación de reeditarlo.

Beatus ille qui procul negotiis… Feliz quien, de negocios alejado, por su mano plantado tiene un huerto, donde sueña el ayer y rectifica para no condenarse a repetirlo.

La biblioteca de Augurio Hipocampo

[CRISTÓBAL SERRA: Augurio Hipocampo]

Hay una isla, por nombre Icnusa, cuyo aire estaba saturado «de olor a hierbas, amargas y salvajes, y la gente parecía fuerte y sencilla». Icnusa, una «tierra donde crece la palma y se condensa la sal», era la isla de los metales, y muy singularmente del plomo, «turbio, venenoso y grávido». Los alquimistas pretendían transfigurar el plomo en oro; cierto viajero obsesivo, en espejos de cristal; de plomo se revisten las cajas de los muertos y se modelan estatuillas fúnebres. «Si va uno más allá de las apariencias, el plomo es realmente el metal de la muerte».

Tiempos de plomo vivió Augurio Hipocampo, «eremita prematuro», en los grises años plomizos de otra isla, bajo la bota del «bando segador» como cualquier península. «Enemigo de las concesiones personales demasiado explícitas, inclinándose más por las veladas», no parece haber escrito una oda a la vida retirada, pero la vivía en su isla secreta, de nombre transparente como el agua de otrora. Su historiador y amigo, refugiados ambos en una especie de matrioshka, se describe a sí mismo y a Augurio Hipocampo como «encerrados adrede en nuestro caparazón», y no sabemos si con un solo juguete[153]. Si existió, debió de ser «la grata lectura». Y fue Augurio Hipocampo —que se autonombraba «nieto de Voltaire»— quien «facilitaba el material del sueño: los libros de la biblioteca paterna». El cronista bosqueja una primera pincelada:

Me prestaba Pickwicks, sobrecargados de ilustraciones costumbristas, tomos de Poe que ponían los pelos de punta, tomos de Shakespeare, ilustrados con láminas de tinte marrón, que recordaban el desvaído tono de las redes secadas al sol. No faltaban, en estos préstamos, Faustos y Tenorios en diferentes ediciones, a cuál más decimonónica. Él escogía para mi placer personajes sedientos de amor y de ternura. Goriot, quizá el más enternecedor de los tipos de La comedia humana, nos impresionaba tanto más que el Lear del cisne de Avon. Leíamos

conjuntamente ambas obras y observamos que el Goriot era un Lear en el fondo y que sufría las mismas humillaciones y tormentos. Ambos habían mordido el polvo de la ingratitud terrena.

Augurio Hipocampo, «con más años y mayor experiencia lectoriana», no solo ponía en sus manos los libros de la biblioteca paterna, sino que, pedagogo etimológico, lo conducía de la mano para evitar que tropezara en tanto libro baladí, o en los poetas hueros, chirles y hebenes de que hizo mofa y escarnio Francisco de Quevedo. Más adelante nutriría su biblioteca «de filósofos entrañables que acabaron por enemistarlo con todo optimismo racionalista». El Rastro palmesano le proporcionó «libros de viejos filósofos en ediciones tan primorosas» que la tentación de leerlos se hizo irresistible. Apunta que «las raras ofrendas del Rastro le permitían engrosar cada vez más su biblioteca». En el Rastro consiguió «bellas ediciones de Epicteto, Marco Aurelio, Heráclito, Lao-Tse y muchos otros filósofos» que describió como «arquetipos antisociales del pensar místico». Epicteto le descubrió «el milagroso poder de la mente, capaz de pensar esto o aquello y capaz asimismo de echar por la borda todo bagaje superfluo». Marco Aurelio, el desasosiego de «un mortal acomplejado que no consiguió ser feliz», y Heráclito, «un místico de la noche y un zahorí de la luz». Llegó un momento en que, seducido por la filosofía estoica y las anécdotas de Diógenes Laercio, prosiguió con el «ingenio bifronte» de La cuna y la sepultura y el Marco Bruto, «un dechado de la prosa española de corte latino y un magnífico ejemplo de los logros de la expresión lacedemónica». Recorrió las Máximas de La Rochefoucauld y de Chamfort, y la obra entera de Vauvenargues, sufridor de intemperies como él. No eludió los libros vedados para impedir la difusión de errores —la perniciosa moda del existencialismo, soportable todavía en Kierkegaard y Unamuno—, aunque Augurio Hipocampo conocía que no es tan fácil establecer la frontera entre la sana razón y el yerro.

Desde Tácito sabemos que «lo arrasan todo y a eso lo llaman paz» (solitudinem faciunt, pacem apellant). La guerra civil «entre piraluengos y apagapiras» lo convirtió todo en un erial. Eran años de plomo, lo hemos dicho. Años en que la bibliografía menos simpatizante era perseguida hasta el nihil obstat. A Augurio Hipocampo se le atribuían lecturas antirreligiosas y sutiles adagios

ingeniosos, como «desterremos el púlpito, burladero de veras, demasiado ha venido con la borla del bonete»[154]. Aun así, leyó La religión al alcance de todos, de Rogelio H. de Ibarreta (libro infame proscrito por la Iglesia); leyó Los grandes cementerios bajo la luna de Bernanos, y estaba de acuerdo con él «ante las sangrientas depuraciones del fascismo»; se sumergió en los evangelios, que los curas habían encogido —donde se familiarizó con el más andariego de todos los profetas, «un Jesús más irónico que fulminador», aunque poco complaciente con los «sepulcros blanqueados»—, y avanzó por los entresijos del Nuevo Testamento. Con este Testamento bien leído —dictaminó doña Pamelina, inglesa afincada en el Puerto— «no hay duda que no se disipe, ni musaraña que no muera». Viajó con el corrosivo Swift, y comparaba al malhumorado Lemuel Gulliver con el escaso humor del fanático de Tarso, «¡violento y sutil!», exclamó en dos ocasiones[155]. Se adentró en Nietzsche, a quien tampoco le sobró el humor. Quiso llegar más allá y cruzó los tres tomos de los Apócrifos editados por Bergua, que le había prestado don Olimpiodoro, así como las Confesiones de Rousseau, en la cuidadosa traducción de Pedro Vances.

Aprendió latín con el cura don Leoncio —«que tenía fama de latinista y de misántropo»—, lo suficiente para leer a Virgilio y Horacio, rebuscando en la fronda del diccionario de Raimundo de Miguel. Augurio Hipocampo, «podador nato», había resumido a Horacio en «un huerto, una fuente de agua viva, y un cachito de bosque». Más adelante estudió un mínimo de hebreo, siquiera para distinguir al asno (hamor) del amor. A los treinta años permanecía soltero, porque, contradiciendo a la astrología, no había resultado afortunado en amores, y cada vez que se enamoraba llegaba a la conclusión de que, si nació para el amor, también para el fracaso. Tuvo un amor tormentoso y desgraciado, pero seguía quedando suspendido ante los atributos femeninos: «el jardincillo inferior y las dos margaritas superiores».

«Había leído los poemas proféticos de Blake cuando no contaba más de 18 años», y conservaba en su biblioteca «libros, ilustraciones y varias biografías». Para él William Blake «no era yeso, sino cal viva», un visionario capaz de vislumbrar «un mundo en un grano de arena, un cielo en una flor silvestre». Le resultaba curioso comprobar cómo Blake, «tan duro en apariencia», en el fondo pudiera ser tan tierno. Nuestro cronista se pregunta cómo se las ingenió para conocer un

poeta entonces desconocido y casi proscrito en nuestro país. A su lado —lo subrayó el día en que leyeron en Le Soir la noticia del óbito de Breton—, estimaba en poco el surrealismo francés, que, «además de bufonada, le parecía poca cosa». Sancho Panza, viendo a su amo tendido de un garrotazo, lo apostrofó, trabucando los conceptos, de «humilde con los soberbios y arrogante con los humildes» (I 52.68). Augurio Hipocampo no se equivocó: él sí era «respetuoso con el humilde, duro con el altanero», y por eso «la altanería bretoniana» lo llevó a emplear términos tan severos que al narrador dejaron asombrado.

Era asimismo muy joven cuando publicó «un folleto ilustrado que recogía buena parte de las observaciones meteorológicas». Lo tituló con el latinajo Corpus signarum (o signorum, que en esto como en otras faces hipocámpicas hay alguna diferencia). Entre sus heterogéneas lecturas el cronista de su historia rastreó la inclasificable Anatomía de la melancolía de Burton; la Paracélsica de Jung, y «tanto le interesó su lectura, que no hubo libro del suizo que dejara de leer»; la Filosofía oculta de Agrippa, que estaba entre sus libros preferidos; Gracián y Montaigne, al que Quevedo designaba como «el señor de la Montaña»; el Bhagavad-Gita y la epopeya de Gilgamesh; el Zohar. En el Zohar está escrito que «Dios envió un libro a Adán, que conoció en él la sabiduría superior. […] Cuando Adán fue expulsado del Jardín del Edén, trató de conservar el libro, pero el libro huyó de sus manos». ¿Pensó Augurio Hipocampo que había vuelto a las suyas? Sus lecturas habían hecho jardín de su biblioteca.

Durante algún episodio de enfermedades —ya felizmente superadas—, y mientras meditaba in die illa tremenda, se dio a leer el Tratado de la oración y la consideración del padre Granada, en un ejemplar no heredado, que veneraba como a un incunable. «De la obra del padre Granada, que a ratos resultaba un lamento sutil, le impresionaban ciertas imágenes, si no espeluznantes, deprimentes, que le recordaban palabras de Hamlet». Durante otra, no tan pasajera, leyó el «ameno y aleccionador diario victorhuguesco». Análogamente, a Molinos lo leyó mientras se restablecía de una caída que le hendió la barbilla en dos. Gracias al Esquema de la historia, de H. G. Wells, supo «que los huevos de las aves de corral fueron adquisiciones tardías de la cocina humana, y que no se consumieron en cantidades desmesuradas como hoy». Y agregó no sin dosis de humor y aroma de greguería: «Los huevos revueltos nos dicen que no volverán».

Era un maniático, un impenitente anotador de márgenes en los libros, aunque tal vez no llegó a los bárbaros extremos del uruguayo Carlos Brauer. En los márgenes del libro de Finzi, L'asino nella leggenda e nella letteratura, que su bisabuelo se había traído de Italia en uno de sus viajes, dejó unas apuntaciones sobre el asno Set: más tarde pasarían a «la vasta teoría de su asnología portátil», que había saturado su archivo asinario. Los apócrifos y las revelaciones de María de Ágreda y otras místicas ratificaban la importancia del asno en el nacimiento, huida y triunfo del profeta nazareno, en otros lugares denominado «Sol de la Evidencia». Tuvo amistad con don Regalado Scott Moreno, excónsul, erudito y bibliómano, que albergaba en su biblioteca extraños libros. R. S. M., iniciales tras las que le gustaba ocultarse, le dio a leer sus Epístolas asininas; el mismo Hipocampo escribió unos Papeles asinarios «(que el editor Caparroja no llegó a editar)», como también está inédito su Epistolario lunático. Dejó inacabada Los atajos escabrosos, que habría podido ser «la posible obra cimera de la asnología baleárica».

La materia asnal de su biblioteca no era muy nutrida, pero «su imaginación suplía la carestía de datos». Allí estaba el Banchieri, «libro fundamental para conocer los secretos de la genealogía asinaria»[156], y El asno ilustrado, o sea La apología del asno. Con notas y El elogio del rebuzno por apéndice, por un asnólogo, aprendiz de poeta (1837) —un poema de cerca de 2000 endecasílabos asonantados en e-o—, que quiso el azar que encontrara una vez más en el Rastro palmesano[157].

Su literatura aforística solo en parte quedó recogida en Haz de adagios marinos. Mención aparte merece la epistolografía. Augurio Hipocampo escribió «un sinnúmero de cartas —sin fecha— que jamás fueron remitidas». Su teoría epistolar, «menos circunstanciada que la del poeta Salinas», incluía apologías y rechazos, como cualquier sujeto literario, y así, desdeñaba a Feijoo, «el gallegazo»; rechazaba al Rilke epistológrafo y veneraba a Max Jacob, víctima de la barbarie nazi[158]. Sus Cartas hipocámpicas, junto con el Epistolario lunático, los Papeles asinarios y los Caprichos (Breve selección de notas, cifras y estampas de Augurio Hipocampo extraídas por don Apodemio Caparroja (editor) con la venia del autor), siguen a la espera de la edición de Caparroja, o Caparrosa, que en esto de editar, como en las variaciones de su nombre, se está mostrando poco diligente.

Una vez un viento tormentoso de octubre lo llevó en volandas, y aunque la caída no fue mortal, por efecto de la torcedura de tobillo le quedó, como a Ignacio de Loyola, una indecisa cojera que desaparecía y reaparecía con los cambios de tiempo, y en los momentos de manifestación o epifanía le daba cierta manera casi graciosa de andar. Durante los días otoñales se encerraba en su chiribitil «para releer su querida poesía italiana moderna (Montale, Ungaretti, Saba). Varios eran los volúmenes de esos poetas preferidos que reposaban en su mesa de trabajo». Un amigo de Catania le enviaba periódicamente nuevos libros. En los días de amores borrascosos, había recurrido a los Cantos órficos de Dino Campana, donde tal vez atisbó las algas marinas y el olor del viento en los cabellos de la amada: «ed io lontano e solo». La tierra baldía siempre afloraba al llegar el mes más cruel del año.

Plinio solía decir que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, y el doctor Trench, tal vez por simetría, concluyó que «el poeta Blake afirmó que no había tratado nunca a un hombre malo en el que no hubiese encontrado mucho bueno»[159]. Augurio Hipocampo, del que se dijo que era «un ser puro, al que la ciudad no había contaminado», vivió lo suficiente para asistir al «derrumbe, con todos los cascotes, de los templos demolidos». Y si el Maestro de las Bienaventuranzas abominaba de la adoración a Mammón, Augurio Hipocampo desconfiaba del «mamonismo invasor» y de esta civilización que había entronizado al ídolo mental del Progreso indefinido. Es de creer que fue él quien regresó a Cotiledonia, para comprobar «la fealdad y el mastodontismo de cemento», la civilización monetaria de «este globo profano y fariseo», como había vaticinado William Blake.

[153] «Un caparazón insonoro», puntualiza Hipocampo en sus Confesiones de un asnólogo barbiponiente. Como también que «andábamos sobrados de bota militar y de tiranuelo de poca monta». Y es ahí donde acredita que «mi natalicio tuvo lugar en Palma».

[154] Le habría gustado saber cómo Sloterdijk ha corroborado su sorna silenciosa: «El theologeion de los griegos [el deus ex machina de los latinos] fue reproducido cum grano salis en las iglesias de Occidente a partir del siglo XIII en los púlpitos de prédica; desde entonces fueron, efectivamente, teólogos quienes subieron a ellos. […] Por regla general los púlpitos están adosados a un pilar a algo menos de media altura y se cubren con un tornavoz que proporciona sonoridad; sobre él se asienta no pocas veces una paloma; a veces se retuerce sobre el tornavoz un dragón vencido por sagrada ironía» (Peter Sloterdijk: Hacer hablar al cielo. La religión como teopoesía. Trad. de Isidoro Reguera. Madrid: Siruela, 2022, p. 61).

[155] Señala honradamente el cronista los leves desacuerdos que tuvieron a propósito de Judas el pelirrojo; nuestro narrador sugiere que «el Judas del Evangelio era un hombre desencantado que perdió la fe en otro, porque este no le ofrecía o no podía ofrecerle todo lo que él deseaba». Ninguno menciona La ceremonia de la traición, de Mario Brelich, ni aquella tortuosa exclamación del Judas de Yeats, fuera o no pelirrojo: «¡Quien le traicione consigue la libertad!» (Calvario, 1920). Es de saber que D. H. Lawrence y Yeats pasaron por Mallorca; el primero dejó polvo mortal (deathly dust) al final de un verso, mientras el segundo confesaba que «la única literatura seria que leía sin cesar era la Odisea en la traducción de Lawrence». Augurio Hipocampo tenía conocimiento de ambos.

[156] Se trata de La nobiltà dell'asino di Attabalippa dal Perù provincia del mondo novo, tradotta in lingua italiana, Bolonia, 1598. Adriano Banchieri (1568-1634), benedictino, compositor, organista y abad, firmó como Attabalippa del Perú este elogio del asno, en el que disertó sobre la naturaleza del perro, el caballo, el león, el mono y el elefante. A todos ellos prefirió el asno, y contó, «con placentero y desenfadado discurso», sus facultades, virtudes, excelencias y propiedades. No le

faltó sino ponerle música.

[157] «Para encontrar libros raros y curiosos, no hay como el Rastro palmesano —aseguró Augurio—. Las librerías no te ofrecen rareza alguna, y heterodoxia escrita, muy poca».

[158] No es improbable que Augurio Hipocampo hubiera leído Le cornet à dés (o El cubilete de dados, como tradujo Guillermo de Torre), en el que se habría encontrado con esta pared de ladrillos: «Mur de briques, bibliothèque!», que podría ser una greguería de Ramón. No en balde Guillermo de Torre, que lo definió como «un gran retruecanista», añade: «Realiza esa especie de "charlotismo" literario, juguetón e irreverente, que ya se ha señalado en nuestro Ramón Gómez de la Serna, con quien tiene alguna analogía» (Literaturas europeas de vanguardia, Madrid: Rafael Caro Raggio, 1925, pp. 142-47).

[159] W. B. Yeats, Palabras en el cristal, en Teatro completo y otras obras. Pról. de G. S. Fraser, trad. de Amando Lázaro Ros. Madrid: Aguilar, 3.ª ed., 1962, p. 821.

La biblioteca de Sylvestre Bonnard

[ANATOLE FRANCE: El crimen de Sylvestre Bonnard]

Sylvestre Bonnard, filólogo impenitente y académico, descendía de uno de los últimos capitanes que se batieron en la decisiva batalla de Waterloo. Su tío, el capitán de infantería y caballero de la Legión de Honor Aristides-Victor Maldent, tronó como Júpiter Tonante el día en que Sylvestre, de niño, le pidió que le comprara una muñeca. No lo hizo, pero acabó legándole un bastón. Y Sylvestre Bonnard, que sabía que «somos eternamente niños y se nos antojan sin cesar nuevos juguetes», andando el tiempo consiguió los juguetes que acabaron sustituyendo a aquella frustrada muñeca de la infancia: libros y manuscritos.

Tenía miles y miles de libros, que su criada Thérèse, como el ama de don Quijote, pensaba que habrían de volverle el juicio. Para «un hombre desprovisto de toda imaginación», como él mismo reconocía y repetía, construyó su sueño en una biblioteca, y su más íntimo deseo, a la hora de abandonar este mundo, era el siguiente: «¡Ojalá me encuentre Dios en mi escalera frente a los estantes repletos de libros! Cada uno construye a su manera el sueño de su vida».

De su aspecto físico cabe destacar su nariz, «extraordinaria por su masa, su forma y su colorido», aunque omite cualquier alusión al popular soneto de Quevedo. De su indumentaria, un bastón, «cuyo puño de plata cincelada representaba a don Quijote galopando lanza en ristre contra los molinos de viento, mientras Sancho Panza con los brazos alzados le conjura inútilmente para que se detenga». Fue este el bastón que heredó del capitán, el cual, si hemos de creer a su sobrino, «se parecía más a don Quijote que a Sancho Panza, y recibía los palos con la misma naturalidad que la mayor parte de las gentes emplea en evitarlos». Durante treinta años lo llevó consigo, y a veces el caballero le daba este consejo: «Imagina con tenacidad importantes empresas y aprende que la imaginación es la única realidad del mundo». Solo por este bastón Mr. Bonnard y su tío merecen figurar en este libro, aunque no creo que nadie haya puesto en duda que el Quijote estuviera en su biblioteca.

Visitaba con frecuencia a los bouquinistes de los muelles del Sena, «esos heroicos traficantes del ingenio que viven sin cesar al aire libre, y tan familiarizados con el viento, las lluvias, las nevadas, la niebla y el sol, que acaban por parecerse a las viejas estatuas de las catedrales». Siempre adquiría algún libro imprescindible, que tanto había necesitado sin sospecharlo siquiera.

Cuando se accede a una biblioteca numerosa siempre tenemos una pregunta tópica en los labios: «¿Y los ha leído todos?». Un amigo suele responder: «La Enciclopedia Británica solo Borges». Pero, ante la misma pregunta, Sylvestre Bonnard respondió: «Desgraciadamente sí; por eso no sé nada, pues ninguno de estos libros deja de desmentir al otro».

La biblioteca de Mr. Bonnard recibió el nombre de «ciudad de los libros». Era la «colmena humana donde tenía su celda para destilar la miel un poco áspera de la erudición». Había libros tan raros y curiosos que los banqueros se los habrían disputado a los príncipes. De algunos ha quedado noticia: así, las Horas de Simón Vostre; unas Preces piae que usó la reina Claudia; un «ejemplar incomparable de la Historia de la Abadía de Saint Germain-des-Près…, en cuyo margen el mismo autor, Dom Jacques Bouillart, escribió notas interesantísimas», u otro de la Gynevera de le clare donne[160]; el manuscrito que contenía «el diario de gastos de la abadía de Citeaux desde 1683 hasta 1704»; un Mably y un Raynal anotados por la mano de su padre del principio al fin; una primera edición de la colección de trajes de Vecellio, «tan noble como las nobles damas que figuran en sus páginas amarillentas y embellecidas por el tiempo»[161]… Libros con lomos de tafilete «agradables a la vista y vitelas suaves al tacto».

Pero la joya de la ciudad era el codiciado manuscrito de La leyenda dorada, del clérigo Jean Toutmouillé. Un catálogo lo describió así:

La leyenda dorada de Santiago de la Vorágine. Traducción francesa del siglo XIV, por el clérigo Jean Toutmouillé.

Soberbio manuscrito adornado con dos miniaturas maravillosamente ejecutadas y en perfecto estado de conservación. Una representa la Purificación de la Virgen y otra la coronación de Proserpina.

A continuación de la Leyenda dorada, se hallan las leyendas de los santos Ferreol, Ferrucio, Germán, Vicente y Droctoveo, XXVIII páginas, y la Gloriosa sepultura del señor San Germán de Auxerre, XII páginas.

Este precioso manuscrito, que formaba parte de la colección de sir Thomas Raleigh, lo posee en la actualidad el señor Miguel Ángel Polizzi, de Girgenti.

Persiguió el manuscrito hasta Agrigento, de donde había volado cuando él llegó; regresó a París, pero la librería que lo adquirió acababa de ponerlo en subasta; de la subasta acabó en las manos de un desconocido coleccionista, cuya puja no fue posible superar. Y hete aquí que, cuando lo daba definitivamente por perdido, llegó a la «ciudad de los libros» envuelto en el aroma de un ramo de violetas, que cubrían con su abundancia perfumada el mejor regalo que jamás pudo soñar o, por mejor decir, con el que siempre soñó. Y ahora estaba allí, con La Purificación de la Virgen y La Coronación de Proserpina; con la leyenda de los santos Ferreol, Ferrucio, Germán, Vicente, Droctoveo y el poema de la Gloriosa sepultura del señor San Germán de Auxerre. Fue entonces cuando, al conocer de dónde procedía el regalo —en realidad el pago agradecido e infinitamente acrecentado de un manojo de leña once años atrás—, se dijo: «Bonnard, descifras textos antiguos pero no sabes leer en el libro de la vida».

En agosto de 1874 fue reclamado para hacer el inventario de los manuscritos de la biblioteca de Paul de Gabry. Una noche de tormenta, mientras examinaba un bonito ejemplar de la Crónica de Nuremberg, un hada minúscula pero perfectamente formada se le apareció cabalgando sobre el lomo de la Crónica, y le dijo que «la sabiduría no es nada, la imaginación lo es todo[162]. Solo existe lo que se imagina. En la vida todo es soñado —añadió—, y puesto que nadie sueña con vos, Sylvestre Bonnard, sois vos quien no existe». ¿No le había dicho algo parecido don Quijote?

En diciembre de 1861 afirmaba desdeñosamente estar reñido con las rosas e ignorar los chistes, salvo los que se permitía hacer sin darse cuenta en el transcurso de sus trabajos científicos. Por entonces no

podía saber que, años después, habría flores en todos los muebles. En agosto de 1869 se lamentaba de no haber sabido nunca amar ni cantar. Con todo, le «atrajeron siempre con mayor facilidad las pasiones desenfrenadas que la indiferente prudencia», y en algún momento llegó a escribir, no sin ironía, que «el hombre ha nacido más para tomar helados que para compulsar textos antiguos». Le gustaban los vinos de Sicilia, que posponía ante la contemplación de un manuscrito, pero podía beber con respeto un vino de vieja raza y de noble virtud como es el Château-Margaux.

En su diario figura un emotivo recuerdo de su padre, que se pasó la vida leyendo de la mañana a la noche junto a la ventana, y del que asegura haber heredado su afición por los libros. Al hilo de la narración sobrenada una leve muestra de sus muchas lecturas: Homero y Platón; la trilogía de Edipo de Sófocles, con los poetas de Grecia y Roma; el Cuento de invierno shakespeariano; Horacio y su oda a Póstumo; el agua de Empédocles; el alma gigantesca de Dante en la Comedia; un verso de Du Bellay: Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage, que un siglo después cantaría Brassens; Goethe, cuya fuerza vital era tan extraordinaria que creía que uno solo muere cuando lo consiente; Sainte-Beuve y una consideración sobre la vejez; Spengrel y los amores de las flores; las Fábulas de La Fontaine; y desde luego el Quijote. De su memoria da fe el hecho de que en otro tiempo podía recitar, sin temor a equivocarse, quinientos versos de Girart de Roussillon.

Durante veinte años colaboró en el Diario de los eruditos, publicó treinta volúmenes de textos antiguos, entre ellos, su modélica edición de la Poesía completa de Gauthier de Coincy, y La descripción de las abadías benedictinas en 1600, un trabajo que, a pesar de su dedicación, recibió con desdén cierto estudiante que trató de imbécil a su autor sin conocerlo.

Hemos visto cómo una noche de tormenta, en la biblioteca de Paul de Gabry, vio un hada a caballo de la Crónica de Nuremberg. Sobre la existencia de las hadas y el cumplimiento de los sueños hay opiniones encontradas. Pero, poco después, Sylvestre Bonnard, del mismo modo que había recibido un manuscrito, heredó una nieta imposible. Y con ella, al estudiante que lo trato de imbécil.

También le sobrevino el paso del tiempo. En cierta ocasión un

compañero académico se lamentaba de las pesadumbres de la vejez, y Sainte-Beuve, con su humor característico, le respondió que «de momento, envejecer era la única forma de prolongar la vida». En 1875 Sylvestre Bonnard tenía 68 años. Sentado bajo una encina, mientras intentaba adivinar el secreto de la armonía entre las abejas y las flores, tal vez recordara aquel libro de Spengrel de su primera juventud, cuando lo leía todo, en que el autor exponía «algunas ideas acerca de los amores de las flores». Bajo la encina prometió no morirse, o por lo menos —siguiendo la fórmula de Goethe— no «consentir en morir» antes de haberse sentado al pie de otra encina para reflexionar sobre «la naturaleza del alma y los destinos del hombre». En julio eludió nombrar a «la Implacable», no fuera a detenerse al oír su nombre. A principios de 1876 consintió en estar enfermo, pero por esa vez no pensó concederle más a la naturaleza. Antes de morir dejó terminado un libro sobre los insectos y las flores.

Sea como fuere, creemos que «consintió en morir» poco después de 1882, tras haber exhalado un evangélico nunc dimittis. No sabemos si en su consentimiento intervino la persuasión de algún mal conocido con una de esas «palabras híbridas, semigriegas, semilatinas, terminadas en -itis y en -algia», o un ataque de apoplejía, como en el caso de un colega suyo, casi desconocido, ante cuya tumba, en junio de 1875, había pronunciado un convencional discursito de circunstancias. De todos modos, para entonces él ya sabía que la humanidad se compone en su mayor parte de muertos, que el número de los vivos es insignificante al lado de los que ya no existen y que «la vida es aún más limitada que la limitada memoria de los hombres».

En vísperas de la subasta de su biblioteca volvió a leer la historia del anciano ciego y rey mendigo que erraba conducido por Antígona. Sucede que su biblioteca acabó subastada para que sirviera de dote a la nieta de su viejo amor. Fue entonces cuando conoció el crimen. El crimen de Sylvestre Bonnard consistió en hurtar a la subasta —y en consecuencia a la dote de su nieta— los libros que le habían regalado, algún venerable volumen gótico o un noble poeta del Renacimiento, y singularmente La leyenda áurea o dorada traducida por Toutmouillé.

[160] Primoroso ejemplar, según parece, de las 33 biografías de mujeres famosas que el humanista italiano Giovanni Sabadino degli Arienti (1445-1510) dedicó en 1490 a Ginevra Sforza.

[161] En la BNF hay actualmente un ejemplar de Cesare Vecellio, Costumes anciens et modernes. Précédés d'un Essai sur la gravure sur bois par M. Amb. Firmin-Didot, París, Firmin Didot, frères, fils, 1859-1860. No he podido saber si es el mismo que estaba en la biblioteca de Mr. Bonnard.

[162] En lo que contradecía a Flaubert, como ha puntualizado Vargas Llosa: «A partir de Flaubert los buenos novelistas no lo fueron solo por el vuelo de su imaginación, lo atractivo de sus historias, el relieve y la figura de sus criaturas, sino, sobre todo, por su manejo de las palabras, los alardes de su técnica, las astucias de su empleo del tiempo y la originalidad arquitectónica de sus historias. Desde Flaubert, los novelistas siguieron siendo soñadores, fantaseadores, memoriosos; pero, ante todo, fueron estilistas, relojeros de palabras, ingenieros de cronologías, planificadores minuciosos de la aventura humana. Las alucinaciones y videncias siguieron estando permitidas, a condición de que cuajaran en una prosa adecuada y una estructura funcional. Ni el genio de Proust, ni el de Joyce, ni el de Virginia Woolf, ni el de Kafka, ni el de Faulkner, hubieran sido posibles sin la lección de Flaubert» («Flaubert, nuestro contemporáneo», en Letras Libres, 30 de abril de 2004).

La biblioteca de Bouvard y Pécuchet

[G. FLAUBERT: Bouvard y Pécuchet]

El 20 de enero de 1839, François-Denys-Bartholomée Bouvard recibió una carta que pudo haber alterado el rumbo predecible de la historia de la civilización. Monsieur Tardivel, notario de Savigny-en-Septaine, le anunciaba que un tío remoto, del que solo conservaba un vago recuerdo y un retrato al óleo, había resultado ser su padre: acababa de morir y en su testamento le dejaba una buena parte de su fortuna.

Bouvard era viudo y sin hijos. (Sería más preciso decir que su mujer desapareció con la caja a los seis meses de casados y nunca más se supo de ella). Tenía cuarenta y siete años y un amigo de la misma edad: Juste-Romain-Cyrille Pécuchet. La holganza de un domingo, unida a la tristeza de un día de verano, los llevó a sentarse en el mismo banco. Quiso el azar que ambos llevaran sus nombres escritos en el sombrero y en la gorra: la conversación hizo el resto. Desde aquel día se hicieron inseparables.

Pécuchet era soltero. (Puntualiza el cronista que no había sido por falta de pasiones, pues anduvo «enamorado sucesivamente de una volatinera, de la cuñada de un arquitecto, de una vendedora, y finalmente de una lavanderita: y ya se iba a celebrar la boda cuando descubrió que estaba embarazada de otro»; lo cierto es que a sus cuarenta y siete años seguía virgen y lo seguiría a los cincuenta y dos). Sus puntos de vista políticos coincidían sustancialmente, aunque Bouvard era un poco más liberal y detestaba a los jesuitas[163]. Y, si bien el uno era discreto, reservado, ahorrador, mientras el otro era más bien confiado, distraído y generoso, pronto los adjetivos comenzaron a contaminarse y confundirse. Sugiere Borges que «cinco años de convivencia fueron transformando a Flaubert en Pécuchet y Bouvard o (más precisamente) a Pécuchet y Bouvard en Flaubert»[164].

Ambos eran copistas y calígrafos, aunque, al menos Bouvard, «en su juventud había mostrado dotes de actor». De pronto descubrieron su sed de conocimiento y el hastío que les causaba la oficina. Comprobaron también con cierto asombro que el aumento de ideas

acrecentaba sus sufrimientos. (No en vano el viejo Qohelet había dicho que a más sabiduría más pesadumbre y que quien añade ciencia añade dolor). Alguna vez soñaron con averiguar el número exacto de volúmenes que guardaba la Biblioteca Nacional. La herencia inesperada ordenó las cosas de modo que pudieran colmar sus ansias de saber y de aventuras[165].

Empezaron por comprar una granja en Chavignolles. Ardua resultó la elección de cada uno de los libros que compondrían la biblioteca: ante cada ejemplar surgía la duda de si era realmente «un libro de biblioteca». Bouvard, más expeditivo, decidió que no la necesitaban, y entonces Pécuchet optó por trasladar la suya. Fue destinada a biblioteca la última habitación del primer piso, con las modificaciones que impondría el transcurso del tiempo y de intereses: «Guardaba los antiguos libros traídos de París y los que, al llegar, habían descubierto en un armario». Entre los primeros estaban sin duda los volúmenes de la Enciclopedia Roret, y es de suponer que también el Manual del magnetizador, un Fénelon[166] y el resto de los libros que Pécuchet había amontonado en su domicilio de la calle Saint-Martin. Los del armario habían pertenecido a «un viejo jurisconsulto maniático y cultivado»: se pudieron encontrar «muchas novelas y obras de teatro, con un Montesquieu y traducciones de Horacio», posiblemente un Tácito y la obra de Beaufort sobre la historia romana.

Sin embargo, su primer impulso hacia las culturas campestres (la agri-, la horti-, la arbori-) los obligó a renovar sus conocimientos y adquirir nuevos manuales. Desempolvaron los cuatro volúmenes de La casa rústica, pidieron los cursos de Gasparin y se suscribieron a un periódico de agricultura; leyeron a Franklin, Rieffel y Rigaud; observaron que Puvis y Roret sustentaban juicios opuestos respecto del uso de la marga; advirtieron las contradicciones existentes entre Leclerc y Gasparin sobre barbechos, entre Tull y el mayor Beatson en materia de abonos y labrantíos; para comprender los signos del tiempo (¿de los tiempos?) estudiaron las nubes según la clasificación de Luke Howard. En un momento de desánimo y despecho vino a confortarlos El arquitecto de los jardines, de Boitard.

Un estrepitoso fracaso con el alambique los situó al borde del infortunio supremo. Reconocieron su desconocimiento de la química, que los indujo a procurarse el curso de Regnault. Como se revelara harto dificultoso, recurrieron a la obra, más asequible, de Girardin. La

curiosidad por la anatomía los empujó hasta el manual de Alexandre Lauth y el Diccionario de ciencias médicas. También aprendieron a «sufrir por la ciencia». Siguieron comprando libros. Le había tocado el turno a la fisiología, y un bouquiniste de Bayeux les proporcionó los célebres tratados de Richerand y de Adelon. Consultaron a Vauquelin, Kiell[167] y Borelli, para acabar concluyendo, con el viejo dicho, que «la fisiología es la novela de la medicina».

Seducidos «por la claridad de la exposición» del Manual de la salud de François Raspail, se iniciaron en el arte de curar. Pero la lectura de Van Helmont, Boerhaave y Broussais acabó trastornándoles el seso. Acudieron al Manual de higiene del doctor Morin, pero no encontraron alimento sin inconvenientes ni vetos sin defensores. El tabaco y el café que Morin anatematizaba lo bendecían Decker[168] o Becquerel. Si hasta allí habían creído en la insalubridad de los lugares húmedos, Casper los declaraba menos nocivos que los otros; si consideraban perjudicial lanzarse al agua sin haberse refrescado previamente, Bégin ordenaba lo contrario; si un vaso de vino tras la sopa pasaba por ser excelente para el estómago, Lévy lo acusaba de estropear los dientes.

Tras una copiosa cena vengadora de todos los manuales higiénicos y sanitarios —sahumada de tabaco, regada con champagne y con café—, una mirada nostálgica a las estrellas los transportó hasta Buffon y Las épocas de la naturaleza. De ahí pasaron a las Armonías, de Bernardin de Saint-Pierre, y acabaron comprando la obra de Depping sobre las Maravillas y bellezas de la naturaleza en Francia. En el vértice opuesto, el microscopio los condujo a las Cartas de Bertrand con el Discurso sobre las revoluciones del globo, de Cuvier.

Emprendieron sus exploraciones geológicas al amparo de la Guía del viajero geólogo, de Boné[169], matizado por el escepticismo de Omalius d'Halloy. A través de biografías y resúmenes se aproximaron a las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire y a las teorías de Élie de Beaumont. En su acaloramiento, Pécuchet se remitió al Telliamed, «un libro árabe». Acudieron al manual de D'Orbigny para investigar la causa y efecto de la aurora boreal.

La afición por la arqueología en general y por la civilización druida en particular, con una derivación hacia las porcelanas, les hizo pensar seriamente en aprender hebreo, «la lengua madre del celta, si es que

no deriva de él». Dedujeron que su posterior aburrimiento por la cerámica y el celtismo procedía de su ignorancia de la historia. Así, desempolvaron la obra de Anquetil, que se hallaba en la biblioteca; leyeron las cartas de Augustin Thierry, con dos volúmenes de Genoude; abordaron la colección de Buchez y Roux; recurrieron a Thiers. «Esto ocurría en el verano de 1845, en el jardín, bajo el cenador. Pécuchet, con los pies descansando en un banquillo, leía con toda la fuerza de su voz cavernosa, sin cansarse, no deteniéndose más que para meter los dedos en la tabaquera. Bouvard le escuchaba, con la pipa en la boca, las piernas abiertas, la bragueta desabrochada».

Leyeron a Thiers, a pesar de los errores que otrora había hallado Pécuchet; consiguieron las obras de Montgaillard, Prudhomme, Gallois, Lacretelle, etc., sin importarles sus contradicciones. Para evitar la pasión de la cercanía y proceder con un saludable distanciamiento, se remontaron a la historia antigua. «Y empezaron por el bueno de Rollin»; revolvieron los tomos del armario en busca de la historia romana de Beaufort; tornaron a Francia con Sismondi. Intentaron retener aquel laberinto de fechas, adoptando los sistemas mnemotécnicos que el profesor Dumouchel había encuadernado en un volumen en 12.º. No dio resultado: «De la despreocupación por las fechas pasaron al desdén por los hechos. ¡Lo importante era la filosofía de la Historia!». Pero Bouvard no pudo acabar el célebre discurso de Bossuet, y Pécuchet le dio a leer la Scienza Nuova de Giambattista Vico. La insatisfacción creciente les sugirió la idea de escribir ellos mismos lo que no podían hallar en los demás. Y así, resolvieron redactar la vida del duque de Angoulême. Pasaron quince días en la Biblioteca Municipal de Caen allegando material, hasta que comprendieron que una vida nunca está completa si se ocultan los affaires de cœur. Solo entonces advirtieron la utilidad de la novela histórica, pues ya se sabe que «sin la imaginación, la historia es imperfecta».

Instalados a ambos lados de la chimenea, cada uno con su libro entre las manos, empezaron por Walter Scott y siguieron con Dumas, que les divirtió «como una linterna mágica». La lectura de los dos maestros los volvió exigentes, y ya «no pudieron tolerar el fárrago de Belisario, la necedad de Numa Pompilio, de Marchangy, del vizconde de Arlincourt», el tono desvaído de Frédéric Soulié (como del bibliófilo Jacob) y algún anacronismo de Villemain. Por desgracia, pronto advirtieron que Quintín Durward, Las dos Dianas, El paje del Duque

de Saboya, La Dama de Montsoreau o La Reina Margot admitían inexactitudes históricas con total impudor. Y así, mientras Bouvard se pasaba con armas y bagajes a George Sand, Pécuchet se engolfaba en el teatro: «Se tragó dos Faramond, tres Clodoveos, cuatro Carlomagnos, varios Felipe-Augustos, una muchedumbre de Juanas de Arco, y no pocas marquesas de Pompadour y conspiraciones de Cellamare. Casi todas las obras le parecieron más estúpidas aún que las novelas». El entusiasmo de Bouvard por George Sand lo empujó a leer Consuelo, Horace y Mauprat, pero tanto socialismo y república les hurtaba el amor, y se zambulleron en La nueva Heloísa, Delphine, Adolphe, Ourika. ¿Pero es que puede el mundo todo contenerse en los límites del corazón? Tantearon la novela humorística con el Viaje alrededor de mi cuarto, de Xavier de Maistre, o Bajo los tilos, de Alphonse Karr. Se sumergieron en Balzac, que los maravilló a la vez «como una Babilonia y como granos de polvo bajo el microscopio».

El deseo de instruirse de Bouvard y su afán por conocer las costumbres lo hizo descender hasta Paul de Koch. Pero «Pécuchet, inclinado a lo ideal, hizo girar insensiblemente a Bouvard hacia la tragedia». Recitaron el sueño de la Atalía de Racine, se aprendieron de memoria los diálogos más famosos de Racine y de Voltaire. Bouvard gritaba de dolor en el Filoctetes de La Harpe, hipaba en la Gabrielle de Vergy de Pierre Laurent de Belloy, e intentó reproducir el silbido del áspid en la Cleopatra de Marmontel: el efecto fallido les hizo estallar en carcajadas y decayó su aprecio por la tragedia. Pasaron a la comedia, «que es la escuela de los matices». Pero quizá Molière fuera demasiado sutil para aficionados, y fracasaron con los personajes de El misántropo y El amor médico. Por lo demás, «apenas notaban diferencia entre Victor Hugo, Dumas y Bouchardy». Unos versos de Hernani estuvieron a punto de obrar un milagro de amor, pues ya se sabe que «el arte, en ciertas ocasiones, conmueve los espíritus mediocres, y sus intérpretes más torpes pueden revelarnos otros mundos». Pero su deseo de escribir una obra fracasó, a pesar de haber estudiado la Práctica del teatro de Aubignac. ¿Cómo se puede escribir un verso cuando los gramáticos no se ponen de acuerdo ni en la ortografía? No salieron adelante ni tras haber filosofado sobre lo bello y lo sublime[170].

La proclamación de la República de 1848 los pilló desprevenidos y sin pasto intelectual. Anduvieron documentándose sobre el sufragio universal, el derecho de intervención[171], las teorías del derecho divino

y otras soberanías… Acabaron leyendo El contrato social de Rousseau[172] y se hicieron con el Examen del socialismo de Morant. De ahí pasaron a Fourier y al mundo armónico de sus falansterios: al ver la teoría de que «toda mujer, si le interesa, posee tres hombres: el marido, el amante, y el progenitor» y que «para los solteros se instituyen las bayaderas», Bouvard afirmó sin dudarlo: «¡Eso me conviene!». De Saint-Simon y Fourier saltaron a Louis Blanc, a Lafarelle, a Proudhon; a Étienne Cabet y a Pierre Leroux, socialistas utópicos; a Augusto Comte. Admitieron su desconocimiento de la economía política. Pero no les dio tiempo a sumergirse en la nueva ciencia, porque el 3 de diciembre de 1851 se disolvió la Cámara, y fue elegido Luis Bonaparte. Tengo para mí que su «decepción política» fue síntoma más de realismo que de insania. Pero a su desengaño de la política, siguió el desengaño amoroso, que dejó como reliquias una letanía de injurias y una enfermedad venérea.

Quisieron «mejorar su temperamento por medio de la gimnasia», y para ello adquirieron el manual de Amorós[173]. Una caída sobre las judías y otros tropiezos los convencieron de que la gimnasia no era conveniente para los hombres de su edad[174]. Se pasaron al espiritismo. Alimentados de manuales, repasaron la Guía del Magnetizador de Montacabère y el manual de Puységur[175]. Un tesoro incierto los convirtió en incipientes zahoríes. Derivaciones sobre la materia y el espíritu[176], el alma y Dios, los llevaron hasta Voltaire, Bossuet, Fénelon, e incluso a la Ética de Spinoza. Demasiado pan para tan pocos dientes, y más sabiendo que a Pécuchet le faltaban los caninos. Tuvieron que conformarse con el Curso de Filosofía para estudiantes, de Guesnier. Pero tras recorrer los índices de varios volúmenes se hartaron de filósofos, de lógica y de psicología, y llegaron a la conclusión de que «la metafísica no sirve para nada». Sabían que se podía vivir perfectamente sin «las ilustres incertidumbres que son la metafísica», pero la metafísica «volvía a propósito de la lluvia o del sol, de una piedrecilla en el zapato, de una flor en el césped, a propósito de todo». Veían las insuficiencias tanto del espiritualismo como del materialismo. Solo la cruda realidad de su economía descendente vino a curarlos de cierto escepticismo.

«El único problema filosófico verdaderamente serio es el del suicidio», escribiría Albert Camus más de un siglo después. Bouvard y Pécuchet comprendieron que «el mayor de los problemas, el que los abarca a todos los demás, puede resolverse en un minuto». Empezaron a

analizar el problema del suicidio tras el descubrimiento del cadáver de un perro en descomposición. Un 24 de diciembre por la noche se pusieron la soga, o el cable, al cuello. A punto de balancearse en el aire, recordaron que no habían hecho testamento: ese recuerdo y el fulgor de la misa del gallo los libró de la muerte y los encaminó a las páginas de la Biblia[177]. Empezaron a leer a los místicos españoles: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, fray Luis de Granada. Leyeron hasta un Manual del seminarista que les prestó el párroco, el Examen del cristianismo, de Louis Hervieu, y el Catecismo de la perseverancia, del padre Gaume, que a Bouvard le aburrió solemnemente.

Tras varias discusiones irresistibles con el párroco se apartaron de las lecturas piadosas. La aparición de dos hermanos abandonados, hijos de un presidiario y condenados al reformatorio y al convento, los invitó a adoptarlos. Quizá influidos por reminiscencias del Emilio de Rousseau, se sumergieron en la cuestión, siempre palpitante y nunca alcanzada, de la educación. Adquirieron varios tratados de educación, pero también de frenología. Había que enseñarles a leer y escribir, biología, estilo epistolar, geografía e historia, aritmética, astronomía y dibujo, música, canto y hasta catecismo; seleccionar sus lecturas, como había hecho Rousseau… Sus ideas sobre la instrucción primaria no fueron bien acogidas, la educación resultó un fracaso. Pero «¿qué prueba un fracaso…? Pensaron establecer clases para adultos». Fue entonces cuando empezaron a preparar una conferencia para exponer sus ideas.

La carta que François-Denys-Bartholomée Bouvard había recibido el 20 de enero de 1839 pudo haber revolucionado el rumbo predecible de las cosas. No parece que el siglo apreciara en lo que valía su noble tormento de instruirse. Desconocemos el contenido de aquella conferencia y el final de las andanzas de Bouvard y Pécuchet, así como el número y los títulos de los libros que aún habrían de engrosar tan vasta como enciclopédica biblioteca: su historiador murió de una apoplejía en 1880. Solo sabemos que su biblioteca «era famosa» entre los lugareños, y aun estaban suscritos a una biblioteca circulante. También, que «su manera de vivir, que no era como la de los demás, no les gustaba. Se hicieron sospechosos e incluso inspiraban un vago terror». Las notas halladas entre los papeles del biógrafo permiten conjeturar que las honradas autoridades de Chavignolles intentaron

encerrarlos en un manicomio. Más piadoso o más desesperado, parece que pensó devolverlos a su pupitre de copistas, donde nunca sabremos si para recobrar la razón o para volverse definitivamente locos.

Semel in anno licet insanire! Si es lícito ser loco una vez al año, ¿por qué no una vez en la vida? En su época de pretendientes a versificadores, y tras haber consultado el Littré, Bouvard y Pécuchet concluyeron que «la sintaxis es una fantasía, la gramática una ilusión». «República de viento», llamó Gabriel Bocángel a este incierto mundo. ¿Puede llamarse locos, o siquiera imbéciles, a quienes llegaron a conclusión tan acertada?

[163] Andando el tiempo —advierte su biógrafo— «Bouvard, espíritu liberal y corazón sensible, sería constitucional, girondino, termidoriano. Pécuchet, bilioso y de tendencias autoritarias, se declararía sans-culotte y hasta robespierrista».

[164] Borges: «Vindicación de "Bouvard et Pécuchet"». En Discusión. Madrid: Alianza, 1997, p. 174.

[165] Digno precursor de ambos fue Mr. Toby, tío del caballero Tristram Shandy, el cual experimentó en sí mismo cómo «el deseo de saber, como la sed de riqueza, se acrecienta consigo mismo».

[166] Cabe suponer que se trataría de Les aventures de Télémaque. Si lo había leído la Sofía de Rousseau, ¿por qué no iba a leerlo Pécuchet?

[167] Errata por Keill, que ha permanecido hasta 2021. James Keill (1673-1719), médico, filósofo, escritor y traductor escocés, fue un defensor de los métodos matemáticos en fisiología. Es autor de un Tableau de la sécrétion animale, reimpreso en inglés en 1717, con un Essai concernant la force du coeur, al que seguramente alude aquí Flaubert, cuando escribe «On ne sait même pas quelle est la force du cœur».

[168] El esquivo médico holandés Corneille Decker, o Cornelis Bontekoe (1648-1686), desaforado apologista del té, escribió en sus Nouveaux éléments de médecine, traduits en françois par Devaux (París, 1696) extremos como este: «Il faut que ce soit une fièvre bien considérable et bien obstinée quand on ne peut la guérir en beuvant tous les jours de quarante à cinquante tasses de thé, et environ vingt dont la teinture soit forte et amère» (tome II, p. 199). Flaubert anotó «veinte decalitros». Si hipérbole o errata, solo Bouvard y Pécuchet lo saben.

[169] Otra permanente errata por Boué. Ami Boué (1794-1881), descendiente de hugonotes franceses, nació en Hamburgo, vivió en Ginebra y París, murió en Viena. Es el autor de la Guide du géologue-voyageur (1835) que leyeron Bouvard y Pécuchet.

[170] Bouvard, amparado en una definición de urgencia —«lo Bello es lo

Bello, y lo Sublime lo muy bello», no sabía «cómo distinguirlos». Quizá Longino —cuyo tratado debió de andar por la biblioteca— se hubiera ruborizado cuando escribió que «lo sublime es el eco de un espíritu noble» (Sobre lo sublime, 9, 2).

[171] Por imposibilidad cronológica no llegaron a conocer el pensamiento ilustrado de George W. Bush II.

[172] Pero cuando leyeron que «las ciencias han echado a perder al género humano, [que] el teatro es corruptor, el dinero funesto, y el Estado debe imponer una religión bajo pena de muerte», exclamaron a dúo: «¡Pues vaya con el pontífice de la democracia!».

[173] El coronel Francisco Amorós y Ondeano (1770-1848) era valenciano y sería «afrancesado». Su biblioteca, no imaginaria, daría para otra noticia más extensa. Influido por Rousseau y Pestalozzi, fue uno de los creadores del Real Instituto Militar Pestalozziano de Madrid (1805-1808) para instrucción de reclutas. Con la invasión napoleónica se decantó por José Bonaparte, del que llegó a ser consejero. Tras la derrota de Napoleón, se exilió a París, donde trasladó sus métodos, que fueron bendecidos por el propio ministro de la guerra. En 1830, publicó un Manuel d'éducation physique, de gymnastique et de moral, en dos volúmenes, el mismo que leyeron Bouvard y Pécuchet. Un soliloquio de Pepe Carvalho lo evoca, no sin sarcasmo, como «el coronel español Amorós, exiliado político en Francia a la estela de los vencidos ejércitos napoleónicos, hombre liberal y gimnasta que predicó por Francia algo parecido a la gimnasia sueca sin decirles nunca a los franceses que aquella gimnasia era sueca».

[174] Escribe Borges: «Los protagonistas tienen sesenta y ocho años cuando se entregan a la gimnasia, el mismo año en que Pécuchet descubre el amor». Y la sífilis. Pero no eran tan viejos: solo estaban bordeando los sesenta.

[175] Es evidente que Armand-Marc-Jacques de Chastenet, marqués de Puységur (1752-1825), no alcanzó a leer Del asesinato considerado como una de las bellas artes, de Thomas de Quincey, publicado en 1827. Su manual de magnetismo se titulaba Del magnetismo animal considerado en sus relaciones con las diversas ramas de la física general. Los ecos de los títulos, como los caminos de Dios, son

inescrutables.

[176] Una vez se preguntaron: «¿Qué es, pues, la materia? ¿Qué es el espíritu? ¿De dónde procede la influencia de la una sobre el otro y recíprocamente?». Bouvard y Pécuchet…

[177] Anota el cronista que «la temperatura tibia de la iglesia les produjo un especial bienestar». Recordemos que la temperatura —al lado de la alternancia— tendría bastante que ver en la conversión del Chiripa clariniano.

La biblioteca del senador Pococurante

[VOLTAIRE: Cándido o el optimismo]

Borges, ya lo hemos visto, debe a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. Cándido Munafò debió a la conjunción de una página de Marx, la forma de una boca y la línea de un seno el descubrimiento del primer goce. «Largo, pleno y sereno», adjetiva su puntual historiador, verdadero y no nada apasionado.

Que Cándido Munafò leyó Cándido o el optimismo —una obra que, traducida del alemán por el doctor Ralph, circuló anónima— parece fuera de toda duda, a juzgar por la rara simetría de otra conjunción escrita en las estrellas. En alguna página, pues, tuvo que toparse con el senador Pococurante.

El senador Pococurante, un noble veneciano del que se decía que en sus sesenta años no conoció la desgracia, vivía en «un hermoso palacio a orillas del Brenta». En el palacio, «de bella arquitectura», no habría sido fácil echar en falta nada. Pero este libro no pretende hablar de lugares amenos, de jardines versallescos ni de estatuas de mármol, sino de bibliotecas, y vamos a limitarnos a la suya.

El senador Pococurante no solo tenía una biblioteca extremada: también el juicio y comentario sobre ella. De un Homero, «magníficamente encuadernado», advirtió que le causaba «el más mortal aburrimiento». De Virgilio salvaba el segundo, cuarto y sexto libro de la Eneida[178], pero el resto lo encontraba insípido y desagradable: prefería al «Tasso y los inverosímiles cuentos del Ariosto». De Horacio podía admitir algunas máximas «encerradas en versos enérgicos», pero la mayor parte de ellos le producían indiferencia o asco. A Cicerón ni lo tocaba: «cuando vi que de todo dudaba —dijo—, concluí que ya sabía yo tanto como él, y que para ser ignorante no necesitaba a nadie». A Milton lo notó de bárbaro y grosero imitador de los griegos[179].

Ignoramos con exactitud el número de volúmenes que integraban la biblioteca del noble veneciano, pero no es difícil deducir sus dimensiones. Solo de teatro italiano, español y francés tenía tres mil

obras, aunque, como era previsible, opinaba que «ni tres docenas buenas». Había ochenta volúmenes «de obras de una academia de ciencias», pero no hallaba en ellos «ni una cosa útil». Había estanterías cargadas de libros ingleses, en los que, como el canónigo toledano en los de caballerías, «hallaba una cosa buena»: la libertad con que estaban escritos; bien es verdad, observaba, que «la pasión y el espíritu partidista» de que estaban impregnados acababan corrompiendo «todo lo que la preciosa libertad tiene de estimable». Si tan malparados salieron los ingleses, ¿qué habría dicho de los alemanes? Cándido lo pensó, pero prefirió no averiguarlo.

El palacio tenía un espléndido jardín —o tal le pareció a Cándido—, pero el senador lo consideraba de mal gusto y pensaba descuajarlo como Yahvé los cedros del Líbano. Tenía cuadros de Rafael, pero tampoco le gustaban nada. A la música la llamaba ruido, adelantándose en esto a Napoleón; la ópera lo sublevaba. «Pero ¡qué talento tan superior! —exclamaba Cándido entre sí—. ¡Qué hombre tan sabio es este Pococurante! ¡Nada le gusta!». En lo que también precedió al ínclito doctor Hrabanus Arminius.

Del Cándido volteriano, su historiador intentó hacernos creer que toda su vida transcurrió bajo el signo de Leibniz y su emblema del «mejor de los mundos posibles». La realidad, paso a paso, iba desmintiendo la teoría. Y la biblioteca del senador Pococurante, la única obra de la creación que podría haber estado fuera de sospecha, su propio dueño se encargó de denigrarla.

[178] En lo que tampoco coincidía con Montaigne, a quien «el quinto libro de la Eneida» le parecía «el más perfecto» (Ensayos II, 10), y la Eneida, en su conjunto, «grande y divina» (II,36).

[179] Su juicio íntegro sobre Milton y El Paraíso perdido no tiene desperdicio, y no puedo resistir la tentación de transcribirlo. Dijo el senador Pococurante, menos curante que nunca: «¿Ese bárbaro que escribió en diez libros de versos duros un largo comentario del primer capítulo del Génesis? ¿Ese grosero imitador de los griegos que desfigura la creación, y cuando Moisés nos representa al Hacedor formando el universo con sola su palabra, él hace que el Mesías saque un gran compás para trazar y medir su obra? No, señor, ¿cómo he de estimar yo al que echó a perder el infierno y el diablo del Tasso?, ¿al que transforma a Lucifer unas veces en pigmeo y otras en un sapo, que le hace repetir cien veces las mismas arengas, que le introduce disputando sobre materias teológicas y, queriendo imitar seriamente la ficción cómica del Ariosto sobre las armas de fuego, hace que los demonios disparen en el cielo con cañones de artillería? No hay en Italia una sola persona que se pague de esos desatinos. El casamiento del pecado y la muerte, y las culebras que pare el pecado, remueven el estómago a cualquiera que tenga un poco delicado el gusto, y su larga descripción de un hospital me parece a mí que se escribió para entretener a algún sepulturero. Ese poema oscuro, estrafalario, de ingrata lectura, se despreció generalmente luego que salió a la pública luz, y el juicio que hago ahora de su autor es el mismo que hicieron en su patria sus contemporáneos. Sobre todo, yo digo libremente lo que me parece, y nada me importa que los otros no piensen como yo».

La biblioteca de Cándido Munafò

[LEONARDO SCIASCIA: Cándido, o Un sueño siciliano]

Si el Cándido nacido en un castillo de Westfalia, y probable sobrino del barón Thunder-ten-tronck, fue llamado así por su sencillez, a Cándido Munafò el nombre le sobrevino «de una manera automática, casi surrealista». Había nacido «en una gruta, que se abría, vasta y profunda, al pie de una colina cubierta de olivos, durante la noche del 9 al 10 de julio de 1943». Nieto de un general fascista, parecía destinado a llamarse Bruno, como el hijo de Mussolini, y ese habría sido su nombre de haber nacido solo doce horas antes del bombardeo de la ciudad. Pero nació después del primer y terrible bombardeo, y la historia parecía haber cambiado repentinamente de signo. Y no es que sus padres conocieran siquiera «la existencia de un libro que llevaba por título ese nombre», pero el nombre de Cándido pareció surgir «como una página en blanco… Sobre esa página, borrado el fascismo, era imprescindible comenzar a escribir una vida nueva».

La vida de Cándido Munafò empezó a derivar de modo imprevisto cuando su padre advirtió en él una semejanza imposible: su notable parecido con el capitán norteamericano John Hamlet Dykes, Amleto para su madre. Era algo irracional, pues el capitán Hamlet, o Amleto, no había aparecido hasta después del bombardeo y, en consecuencia, después de su nacimiento. Pero era un hecho incontestable[180]. También acabaría siendo un hecho la anulación del matrimonio de sus padres y la huida de su madre al estado de Montana con el capitán Hamlet, o Amleto.

Dividido entre Hamlet y Candide, habríase dicho objeto de una rara predestinación. Huérfano al fin, su abuelo —reconvertido ya en demócrata-cristiano[181]— encomendó su educación a los cuidados de un preceptor, el arcipreste don Antonio Lepanto. El agudo carácter observador del niño lo abrió a otros mundos y otros libros.

Y así, antes de leer a Freud, supo que «todos los niños matan a su padre y algunos, a veces, también al Padre Nuestro que está en los cielos». Y es que Cándido resolvía los deberes con insólita celeridad y

sin apenas cometer errores, de modo que las clases teóricas se reducían en tiempo y daban ancho y espacioso campo para conversaciones de omni re scibili entre maestro y discípulo.

Sabemos que don Antonio Lepanto le dio a conocer el Diccionario filosófico de Voltaire; sabemos que le habló del sendero de fuego, idéntico o paralelo, que lleva de las Cartas de san Pablo a De l'amour de Stendhal; pero no guardamos noticia de cuándo Cándido Munafò leyó el Candide de Voltaire. Solo sabemos que una tarde, «mientras leía a Marx, vio sobre una de las páginas un par de ojos gris azulados, un mechón de cabellos rubios, la forma de una boca, la línea del seno que se curvaba en los costados». «El amor es sencillo», había replicado Cándido ante las tortuosas disquisiciones del arcipreste. Y así, aquella tarde, cerró el libro, fue a verificar si la imagen que se le había aparecido correspondía a la de Paola, y cuando a ella se le escapó un pañuelo de la mano, se reprodujo la misma escena de Voltaire: «Candide lo recogió; ella le cogió la mano con sencillez, y el joven le besó la suya con viveza, sensibilidad y gracia; uniéronse sus labios, se les inflamaron los ojos, temblaron las rodillas y se les desviaron las manos». El historiador no cita que se trata del capítulo primero de Voltaire, pero determina que «a diferencia de su homónimo, cuyas aventuras y desventuras habían salido de la imprenta de Lambert exactamente dos siglos antes, Cándido obtuvo en ese día un largo, pleno y sereno goce». El historiador tampoco ha creído necesario añadir que Cándido cerró a Marx como siete siglos antes Paolo y Francesca habían cerrado el Lancelot.

Cándido, pues, leía a Marx. Primero había leído a Gramsci y después a Lenin; ahora leía los textos de Marx. Con estos se aburría, pero de todas maneras se obstinaba en su lectura. Los libros de Gramsci, en cambio, los había leído con gran interés; y también invadido por la emoción que le producía el imaginar a aquel hombrecillo endeble y enfermo, que devoraba libros y anotaba sus reflexiones: y así había logrado vencer al fascismo y a la cárcel en que lo habían encerrado.

Cándido se hizo comunista. Después de aquellas confusas páginas de Marx, volvió a leer el Manifiesto del Partido Comunista. Esta vez le

sobrecogió el hecho de haberlo entendido demasiado bien. Recordó un episodio no lejano de su niñez: aquel en que, tras la lectura de Maquiavelo, que vaticinaba la desaparición de las armas de fuego en beneficio de una vuelta a las armas blancas, se preguntó con seriedad por la inteligencia de Maquiavelo. Pues bien, todo lo que Marx decía sobre el futuro del capital y del capitalismo «le parecía de la misma ley que la previsión de Maquiavelo sobre la vuelta al uso de las armas blancas». Ante el aparente cataclismo que había conmovido la vida del arcipreste don Antonio Lepanto, a saber, su secularización y conversión al comunismo, a Cándido «le asaltaba la impresión de que don Antonio estaba tratando de pasarse de una iglesia a otra». Llegó a la conclusión de que, «comparados con Lenin y Marx, Victor Hugo, Zola e incluso Gorki eran mejores». Y a otra más: que, «de haber leído solo a Marx y a Lenin, no se habría hecho comunista».

Cándido había leído Los novios, por supuesto. También a Molière y a Dostoievski. Un juego intertextual con el nombre de un personaje de La aldea de Stepanchikovo y sus habitantes, novela humorística, 1859», le confirmó el poco sentido del humor que tenía el Partido. La huida de Paola, y la repetición del episodio de los candelabros de Victor Hugo, le hizo reflexionar a don Antonio sobre la falsedad de las cosas verdaderas. «Aquí tengo a Monseñor Myriel —reflexionaba—, a Jean Valjean: esto es un capítulo de Los miserables. ¿O será que nuestra vida es solo aquello que ya ha sido escrito…? Creemos vivir, creemos ser personas reales, y no somos otra cosa que la proyección, la sombra de las cosas escritas». También Cándido fue hojeando en el recuerdo las páginas leídas no hace tanto, y acaso se preguntó si, al fin y al cabo, no andaba más acertado Platón con sus imaginativas sombras que don Carlos y don Vladimiro juntos.

Viajó. No sabemos si porque recordaba la frase del Licenciado Vidriera, «las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos», o solo por comprobar que la tierra es redonda y las ideas circulares. Don Antonio, que seguía derivando hacia la izquierda, le dijo en cierta ocasión: «Salirse del Partido para decantarse más hacia la izquierda es una mera, infinita y circular locura: vuelta a encontrarte en las filas de la derecha, sin darte cuenta casi».

Cándido Munafò se aposentó en París con su prima Francesca[182]. Tal vez entonces leyeron a Hemingway, a Fitzgerald y a los americanos de los veinte: al uno por comprobar si París era una fiesta; a los otros,

quizá para verificar la exaltación con que los había leído don Antonio en los años del fascismo. Ahora, Cándido y Francesca los habían leído «distraídamente y hasta con cierto aburrimiento».

En París oyó traducir a Francesca Un sueño en Mantua, de Yves Bonnefoy, y pensó si su vida sería algo más que un sueño siciliano. En París, ante la estatua de Voltaire, que no sin sarcástica ironía había concedido a su Candide el subtítulo de «el optimismo», Cándido Munafò se resignó a ser un «sueño siciliano», donde debía haberse rotulado «escepticismo».

[180] Su padre, el abogado Munafò, llegó a razonar de este modo: «Si María, la madre de Jesús, había concebido por obra del Espíritu Santo, ¿por qué María Grazia, su mujer, no podía haber concebido por obra del Espíritu Americano?».

[181] Aunque no había renunciado a ciertas reliquias del pasado. Así, en su dormitorio guardaba aún «banderines de forma triangular, de seda tornasolada, negros por una de las caras y tricolores por la otra, orlados con franjas de oro, medallas, fotografías con dedicatorias de Mussolini, de Badoglio, del Generalísimo Franco (cuando el general decía "el Generalísimo", Cándido tenía la impresión de que sobre las primeras sílabas aplastaba un bombón de licor y sobre las siguientes lo saboreaba)».

[182] Siempre nos quedará París. No en vano había escrito Sciascia en el «Parigi» de Cruciverba: «Parigi è una città-libro, una città scritta, una città stampata. Una città-libro fatta di tanti libri. Una città che si potrebbe dire il sogno di una biblioteca si potesse attribuire la facoltà di sognare. E per molti nel mondo è esistita ed esiste dentro una biblioteca: nell'Enciclopedia, in Restif de la Bretonne, in Victor Hugo, in Maupassant, in Proust».

La biblioteca de Cincunegui

[PÍO BAROJA: Los pilotos de altura]

Tal vez la biblioteca del historiador Domingo Cincunegui, autor de los Recuerdos históricos de Lúzaro, no debería figurar aquí. El interés de su recuerdo reside no tanto en la inexistencia de sus fondos cuanto en el desinterés por su ausencia, y en un diálogo final, seco como un diagnóstico de muerte.

Hacia 1929 fue visitada, acaso por última vez, por un bibliófilo, un genealogista y un «más o menos conocido fabricante de novelas», como se define a sí mismo. En algún momento de su pasado, la biblioteca debió de ser para su dueño un locus amœnus, «un lugar de delicias»; durante seis meses llegó a albergar la redacción de El Correo de Lúzaro. Hacia 1929, «en una época ya exclusivamente positivista y deportiva», solo albergaba tiestos y manzanas. Para esa época presidían la mesa y el sillón de aquel rincón ameno un saco de habichuelas y una cesta de tomates. En los días de lluvia servía de tendedero.

De su antiguo esplendor apenas si quedaban «unos tomos incompletos del Diccionario de Madoz, del Semanario Pintoresco Español y de la Ilustración Francesa; páginas sueltas del Derrotero de Tofiño, del poema de Ciscar, de las Conversaciones de Ulloa; láminas de la Francia marítima y números del Correo de Lúzaro». Muchos de los papeles perdidos y las páginas que faltaban probablemente habían servido «para envolver clavos, chuletas, bollos y dulces» en la tienda del piso bajo, en la carnicería y en la confitería de enfrente. Otros habían contribuido a restablecer el equilibrio ecológico sirviendo de alimento a las ratas de la buhardilla. El resto había ido a parar a las manos de algún trapero.

Ante aquella decadencia, producto del menosprecio y de la incuria, uno de sus testigos quiso transcribir el diálogo siguiente:

—¡Qué terrible desdén por esta clase de trabajos tiene nuestra gente! —dije yo.

—Es natural, no le interesan —repuso el bibliófilo—. Ya no interesan más que los boxeadores, los corredores, el «cine» y el automóvil.

—Mal porvenir para los aficionados a los libros.

—Lo mismo nos pasará a nosotros —indicó el bibliófilo—. Nuestras bibliotecas se dispersarán; nuestros papeles se los comerán los ratones.

El genealogista y yo dijimos convencidos:

—No hay ninguna duda.

—Realmente, en España —añadí yo—, el público no necesita escritores. Con que haya cafés y cinematógrafos les basta. Con el tiempo se podría hacer desaparecer definitivamente a los autores. Una buena medida sería, por ejemplo, comenzar metiendo en la cárcel a todo el que escribiera un libro.

Por fortuna quedaba un libro manuscrito, el mismo que había provocado este diálogo. Estaba olvidado en un armario, y su historiador prefirió dejar en la incertidumbre si era el grueso tomo o el armario el que servía «de sostén a un aparador». El libro fue escrito por Cincunegui, que empleó para la redacción los diarios de Ignacio Embil. Su título primero no ha llegado hasta nosotros. Sabemos, sin embargo, que contaba «la vida y milagros del capitán Chimista», conocido también por Bizargorri, Barba Roja, L'Éclair o Leclercq y, en tiempos más remotos, Cascazuri.

El capitán José Chimista, que solía llevar en el barco novelas y libros de poesía, leyó también libros de viajes (por ejemplo, los del capitán Martín de Hoyarsabal, habitante de Zubiburu), y otros de medicina y ocultismo, entre ellos El conde de Gabalis[183]. Era autodidacto y sabía de todo. Fue una suerte de médico mago, «medio curandero, medio homeópata y alquimista, que había estudiado cosas raras». En La Habana tuvo «una biblioteca con libros raros y un laboratorio complicado, con retortas y alambiques». Muchos de aquellos libros eran «de magia, en latín y en otros idiomas, y aseguraba que en ellos encontró grandes secretos». Una vez «estuvo en un pueblo de España, donde compró una antigua biblioteca que procedía de un convento». Se sospecha que aquellos fondos pasaron a engrosar los de la suya.

Tampoco ha quedado memoria de estas bibliotecas.

El capitán Chimista, convertido en sir Joseph Frederic Temple por los azares de la genealogía, acabó sus días y sus noches en un palacio a poca distancia de Holsworthy, cerca de la abadía de Lee. Era un castillo «mezcla de varios estilos: desde el gótico y el Renacimiento hasta el barroco y el actual». (Actual llamaba el cronista al siglo XIX). El antiguo capitán «había llevado al castillo tesoros, libros y curiosidades comprados en todas las partes del mundo». No se tienen noticias de que ninguno de estos objetos raros y curiosos haya sido subastado en la Galería Sotheby's.

[183] Le comte de Gabalis, ou entretiens sur les sciences secrètes oscila entre la sátira y la parodia del ocultismo y quizá del misticismo en general. Su autor fue el abate Montfaucon de Villars, llamado Nicolas-Pierre-Henri (1635-1673), partidario de «buscar siempre las causas naturales». A raíz de la publicación del libro, se vio privado del ejercicio de la predicación, y tres años después murió asesinado en la carretera de Lyon. El libro fue publicado en París en 1670 por Claude Barbin, el futuro editor de los Cuentos de antaño de Perrault. Alguien ha dicho que el libro de Montfaucon de Villars preanuncia al Fontenelle de los Diálogos de los muertos y la fantasía de los Cuentos de Perrault. Acaso no fuera solo producto del azar que el propio Barbin imprimiera los Cuentos veintisiete años después que las Conversaciones sobre las ciencias secretas.

La biblioteca de Bouville

[JEAN-PAUL SARTRE: La náusea1]

Una biblioteca municipal es como cualquier otra biblioteca municipal, y sería razón suficiente para no incluirla aquí. La de Bouville estaba en una plaza del siglo XVIII, «una plaza de provincias bajo la lluvia» con cuatro farolas de gas que se encendían al anochecer. En la plaza, la estatua de un prócer, una de esas estatuas de bronce en que, con toda seguridad, «las palomas se encargan de poner mechones», como apuntó Gómez de la Serna. En la biblioteca, una estufa de carbón, lámparas verdes, grandes ventanas, escaleras de mano. Y «libros llenos de conocimientos: unos describían las formas inmutables de las especies animales. Otros explicaban que la cantidad de energía se conserva íntegra en el universo». Que Antoine Roquentin pidiera La cartuja de Parma, para refugiarse en «la clara Italia de Stendhal», o que en un pupitre alguien hubiera dejado abierto un ejemplar de Eugénie Grandet por la página 27 no es excepcional. Ni siquiera es rara una biblioteca con su Infierno: en la de Bouville «ciertos volúmenes estaban marcados con una cruz roja: obras de Gide, de Diderot, de Baudelaire, tratados de medicina».[184]

Sí podría ser una singularidad de esa biblioteca el Pequeño diccionario de los grandes hombres de Bouville, del padre Morellet (que no pudo tener en cuenta una sospecha que asediaría a Paul Bentley: la de que «a menudo los grandes hombres han albergado planes sangrientos para la humanidad»), o la colección del Satirique Bouvillois, «publicación de chantaje cuyo propietario fue acusado de alta traición durante la guerra». Y es de suponer que habría ejemplares del Tratado de estrategia y Reflexiones sobre la virtud, del marqués de Rollebon, el velado personaje que investigaba Roquentin hasta que se cansó o renunció. Pero si ha merecido un lugar en este libro ha sido por el Autodidacta, un hombre que acometió la inverosímil tarea de leerse toda la biblioteca por orden alfabético[185].

En 1930 Antoine Roquentin conoció a Ogier P…, llamado el Autodidacta, durante uno de aquellos días que dedicaba al estudio de la peripecia del marqués. Los datos que conocemos del Autodidacta

proceden de los cuadernos hallados entre los papeles de Antoine Roquentin[186].

Ogier P…, llamado el Autodidacta, entró en la biblioteca hacia 1925. «Recorrió con la mirada los innumerables libros que tapizan las paredes y debió de decirse, poco más o menos como Rastignac: "Manos a la obra. Ciencia humana". Después tomó el primer libro del estante de la derecha; lo abrió por la primera página con un sentimiento de respeto y espanto unido a una decisión inquebrantable». Sabemos que en febrero de 1932 llegaba ya a la L, como atestiguan los autores consultados: Lambert, Langlois, Larbalétrier (La turba y las turberas), Lastex (Hitopadesa o la instrucción útil), Lavergne, Julie (La flecha de Caudebec, «crónica normanda»). Durante siete años había pasado «brutalmente del estudio de los coleópteros al de la teoría de los cuantos; de un obra sobre Tamerlán a un panfleto católico sobre el darwinismo, sin desconcertarse ni un instante. Lo leyó todo». Desde una historia de las religiones, de Nouçapié, hasta un libro de un autor americano titulado ¿Vale la pena vivir la vida? A esas alturas del abecedario recordaba haber leído un libro sobre Segovia, pero se le resistía el autor[187].

Antoine Roquentin registra en su Diario que «ha almacenado en su cabeza la mitad de lo que sabe sobre la partenogénesis, la mitad de los argumentos contra la vivisección. Detrás, delante de él, hay un universo. Y se acerca el día en que se dirá, cerrando el último volumen del último estante de la izquierda: "¿Y ahora?"». Al ritmo de lectura que llevaba, el Autodidacta calculó que aún tardaría seis años en terminar su instrucción[188].

No concluyó su voluntarioso empeño. Llegaba a la N de Nabaud, Naudeau, Nodier, Nys (¿de Náusea?), cuando dos alumnos del Liceo se sentaron a su lado. La sala estaba casi desierta, pero bastó para que Roquentin percibiera, no el amor que pasa, sino «algo como un hálito de crueldad». El Autodidacta avanzó una mano hacia la del vecino mientras la otra desaparecía bajo la mesa. El vigilante corso le soltó un «¡Cochino!» y un puñetazo que le bañó las narices en sangre. Expulsado de la biblioteca, es harto imprevisible que volviera.

El Autodidacta, que era un hombre más bien vulgar tirando a feo, tenía sin embargo hermosas pestañas arqueadas, pestañas de mujer, que arropaban unos «magníficos ojos de ciego». Antoine Roquentin

señaló su olor a tabaco y agua estancada, su mano «como un grueso gusano blanco». En el invierno de 1917 Ogier P… estuvo prisionero en Alemania; en septiembre de 1921 se afilió al partido socialista; fue funcionario de los tribunales. Tuvo una colección de sellos, que en un momento de desesperación arrojó al fuego.

[184] Hoy sabemos que Sartre le robó el título descaradamente a Patrício Cruz, que en algún momento fue llamado «el Maupassant portugués». La náusea fue firmada también por Sá-Carneiro, aunque él mismo confesó que «todo lo valioso es solo suyo»; Carneiro puso trabajo sobre todo.

[185] Tiempo atrás, Malte Laurids Brigge había llegado a la conclusión de que «nadie tiene derecho a abrir un libro si no se compromete a leerlos todos». Aun sin sentirse arrebatado por el orden alfabético, confesó: «Pero ¿cómo iba yo, que no podía leer, a absorber todos los libros? Incluso en aquella modesta biblioteca, los había en gran número y formaban conjunto. Testarudo y desesperado, me arrojé de libro en libro y me abrí paso a través de las páginas, como alguien que tuviese que rendir un trabajo desproporcionado a sus fuerzas. Leí entonces a Schiller y Baggesen, a Öhlenschläger y a Schack-Staffeldt, todo lo que había allí de Walter Scott y de Calderón. Muchas de las cosas que caían en mis manos deberían en cierto modo haber sido ya leídas; para otras, al contrario, era demasiado temprano, casi nada estaba maduro para mi presente de entonces. Y a pesar de eso, leí». Reconforta ver a Calderón ocupando la sombra acaparadora de Shakespeare.

En realidad, como no tardaremos en ver, esta hazaña ya la había intentado, en 1912, la niña Francie Nolan en la biblioteca pública de Brooklyn. Años después, en algún lugar de la lengua española, el orden alfabético aquejaría también al adolescente Julio, «que siempre había tenido problemas con el orden». A causa de unas anginas particularmente febriles, descubrió el otro lado del espejo, estuche, caja, calcetín o vida, donde los libros salieron volando en bandadas (toda la mañana vieron pasar libros, como Colón y los suyos toda la noche oyeron pasar pájaros), y empezaron a desaparecer palabras y letras con las realidades que nombraban. Ante «la ligereza e inestabilidad de la vida presente» —que ya había advertido el sabio historiador Cide Hamete Benengeli—, Julio consideró imprescindible dibujar un mapa convincente de la realidad de este lado, hasta que comprendió que ya estaba hecho: «era la enciclopedia, por cuyas páginas desfilaba todo lo existente». Pero también descubrió que «el

mundo alfabético era muy peligroso porque estaba lleno de cosas inesperadas. […] Era el precio de saber que la realidad procedía del estallido de la A y que a partir de esa explosión primordial se formaban, en un proceso de expansión semejante al del cosmos, los alimentos, los bidés, las clínicas, los dinamómetros y así sucesivamente hasta alcanzar los objetos más alejados del origen, como los yunques y los zapatos». La pregunta sería: ¿Son las enciclopedias obra del hombre, o el hombre creación de las enciclopedias? A una enciclopedia musical se suscribió Schoenberg, y esperó a que llegara el volumen de la S para componer una sonata.

Pero quizá ninguno tan fanático como Vladimiro, Supremo Comisario de la República de Bribonia, que hasta hacía el «equipaje por orden alfabético». (Y eso, por no hablar de los «cuatrocientos camellos que avanzaban en orden alfabético» para transportar la biblioteca del gran visir persa Abdul Kassem Ismael).

[186] De Antoine Roquentin sabemos que estuvo seis años viajando, cruzó mares, remontó ríos, traspasó ciudades, se internó en selvas buscando otras ciudades. Los editores de sus cuadernos anotan: «La primera página no está fechada, pero… debió de ser escrita a más tardar a principios de enero de 1932. // En aquella época, después de haber viajado por Europa Central, África del Norte y Extremo Oriente, hacía ya tres años que Antoine Roquentin se había instalado en Bouville, para concluir allí sus investigaciones históricas sobre el marqués de Rollebon».

[187] Si andaba sorteando la L, debería ser un libro anterior en el orden alfabético, por ejemplo el bello libro de Robert Gillon, Silhouettes espagnoles. Ségovie, pero es suposición muy insegura, porque la obra fue impresa en 1949, Bruselas, Éditions Willy Balasse. Una placa en la ermita de Zamarramala recuerda la devoción de Gillon por la ciudad: «No conozco a nadie que habiéndose acercado a este lugar no haya sido conquistado por esta vista sorprendente».

[188] Siguiendo los cálculos del general Stumm von Bordwerh, a razón de libro diario durante trece años, podemos determinar que la biblioteca de Bouville no llegaría a 5000 volúmenes: eso suponiendo que, para no perder el ritmo, se llevara uno para el domingo; donde no, apenas si superaría los 4000. Que era biblioteca de préstamo lo acreditan los dos libros que devolvió Antoine Roquentin antes de

marcharse de Bouville.

La biblioteca de Carlos Brauer

[CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ: La casa de papel]

No puedo asegurar que aquel diplomático que preguntó a Pepe Carvalho en Buenos Aires si quemaba libros —¿rebajó la pregunta «a lágrima o reproche»?— conociera al bibliófilo uruguayo Carlos Brauer, quien, en vez de quemar los libros, un día decidió convertirlos en ladrillos[189].

La historia de Carlos Brauer ha llegado hasta nosotros a través del relato de Agustín Delgado, otro bibliófilo uruguayo, pulcro y cuidadoso, que tenía sus dieciocho mil libros al abrigo del polvo y los insectos, e incluso protegidos de la contaminación de la vida doméstica. Enormes estanterías recorrían las paredes de su casa, del piso al cielorraso, cargadas de libros… En todas las habitaciones había «vitrinas similares, atestadas de colecciones, anaqueles giratorios que, en los pasillos, sostenían grandes diccionarios, discos de pasta que colmaban los armarios[190], libros en el baño, en el cuarto de servicio, en la cocina, en las habitaciones del fondo»… Toda una vida.

No así Brauer. Carlos Brauer era un bibliófilo sin amor[191]. Es seguro que habría merecido la mirada furibunda o desaprobadora de Ricardo de Bury o de Luis Alberto de Cuenca. Llegó a tener tantos volúmenes —«creo que superó los veinte mil», sostiene Delgado— «que el living, nada pequeño, acabó cruzado por estanterías similares a las de las bibliotecas públicas. El baño tenía libros en todas las paredes menos en la ducha, y si no se estropeaban era porque había dejado de bañarse con agua caliente para evitar el vapor». Llegó un momento en que los libros alcanzaron «los bajos de la cama, se apilaban en los pasillos, parecían reptar por la casa con vida propia». En busca del espacio perdido, regaló el coche a un amigo para poder ocupar el garaje, que acabó siendo un peligro cuando el dios de la lluvia lloró sobre Uruguay. No se preocupó de mantenerlos al resguardo de la humedad, la polilla, el polvo, las arañas. Además Brauer escribía en los márgenes generosos, subrayaba con diversos colores cuyo sentido solo él podía descifrar, dibujaba en los libros más preciados. Y cuando sus amigos en general, y Agustín Delgado en particular, le censuraban

acerbamente que arruinara «ediciones muy valiosas con sus horrendos garabatos» —tuvo varios incunables mexicanos, un León Pallière completo con grabados que podía valer veinte mil dólares, primeras ediciones de Arlt, Borges, Vallejo, Onetti y Valle-Inclán—, respondía con un orgullo caníbal un tanto grosero: «Yo cojo con cada libro[192], y si no hay marca no hay orgasmo».

Nombrar el fuego ante un bibliófilo «tiene el efecto de la incineración de un sueño». Carlos Brauer había elaborado un caprichoso, si incompleto, fichero que alojó en un antiguo mueble de caoba. Una noche en que se le había ido la mano, o el codo, con el vino, olvidó sobre el mueble un candelabro de plata (le gustaba leer a los franceses del XIX a la luz de las velas). Despertó medio asfixiado por el humo y comprobó que buena parte del archivo había quedado devastado por las llamas y la otra por el agua que intentó apagarlas. Vendió la casa, viajó a Monterrey, conoció a una mujer que le dedicó un libro de Conrad, se recluyó a su vuelta, desconectó el teléfono y dejó de contestar al timbre. Poco después compró un terrenito cerca del océano, una franja arenosa entre la laguna y el mar, en un lugar perdido sin luz ni agua corriente. Tuvo que recorrer más de doscientos kilómetros para transportar su biblioteca en varios camiones cubiertos: había decidido hacerse una casa con los libros.

Bajo la mirada, entre piadosa e indiferente, del albañil que hacía la mezcla, se dedicó a seleccionar, de la montaña de libros arrojada por el carro sobre la arena limpia y blanca, los libros que debían protegerlo del viento, la lluvia, la inclemencia del invierno. No le importaba ya la amistad o enemistad entre los autores, las afinidades o contradicciones entre Spinoza, la botánica del Amazonas y la Eneida de Virgilio; si las encuadernaciones eran buenas o mediocres, si tenían grabados o láminas, estaban intonsas o se trataba de incunables. Apenas la proporción de cada volumen, el grosor, la fortaleza de sus tapas para resistir la lechada de cal, cemento y arena. El albañil presentó el tomo enciclopédico sobre el ángulo de uno de los postes y contó los volúmenes de la colección, y debió alinearlos sobre él y lo que le servía de guía.

Carlos Brauer, en vez de quemarlos, como Pepe Carvalho, construyó con ellos su casa de papel al lado de Rocha, «un departamento recostado sobre el océano Atlántico». Agustín Delgado, a quien debemos esta noticia de viva voz, concluye con una melancólica observación:

Debió de caminar por ahí, mientras el muro se levantaba, alcanzarle un Borges para cubrir el pie de la ventana, Vallejo junto a la puerta, con Kafka arriba, y al lado Kant, y una dura edición de Adiós a las armas, de Hemingway; y así Cortázar, y Vargas Llosa, siempre voluminoso; Valle-Inclán con Aristóteles, Camus con Morosoli, y Shakespeare, fatalmente ligado a Marlowe por la argamasa del cemento; todos predestinados a alzar un muro, arrojar una sombra. […] En una semana el albañil levantó, página por página, tomo a tomo, edición tras edición, las paredes del rancho sobre las arenas de Rocha que cubrieron de revoque la obra de Carlos Brauer.

La tragedia sobrevino el día en que necesitó un libro dedicado, que era también «memoria de una predilección» o acaso de un amor imposible. A pico y maza fue destruyendo su obra hasta que apareció La línea de sombra, con la dedicatoria que recordaba «los locos días de Monterrey» y quizá el preludio de su destino. Cuando Agustín Delgado aterrizó o, por mejor decir, amerizó en la anegada ribera de la casa, solo fue para contemplar el testimonio de una desolación:

Derramados alrededor de las puertas y ventanas, semienterrados en la arena, encontré a Huidobro, Neruda y Bartolomé de las Casas; adheridos a un sólido ladrillo, a Lawrence con Marosa di Giorgio, un resto de Eliot, otro de Lorca, El Renacimiento, de Burckhardt, incrustado de pequeñas caracolas, un Pallière irreconocible y alquitranado…, ladrillos inverosímiles con los huesos de un García Márquez, una pulpa pegajosa de Lope de Vega, la rígida piel de Balzac…

Solo Fernando Báez, en las noches siguientes a la desaparición de la biblioteca pública de San Félix, engullida por el río Caroní, había visto «en sueños cómo se hundía La isla del tesoro de Stevenson y flotaba el ejemplar de algún drama de Shakespeare». Otra demostración irrebatible «de lo que es capaz el viento, el fuego, el agua», que podría ser un endecasílabo dilatado si no fuera un dolorido sentir o una elegía.

[189] «Adoquines de papel», llamó Teresa despectivamente a los libros de su señora. Pero su señora, que a las veces era Aurora y a las veces Alba, profesora de literatura, tuvo una biblioteca enterrada que reverdeció con los siglos: «Pues ella, determinada / a la lectura sin fin, / guarda oculta en el jardín / su biblioteca enterrada, // como si una letra fuera / semilla; cuando se abra / dentro de cada palabra / la próxima primavera // puede ser que a lo mejor / inunde la tierra seca / una nueva biblioteca / de verdes libros en flor».

Lo ha contado Álvaro Tato, otro loco del verso y de las tablas.

[190] No parece, sin embargo, que alcanzara la cifra de Rafael Giró, aquel musicólogo cegato de La Habana que entre otras cosas había escrito un libro sobre el mambo: él mismo confesó que había conseguido reunir «doce mil seiscientos veintidós elepés, en discos de 78 y de 45 revoluciones»…

[191] Según parece, andaba un tanto despegado de esa especie de «bípedos implumes, llamados por mejor nombre bibliófilos», de los que abominaba Unamuno («Sobre la lectura e interpretación del Quijote», p. 1236). De modo semejante, Isabelle, «la pequeña vendedora de prosa», a quien los empleados de Ediciones del Talión llamaban la reina Zabo y que «desde los tiempos inmemoriales de su infancia, consideraba el libro como el indispensable colchón del alma», ya de niña definió al bibliófilo como «un tipo que prefiere los libros a la literatura. […] Para esa gente solo el papel cuenta. […] Colocan los libros al abrigo de la luz, no los cortan, los acarician con finos guantes, no los leen: los miran».

[192] Un español tal vez habría escrito follo, olvidando que un verbo que se conjugaría como hollar se ha regularizado irregularmente, pues, como ya dedujo Malaussène, «las lenguas evolucionan movidas por la pereza». Tampoco es improbable que Carlos Brauer conociera aquellas líneas de la carta de Dylan Thomas a Charles Fisher en la que, entre otras cosas, le decía a principios de 1935 que «la poesía, pesada en la tara aunque ligera, debería ser tan orgiástica y orgánica como el coito, dividiendo y unificando, personal pero no privada, diseminando lo

individual en la masa y la masa en lo individual».

La biblioteca del coronel Bantry

[AGATHA CHRISTIE: Un cadáver en la biblioteca]

No parece que el coronel Arthur Bantry fuera un lector particularmente fervoroso. Es casi seguro que su esposa, Dorothy Bantry, fue mejor lectora que él. Su biblioteca ha pasado a la historia no tanto por su contenido habitual, cuanto por el extemporáneo de una madrugada poco común: el cadáver de una muchacha, «de cabello anormalmente rubio», sobre la vieja piel de oso tendida ante la chimenea.

A juzgar por la descripción que nos ha sido transmitida, más que de una biblioteca estricta, el recinto participaba a la vez de las cualidades de un salón de estar, estudio y previsiblemente fumadero[193]. Situada en Gossington Hall, a unos treinta kilómetros de Danemouth, «la biblioteca era una habitación típica de los propietarios de la casa: grande, raída y desordenada. Tenía sus grandes sillones de hundido asiento, y pipas, libros y documentos sobre la mesa. De las paredes colgaban dos o tres buenos retratos de familia, unas cuantas acuarelas ochocentistas, malas, y algunas escenas de caza que pretendían ser cómicas. Había un jarrón de margaritas en un rincón. Todo el cuarto era oscuro, meloso, casero. Proclamaba intensa y frecuente ocupación, uso familiar y eslabones con la tradición».

Ignoramos el número de volúmenes y las preferencias literarias de sus dueños. Podemos conjeturar que había un ejemplar de La pista de la cerilla partida (que no hay que confundir con El misterio de la vela doblada de Edgar Wallace). No hubiera sido fácil hallar un libro más congruente. Como en el juego de las cajas chinas, en aquella novela policíaca lord Edgbaston encontraba el cadáver de una hermosa rubia sobre la alfombra de la biblioteca[194].

[193] Sospecho que guardaba cierto parecido con el estudio londinense de Mike Schofield. Los devotos del buen vino recordarán que allí, encima del fichero, colocó Mike una botella de Château Branaire-Duoru del 34, con el propósito de servirlo adecuadamente chambré: su temeridad estuvo a punto de costarle una hija y un infarto. Lo ha contado Roald Dahl.

[194] Y es que, como ha escrito Eduardo Mendoza, «a los autores de novela negra nada les produce más placer que encontrar un cadáver en la biblioteca» («Elogio», en El País, 20.2.2006, p. 80).

La biblioteca de Emma Bovary

[G. FLAUBERT: Madame Bovary]

No hay datos que nos permitan clasificar los libros de la biblioteca del señor Rouault; ni siquiera podemos afirmar que hubiera libros en su casa. Sin embargo, sabemos que Emma Rouault leyó en abundancia antes de casarse con Charles Bovary, aquel médico insignificante cuya máxima proeza había sido entablillar la pierna del padre de Emma.

Cuando, recién casada, entró por primera vez en la casa de Charles Bovary, que en adelante sería también la suya, quizá se asombraría al ver que, en los seis estantes de la biblioteca de abeto de su marido, «casi lo único que había» eran los tomos del Dictionnaire des sciences médicales, y aun esos «con las hojas sin cortar», aunque su «encuadernación en rústica había sufrido en todas las ventas sucesivas por las que había pasado». Un diccionario, pues, que había corrido de mano en mano, hasta no ser ya ni de segunda, y que ninguna se había dignado abrir. Tal vez ese diccionario de medicina y un reloj con la cabeza de Hipócrates, que «resplandecía en la chimenea entre dos candelabros chapados de plata», eran los signos más visibles de una profesión que no logró dorar la mediocridad de Charles Bovary.

Emma había pasado su adolescencia en un internado de Rouen. Durante su estancia en el internado leyó u oyó —que es otra forma de leer— algún resumen de Historia Sagrada, las Conferencias del abate Frayssinous, y pasajes de El genio del cristianismo, de Chateaubriand. Una solterona, procedente de una familia aristócrata arruinada durante la Revolución, que venía a planchar la ropa, introdujo en el internado un mundo desconocido para Emma a través de canciones de amor del siglo pasado, novelas históricas y sentimentales y «meandros lamartinianos»: «Contaba cuentos, traía noticias, hacía los recados en la ciudad, y prestaba a las mayores, a escondidas, alguna novela que llevaba siempre en los bolsillos de su delantal». Emma, que descubrió un mundo desconocido, «devoraba largos capítulos en los descansos de su tarea. Solo se trataba de amores, de galanes, amadas, damas perseguidas que se desmayaban en pabellones solitarios, mensajeros a quienes matan en todos los relevos, caballos reventados en todas las

páginas, bosques sombríos, vuelcos de corazón, juramentos, sollozos, lágrimas y besos, barquillas a la luz de la luna, ruiseñores en los bosquecillos, caballeros bravos como leones, mansos como corderos, virtuosos como no hay, siempre de punta en blanco y que lloran a lágrima viva». ¿Quién no recuerda al hidalgo manchego llenándosele «la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles»?[195].

Durante seis meses, a los quince años, Emma se manchó las manos en aquel polvo de los viejos gabinetes de lectura. Con Walter Scott, después, se apasionó por los temas históricos, soñó con arcones, salas de guardias y trovadores. Hubiera querido vivir en alguna vieja mansión, como aquellas castellanas de largo corpiño, que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban sus días con el codo apoyado en la piedra y la barbilla en la mano, viendo llegar del fondo del campo a un caballero de pluma blanca galopando sobre un caballo negro. En aquella época rindió culto a María Estuardo y veneración entusiasta a mujeres ilustres o desgraciadas: Juana de Arco, Héloïse, Agnès Sorel, la bella Ferronnière y Clémence Isaura para ella se destacaban como cometas sobre la tenebrosa inmensidad de la historia, donde surgían de nuevo por todas partes, pero más difuminados y sin ninguna relación entre sí, san Luis con su encina, Bayardo moribundo, algunas ferocidades de Luis XI, un poco la noche de San Bartolomé, el penacho del Bearnés, y siempre el recuerdo de los platos pintados donde se ensalzaba a Luis XIV.

Recién casada, y con aquel bagaje lector, Emma intentaba averiguar lo que significaban realmente en la vida palabras como «felicidad, pasión, embriaguez, que tan hermosas le habían parecido en los libros». Recurrió a los libros para renovar la decoración de la casa. «Estudió en Eugenio Sue descripciones de muebles; leyó a Balzac y a George Sand buscando en ellos satisfacciones imaginarias a sus apetencias personales. Hasta la misma mesa llevaba su libro y pasaba las hojas, mientras Charles comía y le hablaba». Solo su suegra veía con recelo aquella contaminación de la lectura.

Entre los libros que había leído se hallaba también Pablo y Virginia. Alguna vez Emma «había soñado con la casita de bambúes, con el negro Domingo, con el perro Fidèle, pero sobre todo con la dulce amistad de algún hermanito, que subiera a buscar para ella frutas rojas a los grandes árboles, más altos que campanarios, o que corriera descalzo por la arena llevándole un nido de pájaros». Cuando se casó, solo un vago vestigio de aquel mundo soñado permanecía como un espíritu burlón al fondo del jardín de Tostes: la figura de escayola de un cura leyendo su breviario. Más tarde, cuando se trasladaron a Yonville, el cura de yeso que leía impasible su breviario cayó del carro durante un violento traqueteo del camino y se deshizo en mil pedazos en el pavimento de Quincampoix. Como una premonición[196].

Emma dibujaba y tocaba el piano. Para combatir las horas de hastío en aquella población pedestre, cuyo acontecimiento más destacado solía ser la feria de ganado, se suscribió a una biblioteca circulante: prefería quedarse en su habitación leyendo. Porque, ¿había cosa mejor que «estar por la noche al lado del fuego con un libro, mientras el viento bate los cristales y arde la lámpara»? Si volvía los ojos a la chata realidad, no veía más que esos «héroes vulgares», esos «sentimientos moderados» que detestaba. Y recordando los tiempos del internado, «añoraba los inefables sentimientos de amor que trataba de imaginarse a través de los libros».

Homais, el farmacéutico de Yonville l'Abbaye, que presumía de anticlerical y volteriano, puso a disposición de Emma su biblioteca: una biblioteca, según él, «compuesta de los mejores autores: Voltaire, Rousseau, Delille, Walter Scott, L'Echo des Feuilletons, etc.». Tras la marcha de Léon se la veía a menudo tendida en el sofá, con las contraventanas cerradas y un libro en la mano: no consta qué leía aunque es imaginable. Sabemos que se propuso aprender italiano, y para ello «compró diccionarios, una gramática, una provisión de papel blanco. También, que «ensayó lecturas serias, historia y filosofía». Su suegra opinaba que leía demasiadas novelas, «obras que van contra la religión, en las que se hace burla de los sacerdotes con discursos sacados de Voltaire». Decidió tomar cartas en el asunto, impedir la lectura de novelas, suprimir las suscripciones de Emma y, si era preciso, denunciar al librero por «envenenador»[197].

Todo el mundo conoce el doble adulterio de Madame Bovary. Después de la caída, «recordó a las heroínas de los libros que había leído, y la legión lírica de aquellas mujeres adúlteras empezó a cantar en su memoria con voces de hermanas que la fascinaban. Ella venía a ser como una parte verdadera de aquellas imaginaciones y realizaba el largo sueño de su juventud, contemplándose en ese tipo de enamorada que tanto había deseado». La crisis la sumergió en un estado de misticismo que el cura aprovechó para cambiar sus lecturas. Pidió consejo al librero del obispo, el cual, «con la misma indiferencia que si hubiera enviado quincalla a negros, le embaló un batiburrillo de todo lo que de libros piadosos circulaba en el mercado. Eran pequeños manuales con preguntas y respuestas, panfletos de un tono arrogante en el estilo del de Maistre, especie de novelas encuadernadas en cartoné rosa, y de estilo dulzón, escritas por seminaristas trovadores o por pedantes arrepentidos. Allí estaban Pensez y bien; L'Homme de monde aux pieds de Marie par M. de***, décoré de plusieurs ordres; Des Erreurs de Voltaire, à l'usage des jeunes gens, etcétera».

La realidad y el deseo. La prosa grosera de la vida frente a la poesía del libro. Emma, víctima de sucesivos desencantos, solo hallaba un fatigado reposo en las páginas imposibles de sus libros. Allí entretenía «la diversidad de su humor, alternativamente místico o alegre, charlatán, taciturno, exaltado o indolente. […] Era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, la vaga ella de todos los libros de versos. Encontraba en sus hombros el color ámbar de la odalisque au bain [de Ingres]; tenía el largo corpiño de las castellanas feudales; se parecía también a la Femme pâle de Barcelone [de Courbet], pero por encima de todo era el Ángel». Y así, «se quedaba hasta la madrugada leyendo libros extravagantes donde había escenas de orgías con situaciones sangrientas». A veces escribía a su amante cartas tan luminosas como irreales. Porque, al escribirle, en realidad «veía a otro hombre, a un fantasma hecho de sus más ardientes recuerdos, de sus más bellas lecturas, de sus más ardientes deseos».

Emma Bovary murió envenenada. Un análisis superficial diagnosticó arsénico. Pero Emma Bovary estaba ya envenenada por la lectura de amores imposibles, envenenada por la vulgaridad sombría de la vida, envenenada por una línea de Kempis que no había leído, aquella que resumió Amado Nervo en un decasílabo y medio: «que todo acaba, /

que todo muere, que todo es vano»[198].

[195] No en balde diría Ortega en sus Meditaciones del Quijote que «Madame Bovary es un don Quijote con faldas».

[196] Luis Landero se pregunta en El balcón en invierno: «¿Cuántos [libros] habría en la biblioteca de Emma Bovary? Ah, sus manos pecadoras en los libros, mordiéndose los labios mientras lee, mordisqueándose las uñas, deshilándose un mechón de cabello, preludiando caricias y suspiros que dentro de poco se consumarán en la realidad… ¿Cuántos?».

[197] Alberto Manguel no olvidó este episodio en su Historia de la lectura: «La suegra de Madame Bovary opinaba que las novelas envenenaban el alma de Emma y convenció a su hijo para que anulara su suscripción a la biblioteca circulante, hundiéndola todavía más en el marasmo del aburrimiento» (p. 322).

[198] Hace algún tiempo Juan José Millás daba la noticia de un joven clandestino que se encerró para leer Madame Bovary. Comprendemos las preocupaciones de su padre.

La biblioteca del coronel Koshkariov

[NIKOLÁI GÓGOL: Almas muertas]

En la biblioteca del coronel Koshkariov no apareció ningún cadáver (que se sepa). Del coronel Koshkariov se decía que era un imbécil y que estaba loco. Convencido de que para dispersar las tinieblas medievales en que se hallaba sumida la madre Rusia solo había un procedimiento infalible: «el de hacer vestir a todo el mundo en Rusia como en Alemania», había vestido a sus mujiks con pantalones alemanes[199]. Pero su idea del triunfo de la modernidad chocó con las mujeres, que nunca se avinieron a ponerse corsé. Él, que en 1814 había estado con su regimiento en Alemania, recordaba como un sueño vaporoso a la hija de un molinero que «hasta sabía tocar el piano, hablaba francés y hacía la reverencia doblando la rodilla».

Fracasado en su primera idea de establecer la Edad de Oro de las ciencias y el comercio renovando la vestimenta, emprendió su particular batalla contra la ignorancia de campesinos y terratenientes. Pensó «establecer una oficina de escritura», formar una red de escribientes, administradores y contables universitarios, con la benigna idea de «inventariarlo todo», o el hallazgo de la burocracia. Andando el tiempo, Don Oficinio deduciría que «la distancia más corta entre dos puntos es la línea quebrada»; el coronel Koshkariov lo había vaticinado un siglo atrás: «¡En esto radica precisamente la ventaja del procedimiento burocrático! Se demora un poco, cierto, pero en cambio nada pasa por alto: hasta el más pequeño detalle queda a la vista».

En su hacienda «todo resultaba insólito». Su aldea, perdida en algún remoto rincón de Tremalaján, era un revoltijo de «construcciones, reconstrucciones, montones de cal, de ladrillos y de troncos en todas las calles». En la aldea, la casa; en la casa, la biblioteca; en la biblioteca, papel, plumas, lápices, todo lo necesario para escribir informes, instancias, solicitudes, títulos, interpelaciones, investigaciones, legalizaciones…

Y libros. También había libros. La biblioteca era «una sala enorme llena de libros hasta el techo. Había allí hasta animales disecados, y

libros sobre todas las materias». En un armario, dedicado a «silvicultura, ganadería, cría de cerdos, jardinería», figuraban títulos como La cría de cerdos como ciencia, además de «miles de revistas de toda clase, y manuales, con nutrida representación de las publicaciones consagradas a los últimos progresos y al perfeccionamiento de la cría de caballos y a las ciencias naturales». En otro, dedicado a la filosofía, podían hallarse títulos del tipo Introducción preparatoria a la teoría del pensamiento en su comunidad, conjunto y esencia, y su aplicación a la intelección de los principios orgánicos del desdoblamiento recíproco de la productividad social; cualquier libro elegido al azar «hablaba de “manifestación”, de “desarrollo”, de “lo abstracto”, de “hermetismo”, de “círculo cerrado”, y el diablo sabe de qué otras cosas». El tercer armario estaba dedicado a los libros de arte, volúmenes enormes de esos que tienen «ilustraciones un tanto indecorosas sobre temas mitológicos». A quienes conocen el saludable humor de nuestro cronista no les sorprenderá una observación como esta: «Las ilustraciones de este género agradan a los solteros de mediana edad. Se dice que en los últimos tiempos han empezado a agradar incluso a esos viejos que se han cultivado el gusto en los espectáculos de ballet. Qué se le va a hacer: a la humanidad de nuestro tiempo le placen las cosas picantes».

Pável Iványovich Chíchikov, el obstinado comprador de almas muertas, que había ido a ver al coronel Koshkariov con la loable intención de comprarle las que tuviera, descubrió que no podía venderle ninguna, pues todas, vivas y muertas, estaban ya hipotecadas y aun rehipotecadas.

«—¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué me ha retenido con estas tonterías? —exclamó Chíchikov, tremendamente enojado».

A lo que el coronel Koshkariov respondió con gran beatitud:

«—¿Y cómo podía yo saberlo al principio? En esto radica precisamente la ventaja del procedimiento burocrático: ahora se ve todo claro como en la palma de la mano».

Pável Iványovich Chíchikov, el furibundo comprador de almas muertas, hollando sin miramientos todo tipo de urbanidad y cortesía, salió sin

despedirse, mientras pensaba, según el historiador supo de buena tinta: «¡Estúpido, imbécil! ¿De qué te ha servido hurgar en los libros?».

[199] Una seducción semejante experimentó el Rómulo de Dürrenmatt ante los «pantalones de Germania» que vestía Odoacro, muchísimo más prácticos que la romana toga.

La biblioteca de Cristóbal V

[ANATOLE FRANCE: La camisa]

La existencia del rey Cristóbal V está bien documentada en la historia, si algo imprecisa en el tiempo. Su territorio participaba del paisaje de Saboya y del Tirol; su lengua, de la morfología y sintaxis del francés; su reinado debió de acaecer en la segunda mitad del siglo XIX, porque una medalla concedida al duque de Volmar —invicto en el campo de batalla y derribado en casa— mencionaba a César y Napoleón.

Recordaremos al rey Cristóbal V por su biblioteca y sus bibliotecarios. La Biblioteca Real «reunía 800 000 volúmenes entre impresos y manuscritos». En una inmensa sala[200] de dimensiones deducibles, arropando filas interminables de pupitres, había «libros encuadernados en cuero, en badana, en chagrín, en tela, en pergamino, en piel de tortuga, en madera, y que olían a polvo, a enmohecimiento, a ratón, a polilla…»

Ochocientos mil volúmenes, bien catalogados, cuyos títulos desconocemos. Solo la voluminosa documentación sobre Las campañas del duque de Volmar fue utilizada con motivo de la incurable enfermedad del rey. El señor de Chaudesaigues, director de la notable biblioteca real, la describió así:

¿No los oís? ¿Vuestros oídos no perciben su algarabía? Pues me han dejado sordo. Hablan todos a la vez y en idiomas diferentes. Disputan, lo analizan todo y de todo tratan: Dios, la Naturaleza, el Hombre, el Tiempo, el Espacio, el Número, lo Cognoscible y lo Incognoscible, el Bien y el Mal; todo lo afirman y todo lo niegan; razonan y disparatan con igual facilidad. Los hay ligeros y los hay graves; los hay alegres y los hay tristes; los hay voluminosos y los hay concisos. Muchos, al parecer, no se proponen más que no decir nada; cuentan las sílabas y hermanan los sonidos, atentos a leyes cuyo significado y origen ignoran; son los más satisfechos de sí mismos. Los hay de una especie austera y oscura, que solo hacen especulaciones acerca de asuntos desprovistos de toda cualidad sensible y expuestos de modo que no

sufran las contingencias naturales; se revuelven en el vacío y se agitan en las invisibles categorías de la nada; son encarnizados discutidores que muestran un furor sanguinario para sostener sus entidades y símbolos. Nada os digo de los que tratan de la historia de su tiempo y de los tiempos ya pasados, porque nadie los cree. En junto se reúnen ochocientos mil libros en esta sala, y seguramente no hay dos que se hallen de acuerdo sobre ningún asunto; porque hasta los mismos que se copian no están de acuerdo entre sí; con frecuencia ignoran lo que dicen y lo que han dicho aquellos de donde lo tomaron.

El doctor Rodrigo, «asombro del Universo», no precisó si la enfermedad real consistía en neurastenia, melancolía o desabrimientos, pero sí el remedio, pues —dijo— todo el toque consistía en ponerse la camisa de un hombre feliz, que introdujera «una cantidad suficiente de átomos de alegría por endósmosis o absorción cutánea en el organismo dañado». Durante su misteriosa enfermedad solo la absorta lectura de «una vieja novela para modistillas le procuró olvido absoluto de todos los males durante algunas horas»[201]. Más de un año tardaron en hallar al dichoso mortal en el tronco hueco de un plátano centenario. Es ocioso añadir que el hombre feliz no tenía camisa.

[200] Habría para pensar que en el país de Cristóbal V las bibliotecas tendían a alojarse en habitaciones únicas. Sala y biblioteca era también la del cura Mitón, en la que podían verse «un millar de volúmenes en estantes de pino, y sobre las blanqueadas paredes, antiguas láminas, copias de paisajes firmados por Claudio Lorena y Poussin; todo revelaba una cultura y un gusto que no suelen ser frecuentes en los presbiterios humildes».

[201] Su título ha permanecido en el misterio, y ni siquiera sabemos si procedía de la biblioteca real. Resulta dudoso, dado que el rey lo encontró en el camarote de la señora Poule durante una travesía veraniega en yate.

La biblioteca de Benjamín, llamado también Benjaminito

[HENRY FIELDING: Tom Jones]

Entre las obras que había leído David Copperfield con provecho figuraba Tom Jones. Entre las obras que visitó al menos una vez Tom Jones, tras haber sido muy bien descalabrado, se hallaban las que contenía la biblioteca de cierto barbero harto singular.

«El género humano —dice nuestro cronista— ha experimentado siempre un gran placer en conocer y comentar las acciones de los demás. De aquí la existencia en todas las épocas y naciones de ciertos lugares apropiados para las reuniones públicas, en donde los curiosos pueden cultivar y satisfacer su mutua curiosidad. Entre ellos las barberías han gozado siempre de una justa fama. Entre los griegos, "noticia de barbero" era una expresión proverbial; y Horacio, en una de sus epístolas, se refiere a los barberos romanos en el mismo sentido». El narrador, que sin embargo era sumamente devoto de Cervantes, omite el juicio de don Quijote sobre los barberos, que, según él, «todos o los más son guitarristas y copleros» (II 67.48).

Que las barberías gozaran fama de mentidero parece cosa probada, dado que Tom Jones sospechaba que guardar secretos «no era la característica» de la profesión de barbero. Sobre si el nuestro era capaz o no de guardar un secreto, de todo puede que haya. Pero, lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de Somersetshire, Gloucester y Londres, es que, hacia 1745, nuestro barbero fue casi un trasunto de la trinidad: tres personajes distintos y un solo latinista verdadero.

Era este «uno de los más divertidos barberos…, sin exceptuar al de Bagdad ni al de Don Quijote». El barbero Benjamín, «al que se le conocía por el apodo de Benjaminito (calificativo que debía de tener cierto cariz irónico, porque en realidad medía cerca de seis pies de estatura) […] era un sujeto extraño, de raro humor», que podía hablar en latín mientras vaciaba la navaja o enjabonaba el rostro del cliente.

«Aficionado al estudio de la filosofía», se lamentaba de que «su excesiva ilustración» había sido su ruina. Y es que su padre, un «maestro de danzar» que tal vez hubiera podido tomar como modelo al de Lope de Vega, lo desheredó porque el hijo le había salido con más predisposición hacia la lectura que hacia el baile.

En época no muy lejana el oficio de barbero y cirujano habían convivido en la misma mano. No otra cosa fue el padre de Cervantes. Benjamín, turbado por una reciente disposición que separaba ambos oficios, había elegido el método de disociación de la materia, de forma que ni su indumentaria ni su porte se confundieran ya que no se confundían las actividades. Y así, unas veces ejercía de barbero y otras de cirujano.

En su calidad de barbero, durante una sesión de rapado y mientras compartía con Tom Jones una botella de vino, se le cayeron de la boca una docena de latines de Virgilio y Horacio, Ovidio y Catulo, Suetonio, Terencio y Cicerón, que pudieran haber salido de cualquier poliantea, o, con más probabilidad, de la Gramática latina de William Lily. La Gramática de Lily había sido publicada en 1527, y durante dos siglos los ingleses aprendieron latín en ella. No es arriesgado aventurar que estaba en la biblioteca de nuestro barbero, pues está comprobado que se hallaba el Gradus ad Parnassum[202].

No consta que todos los autores que se pasearon por su boca deambularan por su biblioteca de emergencia, un tanto descabalada e incompleta. De aceptar su propio testimonio, estaban desde luego las Tristes de Ovidio, literatura muy apta para evocar con lágrimas en los ojos la última noche antes de un destierro, o la primera después de un amor. No es improbable que tuviera las Metamorfosis, pero en todo caso olvidó mencionarlas en su lista de urgencia: sí llegó a contar que un amigo suyo era capaz de traducir «tres líneas enteras de las Epístolas de Ovidio, sin mirar un diccionario». Suponemos que ese diccionario no pertenecía al campo semántico de Belarmino[203].

En su biblioteca no faltaba una edición bilingüe de los Coloquios de Erasmo, ni el sexto volumen del Homero de Pope[204], el cual parece que tampoco faltó en el bolsillo de cierto soldado que conoció Tom Jones. Tenía libros tan cercanos en el tiempo como el Robinson, y volúmenes sueltos de periódicos recientes: el tercero de El Espectador, y El Artesano. Tal vez como fruto de consolación o espejo de

desengaños, el barbero conservaba un Kempis, libro que, a fuer de traducido a pocas menos lenguas que la Biblia, hemos rastreado ya en varias bibliotecas. No creo que mejorase su escepticismo ante el ser humano leyendo libros de historia, pero nos consta que al menos tenía dos volúmenes: una Crónica de John Stow, historiador y anticuario isabelino muerto en 1605, el año en que amanecía don Quijote, y el segundo de la Historia romana de Laurence Echard, muerto hacía solo quince años[205].

Todavía quedaban dos volúmenes de las obras de Thomas Brown (1663-1704), satírico y traductor, que atrajeron la atención de Tom. «Esos últimos no los he leído nunca, así que os agradecería que me prestarais uno», dijo Tom Jones. ¿Cabe deducir que sí había leído el resto? Ante la duda, siempre nos quedará Hamlet y su condensado «lo demás es silencio».

Hamlet. Sorprenden el desorden y las ausencias de la biblioteca del barbero. Porque es de saber que meses después, y ya convertido en Partridge, tercer personaje de su identidad trinitaria, asistió a una representación de Hamlet, sufriendo quebrantos y pesadumbres con las apariciones del fantasma. Seguramente Partridge, que en su primera encarnación había sido maestro de latín y ahora era una especie de Sancho que menudeaba latines como el otro refranes, veía más útiles los diccionarios de citas que las obras de Shakespeare. Pero… ¿de qué año estábamos hablando?

Latinistas, barberocirujanos o baciyelmos. Partridge, Benjamín, Benjaminito, o el maestro reencarnado en barbero. En cualquier caso, de todo ello cabría deducir que es más fácil hacer de un profesor de latín un barberocirujano, que de un barbero o cirujano un profesor de latín. No me atrevería a decir qué es más noble en mundo tan desequilibrado.

Tom Jones conoció aún a Harriet Fitzpatrick, una dama imprevisible, devoradora de libros. En una conversación que mantuvo con su prima Sofía Western, una de las mujeres más encantadoras de la historia de la literatura, Harriet Fitzpatrick confiesa que, para aliviar su soledad y triste trato, recurrió a los libros, que acabaron constituyendo su único consuelo. Transcribo la conversación:

—Casi todo el día me lo pasaba leyendo. ¿Cuántos libros dirás que me leí en tres meses?

—No puedo adivinarlo, prima —respondió Sofía—. Quizá diez.

—¿Diez? Y también medio millar —respondió la otra—. Leí una buena parte de la Historia inglesa de Francia, de Daniel; muchas de las Vidas de Plutarco; la Atlántida, el Homero de Pope, las comedias de Dryden, a Chillingworth, a la condesa D'Aulnoy, y el Entendimiento humano, de Locke[206].

Una cosa que siempre me ha turbado es la falta de correlación entre la lectura y la bondad. Hay varias damas lectoras en Tom Jones, que luego resultaron especialmente dotadas para la perversidad, para la intriga; hay clérigos y filósofos que utilizaron su saber y su influencia para la corrupción y la calumnia. No sé si los libros son inocentes, pero desde luego no siempre las manos que los abren ni los ojos que los recorren.

[202] Se trataba de uno de esos thesaurus de sinónimos, epítetos y frases poéticas latinas. Pudo muy bien ser el del jesuita alemán Paul Aler (1656-1727), que se popularizó en Europa desde principios del siglo XVIII.

[203] Como ya vimos en el preludio, el zapatero Belarmino había acuñado su propio vocabulario, y en medio millar de voces logró contener el mundo. Froilán Escobar, su exégeta, nos legó este testimonio: «Tengo ya reunido un número considerable de vocablos belarminianos y entiendo algunas de sus sentencias. Por ejemplo: en la conferencia de hoy, la frase "está el que come ante el Diccionario, en el tole tole, hasta el tas, tas, tas", significa: "está el hombre ante el universo, mientras vive, hasta que muere". Esta es la versión literal».

[204] Se trata del último volumen de la Ilíada traducida por Alexander Pope. Pope, que había nacido en 1688, fue un niño enfermizo, al que se recetó como remedio naturaleza y aire libre. Pero él, en vez de dedicarse a la saludable vida campestre, se dio, intemperante, a la lectura. A los once años ya había leído la Ilíada y escrito un drama inspirado en ella. La tradujo veinte años después y dejó inacabada la Odisea. Murió en 1744, casi al mismo tiempo que Benjamín le enseñaba el sexto volumen a Tom Jones.

[205] Lo fragmentario e incompleto de esta biblioteca no nos permite asegurar el contenido del volumen. De la Historia de Echard hubo una edición de 1699 en dos volúmenes y otra de 1705 en cinco. ¿A cuál de las dos pertenecía el volumen extraviado que guardaba el barbero Benjamín?

[206] La Historia de Francia, del jesuita francés Gabriel Daniel (1649-1728), fue traducida en 1726. La Nueva Atlántida, de Mary Delarivier Manley (1663-1724), resultó tan escandalosa para la hipócrita sociedad de la época que la novela fue prohibida, y Mary Manley, encarcelada. John Dryden (1631-1700), satírico y dramaturgo, escribió treinta obras de teatro, cantó el incendio de Londres y tradujo a Virgilio. De William Chillingworth pudo leer La religión de los protestantes, un camino seguro para la salvación

(1637). La Historia de Hipólito, de Madame D'Aulnoy (1650-1705) —a la que recordamos sobre todo por sus cuentos de hadas—, fue traducida al inglés en 1708, así como su Viaje a España. A John Locke (1632-1704) Borges lo enfrentó con Funes el memorioso, que desestimó el idioma imposible del filósofo, según el cual «cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama» debería tener un nombre propio: «Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo». Reconozcamos que las lecturas de la señora Fitzpatrick eran harto heterogéneas. Ignoramos los títulos de las otras cuatrocientas noventa y tantas obras que leyó.

La biblioteca de don Avelino

[PÍO BAROJA: Aventuras, inventos y mixtificaciones

de Silvestre Paradox]

También la de don Avelino fue una biblioteca especializada, expurgada y al fin sometida a un auto de fe parcial a lo Carvalho. Don Avelino Diz de la Iglesia «era un señor flaco, barbudo, con unos ojos de lechuza ocultos por antiparras, y una cara morena, toda barbas, bigotes, cejas y pelo».

Obstinado y testarudo, tenía vocación de coleccionista, y había coleccionado de todo: sellos, monedas, piedras…[207]. «Esta enfermedad o manía de la piedra fue la que le duró más tiempo y le costó más cara. Recorrió media España buscando hachas de piedra, ya de la edad paleolítica, ya de la neolítica». Hasta que le dio por la bibliografía.

Nadie ha conseguido reunir todos los libros que se han escrito en el mundo. Nadie ha conseguido reunir ni siquiera los de un país. Consciente de sus limitaciones, don Avelino Diz de la Iglesia especificó su manía y se dedicó a montar una biblioteca de libros en dieciseisavo.

Por aquella época, don Avelino vivía en una casa de huéspedes en la calle Valverde de Madrid, la misma en donde una vez me pusieron el cepo y en cuya paralela, la de la Ballesta, hubo poliantea de lenocinio. Allí, en un gabinete de Valverde, instauró su biblioteca de dieciseisavos. «Al principio los compraba, los leía, ponía un número en su primera página, una contraseña y un sello, y los colocaba en la estantería de su gabinete». Como suele ocurrir en estos casos, «luego empezó a comprar más libros de los que podía leer; entonces les cortaba las hojas, les pegaba un número y el sello, pero no los leía».

Por entonces su aspiración suprema se había reducido a «llenar las paredes de su gabinete con libros en dieciseisavo», y ya solo los compraba con ese fin. Lo alcanzó. «Era lógico suponer que se encontraría satisfecho; pues nada, le sucedió lo contrario. Salió a la calle y se encontró sin saber qué hacer. “¿Qué otra ocupación puede

tener un hombre que no sea la de comprar libros?", se preguntó. Las librerías de viejo le atraían; ellas eran el imán; él, el acero, o al contrario. ¡Allá estaban! ¡En dieciseisavo!».

Pudo resistir la tentación un día. Al siguiente, tras especiosas argumentaciones de su daimon con el ángel, su voluntad declinó y acabó comprando dos o tres tomos. «Colocó los libros aquel día y los siguientes en la mesilla de noche, luego en un baúl, después debajo de la cama»… Tampoco era solución. Le sobrevino la brillante idea de formar una biblioteca con todas las reglas del arte.

Recordó que tenía un caserón abandonado en la carretera de Extremadura. «Mandó arreglar la casa, y gracias a su dirección inteligente, los techos se cayeron, los suelos se quedaron sin embaldosar, las ventanas sin poner, y se entraba y se salía en el piso alto por la ventana». Conocemos la terquedad y la inteligencia pesada de don Avelino, solo comparable al tesón de Jim y Muriel Blandings. Tiró tabiques, abrió ventanas, cegó otras, mandó construir estanterías. Un día de finales del siglo XIX, cargó en un carro todos los libros que había acumulado en el gabinete de Valverde y se los llevó al caserón de la carretera de Extremadura.

Don Avelino Diz de la Iglesia tenía por fin la biblioteca, tenía un magnífico cuarto de lectura…, pero no el sistema de ordenación de los libros. Y ya sabemos que un libro deslocalizado es un libro perdido[208]. «En el suelo de la biblioteca se mezclaban libros, periódicos, listones, tablas». Un día perdió la llave y se halló ante la puerta cerrada. Alzó la vista hacia el montante, como la turba medrosa hacia la imagen santa de Zorrilla: entre descerrajar la puerta y arrojar los libros por el montante, eligió lo último.

Fue por entonces cuando don Avelino Diz de la Iglesia conoció a Silvestre Paradox. Paradox le convenció de que todo su arte de coleccionista en sus diversas manifestaciones era «juego de niños, pequeñeces, minucias, en comparación de la mecánica y de las ciencias físicas». Perdida la afición, decidió desatascar la biblioteca.

Avelino llegó a decir un día a Silvestre: «Usted es la cabeza, yo soy el brazo». Tomada la decisión, cabeza y brazo optaron por pescar los libros desde el montante, y todas las mañanas «entre él y Paradox hacían un expurgo, quemando en el corral todo lo que fuera literatura,

filosofía, historia y demás inutilidades insulsas y repulsivas». No hemos logrado saber ni el número ni ningún título de los dieciseisavos.

Sí tenemos noticias de su amigo Silvestre Paradox, que «había tenido la inocencia de nacer un 28 de diciembre». Sobre el origen del apellido Paradox se barajan tantas conjeturas como sobre el de don Quijote. Entresacamos los datos de interés para este libro de las notas que nos ha proporcionado el catedrático don Eloy Sampelayo y Castillejo[209].

De niño era Silvestre «guapo y rubio como las candelas». Al menos eso decía su abuela, que había leído en otro tiempo Los misterios de París y El judío errante. Pero el destino le cerró el camino de Adonis: un armario que le cayó encima le partió la nariz, se fracturó un brazo a consecuencia de una caída por la escalera, y unas viruelas acabaron de horadarle el rostro. Sabemos que su padre —doctor en ciencias— tenía un despacho «lleno en los estantes de libros, fósiles y minerales, y adornado en las paredes con grabados de ilustraciones». A su muerte, Silvestre heredó «unos cuantos cajones de fósiles, algunos libros y unos apuntes que tenían como títulos: Pruebas en contra de la teoría de Weisman y Consideraciones acerca de la evolución de las gregarinas». Fue vendido.

Aprendió rudimentos de latín con un dómine conocido como Abadejo y Piojo Blanco. Leyó Robinson y «dos tomos de novelas de Julio Verne y de Mayne Reid». Su afición por el libro de Defoe, sin llegar a la de Gabriel Betteredge, lo empujó «hasta ir a la iglesia con un tomo de Robinson Crusoe, que tenía una pasta parecida a un libro de misa, y pasarse en compañía de Robinson y del negro Domingo[210] desde el Introito hasta el ite missa est».

Ya adulto y en Madrid, cuando descubrió que en la Biblioteca Nacional «se estaba bastante fresco en el verano, se le ocurrió entregarse a la lectura». Entretuvo algunos ocios leyendo el Diccionario filosófico de Voltaire, hasta que «después de pensar y discurrir a qué clase de libros se dedicaría con más asiduidad, decidió dedicarse a la lectura de obras filosóficas. Encontraba a la filosofía muchas ventajas; primeramente, la de no servir para nada, ventaja de

las más grandes, y, además, la de no exigir experimentos ni pruebas de gasto». Y así, «después de leer a Kant, a Hegel y a Schopenhauer, comprendió que la filosofía era un abismo y que las antiguas reflexiones suyas, que constituían el armazón de sus soliloquios, no habían pasado jamás de lo fenomenal, transitorio y, por tanto, sujeto a las leyes de una mezquina casualidad. Vio claramente que no había llegado hasta entonces al Nóumeno». De todos modos, para eludir la tentación de caer en cualquier fanatismo o ideología, había recurrido a un expediente infalible: expresar sus ideas en voz alta. «Había notado que las ideas de uno mismo, expresadas en palabras, suenan a ideas de otro y dan ganas solo por eso de no aceptarlas y de discutirlas». No está demostrada la infalibilidad del procedimiento en los políticos.

Silvestre Paradox adelgazó su biblioteca hasta la esencialidad de cuatro volúmenes: la Biblia, un tomo de obras de Shakespeare, otro de Molière y el Pickwick de Dickens. Tuvo una Historia de España de Lafuente y unas revistas inglesas, pero se las regaló a Pérez del Corral para que las empeñara.

Su vocación por los inventos empezó ya en su adolescencia. Fabricó tinta como Salgari e «hizo una pluma con una caña», con el propósito de escribir el «Diario de su vida». Una lista incompleta de sus inventos registra dieciséis: uno de ellos, «el biberón del árbol», ha resultado ser ecológico y posmoderno. Paradox era casi vegetariano. Dijo una vez que en su diccionario no existía la palabra «imposible». Llegó a ser rey de Bu-Tata, un pueblo ya desaparecido, no lejos de las costas de Guinea. Creyó poder un día alcanzar la amistad de los peces…

[207] Salvo quizá pecados, como el pequeño hugonote Esaú, hijo de Ezequiel, que, según confesó al sobrino del vizconde Medardo de Terralba, había decidido cometer «todos los pecados que existen». Tampoco parece que coleccionara porcelanas de Meissen como Kaspar Joachim Utz, que murió en Praga de un derrame cerebral al amanecer de un 7 de marzo de 1974. El autor de la única biografía documentada sugiere que Utz consideraba «la búsqueda del oro y la búsqueda de la porcelana como facetas de un mismo anhelo: el de encontrar la sustancia de la inmortalidad». Su entierro atestigua que él al menos no la halló.

[208] Lo dijo aquel modesto empleado de otra Biblioteca de Babel que tuvo un día el privilegio de hablar con Borges, a través del blindaje de un grupo de notables, valiéndose de los sobreentendidos que solo el ciego podía interpretar: «Un livre déclassé est un livre perdu, c'est-à-dire condamné, comme une goutte d'eau dans la mer».

[209] Don Eloy Sampelayo y Castillejo, profesor auxiliar de la universidad, estaba escribiendo un libro revolucionario. «Se trataba nada menos que de una explicación de la formación de las palabras de cada idioma, no por su etimología, sino por la imitación del canto de los pájaros y de los gritos de los animales. Así, el lenguaje de los hombres de una nación tenía su causa en la fauna de su territorio. Un país con muchos pájaros era preciso que tuviera en su idioma muchas sílabas, como pi, pi, y otro con muchos gatos tendría que poner la sílaba miau como raíz en gran número de palabras». Messiaen no olvidaría llevar a la música el lenguaje de los pájaros.

[210] Tardaría algún tiempo en serle devuelto su nombre original de Viernes.

La biblioteca Esparviana

[ANATOLE FRANCE: La rebelión de los ángeles]

Otro bibliotecario singular fue Julien Sariette, archivero paleógrafo, hombre humilde y modesto, que, gracias a la recomendación del obispo de Agra, en 1895 llegó a ser preceptor del joven Maurice d'Esparvieu, y casi a la vez conservador de la Esparviana. Y del mismo modo que Jesús de Nazaret pudo decir: «Felipe, quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14, 9), se hubiera podido decir: «Bibliófilos, quien ve al señor Sariette ve la biblioteca de los Esparvieu».

Era inmensa. Había sido fundada a principios del siglo XIX por el barón Alexandre Bussart d'Esparvieu, autor del Ensayo sobre las instituciones civiles y religiosas de los pueblos, en tres volúmenes en octavo, obra por desgracia inacabada. Ávido de abarcar todo el círculo de los conocimientos humanos[211], el barón d'Esparvieu había reunido una biblioteca de 360 000 volúmenes, entre impresos y manuscritos, cuyo fondo principal procedía de los benedictinos de Ligugé. Todavía un siglo después la biblioteca de Esparvieu seguía siendo, tanto en teología como en jurisprudencia y en historia, «una de las más hermosas bibliotecas particulares de Europa». El historiador se atreve a afirmar que «ninguna sobrepasa a la Esparviana en hermosas y cuidadas ediciones de autores antiguos y modernos, sagrados y profanos. […] En ella se encuentra todo lo que nos queda de la antigüedad, todos los padres de la Iglesia, los apologistas, los decretalistas, todos los humanistas del renacimiento, todos los enciclopedistas, toda la filosofía y toda la ciencia». Monseñor Cachepot, que había trabajado en ella a menudo cuando era vicario en París, solía decir: «Veo aquí material como para engendrar varios Tomases de Aquino y varios Arrios, si los espíritus no hubieran perdido su antiguo ardor por el bien y por el mal».

El obispo no exageraba. La biblioteca se extendía por toda la segunda planta del viejo palacete de los Esparvieu —sin contar las obras consideradas de poco interés, como los libros de exégesis protestante de los siglos XIX y XX, que habían sido relegados sin encuadernar a las profundidades infinitas del desván—, y solo el catálogo, con sus

suplementos, ocupaba nada menos que dieciocho volúmenes infolio. La sección de manuscritos era de una riqueza excepcional. Allí estaban las cartas inéditas de Gassendi, del padre Mersenne, de Pascal, «que arrojaban nueva luz sobre el espíritu del siglo XVII». Tampoco podemos olvidar las biblias hebreas, talmudes, tratados rabínicos impresos y manuscritos, textos arameos y samaritanos sobre piel de cordero y hojas de sicomoro, todos los ejemplares antiguos y preciosos que había recogido en Egipto y en Siria el célebre Moisés de Dina. Podría pensarse que los Esparvieu eran particularmente religiosos, pero «desde el Concordato de 1801 hasta los últimos años del segundo Imperio todos los Esparvieu solo iban a misa por costumbre: escépticos en el fondo, consideraban la religión como un medio para gobernar». Y si la fe de Maurice, el último vástago de los Esparvieu y bisnieto del primero, a pesar de los extravíos juveniles seguía intacta, es porque nunca la había tocado.

Todas las mañanas, puntual como las estrellas, el señor Sariette iba a ocupar su puesto en la biblioteca y fichaba, catalogaba, clasificaba, inventariaba. Digno antecesor de la biblioteca de la Ciudad de Hortensia, petrificaba a los visitantes con su mirada de Medusa, receloso de que alguien le pidiera un libro. Espiaba al propio Gaétan d'Esparvieu, protector de la biblioteca, el cual solía pedir libracos licenciosos o impíos para entretenerse en el campo los días de lluvia. Temblaba solo de pensar que alguno de los preciados objetos sometidos a su vigilancia pudiera hurtarse a ella; custodio de trescientos sesenta mil volúmenes, tenía trescientos sesenta mil motivos de zozobra. A veces se despertaba por la noche bañado en sudor frío y lanzaba un grito de angustia, por haber entrevisto en sueños un hueco en alguno de los plúteos de los armarios. Le parecía «monstruoso, inicuo y desolador» que un libro abandonara en algún momento el reposo y sosiego de su estante. Su noble avaricia exasperaba a René d'Esparvieu, su actual propietario, que, indiferente ante las virtudes del bibliotecario perfecto, le trataba como un viejo maniático. El señor Sariette ignoraba tal injusticia, pero habría afrontado las más crueles desgracias y soportado el oprobio y la injuria por salvaguardar la integridad de su depósito. «Gracias a su asiduidad, a su vigilancia y a su celo, o por decirlo de una vez, gracias a su amor, la biblioteca Esparviana no había perdido ni una hoja durante los dieciséis años de su administración».

Hasta el 9 de septiembre de 1912.

Porque el día siguiente fue el primero de la nueva era de otra revolución desastrosa: la del desbarajuste, la anarquía, la confusión, el caos. El 9 de septiembre de 1912, como todas las tardes, Julien Sariette cerró la biblioteca a las siete con dos vueltas de llave. Cenó en la crèmerie des Quatre-Évêques, leyó el periódico La Croix, tuvo un sueño apacible. Cuando a la mañana siguiente llegó a la biblioteca y vio libros desparramados por la mesa, hojas indignamente dobladas, dos léxicos griegos penetrando el uno en el otro, «confundidos en un solo ser más monstruoso que los acoplamientos humanos del divino Platón»…, pensó perder el juicio. El celoso guardián de los libros preguntó, investigó, inquirió, inspeccionó. Nada, misterio. Durante un mes la mesa siguió apareciendo llena de libros en desorden, como si alguien empleara el silencio nocturno para consultar desaforadamente libros y más libros, en hebreo, latín y griego, sin que por lo demás faltara ninguno. Pero, como es un axioma que todo lo que puede ocurrir acaba ocurriendo, las cosas empeoraron. Los libros seguían abandonando su residencia habitual en los armarios y algunos no volvían. Pronto echó de menos treinta volúmenes de exégesis. El expolio adquirió propociones de catástrofe cuando comprobó con espanto que «habían desaparecido un antiquísimo manuscrito de Flavio Josefo, sesenta volúmenes de diversos formatos, una joya inestimable (el Lucrecio, de tafilete rojo, con el escudo de Felipe de Vendôme, gran prior de Francia, y anotaciones de puño y letra de Voltaire), un manuscrito de Richard Simon y la correspondencia de Gassendi con Gabriel Naudé, que comprendía doscientas treinta y ocho cartas inéditas…». Perdió el conocimiento, y esta vez se alarmó hasta su propietario, el señor René d'Esparvieu.

Imaginad la sorpresa del bibliotecario cuando se encontró con el frívolo Maurice, que le dijo: «¡Ah, señor Sariette, mande recoger todo ese montón de libros que no sé quién ha metido en mi pabellón!».

Era para perder el juicio, sí, además del conocimiento y el sentido. Allí estaban toda la galería de espectros y desaparecidos, incluido el Lucrecio, la joya de la corona. Julien Sariette «reía, lloraba, besaba los tafiletes, los pergaminos, los becerros, las vitelas, las tapas de madera guarnecidas de clavos»… Pero seguía sin explicarse el momento primordial en que la biblioteca devino caos, tinieblas y soledad, como aquel principio del Génesis en que el espíritu de Dios se cernía sobre

las aguas.

De poco sirvieron las risas, las lágrimas, los besos y las adoraciones. De nada el cambio de las suaves y apacibles cerraduras de antaño por otras más caprichosas y bravías: combinaciones de caja fuerte, candados con claves, cerrojos de seguridad, barras, cadenas y alarmas eléctricas. Llegaron incluso a contratar un detective, implacable sabueso que descubrió todos los secretos de señores y criados, pero no las excursiones de los libros. Los libros siguieron volando misteriosamente al pabellón de Maurice, y digo 'volando', porque aquel Flavio Josefo de valor inestimable salió volando ante las propias narices de Sariette, para angustia y desesperación suya, de tal modo que aquella vez sí cayó abatido y derribado, con toda la solemnidad expresiva del endecasílabo dantesco: e caddi come corpo morto cade (Infierno V, 142).

A lo largo de la historia ha habido ángeles que pasaron por Brooklyn; salvaron del suicidio a un hombre desesperado en la Nochebuena del 45; hicieron comprender a un obispo empeñado en edificar una espléndida iglesia lo mismo que el santo Narottam reprochó a su rey: «Miserable ser, que no puede dar casa a sus hermanos, y quiere levantar la mía»; ángeles que detuvieron puñales fanáticos contra niños indefensos, anunciaron nacimientos, liberaron cadenas, dirigieron pueblos, tocaron trompetas; ángeles que mostraron lo peligroso que es convivir (o casarse) con quien no sabe mentir, disimular, fingir; ángeles de la guarda en suma, asignados, según Basilio Magno, a cada uno de los fieles como pedagogos de viaje y pastores para dirigir la vida[212]. Javier Serrano los ha dibujado translúcidos como el aire, con alas anunciadoras, o marchitas como las de Mirar —Teófilo Belais para los mortales—, el ángel músico de nuestra historia, que las conservaba en un armario con síntomas de polilla y a trechos desprovistas de plumón. Pero lo que menos podía imaginar Julien Sariette es que un ángel custodio iba a desbaratar la irreprochable biblioteca de los Esparvieu.

Primero fue una extraña huella evanescente de un pie desnudo, «de una perfección desconocida», que según el tío Gaétan solo podía pertenecer a «un dios o un atleta antiguo»: sus «dedos de elegancia exquisita y su talón divino» vedaban otras conclusiones. Y, en efecto,

aquel ángel, que no pasó por Brooklyn, sino por la pulcra biblioteca de los Esparvieu, resultó ser nada menos que Abdiel —«Abdiel para los ángeles y los santos, Arcadio para los hombres»—, el ángel custodio de Maurice, un ángel caído a la sazón.

Pero Abdiel, que antes de ser Arcadio era «rubio, joven, muy bello», cuando se rebeló contra el Dios de los ejércitos, tuvo la desgracia de caer en «una de las más vastas bibliotecas del mundo». El resultado fue que se aficionó a la lectura, devoró teólogos, filósofos, físicos, geólogos y naturalistas; se dio sin tasa a profundizar —cosa poco habitual en los espíritus celestes— en cuestiones de teología y cosmogonía, la historia de las religiones, los sistemas del mundo, las teorías sobre la materia y los ensayos modernos sobre la pérdida y la transformación de la energía. Se convirtió en un ángel erudito y, aparte de su (no imposible) ciencia infusa, en un momento abrumaría a Maurice —para probar la existencia de relaciones entre los ángeles y las mujeres, ya atestiguada en el Génesis— citando de coro a Justino, Flavio Josefo, Atenágoras, Lactancio, Tertuliano, Marcos de Éfeso, Eusebio, Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona, y hasta al jesuita Meldonat y Pedro Lebyer, con sus respectivos títulos, libros, capítulos y en ocasiones hasta página. Renunció a la guarda de Maurice y se fue a dormir a casa del ángel Istar, en una buhardilla de la estrecha y sombría calle Mazarine. Una conmoción.

Y Abdiel —Arcadio en el siglo— abandonó sus creencias en las simplezas heredadas: dejó de admirar, y menos adorar, a quien con el mundo había creado la desgracia, el sufrimiento, el mal y la muerte. Supo que «el reino de Yahvé se había anunciado por medio de la locura: los cristianos quemaban libros, destruían templos, incendiaban ciudades, hacían estragos hasta en los desiertos». Perdió la fe. Y del mismo modo que Prometeo quiso arrebatar el fuego a los dioses para traerlo a la tierra, y Dédalo les llevó el hacha, el nivel y la vela, el ex ángel de la guarda de Maurice quiso llevar al cielo la ciencia de los hombres, y eso lo llevó a rebelarse contra el Señor de los ejércitos, con un resto de la tropa angelical más descontenta. Solo que el cielo es «una autocracia militar, donde no se respeta la opinión pública» ni existe la libertad.

Mauricio, sin Abdiel y sin Arcadio, se sintió desangelado y tomó una decisión heroica: buscarlo y convertirse a su vez en el ángel de la guarda del rebelde. Lo llevó a comer ostras, argumento irrebatible aun

ignorando que «somos lo que comemos» (Man ist, was man ißt), según la ingeniosa paronomasia de Feuerbach. Isaías y Miqueas habían profetizado que algún día la humanidad haría «de sus espadas rejas de arado y de sus lanzas hoces» (Is 2, 4; Mq 4, 3)[213], pero cabe pensar que nuestro historiador, sin tener ningún espíritu de profecía, vislumbró el remedio: «La cocina francesa es la más famosa del mundo», dijo. Esta gloria resplandecerá sobre todas cuando la humanidad por fin recobre el juicio y desdeñe la espada para empuñar el asador.

En resolución, durante dos años el ángel Arcadio estuvo saqueando la biblioteca amparado en su invisibilidad. «Lamento amargamente, señor Sariette —le confesaría Maurice d'Esparvieu—, que todos sus libros no hayan sido devorados por un incendio o anegados por una inundación. Por su culpa mi ángel ha perdido la cabeza, se ha hecho hombre y ya no tiene fe ni ley. Ahora soy yo su ángel de la guarda. ¡Sabe Dios cómo acabará todo esto!».

¿Y cómo acabó?, preguntaréis. Sabemos cómo acabó y ha llegado el momento de decirlo. La rebelión de los ángeles triunfó y entronizó a Satán, que otrora había adoptado el rostro de Dioniso. Eran los tiempos de la belleza antigua: «Sus ojos tenían la dulzura de las violetas en los bosques; en sus labios brillaba el rubí de las granadas abiertas; un vello más fino que el terciopelo de los melocotones cubría su mentón y sus mejillas; su rubia cabellera, trenzada en forma de diadema y anudada suavemente en lo alto de su cabeza, estaba rodeada de hiedra». Como Orfeo, encantaba a los hombres y a las bestias. Y ahora Satán, aun sin haber leído El Gatopardo, supo que, tras haber derrocado al demiurgo, su iglesia era eterna y las puertas del infierno no prevalecerían contra ella. «Tú eres infalible —le dijo al vice—. Nada ha cambiado».

¿Y la biblioteca?, ¿qué fue de la biblioteca?, diréis. Un poema de Jorge Guillén, que podría haberlo escrito Borges de no ser por el adjetivo sabrosas, dice:

La biblioteca en el palacio viejo

da a sus libros un aura inteligente,

que predispone a la lectura lenta,

a las sabrosas averiguaciones.

Raro quizá el lector de estos volúmenes.

Revestidos de bellas pieles, oros

en tejuelos, a gusto bien erguidos

y por tamaños ordenados, velan,

aguardan tiempo con memoria firme,

pese a la destrucción innumerable.

Diríase que estaba describiendo la biblioteca Esparviana. Pero su firmeza se cuarteó por la columna que parecía más inalterable. Julien Sariette, el pulcro bibliotecario sin queja y sin tacha, el guardián exaltado hasta el fanatismo, descubrió el desaparecido Lucrecio de tafilete rojo en casa de su amigo, el restaurador (o falsificador) de arte Michel Guinardon. Cómo llegó a sus manos tras un zigzagueo más enrevesado que el dinero evadido —ese que «había convertido a Francia en la nueva Jerusalén»— es otra historia. Pero estaba allí. Y ante la negativa de Guinardon a devolver un objeto «que le había costado su dinero», Julien Sariette, en un arrebato de intransigencia, se arrojó a «la carne ardiente y blanda» de su cuello y lo estranguló.

Ahora sí perdió el juicio. Julien Sariette, trastornado por el crimen a que lo había inducido el Lucrecio con anotaciones de puño y letra de Voltaire, se encerró en la biblioteca profiriendo gritos horribles y negándose a salir. Fue el principio del desastre. El minucioso historiador lo ha detallado así:

Por la mañana abrió una ventana de la Sala de las Esferas y de los Filósofos y lanzó dos o tres volúmenes bastante pesados a la cabeza del viejo ayuda de cámara. Acudieron todos los criados, hombres, mujeres y niños, y el bibliotecario los recibió con una verdadera lluvia

de libros. Ante la gravedad de los acontecimientos, René d'Esparvieu se vio obligado a intervenir. Se presentó en batín y gorro de dormir e intentó hacer entrar en razón al pobre loco, que, por toda respuesta, vomitó un torrente de injurias sobre el hombre al que veneraba como su gran benefactor, y se esforzó denodadamente por sepultarlo bajo Biblias, Talmudes, libros sagrados de la India y de Persia, Padres griegos y latinos, san Juan Crisóstomo, san Gregorio Nacianceno, san Agustín, san Jerónimo, los apologistas, e incluso la Historia de las variaciones, anotada por el propio Bossuet. Los volúmenes en octavo, en cuarto, los infolios, se estrellaban indignamente contra las baldosas del patio. Las cartas de Gassendi y las del padre Mersenne se esparcían al viento. La doncella, que se había agachado para recoger las hojas del suelo, recibió en la cabeza un inmenso atlas holandés. La señora de Esparvieu, horrorizada por el bullicio, se presentó sin arreglar. En cuanto la vio, el furor del enloquecido Sariette se agudizó. Uno tras otro, los bustos de los poetas, de los filósofos, de los historiadores de la antigüedad —Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Heródoto, Tucídides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Horacio, Séneca, Epicteto— surcaron los aires y se despanzurraron contra las baldosas. […] Por fin, un cerrajero consiguió abrir la puerta de la biblioteca, y todos los criados penetraron en el interior. Atrincherado entre montañas de libros, el viejo Sariette se afanaba en la destrucción de aquel Lucrecio del prior de Vendôme, anotado por el mismísimo Voltaire.

Solo los bomberos consiguieron reducir al furioso Julien Sariette, que fue internado con urgencia en un manicomio.

Maurice d'Esparvieu sospechaba que la historia del bibliotecario y la de Arcadio y sus congéneres rebeldes, si alguna vez se contaba, resultaría poco verosímil para casi nadie y nada creíble para casi todos. Cuando Maurice descubió a su ángel guardián en traje humano, es decir, en ninguno, le preguntó:

—Pero ¿por qué te rebelas? ¿Por qué?

—Antes que tú, ya Isaías hizo esta pregunta: Quomodo cecidisti de

coelo, Lucifer, qui mane oriebaris? [«Cómo caíste del cielo, ¡oh Lucifer, hijo de la mañana!»: Is 14, 12] ¡Un poco de cultura, Maurice! —concluyó el ángel.

[211] Es harto dudoso que Alessandro Politi le hubiera atribuido amor ille ardens librorum, studiumque illud incredibile bibliothecarum, por las mismas razones que a tantos doctissimi viri de la antigüedad.

[212] Basilio Magno: Adversus Eunomium, III, 1B (unicuique fidelium adsit angelus velut paedagogus quidam et pastor vitam dirigens): PG 29, 655.

[213] También es cierto que Joel predicó lo contrario: «Proclamad la guerra, despertad a los valientes…: forjad espadas de vuestros arados, y lanzas de vuestras hoces» (3, 10). Y el mismo Jesús de Nazaret llegó a decir: «No vine a traer la paz, sino la espada» (Mt 10, 34).

La biblioteca de don Eufrasio Macrocéfalo

[CLARÍN: La mosca sabia]

Don Eufrasio Macrocéfalo, «químico excelente, especie de Borgia de los mures», había exorcizado a los ratones, que con tanta osadía se pasearían por la desamparada biblioteca de la Villa San Girolamo. Su gabinete de estudio, el sanctasanctórum de su casa, «aquel santuario de la sabiduría», más que gabinete era salón biblioteca.

«La biblioteca de don Eufrasio era una habitación tan abrigada, tan herméticamente cerrada a todo airecillo indiscreto por lo colado, que no había recuerdo de que jamás allí se hubiera tosido ni hecho manifestación alguna de las que anuncian constipado: don Eufrasio no quería constiparse, porque su propia tos le hubiera distraído de sus profundas meditaciones»[214]. Sus paredes estaban «guarnecidas de gruesos y muy respetables volúmenes…: tomos que sabían todo lo que Platón dijo y que gritaban aquí ¡Leibniz!, más allá ¡Descartes! ¡San Agustín! ¡Enciclopedia! ¡Sistema del mundo! ¡Crítica de la razón pura! ¡Novum organum!».

Pero si había exorcizado a los ratones, no así a las moscas. Por lo menos a una.

Y es que la biblioteca de don Eufrasio Macrocéfalo —a quien malas lenguas han querido emparentar con don Antolín S. Paparrigópulos, cosa que Víctor Goti y Augusto Pérez no han confirmado jamás—, pese a Homero, Estrabón y Ptolomeo y «los magníficos atlas que tenía», tal vez no habría merecido los honores de la memoria escrita de no haber sido por aquella mosca.

Samaniego nos ha legado la historia de otra, la de «El calvo y la mosca»:

Picaba impertinente

en la espaciosa calva de un anciano

una mosca insolente.

Quiso matarla, levantó la mano,

tiró un cachete, pero fuese salva,

hiriendo el golpe la redonda calva.

También la nuestra anduvo recorriendo «la espaciosa calva» de don Eufrasio, pero este tuvo más habilidad o suerte que el otro anciano y logró encerrarla bajo una copa de cristal, con la idea de realizar un experimento para probar «la teoría cartesiana que considera como máquinas a los animales». La teoría fracasó, pero la mosca alcanzó el indulto en el momento del suplicio y pudo volar a sus anchas por la biblioteca. Aprendió a leer y escribir. En poco tiempo supo tanto chino y sánscrito «como cualquier sabio español»; finalmente, leyó todos los libros de la biblioteca, pues para leer le bastaba pasearse por encima de las letras.

Una tarde en que había salido de paseo con don Eufrasio, la mosca se plantó sobre sus narices como en una atalaya. Siempre he sospechado que aparte de tanta y tan selecta filosofía —más algunas notas que el solista de clarín prefirió pasar en silencio—, en la biblioteca del Macrocéfalo estaban también las Fábulas de Samaniego, en cuyo caso la mosca sabia tuvo la oportunidad de leer, y retener, «El filósofo y la pulga», sobre todo aquel discurso no superado que la pulga declamó desde la filosófica nariz:

Una pulga que oyó con gran cachaza

al filósofo maza,

dijo: «Cuando me miro en tus narices,

como tú sobre el risco que nos dices,

y contemplo a mis pies aquel instante

nada menos que al hombre dominante,

que manda en cuanto encierra

el agua, viento y tierra,

y que el tal poderoso caballero

de alimento me sirve cuando quiero,

concluyo finalmente: “Todo es mío.

¡Oh grandeza de pulga y poderío!”» (vv. 45-56).

Nuestra mosca era macho (¿habría que decir mosco, pues a moscón no llegaba?) y, mientras divagaba o filosofaba sobre la nariz de su dueño, nos ha contado ella misma que otra mosca, «un ángel diré mejor, abatió el vuelo y se posó a mi lado, sobre la nariz aguileña del sabio. Era hermosa como la Venus negra, y en sus alas tenía todos los colores del iris; verde y dorado era su cuerpo airoso; las extremidades eran robustas, bien modeladas, y de movimientos tan seductores, que equivalían a los seis pies de las Gracias aquellas patas de la mosca gentil. Sobre la nariz de don Eufrasio, la hermosa aparecida se me antojaba Safo en el salto de Léucade».

Se enamoró perdidamente de «la mosca verde y dorada». A partir de ese momento fueron sus «lecturas favoritas las leyendas y poemas en que se cuentan hazañas de héroes hermosos y valientes: la Batracomiomaquia, la Gatomaquia, y sobre todo, la Mosquea», que le hacía llorar de entusiasmo. Cabe sospechar que más de una vez rememoraría los versos que cierran la octava 29 del Canto II: «¡Qué galán y cortés la dama toca, / su amor le dice y bésala en la boca! (II, 231-32).

Pero el sueño y la realidad, la vida y la ficción a veces chocan. El día de Año Nuevo «don Eufrasio puso encima de la mesa un libro de gran tamaño, de lujo excepcional. Era un tratado de Entomología, según decían las letras góticas doradas de la cubierta. El canto del grueso volumen parecía un espejo de oro». La mosca sabia voló a registrar el volumen, sospechando que allí estaba la dueña de sus pensamientos. ¡Y, en efecto, allí «estaba ella, la mosca verde y dorada», tal como un día la vio sobre la nariz de don Eufrasio, y desde entonces a todas las

horas del día y de la noche en todos los ángulos de la fantasía!

Resultó ser una Musca vomitoria. «¡Mosca vomitoria! —confesó el mosco—. Este era el nombre de mi amada. En el texto encontré su historia. Era terrible. Bien dijo Shakespeare: "Estos jóvenes pálidos que no beben vino acaban por casarse con una meretriz". Yo, casta mosca, enamorada del ideal, tenía por objeto de mis sueños a la enamorada de la podredumbre».

Quiso matarla, levantó la mano…

Pero eso fue en la historia de Samaniego. En la nuestra (quizá por analogía con aquel caracol suicida de Fernández Flórez, que, desesperado por no hallar una sola hoja que pudiera servir de alimento a un caracol por poco exigente que fuera, «traspuso la valla del corral y se entregó a las gallinas, que lo comieron en dos picotazos») la mosca desengañada se lanzó sobre la calva de don Eufrasio Macrocéfalo y allí mordió con furia, esperando la mano descarnada que supo matarla.

«La mosca es anarquista», dictaminó el doctor Václav Orlík, un paleontólogo cuya especialidad era el mamut, pero también entendía de moscas. «Las moscas son los únicos animales que leen los diarios», había gregueriazado Gómez de la Serna. La mosca sabia leyó más. Pero ya dijo el Qohelet que «quien añade ciencia añade dolor». Ignoramos sin don Eufrasio Macrocéfalo llegó a decir o sospechar: «No supe que quisiera suicidarse».

[214] Cierto lejano parecido guarda la de Nicolás Serrano que describió Azorín: «La biblioteca de Serrano no será grande; hay a lo largo de la humanidad un reguero de unos pocos espíritus que han visto todo lo que es la naturaleza humana, que han resumido en claras páginas toda la psicología humana —lucha y egoísmo—, y leyendo a los cuales poco a poco, de rato en rato, se sabe todo. Serrano los ha leído, los tiene en su anaquel, y como estudia en vivo las cosas del mundo, solo necesita hojear de cuando en cuando algún volumen nuevo para estar al corriente de todo… Esta es la vida de nuestro amigo: desdén imperceptible e ironía indulgente» («Nicolás Serrano», en España. Hombres y paisajes: Obras escogidas II. Madrid: Espasa, 1998, p. 564).

La biblioteca de Javer

[ISMAÍL KADARÉ: Crónica de piedra]

La ciudad tenía el nombre mágico de «Ciudad de plata» (Argirópolis) o «Castillo de plata» (Argirócastro). En «una ciudad empinada, quizá la más empinada del mundo, que había desafiado todas las leyes arquitectónicas y urbanísticas», en la que no resultaba fácil ser niño, lo raro no es que Javer tuviese una biblioteca, sino que hubiese siquiera biblioteca. Y sin embargo había una biblioteca pública, como después de ser «ocupada» por las tropas fascistas de Mussolini, habría una casa pública, instaurada por los italianos con gran escándalo de las mujeres de la familia de Ismaíl[215].

Como casi todo el mundo, Ismaíl tenía dos parejas de abuelos. En la casa de su abuela paterna, donde habitualmente vivía, había casi de todo: «ollas de cobre, calderos para batir la leche, recipientes de todos los tamaños, artesas de madera y de piedra, ganchos de hierro, vigas, bolas de hierro (de una de ellas se decía que era un obús de cañón), dagas con la empuñadura repujada, toneles, baúles con fechas antiguas, ruedas de molino, enorme variedad de ganchos y cadenas, recipientes para la cal, braseros, fusiles de pedernal, silbatos, infinidad de trastos viejos y asombrosos de los que no se conocía ni el nombre…». Pero no libros. Para llegar a ellos tenía que ir a casa de su abuelo materno, a quien llamaban el babazoti, que —él sí— tenía un baúl lleno de gruesos librotes, alguno con las páginas amarillentas, como enfermas de ictericia. Por desgracia estaban en turco. A Ismaíl los caracteres arábigos le parecían hormigas, y llegó a preguntar a su babazoti si podían leerse las hormigas. El abuelo rio y le prometió enseñarle a leer en turco cuando creciera.

Su primer libro le llegó de la mano de Javer, un joven de ojos grises, mayor que él, que le prometió prestarle uno cuando se terciara. Un día en que Javer estaba solo en casa, Ismaíl lo halló fumando plácidamente y silbando una melodía.

—Me dijiste que ibas a dejarme un libro.

—Sí, signore. Ahí los tienes. Coge el que quieras.

La biblioteca de Javer era una estantería de libros adosada a la pared… Ismaíl nunca había visto tantos libros juntos. Javer le explicó el orden: «Esto es el nombre del autor…; este, el del título, o, por así decir, el nombre con que ha sido bautizado».

Buscó entre títulos que no logró descifrar, quizá porque estaban en idiomas incomprensibles. De pronto se le encendió una luz y pidió «el de Jung». «¿Tú vas a leer a Jung?». Javer soltó la carcajada, porque había olvidado que Ismaíl conocía ese nombre precisamente gracias a él. Durante la época en que se desató una crisis de brujería entre las gentes del pueblo, Javer afirmó que no había leído a Jung, ni tenía intención de hacerlo, pues caer en el «misticismo» y en la «psicosis colectiva» desviaba «la atención de la gente de los problemas reales». Ismaíl, ofendido, estaba a punto de marcharse cuando Javer explicó:

—Anda, coge otro. A Jung no lo entiendo ni yo. Además, no está en albanés.

Ismaíl abrió uno al azar, y en la primera página leyó palabras como «espíritu», «brujas», «asesino primero» y «asesino segundo». ¡Este!, pensó.

—Me llevo este —dijo sin mirar siquiera el título.

—¿Macbeth? Me parece un poco fuerte para ti.

Ante su insistencia añadió:

—Llévatelo, pero no me lo pierdas.

Ignoramos qué otros libros se alojaban en aquella estantería apoyada en la pared, aunque no sería inverosímil hallar entre el vecindario de papel algún Marx, un Proudhon, acaso las memorias de Kropotkin. Al borde del mayor cataclismo de Europa, la ciudad de plata fue ocupada sucesivamente por italianos, griegos, otra vez italianos, alemanes y finalmente los guerrilleros del partido comunista. Mientras avanzaba «la ofensiva del infortunio», y la bodega de la casa dejó de ser refugio eficaz contra los bombardeos, y en el pozo apareció un panfleto en el que Ismaíl reconoció la letra de Javer, y descubrió que tenía un revólver, y a la pregunta por la Edad Media, respondió: «¿La Edad

Media? Es la época más negra de la humanidad; la historia de ese Macbeth que leíste sucedió en la Edad Media», y en el ayuntamiento ardieron las escrituras de propiedad, y Javer exclamó con sarcasmo: «¿Oís cómo lloran por ellas?», Ismaíl comprendió por qué la acaudalada señora Majnur gritaba: «¡andrajosos…, deudores…, comunistas…, malditos!». Tal vez el único acontecimiento memorable fuera la proyección de la película de Edmund Goulding, Gran Hotel, con una Greta Garbo que sabía reír y llorar. Desconocemos la opinión de Javer sobre la cinta.

La noche en que llegó a casa con el libro bajo el brazo, cuando su madre le pidió que apagara la luz porque no tenían petróleo, Ismaíl no conseguía conciliar el sueño. El libro descansaba sobre el diván, aparentemente silencioso, pero lleno de voces y presagios. «En el interior de dos delgadas tapas de cartón se ocultaban ruidos, gritos, caballos, personas… Reencarnados en pequeños signos negros. Cabellos, ojos, alaridos, llamadas, voces, uñas, pies, puertas, muros, sangre, barbas, cascos de caballos, órdenes. Sometidos, plenamente sometidos a los signos negros. Las letras corren a una velocidad endiablada, unas veces a un lado, otras a otro».

Macbeth. «¿No es un poco fuerte para ti?». Es probable que Ismaíl recordara la famosa frase del acto V: «La vida es una sombra que camina, un pobre actor que en escena se arrebata y contonea y no se le vuelve a oír. Es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada». Es seguro que recordó la del acto III: «Tú no puedes decir que he sido yo. ¡No sacudas contra mí tu melena ensangrentada!», porque pensaba decírsela al espectro de un delator tras haberlo asesinado.

La abuela de Ismaíl sabía que en este mundo todo tiene remedio menos la muerte[216]. «Solo con la muerte —dijo— no hay nada que hacer». Antes de la guerra los niños jugaban a intercambiarse cromos de naciones: Francia y Canadá por Luxemburgo, Abisinia por dos Polonias, la India por Venezuela… Pasó Javer y, riéndose, dijo: «Qué, ¿os estáis repartiendo el mundo?». Ellos no, pero sí las «tempestades humanas», que se repartieron sus vestidos y sortearon su túnica.

[215] El cronista de piedra señala que un lord inglés, «que hacía versos y cojeaba», pasó en otro tiempo por la ciudad o castillo de plata, camino de las mil y una noches, de Grecia y de su tumba. Núñez de Arce, que escribió un olvidado y olvidable poema en 76 octavas, titulado Última lamentación de Lord Byron, escribía en la estrofa 35: «¡Yo también moriré!… ¿Dónde? ¡Quién sabe! / Desesperado y con mi herida abierta / pudiera hallar mi tumba, como el ave, / quizás en roca estéril y desierta».

Cuatro meses antes de morir —anota Núñez de Arce en la octava 43 —, «el 27 de diciembre de 1823, escribía desde Cefalonia a su íntimo amigo el célebre poeta irlandés, Tomás Moore, lo siguiente: "Si la calentura, el cansancio, el hambre o cualquiera otra dolencia alcanzase en medio de su carrera a vuestro hermano en poesía, como sucedió a Garcilaso de la Vega, a Kleist y Koerner, acordaos de mí en medio de las risas y del vino"». [If any thing in the way of fever, fatigue, famine, or otherwise, should cut short the middle age of a brother warbler, —like Garcilasso de la Vega, Kleist, Korner, Kutoffski (a Russian nightingale —see Bowring's Anthology), or Thersander, or, —or somebody else —but never mind —I pray you to remember me in your 'smiles and wine.'] Este último pertenece a un poema del propio Moore: The Legacy (from Irish Melodies) l.3, y el endecasílabo en que lo convirtió Núñez de Arce vale por casi toda su poesía. No es improbable que en la biblioteca de Javer hubiera algún libro suyo, aunque el puntual cronista pudorosamente lo omita.

[216] Algo común con don Quijote y Sancho, que también dijeron: «Para todo hay remedio, si no es para la muerte» (II 10.39; 43.43; 64.7). Pero la abuela de Ismaíl no tenía por qué saber que es privilegio de los artistas «dejar obras que pongan obstáculos a la muerte». Lo escribió Foenkinos, en la página 89 de su libro.

La biblioteca de Francie Nolan

[BETTY SMITH: Un árbol crece en Brooklyn]

En agosto de 1912, un mes antes del primer síntoma de la ruina de la biblioteca Esparviana, Francie Nolan y su hermano Neeley recogían papel, trapos, botella vacías, hierro y cobre para redondear su presupuesto unos centavos. Porque su padre era buen mozo y simpático, camarero y cantante suplente de café a ratos, buena gente, pero —dicho sea sin eufemismos— un borracho; y su madre, con veintinueve años apenas, cabello negro, ojos castaños y buen talle, trabajaba de portera, fregaba y hacía la limpieza de tres viviendas para mantener a los cuatro.

Para Francie, la biblioteca pública de Williamsburg, un suburbio de Brooklyn, era como una iglesia. Aunque pequeña y pobre, a sus once años Francie «creía que en ella estaban todos los libros del mundo y se había propuesto leerlos todos. Devoraba un libro al día siguiendo celosamente el orden alfabético, sin saltarse ninguno, ni siquiera los más áridos. Recordaba que el autor del primero era Abbott. Desde hacía mucho tiempo leía un libro al día, y, con todo, aún estaba en la B; ya había leído sobre bichos, búfalos, vacaciones en las Bermudas y arquitectura bizantina. A pesar de su gran entusiasmo, algunos le resultaron realmente difíciles; pero Francie era una lectora de verdad y se había propuesto leer todo lo que estuviera a su alcance: clásicos, novelas, calendarios y hasta el catálogo del almacén. Algunas obras eran maravillosas, por ejemplo las de Louisa May Alcott». En cuanto llegara a la Z, tenía pensado leerlas todas de nuevo.

Los domingos podía llevarse un libro a casa. Había erigido su refugio particular en la escalera de incendios. Durante el verano se instalaba allí con una manta, una almohada y el libro: sentada en la escalera, podía imaginar que vivía en un árbol, como el barón Cósimo Piovasco de Rondó en su bosque. Y es que Francie iba creciendo con el rocío de los libros, como aquel árbol que subsistía a través de las rejas del patio de un barrio oscuro de Brooklyn, sin recibir el sol y solo con el agua de la lluvia. A sus once años Francie Nolan pensaba que cuando tuviera casa propia podría prescindir de las sillas de felpa, las cortinas

de encaje y las flores artificiales. Pero no de un escritorio como el de la bibliotecaria; tendría un secante verde limpio cada sábado por la noche; una hilera de lápices amarillos, relucientes, siempre con la punta bien afilada, un jarrón dorado con hojas de haya o alguna flor, y libros…, libros…, libros…

En realidad su biblioteca había empezado mucho antes de que la pequeña Francie fuera consciente de ello. Cuando nació la niña, su abuela materna —que no sabía leer ni escribir, aunque sí contar historias con una voz vibrante y melancólica que seducía a todos los que la escuchaban— le había explicado a la madre que «el secreto está en saber leer y escribir». Y había añadido: «Tú sabes leer. Lee todos los días a tu hija una página de algún libro; todos los días hasta que aprenda a leer. Y en cuanto aprenda, que lea todos los días». Todavía fue más específica: «Hay dos libros grandiosos. Uno es Shakespeare. He oído decir que todo lo prodigioso de la vida se encuentra en él; todo lo que el hombre ha aprendido sobre la belleza; toda la sabiduría y el conocimiento de la vida que el hombre pueda tener está encerrado en esas páginas… El otro, la Biblia». En lo que hasta Brecht habría estado de acuerdo.

Pero había que comprarlos. De ello se encargó su tía Sissy, que por 25 centavos encontró un ejemplar muy gastado de Shakespeare. Era un libro viejo, semidestrozado, pero contenía todas las obras de teatro y los sonetos. «Había notas que describían con todo detalle las intenciones del dramaturgo, un retrato del autor y unos grabados que ilustraban alguna escena de cada obra. Las páginas estaban divididas en dos columnas de letras minúsculas». La Biblia desapareció de la mesilla de una respetable pensión tras una noche de amor.

Y así, sin saberlo, Francie recibió de su tía el «regalo de bautismo» y el principio de su biblioteca. Su madre cumplió la parte del trato que le correspondía y estuvo leyendo cada noche las dos páginas diarias de la promesa hasta que los dos hermanos fueron capaces de hacerlo solos. Para ganar tiempo Neeley leía la Biblia, y Francie a Shakespeare. Entre las «músicas más íntimas» que, «en la lenta noche caminada», exaltaban a Borges se hallaban precisamente la «voz de Shakespeare y de la Escritura». La de Shakespeare se la proporcionó su abuela. La abuela de Francie, como una sibila benetiana, propuso desde el silencio analfabeto las dos voces.

Hacía seis años que repetían el rito noche tras noche. Llegaban por la mitad de la Biblia, y en Shakespeare andaban ya por Macbeth, cuando, ante la burla de una chiquilla, Francie desdeñosamente dijo: «Lo tuyo es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada». A esa edad, solo Ismaíl podría haberlo dicho en una lejana Ciudad de Plata. En cambio, cuando el vendedor de árboles de Navidad los llamó «¡Bastardos, piojosos!», ella comprendió que «las frases podían tener distintos significados según la expresión empleada al decirlas» y que en realidad lo que el buen hombre quería decir era: «Hasta la vista. Que Dios os bendiga». No consta que por entonces Francie hubiera leído el Quijote, y así no podía saber «que no es deshonra llamar hijo de puta a nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle» (II 13.68).

Había leído varias veces la historia de François Villon[217]. Para quien tenía que vender trapos y papeles para ahorrar unos centavos, comprar un libro era un sueño inalcanzable. No tenía fanegas de sembradura que vender y, así como a don Quijote muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dar fin a Don Belianís como allí se promete, a Francie muchas veces le vino deseo de comprar una libreta de dos centavos y copiarlo por si se perdía y no pudiera leerlo nunca más[218]. ¡Tanto deseaba tener un libro propio! Y del mismo modo que el alcalaíno leía hasta los papeles rotos de las calles, y Antonio Vidal andaba tras los papeles impresos y era incapaz de dejar un papel escrito ir por el aire, Francie Nolan leía con avidez hasta las carteleras de los teatros de variedades, las historietas de amor, aventuras, espiritismo, policías y todo lo imaginable, que su tía le traía porque su marido trabajaba en una editorial. Bien es verdad que «luego las vendía a mitad de precio en el quiosco del barrio y guardaba el dinero en la hucha de mamá».

Durante su vida Francie fue bendecida con algún milagro y sufrió varios baños de realidad. Milagro fue heredar un piano por la sencilla razón de que los anteriores inquilinos no tuvieron dinero para el traslado; las clases de música a cambio de limpieza, y la fascinación por el metrónomo; la vacuna para aprender a distinguir la mano derecha de la izquierda; la fragancia de las rosas en Bushwick Avenue y la del ramo de rosas rojas que recibió de su padre después de muerto; el aroma del café auténtico en una escena de La novia del pastor, hito supremo del realismo en el teatro; el olor de las castañas asadas del vendedor de la esquina; la borrachera —¿o habría que decir

embriaguez?— que experimentó la primera vez que vio un tulipán… En la escuela aprendió mucho más de lo que imaginaba: por ejemplo, que hay varias castas dentro del sistema de una gran democracia, y ella pertenecía a la de los sucios desheredados que nadie sabía por qué tenían derecho a ir a la escuela; en la calle, que una joven madre soltera, que creía que el sexo no tenía por qué ser un acto de sumisión matrimonial —y, en la práctica conyugal, de violencia—, podía ser apedreada por las otras, «obedeciendo a un instinto ya vigente en la época de Cristo». De ese modo, iba recolectando perlas de conocimiento, como Plinio retazos para su Historia.

Primero había querido ser la mujer que acompañaba al organillero, luego quiso ser maestra, después de la primera comunión deseaba ser monja, a los once años aspiraba a ser actriz; tras considerar fallidos los finales de algunas obras, decidió ser dramaturga. Pero su primer texto impreso fue una redacción titulada «Invierno», que había sido elegida como la mejor del séptimo curso, y apareció publicada en la revista de la escuela. No tuvo tanta suerte con los tres cuentos que escribió sobre su padre: sin llegar al realismo sucio, a la nueva maestra de inglés —perita en verdad y belleza—, no le gustó que dejara de escribir sobre pájaros y árboles para descender a asuntos tan desagradables —«sórdidos» llegó a decir— como la pobreza, el hambre y la embriaguez, habiendo cosas tan verdaderas en el mundo como las estrellas[219], el esplendor del sol naciente y el amor a la patria. Cuando la señorita de inglés le sugirió que arrojara a la estufa sus «sórdidas» redacciones, le hizo caso… solo en parte: arrojó al fuego todas las redacciones «sobresalientes», que hablaban de álamos gigantescos, cielos azules, malvarrosas como puestas de sol y nomeolvides, y solo conservó las cuatro historias sobre su padre.

Porque Francie había atesorado varias cosas de su padre: una bacía de barbero con el nombre de John Nolan, y sobre todo narraciones, unos relatos salpimentados de toda suerte de tropos, metáforas, símiles y comparaciones, que el tabernero McGarrity, como un espejo que reflejaba las conversaciones habidas con Johnny en el bar, iba repitiendo tras la muerte de su padre en la cocina de su casa. De él había aprendido, tras un extraño día de pesca, la diferencia que hay entre mentir y no ser excesivamente minucioso con la verdad.

En enero de 1914 Francie Nolan empezó un diario. No podía renunciar a él, porque todas las heroínas de novelas llevaban el suyo.

El primero de julio, presionando el lápiz con todas sus fuerzas, escribió: «La intolerancia provoca guerras, pogromos, matanzas y crucifixiones, e induce a los hombres a cometer maldades contra los demás e incluso contra los niños. Es la causa de muchos de los vicios, las violencias, los horrores y los dolores que atormentan al mundo». Muchos habríamos podido firmarlo, pero, tras leerlo en voz alta como en el teatro, le parecieron palabras enlatadas. Cerró el diario y lo guardó.

A sus once años Francie Nolan pensaba que cuando tuviera casa propia podría prescindir de las sillas de felpa, las cortinas de encaje y las flores artificiales. Pero no de un escritorio y de los libros, muchos libros… Y sin embargo, cuando tras una carrera de obstáculos consiguió acceder a la universidad, comprobó que su reducida biblioteca cabía en una caja de cartón: la Biblia, Las obras completas de William Shakespeare, un volumen bastante deteriorado de Hojas de hierba, y sus tres libros hechos de recortes: Colección Nolan de poesía contemporánea, Colección Nolan de poemas clásicos y El libro de Annie Laurie. Quizá habría que añadir el diario que quedó interrumpido a finales del catorce. Y desde luego los miles de páginas que habitaban en los «rincones de su cerebro», menos tenebrosos que los de Bécquer.

El 27 de junio —un mes antes de la declaración de la Gran Guerra— terminaron la lectura de la Biblia. Para entonces ya habían leído cuatro veces las obras de Shakespeare, y Francie conocía de memoria amplios fragmentos de Julio César, de El mercader de Venecia y de Troilo y Crésida. Años atrás, en la época en que andaban todavía por el Génesis, las compañeras de Francie la esquivaban porque hablaba de un modo extraño. Debido a las lecturas de su madre, Francie se había contagiado del vocabulario bíblico y empleaba términos y expresiones de los narradores Yahvista, Elohísta y Sacerdotal. Una vez se empeñó en colocar la palabra concebir a propósito de una cuerda, y otra niña se burló de ella diciéndole que hablaba como los italianos. A lo que Francie respondió con mucho aplomo:

—Yo no hablo como un italiano. Hablo como…, como Dios.

Y es que, en efecto, desde niña Francie Nolan hablaba como Dios.

[217] Se refiere a Si yo fuera rey, la obra de teatro del irlandés Justin Huntly McCarthy (1901), que en 1938, con guion de Preston Sturges, sería llevada al cine por Frank Lloyd. Ronald Colman fue François Villon, y Basil Rathbone, Luis XI, rey de Francia.

[218] Sé de alguien que a los quince años se aprendió uno de memoria porque era prestado y tenía que devolverlo. Por otras razones lo hizo Racine, cuando estudiaba en un internado jansenista. Un clérigo iracundo lo sorprendió leyendo Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea, le arrebató el ejemplar y lo arrojó al fuego. El adolescente relapso consiguió otro, que también fue descubierto y quemado. Racine se agenció uno más, se lo aprendió de memoria y esta vez fue él mismo quien se lo ofrendó al superior: «Ahora ya puede quemarlo como los otros dos». El clérigo incendiario no sabía que Heliodoro era lectura predilecta de Cervantes, y menos que, para ponderar su Persiles, escribió que era «libro que se atreve a competir con Heliodoro». La estratagema de Racine llegaría hasta Fahrenheit 451.

[219] Treinta años después diría la extraña pasajera Charlotte Vale: «No pidamos la luna; tenemos las estrellas».

La biblioteca de Fray Vicents

[RAMÓN MIQUEL I PLANAS: El librero asesino de Barcelona;

GUSTAVE FLAUBERT: Bibliomanía; CHARLES NODIER: El bibliómano]

Hay dudas sobre si apellidar biblioteca, almacén o librería a la del librero Vicents. Era un hombre de apenas treinta años; pero, encorvado como un anciano, parecía un viejo maltrecho y harapiento. Huraño, caviloso, de rostro demacrado, mirada turbia y aviesa, largos cabellos blancos, manos fuertes y nervudas, secas, cubiertas de arrugas, con su tono siniestro y lúgubre diríase extraído de alguno de los cuentos fantásticos de Hoffmann, sea o no —el dictamen es de Zweig— «el menos alemán de los autores alemanes».

Biblioteca, almacén o librería, poblada de inmensos estantes, armarios y anaqueles en sus innumerables pasillos, podría haber sido una sucursal de la de Babel o la de Suecia. De Mr. Todd sabemos que adoraba a Dickens pero no sabía leer. Tampoco el librero Vicents leía ninguno de sus tesoros, entre otras cosas porque apenas sabía leer. «Esa era la triste verdad. Ante la sabiduría encerrada en los libros, él solo era capaz de percibir sus formas, su expresión externa; amaba los libros solo porque eran libros, por su materialidad externa, por su título, por su perfume. Lo que más apreciaba en un manuscrito era su vieja fecha indescifrable, sus caracteres góticos ilegibles, sus complicados, exóticos y extravagantes ornamentos, sus dibujos cargados de oro; aquella pátina polvorienta que empañaba sus páginas y que para él desprendía un perfume de suavísima frescura; aquella fórmula ritual de conclusión inscrita en una cinta sostenida por dos ángeles o en el zócalo de una fuente, en un túmulo, en un cesto de rosas o entre plumas doradas y azulados ramilletes». Los manuscritos «eran sus hijos preferidos».

Hay quien ha sido cocinero antes que fraile. Vicents había sido monje en el monasterio de Poblet antes que librero. En 1835 el convento fue saqueado y dispersada la biblioteca del cenobio, que contenía unos 6000 volúmenes, entre ellos los del general de Felipe IV, don Pedro

Antonio de Aragón, «encuadernados en piel roja y marcados en oro con su nombre y escudo en cubierta y contracubierta». Suponemos que la violenta exclaustración excitó la imaginación del monje y lo invitó a poseer una biblioteca incomparable, «una biblioteca tan grande como la de un rey», con todo lo que pudiera albergar «de bueno, de sublime, de divino». Pronto no tuvo «más que una idea, un amor, una pasión: los libros». Y, hacia 1836, Fray Vicents armó su librería «en un callejón angosto y oscuro» de los Encantes de Barcelona.

Congregó libros tan codiciados como la Crònica d'en Puigpardines; por él consiguió a su pesar la suma de 600 libras (o pistolas según el historiador francés), cuando ya 200 parecía un precio extraordinario. Pero no fueron suficientes para adquirir en una subasta «el único ejemplar conocido del primer libro impreso en España»: la Gramática latina de Mates (impresa en Barcelona por el alemán Johannes Gherlinc, en 1468), «destinada al uso de los estudiantes catalanes: era un pequeño volumen en octavo de un centenar de páginas de impresión gótica». Cuando se vio obligado a vender el primer Kempis catalán, De la imitaciò de Jesucrist e del menyspreu del món, «impreso en Barcelona en 1482, con letra gótica, a dos tintas», pensó perder el juicio. Y lo perdió. Siguió al comprador, intentó deshacer el trato, no supo convencerlo. Y allí, en un callejón tan oscuro y solitario como su propia librería, le envasó la hoja del estilete. Recobró el ejemplar fugitivo, no sin dar al moribundo la absolución in extremis, vestigio de su condición de fraile, antes de la segunda puñalada. ¿Qué importancia tiene la vida, qué la muerte? «¡Todos hemos de morir un día u otro! En cambio, los libros buenos hay que conservarlos», objetó cuando los crímenes fueron descubiertos. Difícilmente hubiera podido llegar más lejos de haber sabido quién fue el feliz poseedor de otro Kempis: aquel que Corneille tradujo en verso y que el propio dramaturgo regaló.

En un anaquel disimulado tras una puerta, los alguaciles descubrieron el Directorium inquisitorum, de fray Nicolau Aymerich, impreso en Barcelona por Joan Luschner en 1503; los Furs e ordinacions de Valencia, de 1482; todos los libros, en fin, que habían provocado un incendio y doce asesinatos.

Luis Alberto de Cuenca acabó su poema «Libros» con dos versos conocidos y citados: «… a los que odiar / o por los que morir». Fray Vicents añadió otro, o quizá sustituyó el último: «… o por los que

matar».

* * *

Por la época en que el librero Vicents asesinaba inducido, ¡oh paradoja!, por un Kempis, Charles Nodier acompañó al bibliómano Théodore en un apesadumbrado recorrido por los bouquinistes del Sena. Hacía veinte años que Théodore se había retirado del mundanal ruido; labios dolosos y lenguas mendaces, como las del salmo, intentaban desacreditarlo con la maledicencia de que su reclusión se debía al secreto propósito de componer el libro definitivo que haría innecesarios todos los demás. Se equivocaban. Théodore había fatigado demasiados libros en su vida para ignorar que esa obra ya había sido escrita «trescientos años atrás: el capítulo trece del libro primero de Rabelais».

En su juventud no había rehuido a las mujeres. Ahora, a las hijas de las madres que amó tanto solo les miraba los pies, y no por la curvatura del empeine, sino por el material de sus zapatos. Cuando en la distancia percibía su bruñido cuero lustroso, suspiraba: «¡Ay, lástima de tafilete malgastado!». No eran raras desviaciones semejantes hacia el arte de la encuadernación y del papel impreso. Un equívoco entre el falso papel de Holanda y cierta decisión política provocó que un patriota no menos maníaco le partiera una pierna de un garrotazo.

El doctor, «que casualmente era filósofo y hombre agudo», en previsión de una congestión cerebral inminente le aconsejó ejercicio. Nodier había sido nombrado en 1923 director de la biblioteca de El Arsenal, y, según la señora Nodier, su principal defecto era la bibliomanía, «motivo de felicidad para él y de desesperación para ella». Así pues, como no le era ajeno el pie de que cojeaba Théodore —aparte del que sufrió el garrotazo—, para aliviar su melancolía, lo acompañó en su viaje por los muelles del Sena. Hablaron de libros y libreros: ¿de qué otra cosa podían hablar? Théodore afirmaba que en Francia no existía poesía desde Ronsard, ni prosa desde Montaigne, y deploraba «las fantasías y necedades de este siglo de hierro». (En su

biblioteca tres sólidos anaqueles estaban atestados de libros intonsos en griego). Nodier, que ponía en duda que la biblioteca de los Ptolomeos fuera quemada por Omar, menciona al infatigable M. Thour, «hombre afortunado donde los haya», pues que poseía en sus carpetas, por orden de materias, la fiel imagen del frontispicio de todos los libros conocidos… Hacia mil ochocientos treinta y tantos habría podido «legar a la posteridad el catálogo completo de la biblioteca universal», una compilación del «inventario de la civilización». Pero ya Nodier vislumbraba que, unos años más, y tal proeza sería impensable. Aquel día llegaron tarde a la subasta de Silvestre, que se había celebrado la víspera.

La subasta fallida fue el principio del fin. Un Virgilio desmesurado, ya vendido, lo acechaba desde la penumbra del bazar literario de subastas públicas. Pálido y desencajado, sacó Théodore su elzeviriómetro (¿qué es un pactómetro a su lado?) para comprobar la fatalidad que su vista infalible le había pronosticado: «Ese volumen es el Virgilio de 1676, en gran folio, del que yo creía poseer el ejemplar gigante, y resulta que supera al mío en un tercio de línea en altura. ¡Un tercio de línea, santo Dios!».

El bibliómano Théodore murió no sabemos si de la «monomanía del tafilete o tifus del bibliómano», como pretendía su médico —cuyo informe sobre la rara congestión cerebral de su paciente llegó a publicar en el Journal des Sciences Médicales—, o de delirio e insuficiencia bibliológica. Para los profanos, un tercio de línea en un Virgilio de 1676 quizá no signifique nada, pero un tercio de línea en un estilete es suficiente para traspasar el corazón. Abatido, desesperado porque la incuria del encuadernador le había escamoteado un tercio de línea a su Virgilio in-folio, se halló a un tercio de línea del sepulcro. «¡Un tercio de línea!» fueron sus últimas palabras.

En la tumba de Théodore colocaron «una lápida grabada con esta inscripción que él mismo había parodiado para sí del epitafio de Franklin»:

AQUÍ YACE,

BAJO SU ENCUADERNACIÓN DE MADERA,

UN EJEMPLAR IN-FOLIO

DE LA MEJOR EDICIÓN DEL HOMBRE,

ESCRITO EN UNA LENGUA DE LA EDAD DE ORO

QUE EL MUNDO YA NO ENTIENDE.

HOY ES UN LIBRO AJADO,

MACULADO,

DESPAREJO,

IMPERFECTO EL FRONTISPICIO,

PASTO DE GUSANOS

Y TOMADO DE MOHO.

NO OSAMOS ESPERAR PARA ÉL

LOS HONORES TARDÍOS

E INÚTILES

DE LA REIMPRESIÓN.

La biblioteca de Hermosilla

[F. G. OREJAS: El asesinato de Clarín y otras ficciones]

Tampoco perdonó el fuego a la biblioteca de don Críspulo (o Claudio, que en esto hay alguna diferencia entre los historiadores) de la Hermosilla y Pérez, víctima indirecta de la Dictadura de Primo de Rivera. Como la edad del hidalgo manchego, frisaba la de nuestro «docto varón» con los cincuenta, cuando decidió abandonar su casa natal de Brihuega para instalarse «en un modesto inmueble» del Madrid de los Austrias.

Su pasión por la lectura lo llevó a visitar a diario la biblioteca del Ateneo. El 20 de febrero de 1924 se encontró la biblioteca cerrada «por orden gubernativa», y ese fue el origen de su desdicha. Ya fuera por vengarse de tan inoportuna orden, o solo por alimentar su voracidad lectora, don Críspulo empezó a recorrer las librerías de viejo con una asiduidad impropia del espacio disponible. «Hasta entonces —resume su biógrafo—, su biblioteca particular no iría más allá de los dos mil volúmenes, pero en solo tres meses duplicó esta cantidad y, a finales del verano, llegaban a diez mil los libros que atestaban su casa». La biblioteca desbordó los límites del salón y anegó los pasillos, las habitaciones y hasta la cocina. Cuando empezaron a invadir su dormitorio, don Críspulo descubrió el placer de dormir rodeado —arropado— de sus libros preferidos. Llegó a construir anaqueles en el vano de la ventana, y finalmente toda la habitación quedó tapizada de libros.

Apenas es posible eludir la tentación de transcribir los títulos de tan surtida como sazonada biblioteca. Su puntual historiador enumera no menos de medio centenar, y causa admiración ver cómo se codea un Prontuario de Ortografía con el Fuero Juzgo, en latín y castellano, o hallar Romance de lobos y Luces de Bohemia al lado de El gran galeoto, azarosa muestra de una extraña cohabitación de Valle con Echegaray. Y sin embargo allí convivían Ercilla con Lucas Fernández y Ruiz de Alarcón, o Juan Nicasio Gallego con el obispo Bernardo de Balbuena, que alguna vez se glorió de haber escrito el endecasílabo más largo de toda la literatura hispana[220]. Dígase lo mismo de

Estébanez y Mesonero, Galdós y Modesto Lafuente, Clarín y Pereda, Baroja y Benavente, etcétera y etcétera.

Pero quizá lo más disonante es la tendenciosa región que alimentaba su llamada «instrucción filosófica». En ella encontramos las obras filosóficas, ordenadas alfabéticamente de la A a la Z, desde Agustín de Hipona a Zenón de Elea, si bien se observa la ausencia de las letras E, K, L, N, O, R, U, V, W, expulsando así, sin duda de modo premeditado, nombres tan eminentes como los de Empédocles de Agrigento, Kierkegaard, Leibniz, Nietzsche, Occam, Rousseau, Unamuno[221], Voltaire o Wittgenstein. Tengo para mí que Kant, el puntual y sosegado Immanuel Kant, conocido como el reloj de Königsberg, se vengó de tamaña omisión, contribuyendo a su aniquilamiento.

En efecto, la noche del 24 de diciembre de 1925, hallábase don Críspulo en la cama leyendo la Revista de Occidente, cuando, ya fuera por el peso de los libros o por el desatino de su dueño, cedieron las baldas, y se vio sepultado de pronto por la B. A. E. La Crítica de la razón pura le partió la clavícula[222]; una edición del Kempis lo acertó de lleno en la mandíbula; la Historia de los heterodoxos españoles acardenaló su cuerpo de modo inmisericorde; la España Sagrada, del padre Flórez, se le llevó una mano, y en fin la Guía de pecadores, violentamente proyectada contra su sien izquierda, remató la faena.

Con harto pesar de mi ánima debo añadir que ni siquiera en esto fue original don Claudio-Críspulo, pues parecido accidente sufrió Al-Cháiz (ca. 775-868), el escritor iraquí nacido en Basora y muerto en Bagdad, tan alabado en Oriente como desconocido en Occidente. Una tradición, no menos verdadera que la que transmitió la caída de don Claudio, cuenta que feneció al caérsele encima los libros que lo rodeaban. Jacques Bonnet cuenta de sí mismo que llegó a tener estanterías hasta en la cocina y en el baño (de hecho se veía obligado «a bañarse con la ventana abierta para evitar la condensación»), pero solo una especie de superstición invencible le ha impedido colocarlos en la cabecera de la cama. Él no conoció a don Claudio (o Críspulo) Hermosilla; pero sí se enteró «hace muchos años de las circunstancias en las que murió el compositor Charles-Valentin Alkan, apodado el "Berlioz del piano"; lo encontraron muerto el 30 de marzo de 1888, aplastado por su biblioteca. Cada hermandad tiene su santo mártir y el

mayor de los Alkan, pianista virtuoso admirado por Liszt y que heredó los alumnos de Chopin a su muerte, es sin duda el de los locos por las bibliotecas». Seguramente por eso también Marina Brücke, allá por la década de 1950, contemplando la endeblez de las estanterías del pisito bretón de Jean-Pierre Gourvec, pensó que no tenía ningún interés en morir sepultada bajo las obras completas de Dostoievski.

Don Claudio (o Críspulo) de la Hermosilla y Pérez, «varón docto, adusto y calvo», feneció en Madrid, en aquella Navidad de 1925, «de excesos librescos», según puntualiza su exacto cronista. La palmatoria, derribada certeramente por un número de La Pluma, hizo el resto. Prendió la cama, y con ella ardieron don Claudio y su excesiva, temeraria biblioteca.

[220] En el prólogo a El Bernardo escribe: «En cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones [palabras], sino que el menos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones y diez y ocho sílabas, como el último de la octava 138 del libro IX, que dice: Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte». Y si no coincidimos en el cómputo —pues tiene, en efecto, catorce palabras pero solo dieciséis sílabas—, es porque entonces se pensaba que 'bien' era bisílaba y 'muerte' trisílaba…

[221] Sin embargo, en otro lugar de la biblioteca, hemos hallado un ejemplar de En torno al casticismo. El azar alfabético, como comprobó Benjamin Malaussène en la biblioteca forrada de madera de Chabotte, no solo origina clamorosas ausencias, sino extraños compañeros de balda: en aquella alineó a Saint-Simon con Solzhenitsyn, Suetonio y Han Suyin. «Cuando la vida deja de sorprender —dedujo Malaussène —, se parece a eso».

[222] Hay aquí otro misterio no explicado. ¿Cómo es que este libro no consta en las llamadas «obras filosóficas», de cuyo índice ha desaparecido la letra K? ¿Fue su probable colocación impropia la que desató las iras de Kant, quizá solo en busca de un lugar menos arbitrario? En todo caso, la justicia poética parece un poco desproporcionada. ¡Si todavía hubiera sido la Crítica de la razón práctica…!

La biblioteca de Haňt'a

[BOHUMIL HRABAL: Una soledad demasiado ruidosa]

Durante treinta y cinco años como prensador y embalador de papel viejo, Haňt'a, que se definió a sí mismo como «el don Quijote del infinito y la eternidad», consiguió trasladar tres toneladas de libros a su piso —segunda planta— del barrio de Libeň en las afueras de Praga.

Durante treinta y cinco años había prensado maculaturas y libros para reciclar, y ya no habría podido vivir «sin la sorpresa cotidiana de pescar, en cualquier momento, un libro precioso como premio por toda aquella papelería repulsiva». Hubo un momento en que, a fuerza de ver cómo se exportaban, con fría impasibilidad e indiferencia, vagones de bibliotecas a Suiza y Austria, «a corona el kilo», Haňt'a empezó a darse cuenta de que la devastación y la catástrofe pueden ser un espectáculo de exquisita belleza. Una fue la Biblioteca Real de Prusia; otras veces se trataba de bibliotecas procedentes de castillos y palacios, bibliotecas enteras de libros que no tenían precio, encuadernados en piel y en tafilete. Hasta los ratones de aquel sótano de la calle Spálená, donde se prensaban y embalaban libros y papeles, se alimentaban de letras, «preferentemente de Goethe y de Schiller encuadernados en marroquí», y muchos de ellos acabaron entre las prensas y embalados.

Es cierto que después de la guerra, todavía en los años cincuenta, el sótano estuvo repleto de libros nazis. Haňt'a «prensaba lleno de entusiasmo toneladas de textos que hablaban de lo mismo, comprimía cientos de miles de páginas con fotografías de hombres y mujeres y niños extasiados de alegría, de ancianos, de campesinos, de miembros de las SS, de militares, todos extasiados de alegría; regocijado metía en la prensa a Hitler y a todo su cortejo entrando en la Viena liberada, a Hitler entrando en Gdansk, en Varsovia, en Praga, en París, a Hitler en su casa particular, a Hitler en las fiestas de la cosecha, a Hitler con su fiel perro lobo, a Hitler en el frente, rodeado de soldados, a Hitler en un viaje de inspección, examinando el muro del Atlántico, a Hitler entrando en las ciudades conquistadas de oriente y de occidente, a

Hitler inclinado sobre los mapas militares…»

Don Quijote se dedicó a comprar libros de caballerías «y llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos». Haňt'a rescató cuantos pudo de las prensas, aun a riesgo de haber perecido como don Claudio (o Críspulo) de la Hermosilla, pues cuando el piso estuvo lleno a reventar de libros y más libros, se desbordaron hacia el sótano y el cobertizo, que también se quedaron pequeños. Llenó la cocina, la despensa e incluso el váter, donde apenas le quedaba el espacio justo para poder sentarse, porque encima de la taza, a metro y medio de altura, ya empezaban las estanterías llenas de libros, que llegaban hasta el techo, quinientos kilos de libros: bastaría un gesto imprudente a la hora de sentarse para que media tonelada de libros se derrumbase y lo aplastara con el pantalón en los tobillos. Cuando allí no cupo ni uno más, instaló estanterías entre las dos camas del dormitorio, de forma que erigió una especie de baldaquino o dosel para la cama, y encima dos toneladas de libros, centenares de kilómetros de texto, que, cuando dormía, «pesaban sobre sus sueños como una inmensa pesadilla».

A veces, cuando me giro imprudentemente o grito en sueños, me asusto y con horror presto oídos para saber si los libros se están desmoronando; tengo la impresión de que basta un leve roce de mi rodilla o un grito para que se precipite sobre mí, como un alud, toda aquella montaña que hay encima del baldaquino, para que sobre mí se vierta aquel cuerno de la abundancia repleto de libros y me aplaste como a una chinche; algunas veces pienso que los libros conspiran contra mí, que me preparan un justo castigo por prensar diariamente centenares de ratoncitos inocentes; quien mal anda mal acaba. […] De esa manera vivo con la espada de Damocles que yo mismo he atado al techo de mi dormitorio y que me obliga, tanto en el trabajo como en casa, a beber cerveza, mi única defensa contra ese dulce descalabro.

Había leído poetas como Rimbaud, Jaroslav Vrchlický, Sandburg, Hölderlin y su Hiperión, Karel Hynek Mácha y su poema Mayo; los evangelios, pero también «el punto culminante de la sabiduría de toda la vida, el Cantar de los Cantares, y el Eclesiastés, la vanidad de las

vanidades»; el Tao Te Ching de Lao-Tse («¿por qué dice Lao-Tse que nacer es salir y morir es entrar?»), Sócrates, Platón, Aristóteles, Demóstenes; Goethe y Novalis; Leibniz, Schopenhauer y Herder… Durante treinta y cinco años pasaron por sus manos el Elogio de la locura de Erasmo, el Don Carlos de Schiller, el Ecce Homo y Así habló Zaratustra de Nietzsche, la Metafísica de las costumbres y la Teoría general del cielo de Kant, alguna de cuyas frases llegó a saborear «como si fuese un caramelo de menta»… Recordaba unas páginas en que hablaba del «cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi interior son objeto de una renovada y creciente admiración y veneración…», y otra frase más exquisita aún, que Kant escribió en su juventud: «Cuando el tembloroso fulgor de una noche de verano se llena de estrellas titilantes y la luna alcanza su apogeo, me sumerjo en un estado de alta sensibilidad, amalgama de amistosa ternura y de menosprecio por el mundo y la eternidad»; experimentó el complejo de Sísifo que tan bien describió Sartre y aún mejor Camus; Yuri Tiniánov y La figura de cera, e incluso Alicia en el país de las maravillas. Al baldaquino fueron a parar Schelling y Hegel, «nacidos el mismo día y el mismo año», y hojeó cierto libro de Nietzsche, «para encontrar las páginas que contaban su amistad cósmica con Wagner»[223].

Por sus manos pasaron también seiscientos kilos de reproducciones de maestros célebres, seiscientos kilos empapados de Rembrandt y Hals, de Monet y Manet, de Klimt, Cézanne y demás campeones de la pintura europea; del Bosco, de Rembrandt, de Gauguin, de Van Gogh…, y hasta de Jackson Pollock.

Un día conoció la nueva prensa Bubny, una enorme prensa hidráulica que realizaba el trabajo de veinte máquinas como la suya. Cuenta que «de golpe y porrazo el corazón me dio un vuelco: empecé a ver con toda claridad que esa prensa hidráulica representaba un golpe mortal para todas las prensas pequeñas, que el espectáculo al que estaba asistiendo simbolizaba una nueva era muy diferente a la que yo y los viejos prensadores como yo habíamos vivido, era el fin de nuestro modo de trabajar. Se acabarían las pequeñas alegrías y sorpresas cotidianas que llegaban a mi madriguera[224] en forma de hallazgos insólitos, se acabarían los viejos prensadores como yo, cultos a pesar de sí mismos, se acabarían nuestras bibliotecas privadas y nuestras esperanzas de alcanzar algún día un cambio cualitativo». Todavía logró rescatar «un libro exquisito, Mi vuelo sobre el océano, de

Charles Lindbergh: describía en él su vuelo —el primero— a través del océano». Inició un doloroso via crucis de cervecería en cervecería.

Tal vez el Infinito y la Eternidad sienten predilección por seres que, como Haňťa, son solitarios pero poblados de pensamientos. Entre ellos, la memoria de un fragmento, que Haňťa recordaba haber leído en algún poema de Carl Sandburg y decía algo así:

Al final, del hombre apenas queda más que el fósforo

suficiente para una caja de cerillas,

y el hierro suficiente

para forjar un clavo en que colgarse.

Haňťa, p(r)ensador y embalador de papel viejo durante treinta y cinco años, no se colgó de un clavo, quizá porque no aparece al principio de sus memorias, para no contradecir a Chéjov. Por Tácito sabemos que Petronio «no se quitó la vida precipitadamente, sino que, tras cortarse las venas, […] se puso a la mesa, y se entregó al sueño para que su muerte, aunque forzada, pareciera natural». El propio Haňťa evocó la «dorada bañera de pie con Séneca dentro, ese Séneca que acababa de abrirse las venas, demostrando de ese modo en sí mismo la justedad de su pensamiento, el acierto de haber escrito el libro que me gusta con locura… De la tranquilidad del ánimo». Pero Haňťa, que no conoció a Dieter Rotmund[225], paró el movimiento de la máquina, acaso para no contradecir el ruido de su soledad, se preparó «un nido, una cama dentro de la prensa»; como Séneca cuando entró en la bañera, metió primero un pie, luego otro, se encogió como una bola, se arrodilló y pulsó el botón verde… Aposentado entre el papel viejo y los libros, apretó entre las manos su Novalis con el dedo puesto sobre la frase que siempre le había entusiasmado, aquella página que dice: «Todo objeto amado es el centro del paraíso»[226]…, sonrió dulcemente y, como Sócrates, como Petronio, como Séneca, Haňťa escogió su caída o su ascensión dentro de su prensa o de su cueva, y mientras el cilindro le comprimía las piernas contra la barbilla, en aquella madriguera de donde ya nadie podría trasladarlo ni enviarlo al exilio,

sintió que el lomo de un libro se le clavaba bajo una costilla, acaso para descubrir la última verdad.

[223] Probablemente El nacimiento de la tragedia en el origen de la música (1872).

[224] Cabodevilla denominaba a su biblioteca «la guarida». Pepe Carvalho, en otro sentido más amplio, «madriguera». Montaigne la llamaba su siège («refugio», «retiro» o «cubil», según las traducciones): «Este es mi cubil. Intento conservar totalmente el dominio sobre él y sustraer este único rincón de la comunidad conyugal, filial y civil. En cualquier otra parte tengo solo una autoridad verbal: en esencia, confusa. ¡Mísero aquel, a mi parecer, que no tenga en su casa un lugar donde pertenecerse, donde hacerse a sí mismo la corte, donde ocultarse! […] Paso en él la mayor parte de los días de mi vida y la mayor parte de las horas del día» (Ensayos, III, 3, Bibl. Aurea, 806). Muchos otros personajes tuvieron su madriguera.

[225] . El hombre al que se le cayó la oreja izquierda sin que nadie lo advirtiera en pleno estruendo, y más tarde el dedo meñique del pie derecho. Dieter Rotmund, que, debido a su sensibilidad para los ruidos, vivía en «una suerte de miedo permanente al fragor», acabó confesando: «Soy una persona relativamente culta y sé desde hace mucho tiempo que la soledad es inevitable» (Genazino, p. 12).

[226] «Jeder geliebte Gegenstand ist der Mittelpunkt eines Paradieses»: Vermischte Bemerkungen / Blüthenstaub 1797-98, 51. Werke, Tagebücher und Briefe, hrsg. von Hans-Joachim Mähl, band 2. Múnich/Viena: Carl Hanser Verlag, 1978, p. 247.

La biblioteca de Humboldt

[SAUL BELLOW: El legado de Humboldt]

El poeta Von Humboldt Fleisher, autor de Las baladas de Arlequín, a los 22 años había publicado su primer libro de poemas. La necrológica del Times dijo que, además de haber creado a los veintidós años «un nuevo estilo de poesía americana», era también «crítico, ensayista, novelista, maestro, eminente intelectual literario y una personalidad de los salones. Los íntimos elogiaban su conversación». Nadie le negó tal cualidad. Pudo haber sido una persona errática, pero fascinante; un hombre de locuacidad arrolladora, un gran conversador muy ingenioso: «el Mozart de la conversación».

Rubio y de cara ancha, cabello dorado ligeramente castaño, ojos grises, tenía una cicatriz en la frente, vestigio de sus juegos de niño, cuando cayó sobre el filo de un patín que le hirió hasta el hueso. Era hijo de un emigrante húngaro-judío que había luchado contra Pancho Villa en las guerras mejicanas. Nació en la parte alta del West Side neoyorquino, acaso no lejos de esas bandas modernas de Montescos y Capuletos que poblaron las secuencias de West Side Story. Él insistía en que había nacido en un andén del metropolitano en Columbus Circle. Podríamos habernos preguntado en cuál de los dos hermanos Von Humboldt pensaba su madre cuando le dio tal nombre: si en el filólogo o en el naturalista; pero, de creer a su tío Waldemar, se debió a que «la idiota de mi hermana le puso ese nombre por una estatua que hay en Central Park», en cuyo caso no hay duda de que el homenaje se refería a Alexander. Desde niño empezó a visitar la biblioteca de la Calle Cuarenta y Dos, si bien su tío llamaba «haraganear» al tiempo que pasaba en ella.

De una biblioteca a otra biblioteca. Hemos visto que a los veintidós años publicó su primer libro de poemas. Un libro vanguardista de un poeta vanguardista, que no solo pretendía renovar la poesía, sino que creía que la vida humana libre y creadora podía poner un poco de orden en el caos ciudadano que extraviaba el alma americana. Unas poesías que, al decir de Charlie Citrine —amigo un tiempo, y ahora biógrafo y legatario—, «eran puras, musicales, ingeniosas, radiantes,

humanas. Creo que eran platónicas. Y al decir platónicas me refiero a la perfección original a la que todos los seres humanos ansían regresar. Sí, las palabras de Humboldt eran impecables». Un triunfo precoz que provocó una fatigada confesión de Humboldt: «Triunfé demasiado joven, y ahora estoy turbado».

De una biblioteca a otra. Tuvo una casita de campo atiborrada de libros, y no es improbable que también rodeada de gallinas, única especie que quizá podría subsistir en aquella tierra marginal, donde solo crecían zarzas, caminos sin asfaltar y unas cuantas rocas blancas. Aun así, le chiflaban los coches, y llegaba hasta allí envuelto en la revolución de polvo que levantaban sus ruedas. La casa, perdida en alguna zona fronteriza de Jersey con Pensilvania, «parecía asentarse sobre cimientos de libros y papeles». Sus textos básicos eran el Timeo de Platón, el Proust de Combray[227], las Geórgicas[228], los versos del viejo Andrew Marvell sobre jardinería más que sobre amores desdichados, la poesía del Caribe de Wallace Stevens…

Sus lecturas fueron variadas y abundantes. Era un «lector de viejas obras maestras en las que la vida humana tiene todo su pleno valor». Citaba con frecuencia El rey Lear y había absorbido todo Shakespeare. Había leído a Valéry y Mallarmé, a Tolstói y Dostoievski, a Henry James y Edith Wharton, a Schliemann y a Joyce: de hecho, «durante años se había deleitado con el Finnegans Wake» de Joyce y escribió una postal a Charlie con una cita de ese libro. También a Antonin Artaud, a Rilke y a Kafka. Recordaba a Spinoza, y así quizá pudo leer en una nota que «la ficción, considerada en sí misma, no difiere mucho del sueño». No había olvidado el aristotélico De anima. Dante, William Blake y El Paraíso perdido de Milton pudieron ser premonitorios: ¿no escribió Blake que «la Eternidad está enamorada de los frutos del tiempo»? Por la biblioteca debió de andar Les amours jaunes, un libro de poemas de Tristan Corbière, que se abría curiosamente con uno sobre «el poeta y la cigarra»; también las Cartas de Keats, perfumadas o no por los versos del ruiseñor… Solía citar una frase de Valéry sobre Leonardo. Su mezcla de lecturas y experiencias era una curiosa combinación de simbolismo y lenguaje callejero: «En esta mezcla entraron Yeats, Apollinaire, Lenin, Freud, Morris R. Cohen, Gertrude Stein, las estadísticas de béisbol y los cotilleos de Hollywood».

Alguna vez pensó convertir a Washington en la república de Weimar y

a sí mismo en el Goethe de un nuevo gobierno americano. Pero su candidato, Adlai Ewing Stevenson, fue derrotado por Eisenhower en 1952. Claro que con el público americano nunca se puede saber si la derrota se debió a los errores demócratas o a que la América profunda no habría podido tolerar a un egg head en la Casa Blanca. Recientes elecciones parecen avalar la hipótesis.

Como todo judío culto de la época, concedía mucha importancia al marxismo, al freudismo, al modernismo y al vanguardismo. De ese modo, en su biblioteca no podían faltar Marx y Sombart, Toynbee, Rostovtzeff, las obras completas de Freud (y muy especialmente la Psicopatología de la vida cotidiana). Tampoco revistas psiquiátricas y el Psicoanálisis de Sándor Ferenczi. Había leído el libro de Sydney Hook, De Hegel a Marx, y El estado y la revolución, de Lenin. Lo que no le impedía ser víctima de una extraña obsesión por el dinero. Pero «¿qué clase de americano sería si fuese inocente respecto al dinero?». Podríamos añadir: «¿Qué clase de americano sería si no pleiteara?». En esto al menos fue un americano ejemplar. Podía poner un pleito casi con la misma facilidad que el profesor Oscar Crease[229]. «Coleccionaba abogados y psicoanalistas».

Fumaba mucho, afición que compartía con Valéry y Mallarmé, y era un solvente bebedor de ginebra. Padecía insomnio, y lo mismo podía sacar de su cartera de cuero raspado libros y manuscritos que frascos de píldoras. Llevaba en bandolera un buen surtido de estilográficas y bolígrafos: con la misma indiferencia o fervor, le sirvieron tanto para rellenar las cifras traidoras de un cheque en blanco como para componer un epigrama vengativo.

Von Humboldt Fleisher, o el héroe de la infelicidad. «Se refería a nuestra especie como náufragos». Como Verlaine, compró un revólver: en su caso para perseguir a un crítico, pero no por una crítica desabrida, sino por unos celos infundados. «Persiguió la ruina y la muerte con mucha más dureza de la que había perseguido a las mujeres»[230]. T. S. Eliot, uno de sus poetas preferidos, escribió una vez que «no pueden los humanos soportar demasiada realidad». Años después se preguntaría Rüdiger Safranski cuánta verdad necesita el ser humano y cuántas grandes verdades somos capaces de soportar. Quizá Von Humboldt Fleisher tampoco pudo soportar la reiterada tristeza de su vida.

Profundo admirador de Platón, pocos meses antes de su muerte leyó el Fedro, pero se derrumbó: no tuvo fortaleza suficiente para soportar las bellas palabras de Platón y comenzó a llorar. ¿No había escrito Rilke que la belleza no es más que ese principio de lo terrible que todavía podemos soportar?[231].

Conoció el éxito y el fracaso. No le dieron el Pulitzer, aunque ya sabemos lo que opinaba sobre el premio: «El Pulitzer es para principiantes, para polluelos. No es más que un premio al que dan publicidad periódicos falseados, concedido por estafadores y analfabetos». Murió desmoronado, aislado y arruinado.

Antes de morir dejó un legado y un pleito, ambos casi involuntarios. Gran amante del cine, había escrito en su juventud un argumento desdeñoso que resultó un éxito póstumo y el pretexto para el único pleito que ganaron por él. Legó a Charlie otro tratamiento cinematográfico que, contra todo pronóstico, fue pagado generosamente. Los huesos se removieron en su tumba y tal vez por ello hubo que cambiarlos de lugar.

El éxito y el fracaso. Conoció también la camisa de fuerza y la locura. Según Charlie Citrine —sospecho que algo parcial, pero el único biógrafo que conocemos—, «probó las drogas y la bebida hasta que finalmente hubo que aplicarle un tratamiento de electroshock. Se trataba, según él apreció, de Humboldt contra la locura. Y la locura fue mucho más fuerte…». Él mismo sospechaba que en vísperas de su muerte debía de tener «el aspecto de aquel difunto amortajado que chillaba y farfullaba por las calles de Roma». En cambio, no habló, como Swedenborg, con los ángeles por las calles de Londres. De hecho, no queda claro si murió «de un ataque al corazón en una pensión barata de West Forties», «en un lúgubre hotel de Times Square», o en el Ilscombe, derribado ya, «un hotel situado en la esquina del Belasco», aquella noche en que quiso bajar a las tres de la mañana el cubo de basura y murió en el pasillo. En su habitación de moribundo estaban las Poesías de Yeats y la Fenomenología del espíritu de Hegel. Fue enterrado en una de esas vastas necrópolis en desarrollo que ni siquiera daban para mantener estirado a un difunto de estatura normal. Exhumado tras el éxito póstumo, tal vez le habría gustado ver trasladar su nuevo ataúd por el mismo puente de Washington desde donde se había arrojado Berryman.

Y mientras el féretro bajaba a la tierra definitiva durante un incongruente día azul, Von Humboldt Fleisher, el poeta que, como Platón, amaba la Bondad y la Belleza, triunfaba post mortem en los cines de los Campos Elíseos y de la Tercera Avenida con un viejo argumento mediocre, para un público mediocre de una tierra mediocre solo preocupada por dólares y porcentajes, litigios y abogados.

«¿De qué sirve tanta lectura si no puede utilizarse en un aprieto?», pensó alguna vez Charlie Citrine. La nostalgie de la boue… En efecto, ¿de qué sirve tanta lectura si somos presos irredentos de la circunstancia, del barro, de la sombra, de la nada?

[227] Sin embargo, en su caso no parece que la costumbre enseñara «al reloj a ser silencioso, y al espejo, sesgado y cruel, a ser compasivo». Quizá sí le sirvió para aquellas ocupaciones que exigen «una soledad inviolable: la lectura, el ensueño, el llanto y la voluptuosidad».

[228] Acaso recordando aquellos hexámetros de Virgilio: ipsaque tellus / omnia liberius nullo poscente ferebat (I, 127-128), que Espinosa Pólit tradujo perenne: «la tierra por sí misma / todo lo repartía dadivosa / sin que se lo pidiesen».

[229] La historia de Crease la contó William Gaddis en Su pasatiempo favorito.

[230] Hay quien dice que «ese fracaso es el auténtico y único éxito de América». Charlie Citrine compara a Humboldt con otro puñado de poetas destruidos: «Quemó su talento y su salud y alcanzó su hogar, la tumba, por una pendiente polvorienta. Se enterró a sí mismo. Muy bien. Así mismo procedió Edgar Allan Poe, recogido en las cloacas de Baltimore. Y Hart Crane [1899-1932], por encima de la borda de un barco. Y [Randall] Jarrell [1914-1965], cayendo delante de un carruaje. Y el pobre John Berryman [1914-1972] saltando desde un puente. Por alguna razón, estos horrores son apreciados especialmente por la América comercial y tecnológica. El país se siente orgulloso de sus poetas muertos».

[231] Tal vez lloró de arrebato místico viendo a un Sócrates tendido bajo un plátano, con el césped ofreciendo «una almohada a la cabeza placenteramente reclinada», los pies en el agua que manaba allí mismo de «una fuente deliciosa», el ambiente perfumado, «la amable brisa del lugar», y un «sonoro coro de cigarras» que sabía a verano. ¿O lloró más adelante, oyendo a Sócrates decir que, «en otros tiempos, las cigarras eran hombres que, al nacer las Musas y aparecer el canto, algunos quedaron embelesados de gozo hasta tal punto que se pusieron a cantar sin acordarse de comer ni beber, y en ese olvido se murieron»?

La biblioteca de los Finzi-Contini

[GIORGIO BASSANI: El jardín de los Finzi-Contini]

El jardín de los Finzi-Contini era una especie de «selva privada», aunque no tan oscura como la del segundo verso de la Commedia. En realidad, tras la promulgación de las leyes raciales del 38 y la expulsión de los judíos del «Club de Tenis Eleanora d'Este», la selva clara resultó ser una especie de refugio, primero para jugar al tenis, y luego para penetrar en el santuario de la biblioteca.

El palacio, una solitaria mole neogótica conocida como magna domus, estaba en medio del jardín más grande y más hermoso de Ferrara, a cuyo lado los parques privados de la ciudad no pasaban de ser «bien peinados jardincitos burgueses». Con unas diez hectáreas de extensión, la longitud de los caminos, con sus senderos y sus bifurcaciones, solicitaba en ocasiones la bicicleta.

El joven que un día tuvo la fortuna de traspasar los umbrales de la biblioteca prefirió ocultar su nombre, quizá porque nunca consiguió arrancarse del pecho el de Micòl, la fille aux cheveux de lin, como un preludio de Debussy. Los casi veinte mil libros de la caudalosa biblioteca, «buena parte de los cuales se referían a la literatura italiana de mediados y fines del siglo XIX», discurrían por estancias de desiguales dimensiones, pasillos, corredores, gabinetes, o se mantenían firmemente alineados tras los cristales de grandes librerías de caoba oscura. Si no toda la casa era una ventana, toda ella era una biblioteca.

Entre los veinte mil libros o poco menos que había en la casa, muchos de ellos de tema científico, histórico o de diversas materias de erudición —la mayoría de estos últimos en alemán—, había varios centenares relativos a la literatura de la Nueva Italia. Y de cuanto había salido del ambiente literario carducciano de fines de siglo, en los decenios en que Carducci enseñaba en Bolonia, se puede decir que no faltaba nada. Había los volúmenes en verso y en prosa no solo del maestro sino de Panzacchi, de Severino Ferrari, de Lorenzo Stecchetti,

de Hugo Brilli, de Guido Mazzoni, de los primeros años de Pascoli, de los de la juventud de Panzini y de los primeros tiempos de Valgimigli: primeras ediciones, en general, casi todas con dedicatorias autógrafas a la baronesa Josette Artom de Susegana [la abuela de Micòl]. Reunidos en tres estanterías de cristales, separadas, que ocupaban todo un testero de un vasto salón del primer piso, junto al estudio personal del profesor Ermanno, y diligentemente catalogados, esos libros eran sin duda una colección con la que cualquier biblioteca pública, incluida la del Archiginnassio, de Bolonia, hubiera ambicionado enriquecerse. No faltaban ni siquiera los pavitos, casi imposibles de encontrar ahora, de prosas líricas de Francesco Acri, el famoso traductor de Platón, a quien yo hasta aquel momento conocía exclusivamente como traductor…

Así la describió nuestro narrador, que, como todos los demás del club de tenis, fue expulsado de la Biblioteca Municipal de Ferrara por judío. El padre de Micòl, profesor Ermanno Finzi-Contini, sabedor de que preparaba una tesis doctoral sobre Enrico Panzacchi —el tipo más simpático de Bolonia—, lo invitó a utilizar un lugar privilegiado de la magna domus: la vasta y silenciosa sala de billar, «iluminada por tres altos ventanales, adornados con galerías de seda blanca a listas rojas verticales, y en cuyo centro, y recubierta por una funda de color ratón, se extendía la mesa de billar». Uno de aquellos estudiosos días tuvo la fortuna de penetrar en el estudio del profesor Ermanno, contiguo a la sala de billar, donde el profesor guardaba sus dos opúsculos venecianos y quince cartas inéditas de Carducci, que antes de Premio Nobel había sido un chico rebelde, algo salvaje, y luego compañero de Panzacchi. Este fue el dibujo posterior y último que nos legó el doctorando sin nombre:

Para empezar, también allí había muchísimos libros. Los de tema literario mezclados con los de ciencias —matemáticas, física, economía, agricultura, medicina, astronomía—; los de historia patria, ferrarense o veneciana, con los de «antigüedades judías»: los volúmenes abarrotaban sin orden, al azar, las acostumbradas estanterías acristaladas, ocupaban buena parte de la gran mesa de nogal…, se apilaban en rimeros tambaleantes encima de las sillas, e

incluso se acumulaban por el suelo en montones esparcidos por todas partes. Un gran mapamundi, además, un atril, un microscopio, media docena de barómetros, una caja fuerte de acero barnizada de rojo oscuro, una blanca cama de dispensario médico, varias clepsidras de diversas medidas, un timbal de latón, un pequeño piano vertical alemán, con dos metrónomos encima, encerrados en sus estuches de forma piramidal…

Y un solo cuadro: el retrato, grandeur nature, de la baronesa Josette Artom de Susegana, la «espléndida dama rubia» a quien le fueron dedicadas tantas primeras ediciones. De pie, con los hombros desnudos y el abanico en la mano enguantada, echaba hacia adelante la cola de seda de su blanco traje, acaso con la secreta intención de realzar la longitud de las piernas y la rotundidad de sus formas.

La magna domus fue bombardeada en 1944. Previamente, en el otoño del 43, sus habitantes —excepto Alberto, el hermano de Micòl, que tuvo la precaución de morirse de un linfogranuloma maligno seis meses antes— fueron deportados a Alemania, de donde nunca regresaron. Con ellos desapareció Micòl, el amor imposible de nuestro historiador, un amor exterminado ya antes del exterminio. A estas alturas tenía poco sentido preguntarse de qué le había servido doctorarse en junio del 39, recitar de memoria las primeras estrofas del Orlando, no pocos de los 173 endecasílabos de Le Ricordanze de Leopardi, versos de Eliot, Esenin y Montale, y hasta pasajes enteros del Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. Tampoco tenía mucho sentido preguntarse, como antaño hacía su padre —el de «los terribles y mudos ojos azules»—, si el fascismo era mejor que el nazismo y Hitler peor que Mussolini; que, hombre…, al fin y al cabo…, solo era «tan maquiavélico y renegado como quieras»…

Tiempo atrás, una tarde lluviosa de noviembre de uno de los días beaudelairianos del vert paradis des amours enfantines, Micòl Finzi-Contini, en la penumbra gris y rancia de un carruaje que solo a base de afeites lograba silenciar los desollones, le había susurrado al oído: «También las cosas mueren, querido». Una libre traducción involuntaria del sunt lacrimae rerum virgiliano[232]. Las cosas lloran, se desvanecen, mueren. Como los perros daneses con dos ojos de hielo, uno negro, otro azul y pocos dientes; como los caballos envejecidos,

los botes de silueta oblonga y esquelética, los árboles exóticos —i grandi, i quieti, i forti, i pensierosi—, los jardines lejanos… Como los libros, los demasiados libros, los libros.

[232] ¿Acaso no le había escrito nuestro narrador sin nombre, a propósito de la traducción de un poema de Emily Dickinson, que «en estas materias siempre es preferible una bella infidelidad a una fealdad al pie de la letra»?

La biblioteca imperial de Kakania

[ROBERT MUSIL: El hombre sin atributos]

En un lugar del imperio austrohúngaro, quizá no lejos de Viena, incluyéndola tal vez, se hallaba Kakania, «aquella nación incomprensible y ya desaparecida», entre cuyos distinguidos habitantes cabe mencionar a Ulrich, «el hombre sin atributos»; Paul Arnheim, a quien Leo Fischel llamaba el «filósofo financiero», y al general Stumm, disonante visitador de la biblioteca. «Sí, a pesar de todo lo que se diga en contra, Kakania era quizá un país de genios, y probablemente fue esta la causa de su ruina».

No faltaban estirpes que «consideraban a Kakania como una prisión». Cárcel o no, en uno de los lados de la plaza encerraba la biblioteca, a la que se accedía por una escalinata de piedra. Era una plaza empedrada, cuyos adoquines habían permitido el paso de la hierba entre sus junturas. De forma rectangular, semejaba «a una artesa, cuyos lados estaban limitados, tres de ellos, por majestuosas fachadas de estilo antiguo, y el cuarto por un palacio alargado y bajo». Alguien más amueblaba la plaza. Un hombre mudo tomaba el sol o la lluvia, según las circunstancias: era de bronce y se alzaba sobre un gran pedestal de piedra.

Una curiosa asamblea, donde se perfiló la no menos curiosa Acción Paralela —«empresa patriótica» que no vamos a describir aquí, aunque pretendía ser «una prodigiosa oportunidad y responsabilidad para personas de espíritu»—, puso en relación asimétrica a estos tres personajes. De Ulrich —cuyo apellido nos fue hurtado «por deferencia a su padre»— sabemos que tenía «unos ojos con los que miraba como a través de una ventana»; el doctor Paul Arnheim pertenecía a la tercera generación de un fabricante de armas, y sus obras completas ocupaban varios volúmenes: no dejaba de causar sensación «que un hombre de tantas ideas tuviera también tanto dinero», o «cómo llegó a escribir tanto, sin obligárselo la necesidad»[233]; y, en fin, el general Stumm von Bordwerh ocupaba un cargo importante en el Ministerio de la Guerra.

«Pequeño y redondo», con su «uniforme color nomeolvides», el general Stumm pensaba que «si el Redentor volviera otra vez a la tierra, los hombres se desharían de su gobierno lo mismo que de cualquier otro». A su juicio, este y otros acontecimientos turbadores de la época se debían al «exceso de libros y de artículos escritos por la gente de entonces»[234]. Y añadía: «Ahora se ve lo razonable que es el reglamento militar al prohibir a los oficiales la publicación de libros sin autorización especial de sus superiores». Una vez se guardó las gafas en el lugar destinado al revólver. Con todo, enfrentado ante la bibliografía sin horizonte visible del doctor Arnheim, decidió visitar la biblioteca: «Uno de los principios básicos del arte de la guerra es enterarse concienzudamente de la fuerza del adversario».

En vísperas de nuestra entrada definitiva a la biblioteca de Babel, que acaso sea otra manifestación de la casa de Asterión, tuve la fortuna o el desasosiego de entrar en la biblioteca de Kakania, conducido por el general Stumm.

El general Stumm von Bordwerh penetró «en las líneas enemigas» guiado por un bibliotecario, y pasó revista a aquel «colosal tesoro de libros», sin sentirse más impresionado que ante un desfile militar. La revista se prolongaba, e hizo una pregunta al bibliotecario… Pero dejemos la palabra al general:

¿Y qué crees que me respondió el bibliotecario cuando aquel paseo empezó a hacérseme eterno y le pregunté por el total de los volúmenes contenidos en la condenada biblioteca? «¡Tres millones y medio!», me contestó. Al decírmelo, estábamos a la altura del libro número setecientos mil; desde entonces no paré de hacer cálculos.

De vuelta al Ministerio, tomó papel y lápiz, y sus cálculos le llevaron a la conclusión de que, a razón de un libro diario, tardaría casi diez mil años en leerse la biblioteca. Y en su cálculo no incluyó los libros que seguirían entrando mientras leyera.

En persecución de «la idea más hermosa del mundo», el bibliotecario lo condujo hasta la sala de los catálogos, «no obstante estar prohibido y reservada a los bibliotecarios». Ninguna palabra podría sustituir a la

elocuencia del general:

Entré, pues, en el sanctasanctórum de la biblioteca. Te aseguro que tuve la impresión de penetrar en el interior de un cráneo. Toda la nave estaba emparedada con estanterías y sus correspondientes anaqueles; en todas partes aparecían escaleras para subir hasta los libros más altos, y catálogos y bibliografías cubrían los pupitres y las mesas; en suma: la quintaesencia del saber y, sin embargo, ningún libro decente para leer; nada más que libros sobre libros; olía también a fósforo cerebral… Cuando el hombre quiso dejarme solo, le cogí de la chaqueta a tiempo y le retuve junto a mí: «Señor bibliotecario —exclamé—, no se vaya sin revelarme el secreto de que usted se sirve para desenvolverse en este… manicomio de libros»; se me escapó la palabra, pero tampoco era distinta la impresión que me había causado. […] Como yo no le dejaba libre, se cuadró repentinamente ante mí, y acentuando con gravedad cada palabra que seguidamente me dirigió, se pudo deducir de aquella entonación que iba a revelar el secreto de tales muros: «Señor general —dijo—, ¿desea saber cómo me las arreglo para conocer todos los libros? Se lo puedo comunicar ahora mismo: ¡no leyendo ninguno!».

Pero él, advirtiendo mi sobresalto, pasó a explicarme su afirmación. El secreto de todos los buenos bibliotecarios está en no leer nada de la literatura a ellos encomendada, exceptuando los títulos e índices. «El que se detiene en su contenido está perdido como bibliotecario —así me lo declaró—. Nunca obtendrá una idea de conjunto».

Le pregunté decepcionado:

—Entonces, ¿usted no ha leído nunca libro alguno de los aquí expuestos?

—Jamás, excepción hecha de los catálogos.

—¿Y es usted doctor?

—Claro que lo soy; incluso catedrático de la universidad, docente privado de ciencia bibliotecaria.

¡Ninguno! ¡Solo catálogos![235] El general no mencionó ninguno de los libros a los que había pasado revista. Solo recordó que un viejo dependiente de la biblioteca, que había estado observándolos, le recomendó leer a Kant «o algo semejante que excediera los límites de los conceptos y de las potencias cognoscitivas». No es improbable que hubiera algún ejemplar del libro del padre de Ulrich, La doctrina de la responsabilidad moral según Samuel Pufendorf y la jurisprudencia moderna, obra que alcanzó doce ediciones, que sepamos[236].

«¿Por qué no escribe usted un libro sobre sus ideas?», le preguntó a Ulrich en cierta ocasión la hija de Leo Fischel. A lo que Ulrich respondió: «¿Pero cómo quiere que yo escriba un libro? A mí me parió mi madre, y no un tintero».

¿Cinismo o escepticismo? Un día Arnheim[237] se encontró ante la biblioteca con el general Stumm, y tras haber elogiado su familiaridad con el recinto, le endilgó este discurso: «Hoy día casi no hay más que escritores; lectores apenas quedan. ¿Se ha preguntado alguna vez, señor general, cuántos libros se imprimen cada año? Si mal no recuerdo, me parece que pasan de cien los publicados diariamente solo en Alemania. Y más de mil revistas se fundan al año. Todo el mundo escribe; cada uno se sirve a su antojo de los pensamientos como si fueran suyos; nadie piensa en la responsabilidad del conjunto»[238].

El general Stumm von Bordwerh, que en algún momento se sintió «bastante harto del mundo civil», tras la visita a la biblioteca de Kakania «había descubierto que los bedeles de las bibliotecas eran los únicos hombres con una visión firme del estado civil. Había comprendido la paradoja del exceso de orden, cuyo perfeccionamiento tendría que suponer inevitablemente inactividad… De una manera o de otra, el orden se transforma en necesidad de matar». No sabemos si en la biblioteca había abierto un ejemplar del Epitoma rei militaris de Vegecio, aunque su cita del si vis pacem para bellum[239] fuera anterior a su entrada en la biblioteca; tampoco sabemos si entre aquellas estanterías había adquirido «la convicción de que la guerra no es más que una continuación de la paz con medios más violentos, un orden enérgicamente vigilado, sin el cual el mundo no puede subsistir». ¡Oh, verdad siempre antigua y siempre nueva!

[233] El doctor Arnheim era un personaje tan singular y contradictorio como su siglo. Hombre de «vasta memoria», humanista integral, lo mismo fabricaba cañones y planchas de blindaje, que recitaba un pasaje del prólogo suprimido de Los bandidos de Schiller, o andaba siempre hablando del alma y exhibiendo sus inclinaciones «espirituales». «Quien no ame el sentimiento —decía—, la moral, la religión, la música, la poesía, la urbanidad, la caballerosidad, la franqueza la sinceridad, la tolerancia…, no llegará nunca a ser un comerciante de gran categoría». Entre los temas de su copiosa bibliografía figuraban «las progresiones algebraicas, los anillos de benzol, el materialismo histórico y el universalismo, los puentes y sus soportes, la evolución de la música, el espíritu automovilístico, el 606, la teoría de la relatividad, la atomística de Bohr, la soldadura autógena, la flora del Himalaya, el psicoanálisis, la psicología individual, experimental y fisiológica, la psicología social y otros muchos adelantos que dificultan a una época enriquecida por ellos la producción de hombres enteros, buenos y normales». Como hubiera dicho Juan de Mairena, «átenme esa mosca por el rabo».

[234] Por lo demás, no era el único que deploraba «los grandes perjuicios ocasionados por la afición a la lectura».

[235] No ha sido el único. De creer al señor Chaudesaigues, director de la biblioteca del rey Cristóbal V, hubo otro hombre que vivió catalogalmente: su colega, el señor Froidefont, que —según explicaba Chaudesaigues— «sentado cerca de mí hace papeletas del Catálogo con afán. La educación y la cultura no han reformado su naturaleza; nació bobo y sigue siendo bobo; su homogeneidad no se ha desenvuelto en variedad, porque la unidad no produce la diversidad… El señor Froidefont tiene una inteligencia sencilla y un alma pura. Vive catalogalmente. Conoce el título y la forma de todos los volúmenes que cubren las paredes, y de este modo posee la sola ciencia exacta que se puede adquirir en una biblioteca; por no haber penetrado jamás en el interior de un libro, se ha librado de la reblandecida incertidumbre, del múltiple error, de la duda espantosa, de la inquietud horrible, monstruos que la lectura crea en un cerebro fecundo».

[236] Pero es lícito deducir que nunca la inspiración literaria de Su Excelencia el Consejero Privado Titular brilló a tanta altura como en su último escrito. Fue este el telegrama en que, con un rasgo de genio digno del estudiante de Salamanca, anunciaba a su hijo Ulrich su propia defunción: «Te notifico que acabo de fallecer. Tu padre». Caso no excepcional, pues, por aquellos mismos años, Maximiliano Andréyevich Poplavski, «economista de planificación» y «uno de los hombres más inteligentes de Kíev», recibió también un telegrama de su sobrino Berlioz redactado «en los siguientes términos»: «ME ACABA ATROPELLAR TRANVÍA ESTANQUES DEL PATRIARCA ENTIERRO VIERNES TRES TARDE NO FALTES BERLIOZ».

[237] Aquel día había sacado de la biblioteca un volumen encuadernado en piel de cerdo, «el valioso facsímil de un códice que no estaba permitido sacar fuera de la biblioteca, ni siquiera a un mortal tan extraordinario como él».

[238] Stephen Hawking ya ha advertido que la bibliografía crece de modo tan exponencial que pronto no habrá tiempo ni para leer los títulos de una sola especialidad (Breves respuestas a las grandes preguntas).

[239] En realidad la cita del Compendio de técnica militar de Vegecio decía: Qui desiderat pacem, praeparet bellum: «Quien desee la paz, que prepare la guerra» (III, pról.). Es el sino de toda cita universalmente repetida y aceptada.

La biblioteca del laberinto

[PÍO BAROJA: El laberinto de las sirenas]

Debemos las noticias de esta biblioteca a Juan Galardi, «un vasco decidido y valiente», el cual dejó un paquete de libros que leía sistemáticamente: «estos libros eran la Historia de Guipúzcoa, de Iztueta, en vascuence; las Odas de Horacio; un diccionario en latín; otro vasco-latino-español, de Larramendi; una traducción de la Guía Espiritual del padre Molinos al italiano —que le había permitido familiarizarse con la lengua—, y un tomo bastante grueso, manuscrito y empastado». Dejó asimismo unas memorias que nos dieron a conocer aquella singular biblioteca. El manuscrito de las memorias consistía en «una relación en vascuence de la vida de Galardi».

La casa del laberinto se hallaba en Roccanera, en la costa calabresa que baña el mar Tirreno, un mar henchido de misterios, tradiciones y antiguas leyendas. Quien haya navegado por la Odisea y su mar de vino recordará que en él se hallan las islas Eólicas, donde los antiguos ponían la morada de los vientos encerrados en un odre por el dios, que los soltaba con precaución o sin mesura según las circunstancias atmosféricas; la isla de las Sirenas, Escila y Caribdis, el país de los Cíclopes con un solo ojo en medio de la frente, Sicilia, un paisaje majestuoso y desolado. «Se comprendía —solía decir Roberto O'Neil— que los antiguos pusieran en este mundo siniestro, que es el Etna, cosas horribles y que su imaginación poblara aquella tierra de monstruos de un solo ojo, devoradores de hombres». El ojo de los Cíclopes —apostillaba O'Neil—, era quizá «un símbolo de los volcanes. El cráter se podía considerar como un ojo único»… Por todas partes monstruos. Y, sobre un cerro volcánico, Roccanera, «una pequeña ciudad edificada en anfiteatro, con muchas calles, callejuelas y plazas. Tenía una catedral, cuatro o cinco iglesias, blancas, aparatosas y barrocas; grandes palacios, algunos conventos… El palacio del obispo estaba cerca de la catedral, en una callejuela silenciosa y desierta, y tenía un jardín sombrío, del que se destacaban un gran magnolio y un enorme y afilado ciprés». En una plaza extraviada estaba el palacio de

los Roccanera: «Era grande, sombrío, imponente, con la fachada suntuosa llena de desconchaduras». Juan Galardi, aquel vasco decidido y valiente, había llegado al palacio para sustituir al administrador, don Filiberto Venosa, que se dedicaba con la misma entrega a la usura y a la arqueología.

La casa del laberinto había sido el capricho de un indiano enriquecido en América y, como tal, «un poco petulante y aparatosa». La construyó frente al mar y quizá por ello dio a la villa el nombre de Bella Vista. Pero los caprichos suelen ser mudables como la fortuna, y el indiano acabó hartándose de la belleza de sus vistas; la dejó sin amueblar, la puso en venta y se marchó a vivir a Palermo. Hasta que ocho o diez años después pasó por allí un señor viejo, con sombrero de paja y dientes de oro, que tras varios regateos la adquirió.

Era gringo, pero todo el mundo lo llamaba el Inglés. Galardi lo describe como «un hombre pequeño, rojo, chato, de bigote corto, con la cabeza grande. Debía haber sido rubio en su juventud; pero ya estaba cano. Tenía un aire de bulldog, frecuente entre los ingleses». Y, sin embargo, la aceptó por lo mismo que los demás la rechazaban: por su aspecto sombrío y solitario. Él mismo acabó reconociendo que le encantaba la soledad, mirar el mar y no tener vecinos indiscretos. Compró terrenos aledaños, incluido un convento arruinado, una espadaña con su campana y un pequeño claustro románico, en el que todavía resistían a la intemperie algunas tumbas, varias lápidas sepulcrales, una cruz de piedra y los tradicionales asfódelos del Hades. Desde un belvedere rústico se dominaba todo el panorama: el antiguo baluarte con su torreón en ruinas, el barranco atormentado, los cipreses del cementerio. El arquitecto construyó la finca de recreo del inglés, con toques que recordaban a Salvatore Rosa y detalles a lo Bosco y Patinir: el resultado, «la casa del laberinto». Y en ella la biblioteca.

Cuenta Galardi que «el Inglés adquirió muebles magníficos, cuadros antiguos y una biblioteca de treinta mil volúmenes, en la que abundaban los libros de geografía, de historia y de viajes. La biblioteca se instalaría en una sala del piso bajo, con una galería circular y una escalera interior para salir al primer piso, y tendría en el techo pintado el cielo que se veía desde Roccanera, con las constelaciones y las estrellas doradas, copiado y adaptado de un atlas antiguo». Faltaba el órgano para que recordase vagamente a la del

capitán Nemo, paralelismo en el que seguramente nunca pensó el Inglés. Pero lo trajo. Lo que no pudo traer fue la duración eterna. Un epigramático latino censuraba a un viejo por construirse una casa cuando debía estar erigiendo su sepulcro: domum capite cano aedificas: quanto melius mausoleum erigeres! En el año noveno de su estancia, el Inglés «decidió marchar a América, liquidar su fortuna y quedarse a vivir definitivamente en la casa del laberinto». Pero no volvió.

Veinte años después… el parque del laberinto adquirió un aire de abandono y de misterio que ofrecía una apariencia si cabe más extraña y pintoresca que nunca. La inestabilidad y ligereza de las cosas de este mundo, que se lleva las vidas de los humanos, trae, como la resaca del mar pecios, otras existencias impensadas. Y fue así como llegó a Roccanera el doctor O'Neil, que había recibido en herencia aquella fantasía. Seis meses después, al doctor, como al indiano, no le entusiasmaban demasiado el exotismo ni las soledades y decidió volverse a América con su hija. En cambio su hijo Roberto —«un muchacho tímido, melancólico, con gustos de poeta, aficionado a la contemplación y a la soledad»— se empeñó en arreglarlo todo. Y llegó a un pacto con su padre: él se quedaría en la casa del laberinto hasta que empezaran los cursos en Alemania y después la habitaría. Leía mucho a Shelley, a Carlyle y a Poe. Quizá por eso resuenan ecos de El cuervo en su «Canción del torrero»[240].

Roberto O'Neil terminó sus estudios en Heidelberg y se casó con la marquesa Laura Roccanera. Pronto afloraron las incompatibilidades: a ella le gustaba el boato, la ceremonia y el espectáculo; a él, un misticismo anárquico, no sin un fondo de humorismo. A los cinco años se odiaron y se separaron. Roberto se dedicó a viajar y a otras aficiones excéntricas. Una vez al año, generalmente en invierno, volvía a la casa del laberinto: «Traía libros, se metía en su biblioteca y allí leía y trabajaba, generalmente en algo que dejaba sin terminar».

La biblioteca del laberinto acabó convirtiéndose en una especie de salón literario poblado de personajes pintorescos, empezando por el propio O'Neil, que por una ele no tenía nada que ver con don Eugenio. O'Neil llevaba libros en griego, en alemán y en inglés, y los leía. Él mismo había traducido fragmentos de la Odisea, de Shakespeare, de Goethe y de Dickens.

Uno de los que casi todos los años iban a pasar una temporada a la casa del laberinto fue el doctor Hugo Werner, un astrónomo de Heidelberg, que había dado a Roberto clases de alemán y de astronomía. Hombre de conocimientos enciclopédicos, había leído «todo lo legible y lo ilegible». Era hostil a todo cuanto se relacionara con la religión, y más con el catolicismo. Repetía con frecuencia la frase de Lucrecio: Tantum religio potuit suadere malorum (I, 101), que el abate Marchena, evitando la palabra 'religión', tradujo en un endecasílabo: «¡Tanta maldad persuade el fanatismo!». Se pasaba el tiempo metido en la biblioteca leyendo, o en la azotea mirando las estrellas. Llevado de su natural inclinación, quiso saber si eran favorables o contrarias. «Hizo el horóscopo de Roberto O'Neil y de la casa del laberinto, y era fatal. El suyo también era adverso».

Otro de los contertulios de la casa del laberinto fue el ermitaño de la ermita del Salvatore. «El hermano Bartolomé era un hombre de espíritu beatífico, un místico, un soñador. Leía La vida de los Santos de Jacobo de Vorágine; las Florecillas de San Francisco, y los Cánticos Espirituales de fray Jacopone da Todi. Tenía el sentido panteísta de adorar las cosas, y hubiera hablado de la hermana ceniza y de la hermana nube con efusión sentimental». Nada que ver con el astrónomo. Pero ya dejó escrito Galardi que, «como el mar empuja restos de todas partes de la superficie del abismo a la playa, así la casualidad había llevado de distintos puntos de la vida social a aquellas personas que se reunían en la casa del laberinto».

Dos mujeres, que Galardi había conocido a la orilla del mar, asistían a las tertulias literarias. Santa Santorio, con la que acabaría casándose, era una muchacha muy bonita y simpática, con aire de madonna. Santa «cantaba a media voz canciones italianas, llenas de fuego y melancolía». Solía leer y declamar trozos de la Jerusalén libertada. Podía recitar de memoria estancias del Tasso, como la de los jardines de Armida, y apreciaba las traducciones de O'Neil. La otra era su prima Odilia Guiscardo, conocida como Odilia la Roja, a la que Galardi descubrió tirando piedras planas horizontalmente que saltaban varias veces al chocar con la superficie del agua (como aquel jovenzuelo de Les ricochets de Brassens, que en el puente Mirabeau se enamoró de aquella parisina que lanzaba las piedras con menos habilidad que Odilia). Tenía «una inteligencia brillante, mucha memoria y una gran afición por las aventuras». Era capaz de recitar largas tiradas de versos del Orlando furioso y de la Jerusalén

libertada, como su prima. Decidió aprender inglés con O'Neil y alemán con Werner para marcharse un día a California.

Otro objeto de debate de la tertulia fueron las sirenas, que Galardi relató así:

O'Neil, para distraerse, pidió a un librero de Heidelberg conocido suyo todo lo que se hubiese escrito sobre sirenas, y al cabo de algún tiempo le enviaron dos grandes cajones de libros en varios idiomas, en los cuales estaban señalados con cintas los parajes en que se ocupaban de estos fantásticos animales.

Entre los libros enviados, estaban los de Plinio, de Aristóteles y Galeno, la Vida de Apolonio de Tiana, de Filóstrato; las Disquisiciones de Magia, de Martín del Río; De Natura Animalium, de Claudio Eliano, traducido del griego; el Genialum Dierum, de Alexander ab Alexandro; el Iuris Spiritualis, de Torreblanca; el Hortulus Genialis, de Baricelli; la Magia Natural, de Porta; el Mundus Mirabilis, y otras muchas obras, de Ambrosio Pareo, Alberto Magno, Simón Mago, Metafrasto, Atanasio Kircher, etcétera. […]

Vamos a dedicarnos durante algún tiempo a la sirenografía —dijo O'Neil—. […] Tenemos autores que pasan por serios que han afirmado que existen las sirenas. Se puede hacer una lista formidable: Aristóteles, Alberto Magno, Cardan, Filóstrato, Galeno y otros más modernos… O'Neil contó que Filóstrato dice que Apolonio de Tiana vio en la India dos toneles de piedra negra, llamados los toneles de la lluvia y el viento, que se abrían o se cerraban según las necesidades del campo.

(Glosa Galardi que «tanto Apolonio como Filóstrato eran grandes fabricantes de bolas»).

Un invierno obstinadamente lluvioso, mientras en la gran chimenea del comedor se quemaban troncos de cedro y de pinos enormes, se reunieron en torno al fuego Santa Santorio, Odilia, O'Neil y Galardi a leer libros de literatura y de viajes. O'Neil tocaba el órgano y Galardi la flauta. Santa y Odilia, O'Neil, Galardi y Werner se refugiaron en la

biblioteca cuando, en medio de la tormenta, se oyó un grito en el mar, augurio inevitable de naufragio. Entre tanto el doctor Werner «recitaba los versos de Mefistófeles, en el Brocken, la noche de Walpurgis», sin advertir que el mar estaba segando cinco vidas. Para él apenas había diferencia entre los libros y la vida.

Unos de los arcanos más indescifrables es cómo el frágil estambre de la vida humana no se quiebra, como caña de maíz, ante cualquier ráfaga de viento. Pocos meses después, a finales de julio, un tiro no destinado a él se llevó a Roberto O'Neil, que fue enterrado en el pequeño cementerio del parque, dejando inacabado su poema «El viaje de los hijos de Aitor». Una ola de tristeza y maleficio —¿jettatura?— se cernió sobre la casa del laberinto. Odilia, melancólica y desequilibrada ante la propuesta del doctor Werner de casarse con ella y llevarla a Alemania, se disparó su propia escopeta. Hugo Werner desapareció con el perro de Odilia, y meses después los encontraron en un pueblo suizo del cantón montañoso de Bernina: según parece, el astrónomo había envenenado al perro y luego se había envenenado él. La aflicción cubrió con su sombra aquella casa. No hubo más poemas, ni lecturas, ni acordes de órgano, ni modulaciones de flauta. Otra biblioteca más sumida en el silencio, que es tanto como decir otra biblioteca menos.

Unos años después murió Santa, y Juan Galardi empezó a escorar fatalmente hacia la Iglesia. Instigado por el hermano Bartolomé, reemprendió sus antiguos estudios en el seminario y se ordenó. Aunque hijo de un piloto de la costa cantábrica, «desde la infancia estaba acostumbrado a creer que iba a ser cura». Una nota del manuscrito refiere su final:

A la primera misa que celebró fueron todos sus amigos y conocidos, y entre ellos Laura Roccanera y Rosa Malaspina. Roberta Galardi entró poco después en el convento de franciscanas de Roccanera, y su padre llegó a ser capellán en el convento de Calabria en donde estaba su hija. Al decir de la gente, murió, con gran tranquilidad y resignación.

Ignoramos si antes de exhalar el último suspiro pudo decir, como el

Petronio de Sienkiewicz, «amigos, confesad que con nosotros perece…».

Nos ha quedado la última noticia del hundimiento de la casa del laberinto:

Muchos años después, el marido de Susana O'Neil, la hermana de Roberto, vendió desde América los muebles, los libros y hasta los árboles de la casa del Laberinto.

Unos años más tarde, en un temblor de tierra, la casa del Inglés se cuarteó y rajó. Las rocas, blancas, negras y rojas, con sus perfiles de monstruos y de quimeras, se hundieron en el mar; la Batería de las Damas se derrumbó, y con el derrumbamiento se cegó con grandes bloques de piedras volcánicas la gruta del Tritón.

El agua carcomió un poco más el esqueleto de la antigua Tirrénida, y al carcomerlo, desapareció para siempre el laberinto de las sirenas.

El mejor epitafio lo pondría Pío Caro: «¡Adiós a Juanito Galardi, adiós a Roberto O'Neil, adiós a Raquel la argelina[241], adiós a Laura, adiós a Odilia la Roja, adiós a Santa, conocidos de nuestra juventud perdida! ¡Adiós ensueño, realismo y poesía!».

[240] Juan Galardi ha recogido varios poemas de O'Neil en su crónica, y su juicio suele ser poco favorable. «La canción de la libertad del mar» le gustaba «porque no hay en ella quejas ni lamentos». No así «La canción del capitán Galardi», por el carácter plañidero y desesperado de sus versos. «Galardi no comprendía la queja metafísica y sin causa inmediata» de un hombre como O'Neil que derrochaba vida y caudales en viajes largos y caprichos raros. ¿Qué motivos puede tener para estar triste?, se decía.

[241] Raquel Paparrigopoulos Cohen, hija de griego y judía y nieta de un rabino, había trastornado a Galardi en Marsella. No parece que entre sus ascendientes ni descendientes figurase don Antolín Sánchez Paparrigópulos, tan conocido en el mundo de la erudición por pensar «en castellano neto, sin asomo alguno de hórridas brumas septentrionales ni dejos de decadentismos de bulevar parisiense». Proyectaba una historia de los escritores oscuros españoles y estaba a punto de acometer la de aquellos otros que habiendo pensado escribir no llegaron a hacerlo, en la que quizá se sentía reflejado. Se cree que ninguna de las dos vio la luz ni oyó el ruido de las prensas. Habría merecido el aplauso del autor de Bartleby y compañía.

La biblioteca de Mr. Shandy

[LAURENCE STERNE: Tristram Shandy]

Walter Shandy quizá nunca previó que su fama se debería a la pluma de su hijo Tristram. De lo contrario tal vez habría puesto más entusiasmo en el momento de su concepción, aunque es cierto que solo en parte su vida metódica tuvo la culpa de que, en el instante de la concentración suprema, su mujer le preguntase:

—Querido, ¿has dado cuerda al reloj?

—¡Por Dios! —exclamó Mr. Shandy—. ¿Es posible que desde que el mundo es mundo haya habido mujer alguna que interrumpa a un hombre con tan estúpida pregunta?

El señor Shandy era un hombre «inclinado a observarlo todo con una luz muy diferente a la del resto de la humanidad. […] Veía las cosas a su modo. Las pesaba con su propia balanza». En cualquier caso, el cristal con que se mira le hacía verlo todo «de modo diferente al resto de los mortales». «Como todos los filósofos», tenía una inclinación inevitable a «razonar sobre cuanto sucedía» y «se perecía por las sutilezas». Su hecho diferencial se revelaba en su conversación, en sus silogismos, en su biblioteca.

La biblioteca de Mr. Shandy era una biblioteca especializada. «No se puede decir que la colección de libros de mi padre fuese muy grande», dice el cronista de esta historia, hijo y comentarista al mismo tiempo. «En compensación —añade— resultaba bastante curiosa y, eso sí, le llevó mucho tiempo reunirla».

«Leía toda clase de libros», preferentemente los raros, y no tanto por su rareza bibliográfica cuanto por la de su contenido, asunto o pensamiento. Hubo un momento en que las vicisitudes del nacimiento de su hijo lo inclinaron hacia la tocología y la obstetricia, y puede asegurarse sin gran riesgo que lo supo todo sobre la operación cesárea. Había llegado incluso «a reunir un buen número de conocimientos»

sobre los remedia Amoris, enfermedad a la que fue prácticamente inmune a pesar de haber engendrado dos hijos. Esa rareza había ocasionado la de su pensamiento, que lo hacía especialmente vulnerable «a las más extrañas y caprichosas depresiones». Pero la impredecible «versatilidad de sus rarezas» hacía que no fuese fácil adivinar su reacción ante determinados casos de su existencia.

Uno de ellos fue el dificultoso nacimiento de su hijo y la preocupación que veía por el futuro de sus narices, dadas las dificultades naturales con que se presentaba el alumbramiento. La escasa bibliografía sobre el trascendental tema de las narices grandes no le arredró, y puede decirse que su biblioteca contenía cuanto se había escrito sobre tan espinoso asunto.

«Tuvo la inmensa suerte —escribe Shandy hijo— de inaugurarla con el prólogo de Bruscambille sobre las narices largas, que consiguió casi regalado, ya que solo le costó tres medias coronas, y eso seguramente porque el librero de viejo se dio cuenta del evidente interés y avidez de mi padre por el libro». Cosa que no advirtió aquel muchacho del Alcaná de Toledo que, por medio real, le vendió a un exsoldado manco los cartapacios con la historia de don Quijote; «que, si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba —escribe el manco sano—, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra». Cuando vio las Fantasies o Pensées facetieuses de Bruscambille, Mr. Shandy no pensó en el noveno capítulo del Quijote. Fuera o no verdad que «no hay más que tres Bruscambilles en todo el mundo», como pretendía el librero de Picadilly, lo cierto es que Mr. Shandy soltó la pasta «con la rapidez del relámpago, cogió su Bruscambille, lo apretó contra su pecho, y salió disparado como quien huye con un tesoro, sin soltarlo de la mano en todo el camino».

Fue el principio de una de las bibliotecas más especializadas de la historia. Añadió los Coloquios de Erasmo, donde se halla el «célebre diálogo entre Pamphagus y Cocles, que trataba de las numerosas aplicaciones y oportuno empleo de las narices largas»[242]. No se detuvo ahí. «Consiguió obras de Prignitz[243] y compró libros de Scroderus, Andrea Paraeus, las Conferencias nocturnas de Bouchet y, sobre todo, la obra del gran erudito Hafen Slawkenbergius, de quien hay tanto que decir». No consta que conociera el narigudo soneto de Quevedo, el cual le hubiera colmado las medidas[244]. En todo caso a su hijo Tristram le aturdía pararse a pensar «en el preciado tesoro de tiempo y

de talento que se ha derrochado en cuestiones menos importantes y la de millones de libros en todos los idiomas, estilos y encuadernaciones que se han editado acerca de temas que no han contribuido ni la mitad a reforzar la paz y la unidad del mundo».

No solo los leyó, sino que dedicó sus trabajos y sus días a una laboriosa traducción del latín de Slawkenbergius. Era su libro de cabecera. «A cualquier hora, Slawkenbergius siempre ofrecía distracción y solaz. Siempre estaba al alcance de su mano, como si fuera un libro de cánones o de oraciones. Así estaba de sobado y manoseado, contrito y atrito, con señales de dedos por doquier». (Tal vez solo el ejemplar del Robinson de Betteredge lo habría de superar en devoción y uso). De tal libro opinaba que «si todas las artes y las letras junto con los libros que de ellas trataran llegaran a desaparecer, perdiéndose de repente las ideas políticas y las máximas de los gobernantes[245], así como lo que los estadistas escribieron o inspiraron sobre lo que en cortes y reinos débiles o poderosos se escribiera; aunque solo quedara Slawkenbergius, el mundo podría volver a andar. ¿Era o no un tesoro?».

Mr. Shandy era filósofo, dijimos. Había leído el Ensayo sobre el entendimiento humano de Locke y no desconocía a Malebranche. Dos siglos después Borges recordaría que «Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio». Dos siglos antes Walter Shandy ya había advertido que «con razón escribió Locke un capítulo sobre la imperfección de las palabras».

Había leído a Platón, lo que le había permitido elaborar la teoría de los dos amores: uno racional, sin madre conocida, y otro natural (o venusino), «concebido por Júpiter y Dione»[246]. «El primero —razonaba — es como una cadena de oro tendida desde el cielo: excita el heroísmo amoroso y mueve los deseos de filosofar y de buscar la verdad; el segundo, simplemente excita el deseo». También había leído a Luciano, a Scarron, y desde luego a Rabelais y El Quijote, libros provocadores de la risa; este último se hallaba entre sus preferidos, y tengo la sospecha de que al menos Don Belianís de Grecia pudo viajar de matute en el equipaje del hidalgo.

No solo había leído muchos libros: también escribió al menos uno, con lo que había cumplido el tríptico ideal, pues viviendo en el campo es

harto improbable que no hubiera plantado un árbol. Su libro se tituló Vida de Sócrates, y cuenta su hijo «que nadie se había lanzado con tanto velamen a las letras y con tan procelosa marea de heroica sublimidad como mi padre en esta ocasión. No hubo frase de la oración de Sócrates que concluyera con una palabra más corta que transmigración o aniquilamiento, ni pensamiento en ella inferior al de ser o no ser». No hemos conseguido ver el libro encuadernado[247]. Bien es cierto que su hijo nos adelantó dos versos de reprobación sobre el ojo, aunque parecen más bien una defensa contra la pasión amorosa que, «según se desprende de muchos de sus escritos», padeció con alguna intensidad antes de casarse.

Era un «orador nato», un «empedernido discutidor», y famosas sus divagaciones. «La elocuencia era sin duda la causa de su fortaleza y también su mayor debilidad». Leyendo la autobiografía de su hijo, que en algún momento denominé «elogio de la digresión», nos asalta la sospecha de que el hijo pudiera haber heredado acrecentadas las habilidades del padre. En un momento se pregunta, no sé si por retórica o por mera socarronería, si «no es bochornoso escribir dos capítulos sobre lo que pasó durante la bajada de un par de escalones».

Walter Shandy, «que era algo tísico», sufría accesos de tos; no bebía más que agua y creía en el influjo de los astros; como Hugo Werner, odiaba a los frailes, incluso su olor, y elaboró una inusitada teoría sobre los nombre propios. «Era un hombre de mucha lectura y memoria feliz, que siempre tenía en la punta de la lengua a Epicteto, a Séneca y a Catón». En algún momento consultó un mapa de Sanson[248] y una Guía de los caminos de posta. Una sátira del viejo Horacio decía que tanti quantum habeas sis (1, 1, 63), y el Sr. Shandy la había traducido como tantum valet, quantum sonat. (¿Suena eso de la bolsa sona?). Al fin y al cabo, entre «ser o no ser» y «tener y no tener» no hay más diferencia que la que va de Hamlet a Harry Morgan, o de Laurence Olivier a Humphrey Bogart.

En el Barry Lindon de Kubrick, hay una voz en off —triste, solitaria y final—, que recuerda: «Todos estos personajes vivieron y lucharon durante el reinado de Jorge III; buenos o mezquinos, hermosos o feos, ricos o pobres, ahora son todos iguales»[249]. También Mr. Shandy ya es igual. Ella, la Pálida, es la gran igualadora. No vamos a llorar, él no lo hubiera hecho. Concluyamos con las palabras de consuelo que pronunció ante la muerte de su hijo Bobby: «Los tracios lloraban

cuando les nacía un hijo y celebraban fiestas cuando alguien se iba de este mundo. No les faltaba razón. La muerte abre las puertas de la fama y cierra tras de sí las de la envidia; suelta las cadenas del cautivo y entrega a otras manos la tarea que tenía que hacer el esclavo». Al fin, como casi todo en este mundo, es una cuestión de puertas y cadenas, que puede reducirse a un aforismo vulgar: «Si puertas, para qué abiertas; si abiertas, para qué puertas». Nec invidia nec fama, ignoramos por qué puerta salió. Salió «de este cochino y vil planeta», que no parece sino que lo hicieron con «los desperdicios y retazos de todos los demás». Tal había sido la percepción de Mr. Shandy sobre la construcción y los materiales de este mundo.

[242] Se refiere al De captandis sacerdotiis, de Erasmo, en el que se halla una disertación sobre la utilidad de las narices, nada inferior a la de la utilidad de los libros propuesta por Mark Twain y adyacentes.

[243] Prignitz afirmaba que «la calidad de la nariz es directamente proporcional a la imaginación de su poseedor», teoría que fue rebatida por Scroderus, «puesto que no es la imaginación la que determina la nariz, sino esta la que condiciona la imaginación».

[244] Cosa, por lo demás, harto improbable, pues sabemos que «si algo se escribió sobre el tema no cabe duda de que acabó fatalmente» en su biblioteca, dado el irreprimible hábito de «procurarse directamente todos los libros y tratados sobre el tema de las narices» que hallarse pudieran. No otra cosa hizo el hidalgo manchego, cuando «vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos», que, en el caso más conservador, constaba de «cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños», en lo que se diferenciaba de los reunidos por Mr. Shandy, que podían caber «en una mesa más bien pequeña». Esta tendencia bibliográfica a agotar un asunto sin duda encerraba algún componente genético, pues su hermano Toby, militar y experto en fortificaciones, había leído «prácticamente tantos libros de arquitectura militar como los que don Quijote leyera de caballerías».

[245] La verdad es que esta pérdida no turbaría mucho la marcha de la humanidad y detendría algún tanto la corrupción de la lengua. (Y

alguna otra, «cuyo nombre se sabe, aunque se calla, / y que, según yo pienso, / para los dioses no es muy buen incienso»).

[246] Aunque no falta traducción en que a Dione me la han convertido en Diana.

[247] Una nota del hijo narrador asegura que su padre «jamás consintió en publicar ese libro. El manuscrito se conserva en la familia junto con otros opúsculos suyos, y todo, o casi todo, se publicará a su debido tiempo». También se nos da noticia de otro libro en el que estuvo trabajando no menos de tres años: se trata de la Tristrampedia, que pretendía ser una nueva versión de la Ciropedia de Jenofonte. Pero, como tratado de la educación para su hijo, iba tan lento que sus teorías siempre llegaban tarde, pues el hijo crecía más deprisa que el libro.

[248] El cartógrafo y geógrafo francés Nicholas Sanson (1600-1667) a los dieciocho años había compuesto ya su famoso Mapa de las Galias, y llegó a ser profesor de Luis XIII y de Luis XIV.

[249] «It was in the reign of George III that the aforesaid personages lived an quarelled; good or bad, handsome or ugly, rich or poor they are equal now».

La biblioteca de John Cromartie

[DAVID GARNETT: Un hombre en el zoo]

La biblioteca de John Cromartie se hallaba en una zona de luz no usada, por decirlo con un feliz hallazgo de Fray Luis, al fondo de una jaula de los Jardines de la Sociedad Zoológica de Londres, entre la del chimpancé y la del orangután. En el frontal de la jaula figuraba el siguiente rótulo:

HOMBRE

Homo sapiens

Este espécimen, nacido en Escocia,

fue donado a la Sociedad por Mr. John Cromartie.

Se ruega a los visitantes no irritarlo

con comentarios personales.

Conocemos la descripción de Cromartie con una precisión poco común, gracias a la ficha que él mismo envió al zoo londinense con la solicitud de su inclusión como ejemplar del Homo sapiens: escocés de 27 años, 1'79 de estatura, 72 kilos de peso, pelo oscuro, ojos azules, nariz aguileña. Todo empezó cuando, tras una discusión con su novia Josephine —que lo tachó de Tarzán de los Monos y apostilló que la colección del zoo estaba incompleta sin él—, escribió una carta a la dirección del zoo, pidiendo ser incluido en «el pabellón de los Grandes Simios», que siempre estaría incompleto sin el eslabón perdido del Homo sapiens. Contra todo pronóstico, la Sociedad Zoológica aceptó las condiciones de Cromartie, entre ellas la de tener «una biblioteca en

su jaula».

El lunes, cuando se abrió el zoo al público, Cromartie ya estaba instalado en su jaula y, mientras llegaban los visitantes, él abrió La rama dorada de Frazer. Aunque el cronista no se detiene en detalles tan intrascendentes como la página sobre la que cayó, bien pudo ser el capítulo XXIII, en cuyo caso es muy posible que leyera algunas líneas como estas: «… a pesar de todo cuanto se haga y se diga, nuestras semejanzas con el salvaje son todavía mucho más numerosas que nuestras diferencias»; porque, al fin y al cabo, «lo que denominamos verdad es solamente la hipótesis que nos parece mejor».

La novedad atrajo a la jaula tal muchedumbre, que hubo que organizar una cola para ver al ejemplar «Hombre» recién adquirido por el zoo. (El propio Times se hizo eco de la noticia en un artículo titulado «Sorprendente adquisición del zoo»). Cabría pensar que el nuevo ejemplar, como sería lógico, se exhibió desnudo, pues desde Javier Krahe sabemos que «este cuerpo gentil, visto así en cueritatis, por dinero está bien y molesta si es gratis». El hecho de que sir James Agate-Agar se refiriera a él como «el Diógenes de Londres», y que el apelativo pronto corriera de boca en boca como el burdo rumor del mismo Krahe, no autoriza a deducir que se paseara desnudo por la jaula y menos aún que se masturbara en público; antes bien tenemos constancia de lo contrario, pues la carta de Cromartie habla de «ropas habituales», y el contrato le permite «ver a su propio sastre». Hay un dato definitivo: un argumento de la carta para ser admitido en el zoo es que «los niños crecerían insuflados de la actitud de un Darwin, y tomarían conciencia no solo del lugar exacto que ellos mismos ocupan en el reino animal, sino también de en qué se parecen y en qué se diferencian de los simios»; y ya sabemos que si hay un espectáculo apto para menores, ese es precisamente el del zoo. Desnudo o vestido, el mono, como el dios de Israel, es celoso[250]. Y así, el orangután y el chimpancé estuvieron observando todo el día al mono sapiens, y al final de la jornada le enseñaron los dientes de forma poco amistosa. Collins, su cuidador, le explicó que estaban «locos de celos» por su éxito de público.

Su progresiva desconexión con el «ordinario devenir de la humanidad» lo empujó a pasearse por los Jardines, cuyos habitantes podían mirarlo con indiferencia o con recelo. Pero con el lince se estableció de modo espontáneo una simpatía mutua, quizá porque en él «vio,

combinada con su belleza, una desdicha que concordaba con la suya», y comprendió «que aunque no le interesara tener una mascota, bien podría tener un amigo». El director le permitió, y aun sugirió, que se lo llevara a su jaula. Pronto el lince se convirtió «en su compañero, su amigo predilecto», cosa que no hubiera sido posible con un toro, pues, según el filósofo Talavante, «el toro es… un toro, y amigo no puede ser… porque no habla, y… enemigo tampoco porque tampoco habla». En el caso del lince, y a petición del propio Cromartie, se instaló de modo permanente en su jaula, y pronto figuró en ella otro rótulo al lado del suyo:

LINCE

Felix caracal[251]

Irak

Donado por el Escuadrón N, RAF, Basora.

El cronista se abstuvo de catalogar la biblioteca de la jaula. Solo sabemos que John Cromartie leía y escribía a diario, «como si fuera un intelectual que trabajara en una nueva investigación». Aparte del Frazer, tenía libros de la Biblioteca Mudie, porque sin querer rasgó las páginas de uno[252]. Una circunstancia no indiferente nos ha proporcionado noticia de otros tres: estaba leyendo el Wilhelm Meister, con el lince a sus pies, cuando oyó la voz de Josephine preguntando por el segundo volumen de Las amistades peligrosas[253]. Se trataba de «una edición muy valiosa por las láminas», y la tía Eiley estaba muy preocupada por su desaparición. Cromartie se echó a reír, arrugó el entrecejo y enseñó los dientes:

—Lo tengo aquí. Te lo enviaré por correo esta noche. Por desgracia no pasa por la malla metálica. Es uno de los inconvenientes de vivir en una jaula.

El tercero fue un libro de poemas de Arthur David Waley traducidos del chino, del que Cromartie leyó treinta y siete versos de un poema[254]. Pero eso fue después del accidente.

Porque es de saber que una mañana en que Cromartie jugaba a la pelota con el lince, resbaló y cayó contra la malla de la jaula vecina, momento que aprovechó el orangután celoso para atraparlo por las guedejas como a la ocasión, que esta vez no era calva. La noticia del «hombre del zoo mordido por un mono» apareció en el periódico, redactada de este modo: Esta mañana el «Hombre del Zoo», cuyo nombre real es John Cromartie, fue brutalmente atacado por Daphne, el orangután que ocupa la jaula contigua a la suya. A raíz de la agresión perdió un mechón de pelo con su correspondiente cuero cabelludo, hubo que amputarle el tercer dedo de la mano derecha y, si no perdió media oreja como don Quijote en su pelea con el vizcaíno, «el fiero bruto, con ímpetu salvaje», se la rajó de arriba abajo, aunque sin dañarle el tímpano[255].

La noticia removió algo en las indecisas y contradictorias entrañas de Josephine, que, tras un breve intercambio epistolar y la ampliación del Pabellón de los humanos con el negro Joe Tennison[256], tomó la decisión de encerrarse con él en la jaula, por supuesto tras ser bendecida ortodoxamente su coyunda, o juntamiento, como diría el Arcipreste. El director del zoo, que había previsto tal «contingencia», rescindió el contrato, considerando «imposible, por varias razones, tener matrimonios en el pabellón de los humanos».

La argumentación de Josephine había sido irrebatible: «mejor ser felices juntos que infelices por separado». Pero ya el cronista nos vaticinó que «la felicidad y la desdicha son solo relativas», como por lo demás corroboraría el aprendiz de lector Germain Chazes con más precisión que Einstein: «Pues claro, todo es relativo: o sea, “que no es absoluto”».

[250] Ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes (Éxodo 20, 5).

[251] El curioso lector que desee saber lo que es el caracal, acuda al diccionario como yo, o en caso de emergencia a Judith Herzberg.

[252] El editor Charles Edward Mudie (1818-1890), en un momento en que las bibliotecas públicas eran escasas y poco accesibles, ideó la biblioteca ambulante y de préstamo. Sabemos que adquirió 500 ejemplares de El origen de las especies de Darwin, pero, si no imposible, es dudoso que el ejemplar rasgado fuera un Darwin, pues ya hemos visto que Cromartie lo conocía bien antes de entrar en la jaula.

[253] Un libro del que escribió Manuel Machado en el primer terceto de su «Jardín neoclásico»: «Leo las Amistades peligrosas, un tomo / de elegantes horrores y sentencias banales, / relatados con una galante impertinencia…».

[254] Se trata del fragmento final del poema «The Wangsun, by Wang Yen-shou, son of Wang I (c. a.d. 130)», incluido en el libro Poemas chinos (Chinese Poems), de 1920. Waley murió en 1966. Asediado por un cáncer de columna, decidió prescindir de la medicina y murió escuchando algunos de sus poemas favoritos y los cuartetos de Haydn.

[255] «El bruto» es del cronista. El conjunto se ha caído de un alejandrino de Zorrilla, desprendido como hoja volandera de La carrera de Al-hamar: «Lanzose el fiero bruto con ímpetu salvaje».

[256] Otro caso de biblioteca de un solo libro fue el de su madre. Lo supimos por el testimonio de su hijo Joe: «Mi madre era ignorante, no sabía leer ni escribir, pero se sabía casi toda la Biblia de memoria». Efectos laterales de la colonización.

La biblioteca de Nino Pérez Ríos

[ALMUDENA GRANDES: El lector de Julio Verne]

Para Almudena Grandes, in memoriam

En 1948, para un niño de diez años, sobrevivir en la casa de las veintisiete letras (así solían llamar los gitanos a la «Casa cuartel de la guardia civil») durante la época de la guerrilla posbélica, en un pueblo de la sierra de Jaén, tenía algo de Escuela de robinsones, uno de los manuales de supervivencia que usó Antonino Pérez Ríos, conocido abreviadamente como Nino y a veces como «el Canijo». En teoría la guerra había acabado casi diez años antes, pero Nino no acababa de entender por qué su padre, que era guardia civil en el cuartel de Fuensanta de Martos, tenía que salir a batallar por las noches, e incluso por qué en la Sierra cantar «Tengo una vaca lechera» podía ser más subversivo que La Internacional. Sin embargo, en agosto de 1947 ocurrió el primer milagro que, como Dulcinea para don Quijote, fue el norte de sus caminos, la estrella de su ventura para salir de aquella penitencia.

Es el caso que Pepe el Portugués, una persona «muy especial» que «había visto el mar muchas veces», vivía en el molino viejo del río, al pie de la sierra, a poca distancia del pueblo. Andaba por los treinta; era fuerte, flexible y ágil, y lo mismo pescaba truchas que trabajaba en el huerto, en los olivos o recorría el monte. Borges escribió que «la amistad no es menos misteriosa que el amor o que cualquiera de las otras faces de esta confusión que es la vida»[257]. En aquella confusión de la vida de posguerra, en la negrura de los días y las noches, Pepe el Portugués fue «el silencio amistoso de la luna»[258], el amigo misterioso que una tarde de agosto de 1947 puso el primer libro amistoso en las manos silenciosas de Nino.

«Era un libro gordo, encuadernado en tela roja, con una ilustración en colores pegada sobre la portada, unos niños rubios, un señor con aspecto de sabio despistado, un capitán de barco y dos marineros andando sobre el hielo con unos artilugios de hierro pegados a los

zapatos, en un paisaje imposible con palmeras al fondo, una playa con gaviotas y un barco a lo lejos, ante una montaña sobre la que asomaban unos indios con plumas en la cabeza». Los hijos del capitán Grant.

Podríamos hablar de las truchas, los cangrejos, las brevas o la miel que también proporcionaba Pepe el Portugués, pero este no es libro de dietética, sino de bibliotecas, y apenas es posible describir la exaltación de Nino ante el volumen que él mismo ha descrito. Y mientras el hijo de un zapatero haría trampas para poder leer con alguna suerte de justificación El libro de España, unos años antes el de un guardia civil tuvo el privilegio de conocer sin ninguna a Julio Verne. Cuando terminó las casi setecientas páginas de Los hijos…, llegó por la misma mano el segundo.

«Era La isla misteriosa, dos tomos encuadernados en tela azul con unas ilustraciones chulísimas en la portada…». De nuevo es Nino quien anota «la emoción que prometían la silueta de un volcán humeante y la astuta expresión de unos hombres que parecían oler el peligro mientras avanzaban por el laberinto verde de la selva». El tercero —que era el segundo de la trilogía— llegó como regalo de Pepe el Portugués por su décimo cumpleaños, junto con su caña de pescar vieja. Veinte mil leguas de viaje submarino venía «envuelto en papel de celofán y todo», y ya desde la tapa se vislumbraba «la furia de un pulpo gigantesco que asfixiaba el Nautilus». El capitán Nemo ya era un viejo conocido de Nino, y el Portugués sugirió que era el mejor de los tres. «Y como es tuyo —añadió—, puedes quedártelo para siempre y leerlo todas las veces que quieras».

Con el final de la trilogía surgió un cambio de profesora y una nueva amistad: la de doña Elena. Doña Elena —«que también era maestra aunque ya no la dejaran dar clase» por sus antecedentes republicanos — fue a la vez profesora y amiga. Y del mismo modo que cierto ciego dijo a otro Ulises descarriado: «Yo, oro ni plata no tengo; lo que tengo le doy: y no es poco eso de levantarse y caminar…, avisos para vivir muchos le mostraré», doña Elena no solo le enseñó mecanografía y taquigrafía, sino quién había sido Ulises y quién Newton; quién el hombre que había compuesto los últimos compases de su Dies irae en la última noche de su vida; también le enseñó «poemas y romances, canciones y letrillas, refranes y adivinanzas…, pero, sobre todo, un camino, un destino, una forma de mirar el mundo, y que las preguntas

verdaderamente importantes son siempre más importantes que cualquiera de sus respuestas». Ella lo condujo a otro paraíso: el de su biblioteca.

Y es que esta biblioteca debería ser la «de doña Elena», pues en realidad era la suya, o siquiera los restos del naufragio. Aun así, de los casi cinco mil que tuvo, todavía quedaban poco más de trescientos, el mismo número que confesaba tener don Quijote como regalo y entretenimiento de su vida. Pero ya Krahe cantó que «la luna es de quien la trabaja». Y así, sin dejar de ser su biblioteca, y sabiendo que Nino fue sumergido en ella hasta salir casi tan invulnerable como Aquiles tras su bautismo en la Estigia, bien podemos considerar de Nino la biblioteca de doña Elena. Suya es la mejor descripción que de ella poseemos:

Debajo del voladizo de madera, encajadas contra él como si formaran una biblioteca hecha a medida, cuatro hileras contiguas de cajas de fruta a las que les había arrancado los tablones del fondo para apilarlas una sobre otra por su lado más largo, contenían, limpios y ordenados, más libros de los que yo había podido imaginar jamás que poseyera una sola persona.

Cuando los vi, no pude decir nada. Sentí que las piernas se me doblaban solas al acercarme a ellos, y avancé los dedos de la mano derecha para acariciar con el borde de las yemas los lomos de piel y de papel, desgastados los primeros, suaves como el cuero viejo, estriados los segundos como si los hubieran abierto muchas veces. El origen de las especies, Don Quijote de la Mancha, Novelas Ejemplares, Persiles y Segismunda, La rebelión de las masas, España invertebrada, El príncipe idiota, Sin novedad en el frente, El Lazarillo de Tormes, Robinson Crusoe, Flor de leyendas, Don Juan Tenorio, Lope de Vega Teatro, Rojo y negro, La Divina Comedia, Romancero gitano, los Papeles póstumos del club Pickwick, La Celestina, Azul, La Comedia Humana, Cumbres borrascosas, Campos de Castilla, Antonio Machado Poesía completa, Anna Karénina, La montaña mágica, La Regenta, El sentimiento trágico de la vida, San Manuel Bueno, mártir, Veinte poemas de amor y una canción desesperada, El árbol de la ciencia, Rimas y Leyendas, Edgar Allan Poe Cuentos, Diario de un poeta recién casado, Benito Pérez Galdós Obras Completas, Episodios Nacionales,

Tomo I, Tomo II, Tomo III, Tomo IV, Novelas, Tomo I…

Leí todos estos títulos saltando de un cajón a otro, de una fila a otra, casi sin fijarme en las letras que descifraba a toda velocidad, como si temiera que fueran a desaparecer de un momento a otro, fruto de un ensalmo, de un hechizo, una ilusión perversa que se desvanecería en el aire sin haber llegado a existir jamás. Hasta que logré cerrar la boca, y volví a respirar por la nariz, y mi corazón recuperó el gobierno de sus propios latidos. Entonces moví la cabeza y vi que doña Elena me miraba muy sonriente.

—Usted debe de ser muy feliz —le dije, sin pensar muy bien en el significado de las palabras que pronunciaba.

—Pues no —y me pasó un brazo por el hombro, como si mi comentario la hubiera conmovido—. No soy muy feliz. ¿Por qué lo dices?

—No sé, teniendo tantos libros… —moví las manos en el aire para ganar tiempo, mientras buscaba unas palabras que no logré encontrar —. Yo nunca he visto tantos juntos en mi vida.

[…]

—Pero todavía no has mirado donde más te conviene. Yo en tu lugar, me fijaría en el tercer estante de los que están al lado de la escalera.

Cinco semanas en globo, Viaje al centro de la Tierra, La vuelta al mundo en ochenta días, De la Tierra a la Luna, Escuela de Robinsones, Un capitán de quince años, Miguel Strogoff, Los quinientos millones de la Begún, Las tribulaciones de un chino en China, El testamento de un excéntrico, Por un billete de lotería, El dueño del mundo, Las aventuras del capitán Hatteras, los dos tomos de La isla misteriosa que yo ya había leído, y Veinte mil leguas de viaje submarino en la misma edición forrada en tela y con una ilustración a todo color pegada en la portada, mucho más bonita que la mía.

Abrumado, tambaleándose «como si hiciera equilibrios en la cubierta de un barco o en el vértice de una inmensa borrachera», Nino creyó tener a mano la escala de Jacob, por la que subían y bajaban no

ángeles sino libros. Todavía recibió otro regalo que no figuraba en este minucioso catálogo: La isla del tesoro, un libro más delgado que los de Verne «y de una colección distinta, porque no tenía ilustración en la portada pero sí muchos grabados en blanco y negro intercalados entre las páginas».

La isla del tesoro… Nino pensó una vez que «un amigo es un amigo, y un bien precioso, un tesoro por el que merece la pena correr riesgos». Ya Jesús de Nazaret había dicho, mostrando a sus discípulos: «Estos son mi madre y mis hermanos». Nino le dijo a la suya, mostrándole La isla del tesoro: «No me va a pasar nada. Porque yo soy amigo de Silver el Largo. John Silver el Largo es mi amigo, y todos lo saben».

Nino alcanzó su diploma de taquimecanógrafo y la certidumbre de su destino. Sospechó que había dos mundos: el de los que habían «nacido con suerte» y el de los que su única suerte era leer con pasión. Entre los Episodios nacionales que había leído faltaba uno, al que se entregó, occultus autem propter metum Iudaeorum. Pero la historia de sus andanzas clandestinas excede los límites de esta noticia.

«Esto es una guerra y no se va a acabar nunca», había vaticinado su madre. «No me des consejos», habría dicho el guardia civil Antonino Pérez, sabiendo que los consejos solo son buenos para quienes los dan. Pero su hijo Antonino Pérez Ríos, conocido abreviadamente como Nino y a veces como «el Canijo», que fue también mensajero de amores entre Pepe el Portugués y Paula la Rubia —como Leo Colston entre Marian Maudsley y Ted Burgess en El mensajero de Losey—, logró vencer la (pen)última batalla gracias a un amigo y una biblioteca.

El 27 de noviembre de 2021, un cangrejo inmisericorde, huido de algún zodíaco desordenado, arrebató a Almudena Grandes y la recluyó en el reino de las sombras. No es imposible que Nino Pérez Ríos la recibiera en el luminoso mundo de la literatura y acaso le dijera: «Es una guerra, pero tengo la certeza de que alguna vez acabará».

[257] «El indigno», en El informe de Brodie. Madrid: Alianza, 1997, p. 25.

[258] … tacitae per amica silentia lunae… (Eneida II, 255).

La biblioteca de Oswald

[ROALD DAHL: Mi tío Oswald]

Una biblioteca notable, no tanto por sus existencias como por su movilidad, fue la de Oswald Hendryks Cornelius, hijo del diplomático William Cornelius, cuyo último destino fue el de embajador en Dinamarca. Según su sobrino y albacea, fue Oswald «connaisseur, bon vivant, coleccionista de arañas, escorpiones y bastones, amante de la ópera, experto en porcelana china, seductor de mujeres, y casi sin duda el mayor fornicador de todos los tiempos». Fue además un hombre inmensamente rico, pero su fortuna solo en una pequeña parte se debió a Proust.

Ya a los diecisiete años había ganado sus «primeras cien mil libras» con «las famosas Pastillas Afrodisíacas del doctor Yousoupoff». En 1919, tras haber utilizado ventajosamente los conocimientos —y la penuria— de Arthur R. Woresley, su profesor de química, y con la colaboración de la irresistible Yasmin Howcomely, que era «la mismísima reencarnación de Cleopatra», decidió montar un banco de semen de «famosos» para vendérselo después a millonarias caprichosas. Empezaron por ordeñar literalmente a Alfonso XIII, seguido de un largo catálogo de artistas: Renoir, Monet, Stravinsky, Matisse, Proust, Nijinski, Joyce, Bonnard, Braque, Puccini, Rachmáninov, Richard Strauss, Einstein, Thomas Mann, Conrad, H. G. Wells, Kipling, A. C. Doyle, Bernard Shaw… A continuación emprendieron «una gira real» por las cortes europeas. Especialmente memorable fue la sesión con el doctor Freud[259]. Solo fracasaron con Picasso, cuya indomable vitalidad taurina[260] impidió la recolección debida, sin contar una lamentable equivocación con el rey Haakon de Noruega.

Para entretener la espera mientras Yasmin conseguía el preciado fertilizante, Oswald decidió armar en el asiento trasero de su «espléndido y pequeño Citroën Torpedo de diez caballos» una sucinta biblioteca, que, si modesta, tenía la ventaja de ser portátil como el depósito de nitrógeno líquido en que abrigaba sus tesoros. En el volumen XX de su Diario, escrito en 1938, hallamos el siguiente

apunte:

Sabía que me aguardaban en el futuro otras muchas esperas como aquella, y había instalado en la parte de atrás del coche una pequeña biblioteca: las completas de Shakespeare, algunas cosas de Jane Austen, de Dickens, de Balzac, y el último Kipling.

No hay más especificaciones, aunque sabemos que entre las «cosas» de Balzac figuraba La Cousine Bette, que todavía en el 38 seguía pareciéndole «lo mejor que escribió el viejo maestro francés». Podemos leer también un juicio sobre Kipling, pero es de Yasmin y no pertenece al ámbito de la literatura: «Menudo sodomita lleno de cerdas».

Olvidaba decir que Yasmin y Woresley huyeron con el botín de semen, y a Oswald solo le dejaron las «cincuenta dosis excepcionales» de Proust. El grueso de la fortuna de Oswald Hendryks Cornelius no se edificó, pues, sobre Proust, sino sobre las pastillas del doctor Yousoupoff.

[259] Un lejano antecedente de esta sesión podría haber ocurrido en 1896 —entonces «con una bellísima parisina a la que Freud intentó seducir, sin éxito»—, si aceptamos la autenticidad de unos papeles redactados por Freud en la época de La interpretación de los sueños. Fueron publicados por Giorgio Tasca en su libro Annali di psichiatria, con un enjundioso estudio preliminar.

[260] «He sido barrida por un huracán», diría Yasmin al recordarlo.

Las bibliotecas de la bella Hortensia

[JACQUES ROUBAUD: trilogía de La bella Hortensia]

Dudo que exista un solo francés que, habiendo pasado por la escuela, no conozca la inmarcesible frase de Montaigne para explicar con brevedad y sencillez las razones de su amistad con La Boétie: Parce que c'était lui, parce que c'était moi[261]. Es menos seguro que conozcan las razones por las que Alejandro Vladimírovich, gato aristócrata del linaje de los Poldevos, que había ahuyentado de su entorno gatos, perros, pájaros y niños, solo a la pequeña Verónica Boillault le permitía que lo acariciara. «Si le hubieran preguntado a Alejandro Vladimírovich la razón de este trato de favor, habría respondido sin duda: Parce que c'était elle, parce que c'était moi».

Verónica Boillault no era la bella Hortensia, desde luego: era demasiado pequeña para serlo. Hortensia, que tenía veintidós años y seis meses, arrastraba tras sí los ojos del señor Eusebio y de sus cofrades (incluido el gato Alejandro Vladimírovich, aunque por razones diferentes, puesto que a él sus encantos «le importaban un comino»). A una joven tan suculenta como Hortensia cualquier varón de otra época la habría llamado «bombón». Pero la señora Groichant —la mujer «mantecosa y abundante» del pastelero— la definió, en plan meramente descriptivo, como «una variedad nueva de pastelería dotada de locomoción». Hortensia estudiaba Filosofía y, tras sus horas de trabajo[262] en la panadería-pastelería-heladería Groichant, se recluía en la Biblioteca para trabajar en su tesina sobre el sistema filosófico del gran Filósofo Filiberto Julio Orsells, La Regla de oro de la Ontética. El título final de la tesina sería Sobre algunas implicaciones desconcertantes pero ineludibles del Principio Fundamental de la Ontética.

La Biblioteca pública a la que asistía Hortensia se hallaba a doce paradas de autobús de la pastelería Groichant, sita en el corazón de Santa Gúdula. Aquel día, un 6 de septiembre muy probablemente de 1968 como luego se verá, Hortensia llegó a la Biblioteca de la Ciudad a las diez menos cuarto, es decir, un cuarto de hora antes de su apertura. Conociendo los hábitos retardatarios de la Biblioteca, no es

de extrañar que ya hubiera varias personas en la cola, entre ellos un Sexteto de Viejos, cuyo decano «recogía documentación con vistas a una obra definitiva: Consejos a un aspirante a centenario», y el benjamín de la cuadrilla, que solo tenía ochenta años, «pasaba largas horas tomando abundantes notas para su Historia universal del contrabando, que se proponía acabar cuando su vista mejorase». Es posible, pero poco probable, que se hubiera inspirado para el suyo en otro título de Borges.

La descripción de los usos y costumbres de la Biblioteca ha quedado plasmada en varias páginas de un capítulo a ella dedicado, que hay dudas de si salió de la pluma del Autor o del señor Mornacier. En todo caso es descrita como una «fortaleza», y el cronista, sea quien fuere, apunta algunas de sus singularidades (o generalidades):

La estrategia defensiva de la Biblioteca, en efecto, obligada por la ley y la costumbre a permitir a los lectores autorizados por la posesión de un carnet (obtenido, no sin dificultad, después de una larga indagación de seguridad y de rellenar un insidioso cuestionario que permitía eliminar a más de uno), la consulta de las obras que le pertenecen, que son su gloria, su viudedad y su tesoro, y que no cesa de acariciar, de contemplar y de adorar en el silencio sombrío de sus depósitos, consistía en retrasar lo más posible el momento en que tendría que sacarlas y someterlas a la mirada sucia de esos ignaros de los que sospechaba demás que tenían la intención secreta de pintarrajearlos, de desgarrarlos, de garabatearlos, de deteriorarlos, o simplemente de robarlos. […]

La primera dificultad consistía en descubrir la signatura de la obra, cuidadosamente disimulada. […] Había que localizar el volumen válido, buscar al autor, buscar la obra, anotar la signatura, y a continuación determinar en qué otro volumen se encontraba la signatura real, pues la signatura primera era una signatura antigua que había sido abandonada por otra, más moderna, durante cualquier cambio de reinado en el interior del imperio bibliotecario. Ni que decir tiene que solo una muy larga costumbre, o la herencia de tradiciones secretas, o la amistad de un bibliotecario podían permitir dar en el clavo.

Al llegar aquí, el cronista, sea quien fuere, se demora en las sucesivas dificultades concurrentes hasta alcanzar el ansiado libro. Supongamos —dice— que has solicitado Mi amigo Pierrot de Raymond Queneau, y tras cerca de una hora de espera te traen Einführung in die Theorie der Elektrizität und des Magnetismus de Max Planck, Heidelberg, 1903. Si te arriesgas a una reclamación, las respuestas dilatorias y la estrategia de la disuasión pueden generar un bucle melancólico que al cabo de cuatro días te conducirán al punto de partida. Puedes usar la estrategia del error, que a veces da resultado: comprobar si tu libro se lo han llevado a otro y cambiárselo, en el supuesto, demasiado optimista, de que el suyo no se lo hayan entregado a un tercero. (Gracias a estas maniobras hemos podido saber que la Biblioteca atesoraba títulos como Prolegomena rhytmorum, del P. Risolnus; La cocinera provenzal, de J.-B. Reboul, y Adversus mathematicos, de Sexto Empírico).

Mal que bien, el lector avezado podía ir sorteando sus tretas y añagazas, pero la Biblioteca inventaba sin cesar nuevas estratagemas: alarma de incendio, atrasar el reloj en el vestíbulo de entrada, cerrar bruscamente, por tiempo indefinido y sin previo aviso, un depósito entero; por ejemplo: los lunes, ayuno y abstinencia de poesía; los martes, sin matemáticas; los miércoles, nada de historia de la navegación ni libros posteriores a 1863… «Tras un año de asiduidad, Hortensia se había convertido en un perro viejo en el arte de desbaratar las trampas de la Biblioteca». Por su habilidad y constancia, llegó a ser propuesta para el premio de los lectores, que, si no llegó a obtenerlo, no se debió a la falta de bondad e inteligencia del sujeto, sino a «sórdidas maniobras politiqueras». Aun así, un tiempo después, «en su lucha perpetua contra sus lectores, que querían leerle sus libros, cosa que soportaba muy mal, la Biblioteca, después de largos tanteos, había dado por fin con la estrategia ineludible: la disuasión casi definitiva». Que consistía en derivar a los lectores a una sala reservada a la consulta del libro solicitado; sala que en realidad no era una sala, sino un pasillo estrecho e inhóspito en un almacén, donde se había dispuesto una decena de pequeños pupitres incómodos, que además solo podía acoger a la décima parte de los lectores que la Biblioteca desterraba a ese sector.

* * *

La Biblioteca pública de la Ciudad había inventado cuarenta y cuatro razones para denegar un libro. Ya han sido ligeramente esbozados «los terribles obstáculos que la Biblioteca ponía a los que tenían la increíble pretensión de aspirar a consultar las innumerables obras que ocultaba en sus augustos flancos». Esto ocurría poco antes de que los astronautas americanos llegaran a la luna, y cabría pensar que era un punto del espacio y el tiempo en que la Biblioteca todavía era un peligro ciudadano.

Umberto Eco pudo no haber visitado esta biblioteca, en cuyo caso es improbable que hubiera dado con la bella Hortensia. Pero sí había visitado las suficientes para saber que no parece sino que algunas bibliotecas nacieron con la exclusiva función de «no dejar leer, esconder, ocultar el libro». Y así concibió la biblioteca ideal negativa, es decir, «un inmenso cauchemar, una inmensa pesadilla», cuyas cualidades resumió en unos cuantos puntos que no me resisto a transcribir:

A) Los catálogos deben estar divididos al máximo; se debe poner mucho cuidado en separar el índice de libros del de revistas, y estos del índice de materias, y los libros de adquisición reciente de los de adquisición más antigua. De ser posible, la ortografía, en los dos catálogos (adquisiciones recientes y antiguas), debe ser distinta; por ejemplo en las adquisiciones recientes retórica va con t, en la antigua con th; Chaikovski en las adquisiciones recientes con la Ch, mientras que en las antiguas, a la francesa, con la Tch.

B) Las materias deben ser elegidas por el bibliotecario. Los libros no deben llevar, como tienen la pésima costumbre los volúmenes americanos, una indicación en el colofón acerca de las materias bajo las que deben ser catalogados.

C) Las siglas deben ser intranscribibles, cuantas más mejor, de modo que quien rellene una ficha no tenga espacio para poner la última denominación y la considere irrelevante, de modo que después el empleado se la devuelva para completarla.

D) El tiempo entre solicitud y entrega debe ser muy largo.

E) No hay que dar más de un libro a la vez.

F) Los libros solicitados mediante ficha y entregados por el empleado no se pueden llevar a la sala de lectura; hay que dividir la vida en dos aspectos fundamentales, la lectura y la consulta, es decir, la biblioteca debe disuadir de la lectura paralela de varios libros ya que provoca estrabismo.

G) A ser posible no tiene que haber fotocopiadoras; aun así, si hay alguna, llegar hasta ellas ha de ser lento y complicado; el precio, superior al de la copistería; no se permitirán más de dos o tres copias.

H) El bibliotecario considerará al lector un enemigo, un vago (si no, estaría trabajando), un ladrón en potencia.

[…]

L) El mostrador de información debe ser inaccesible.

M) No se debe favorecer el préstamo.

N) El préstamo interbibliotecario no será posible o en cualquier caso llevaría meses, y debe ser imposible conocer qué hay en otras bibliotecas.

O) Como consecuencia de todo esto los robos serán muy escasos.

P) Los horarios coincidirán totalmente con los de trabajo, pactados previamente con los sindicatos: cierre absoluto los sábados, los domingos, por la noche y durante las comidas. El mayor enemigo de la biblioteca es el estudiante trabajador; el mejor amigo es Don Ferrante, que posee una biblioteca propia y por lo tanto no necesita ir a la biblioteca y cuando muere la deja en herencia.

Q) Bajo ningún concepto se podrá tomar algo dentro de la biblioteca, tampoco será posible ir a tomar algo fuera de la biblioteca sin haber devuelto primero todos los libros en préstamo, de modo que haya que volver a pedirlos después de haberse tomado el café.

R) Debe ser imposible encontrar el mismo libro al día siguiente.

S) No será posible saber quién tiene en préstamo el libro que falta.

T) A ser posible, nada de aseos.

En una palabra (o tres), ahuyentar, disuadir, desalentar. Acaba preguntándose Umberto Eco si «existen todavía bibliotecas de este tipo»[263]. La pregunta, con ironía o sin ella, me hace deducir que no conoció el barrio de Santa Gúdula, ni la Biblioteca de la Ciudad, ni tuvo la fortuna de que los ojos se le fueran tras la bella Hortensia, como al señor Eusebio y sus cofrades.

* * *

Sospecho que, a estas alturas, el lector estará preguntándose qué fue de la bella Hortensia antes, en y después de la redacción de su tesina que tantas heroicas jornadas le hizo batallar en la Biblioteca. Solo puedo añadir que durante su exilio en Poldevia tuvo ocasión de visitar la TTGBP (Très Très Grande Bibliothèque de Poldévie), nueva, moderna, imponente en sus seis torres de colores diferentes y treinta y siete plantas cada una. (La azarosa historia de su nombre —que recuerda vagamente las guerras liliputienses por la discordia trascendental de si partir los huevos antes de comerlos rompiéndolos por el extremo más ancho o por el más delgado— es cosa más propia de políticos que de filólogos y se aparcará aquí). Solo puedo puntualizar que la TTGBP vino a sustituir a la GBP (Grande Bibliothèque Poldève) a raíz de una bárbara profanación: la adquisición —aún se desconoce cómo pudo infiltrarse tal troyano— de un libro de título tan tierno e inocente en apariencia como La bella Hortensia, de un tal Jacques Roubaud, en que ¡se burlaba de las bibliotecas! El director cayó en una profunda depresión que le produjo graves disfunciones orgánicas. El remedio obvio fue retirar el alevoso ejemplar que tales perturbaciones psicosomáticas causaba al director. Pero es el caso que, a la hora de atraparlo, se descubrió que el libro fue registrado con una signatura falsa y era imposible de todo punto localizarlo. Se decidió, pues, construir una nueva biblioteca con la loable intención de «desalojar al pernicioso hurón, al pérfido zorro, al

goloso tejón que se había deslizado en el gallinero de los libros» y deshacerse de él definitivamente durante el traslado.

Y Hortensia, que amaba las bibliotecas porque allí la vida transcurría calma y apacible, «sin las alegrías de la pasión, sí, pero también sin sus tormentas», se topó con un nuevo y revolucionario sistema de clasificación por títulos, que ofrecía entre otras particularidades los siguientes órdenes:

1. Por las cifras en ellos contenidas: Un yanqui en la corte del rey Arturo, Dos años de vacaciones, Los tres mosqueteros, El signo de los cuatro, Cinco semanas en globo, Seis problemas para don Isidro Parodi, Las siete mujeres de Barba Azul, Veinte años después…

2. Por los colores: Rojo y negro, El misterio del cuarto amarillo, La liga de los pelirrojos, El rayo verde, Reflejos en un ojo dorado, Cuentos de color de rosa, Noches blancas, Estudio en escarlata, Una letra femenina azul pálido…

3. Por «palabras-maleta», como las inventadas por el reverendo Dodgson. Las de El diccionario de Coll serían una mina, siempre que figurasen en los títulos.

4. Por «autores-maleta», fuente de gran originalidad y que permitía audaces aproximaciones semánticas y otros descubrimientos críticos. «Nada más natural que un catálogo consagrado a las obras de» Henry James Joyce, Tolstoievski, Lope de la Barca, Shakespirandello, Flaubalzac…

Fue aquí donde Hortensia se sumergió, y pronto obtuvo la confirmación de lo que había presentido, sin sentirse por tal más aliviada. Y la bella Hortensia, que seguía creyendo que en las bibliotecas incluso se puede pensar y aprender, salió de esta un tanto melancólica y perpleja. Tal vez por ello le impresionó menos un nuevo servicio, antecedente del audiolibro, que la TTGBP ofrecía a los usuarios: unos loros recitadores que, previamente entrenados, podían leerte, página por página, capítulo por capítulo, incluso Lo que el viento se llevó.

Para el resto de las actividades y aventuras de la bella Hortensia solo el Autor tiene respuesta. Y eso porque, según ha confesado él mismo,

… me he visto obligado frecuentemente, por las necesidades imperiosas de la preparación e imaginación de mi relato, a seguirla en su cama o en uno de sus largos baños espumosos de espumas balsámicas, bajo la ducha vivificante y fría que yergue puntas que culminan hemisferios menos altos que su cuello. La he visto bajo la lluvia, en el mar cálido a medianoche, en verano en la hierba fresca; y, en cada una de esas circunstancias, su ropa estaba a cierta distancia de ella, pero no sobre ella.

Tout passe, tout casse, tout lasse, trop, trop vite, como el Autor de L'exil d'Hortense habría atribuido a san Agustín con sus puntas y collares de ironía.

[261] El propio Montaigne lo resumió así: «En la amistad de la que hablo, se mezclan y confunden una con otra en unión tan universal, que borran la sutura que las ha unido para no volverla a encontrar. Si me obligan a decir por qué le quería, siento que solo puedo expresarlo contestando: Porque era él; porque era yo» (Ensayos I, 28: «De la amistad»).

[262] Lo de trabajo tiene algo de eufemismo, pues su padre, un adinerado charcutero, doctorado en Alta Charcutería, le había puesto un piso «inmenso» como si fuera el más generoso de sus amantes. Pero Hortensia, cuya naturaleza era «intelectual y esencialmente filosófica», para justificar esa naturaleza filosófica no podía aceptar regalos de su padre sin «trabajar», como aceptaba con total naturalidad las relaciones físicas y amorosas de los hombres, con el loable propósito de «hacer participar a las almas que habitaban las envolturas corporales que se encontraban en su cama de las preocupaciones de naturaleza intelectual y esencialmente filosófica que eran las suyas».

[263] Un tipo de biblioteca, en todo caso, que nada tiene que ver con la que imaginó Philip Van Doren para el Burton College, a dos horas de Nueva York, y que propuso diseñar al arquitecto Ignacio Abel a finales de 1935: «Habrá libros, pero también discos… Imagino cabinas insonorizadas para escuchar los discos, salas de proyección en las que cualquiera pueda ver las películas. Me interesa mucho ese proyecto que hay ahora en España de grabar en disco las voces de sus personalidades más eminentes. Habrá salas de lectura con grandes ventanales desde los que se dominen el bosque y el río, los otros edificios del campus. No una de esas bibliotecas lúgubres que hay en Inglaterra, y que se imitan absurdamente en América, con olor a moho y a cuero podrido, con estanterías y ficheros de madera oscura, como ataúdes o monumentos funerarios, con lámparas bajas de pantalla verde que les den color de muerto a las caras. Veo una biblioteca luminosa, como esos edificios y talleres que construyeron los maestros de usted en Alemania, como esa escuela que hizo usted en Madrid. Una biblioteca práctica, como un buen gimnasio, un gimnasio para la inteligencia. Una torre vigía y un refugio también».

La biblioteca de Pedro Sánchez

[JOSÉ MARÍA DE PEREDA: Pedro Sánchez]

De haber creído a su padre, que interpretó como pudo el jeroglífico de un blasón erosionado por el tiempo y la intemperie, Pedro Sánchez, nacido en un pueblo de la montaña cántabra, podría haberse creído descendiente del rey de Navarra Sancho Abarca cuando menos. «Aquellos monigotes carcomidos y polvorientos», vestigios de un solariego blasón, juraba su padre «haberlos alcanzado en su prístina forma», a saber: «unas abarcas, a modo de las del país, es decir, almadreñas, y el busto de un gran señor con barbas y capisayo, y que todo aquel conjunto era como jeroglífico que significaba, en castellano corriente, Sancho Abarca», del cual descenderían los Sánchez de su familia.

El cura del pueblo le enseñó latín y, ya a los doce años, de su mano leyó el Quijote, la Clarisa Harlowe de Richardson y El hombre feliz[264], que según parece, «guardaba su padre en la alacena que le servía de librería». Y hasta los dieciocho, aparte de perseguir codornices, liebres, ánades y becadas, entretenía sus ocios, que no eran pocos, «leyendo los libros de la alacena y los folletines del periódico». De adolescente escribió «versos a la luna y al borrascoso mar», que rompió y aun renegó de ellos, tratándolos de «ternezas quejumbrosas, insulsas y descoloridas»[265].

Cayó por Madrid en torno a 1852, con la promesa falaz de encontrar un empleíllo en alguno de los despachos de la administración, gracias a la recomendación de cierto vividor de la política, llamado Valenzuela, y allí empezaron sus años de peregrinación y aprendizaje. Hemos dado a sus caudalosas lecturas el nombre de biblioteca cuando todavía no lo era. Fueron sus compañeros de posada los que le brindaron una «copiosa colección de novelas». Confirma que no podían ofrecerle comidilla más de su agrado, pues la novela era su tentación. Y, si en el teatro o en cualquier otro libro de imaginación podía detenerse a saborear «la frase y el estilo», en las novelas se sumergía sin seguro ni escafandra. Comenta paladinamente que «cuanto más farragosa y más novelón era la obra», más le seducía. Y

así, leyó La enferma del corazón, «en un tomo colosal, si no eran dos, obra de la triste imaginación de un poeta muy sonado en aquellos tiempos, no sé si por lo resonante de su firma o por lo mucho que gemía en verso y prosa en liceos y en periódicos»[266]. Confiesa que su lectura le puso a pique «de padecer la misma enfermedad que la heroína». Se emborrachó de Los misterios de París, Los tres mosqueteros, El hijo del diablo y El conde de Montecristo. Añade que «en el ramo de novelas entraba con todas, y no era otra cosa que un glotón insaciable, sin pizca de paladar: todas me sabían lo mismo; mejor dicho, todas me gustaban con tal que me interesasen de cualquier modo; y aun prefería las más farragosas y descomunales».

En aquella biblioteca ambulante que era la posada, en que los libros pasaban de mano en mano, de alcoba en alcoba y de estudiante en estudiante, sus compañeros le ofrecieron una panoplia del más florido folletín: «Todo Paul de Kock andaba por allí[267]; lo más crudo de Pigault-Lebrun; lo selecto de Dumas y Soulié; El judío errante, a la sazón objeto de las más terribles anatemas de la censura eclesiástica, y Nuestra Señora de París, prohibido también por el Ordinario». El propio Pedro Sánchez halla alguna disonancia en aquel centenar largo de libros que pusieron a su alcance: «Revueltas con aquel fárrago de malas pasiones y de libidinosas profanidades andaban las Confesiones de san Agustín, y la Guía de pecadores, de Fray Luis de Granada». Porque se vea, al resplandor de adjetivos y sustantivos, la sólida solera del cántabro ortodoxo trasplantado a Madrid.

Leyó poesía, hasta el punto de que en sus versos resonaban ecos de Bretón o de Zorrilla. Tenía una «memoria descomunal». Un estudiante extremeño, nombrado Matica, que acabó siendo su Virgilio por los distintos vericuetos de la literatura nacional, le reprochaba que no había hecho sino «engullir, amontonar en el almacén de su memoria», sin haber dado todavía con «la originalidad, el sello de fábrica». Otra cosa distinta era la «metralla periodística»…

Pues pasó por la metralla periodística. Caído Valenzuela, su farsante valedor, y mientras escribía a su padre para anunciarle el regreso a las montañas, Matica le anunció la vacante del puesto de administrador en el periódico revolucionario El Clarín de la Patria, con un sueldo de veinticinco duros mensuales. No lo dudó, porque al fin y al cabo no estaba mal escrito —o por lo menos «todo lo bien que puede escribirse al son del himno de Riego»— y a pesar de su «ranciedad de ideas en

política», como le reprochaba Matica.

En el periódico llegó a leerse en semana y media «treinta novelas recortadas de folletines». En algún momento debió de leer a Poe, pues andando el tiempo haría extrañas asociaciones de ciertos sucesos de su vida con el gato negro y con la Magdalena de La caída de la casa Usher, «en el lóbrego subterráneo de su ruinoso castillo». De pronto le asignaron el puesto de revistero —una especie de gacetillero teatral y crítico literario—, no sin alguna reticencia suya por su ignorancia para emitir «un juicio racionado». Pero una clase particular del redactor madrileño en media hora lo puso al corriente de estilo, tendencias y desparpajo. «¡Medrados estábamos si tuviéramos que conocer a fondo todos los asuntos que ventilamos en la prensa!».

Cuando empuñó «el cetro de la crítica», en la novela «imperaban las traducciones del francés, y eran los autores preferidos V. Hugo, Dumas, J. Sand, Sué, Paul de Kock y Soulié». En la española, había oído hablar de Doña Blanca de Navarra, de un tal Navarro Villoslada, «una novela excelentísima al modo de las de Walter Scott»; y por ahí andaban don Manuel Fernández y González[268], Fernán Caballero, un par de novelas románticas de Carolina Coronado «y otra que tal de la Avellaneda»; tres Antonios: Flores, Hurtado y Trueba; Patricio de la Escosura, Juan de Ariza y Pedro Luque; y por supuesto Wenceslao Ayguals de Izco, «quien se había propuesto ser el Eugenio Sué de acá»[269]. El lector quizá se asombre ante tantas celebridades juntas, pero recuérdese que estamos todavía en 1854, y La fontana de oro es de 1870.

Su «pasión dominante» fue el teatro. «El teatro es escuela de moral y de buenas costumbres», pensaba al llegar a Madrid, siguiendo la máxima leída en el periódico de su padre. Vio varias comedias de teatro antiguo y leyó muchas más. Leyó los Orígenes del teatro español, de Moratín[270] —el hijo—, y se familiarizó con los grandes autores, de uno a otro Lope y aun después. Peor opinión le merecía el teatro contemporáneo, cuyo valor consideraba en general escaso. Pronto aprendió el oficio, y con algunos latinajos, media docena de tecnicismos pescados en la Retórica y Poética de Araujo[271] —peripecia, anagnórisis, hipálage, metonimia, hipotiposis y similicadencia—, y devorado por la «fiebre estética», creció su fama, se acreditó su autoridad, ciertos cómicos lo temían, lo saludaban determinados autores desde lejos y lo tuteaban muchos periodistas.

En una tertulia conoció a Ventura de la Vega, ¡el autor de El hombre de mundo! (las admiraciones son suyas); a don Francisco Martínez de la Rosa, Patricio de la Escosura y Adelardo López de Ayala; a Bretón de los Herreros, ¡el celebrado autor de Marcela! (las admiraciones suyas son); a Tomás Rodríguez Rubí, ¡el autor de La trenza de sus cabellos! (las admiraciones siguen siendo de su exclusiva propiedad), y otras celebridades que, como las variantes de la pena capital de Krahe, «todas son dignas de admiración».

Durante su estancia en el periódico escribió «en verso y en prosa, serio y alegre…, de todo y sobre todo». Pero lo que lo elevó al pináculo de la fama fue un Cuento oriental, compuesto «en el silencio y la soledad de algunas noches», un relato en clave, ajustado a los sucesos políticos del día, que «concluía empalando el pueblo al Visir, hombre infame y tirano que tenía secuestrado al Califa». El cuento fue publicado en El Clarín, el número secuestrado, el secuestro avivó la curiosidad, y héteme aquí que Pedro Sánchez, «borracho de felicidad», ensalzado por su talento y sus cívicas virtudes, «el popular autor de un escrito incendiario, perseguido por la causa de la libertad», se vio en el ojo de uno de los motines callejeros de la Vicalvarada de 1854, y «desde lo alto del pedestal de una farola» contempló «el resplandor de una hoguera» y se cimentó su sino de político futuro. Pues, como es habitual, acabada «la guerra de las calles», empezó «la guerra de los destinos». El suyo fue «uno de los mejores en Gobernación».

Toda esta biblioteca virtual estuvo un tiempo alojada en su «memorión colosal». Pero, como a todo hombre, «hiriole amor con su azote, / no con su blanda correa», y cuando las aguas revolucionarias volvieron a su cauce, acabó unciéndose al yugo de Clara —«el mármol que se animó un instante»—, aquella hija de Valenzuela, quien iba y venía del despacho al exilio, al ritmo de los vaivenes políticos. Suponemos que en la casa de un gobernador, aunque fuera de una ínsula provinciana, no faltaría la biblioteca, en la que —alojando unas, desechando otras y acogiendo nuevas—, quedarían finalmente acomodadas las más selectas obras del ingenio de «esta castiza tierra de los garbanzos y de los motines».

Pero, ya se sabe, «nada eterno: / ni gobierno / que perdure, / ni mal que cien años dure». Y podríamos añadir, parodiando a Cide Hamete,

que «aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Pedro Sánchez». La corrupción interna de su casa, construida cuidadosamente a sus espaldas, y el vuelco político lo devolvieron al Clarín de la Patria. La casa se estrechó, los mármoles se resquebrajaron, hubo un duelo, y Pedro huyó de los clarines y de la patria. Veinticinco años después volvió a su tierruca: hacia 1880 lo vimos leyendo, trabajando en carpintería menuda y escribiendo sus memorias. Es de suponer que habría renovado la alacena de su padre en materia y forma. Sea como fuere, siempre le quedaría la biblioteca de la memoria, «porque la memoria es la potencia del alma más al abrigo de las tempestades del corazón».

[264] El hombre feliz, independiente del mundo y la fortuna, del clérigo portugués Teodoro de Almeida (1722-1804), era una de esas obras «de propaganda, pensadas y escritas con las intenciones más honradas del mundo, pero que, con excepciones contadísimas, hacen bostezar a los niños que solo apetecen lo maravilloso…». Sabemos que estaba en la biblioteca de Pereda y que la leyó de niño, pues confiesa que coronó la hazaña de leerse «en día y medio… Misseno, o El hombre feliz, la obra más de bien que se ha escrito en el mundo, indudablemente, pero cuya lectura han terminado muy pocos cristianos y no ha repetido ninguno, yo inclusive». Vuelve a tener razón Gide cuando dijo que los buenos sentimientos suelen producir mala literatura…

[265] En lo que acabaría emulándolo Vital Aza, que tras haber hecho, «a los quince años de edad», sonetos a la muerte, lamentos al mar airado y maldecir en un Canto («en versos de arte mayor», por supuesto) «al granizo destructor», concluye: «He cambiado de tal modo, / que soy otro diferente; / pues hoy me río de todo, / ¡y me va perfectamente!».

[266] Dos tomos fueron en la edición de la Imprenta de D. Baltasar González, Madrid, 1848. Gregorio Romero Larrañaga (1815-1872) escribió en verso incluso la novela, Amar con poca fortuna.

[267] De hecho, muy poco después, se leyó «Zizina de punta a cabo».

[268] Quizá el escritor más rico del XIX, que dictaba sus novelas a varios amanuenses a la vez y llegaría a tener coche de caballos con sus iniciales M. F. G. en la portezuela: enemigos, y aun amigos, lo interpretaban como sigla de «Mentiras Fabrico Gordas».

[269] A quien debo sin saberlo un trabalenguas que recitaba mi padre y que también él ignoraba de quién era. «Tras tres tragos y otros tres / y otros tres tras los tres tragos, / tragos trago y tras estragos / trepo intrépido al través. / Travesuras de entremés, / trápalas tramo, y tragón, / treinta y tres tragos de ron / tras trozos de trucha estreno. / ¡Tristes trastos: truene el trueno! / ¡Tron… trin… tran… trun… torrotrón!».

Esto de los trabalenguas no fue privativo del autor de La hija del

jornalero. Hasta Pérez Galdós puso en boca de Raimundo Bueno de Guzmán este incalificable trozo literario: «Sobre el triple trapecio de Trípoli trabajaban trigonométricamente trastrocados tres tristes triunviros trogloditas tropezando atribulados contra trípodes triclinios y otros trastos triturados por el tremendo Tetrarca trapense» (Lo prohibido I, 3, 1).

[270] Ahora puede consultarlo cualquiera en la edición de Jesús Pérez-Magallón, Los Moratines, II, Madrid, Cátedra, 2008, pp. 1369-1422.

[271] Se trata de Elementos de Retórica y Poética, extractados de los autores de mejor nota, por don Luis de Mata y Araujo, catedrático de latinidad, retórica y poética de los caballeros pajes de S. M., individuo y examinador de la Real Academia Latina. Madrid: Imprenta de José Martín Avellano, calle del Baño, 1818. Pedro Sánchez pudo leer la segunda edición, impresa por D. Pedro Sanz en 1826, e incluso cualquiera de las posteriores. En 1845 ya iba por la sexta.

La biblioteca de Peter Kien

[ELIAS CANETTI: Auto de fe]

En varias ocasiones hemos visto la preferencia que por las bibliotecas manifiesta el fuego, quizá solo comparable a la que experimenta por los árboles, precursores al fin y al cabo del papel. Hace temer por nuestro destino. Porque «todos somos libros», según pensaba Peter Kien, un hombre-libro que, si no fuera cronológicamente anterior, parecería un ejemplar extraviado de aquella heroica organización de «vagabundos por el exterior, bibliotecas por el interior», como la autodefinió su jefe Granger en la memorable epopeya de Fahrenheit 451.

No lo era. Podría haberlo sido, porque «en cierto modo llevaba en la cabeza una segunda biblioteca, tan surtida y de fiar como la verdadera», y su memoria, exacta e implacable, le permitía redactar ensayos repletos de detalles semínimos, consultando solo su bibliocabeza: «Hasta sus sueños tenían perfiles más precisos que los de la mayoría de la gente». Pero no lo era, porque la relación de Peter Kien con los libros tenía algo de inhumano y destructor.

Peter Kien, «sin duda el primer sinólogo de su tiempo», que en una revista holandesa fue apodado «el Jakob Burckhardt de las culturas orientales», no solo tenía una biblioteca de veinticinco mil volúmenes, sino que él mismo era una biblioteca ambulante[272]. Expulsado de su propia biblioteca por circunstancias no ajenas a su propio modo de ser y de existir —una cabeza sin mundo—, tuvo que valerse de una biblioteca de repuesto que tenía para casos de emergencia. Recorría las librerías de la ciudad y cada noche dormía en un hotel distinto. Su memoria, indestructible, le permitía cargar con su nueva biblioteca en la cabeza[273]. Su erudición, portentosa, conseguir que una frase suya equivaliera «en contenido a varias librerías bien surtidas».

Peter Kien era profesor. Aunque siempre es posible preguntarse si, para ser profesor, basta con tener una inmensa biblioteca o es preciso dar clases, transmitir el conocimiento, mejorar el ser más que el aprender[274]. Peter Kien, que no había leído aquellos versos de Borges:

«He cometido el peor de los pecados / que un hombre puede cometer. No he sido / feliz», no quiso ser feliz: se conformó con ser erudito. Si alguna vez lo rozó la tentación de creer en la felicidad, en seguida la desechaba como «un despreciable objetivo vital de los analfabetos». No veía a la gente de su alrededor e incluso desviaba la vista cuando se cruzaba con alguien en la escalera.

Retraído, «malhumorado y taciturno por naturaleza», era un hombre enjuto y alto, que podía mirar fácilmente a cualquiera por encima del hombro. La falta de puntualidad le daba náuseas. Dominaba una docena de lenguas orientales y varias occidentales. «Admiraba a Miguel Ángel, cuyo Juicio final ponía por encima de todo». Peter Kien, o el hombre sin atributos en un mundo desintegrado, deshumanizado, un mundo donde ser «significa ser de otro modo, un simple molde, un maniquí de sastre puesto en marcha o detenido por algún gracioso azar y enteramente dependiente de este». Un mundo sin cabeza.

Su biblioteca era «la biblioteca privada más importante de la localidad». Él mismo la describió como «de excepcionales dimensiones» cuando se decidió a poner un anuncio en el periódico para buscar un «ama de llaves responsable». Casi había gastado en ella su fortuna y quizá su gran frustración fue no haber podido adquirir la biblioteca del viejo Silzinger, que «contenía unos 22 000 volúmenes, y aunque no pudiera competir con la suya, incluía piezas de gran valor». Habría creído poder prescindir antes de la comida que de los libros. Al fin y al cabo, «en la escala de las actividades humanas, comer ocupaba el rango más bajo. Se había creado todo un culto en torno a la comida, cuando en realidad solo era el primer paso hacia otras funciones harto despreciables».

Apenas comprendía que alguien pudiera vivir exiliado, es decir, sin libros. (No conoció «el “estilo Cernuda” que, como exiliado permanente —ha escrito Luis Antonio de Villena—, tenía muy pocos libros con él»). Por lo demás, «conocía el aborrecible trato que la humanidad suele reservar a los libros». Es verdad que en algunas subastas había conseguido ejemplares raros que no habría sido posible en una librería de viejo; pero también había comprobado que una magnífica edición de una Biblia de Lutero podía resultar dolorosamente falsa. Una vez hizo una buena acción: compró a un estudiante un Schiller en ocho tomos, una edición que no valía nada y en un estado lastimoso. ¿Por qué lo hizo, si «cualquier gesto amable

en un ser humano era para él un milagro»? Quizá porque era como haber librado (¿provisionalmente?) a un animal del matadero. Tal vez porque recordó que hay libros que anhelan la compañía de otros libros con los que han convivido en otro tiempo[275].

De su época de escolar guardaba un libro titulado Los pantalones del señor von Bredow, una de las novelas brandeburguesas de Alexis. Tenía «la cubierta manchada y las páginas grasientas», debido al mal trato de los amigos a quienes se lo había prestado. (Acaso por algún complejo freudiano de aquella época tuvo la intención de escribir una Caracterología según los pantalones, junto con un Apéndice sobre el calzado). De todos modos, estimaba que «no hay espíritu que medre con las novelas. El placer que en ocasiones nos ofrecen se paga muy caro: acaba por erosionar el carácter más firme». Diríase que podría haber hecho suyo el ascético y censor «novelas, no verlas», pues juzgaba que «las novelas son como cuñas que el escritor va clavando en la hermética personalidad de sus lectores. Cuanto mejor calcule las medidas de la cuña y la resistencia por vencer, más dividida dejará a su víctima. El Estado debiera prohibir las novelas», concluía.

En su biblioteca sería difícil echar en falta nada relacionado con su especialidad, China y la sinología. (Sin embargo, no lo vemos como hombre dado a las chinoiseries). Allí estaban los sermones de Gautama Buda, pero también «el fantástico infierno de la filosofía alemana»: Kant, Hegel, Schelling, Fichte, Schopenhauer, Nietzsche… De hecho había escrito un ensayo sobre Kant y Confucio, que su hermano había leído «con más interés y apasionamiento que al mismo Kant o los Diálogos de Confucio», y trabajaba en otros diez al mismo tiempo: «fisgoneos lingüísticos» de aquel mundo inaccesible. En cierta ocasión tuvo una peligrosa caída en la biblioteca, que lo retuvo en cama seis largas semanas: entre los libros que arrastró en su caída se halló un ejemplar de Armamento y táctica de los lansquenetes.

Un día tropezó en la calle con un ciego. Una asociación de ideas comprensible, y en su caso inevitable, lo retrotrajo hasta Eratóstenes:

Eratóstenes, el gran bibliotecario de Alejandría, un sabio universal que

vivió en el siglo III antes de Cristo y llegó a disponer de más de medio millón de pergaminos, hizo un descubrimiento terrible a los ochenta años: sus ojos empezaron a negarle sus servicios. Aún veía, pero era incapaz de leer. Otra persona hubiera aguardado la ceguera total. Él pensó que vivir alejado de los libros era como estar ciego. Sus amigos y discípulos le suplicaron que no los abandonase. Él sonrió sabiamente, agradeció y se dejó morir de inanición en pocos días.

Peter Kien tampoco habría soportado la ceguera. Tratándose de ciegos y de libros, es ineludible volver a Borges siempre. Pero Borges, cuando advirtió que el azul y el bermejo ya no eran más que nieblas y «dos voces inútiles»; que el espejo, solo una cosa gris; cuando comprendió que no perduraban sino «las formas amarillas», y su ángulo de visión era apto nada más «para ver pesadillas»; cuando al cabo de los años se vio (?) rodeado de

una terca neblina luminosa

que reduce las cosas a una cosa

sin forma ni color,

aún tuvo resignación para añadir dos versos luminosos:

A los otros les queda el universo;

a mi penumbra, el hábito del verso.

Antes de la caída, subido en una escalera de mano, Peter Kien dirigió un discurso premonitorio a los libros de su propia biblioteca. Un párrafo significativo decía:

No necesito recordaros en detalle la antiquísima y gloriosa historia de vuestros padecimientos… En el año 213 antes de Cristo, y por orden del emperador chino Shih Huang Ti, un brutal usurpador que osó arrogarse los títulos de «Primero, Sublime y Divino», fueron quemados todos los libros de la China…

Tiempo después, ya poseído por la locura y sin necesidad de remitirse a Sansón o a Jorge de Burgos, un Peter Kien acosado en su biblioteca empezó a apilar libros en el vestíbulo, «amontonándolos contra la puerta de hierro», hasta construir un sólido parapeto contra el mundo exterior. Un mundo en la cabeza. Los anaqueles lo amenazaban con sus fauces abiertas. La alfombra empezó a arder frente al escritorio. Desde el sexto peldaño de la escalera aguardó impasible el progreso del fuego. «Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás había reído en su vida».

Como don Críspulo (o Claudio) de la Hermosilla y Pérez, Peter Kien desapareció entre los escombros de su biblioteca. Creemos que también pereció con él una libreta larga y angosta, en cuya tapa se leyó algún tiempo la palabra Estupideces, escrita con letras altas y angulosas[276].

[272] De creer a Chéjov, también Iván Dmítrich Grómov, el funcionario de El pabellón n.º 6, «en opinión de los ciudadanos, lo sabía todo, era en la ciudad algo parecido a un diccionario de bolsillo». Y tenemos noticia de que el pintor cubano Víctor Manuel dijo en alguna ocasión que Lezama Lima «era un estante de libros con patas humanas».

[273] «Su memoria —cuenta su minucioso historiador— era tenida por un don divino, un verdadero fenómeno; ya en sus épocas de colegial, varios psicólogos famosos habían explorado sus capacidades mnemotécnicas. En un minuto memorizó el número π hasta el sexagesimoquinto decimal».

[274] Mientras Peter Kien dictaminó que «aprender lo es todo», a finales de julio de 1801 Heinrich von Kleist escribía a su amiga Adolphine von Wordeck que «el saber no nos hace mejores ni más felices». No necesariamente.

[275] Años después escribiría Borges: «Mis libros (que no saben que yo existo) / son tan parte de mí como este rostro».

[276] Curiosamente, «en ella iba anotando cuanto quería olvidar. Empezaba con la fecha, la hora y el lugar, al que seguía el incidente destinado a ilustrar la estupidez humana con un nuevo ejemplo. Una cita apropiada, siempre nueva, servía de conclusión. Nunca leía su colección de estupideces; una ojeada a la cubierta le bastaba. Pensaba editarla años más tarde bajo el título: Paseos de un sinólogo».

La Biblioteca Real del regente Felipe de Orleans

[DUMAS: El caballero de Harmental]

Hay bibliotecas que han pasado a la historia, más que por su magnitud y contenido, por el continente, gentil o no, de sus dueños o de sus bibliotecarios. Una de ellas fue la de Felipe de Orleans, regente durante la minoría de edad de Luis XV. Es de suponer que estaría en un palacio y sería generosa, pero, del mismo modo que cien años atrás unos caballeros franceses preguntaron «muy por menor la edad, profesión, calidad y cantidad» del autor de la Galatea —«que alguno de ellos tenía casi de memoria»—, también nuestro facundo narrador se preguntó por la calidad y cantidad de cierto funcionario de la biblioteca del regente.

Jean Buvat no parecía predestinado a ordenar una biblioteca. «Desde su más tierna infancia» el pequeño Buvat, que sentía repugnancia por toda clase de estudios, solo manifestó una inclinación natural por la caligrafía. Sus deberes podían rebosar de faltas, pero estaban escritos «con una regularidad, perfección y limpieza dignas de admiración», lo que no impedía que encadenara suspenso tras suspenso. Su madre, viuda, no entendía la contradicción, hasta que los Padres del colegio acabaron por informarle que era buen chico, pero negado para los estudios. Le aconsejaron que lo dedicase a maestro de escritura, ya que era ese el único talento que le había otorgado la naturaleza, «que de curiosos dones no es avara», según dictaría cierto poeta ciego.

Acertaron en su vaticinio. El joven Buvat había dado con su verdadera vocación: la caligrafía era en él un arte que casi alcanzaba la categoría de dibujo[277]. Al cabo de seis meses, como el mono de Las mil y una noches, dominaba seis clases de escritura[278], y trazaba rasgos que imitaban toda suerte de figuras humanas, de árboles y animales. Y como además siempre fue «buen chico», a los veintiséis o veintisiete años tuvo ocasión de realizar «una sublime acción, de la manera más ingenua y espontánea, como todo lo que hacía», con la familia de un escudero mayor del duque de Chartres, que le proporcionó el

«nombramiento de empleado de la Biblioteca Real, en la sección de manuscritos, con un sueldo de novecientas libras».

Su trabajo consistía en clasificar y etiquetar libros; una labor aburrida a la que Buvat se entregó con tal asiduidad e interés que había merecido el elogio de sus superiores. Incluso cuando en 1712 el rey, agobiado por sus deudas, dejó de pagar a sus empleados, Buvat seguía clasificando y etiquetando, con la misma dedicación, libros de los que solo leía el título.

Una circunstancia fortuita, relacionada con su perfección caligráfica para copiar documentos, lo llevó a descubrir de modo involuntario una conjura con España para secuestrar al regente. Si a eso añadimos que unos días antes se había incendiado una de las salas de la biblioteca, comprenderemos el insólito estado de excitación con que aquel día el pobre Buvat se puso a ordenar los tres o cuatro mil volúmenes que había que recolocar en sus anaqueles respectivos.

Según cuenta el cronista, con su poco de humor y de ironía, una de las dos habitaciones desalojadas a causa del fuego «estaba llena de volúmenes muy poco castos, que más de una vez, bien por sus títulos, bien por sus ilustraciones, habían hecho enrojecer hasta el blanco de los ojos al púdico escribano». Algunos de los títulos han llegado hasta nosotros, con los respectivos comentarios.

Breviario de los enamorados, impreso en Lieja en 1712, sin nombre de impresor. ¡Dios santo, más desnudeces…! ¿Pero qué diversión puede hallar un cristiano en esos libros? ¿No sería mejor entregarlos al brazo secular del verdugo para que los quemase? Veamos este: Angélica o los placeres secretos, impreso en Londres, con grabados, ¡y qué grabados! Habría que prohibir que libros tales pasaran la frontera. Otro: Bibí, o Memorias inéditas del spaniel de mademoiselle de Champmeslé, París, Barbin, 1604. ¡Vaya! Un libro muy interesante. Mademoiselle de Champmeslé fue una gran actriz, y a juzgar por el retrato, una hermosísima mujer de magníficos cabellos. Y el perro debió de conocer a Racine y a muchos otros grandes[279].

De pronto un libro lo sobresaltó: La conjuración de monsieur de Cinq-Mars, seguida de la relación de su muerte y de la de monsieur de Thou condenado por encubridor. Por un testigo ocular… ¡Demonio!… ¿No era ese Cinq-Mars un guapo gentilhombre que tenía correspondencia

con España…? ¡Maldita España! ¿Y yo? ¿Podría ser yo tachado de cómplice y encubridor por haber copiado esos documentos sospechosos? ¡Ayayayayay!…

Se ajustó la corbata como si fuera de cáñamo, mientras el azar le concedía una tregua. El siguiente libro fue el Arte de desplumar una gallina sin hacerla chillar, París, Comon, 1709. Sin duda un libro de cocina. Pero ¿y este otro? Conspiración del caballero Louis de Rohan. ¡Vaya! No parece sino que fuera hoy día de conspiraciones… ¿Y qué hizo este? Ah, sí, fue el que quiso sublevar la Normandía. El pobre chico fue ejecutado en 1674, cuatro años antes de que yo naciera: yo no lo vi, claro, pero mi madre sí. Y también ahorcaron a uno muy delgado, vestido de negro, ¿cómo se llamaba? Sí: Van den Enden. Aquí está. Copia de un plan de gobierno hallado entre los papeles de monsieur de Rohan y escrito de puño y letra por Van den Enden… Es justo mi caso. ¡Ahorcado por haber copiado un plan…! Me están dando retortijones. ¿Y este? Acta levantada con ocasión de la tortura de François-Affinius van den Eden… ¡Misericordia!… ¿Si se leerá algún día el Acta levantada con ocasión de la tortura aplicada a Jean Buvat…?

Los detalles de la tortura descompusieron definitivamente a Buvat, que salió corriendo de la biblioteca, prefiriendo ser denunciante antes que cómplice o encubridor. Decisión que nos privó del placer de seguir gulusmeando en tan apetitosos manuscritos.

No queda sino decir que Buvat mereció en un momento el título de «salvador de Francia». Cobró los atrasos adeudados por la administración, que se elevaban a cinco mil trescientas libras y pico, más una fracción en sueldos y dineros. Podemos imaginar que, sin renunciar a la caligrafía, en adelante se limitaría a copiar versos como los del abate Chaulieu, que, casi ciego, no podía escribir y dictaba sus versos como el otro. Buvat ya le había pasado a limpio treinta o cuarenta borradores de poesías, de todos los metros y rimas: tras clasificar los originales, se dedicó a la corrección métrica y ortográfica, a medida que el abate las iba recitando de memoria.

Sigue en pie la curiosidad futurible de qué filigranas no habría hecho Buvat con aquel poema de Aramis compuesto en versos monosilábicos: «Es bastante difícil, pero el mérito siempre está en la dificultad. El tema es galante; el primer canto tiene cuatrocientos versos y dura un

minuto», concluyó el mosquetero. A lo que D'Artagnan, «que detestaba los versos casi tanto como el latín», le había respondido: «Añadid al de la dificultad el mérito de la brevedad, y así estaréis seguro de que vuestro poema tiene dos».

Y es que, si Juan Galardi era «un vasco decidido y valiente», Jean Buvat era un parisino «curioso y novelero».

[277] Solo pudo sobrepasarlo en este arte don Nicomedes Carrero Ojeda, farmacéutico de Villalba del Alcor, el cual aventajó a todas las hazañas que los calígrafos todos juntos y cada uno por sí hicieron, con la proeza de manuscribir el Quijote, según él mismo cuenta: «Deseando rendir dentro de mis escasas facultades, un tributo de admiración a nuestro insigne Cervantes, he copiado su obra inmortal, proponiéndome variar el tipo de letra en cada capítulo. […] Principié esta copia del Quijote en Villalba del Alcor (Huelva) el domingo veinte de octubre de mil ochocientos noventa y cinco. // La terminé en Almonte (Huelva), el miércoles veintinueve de marzo de mil novecientos cinco». En efecto, «cada capítulo, además de ir adornado con una inicial pulcramente dibujada al principio del texto del mismo, está copiado con letra diferente, viéndose en ellos la gótica, a línea tirada, de estilo tipográfico español del siglo XVI. También se ve la gótica romana y la alemana, así como la letra aldina, elzeviriana, inglesa redondilla, bastarda española y otras muchas más que sería prolijo mencionar aquí. Todas las páginas van orladas con orlas diferentes en cada capítulo y formadas por dibujos calígrafos de estilo renacimiento, y en algunos de estilo indefinido». Sobre el calígrafo se dice: «Los únicos datos biográficos que tenemos de don Nicomedes Carrero Ojeda, son de que nació en Sevilla el día 15 de septiembre de 1859, muriendo en Carrión de los Céspedes (Sevilla), el 14 de febrero de 1909, ejerciendo la carrera de farmacéutico». Podrán tener los médicos la letra que quisieren, pero al menos un farmacéutico la tuvo tan primorosa como irrepetible.

En 1936, el ejemplar de este Quijote, único en toda la extensión de la palabra, estaba en manos de don Juan Sedó Peris-Mencheta. Se trata de «cuatro tomos en folio, de 23 × 34 centímetros, caligrafiados sobre papel hilo», con un total de XLIX + 2516 páginas, más varias hojas sin numerar para fe de erratas e índices.

[278] En realidad, el mono de la noche 13 solo escribió «cuatro estrofas, cada una con una letra diferente», pero aventajó a todos los mamelucos del rey. Jugaba con ventaja, pues ya antes de ser transformado en mono «su letra le había dado reputación universal cuando todavía era príncipe». Y si el rey de aquella «ciudad enorme y

tan llena de habitantes que solo Alah podría contar su número» quedó admirado de ver un mono con tal elocuencia y tal letra, ¿por qué Buvat, con mejor letra si no con tanta elocuencia, no iba a poder ser bibliotecario?

[279] Monsieur Buvat no debía de estar muy fuerte en cronología, pues Racine nació en 1639, y las memorias del perrito son de 1604. Claro que tampoco el impresor Claude Barbin nació hasta 1628, pero sí editaría a Molière, La Fontaine y Perrault, e incluso unas metamorfosis ovidianas traducidas por el hermano de Corneille.

La biblioteca de la Villa San Girolamo

[MICHAEL ONDAATJE: El paciente inglés]

En abril de 1945, un huracán destructor cruzó la biblioteca de la Villa San Girolamo, aunque no con tanta intensidad como el que medio siglo después devastaría la de Sarajevo. La villa, antiguo convento de monjas en una de las colinas al norte de Florencia, aún conservaba cipreses en el jardín sembrado de cráteres. ¿Dónde andaba Virgilio, casi veinte siglos atrás, cuando describió cómo descollaba entre las flexibles mimbreras el ciprés, quantum lenta solent inter uiburna cupressi? Otro jardín de árboles y parras, pintado en las paredes y en el techo, sobrevivió parcialmente al bombardeo.

Hana, la enfermera extraviada en el laberinto de la guerra, decidió quedarse en la Villa con el paciente quemado en el momento de la evacuación. «En aquella época tenía veinte años y era una inconsciente». Adolescente en la lejana Toronto, a los dieciséis había estado enamorada de Verdi. Aquí, «se volcó en los libros como una vía de salvación». Christopher Marlowe había caído en una taberna, à la lueur d'une lanterne, según Louis Aragon. Hana, perdida en sus propios ríos, leía —y en contrapunto se salvaba— a la luz de una linterna.

La biblioteca, ovalada, estaba en el piso inferior de la villa. Un proyectil de mortero había agujereado la pared con la exactitud precisa para dejar pasar la luna y la lluvia. ¿Nadie había pensado en inventar un reloj de luna[280]? En un ángulo, claro u oscuro según las noches, dormía un sillón empapado. «El resto de la sala se había adaptado a su herida y había aceptado las oscilaciones del clima, las estrellas vespertinas, los sonidos de los pájaros. Había un sofá, un piano tapado con una tela gris y una cabeza de oso disecada, y las paredes estaban cubiertas con altas estanterías de libros. Los estantes más próximos a la pared rota estaban combados, porque la lluvia había duplicado el peso de los libros. También entraban rayos, una y otra vez, que caían sobre el piano tapado y la alfombra».

Habría sido una biblioteca acogedora de no ser tan peligrosa. Tenía un piano, pero el metrónomo podía esconder una mina diminuta que, en vez de medir el compás, señalaría la hora de la muerte, o la de la pérdida de unas manos que no volverían a acariciar el teclado. En el rincón más oculto, donde cabría esperar un ejemplar raro, podía hallarse una mecha traidora, más venenosa que una serpiente.

Desconocemos los títulos de los veinte volúmenes que, estratégicamente clavados, sirvieron para reparar dos escalones destruidos por el fuego. No nos está vedado deducir otros. Por ejemplo, imaginar un Manual de etiqueta al abrigo de Stendhal o de Tolstói.

El paciente quemado (fuera inglés o solo exconde Ladislaus Almásy) tuvo el privilegio —o la desventura— de ver al poeta americano Ezra Pound encerrado en una jaula. Eterno agonizante, él mismo no era ya sino un libro ennegrecido, salvado a duras penas del fuego para leer una historia equivocada. Pero nunca viajaba sin su Heródoto, como nunca viajó Estienne Barbier sin su Quijote. Era «el libro de cabecera del hombre quemado, su libro sagrado, en el que había pegado y hecho suyo todo lo que adoraba».

Lo llevaba cuando salió del avión en llamas. Era una edición, de 1890, de Los nueve libros de la Historia. El ejemplar del paciente se había convertido en un centón singular, construido con pasajes de otros libros que había ido pegando entre sus hojas: desde una página de la Biblia hasta un poema de Stephen Crane, un mapa, un artículo, un fragmento de diario, unas líneas de Anna Karénina, una tormenta de arena, quién sabe si unos versos de Milton[281]… No tenemos la certeza de que hubiera incluido estas palabras: «Los puertos de Éfeso, los ríos de Heráclito[282] desaparecen y son sustituidos por estuarios de aluvión. La esposa de Candaulo pasa a ser la esposa de Giges. Arden las bibliotecas».

El paciente inglés resultó ser un excelente cicerone de lecturas. Hana leía en voz alta los libros que él quería oír, o los que quería que leyera ella. La mayor parte de los libros estaban en italiano. Al paciente le leía los que estaban en inglés. «Había llegado a estimar aquellos libros acicalados con sus encuadernaciones italianas, los frontispicios, las ilustraciones en color pegadas y cubiertas con papel de seda, su olor, incluso el crujido que emitían si se abrían demasiado rápido, como si

se hubiera roto una serie invisible de huesos diminutos».

Conocemos algunos de los libros que leyó. Uno de ellos estaba encuadernado en piel, con un pliegue en la esquina de la página 17, que algún lector anterior, violando todas las normas del obispo Ricardo de Bury[283], había dejado como marca. Era «la historia del muchacho que en la India aprendió a memorizar diversas joyas y otros objetos de una bandeja, que pasó de un maestro a otro; unos le enseñaron el dialecto, otros a ejercitar la memoria, otros a evitar la hipnosis»[284]. Leyó La cartuja de Parma, y muy probablemente Rojo y negro en su integridad, sin limitarse solo a cierta frase[285]; los Anales de Tácito, cuyo principio seguro contrastaba con la indecisión o el caos del de las novelas. No es imposible que leyera también Anna Karénina.

Un azar de la guerra hizo que se encontrara allí con Caravaggio, David Caravaggio, al que Hana había conocido en su adolescencia de Toronto. Primero ladrón, después espía —que es una forma autorizada de latrocinio—, apareció en la biblioteca de la Villa sin los dedos pulgares, para desvelar la ambigüedad de los comportamientos humanos y la equivocidad de los destinos, o cómo una historia de amor enrevesado puede conducir a una traición involuntaria. El hombre tuvo una vez en sus manos un libro que devolvió a su lugar sin que lográramos adivinar el título. Para él los libros eran «seres místicos». Solo había leído Rebeca, de Daphne Du Maurier, porque era el libro de claves para enviar mensajes cifrados. «¿Que tú has leído un libro?», le preguntó con ironía Hana. Pero sí escribió en otro. Con los ojos cerrados, cogió un libro al azar; en una página blanca de un libro de poesía hizo unas anotaciones sobre Lahore y una precisión etimológica: «La palabra bungalow procede del bengalí».

Hana hizo lo mismo en otro. Escondido en algún lugar de los estantes superiores, quizá subsista todavía un ejemplar de El último mohicano, ilustrado por N. C. Wyeth, en cuya última página blanca acaso puedan leerse unas palabras, borrosas ya de polvo y tiempo: «Hay aquí un hombre llamado Caravaggio… Está sumido en las tinieblas…».

Si no había una Biblia, la voz del paciente inglés reconstruyó de memoria versículos de Isaías. Como es arriesgado admitir que

desconociera el de Mateo 19, 24, nunca sabremos si una línea de Anne Wilkinson estaba recogida en el Heródoto, compartiendo morada con Salomón, Jeremías e Isaías, o la halló el paciente quemado en un libro de la biblioteca; aquella que decía: «El amor es tan pequeño, que puede pasar por el ojo de una aguja».

[280] Quizá porque «solo el poeta tiene reloj de luna», como estampó en su greguería Gómez de la Serna.

[281] De estar allí pegados, serían los versos IV, 674-684, que podría haber perdonado hasta el implacable senador Pococurante.

[282] Más remota es la posibilidad de que anotara la corrección a Heráclito del tendero Eusebio: «On ne regarde jamais deux fois la même touriste dans la rue des Citoyens». Y totalmente improbable el comentario de Amil, veterano maestro de la Escuela Racionalista, que explicaba a Heráclito y Parménides como dos boxeadores en el ring: «Heráclito moviéndose sin parar. Parménides como un peñasco». Todos ignoraban lo que «todo el mundo sabe en Castroforte del Baralla (y, si no es de Castroforte, se le informa en seguida): que el Mendo es el río que no devuelve los cadáveres, al mismo tiempo que el río en cuyas aguas puede uno bañarse dos veces».

[283] El capítulo 17 del Filobiblión, «De cómo se han de tratar y colocar los libros con pulcritud y limpieza», es harto expresivo al respecto.

[284] Historiador y enfermera ocultaron provisionalmente la identidad del libro, apenas reconocible tras tan selecto y significativo resumen. El lector ya ha adivinado que el título de aquel ejemplar primoroso era Kim. El Venerable Teshoo Lama, sacerdote de Such-Zen y santo de Botiyal, que también había contenido el mundo en los límites de los adjetivos «grande y terrible» («violento y caótico», lo habría definido Malta Kanoo), dibujó a Kim en cuatro trazos: «Previsor, inteligente y cortés, pero algunas veces un poco impío». A lo que el manco sano habría apostillado: «Y no pudiera serlo si no tuviera de todo». «Él, como nosotros, está ligado a la Rueda de las Cosas», concluyó el lama.

[285] Parece que la conocida frase «la novela es un espejo que paseamos a lo largo de un camino» la leyó en uno de los libros recomendados por el paciente inglés. ¿En un libro, o en una de las páginas pegadas en Heródoto? En cualquier caso la tópica frase sigue siendo un misterio. Stendhal (Rojo y negro, I, 13) se la atribuyó a Saint-Real, pero se afirma que no ha sido encontrada entre sus obras. El valor de su fama aumentaría siendo apócrifa.

La biblioteca de Suecia

[DANILO KIŠ: La Enciclopedia de los muertos]

No es una biblioteca: es la biblioteca. Su condición espectral parece solicitar una visita condigna; por ejemplo, hacia las once de la noche y tras asistir en el Teatro Nacional de Estocolmo a una representación de la Sonata de los espectros de Strindberg[286]. Puedes oír cómo se cierra la puerta tras de ti, sentirte en la biblioteca como en una casamata. En ella se alberga la célebre, la monumental Enciclopedia de los muertos.

Es también una biblioteca incomparable, como la de aquella abadía sin nombre situada en algún impreciso lugar de la cresta de los Apeninos: corrientes de aire, como en la abadía; salas idénticas, comunicadas entre sí por estrechos pasadizos; bombillas de exigua luz; telarañas… Sino de las bibliotecas misteriosas. Pero lo verdaderamente importante es la brumosa Enciclopedia, que se propaga sin término por sus polvorientas galerías. Cada sala contiene una letra de la Enciclopedia, y cada tomo de cada sala, encadenado como un galeote, está sujeto con una gruesa cadena a anillas de hierro fijadas en los estantes, igual que en las bibliotecas medievales.

«Lo que hace de esta enciclopedia algo único en el mundo —aparte de existir un único ejemplar— es su forma de describir las relaciones humanas, los encuentros, los paisajes, la multitud de detalles que constituyen la vida de un hombre». No hay dato que no merezca ser reseñado, por insignificante que parezca: todos los actos humanos tejen ese intrincado tapiz cuyo oculto significado, desvelado en la Enciclopedia como en un juicio final[287], justifica o reprueba una existencia. Sancho se hacía cruces de espantado, viendo cómo pudo saber el historiador que las escribió las cosas que él y su señor pasaron a solas: aquí asombra comprobar cómo la biografía de un ser puede quedar transcrita con detalle a pocos días de su muerte.

La Enciclopedia no abarca la historia desde los orígenes, sino desde 1789, una fecha significativa; tampoco recoge siempre nombres que la arbitrariedad de la fama ha designado como «famosos»; por el

contrario, su objetivo es «corregir la injusticia humana y conceder a todas las criaturas de Dios un mismo lugar en la eternidad». De ahí que «la única condición para entrar en La Enciclopedia de los muertos es que la persona cuyo nombre figure en esta no aparezca en ninguna otra enciclopedia».

Su estilo es único: esa insólita combinación de «concisión enciclopédica» y de «elocuencia bíblica», ese «rápido desfile de imágenes», esa «extraña simbiosis» de pasado, presente y de futuro producen en el lector la misma impresión de bosque y árbol que la prodigiosa memoria de Funes el memorioso. Ya vimos que Ireneo Funes —intentando en esto enmendar a Locke— era capaz de recordar «no solo cada hoja de cada árbol, de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado». Del mismo modo, La Enciclopedia de los muertos anota «cada actividad, cada pensamiento, cada soplo creador, cada cota inscrita en el registro, cada pala de barro, cada movimiento que haya desplazado un ladrillo de los muros derrumbados»… Su precisión y minuciosidad son asombrosas: «Allí no falta nada, ni el estado del camino, ni los colores del cielo», ni «la atmósfera de la época», ni siquiera la filosofía, «si es que la filosofía es una reflexión sobre el sentido de la existencia humana»[288]…

Una reflexión sobre el sentido. Las biografías al uso no suelen reparar en los detalles menores que configuran la vida de un ser: un atardecer apacible, una tormenta, una varilla de paraguas convertida en flecha, el perfume olvidado de una rosa, una carta inesperada, la frase feliz de un profesor que jamás recordó haberla pronunciado, un amor a deshora, una nevada intempestiva… La Enciclopedia de los muertos no olvida una mujer sin importancia, ni sobrevalora la importancia de llamarse Ernesto; el lector lee como si viviera los sucesos[289].

De este modo, la Enciclopedia es «un verdadero tesauro». Nada deja de ser registrado. Los autores de la Enciclopedia, «ese grandioso monumento a la desemejanza, insisten en lo particular: cada ser humano es para ellos sagrado…, no existen en la vida humana ni cosas insignificantes ni una jerarquía de los acontecimientos… La historia es la suma de los destinos humanos, un conjunto de acontecimientos efímeros».

Los redactores reciben la documentación de toda una legión de eruditos dispersos por el mundo, que envían periódicamente sus

mínimos datos a la central de Estocolmo. Es motivo de consuelo, quizá solo de resignación, comprobar que todavía queda en este mundo alguien que anota y valora «cada vida, cada dolor, cada existencia humana».

Hace más de cien años, Alfred Nobel instituyó el premio que lleva su nombre. Todo premio Nobel debería aprovechar la recepción del premio para consultar la Enciclopedia, siquiera para verificar la exactitud o el exceso del renombre de sus predecesores.

[286] Las últimas palabras de la Sonata parecen un pasaporte para la singularidad de la visita: «Pobre chiquilla, hija de este mundo de ilusiones, de culpa, de sufrimiento y de muerte. ¡El mundo de la eterna mutación, del desengaño y del dolor! ¡Que el Señor de los Cielos te sea propicio en el viaje!».

[287] Esto del «juicio final» es una metáfora propia. Me autoriza a emplearla el hecho objetivo de que los redactores de la Enciclopedia «creen en el milagro de la resurrección». De ese modo, en aquel día terrible en que se desquiciarán los cielos y la tierra, «este registro será el gran tesoro del recuerdo, y la prueba, única en su especie, de la resurrección».

[288] Solo Mijaíl Semiónovich Sobakévich se acercó vagamente a este dechado de perfección cuando preparó la lista de almas muertas que iba a vender a Pável Ivánovich Chíchikov. El propio Chíchikov, nada más recorrerla con la vista, «quedó maravillado del esmero y de la exactitud con que había sido escrita: no solo se indicaba circunstanciadamente el oficio, el nombre, la edad y la situación familiar, sino que al margen había observaciones especiales acerca de la conducta y la bebida. En una palabra, daba gusto mirarla» (I, 5).

[289] «Un lector —diría Agustín Delgado— es un viajero por un paisaje que ha sido hecho. Y es infinito. El árbol ha sido escrito, y la piedra, y el viento en la rama, la nostalgia por esa rama y el amor al que prestó su sombra. Y no encuentro una dicha mayor que recorrer, en pocas horas diarias, un tiempo humano que de otro modo me sería ajeno. No alcanza una vida para recorrerlo. Le robo la mitad de una frase a Borges: una biblioteca es una puerta en el tiempo» (Domínguez, p. 56).

La biblioteca de la abadía de Vectis

[GLENN COOPER: La biblioteca de los muertos]

La isla de Wight, situada al sur del estuario de Southampton, en la actualidad está separada de Inglaterra por el estrecho de Solent. Denominada Vectis por los romanos, fue la última isla de Britania en rendirse a la doctrina cristina. En 686, el año de la peste, se construyó una iglesia de madera y paja. Pero casi un siglo más tarde, Aetia, obispo de Dorchester, determinó que «el prestigio no se mide en roble, sino en piedra»[290]. Y así, muchos años después de que el tiempo hubiera consumido a los romanos, una abadía cristiana modificó los perfiles humanos y divinos de la isla.

Hemos visto que la rigurosa Enciclopedia de los muertos empieza su registro en el año, turbulento y alborotado, de 1789. Para remontarse siquiera mil años atrás es preciso acudir a la biblioteca de los muertos de la abadía de Vectis, que inscribió el primer nombre difunto el 18 de diciembre del año 782. Su amanuense fue el niño Octavus (que en realidad era Septimus, por una precedencia de gemelos como en el caso de Esaú y Jacob). Octavus, que en realidad era Septimus, había nacido en otra fecha mágica: el 7 del 7 del 777. Enclenque, pálido y pelinaranja, ya que no poil de carotte, tuvo el don (si angélico o diabólico solo Dios lo sabe) de la escritura, y pronto empezó a escribir, sin pausa y en silencio —«furiosamente», llegaría a precisar su enfático cronista—, los nombres de los vivos y los muertos. Folio tras folio, a los diez años ya había completado «diez voluminosos libros», y en los siguientes produjo a un ritmo no inferior de diez al año. A la altura de 795 llevaba más de 70 volúmenes en letra pequeña y apretada, en folios de tres columnas por página y por ambas caras, a razón de unos sesenta nombres por columna: el resultado, volúmenes de 30 × 45 cm, 12 cm de lomo, 2000 páginas y unos dos kilos de peso. Hubo que ampliar el scriptorium de la abadía hasta convertirlo en un búnker, protegido por los miembros fundadores de la que en adelante se conocería como Orden de los Nombres.

Cuando el catedrático de Cambridge, Geofrey Atwood, comandante y arqueólogo, descubrió el scriptorium subterráneo, durante una

excavación llevada a cabo en 1947, calculó que la biblioteca contenía unos 700 000 volúmenes, con el registro exhaustivo de todos los nombres presentes y futuros, y en todas las lenguas existentes bajo el sol. La biblioteca de los muertos había comenzado a consignar un listado de «todos los nacimientos y las muertes a partir del siglo octavo»: en agosto de 2009 había registrados más de doscientos cincuenta mil millones de nombres, que contenían la noticia de más de mil doscientos años de vidas y muertes habidas y por haber sobre la tierra[291]…

Hasta 2027.

Porque algo confuso había ocurrido 730 años antes. A principios de 1297, cuando la isla ya se llamaba Wight, y el castillo de Carisbrooke, cimentado sobre un fuerte romano, era una fortaleza inexpugnable, un incendio —¿fortuito?, ¿provocado?— en la antigua abadía de Vectis acabó interrumpiendo la ominosa contabilidad de vida y muerte. Si alguien hubiera asistido a los últimos momentos del scriptorium, quizá habría podido ver que los ciento cincuenta escribas pelirrojos, los últimos que habitaron la biblioteca, tenían una pluma clavada en un ojo.

Las páginas que estaban escribiendo llevaban todas la fecha del 9 de febrero de 2027. Ninguna consignaba nombres propios, solo el rótulo de Finis dierum. Un binomio teológico de difícil, de turbadora resolución.

No consta que hubieran fenecido respirando las escarpadas notas del De temporum fine comoedia de Carl Orff. Tampoco transcribió ninguno el angor, timor, horror, terror ac pavor invadit omnes del Dies illa.

[290] Ocho siglos después, Dom Claude Frollo, archidiácono de la iglesia de Nuestra Señora de París, silencioso y melancólico ante un libro impreso, contemplaría los sillares de piedra del gigantesco edificio y, extendiendo con un suspiro la mano derecha hacia el libro abierto y la izquierda hacia la catedral que parecía desafiar al tiempo, deslizó los ojos del libro a la iglesia y vaticinó: «¡Ay! Esto acabará con aquello». El papel frente a la piedra.

[291] Una contabilidad peligrosa que ponía en entredicho el dictum evangélico: De die autem illo vel hora nemo scit, neque angeli in caelo, neque Filius, nisi Pater (Mc 13, 32: «Nadie conoce el día ni la hora, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre»). Hasta el descreído Will Piper, que además de gaitero llevaba nombre de voluntarioso, se preguntó dónde quedaba el libre albedrío si todo estaba escrito ab initio. O por lo menos desde el 18 de diciembre de 782.

La biblioteca tangerina del bulevar

[JUAN GOYTISOLO: Don Julián]

El obispo Ricardo de Bury se habría dejado morir de puro enojo. Él, que abominaba de los estudiantes que sin empacho se dedicaban a «comer fruta y queso sobre el libro abierto, y a pasear el vaso perezosamente de acá para allá… dejando en los libros las reliquias de los restos», ¿cómo habría sufrido las iras devastadoras de Julián?

La biblioteca se alzaba en un «edificio un tanto deslucido» de un bulevar de Tánger. Una mañana, después de ascender «treinta y seis peldaños abruptos», Ulyan, Urbano o Julián penetró en el sombrío interior de la biblioteca. Su paseo, como el espejo tradicional de la novela stendhaliana, iba reflejando los fondos y sus lectores: el último ABC, Corín Tellado, una enciclopedia popular de divulgación médica, un manual de jardinería y floricultura… Hasta que llegó a su pupitre, que le ofrecía «una enjundiosa perspectiva: genio español del romancero, libro de caballería, auto sacramental»[292].

Armado de una bolsa bien pertrechada de «moscas, hormigas, abejas, tábanos», «quizás alguna araña opulenta y velluda», seguramente alguna cucaracha, invadió los estantes asequibles a la mano o a la escalerilla y fue depositando entre las páginas de algún recio drama de honor, de Lope, Calderón o Tirso, la batería de su insectívora bolsa: sabemos que entre las páginas de El castigo sin venganza quedaron emparedadas seis moscas y una hormiga; una abeja y ocho moscas entre las de Las mocedades del Cid; el macizo cadáver de un tábano en Las mil mejores poesías; una araña de dimensiones medias en alguna obra de Azorín… «Los autores de genio y figura: los viscerales, los castizos, los broncos», con sus «Parnasos excelsos y florestas sublimes», quedaron mancillados para siempre, o al menos hasta que los exhumó con asombro, ¿con ira?, la campanuda voz del abogado Peranzules.

Años después, un lector desprevenido subió los escalones de la biblioteca en busca de las huellas de la catástrofe himenóptera y díptera. Tal vez «el modesto, pero salutífero haz de posibilidades»

contenido en «la fúnebre y recatada bolsita» no alcanzó a un poeta lejano y ajeno a las esencias, que sin embargo tuvo la audacia de dar gracias al divino laberinto de los efectos y de las causas «por Séneca y Lucano, de Córdoba, / que antes del español escribieron / toda la literatura española». Pero, ya se sabe, «no es moro todo lo que reluce».

El dios de la ironía quiso absolver a otro poeta cordobés de la cólera de Ulyan, Urbano o Julián: pudo ser el primero en pisar la dudosa luz del día, y desde luego el primero en cimentar un terceto en estos dos firmes endecasílabos:

Con pocos libros libres (libres digo

de expurgaciones) paso y me paseo[293].

[292] De los historiadores dijo un lector de papeles rotos, curioso escudriñador de libro viejo, que han de ser «puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les hagan torcer del camino de la verdad». La pasión de nuestro embalsamador de insectos lo llevó a ampliar la perspectiva «desde Indíbil, Séneca y Lucano hasta la pléyade luminosa de varones descubridores de la ancestral esencia histórica».

[293] Un aforismo de Lichtenberg subrayaría: «El primer libro que habría que prohibir en el mundo sería un catálogo de libros prohibidos».

La biblioteca de Tom Sawyer

[MARK TWAIN: el ciclo de Tom Sawyer y Huck Finn]

La biblioteca de Tom Sawyer está hecha a partes iguales de misterio y paradoja. Porque el único libro que podría haber habitado en casa de la tía Polly no parece haber sido la lectura predilecta de Tom, mientras que los libros que Tom conocía no parecen haber estado nunca en casa de su tía.

La tía Polly podía enhebrar hileras de citas bíblicas con más facilidad que agujas. Un versículo del libro de los Proverbios («No ahorres corrección al muchacho, que no va a morirse porque le castigues con la vara»: 23, 13) la autorizaba a emplearla en casos de emergencia o cólera, versículo que a veces quedaba atenuado con otro del libro de Job: aquel que recordaba que todo ser nacido de mujer es corto de días y largo de inquietudes. No es, pues, improbable que hubiera una Biblia en aquella casa cuya valla apareció una tarde tan generosamente encalada merced a un ardid filosófico de Tom. Sin embargo, Tom jamás habría consentido en aprenderse dos mil versículos ni a cambio de una Biblia de Doré.

Ni dos mil… ni dos. Pero Tom Sawyer tuvo su Biblia y su día de gloria, que fue el mismo día del tupido velo o caritativo telón. El señor Walters, pastor de pastores, iba a entregar una Biblia —no de Doré, sino «de encuadernación muy sencilla (que costaba cuarenta centavos en aquellos felices tiempos)»— al alumno aplicado que hubiera logrado diez vales amarillos, o cien rojos, o mil azules. Cada vale azul era el precio del alojamiento de dos versículos en las misteriosas circunvoluciones del cerebro. Cada vale rojo, el de diez azules o veinte versículos; cada amarillo, el de diez rojos o un par de cientos de versículos. En total, recibir una Biblia de manos del pastor de pastores, señor Walters, equivalía a retener dos mil versículos en la memoria. «Mary había conseguido dos Biblias, fruto del trabajo paciente de dos años, y un muchacho de padres alemanes había ganado cuatro o cinco»[294].

Aquella mañana de domingo, «cuando ya no cabía ninguna

esperanza», héteme aquí que Tom Sawyer, el peor alumno de la clase en la preclara mente de su profesor; Tom Sawyer, que ignoraba las más elementales operaciones aritméticas y no había conseguido memorizar la primera bienaventuranza, se adelantó con nueve vales amarillos, nueve rojos y diez azules, reclamando su Biblia. Cómo consiguió allegar aquella polícroma baraja pertenece al secreto del intercambio fenicio o al intrincado misterio de las oscilaciones de la Bolsa. Porque es de saber que la ciencia bíblica de Tom se redujo a colocar a David y Goliat entre los primeros apóstoles, aunque nada nos autoriza a deducir que su Biblia le fuera arrebatada.

Tom Sawyer, o el oxímoron de una biblioteca: el único libro que pudo poseer con cierto grado de probabilidad, lo ignoraba por completo; en cambio, nadie sabe de qué oculta biblioteca procedía la sorprendente variedad de sus lecturas.

La eterna polémica sobre si leer o no el Quijote y a qué edad quizá podría resolverse repasando la biblioteca imaginaria de Tom. Él lo conocía. Cuenta Huckleberry Finn que una vez Tom mandó que se reuniera la Cuadrilla, porque al día siguiente

… toda una cantidad de mercaderes españoles y árabes ricos iba a acampar en la Hondonada de la Cueva con doscientos elefantes y seiscientos camellos, y más de mil mulas de carga, todas llevando diamantes… Yo no creía —prosigue Huck— que pudiéramos hacer correr a una muchedumbre de españoles y árabes, pero quería ver los camellos y los elefantes, así que estuve allí pendiente…; y cuando nos llegó la seña, nos lanzamos desde el bosque y corrimos colina abajo. Pero no había ningún español ni ningún árabe, y no había camellos ni elefantes. No había nada, salvo una excursión de la escuela dominical, y solo eran los pequeños del primer año. Los espantamos y perseguimos a los niños hondonada arriba; pero no conseguimos más que unas rosquillas y mermelada, aunque Ben Rogers consiguió un muñeco de trapo, y Joe Harper un libro de himnos y un folleto de la iglesia; y entonces el maestro se nos vino encima y nos hizo soltarlo todo y marcharnos. Yo no vi ningún diamante y se lo dije a Tom Sawyer. Él dijo que allí había cantidades, sin duda; y dijo que había también árabes, y elefantes y cosas. Yo dije: «¿Por qué no podemos verlos, entonces?». Él dijo que, si yo no fuera tan ignorante y hubiera

leído un libro titulado Don Quijote, lo sabría sin preguntar. Dijo que todo se hacía por arte de encantamiento.

Tom había leído el Quijote. Huck no. Pero ha observado Riley que «cuando Huckleberry Finn esconde la mantequilla en su gorra y esta empieza a fundirse, y la tía Sally, pálida como la muerte, grita: "¡Ha cogido la fiebre de los sesos… y le está rezumando!" (cap. 40), ¿cómo puede uno dejar de recordar a Don Quijote con el casco lleno de requesones, creyendo que tiene un derrame cerebral? (II, 17)»[295]. Tom también fue lector asiduo de Scott. De creer a Huck, algunas de sus «ideas disparatadas» las sacaba «de los libros de Walter Scott, que siempre leía». Cabe afirmar que Tom había seleccionado sus lecturas entre las menos recomendables para una sociedad puritana y esclavista del sur. Había leído varios cuentos de Las mil y una noches, algunos de los cuales volvería a contarlos a su vez para desesperación de Huck y del negro Jim, que no acababa de entender la sutileza literaria de Tom. Había leído El vizconde de Bragelonne y El conde de Montecristo, aunque tal vez había trabucado algún episodio, pues le contó a Huck que el preso tardó treinta y siete años en salir de la mazmorra del castillo de If, y apareció… en China. Había leído las aventuras de Robin Hood en la versión de Joseph Cundall; El escarabajo de oro, de Poe, y las novelas de Fenimore Cooper, donde había aprendido todo lo que sabía de los indios. Había leído El tenebroso Vengador del Caribe o El diablo de la sangre, de Ned Buntline[296], y hay fundadas sospechas de que tuviera acceso a la primera edición de La cabaña del Tío Tom. Había leído.

No se agotan aquí sus lecturas, porque Tom es siempre imprevisible. En un momento sublime le reprocha a Huck: «¿Pero es que nunca has leído ni un libro en tu vida? ¿Ni del barón Trenck, ni de Casanova, ni de Benvenuto Cellini, ni de Enrique IV, ni de ninguno de aquellos héroes?». Quid vobis videtur? «¿Brillante? ¿Tom Sawyer?», habría dicho Huck. «Ya lo creo que sí». En cinco días aprendió el oficio de tipógrafo y se permitió mencionar a Gutenberg y Fust (o creemos que a ellos se refería cuando compuso Guttinburg y Fowst). Asombran sus conocimientos de historia cuando afectan a sus proyectos y aventuras[297].

Por su parte, Huck, que no ha leído nada de eso ni de ninguna otra

cosa, que es el Sancho de este imprevisible dúo quijotesco, también se sawyeriza oyendo cómo el mal llamado duque reconstruía de memoria el célebre monólogo de Hamlet para que el mal llamado rey se lo aprendiera. Y Huck, el empirista y escéptico Huck, retuvo aquel extraño soliloquio. «Me lo aprendí con bastante facilidad —confiesa Huck—, mientras él se lo enseñaba al rey». Este es el resultado:

Ser o no ser; he aquí el simple estilete,

que da existencia tan larga al infortunio;

quién querría llevar tan duras cargas,

hasta que el bosque de Birnam avance a Dunsinane,

si no fuera por el temor de que un algo después de la muerte

asesine el sueño inocente,

el segundo recurso de la gran Naturaleza,

que nos hace más bien tirar los dardos de la insultante fortuna,

que lanzarnos a otros que desconocemos.

He aquí la reflexión que nos detiene:

¡Despierta a Duncan con tus llamadas! Ojalá pudieras;

porque quién soportaría los ultrajes y desdenes del tiempo,

la injuria del opresor, la contumelia del soberbio,

las tardanzas de la justicia, el reposo que podrían tomar

sus congojas en el yerto desierto de la medianoche

cuando bostezan las tumbas,

en sus habituales trajes de negro solemne;

pero esa ignorada región,

cuyos confines no vuelve a traspasar viajero alguno,

exhala su soplo pestilente sobre el mundo,

y así el motivo de la resolución, como el pobre gato del refrán[298],

se torna enfermizo, bajo los pálidos toques del pensamiento,

y todas las nubes que encapuchaban los tejados,

por esta consideración, tuercen su curso

y dejan de tener nombre de acción.

Es un fin que devotamente se debe anhelar.

Pero, ¡silencio!, hermosa Ofelia,

no abras tus poderosas y marmóreas mandíbulas,

sino vete a un convento…, ¡vete!

Es privilegio del lector decidir sobre la versión que nos ha sido transmitida: ¿recordó Huck correctamente y fue el duque quien se extravió en los tantas veces hollados vericuetos de Shakespeare? En caso contrario, ¿pudo ser Huck tan creativo en su desmemoria sin conocer a Shakespeare? ¿O lo conocía y se enredaron ambos? ¿O al fin y al cabo tuvo razón Píndaro y solo somos el sueño de una sombra?

[294] Demmie Vonghel, la fiel amante de Charlie Citrine, tenía un abultado expediente policial por «robo de tapas de cubos, marihuana, delitos sexuales, automóviles robados, perseguida por la Policía, accidente, hospital, libertad, vigilada…», en fin, todo el repertorio: sin embargo llegó a saberse unos tres mil versículos de la Biblia. Fue profesora de latín y murió en un accidente de aviación.

[295] E. C. Riley: Introducción al «Quijote». Trad. de Enrique Torner Montoya. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 231-32.

[296] Su verdadero nombre era Edward Zane Carroll Judson Sr. (1821-1886) y fue el creador de Buffalo Bill, al que conoció y trató personalmente. La novela de piratas que leyó Tom tuvo que ser The Black Avenger of the Spanish Main: or, The Fiend of Blood.

[297] No solo conocía la Revolución francesa y la americana y la de Cromwell: recordaba episodios tan específicos como el de la conjuración de Georges Cadoudal (1771-1804), y la vida de otros conspiradores como Guy Fawkes (1570-1606) o Titus Oates (1649-1705), que ya es para nota, o para depresión ajena.

[298] No tiene nada que ver con el gato de Schrödinger, que podía estar vivo y muerto al mismo tiempo en su caja sellada. Cosa que, por cierto, ya había conseguido casi cien años antes don Félix de Montemar: «Pues decidme a mí quién soy, / si gustáis, porque no acierto / cómo a un mismo tiempo estoy / aquí vivo y allí muerto» (Espronceda, El estudiante de Salamanca, vv. 1127-30).

La biblioteca de Valentinito Torquemada, o de prodigios y superdotados

[PÉREZ GALDÓS: Torquemada en la hoguera]

Nadie ignora que Valentinito Torquemada era hijo de don Francisco Torquemada, a quien algunos cronistas inéditos de aquellos tiempos llamaron Torquemada el Peor. Su más autorizado historiador se limitó a narrar «cómo fue al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices consumió en llamas». Pero si el cura quijotesco —a cuyo peligroso ejercicio de colocar a los libros entre las ovejas o los cabritos, entre la salvación o el holocausto, ya hemos asistido— dictaminó a propósito de Esplandián, hijo de Amadís de Gaula, que no le había «de valer al hijo la bondad del padre», con más verdad hemos de decir en el caso de Valentín que la mezquindad, la «rebuscada y metódica saña» del padre usurero, no ha de empañar la inteligencia y la bondad del hijo.

Valentinito Torquemada era la margarita en el muladar. Aquí el historiador de Torquemada, siempre tan comedido, casi se desliza por los resbaladizos campos de la ñoñería en su entusiasmo por el muchacho. Oigamos lo que dice:

Porque (lo digo sinceramente) no he conocido criatura más mona que aquel Valentín, ni preciosidad tan extraordinaria como la suya. ¡Cosa tan rara! No obstante el parecido con su antipático papá, era el chiquillo guapísimo, con tal expresión de inteligencia en aquella cara, que se quedaba uno embobado mirándole; con tales encantos en su persona y carácter, y rasgos de su conducta tan superiores a su edad, que verle, hablarle y quererle vivamente era todo uno… Espigadillo de cuerpo, tenía las piernas delgadas, pero de buena forma; la cabeza, más grande de lo regular, con alguna deformidad en el cráneo. En cuanto a su aptitud para el estudio, llamémosla verdadero prodigio, asombro de la escuela y orgullo y gala de los maestros.

Verdadero prodigio. «Valentinito era el prodigio de los prodigios, un jirón excelso de la divinidad caído en la tierra». Aun rebajando algunos puntos el entusiasmo de su autor, no hay por qué poner en duda que aprendiera a leer «por arte milagroso, en pocos días, como si lo trajera sabido ya del claustro materno». Y si Mozart admiró a los cinco años por el vuelo de sus dedos sobre las teclas bicolores, tampoco hay por qué negar a Valentín Torquemada que a los cinco años supiera «muchas cosas que otros chicos aprenden difícilmente a los doce». Su afición por los libros está atestiguada, y la rapidez de su lectura parece que superó a la propia de su contemporáneo, don Marcelino Menéndez Pelayo.

El biógrafo de Valentín, tal vez arrebatado por el asombro que le causa la precocidad del niño, omite la relación de títulos que poblaron su portentosa memoria[299]. Solo recuerda cierto libro que le compró su padre: «una obra de viajes con mucha estampa de ciudades europeas y de comarcas salvajes». Y, por supuesto, menciona, así en abstracto, la Gramática, que «sabía de carrerilla»; la Geografía, que «la dominaba como un hombre»; pondera «sus inauditas facultades» para la Aritmética, hasta el punto de que, apenas recibidas «las nociones elementales de la ciencia de la cantidad, sumaba y restaba de memoria decenas altas y aun centenas». En fin, recoge la entusiasmada perplejidad del profesor de matemáticas, el cual dijo un día a su padre:

—Ese niño es cosa inexplicable, señor Torquemada: o tiene el diablo en el cuerpo o es el pedazo de divinidad más hermoso que ha caído sobre la tierra. Dentro de poco no tendré nada que enseñarle. Es Newton resucitado, señor don Francisco… Cuando este chico sea hombre asombrará y trastornará al mundo.

Lo hizo aun sin llegar a hombre. Su biógrafo se apresura a dibujar un cuadro «digno de figurar en los anales de la ciencia: cuatro varones de más de cincuenta años, calvos y medio ciegos de tanto estudiar, maestros de maestros, congregábanse delante de aquel mocoso, que tenía que hacer sus cálculos en la parte más baja del encerado, y la admiración los tenía mudos y perplejos, pues ya le podían echar dificultades al angelito, que se las bebía como agua… Valentín los miraba sin orgullo ni cortedad, inocente y dueño de sí, como Cristo niño entre los doctores».

No llegó a hombre. Ni siquiera a concluir la adolescencia. Y mientras

una meningitis lo zarandeaba como el huracán a Dorothy, el padre de Valentín lo oía murmurar en el delirio de la fiebre: «Equis elevado al cuadrado menos uno partido por dos, más cinco equis menos dos partido por cuatro, igual a equis por equis más dos partido por doce… Papá, papá, la característica del logaritmo de un entero tiene tantas unidades menos una, como…».

Un médico vulgar, que para más inri llevaba el nombre de Quevedo, había vaticinado que acabaría mal: «¡tanto estudiar, tanto saber, un desarrollo cerebral disparatado!». Su receta llegó demasiado tarde: «Lo que hay que hacer con Valentín es ponerle un cencerro al pescuezo, soltarle en el campo en medio de un ganado y no traerle a Madrid hasta que esté bien bruto».

Valentinito Torquemada no llevó el cencerro al pescuezo, pero tampoco llegó a ser Newton. La meningitis que lo asedió una tarde de febrero de mil ochocientos setenta y tantos acabó con la vida del futuro genio —«ese prodigio que no parecía de este mundo»— y con el rapto de misericordia de don Francisco Torquemada.

* * *

¿Quién dijo que la realidad imita al arte? En la mañana del 14 de junio de 1868 moría con quince años en Madrid el niño Jesús Rodríguez Cao. De meningitis, por supuesto. Desde los nueve años colaboraba con sus versos en El Norte de Castilla y en La Discusión. Precisamente este último periódico le tributó los calificativos de precoz, portento y prodigio, resumiéndolo todo en un «bello monstruo», quizá por simetría con aquel «monstruo de naturaleza» que Cervantes dedicó a Lope de Vega acaso con más resignación que fervor.

Rivera y Delgado, su biógrafo, cuenta que aprendió a leer a los dieciocho meses, y que todavía en brazos deletreaba las palabras que veía en carteles y letreros. A los tres años vio una obra de Zorrilla; a los siete, recitaba versos en el teatro; a los once, se estrenó su primera obra teatral: hasta los reyes se hallaban entre el público. Añade Rivera que, sometido a las preguntas de un grupo de especialistas, parecía el bello Cao como un «nuevo Jesús en medio de los doctores». Es

evidente que Rodríguez Cao fue el espejo en que se miró Valentín Torquemada.

En mi biblioteca reside un volumen de «obras literarias del precoz niño don Jesús Rodríguez Cao», publicado en la imprenta de R. Labajos, Madrid, 1870. Es el segundo tomo de un total de cuatro, pues es de saber que, a su muerte, el niño prodigio «dejó más de cien mil versos originales, entre impresos e inéditos, y tantas páginas de prosa como de poesía. Sus Obras literarias ocupan cuatro volúmenes y contienen más de cien poesías líricas, cuatro poemas narrativos del género fantástico, un poema épico, tres ensayos de poema épico, cuatro leyendas en verso, un poema burlesco, siete obras teatrales, cuatro novelas y catorce cuentos y artículos»[300]. En el tomo segundo, que además lleva algunas ilustraciones suyas, pueden leerse cosas como esta:

Cuando la fortuna insana

al triste humano persigue,

y la desgracia le sigue,

igual hoy, igual mañana,

cuando ni pierde ni gana

en su desdichada suerte,

el hombre más duro y fuerte

en cruel desesperación

exclamará con razón:

¿Por qué no viene la muerte?

Triste es vivir cuando siente

el alma un penar agudo,

cuando sufre el mortal mudo

en el mundo delincuente;

cuando no tiene su frente

donde poder descansar,

ni tiene quien consolar

quiera su dolor y pena,

porque siempre le encadena

la ley… ¡Sufrir!… y ¡Callar!…

Una carta de Gaspar Bono Serrano daba noticia de su fallecimiento al «ilustrado literato francés» Antoine de Latour, a quien el «bello monstruo» había dedicado un idilio titulado Los montes de Arcadia. Las líneas finales resumen su dolorido sentir: «Creo con la más profunda convicción que, si Rodríguez Cao hubiera vivido algunos años más, habría sido un Homero, un Píndaro, un Horacio, en verso, y un Cicerón, un Fr. Luis de Granada, un Cervantes o un Jovellanos, en prosa».

* * *

Es casualmente Meléndez Valdés, un buen amigo de don Gaspar Melchor de Jovellanos, quien da noticia de otro caso anterior, pero más trágico: el del niño Juan Picornell y Obispo, que también era exhibido por su padre como un niño Jesús entre doctores. Un documento, fechado en Salamanca el 15 de abril de 1785, y firmado por los doctores Juan Meléndez Valdés, Juan Toledano, Santos Rodríguez de Robles y Manuel Blengua, refiere el examen a que fue sometido y que no me resisto a transcribir:

Los doctores nombrados por la universidad para testificar sobre el examen público tenido en el general mayor de Escuelas Menores el día 3 de abril de este año, por don Juan Picornell y Obispo, niño de tres años, seis meses y veinte y cuatro días de edad, dicen:

Que asistieron a dicho examen desde el principio al fin, tan movidos de curiosidad como desconfiados, por parecerles casi imposible se redujese a otra cosa que a algunas pocas y fáciles preguntas de doctrina cristiana. Parecíales también tierna su edad para sostener en público un examen, y recelaban, no sin fundamento, que el bullicio y la confusión le acobardasen o sorprendiesen. Pero todos sus temores fueron vanos: preguntósele al niño del Antiguo Testamento por el Catecismo histórico de Fleury, y a todas estas preguntas respondió con puntualidad; se le preguntó con extensión la doctrina cristiana, y respondió también; la división general del globo terráqueo, y la de Europa más particularmente, sus principales montes y ríos, sus Estados capitales, nombres de soberanos actuales y varios gobiernos, y a todo satisfizo con suma prontitud, y por unas respuestas tan breves como oportunas; preguntósele la división de España, sus reinos y provincias, sus montes, ríos, origen y desagüe de ellos; primeros pobladores, carácter de los naturales, establecimiento de la religión en ella; nombres de los soberanos que han merecido el título de católicos; papas que se lo concedieron; origen, estado y variaciones de la lengua, y otras cosas sobre los españoles y la España; sus límites, longitud, latitud, etc., y a todo satisfizo del mismo modo. Hiciéronsele muchas preguntas en el mapa de Europa pidiéndosele varios lugares, sin orden alguno, y los señaló sin detenerse; de manera que, aunque no se le preguntó con igualdad sobre todos los puntos que ofrecen los artículos impresos del examen, creen los comisarios que a todos ellos hubiera satisfecho del mismo modo. El tiempo que este duró fue hora y media, pocos minutos menos, y las preguntas en su estimación pasaron de trescientas, acaso con mucho exceso por la velocidad con que se le hacían y su brevedad suma en satisfacerlas, tanto que a veces fue preciso mandarles preguntar con más detención para no fatigarle. Hubo un concurso innumerable escuchándole, y por dos o tres veces un alboroto y voces nacidas del regocijo, y los aplausos capaces de sobrecoger a cualquiera; pero el niño se mantuvo siempre sereno, pidiendo algunas veces agua, y una vez brindó con mucha gracia a la salud de todos. Cesó el examen por los vivas y peticiones de las gentes, habiendo el mismo niño insinuado que ya se fatigaba; aunque su padre instó mucho a que se preguntase más y más; pero, si hubiese

seguido, no hay duda alguna que hubiera satisfecho a cuanto se le hubiese pedido, según los artículos del impreso. Los comisarios no pueden ocultar que sus respuestas fueron con arreglo, y en las mismas precisas voces que se le habían enseñado; pero también es cierto que se alteró el orden de ellas, sin que por eso dejase de responder con la misma prontitud, y sin detenerse ni haber faltado en tan crecido número de interrogaciones, sino unas dos veces. Por último, creen los comisarios que el niño don Juan Picornell es un prodigio de memoria, comparable tal vez al españolito cristiano Enrique y otros, y mayor y más raro prodigio, no sabiendo aún leer, cosa que hace más dignos de alabanza los desvelos y la solicitud de sus padres en cultivársela. Notaron también alguna reflexión en sus respuestas, ya por no equivocarlas con las preguntas cuando se le alteraba el orden de estas, ya porque alguna vez que no entendió lo que se le pedía, se detuvo como haciéndose cargo, y ya por el examen variado del mapa. El niño es, además, robusto, muy vivo, de buen color y presencia, y su voz clara e inteligible, aun en medio de tan gran concurso. Todo lo cual por ser verdad lo testificamos y firmamos.

El padre lo exhibía como el suyo a Mozart; pero unos años después —el niño ya crecido—, vagaba el hombre por Madrid acosado de penurias. Desde Lázaro de Tormes sabemos que «el ingenio con el hambre se avisa», pero en aquella ocasión la necesidad aguzó el ingenio en sentido equivocado, y el Picornell padre acabó siendo el cabecilla de la conspiración de San Blas (1795), que pretendía derribar a Godoy. Descubierto y condenado, fue el causante indirecto de la desgracia de su hijo, pues la sentencia incluía un colofón que hoy nos causa rencor y pesadumbre: el pequeño Picornell, que andaba entonces por los trece años, fue apartado del estudio de las letras y obligado a aprender algún oficio artesano «para que no pudiera incurrir en los desvíos de su padre»[301].

Por esta vez no tuvo razón el profeta Jeremías[302], pues los padres comieron el agraz, y los hijos sí sufrieron la dentera.

En el tomo séptimo, página 309, del Diccionario histórico o biografía universal compendiada, publicado en Barcelona (1832), por la

Librería de los editores Antonio y Francisco Oliva, se refiere el caso de Christian Heinrich Heineken, conocido como Lübecker Wunderkind —«el niño prodigio de Lübeck»—, y según el Diccionario histórico, «uno de los fenómenos más extraordinarios que han aparecido entre los hombres»:

Nació en Lübeck en 1721. Este niño, que habló casi en el mismo acto de nacer, si se ha de dar crédito a ciertos testigos de vista, a la edad de un año conocía los principales sucesos que relata el Pentateuco; a los trece meses sabía la historia de la Biblia y a los catorce la del nuevo Testamento. A los dos años y medio contestaba a cualquiera cuestión que se le dirigiese, ya fuera sobre la geografía, ya sobre la historia antigua y moderna. Aprendió con mucha facilidad el latín y el francés, y en un viaje que a la edad de cuatro años hizo a Dinamarca tuvo el honor de ser presentado al rey y a los príncipes, a quienes cumplimentó. Este prodigioso niño, cuya inteligencia era tan precoz, tenía una constitución personal muy débil; no se alimentaba más que del pecho de su ama, cuya leche prefirió siempre a todo otro alimento: y así es que habiendo intentado el destetarle cayó enfermo y murió en su patria el 27 de junio de 1725. Es verdaderamente notable que, habiéndole hecho presente su fin próximo, lo aguardó con toda la firmeza de un hombre ya hecho y con toda la confianza de un fiel cristiano, consolando él mismo a sus afligidos padres. Todos los diarios de su tiempo han hablado de este prodigio; y en las Memorias de Trévoux, enero 1731, y en la Biblioteca germánica, tomo diez y siete, se encuentran particularidades curiosas. La Vida de Heineken fue además escrita por Schöneich, su preceptor; y Martini ha explicado las causas del desarrollo extraordinario de la inteligencia de este niño en una Disertación especial, publicada en 1730.

Está escrito que el propio Kant, en su última obra publicada en vida, Die Anthropologie in pragmatischer Hinsicht (1798), calificó de ingenium praecox al niño prodigio de Lübeck, aunque desconfiaba de esas «desviaciones de la naturaleza», rarezas de existencia efímera y tal vez fuente de contrición y pesadumbre.

[299] Casi contemporánea suya fue Marcela Luco, que en su época de monja en el monasterio de Sigena, a cuatro leguas de Sariñena, pudo haber sido un trasunto de sor Juana. Según informes del Epístola —así llamado aunque no tenía las órdenes—, «había despuntado, desde su entrada en religión, por su ciencia grave y su lúcido ingenio; sabía latín, y dándose a la lectura, lo mismo platicaba de teología que enjaretaba versos y prosas en loor de los sagrados misterios. […] Lo que una vez leía, no se le olvidaba nunca, y su mente era una copiosa biblioteca, que usaba sin compulsar libros». No consta que hiciera ningún soneto a su retrato, aunque, de creer el testimonio del Epístola, «todo aquel contorno de cuerpo no tiene semejante, pues no ha visto usted escultura que pueda comparársele».

[300] Russell P. Sebold, «Galdós y el "bello monstruo" Rodríguez Cao», en Ensayos de meditación y crítica literaria, Salamanca, EUNSA, 2004, p. 500.

A estas alturas es de justicia añadir que los cuatro volúmenes de las obras de Jesús Rodríguez Cao (Madrid, R. Labajos, 1870-72), que se hallaban en la biblioteca personal del gran hispanista Russell P. Sebold, cada uno con su exlibris particular, pueden consultarse en la «Biblioteca virtual Miguel de Cervantes» (http://www.cervantesvirtual.com/obras/autor/rodriguez-cao-jesus-1853-1868-79134), gracias a la generosa donación que de la biblioteca hizo a su muerte el señor Sebold (1928-2014), de fausta memoria.

[301] Juan Bautista Mariano Picornell y Gomila había nacido en Palma de Mallorca en 1759. Estudió en Salamanca, y aparte de sus escritos sobre pedagogía, merece ser recordado por haber traducido la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano según la Constitución francesa de 1793. La pena de muerte le fue conmutada por el destierro a las Indias. Allí, sus ideales revolucionarios inspiraron la primera república hispanoamericana. Un nuevo fracaso en la independencia de Venezuela lo empujó a Estados Unidos y más tarde a Cuba, donde murió en 1825.

[302] «En aquellos días no volverán a decir: “Los padres comieron el agraz y los dientes de los hijos sufren la dentera”» (Jeremías 31, 29). Es evidente que en la época de Picornell aún no habían llegado tales días. El viejo proverbio es recordado también por el profeta Ezequiel (18, 2).

La biblioteca del Dr. Zerlendi

[MIRCEA ELIADE: El secreto del doctor Honigberger]

El 10 de septiembre de 1910 el Dr. Zerlendi desapareció de casa: «aquella misma mañana, o a lo largo de la noche, se había eclipsado», contaría su hija Smaranda veinticinco años después. Nunca volvió a saberse de él, y finalmente su viuda, dándolo por muerto, decidió abrir las puertas de su biblioteca con el pretexto de descifrar dos misterios: el de su marido y el del Dr. Honigberger.

La biblioteca se hallaba en «una casa de boyardos de los viejos tiempos», sita en el número 17 de la calle S…, en pleno corazón de Bucarest. Nuestro historiador tuvo acceso a ella a petición de su viuda, que deseaba dilucidar el enigma de la monografía inconclusa sobre Johannes Honigberger, un alemán de Transilvania, reputado orientalista, que había muerto en Brashov en 1869, a la vuelta de su último viaje a la India. Zerlendi inició un estudio sistemático sobre el alemán, pero la obra quedó inacabada y él había desaparecido.

Pero pasemos a la biblioteca. Tenemos un valioso documento de primera mano redactado por un testigo de excepción: el propio historiador —«que conocía el sánscrito y el yoga y que además era novelista»—, del que procede este extracto:

He visto muchas bibliotecas pertenecientes a ricos expertos. La de la calle S… es la que más me ha impresionado. Se abrió la puerta de espeso roble. Yo me quedé en el umbral, atenazado. Delante de mí, una habitación como rara vez suele encontrarse, ni siquiera en las grandes mansiones del siglo pasado […]. Delante de una gran parte de la biblioteca corría una galería de madera. Allí se amontonaban libros procedentes de las más variadas ramas de la cultura: medicina, historia, religión, viajes, ocultismo, hinduismo. […] Centenares de libros de viaje, desde Marco Polo y Tavernier hasta Pierre Loti y Jacolliot: solo la ardiente voluntad que animaba a Zerlendi de llegar a poseer cualquier libro que tratara de temas hindúes podría explicar que hubiera adquirido las patrañas de impostores como Jacolliot.

Colecciones completas del Journal Asiatique y del Journal of the Royal Asiatic Society de Londres. Omito intencionadamente la mención del enorme número de otros fascículos académicos. Multitud de doctas memorias sobre las lenguas, los alfabetos y las religiones de la India. En suma, todas las publicaciones destacadas de los hinduistas del siglo pasado se acumulaban sobre aquellos estantes, desde el gran Diccionario de San Petersburgo hasta las ediciones de los textos de la literatura sánscrita, descubiertos en Benarés o en Calcuta. […] ¡Qué emoción sentí desde mi entrada en la biblioteca! Yo esperaba encontrarme con abundantes archivos sobre la vida y milagros del Dr. Honigberger. ¡Y he aquí que me hallaba dentro de la biblioteca privada de un sabio hinduista!

Su devoción casi religiosa por el sánscrito y los matices de su gramática lo llevó a visitar «comentarios erizados de dificultades como el Siddhanta Kaumudi», glosas de los himnos védicos, códigos de medicina hindú, opúsculos sobre mística y ascética. Manejaba los Upanishads. Había traducido varios fragmentos del Panchatantra y del Hitopadesha en versión doble —una literal, más libre otra—, para ejercitarse en el aprendizaje del sánscrito. «Con el tiempo —dijo la señora Zerlendi— el recuerdo de Honigberger pasó al olvido, y se entregó exclusivamente al estudio del sánscrito».

El asombro, la maravilla, el estupor, el éxtasis, el desconcierto incluso creció al ver otra serie de estantes repletos de volúmenes dedicados a los grandes clásicos del ocultismo y, como en la mejor bodega de Saint-Emilion, gran reserva de tratados mágicos. Allí estaban los libros del teósofo Leadbeater y de Annie Besant, «mezclados con las obras completas de Madame Blavatsky», que Zerlendi había leído con suma atención; allí las obras de Fabre d'Olivet y de Rudolf Steiner; allí «todos los textos del Corpus Hermeticus y de la teosofía tradicional se codeaban con ediciones antiguas de Paracelso, Cornelio Agrippa, Jakob Böhme, Della Riviera y el padre Pertney, que se alineaban a su vez junto a los discursos iniciáticos atribuidos a Pitágoras, a los que se unían la colecciones de recetas espagíricas y las memorias de eminentes alquimistas, en el texto establecido por Salmon y Manget, y más recientemente, por Berthelot». También habían encontrado su lugar «los manuales, semiolvidados, de los fisiognomistas, de los astrólogos y de los quirománticos». En sucesivas exploraciones dio con

la librería ocultista, donde descubrió «algunas obras de excepcional rareza: el De aqua vitae simplici et composita de Arnau de Vilanova, por ejemplo, y algunos apócrifos cristianos como aquel Adán y Eva que Strindberg eligió como texto de una prolongada y fervorosa investigación». En resumen, si arquitectónicamente no pretendía competir con el de Creta, su vocación de laberinto estaba en la disposición de su contenido, destinado a someter al visitante a una prueba de iniciación.

De don Quijote sabemos «que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio» y que «vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros en que leer» (I 1.22 y 9). Zerlendi «se desprendió de algunos bienes inmobiliarios» para adquirir cuantos volúmenes hallaba de su pasión o su ciencia, y su viuda atestiguó que «era conocido por los más famosos libreros de viejo de Leipzig, París o Londres. […] A menudo adquiría bibliotecas completas, herencias de orientalistas difuntos. Pero es evidente que no disponía de tiempo para leerlo todo, aunque en sus últimos años se pasara la noche en vela». Zerlendi llevaba «una existencia extraña que rozaba el ascetismo». Dormía dos o tres horas en una tabla de madera sin colchón ni almohada. Su inagotable capacidad de trabajo incluía una dieta casi tan estricta como la de Pollux Hernúñez: ni carne, ni tabaco, ni alcohol, ni té, ni café; sus ropas, de extremada sobriedad: unas sandalias, un pantalón blanco, una camisa de lino.

Pero, como a todo hombre, como a todo mortal, «eso no le impidió morir», sospechó el redactor, no sé si con resignación o solo con un deje de ironía. Eso fue antes de que entre los meandros de notas y papeles hallara un cuaderno de Zerlendi con apuntes en rumano, pero en transliteración sánscrita. Con incredulidad, con espanto, vislumbró, a través del diario de su dueño, que anduvo persiguiendo técnicas para superar las tres dimensiones y «experimentar la salida fuera del tiempo». En el cuaderno, aparecen proposiciones como «trance cataléptico» o «muerte aparente», y es inevitable que su autor en algún momento hubiera leído a Poe. En otro lugar habla del Vuelo, que «en el lenguaje del simbolismo y del arcano, expresa la facultad de evadirse del mundo de los sentidos para encontrar acceso a los mundos invisibles»…

Smaranda, la hija de Zerlendi, dio a conocer a nuestro historiador una circunstancia inquietante. Su padre había desaparecido en el sentido

estricto de la palabra.

Además, desapareció sin llevarse nada: ni un traje, ni un sombrero. Todo su dinero seguía intacto, lo dejó en el cajón de su mesa. No se llevó ningún documento de identidad. Olvidó su pasaporte. […] Junto a su cama, sobre la mesilla de noche, su reloj, su manojo de llaves, su monedero lleno. Todo daba a entender que había desaparecido en unos pocos segundos, sin tiempo suficiente para recoger sus efectos personales, o de garrapatear unas palabras de despedida o de explicación.

Nuestro historiador, que verosímilmente responde a las iniciales M. E., no ignoraba el extraño caso del Dr. Jekyll. Zerlendi, familiarizado como estaba con la literatura yóguica y con la filosofía ascética y la mística hindúes, tras sus ejercicios de tránsito experimentó un sentimiento de plenitud, que no puede compararse con nada, salvo quizá —son palabras suyas— «con la impresión que puede experimentarse tras haber estado oyendo durante mucho rato una composición de Mozart». Cabe conjeturar que en uno de esos arrebatos místicos hacia la invisibilidad y esa difusa dimensión fuera del tiempo y del espacio, Zerlendi no regresó.

M. E. había sido convocado para hallar una explicación a dos misterios. Ninguno de los dos se resolvió e incluso hubo que añadir un tercero. Pues es el caso que, a finales de febrero de 1935, la biblioteca también había desaparecido y no parecía sino un fantasma abducido por el tiempo; según los habitantes de la casa, la extraordinaria colección de libros se había dispersado a principios de la primera guerra mundial. Unos meses después, la propia casa se hallaba bajo la piqueta del derribo.

«Siento un gran temor de que Europa sufra la misma suerte que la Atlántida, de que pronto se hunda bajo la superficie de las aguas», había escrito el Dr. Zerlendi a principios de 1910, unos meses antes de su desaparición definitiva. Zerlendi habla de la «trágica desviación del eje terrestre», esa perturbación de la geología que ya Verne había

previsto en Sans dessus dessous, no sin humor y sus notables dosis de ironía. «Antes de que se desencadenara la primera guerra mundial —apostilla el autor de esta noticia— nuestro planeta se mecía en la ilusión de un progreso perpetuo». El autor de la Crónica de piedra quizá habría corroborado los temores del Dr. Zerlendi, no tanto por la desviación del eje terrestre cuanto por la revolución de los otros: los que ocasionaron el estallido de las «tempestades humanas» y la consecuente «ofensiva del infortunio».

Como a todo hombre, como a todo mortal, nada de eso le impidió morir… Tras penetrar en las últimas estribaciones del laberinto, es de creer que en sus palabras ya no hubo resignación ni ironía, sino el irreprimible resentimiento —o quizá solo nostalgia— de no haber conseguido llegar a Shambala, El país ignorado, que es tanto como alcanzar la revelación de las puertas de ese país encantado, «reino del loto» conocido también como paraíso perdido.

La biblioteca del cementerio de los libros olvidados

[C. RUIZ ZAFÓN: tetralogía de El cementerio de los libros olvidados; MARÍA ZARAGOZA: La biblioteca de fuego]

Antes de entrar en la decisiva y definitiva Biblioteca de Babel, visitaremos otro laberinto. No adelantaremos el de la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia, a pesar de su aspecto laberíntico, donde sabemos que trabajó un par de meses Adam Walker, el cual registra la experiencia de la deslocalización. Es la doctrina del señor Goines, «un hombre menudo con gafas de búho y vientre prominente», que fue su jefe: «… el señor Goines saca dos libros de la estantería, dos volúmenes separados por una distancia de unos treinta centímetros, con otros tres o cuatro libros entre medias. Tu jefe te pone los dos libros cerca de la cara, indicándote claramente que quiere que leas el número decimal Dewey pegado en el lomo, y solo entonces te das cuenta de tu error. Has invertido la colocación de los volúmenes, poniendo el primero en el lugar del segundo y dejando el segundo en donde debía estar el primero. Por favor, dice el señor Goines, con voz un tanto desdeñosa, no lo vuelvas a hacer. Si un libro se coloca donde no le corresponde, puede estar perdido durante veinte años o más, quizá para siempre».

El Cementerio o laberinto de los libros olvidados yacía en las profundidades de una antigua necrópolis en el corazón del Raval barcelonés, «la patria chica del insomne». Ciudad prohibida de libros y palabras, como las catacumbas en donde se refugiaban los antiguos cristianos, aquí se acogían los libros aquejados de persecución, extravío, silencio, olvido o peligro de destrucción (genitivo objetivo y subjetivo), como aquel libro maldito, que bien podía haber llevado por título el oxímoron de Lux Aeterna, «texto fundacional de una nueva religión de fanatismo, ira y destrucción que habría de prender fuego al mundo por siempre jamás». En un caso excepcional el Cementerio fue

sanatorio de una perseguida y patíbulo de su perseguidor. Todo laberinto tiene su minotauro.

El portón del Cementerio, bajo la arcada del portal de la fachada barroca, que olía a orines y a madera podrida, tenía un llamador con rostro de diablillo, que habría hecho las delicias de Jesús Herrán[303]. Ya dentro, Isaac Monfort, guardián o cancerbero, cuyo rostro recordaba al diablillo de la puerta, franqueaba el acceso al laberinto abriendo un cerrojo protegido por una carcasa de cristal repleta de relés y ruedas dentadas que sugería una caja de música a escala industrial. El arabesco mecánico de la cerradura se replegaba sobre sí misma como las entrañas del mayor reloj del mundo. Daniel Sempere, que tuvo el privilegio o el sino de entrar en el recinto cerrado, describiría cómo, «a una vuelta de muñeca, el mecanismo chasqueó como las entrañas de un autómata y vi las palancas y los fulcros deslizarse en un ballet mecánico asombroso hasta trabar el portón con una araña de barras de acero que se hundió en una estrella de orificios en los muros de piedra». Un sistema que podría haber sido sacado de Verne si no lo fuera de Kafka.

Daniel Sempere, apenas con once años, entró por primera vez en aquel Cementerio, a las cinco de la mañana, el día en que se despertó angustiado porque no recordaba el rostro de su madre, muerta seis años atrás. Entró de la mano de su padre, como remedio para su mal, y fue su padre, el librero Sempere, quien le dijo:

Este lugar es un misterio, Daniel, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. Hace ya muchos años, cuando mi padre me trajo por primera vez aquí, este lugar ya era viejo. Quizá tan viejo como la misma ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon. Te diré lo que mi padre me dijo a mí. Cuando una biblioteca desaparece, cuando una librería cierra sus puertas, cuando un libro se pierde en el olvido, los que conocemos este lugar, los guardianes, nos aseguramos de que llegue aquí. En este lugar, los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar algún día a las

manos de un nuevo lector, de un nuevo espíritu. En la tienda nosotros los vendemos y los compramos, pero en realidad los libros no tienen dueño. Cada libro que ves aquí ha sido el mejor amigo de alguien. Ahora solo nos tienen a nosotros, Daniel.

«Ahora solo nos tienen a nosotros, Julián», repetiría Daniel a su hijo varios años después. El eterno retorno.

Un corredor interminable conducía hasta un salón de proporciones euclidianas, con aire de basílica de tinieblas si no fuera por su inverosímil cúpula de cristal, de la que se filtraban cortinas de luz y tiniebla, administradas de modo variable por un encantamiento de espejos angulados. Un vasto laberinto arremolinado sobre sí mismo crecía en una conspiración de túneles, escaleras, arcos y puentes, que parecían brotar del suelo como el tronco de un árbol infinito hecho de libros en decenas de idiomas. El laberinto producía una suerte de murmullo de maderas viejas y papel que parecía estar en perpetuo, y casi imperceptible, movimiento. Diríase una aparición, una visión de ensueño que flotaba en una nube de luz espectral. El conjunto dibujaba una colmena tramada de escalinatas, pasarelas y bóvedas que dejaban adivinar una gigantesca biblioteca de geometría y perspectivas improbables. Se dice que aquella biblioteca inverosímil tenía su propia geometría heraclítea y resultaba casi imposible pasar dos veces por el mismo lugar. Nunca dejaba de producir embrujo y asombro la madeja de túneles que parecían ascender hacia la cúpula, una especie de arrecife en espiral en el que parecían haber naufragado todas las bibliotecas del mundo…

«Una catedral hecha de libros y palabras, una ciudad eterna construida con todos los libros del mundo, un sortilegio concebido a partir de todas las historias y todos los sueños del mundo». Y siendo esto así, como lo es, no solo habrían encontrado allí refugio las obras completas de Julián Carax y los ocho libros de la serie El laberinto de los espíritus, de Víctor Mataix, sino también la parte que sobrevivió del manuscrito de su Memoria de Tinieblas, «una suerte de crónica novelada de la guerra y de los años que le llevaron a prisión, que nunca llegó a ser publicada».

Habría muchas razones para contar por menudo la biografía de Julián

Carax, pero ya decía Víctor Mataix que la biografía es «el género más mentiroso de todo el catálogo». La sobrecubierta de La casa roja, obra primera de Carax, se limitaba a perfilarlo como «un joven de veintisiete años que había nacido con el siglo en la ciudad de Barcelona y ahora vivía en París, escribía en francés y ejercía profesionalmente como pianista nocturno en un local de alterne».

De La casa roja tenemos un resumen desvaído que no hace justicia a los desatados lectores que celebraron el privilegio de leerla. Pero si el desconocido poeta japonés de Paterson desconfiaba de las traducciones y llegaría a decir que «traducir poesía es como tomar ducha con chubasquero»[304], Clara Barceló, devota de la obra de Carax y experta en su brumosa vida y obra, recelaba de los resúmenes. Afirmaba que «en este mundo de sombras», en que «la magia es un bien escaso», aquel libro le cambió vida, pero intentar contar su argumento «sería como describir una catedral diciendo que es un montón de piedras que acaban en punta». Un libro que, por lo demás, a nadie le importaba, pues, el editor francés aseguraba que había vendido «exactamente 77 ejemplares», cifra que según Isaac Monfort podría haber ascendido hasta noventa en la edición española; en cualquier caso habría duplicado a la Historia universal de la infamia, que solo vendió treinta y siete[305].

Los datos de otras obras de Carax son exiguos y confusos. De El ladrón de catedrales solo nos ha quedado el título y el testimonio inseguro de un librero que creyó haberla tenido en sus manos una vez. De Nadie, el último párrafo, que Alicia Gris «llegó a aprenderse de memoria y que susurraba en voz baja cuando intentaba conciliar el sueño». Hay noticia de otra novela que «va de un asesino diabólico que vive oculto en los sótanos de la Biblioteca Nacional de París y utiliza la sangre de sus víctimas para escribir un libro demoníaco con el que confía poder conjurar al mismísimo Satanás». Se ha conservado un fragmento de El prisionero del cielo, donde nos pone en guardia sobre «esa bendita inocencia de quien, creyendo que el tercer acto es el último, nos viene a narrar un cuento de Navidad sin saber que, al pasar la última página, la tinta de su aliento lo arrastrará lenta e inexorablemente al corazón de las tinieblas». De su última novela, La sombra del viento, conocemos unas prometedoras líneas del principio, que seguramente iban a relatar la odisea fantasmagórica de un hombre en busca de su verdadero padre, designio al que ni Stevenson ni Verne se habían sustraído.

Junto a la veneración de sus lectores secretos, creció el biblioclasmo de sus adversarios. Durante años un insidioso personaje recorrió el mundo buscando los libros de Julián Carax para quemarlos. Pero la hija del guardián o cancerbero, Nuria Monfort, que sentía debilidad por las causas perdidas, logró rescatar un ejemplar de cada una de las obras de Carax, antes de que perecieran todas en un voraz incendio provocado en los almacenes de la editorial. Sabemos que Toni Cabestany, su editor, le publicó ocho novelas entre los años 28 y 36 del siglo XX. Es de creer que todas las obras, doblemente perseguidas, de Julián Carax estén sepultadas (o custodiadas) en algún rincón de la biblioteca del Cementerio, durmiendo el sueño —justo o injusto— de los libros olvidados.

Tenemos un testigo de excepción sobre la localización (¿exacta?) de La sombra del viento en las entrañas del laberinto: Daniel Sempere, que lo ha narrado así:

… el lugar en que iba a enterrar la novela se me reveló por casualidad. A mi derecha vislumbré una hilera de tomos sobre la desamortización debidos a la pluma del insigne Jovellanos. A mis ojos de adolescente, semejante camuflaje hubiera disuadido hasta las mentes más retorcidas. Extraje unos cuantos e inspeccioné la segunda hilera oculta detrás de aquellos muros de prosa granítica. Entre nubecillas de polvo, varias comedias de Moratín y un flamante Curial e Güelfa alternaban con el Tractatus Logico-Politicus de Spinoza. Como toque de gracia, opté por confinar el Carax entre un anuario de sentencias judiciales de los tribunales civiles de Gerona de 1901 y una colección de novelas de Juan Valera. Para ganar espacio, decidí llevarme el libro de poesía del Siglo de Oro que los separaba y en su sitio deslicé La sombra del viento. Me despedí de la novela con un guiño, y volví a colocar en su lugar la antología de Jovellanos, amurallando la primera fila…

Ya se sabe que, para camuflar una hoja, el bosque; para esconder un grano de arena, la playa; para encubrir un cadáver, una batalla, como dedujo el P. Brown; para ocultar un libro, la biblioteca. Es lo que hizo Borges con el Libro de Arena:

Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta.

Los libros no leídos tienen algo de cadáveres, observó el adolescente Julio en su orden alfabético. Isaac Monfort precisó que todo libro tiene alma. Si Virgilio pudo decir que sunt lacrymae rerum, ¿por qué no sunt lacrymae librorum? También los libros lloran, también ellos tiene alma. «El alma de quien lo escribió —estableció Isaac—, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte». Hubo quien llegó más lejos y sospechó que si se desmenuzaba la arquitectura de cada frase, si se descifrara la música de su prosa, podría llegarse a descubrir algo acerca del secreto de su autor.

Aún vagaban por la biblioteca otros fantasmas. Por supuesto, allí estaba Los pasos del cielo, obra primera de David Martín que menospreció la crítica, mientras elogiaba La casa de las cenizas, de su amigo Pedro Vidal, que en realidad había escrito él mismo en secreto: «¿Así juzgan ustedes? ¡Oh, preocupación, y cuánto puedes!»; los veintisiete tomos de La ciudad de los malditos, que se vio obligado a publicar bajo el «extravagante seudónimo» de Ignatius B. Samson, ciclo al que pertenecían La túnica carmesí y Daphne y la escalera imposible. Por entregas se había editado la serie de Los misterios de Barcelona, que ocasionó su despido pese al éxito de público. La tenebrosa historia de David Martín, un espíritu atormentado por sus propios demonios, cuyas fechas de nacimiento y muerte o viceversa permanecieron tan oscuras como los recintos más secretos de la biblioteca, corre parejas con la de Carax. Pero, como habría dicho el endemoniado David, «uno es lo que recuerda». O lo que recuerdan de él. Y Julián Sempere acabó por descubrir que aquel fantasma era su abuelo.

Otro fantasma fue Víctor Mataix, autor e ilustrador de los ocho libros de la serie El laberinto de los espíritus, y entre ellos las aventuras de Ariadna en una Barcelona todavía mágica: Ariadna y la catedral sumergida, Ariadna y el teatro de las sombras, Ariadna y el Príncipe Escarlata, Ariadna y las máquinas del Averno… Se dice que la serie del Laberinto estaba inficionada de algún sombrío maleficio que hacía acabar mal a quienes se aproximaban a ella. El mismo autor desapareció tras la guerra, mientras intentaba concluir el noveno y último libro de la serie. En 1939 fueron destruidos todos los ejemplares al alcance de la mano exterminadora. Mataix, que tenía el don de la elegancia aun bajo seudónimos y sombras, escribió en los años 30 la serie de La ciudad de los espejos. David Martín y Víctor Mataix escribieron novelas por entregas bajo seudónimo; amigos y colegas hasta en ser galeotes de la pluma y en sus desventuras carcelarias, firmaron juntos La orquídea de hielo, un serial para la radio. ¿Habrá que buscarla en el Cementerio?

Ni que decir tiene que en aquella secreta catedral inagotable, donde —con acento bíblico se dice— «los libros nunca mueren y nadie puede destruirlos», estaba alojada la propia historia de El cementerio de los libros olvidados. Si su autor fue Julián Carax —cuya prosa a Julián Sempere le parecía «forjada con luz» y a Alicia Gris le «hacía pensar en música y en pasteles de chocolate»— o Víctor Mataix, parcialmente siquiera, o Julián Sempere o incluso un Carlos Ruiz desaparecido en Los Ángeles un día de junio de 2020, solo Dios lo sabe. Y desde luego allí tiene que estar aquel diabólico Lux Aeterna de David Martín, que, incompleto o no, pretendía ser «una especie de texto sagrado, como si se tratase de la biblia de una nueva religión».

¿Hay que creer en un solo Dios? Ese es el principio del Credo cristiano. En todo caso exspectamus resurrectionem librorum.

* * *

En paralelo al subterráneo del Raval barcelonés, una historia bélica refiere que Madrid albergó en sus sótanos una Biblioteca Invisible. Por

los años 30, poco antes de la huida del rey y del triunfo de la república, llegó a Madrid una señorita de un cortijo andaluz, por nombre Tina —o Agustina Catalina— Vallejo de Mena. Pronto se afilió a una sociedad secreta, (des)conocida como la Biblioteca Invisible. Al principio quizá solo lo hizo como la aventura adolescente de una lectora impetuosa, pero al fin con la entrega vocacional que provocó la guerra. Es cierto que la organización empezó como un juego y tenía algo de cuento de hadas: «en mitad de una guerra, soñadores que salvan libros». Soldados de los libros.

Diríase que la censura corre parejas con el libro y es connatural con él. Ya durante la dictadura de Primo de Rivera, cuenta Tina el humorístico cambiazo del Don Perlimplín de Lorca por Los cuernos de don Friolera de Valle, para sacarlo de aquel depósito de cadáveres que era la sección de Pornografía de la Dirección General de Seguridad. La Biblioteca Invisible nació con el loable propósito de conservar esos libros para el futuro, cuando ya nadie pudiera censurarlos. Una forma de preservar la cultura para las generaciones venideras. ¿Era la Biblioteca Invisible el único refugio cuando el mundo se desmoronaba?

A veces la justicia poética traspasa la literatura. Madrid, antes de ser una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las penúltimas estadísticas), era una red de túneles que alguna vez fueron usados por Luis Candelas en sus fugas, casi comparables con las de Fanto Fantini. Se dice que la Biblioteca Nacional había comenzado en el pasadizo que conducía de la Casa del Tesoro al monasterio de la Encarnación para albergar una parte de la colección de libros que Felipe V tenía en el Alcázar. He ahí la justicia poética. El médico Carlos García Casas, antes de ser Guillermo de Azagra y Valdivia, había levantado el mapa de los subterráneos madrileños mientras trasladaba heridos en combate. En uno de aquellos pasadizos se había alojado el secreto de la Biblioteca Invisible. Una especie de caja fuerte como la de los bancos, iluminada por la luz eléctrica que se alimentaba de los generadores del metro. Tina Vallejo de Mena ha evocado así el momento en que entraron «con el aire reverencial de los creyentes al llegar a un lugar de culto» y vieron

… aquellas interminables filas de estanterías perfectamente ordenadas

con cientos de libros de diversas procedencias y antigüedad. […] Había muchos libros prescindibles, sobre todo de contenido picante, pero también había otros antiguos y de considerable valor, incluso algunos manuscritos. Se amontonaban en los estantes los libros de contenido feminista que las mujeres del Lyceum habían traducido; tomos y tomos de escritores rusos en diferentes idiomas, previos y posteriores a la caída de los zares; novelas góticas y del romanticismo; textos muy antiguos sobre teología y metafísica que no hubiera apreciado la Iglesia católica; algún tomo tan único como el Libro del Anticristo que yo misma había rescatado; panfletos anarquistas; incluso correspondencia manuscrita entre intelectuales.

El Libro del Anticristo, de Martínez de Ampiés, impreso en Zaragoza en 1496, «un incunable con hermosos tipos góticos y cuarenta y cinco xilografías de excepcional calidad», sujeto de extraños maleficios y objeto de tantas persecuciones… Una red de bibliotecarios en cadena, como quien apaga un fuego pasando cubos de agua de mano en mano, trasladó por la secreta escala, a oscuras y en celada, el depósito escondido hasta la Biblioteca Nacional, cuyos fondos parecían infinitos. Fue así como la Biblioteca Invisible pasó de la oscuridad de los túneles madrileños a perderse dentro de la Biblioteca Nacional, «un océano que se tragaba los libros y los hacía desaparecer». Porque —ya ha sido dicho— «no hay mejor sitio para esconder un libro que una biblioteca».

[303] Solo habría podido igualarlo un llamador en forma de ángel, «una pieza realmente exquisita», que permaneció milagrosa (¿diabólicamente?) intacto en la puerta de Éditions de la Lumière tras el incendio de las oficinas en París. Y tal vez pudo superar a ambos el de la gran puerta de roble labrado de El Ensueño, «cuyo llamador tenía la forma de una ninfa forjada en bronce con un modesto trébol sobre el pubis». Es de saber que El Ensueño del Raval era, dicho eufemísticamente, «un establecimiento elegante para una clientela selecta y con criterio […] que quedaba a pocos metros de ese palacio macabro que el conde Güell se empeñó en que Gaudí le construyese junto a la Rambla».

[304] Lo vimos en la película de Jim Jarmusch, Paterson (2016). Su nombre desapareció entre las sombras de la sala, pero sabemos que «respiraba poesía» y adoptó la forma y la figura de Masatoshi Nagase.

[305] Lo contó el propio Borges en una entrevista a Charbonnier: «Historia universal de la infamia, se vendió. Primero un ejemplar, después dos, después tres. En un año se habían vendido exactamente 37 ejemplares. Cuando me lo dijeron tuve una impresión de multitud: si se vende un libro de 10 000 ejemplares, es la abstracción…, es como si no se hubiera vendido ningún ejemplar. Mientras que 37 personas podemos imaginárnoslas; 37 compradores son hombres o mujeres que viven en calles distintas, que tienen distinta cabeza, distinto pasado… ¡Quería conocerlos, agradecerles personalmente! Vender 5000 ejemplares es tan enorme que casi es la nada. // Así, pues, en un año se vendieron 37 ejemplares. Y yo me sentía muy contento. En ese tiempo un escritor no soñaba con vender sus libros. Todo el libro era un poco secreto. Quizá esto fuera bueno para la literatura. Todo lo que iba a prostituirla al público, los best-sellers, todo eso vino después. En mi época no podíamos prostituirnos: no había quien comprara nuestra prostitución. ¡Y era mejor! Se escribía para un pequeño cenáculo, para algunos amigos y para uno mismo. Quizá fuera mejor para la literatura» (Entrevistas de Georges Charbonnier con Jorge Luis Borges, México: Siglo XXI, 4.ª ed. corregida, 2000, pp. 76-77).

La biblioteca de Babel

[J. L. BORGES: Ficciones]

Maurice Maeterlinck, que tenía una colmena de observación en su propio gabinete de trabajo, aseguraba que una de esas colmenas podría instalarse, «sin inconveniente ni peligro alguno», en una biblioteca por ejemplo. Más tarde habla de ese instinto hexagonal, inscrito en el espíritu de la abeja, que le permite multiplicar su geométrica arquitectura.

La arquitectura de la Biblioteca de Babel, quizá la biblioteca por antonomasia, obedece al mismo instinto hexagonal. El autor de los pocos datos fiables de que disponemos da una definición inevitablemente funcional, a saber: biblioteca es un «ubicuo y perdurable sistema de galerías hexagonales». El «dictamen clásico» apenas modifica la inesencialidad de semejante definición: «La biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible». Ya se ve: nada más lejos de las definiciones esenciales imaginadas por Porfirio, nada más ajeno al árbol porfiriano del género próximo y la diferencia específica. Solo sabemos que la Biblioteca de Babel, que otros llaman universo, «se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales»: podría haber sido diseñada por Escher.

Nadie puede jactarse de haber conocido al fundador, nadie de haberse remontado a su principio. Y, sin embargo, he ahí la inenarrable paradoja: en algún estante de la biblioteca debe estar el libro que aclare el origen de la Biblioteca y del tiempo. Porque, si la Biblioteca existe ab aeterno —una verdad «cuyo corolario inmediato es la eternidad futura del mundo», y de la que «ninguna mente razonable puede dudar»—, si en ella se contienen todos los libros, si «basta que un libro sea posible para que exista», hay que concluir que la explicación de la Biblioteca se oculta en algún lugar de la misma Biblioteca. Aún habría que extraer una penúltima conclusión: en algún lugar de la Biblioteca debe existir un libro que los contenga todos, «un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás».

Más aún: si la Biblioteca de Babel contiene todos los libros pasados, presentes y futuros, no es insensato aventurar que contiene también los conjuntos, es decir, las bibliotecas. Incluso las bibliotecas solo oníricas o imaginadas, como la soñada por Berit Bøyum bajo los hielos septentrionales. En su inocencia infantil Berit creía que la Biblioteca mágica de Bibbi Bokken, excavada en el interior de la montaña debajo del glaciar de Jostedal, el glaciar más grande de Europa, podría permanecer hasta el juicio final. Pero la de Babel, por infinita y eterna, no tiene términos que la limiten.

Como le ocurría a Agustín de Hipona ante el misterio de la Trinidad, es casi invencible la tentación de intentar comprender, «con el humano entendimiento», el misterioso número de libros —todos— que forman la Biblioteca —unica aut sola—. Adam Walker, que, como hemos visto, estuvo empleado durante el verano de 1967 en la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia (una biblioteca al fin y al cabo finita y limitada, pese al vasto y pretencioso edificio neoclásico concebido por James Gamble Rogers y a los nombres de los ilustres muertos cincelados no sin bochorno en la fachada: Heródoto, Homero, Platón…), al contemplar las «altísimas estanterías metálicas de color gris, todas ellas llenas de libros hasta el límite de su capacidad, miles de volúmenes, decenas de miles, centenares de miles, un millón», se preguntaba —«anonadado, angustiado, incluso asqueado»—, cuántos miles de millones, cuántos billones de palabras podrían contener aquellos libros.

Hubo un momento en que también yo cedí a la pretensión de conocer el número de libros que contiene la Biblioteca de Babel, siquiera hubiese de ser expresado en forma de potencia matemática. Sabemos que «a cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles» y que «cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme». La operación sería sencilla aun con resultados ingentes; su dificultad estriba en el desconocimiento del número de hexágonos. La sospecha de infinitud es discutible, dada su localización en el vasto universo, o incluso su confusión con él. Si la cota de Bekenstein establece en $10^{10^{123}}$ el número de posibilidades posibles, habría que concluir que el número de libros que pueblan la Biblioteca no puede exceder la cifra final de un uno seguido de 1.230 ceros.

Pero, como ya advertimos al recorrer la biblioteca de Alejandría, en 1904 el profesor Wallhausen contradijo esta cifra. Con precisión

matemática él había llegado a la conclusión de que la biblioteca universal contendría un número de libros equivalente a $10^{2000000}$, es decir, «un uno seguido de dos millones de ceros», o, para ser más intuitivos, «la cifra impresa tendría cuatro kilómetros de larga». Calculando una media de dos centímetros de lomo por volumen y, bien empaquetaditos, mil volúmenes por metro cúbico, el resultado es que «haría falta para contenerla todo el universo hasta las últimas nebulosas lejanas que resultan visibles». El profesor Wallhausen desconocía aquel volumen en octavo, encuadernado en tela —Holy Writ en el lomo, Bombay abajo—, cuyo «número de páginas es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última». En cuanto libro, debe estar en la Biblioteca de Babel; en cuanto infinito, debe contener la propia Biblioteca.

Porque la Biblioteca de Babel contiene «todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito». Y todo ello se ha conseguido con un número de signos ortográficos limitado: veinticinco[306].

Como la Biblioteca abarca todos los libros, incluido este mágico gabinete, el autor apenas se detiene a especificar. Sabemos al menos de la existencia de tres títulos: Trueno peinado, El calambre de yeso y Axaxaxas mlö[307]. También, que otro libro muy consultado en su zona, aunque «mero laberinto de letras», dice en su penúltima página: «Oh tiempo tus pirámides». Quizá su indiferencia hacia el libro concreto se deba a que «los libros nada significan en sí». (¿Tal vez por eso había de quemarlos Pepe Carvalho, con implacable método, con una tenacidad no exenta de desasosiego?). En todo caso, esa Biblioteca interminable, donde no hay dos libros idénticos, que contiene todos los libros pasados, presentes y venideros, con todas las glosas y corolarios imaginables, perdurará aun después de la extinción de la especie humana.

Basta que un libro sea posible para que esté en la Biblioteca de Babel… Hay uno de Frank J. Tipler, titulado La física de la inmortalidad, que posee la triple virtualidad de ser un manual de cosmología moderna, un tratado de teología y una novela de ciencia ficción. En su página 290 leemos que «todas las historias que podrían existir de hecho existen. Solamente no existen a lo largo de nuestra trayectoria de fase», es decir, la propia vida terrenal y su entorno. El libro de Tipler también estará en la Biblioteca. Por esta vez, del posse al esse valet illatio.

Y desde luego, los libros de J. L. B. Siete títulos en dieciséis años, éxitos todos: Último beso en Wall Street, Peculio, Dólar, La niña que sabía contar, La hija del yen, Poseer y El señor de las monedas. Antes de que el lector siga haciéndose cábalas o desatando improperios, aclararé que J. L. Babel (J. L. B. para sus lectores) es el creador de un género literario denominado realismo capitalista. El propio J. L. B. se lo explicó a Benjamin Malaussène de modo contundente:

Sí, el realismo capitalista, o realismo liberal para ponernos al gusto del día, es, en efecto, lo exactamente simétrico del difunto realismo socialista[308]. Donde nuestros primos del Este contaban, en sus novelas, la historia de la heroica koljocista enamorada de un tractorista de mérito, pasión común sacrificada a las exigencias del plan quinquenal, yo cuento la epopeya de las fortunas individuales, ante cuya ascensión nada puede resistir, ni las demás fortunas, ni los estados, ni siquiera el amor. En mí gana el hombre, siempre, ¡el hombre de empresa! Nuestro mundo es un mundo de tenderos, señor Malaussène, y me he propuesto proporcionar lectura a todos los tenderos del mundo. Los aristócratas, los obreros, los campesinos tuvieron derecho, en el decurso de las épocas literarias, a sus héroes; ¡pero los comerciantes nunca! Balzac, dirá usted. Pero Balzac es el reverso del héroe por lo que se refiere al comercio, ¡el virus analítico, ya! Yo no analizo, señor Malaussène, ¡contabilizo! El lector que yo busco no es el que sabe leer, sino el que sabe contar. Pues bien, todos los tenderos del mundo saben contar y ningún novelista ha hecho de ello, nunca, un valor novelesco. ¡Yo sí! Y soy el primero. Resultado: doscientos veinticinco millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, «en el día de hoy», como habría dicho mi nodriza[309]. He elevado la contabilidad al nivel de la épica, señor Malaussène. Hay en mis novelas enumeraciones de cifras,

cascadas de valores bursátiles, hermosas como cargas de caballería. Una poética a la que se muestran sensibles los comerciantes de cualquier pelaje. El éxito de J. L. B. se debe a que, por fin, he dado su representación mítica a la multitud mercantil. Gracias a mí, los comerciantes tienen, a partir de ahora, sus héroes en el Olimpo novelesco…

Para los puntillosos y descreídos solo precisaré que quien desembarcó «en la unánime noche» fue el forastero que abrió Las ruinas circulares; sin embargo, «Es la hora unánime del telediario» no fue idea de ningún J. L. B., sino de Benjamin Malaussène. Y, por cerrar el otro laberinto, «un inmenso y unánime presidio» es cosa de A. B. C.

* * *

«Toda la humanidad es como un libro», decía uno de los sermones de John Donne que leía con avidez Helene Hanff[310]. Lo leía en voz alta, pues «a Donne —decía— hay que leerlo en voz alta: es como una fuga de Bach».

Cuando un hombre muere —proseguía el sermón—, no se arranca un capítulo del libro, sino que se traduce a un lenguaje mejor. Y todos los capítulos deberán ser traducidos de esa manera. Dios emplea varios traductores: algunos fragmentos son traducidos por el paso de los años; otros, por la enfermedad; otros, por la guerra; otros, por la justicia; pero la mano de Dios volverá a encuadernar las hojas esparcidas por esa gran biblioteca, donde todos los libros estarán abiertos los unos para los otros.

No es improbable que Franklin también hubiera leído a Donne. En todo caso escribió el siguiente epitafio para su propia tumba, que un bibliómano parodió para la suya:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE B. FRANKLIN, IMPRESOR.

COMO LAS TAPAS DE UN LIBRO VIEJO,

SU CONTENIDO ARRANCADO Y DESPOJADO

DE SUS TÍTULOS Y ADORNOS.

MAS LA OBRA NO SE PERDERÁ;

PUES, COMO CREYÓ, APARECERÁ DE NUEVO

EN UNA EDICIÓN NUEVA Y MÁS ELEGANTE,

CORREGIDA Y MEJORADA POR EL AUTOR.

Es evidente que Benjamin Franklin, en tanto que escritor, lector o libro, se halla en la Biblioteca de Babel. Pues no en vano dijo el poeta:

Nuestras vidas son los libros

que dan a la Biblioteca

de Babel.

Como esta biblioteca imaginaria, que es la última.

[306] Es decir, la coma, el punto, el espacio y las veintidós letras del alfabeto. Obsérvese la sorprendente similitud con las palabras preliminares que puso nuestro ya conocido Froilán Escobar al Vocabulario de Belarmino: «Max Müller dice que, colocando las veintitrés o veinticuatro letras de los abecedarios en todas las combinaciones posibles, se obtendrían todas las palabras que han sido empleadas en todos los idiomas del mundo y todas las que se hayan de emplear». A Nils Bøyum, que creía que «un libro es un mundo mágico repleto de pequeños signos que pueden resucitar a los muertos y darles vida eterna», le parecía «inconcebible, fantástico y mágico que 27 letras de un alfabeto pudieran componerse de tantas maneras que alcanzasen a llenar enormes estanterías de libros y que nos introdujeran en un mundo que nunca acaba, que seguirá creciendo y expandiéndose mientras haya seres humanos en la tierra». En la Anatomía de la melancolía, allá por 1621, ya Burton intuyó las variaciones de las 23 letras. Nihil novum.

[307] Ignoro el idioma en que está escrito este último, y así, no puedo asegurar que su primera palabra, merced a alguna rara declinación, encierre una referencia al delta de Axa, que, junto con las tierras bajas de Tsai Jaldún, define la frontera sur de Uqbar. Nadie ignora que en las islas del delta de Axa «procrean los caballos salvajes».

[308] A decir verdad, no menciona para nada el «realismo mágico». Los subrayados del discurso de J. L. Babel son míos.

[309] Y, por lo menos, el Yomandísimo en su parte de guerra final, y un glosador apócrifo conocido como Jesús Torbado.

[310] Helene Hanff dejó testimonio de su fervor por Donne en 84, Charing Cross Road. Por esos caprichos del azar citó el sermón pero olvidó incluir este fragmento. Lo haría David Jones en La carta final, película derivada.

La biblioteca celestial

[FRED SCHEPISI: El genio del amor]

Acabamos de salir de la biblioteca de Babel pensando que era la última. No lo era. Porque incluso la de Babel es de este mundo, aun cuando sea tan platónica como los números infinitos. El narrador de «El reincidente» todavía imagina que «las doradas puertas de la Bienaventuranza» se hallan al final de una «espesa cúpula de niebla, en el blanco silencio de la Cumbre Eterna». Pero, en rigor, la última solo puede ser la celestial. Su localización es tan incierta como la de las partículas elementales. Y es que la última ha de estar más allá del tiempo y del espacio, en un lugar que no lo es, y que hemos dado en llamar empíreo, cielo o paraíso.

Hubo otro paraíso en los orígenes de la ficción. Allí hay un famoso epitafio que puso Adán en la tumba de Eva: «Donde ella estaba, estaba el paraíso». Paul Bentley y Mary Lou Borne, «posiblemente la última generación de personas en la Tierra, un lugar sin niños ni futuro», entre una serpiente robótica y una fruta de plástico parecida a un mango hicieron de una biblioteca su particular paraíso, porque en el fondo la ciencia del árbol era la de la lectura, un potencial peligro. Robert Spofforth, Máquina Nueve, el robot más fuerte e inteligente jamás fabricado por el ser humano, decano de la Universidad de Nueva York, en la cual «la enseñanza de la lectura es un crimen», explicaba por qué: «Leer es algo muy íntimo. Te acerca demasiado a las emociones y a las ideas de los demás. Te altera y te confunde». Allí, además, la lectura estaba penada por ley: «La lectura es la transmisión detallada y fidedigna de ideas y emociones por medios solapados. Supone una grave Invasión de la Intimidad y una violación directa de la Constitución de la Primera, la Cuarta y la Quinta Edad. La enseñanza de la lectura es asimismo un crimen tanto contra la Intimidad como contra la Persona. De uno a cinco años en ambos casos». Acaso para alcanzar el fruto prohibido Mary Lou Borne quiso aprender a leer y, parodiando el epitafio de Eva, empezó a sospechar que donde estaba la biblioteca estaba el paraíso. Jacques Bonnet, que no ignora la definición de Borges («El paraíso es una biblioteca») ni la de Bachelard («¿No es el paraíso una inmensa biblioteca?»), ha

preferido «por agnóstica prudencia» invertirla en esta otra: «La biblioteca es lo que más se acerca al paraíso terrenal»[311].

Si, según Chamfort, «el mundo y la sociedad recuerdan una biblioteca», quizá no sorprenda que también hayamos imaginado el cielo como otra: los humanos hemos dado en imaginar a los dioses igualmente humanos, solo que más bellos, más altos, más inteligentes; sobre todo más duraderos y todopoderosos, y con harta frecuencia no poco coléricos y vengativos. De Borges, en efecto, se dice que no concebía un mundo sin libros, como otros no lo conciben sin árboles[312] o sin pájaros, o como Carmen, la pianista de Mur Oti, no lo concebía sin pianos. En el «poema de los dones», Borges se «figuraba el Paraíso / bajo la especie de una biblioteca». Bien es cierto que Gospodínov lo ha glosado a su modo en la Física de la tristeza: «Tras todas las pruebas de que la historia de los últimos cuatro mil millones de años está escrita en el ADN de los seres vivos, la sentencia "el universo es una biblioteca" ha dejado de ser una metáfora. Vamos a necesitar un nuevo alfabeto. Tenemos mucha lectura por delante. Se figuraba don Jorge Luis el paraíso como una biblioteca sin inicio ni fin y probablemente, sin sospecharlo, imaginaba ya los estantes infinitos del ácido desoxirribonucleico. // Yo soy libros» (pp. 75-76).

Hace casi cuatro siglos, Gracián imaginó la biblioteca celestial no tanto como «un estante de libros, cuanto Atlante de un Cielo», coronando todas las mansiones eternas y «repartiendo estrellas en libros». Critilo exclamó ante aquel «no ya camarín, sino sagrario, inmortal centro del espíritu»:

—¡Oh, fruición del entendimiento! ¡Oh, tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfacción del alma, paraíso de la vida! Gusten unos de jardines, hagan otros banquetes, sigan estos la caza, cébense aquellos en el juego, rocen galas, traten de amores, atesoren riquezas, con todo género de gustos y de pasatiempos; que para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta librería (Criticón, II, 4, final).

¿Cómo serían las «estrellas en libros»? La abuela de Ed Walters solía decir que «las estrellas eran agujeros que un pájaro carpintero hacía

en el cielo». Quizá no fuera muy científico, pero sí muy plástico. Enis Batur sueña a veces —si sueño o pesadilla no lo sé, solo Dios lo sabe— con un Libro Infinito en que «cada sílaba es de bronce; algunas frases de azófar; en ciertas páginas la piedra gira y se estrella con la dureza absoluta del basalto…». Pero ¿cómo es una sílaba de bronce o una frase de azófar? El azófar fue bueno para una bacía de barbero; el bronce, para campanas y cañones; pero Pablo de Tarso rebajó a la criatura sin amor al ínfimo plano de la esfera: el de «bronce que suena o címbalo que retiñe» (1 Cor 13, 1). Sabemos que la Jerusalén celestial era de oro puro; sus murallas y cimientos, de jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, ónice, cornalina, crisólito, berilo, topacio, crisoprasa, jacinto y amatista; y, finalmente, las doce puertas de la ciudad eran doce perlas (Ap 21). Quizá, cuando el poeta cordobés escribió en su Soledad primera el endecasílabo «en campos de zafiro pace estrellas», un soñador de delirios pensaría en una de las líneas diamantinas de aquel Libro Infinito.

Pero tal vez fue el Einstein de Schepisi el que, vislumbrando desde la cama del hospital el otro lado de la bóveda celeste, llegó más lejos y le dio su forma definitiva: «Siempre he imaginado el cielo como una gigantesca biblioteca», dijo. Y apostilló con su poco de socarronería: «Solo que no puedes llevarte los libros».

En mis tiempos eso se llamaba socializar. No es imposible que hayáis oído hablar de Gousse, aquel original personaje sin principios «que no tenía más moral de la que hay en la cabeza de un lucio». Robaba los libros que Diderot necesitaba, y cuando este le preguntó de dónde los sacaba, y él respondió con notable indiferencia que «de la biblioteca del profesor de la Sorbona», Gousse se justificó diciendo que no estaba sino ejerciendo una suerte de justicia distributiva: «No he hecho más que desplazar los libros de la mejor manera, transfiriéndolos de un lugar donde eran inútiles a otro en el que se iba a hacer un buen uso de ellos». ¡Pronunciaos después de esto sobre el comportamiento de los humanos![313].

El cielo es el lugar de la imaginación. «André Maurois lo concebía como un gabinete de trabajo donde poder escribir sin esfuerzo una novela inacabable. Para unos y para otros, las figuraciones del cielo son variadísimas, incontables. Y ocurre, además, que todas son

exactas: “allí habrá todo cuanto quieras, solo dejará de haber lo que no quieras” (S. Agustín, De spir. et anima 64)».

Esto lo escribía José María Cabodevilla en 1956[314], valiéndose de Agustín de Hipona para ejercitar su característica ironía. Más adelante él mismo se preguntaría en otro por el destino de los libros y si subsistirían en el paraíso. Y Cabodevilla, que una vez tuvo la audacia de acercarse al cielo en palabras terrenas, siguió razonando de esta ingeniosa manera:

Hay quien piensa que, excepto algunos títulos que serán pasto de las llamas, los demás libros irán al cielo junto con sus autores. De estos y de todos los hombres está escrito: «Van acompañados de sus obras» (Ap 14, 13). ¿Una interpretación demasiado parcial del sustantivo? No por estar impresas dejan de ser obras.

Pero Cabodevilla, cuyo sentido del humor chestertoniano es proverbial y no lo perdió ni en los umbrales del reino de la luz (o de las sombras), prosigue y concluye así:

En cualquier caso habría que precisar que los libros tendrán en el cielo otras funciones distintas de las que aquí tuvieron, aunque siempre serán funciones honrosas. Si el libro es grande, servirá para hacer peso sobre la aureola de un santo recién encolada; si es pequeño, para calzar la pata defectuosa de una mesa. Con un volumen de cuatrocientas páginas, no importa su tamaño, se podrán hacer doscientos barcos de papel. Quince libros, uno encima de otro, serán suficientes para llegar hasta la repisa donde se guarda la mermelada de arándano. De cincuenta a sesenta harán falta para subir a la sala donde se reúnen cada jueves aquellos santos que la Iglesia elevó al rango de Doctores.

Nada menos. Se sabe que el autor tenía una jaula en su estudio, y en ella, encerrada, una pajarita de papel.

El lugar de la imaginación, dijimos. Una imaginación que a veces resulta mudable y antojadiza. También Alec Graham visitó la Jerusalén Celestial. Pero cuando llegó a la «Nueva Jerusalén», constató algo inadmisible: «Quienquiera que fuese el que la diseñó, la Ciudad Santa tiene un fallo importante, en mi opinión… y no me importa si me dicen que mi presunción en enjuiciar el diseño de Dios es blasfema. Es un fallo y grande. Le falta una biblioteca pública». ¿Miró bien? La lógica de Genoveva Villar, hija del riquísimo ganadero andaluz Victorino Villar, parece desmentirlo. Ella, fumando en una boquilla que tenía grabadas dos uves en oro, razonaba:

Si de verdad hay un cielo y un infierno, como nos han contado, se diferenciarán por la cantidad de libros que tengan uno y otro. En el cielo estarán todos los escritos alguna vez, los libros prohibidos y los libros por escribir. ¿Te imaginas tener acceso a la literatura que todavía no es ni siquiera inspiración y que desarrollará gente que no esté ni en proyecto porque sus abuelos o bisabuelos aún son niños? Sí, eso debe de ser el cielo. Y en el infierno no habrá libros. O peor: solo habrá libros de recetas.

Pero Veva confesaba a continuación:

Hay una variante de ese infierno que imagino: que sea una biblioteca tan extensa como la del cielo, pero que al abrir los libros se deshagan o ardan espontáneamente. O peor: que nadie sea capaz de leerlos. De hecho, a menudo sueño que he olvidado cómo se lee y se me encoge el corazón.

«¿Quién / juntara tanto infierno a tanto cielo?». Quevedo no lo decía de los libros, sino del amor (o los amores). Pero sucede que —lo vimos al final del exilio de Hortensia— «los caminos del infierno no tienen nada de particular; pero de entre los que llevan al paraíso nunca hay

dos iguales».

Borges concluyó unas consideraciones sobre el libro con estas palabras: «No sé si hay otra vida; si hay otra, deseo que me esperen en su recinto los libros que he leído bajo la luna con las mismas cubiertas y las mismas ilustraciones, quizá con las mismas erratas, y los que me depara aún el futuro». Ya sea la eternidad un laberinto, como sospechaba Borges —¿quién si no?—, o solo la infinita derrota de «un dios capaz de construir relojes, pero no el tiempo que miden», como diagnosticó Kris Kelvin, podríamos pensar que ese lugar fuera del tiempo y del espacio jamás repudiaría una bibiblioteca. J. A. Cordón y María Muñoz Rico han recogido unas líneas de Víctor Muñoz Ramírez que vienen como de molde para colofón de la biblioteca celestial:

Si la bibliofilia fuese una religión, su cielo sería una inabarcable biblioteca, en cuyos estantes aguardarían los libros creados, aquellos que están por crearse y los que son imposibles de ser escritos. Los guardianes de los libros, como santos, serían aquellos que hicieran de la fe su propio objeto de amor o, en otras palabras, aquellos que convirtieron el propio libro en literatura. Borges se habría ganado a pulso el honor de ser el director principal de la biblioteca. Pero su ayudante, si no su inmediato subalterno, sería Stanisław Lem.

Pese a Kris Kelvin, mi amigo Juan Poza, que nunca ha perdido la esperanza de alcanzar el paraíso, no tiene en cambio la certeza de que sea una biblioteca y menos un laberinto de tiempo. Él confía en que será un lugar sin límites, mucho más literal que el de Donoso, a saber: un inmenso auditorio musical, con Bach como organista supremo; Vivaldi, il prete rosso, concertino, y Handel, la batuta primordial. No es imposible que, revoloteando entre las trompetas —no del Apocalipsis, sino del órgano— y rozando con el ala una tiorba o una «república de cuerdas», como llamó al arpa la otra Dorotea[315], pueda ver por allí los siete ángeles que coronan con sus instrumentos La Virgen de las rosas de Schongauer, o cuando menos algún ángel músico de Melozzo da Forlì[316].

[311] J. Bonnet: Bibliotecas llenas de fantasmas, p. 19.

[312] «Yo no imagino paraíso, ni vida de ultratumba por espléndida que sea, en que no tuviesen un sitio tal magnífica haya de la Sainte-Baume, tal ciprés o tal pino parasolado de Florencia o de una humilde ermita vecina de mi casa…» (M. Maeterlinck, La inteligencia de las flores, XXV). Y a Mario Conde, expolicía de la Habana dedicado al «veleidoso negocio de la compra y venta de libros viejos», le parecía que «el olor de la tierra recién regada, el perfume matinal de las flores, el cielo azul sin la mácula de una nube y el canto de un sinsonte desde el follaje de un aguacate cargado de frutos eran componentes extraordinarios de la vida, regalos de la naturaleza sin los cuales no era posible vivir».

[313] Denis Diderot: Jacques el fatalista. Trad. de Ana María Holzbacher. Madrid: Gredos, 2002, p. 129.

[314] J. M.ª Cabodevilla: Señora nuestra, cap. XXX, Madrid: BAC, [4]1975, p. 354. Los textos siguientes, en Orar con las cosas, pp. 252-53.

[315] La de Lope de Vega: La Dorotea, act. ii, esc. 5.ª. Madrid: Castalia, 1980, p. 191.

[316] Quisiera ocultar a Juan Poza que hay otro ángel músico, el ángel Mirar —Teófilo Belais para los humanos—, rebelde por haber pertenecido a la facción enamoradiza del Génesis (me refiero a la que, videntes filii Dei filias eorum quod essent pulchrae acceperunt uxores sibi ex omnibus quas elegerant [«viendo que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron por esposas todas las que les agradaron»]: Gn 6, 2). Pues bien: este ángel músico nos ha revelado que «el problema está en la orquestación, porque en el paraíso no conocíamos más instrumentos que el arpa, el salterio y el órgano hidráulico». ¿Nada que no puedan arreglar el organista supremo y la batuta primordial?

Coda

Mi intención primera fue hacer una Enciclopedia de las bibliotecas con el mismo rigor y exactitud que la de los muertos. Al llegar aquí compruebo con alivio lo quimérico del empeño, lo agotador de la tarea. Excepto poco más de seis docenas apenas esbozadas, el resto de las bibliotecas dignas de mención ha quedado sin nombrar. Una biblioteca mágica como la del archivero Lindhorst apenas si nos permitió advertir que en sus estantes estuvo alguna vez el estudiante Anselmo, encerrado en un frasco de cristal. Por lo demás, todas, excepto quizá la de Babel, ofrecen alguna carencia.

Del Diccionario de todas las palabras indecentes usadas en todos los países del mundo solo sabemos que alguna vez se vendió en la librería de Léujin y que su precio era de 7 rublos. Pero el paradero de otros es mucho más incierto: ¿Donde hallar, por ejemplo, La vida de Ginés de Pasamonte, escrita por él mismo? ¿O Los monederos falsos, del enigmático Édouard X.? ¿O incluso La barra fija, de Passavant[317], calificada de «una nueva Ilíada» en un momento de fervor? ¿O aquella obra de Philip Quarles sobre «lo asombroso de las cosas más obvias»[318]? ¿O Los ídolos, de Lucio Sansilvestre? ¿O La gloria de un mal recuerdo, de Hans Britneim, que a los sesenta años adquirió celebridad y éxito con su única novela, tras haberse pasado la vida fatigando «la pluma con resúmenes y comentarios, epigramas y libelos»? Jeffrey Aspern pasa por ser «uno de los más brillantes cerebros de su tiempo», y «uno de los hombres más geniales y físicamente perfectos»: ¿queda alguna copia ignorada de las cartas y papeles que envió a Juliane Bordereau? ¿Dónde fue a parar el cuaderno secreto de Adrian Leverkühn, que estuvo en poder de Serenus Zeitblom hasta su muerte? ¿Dónde Las margaritas, de Lucien Chardon de Rubempré, aquella colección de «divinos sonetos del Petrarca francés», que el librero Dauriat compró pero se negaba a imprimir[319]? ¿Dónde el texto secreto del Elogio de la distracción, de Amedeo…, un hombre «tan amable y tranquilizador», aunque «también el más ignorado y evasivo»? ¿Dónde encontrar una copia, siquiera manuscrita, de aquel hondo y conmovedor soliloquio titulado Rosencrantz habla con el Ángel, del judío sefardí David Jerusalem, que murió «el primero de marzo de 1943» en el campo de

concentración de Tarnowitz? ¿Qué fue de los Himnos de la colina, de Adam Wayne, aquel «impetuoso y apasionado muchacho de diecisiete años…, uno de esos hombres que viven en la frontera del país de los sueños»[320]? ¿Qué ocurrió con el Manuscrito de Samarcanda: se hundió realmente con el Titanic, o desapareció tan misteriosamente como la princesa Xirín, su última poseedora? Y, lo que es más deplorable, ¿dónde está esa probable trilogía constituida por El ciprés derribado, Funeral por un mosquito sin entusiasmo y Libertad, tres obras imaginadas, pero nunca escritas, por el anarquista Pablo Bernárdez? Hablando de trilogías, ¿qué fue de la última de Pursewarden, «que dio tanto que hablar» —aun inconcluso el último volumen— y que llevaba el reconfortante título de Dios es un humorista? ¿Qué del libro de Jacob Arnauti, Moeurs, a pesar de haber sido «reeditado varias veces, allá por el treinta y tantos» y del que el propio Pursewarden dijo que «es la obra de un lettré nato, desde luego, y despide un elegante olor a sobaco y eau de javel»[321]?

Todo el mundo ha leído Las desventuras del joven Werther: ¿pero quién ha sido el feliz mortal que ha conseguido un ejemplar de Las alegrías del joven Werther de Maria Wutz[322]? El Mesías de Klopstock (traducido por Cecilio Navarro como La Mesíada) conoció varias ediciones en vida de su autor: ¿pero dónde hallar la del Mesías del mismo Wutz, que «entretejió en el canto sexto a su esposa, a sus hijos, sus campos y su ganado»? A quien haya leído Oblómov, El barón rampante o La escapada (la de Hidalgo Bayal), es altamente probable que —por la «estética del rechazo», por ese «símbolo de la renuncia» como Bartleby—, le hubiera gustado leer La bañera, de Frédéric Koskas, «la historia de un adolescente que se niega a salir del cuarto de baño y decide vivir en la bañera»: era su primera novela y, aunque Gérard Despero la consideraba «una parábola tremenda del mundo contemporáneo», también fue un fracaso total. ¿Alguien ha visto un ejemplar a estas alturas? Cualquiera puede tener en su biblioteca el libro de Thomas de Quincey, Del asesinato considerado como una de las bellas artes: ¿pero dónde encontrar De la cocina considerada como música de órgano, de Sinouls, organista de Santa Gúdula, obra quizá inacabada como una sinfonía de Schubert, en la que el autor «componía sus menús como programas de órgano, sirviéndose de las especias como registros»? La página 33 de las 1080 recetas de brujería, de A. Bracadabra, ocasionó singulares transformaciones en cierta biblioteca municipal, pero (¿por desgracia o por fortuna?) nada ha vuelto a saberse del libro ni de la página arrancada con su extraña

fórmula. Pío Cid quemó la edición completa de sus aventuras africanas, y hasta la fecha se cree que no sobrevivió un solo ejemplar; si bien, según Adolfo de la Gandaria, «el único ejemplar que hay en España [lo tiene] un cura que dice misa en San Ginés». Teniendo en cuenta que el cura de San Ginés habrá ya fenecido, ¿debemos darlo por traspapelado o traslibrado? En todo caso no aparece en ningún catálogo de viejo (salvo que lo pase en silencio el librero del madrileño Pasadizo de San Ginés).

Podríamos seguir preguntando ad infinitum. En la indecisa frontera entre la realidad y la ficción, Bouvard y Pécuchet se preguntaban: «¿Cómo hacerse con L'Astucieuse Pythonisse, comedia en verso de un tal Dutrésor, representada en Bayeux y actualmente una de las más raras? Bajo Luis XIV, Hérambert Dupaty, o Dupastis Hérambert, compuso una obra, que nunca se ha publicado, llena de anécdotas sobre Argentan: habría que encontrar esas anécdotas. ¿Qué ha sido de las memorias autógrafas de Madame Dubois de la Pierre, consultadas para la historia inédita de Laigle por Louis Dasprès, cura párroco de Saint-Martin? Otros tantos problemas, de curiosidades por aclarar». De los Cantos y baladas de Carlos Oribe —diecisiete años, alto, encorvado, corto de vista— dijo el tortuoso Juan Luis Villafañe que «son la indisputable adquisición de los hombres, que los cantarán y los elogiarán infatigablemente»: más disputable es la adquisición de un ejemplar.

No hay lugar para resolver tantos enigmas. ¿Dónde están las memorias del Indio González Lobo? ¿Dónde está la Elegía del Imperio Austro-Húngaro, de «aquel injustamente olvidado segundón de la generación del 98 que fue el malogrado vate don Jacinto Batalla y Valbellido, gongorino acérrimo, que terminó muriendo maestro de escuela en una perdida aldea de Morelos»[323]? ¿Dónde Los enemigos, esa «tragicomedia de errores» que dejó inconclusa Jaromir Hladík, un autor checo que «preconizaba el verso, porque impide que los espectadores olviden la irrealidad, que es condición del arte»? Orencio Oblomov, que desde niño había soñado con las estepas nevadas de Rusia, como Andersen con los campos soleados de España, escribió Nocturno en Petersburgo, «un canto de más de dos mil versos», por ser el lugar donde le habría gustado ser enterrado: no he conseguido dar con tan ilusorio manuscrito.

El verso tiene algo de misterioso y turbador. Si Swedenborg hablaba

con los ángeles por las calles de Londres, el aprendiz de escultor Oliver Gant, tras haberlo perdido todo —la mujer, el negocio, la arduamente ganada fama de templanza, la cabeza del ángel—, vagaba por las calles de Sídney gritando maldiciones en pentámetros. El teniente, o exteniente, Louis Veyrenc de Bilhc, gran admirador de Racine, hablaba en alejandrinos, y tampoco sus versos «tenían nada de mansos. Odio vengador, guerra, traición y muerte, eso era lo normal en Racine». Pero la cima de la pasión versificadora la experimentó Diane Philibert, respetable dama y escritora d'une intelligence extrême: cuenta Félix Krull que, arrebatada por la belleza de los jóvenes pámpanos, la fugacidad sagrada, el instante eterno, suspiraba en la cama con fervor: «La fleur de ta jeunesse / remplit mon cœur âgé d'une éternelle ivresse… ¿Acaso te asombra, amor, que algo se cante así, en verso, si se admira con fervor? Tu ne connais pas donc le vers alexandrin… ni le dieu voleur, toi-même si divin?». Félix Krull acaba reconociendo que el verso «le excitó mucho». No es menos cierto que a renglón seguido confiesa que, después de aquella noche, jamás consiguió que nadie volviera a hablarle en alejandrinos[324]…

No hay lugar para resolver tantos enigmas. ¿Dónde hallar el visionario libro de Peter Stillman, El jardín y la torre: primeras visiones del Nuevo Mundo, dividido en dos partes sumamente sugestivas: «El mito del paraíso» y «El mito de Babel»[325]? ¿Dónde El hombre sin cabeza (no sin atributos), de Levi-Ijotsk, que perdió la cabeza en la vejez y se pasó toda la vida escribiendo en hebreo aquella narración inacabable, «en unas amarillentas hojas cuadradas, enormes como mapas geográficos»? ¿Dónde aquel ensayo apócrifo atribuido a Ortega en torno a «las tapas y la profundidad del sentir nacional», que una vez estuvo en la librería barcelonesa de Sempere e hijo; o, ya puestos, el libro titulado Matamoros: cartas de juventud desde Ceuta, de Francisco Franco Bahamonde, con prólogo y anotaciones de Pemán[326]? ¿Dónde los papeles inéditos del doctor Eduardo Torres? ¿O las novelas de Pedro Camacho? ¿O…[327]? ¿Dónde tantos otros de imposible designación? Todavía podríamos preguntarnos como aquel don (provisional) oxoniense: «¿Dónde estarán hoy los libros de Gawsworth, los que sabía distinguir al primer golpe de vista en medio de los laberintos de estantes caóticos y polvorientos, como sabía hacer yo con los del matrimonio Alabaster y tantos otros libreros de Oxford y Londres?».

«Muchos tesoros duermen en las bibliotecas». En diciembre de 1955,

René Alleau pronunciaba una conferencia ante los Ingenieros del Automóvil, que entre otras inquietudes sembraba interrogaciones como estas: «¿Qué queda de los millares de manuscritos de la biblioteca de Alejandría fundada por Tolomeo Soter, documentos irremplazables y perdidos para siempre sobre la ciencia antigua? ¿Dónde están las cenizas de las 200 000 obras de la biblioteca de Pérgamo? ¿Qué ha sido de las colecciones de Pisístrato, en Atenas, y de la biblioteca del Templo de Jerusalén, y de la de Phtah, en Menfis? ¿Qué tesoros contenían los millares de libros que fueron quemados el año 213 antes de Jesucristo, por orden del emperador Chi-Huang-Ti, con fines únicamente políticos?». Y aunque anduviéramos más limitados y nos contuviéramos mucho en los términos de nuestros deseos, hasta el de conocer «qué libro leía Dom Claude Frollo cuando bajó los ojos desde la ventana de su celda y allá abajo, en la plaza, vio una esmeralda bailando al ritmo de una pandereta» nos estaría vedado.

Si, para juzgar imparcialmente la historia, suponían Bouvard y Pécuchet que «sería preciso haber leído todas las historias, todas las memorias, todos los periódicos y los manuscritos todos, pues de la menor omisión podía depender un error que llevaría a otros hasta el infinito», ¿quién tendría la pretensión de recorrer ni siquiera parcialmente los caminos de la imaginación? Malte Laurids Brigge, durante aquellas vacaciones adolescentes de Ulsgaard en que cayó de repente en la lectura, presintió que «no tiene uno derecho a abrir un libro si no se compromete a leerlos todos»[328]. En una época en que el papel impreso aún no había anegado la tierra, Pico della Mirandola tuvo la pretensión de disertar de omni re scibili y retó a los sabios de Europa a rebatirle, con la misma arrogancia que Suero de Quiñones a la defensa de su Paso Honroso. Sabemos que, como todo ser vivo, los libros nacen, crecen, se multiplican y mueren. Pero sigue en pie el misterio, por no pocos defendido, de si los libros paren, como los expedientes en el despacho de Montalbano: al menos, en algunas secciones muy agradables de la biblioteca de Mogador, se dice que, «si por la noche se dejan juntos dos libros afines, por la mañana amanecen tres». Cuatro siglos después de las disertaciones de Pico della Mirandola, Mallarmé se dolía con evidente exageración: «La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres». Era desde luego una lamentación retórica, pero no tan nueva que su pretensión no hubiera florecido anteriormente[329].

El evangelista Juan pensaba que, si se contaran todas las cosas que hizo Jesús de Nazaret, «ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran». Ahora comprendemos por qué a la Biblioteca de Babel se le aplica el adjetivo de «infinita» y por qué La Enciclopedia de los muertos no puede empezar más allá de 1789. Ahora también, por qué Keats nos avergonzó con aquella melancólica conclusión: «No sé nada, no he leído nada».

San Sebastián de los Reyes - San Martín de Luiña - Almagro,

mayo de 1993 - agosto de 2022

[317] Geneviève Idt ha sugerido la posibilidad de que se tratara de un simple seudónimo de Cocteau.

[318] De ella solo conocemos con certeza la cita inicial, tomada del libro de Bastian, On the brain: «An the bee-what in the tee-mother of the trothodoodoo, to majoram or that emidrate, eni eni krastrei, mestrei to ketra totombreidei, to ra from treido as that kekritest».

[319] Y aun de este libro pueden leerse cuatro sonetos, aunque malas lenguas afirman que habían sido compuestos por plumas como las de Gautier, Madame de Girardin y Lassailly. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que cuando el librero Dauriat le puso tres billetes de mil francos en bandeja por el manuscrito, su amada Coralie le dijo: «Y qué, amor mío, ¿habrías visto muchos papelotes de esos si hubieses seguido en tu agujero de la rue de Cluny, merodeando por tus librotes de la biblioteca de Sainte-Geneviève?». Otra obra de Rubempré, titulada originalmente El arquero de Carlos IX, tras ser «publicada con un título estrafalario», acabó guarneciendo «los pretiles de los puentes y muelles de París». Pero la rueda de la fortuna es mudable como los intereses que la mueven. Unos años después la misma novela, «reeditada con su verdadero título», conoció el éxito que le había sido negado con el otro; y, en fin, es sabido el «revuelo que armó su colección de sonetos titulada Las margaritas, cuya edición íntegra vendió Dauriat en una semana». Rubempré comentaba, no sin rencor e ironía: «Es un éxito póstumo». Sabemos que legó su biblioteca a su albacea, pero apenas ha sido posible catalogar ninguno de sus libros.

[320] Hemos podido saber que el libro «fue un completo fracaso». Su puntual historiador observa que Mr. Wayne «en la práctica era mal poeta». Pero se apresura a añadir: «Con harta frecuencia se olvida que de la misma manera que un mal hombre es, a pesar de todo, un hombre, un mal poeta es también un poeta». Todavía más sutil fue don Fernando Villarente —cultor de la ciencia veterinaria y creador del Pullus Trépidus— cuando afirmó: «Todo gran poeta lleva dentro, escondido en algún lugar oscuro, un poetastro, y es casi imposible no detectar en el total de su obra, por excelsa que sea, la mano de ese ser inferior. Y del mismo modo que todo gran poeta alberga un poetastro, ¿por qué no vamos a pensar en la posibilidad de que en cualquier poetastro, tal vez también escondido en algún lugar oscuro, haya un poeta eximio?».

[321] Esta novela francesa fue calificada en otro lugar de «un abrumador estudio, en el gran estilo, de la ninfomanía y la impotencia psíquica».

[322] El caso de Las alegrías del joven Werther sigue suscitando desazón y discordia entre los bibliógrafos. Existe un Freuden des jungen Werthers, del escritor y librero berlinés Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811). Pero aquí nos referimos al de Maria Wutz, un risueño maestrillo de Auenthal, que escribió «toda una biblioteca de su puño y letra (¿cómo, si no, hubiera podido comprarse una este hombre?)». En cuanto aparecía un nuevo libro en el mercado lo copiaba, pues consideraba que su mano era «tan legible, si no más, que cualquier impresión mediocre», y aun estableció una «cuestión de fe: como llevaba algunos años escribiendo y estudiando su propia estantería, acabó adoptando la opinión de que sus manuscritos eran en realidad los originales canónicos, y los impresos simples imitaciones de sus escritos; y únicamente se lamentaba de no poder averiguar cómo y por qué el impresor falsificaba y tergiversaba tanto lo impreso». Se adelantó de este modo al dictamen borgesiano sobre el Vathek de Beckford, «infiel a la traducción» de Henley, y en cierto sentido se anticipó al mismísimo Pierre Menard, autor del Quijote.

[323] Una investigación posterior ha permitido añadir nuevos datos a la escueta noticia: «Jacinto Batalla y Valbellido [o Balvellido], maestro, autor teatral, poeta y vate, nacido en 1899 en Torrejoncillo, provincia de Cáceres, y muerto en 1939 en Ocunuco, estado de Morelos, República de México; obras: Elegía por el Imperio Austro-Húngaro (poema histórico en endecasílabo libre), inédito; Las banderas de

Siffin o La Palabra de Alá no se discute (teatro histórico en verso), inédito, inconcluso; Estampas mexicanas (prosa), inédito; Máximas mínimas (aforismos), inédito, inconcluso, desaparecido». Este último dato plantea una interrogación: si inédita y desaparecida, ¿pudo conocer Jardiel Poncela esta última colección de aforismos para componer la suya, que lleva el mismo título y fue publicada en 1937? En todo caso, no es improbable que entre estos aforismos se hallaran sus reflexiones sobre la duda y la certeza. Su inquebrantable amigo Sánchez Ferlosio lo ha evocado así: «Mi inolvidable y malogrado amigo don Jacinto Batalla y Balvellido, conforme se iba haciendo viejo… Viejo, aquí, en realidad, es solo próximo a la muerte, ya que lo cierto es que murió a los 39 años, pero en los últimos años de su vida no puede negarse que mostraba una cierta, obstinada voluntad de vejez, conforme a la cual dio en extremar su voluntad de escepticismo, de modo que, donde antes decía, calmosamente pero sin malicia: "Me asaltan dudas", pasó a decir: "¡Qué coño! Me asaltan certidumbres". La duda, que toda la vida había deliberadamente incoado y cultivado, se convirtió en rechazo sistemático de toda certidumbre. Lo que este cambio de mi amigo me ha hecho pensar y ver claramente, después de su muerte, es que la duda no tiene nada de violento; se aproxima, se detiene, retrocede sin volverse, con paciencia, como un pintor que busca perspectiva, rodea, merodea, a veces roza suavemente los obstáculos o hasta se yergue sobre la punta de los pies como un gatito y rasca el borde con las uñas delanteras como intentando asomarse al otro lado, y nos hace ceder y decir: "Anda, entra ya por la gatera, pero explícate con detalle". Así es la duda. Solo la certidumbre asalta con violencia y pugna por apoderarse y escribir y dominar».

[324] También hemos sabido que el profesor Javier Velázquez, catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona allá por 1954, «tenía fama de donjuán y no faltaba quien dijese que la educación sentimental de toda señorita de buen nombre no estaba completa sin un proverbial fin de semana en un hotelito en el paseo de Sitges recitando alejandrinos tête-à-tête con el distinguido catedrático».

[325] Daniel Quinn tuvo la fortuna de abrigar en sus manos el único ejemplar conocido y la precaución de elaborar un sobrio pero cuidadoso resumen. Estaba en la biblioteca de Columbia, «y el silencio de los vestíbulos de mármol le reconfortó, como si le hubieran permitido entrar en una cripta del olvido». Aunque para visionario, La

nueva Babel, un panfleto de 64 páginas de Henry Dark, que había sido secretario de Milton, recibía sus dictados cuando el poeta se quedó ciego y lo guiaba por las calles de Londres. Por esas afinidades del destino, La nueva Babel, publicada en 1690, desapareció en el incendio que acabó con Henry Dark. El único ejemplar que se libró del fuego lo descubrió Peter Stillman —«y ello por casualidad, en el desván de la casa de su familia de Cambridge»—, que volvió a hacer una detallada síntesis. Paul Auster nos ofreció los resúmenes de ambos en una Ciudad de cristal. Pero la pregunta es: ¿existió Dark o fue una invención de Stillman? Es decir: Daniel Quinn (que también firmó como William Wilson), Peter Stillman, Henry Dark y Paul Auster ¿fueron algo más que el sueño de una sombra? ¿La sombra de una sombra de una sombra? ¿Y qué es eso de libro/libró?

[326] El propio librero Sempere comentó: «¿El Matamoros? Pero si es apócrifo… un chiste de Madariaga»…

[327] O El culo a cuatro manos, de Marcos Salaberri, que, acusado de repetir 28 veces la palabra «pene» en una de sus páginas, fue encarcelado por obscenidad. Francisco Rico le hubiera dicho que pene suena a término médico y que la palabra verdaderamente literaria es polla (que es, por lo demás, la que utiliza Javier Marías en Todas las almas). Pene o polla, la justicia no entiende de poéticas y no supo discernir que no se trataba tanto de obscenidad cuanto de alergia a la sinonimia. «El sinónimo tiende a desaparecer», había rebatido Salaberri en una discusión con el sonetista Ulises Ubiñas, y argumentó: «El sinónimo es un impostor. Está tomando el significado y el significante de otra palabra. Detesto el sinónimo, y todo aquel que lo usa debe ser considerado un cobarde y un ladrón, ya que está avalando el fraude». Así pues, fue su rigor estético el que lo llevó a la cárcel. Sabemos que el libro se presentó en Le Mans y que se firmó un contrato para llevarlo al cine. Desconozco si llegó a rodarse. No he conseguido ver la película ni hallar un ejemplar de ese testimonio tan beligerante contra los «sinónomos voluntarios», de que también se quejaba el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

[328] Lo hizo Justina Díez, natural de Mansilla de las Mulas, nacida el seis de agosto —bajo el signo de Virgo— de un año dos veces sexto, que se dio a leer libros de romance con tanta afición y gusto que leyó todos los heredados de su padre, el cual los hubo «de un huésped humanista que, pasando por su mesón, dejó en él libros, humanidad y

pellejo». Entre los libros heredados estaba la Celestina, el Lazarillo, El Patrañuelo, El asno de oro, El Momo de León Battista Alberti, la Comedia Eufrosina de Ferreira de Vasconcelos, la Silva de varia lección de Pedro Mexía, y por supuesto fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo y director de estilo. Debía de ser devota de Timoneda —pues además del Patrañuelo, leyó su Sobremesa y alivio de caminantes—, y quizá de los libros de caballería, como lo fueron Luscinda y Dorotea, porque también conoció a Don Florisel de Niquea, que, si estuvo en la biblioteca de don Quijote, debió de ir al corral sin que nadie se diera cata de ello. Fue Justina «mujer de raro ingenio, feliz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talle y brío», pero alejada, por lo que se ve, de las lecturas espirituales que recomendaba Luis Vives en su De institutione feminae christianae.

[329] Entre los discípulos aventajados de Mallarmé es justo mencionar al señor Ramón, portero de la calle de Tudescos donde se hallaba la buhardilla de Silvestre Paradox, el cual «hablaba siempre con alusiones de tercera y hasta de cuarta intención. Se deslizaba, no se apoyaba nunca. Era un discípulo del poeta Mallarmé sin saberlo».

Bibliografía[1]

ARAMBURU, Fernando: Fuegos con limón. Barcelona: Tusquets, 1996.

ARRABAL, Fernando: Familia (de memoria). Pról. y ed. de Pollux Hernúñez. Zaragoza: Libros del Innombrable, 2020.

ASIMOV, Isaac: Fundación. Trad. de Pilar Giralt. Barcelona: Random House Mondadori, 1986.

—: Fundación e Imperio. Trad. de Pilar Giralt. Ib., 1986.

—: Segunda Fundación. Trad. de Pilar Giralt. Ib., 1986.

—: Hacia la Fundación. Trad. de Albert Solé. Ib., 2013.

AUSTER, Paul: Ciudad de cristal. Trad. de Maribel de Juan. Barcelona: Anagrama, 1997.

—: Invisible. Trad. de Benito Gómez Ibáñez. Barcelona: Anagrama, 2009.

AYALA, Francisco: Los usurpadores. Ed. de Carolyn Richmond. Madrid: Cátedra, 2002.

BÁBEL, Isaak: «En el semisótano» y «El despertar» (trad. de Jesús García Gabaldón). En Cuentos completos. Madrid: Páginas de Espuma, 2021, pp. 83-99.

BÁEZ, Fernando: Historia universal de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la guerra de Irak. Barcelona: Destino, 2004.[330]

BAKER, Edward: La biblioteca de don Quijote. Madrid: Marcial Pons, 1997.

BALZAC, Honoré de: El cura de Tours. Trad. de Rafael Cansinos Assens. En Obras completas. Madrid: Aguilar, 1967.

—: Esplendores y miserias de las cortesanas. Trad. de Rafael Cansinos Assens. En Obras completas. Madrid: Aguilar, 1967.

—: Ilusiones perdidas. Trad. de Rafael Cansinos Assens. En Obras completas. Madrid: Aguilar, 1967.

BAROJA, Pío: Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. En Obras completas II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974, pp. 7-150.

—: Con la pluma y con el sable. En Obras completas III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1947, pp. 383-521.

—: La estrella del capitán Chimista. En Obras completas VI. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974, pp. 146-47, 195, 252.

—: Paradox, rey. En Obras completas II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974, pp. 151-226.

—: El laberinto de las sirenas. Pról. de Pío Caro Baroja: «La brújula del piloto Juan Galardi». Barcelona: Caro Raggio / Tusquets, 2000.

—: Los pilotos de altura. En Obras completas II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974, pp. 1333-1453.

BASANTA, Antonio: Leer contra la nada. Madrid: Siruela, 2018.

BASSANI, Giorgio: El jardín de los Finzi-Contini. Trad. de Juan Petit. Barcelona: Literatura contemporánea Seix Barral, 1985.

BATUR, Enis: Las bibliotecas de Dédalo. Prólogo de Alberto Manguel; trad. de Rafael Carpintero. Madrid: Errata naturae, 2009.

BAYARD, Pierre: Cómo hablar de los libros que no se han leído. Trad. de Albert Galvany. Barcelona: Anagrama, 2008.

BELLOW, Saul: El legado de Humboldt. Trad. de Montserrat Solanas. Barcelona: Plaza & Janés, 1976.

BETTI, Ugo: El diluvio, en Teatro completo. Trad. y prólogo de Giovanni Cantieri Mora. Madrid: Aguilar, 1960.

BIOY CASARES, Adolfo: La trama celeste. Madrid: Alianza, 1999.

BONNET, Jacques: Bibliotecas llenas de fantasmas. Trad. de David Stacey Ancira. Barcelona: Anagrama, 2008.

BORGES, Jorge Luis: «Alejandría 641 A. D.». En Historia de la noche: Obra poética 3. Madrid: Alianza, 1998.

—: «Deutsches Requiem». En El Aleph. Madrid: Alianza, 1997.

—: «El acto del libro». En La cifra. Madrid: Alianza, 1982.

—: «El Congreso» y «El libro de arena». En El libro de arena. Madrid: Alianza, 1997.

—: «El cuento policial», en Borges oral. Madrid: Alianza, 1998, pp. 62-81.

—: «La biblioteca de Babel», «Las ruinas circulares» y «Examen de la obra de Herbert Quain». En Ficciones. Madrid: Alianza, 1997.

—: «Magias parciales del Quijote», «El ruiseñor de Keats», «Sobre el Vathek de William Beckford» y «Nathaniel Hawthorne». En Otras Inquisiciones. Madrid: Alianza, 1997.

—: «Poema de los dones», en El Hacedor: Poesía 2. Madrid: Alianza, 1998, pp. 11-12.

BORGES, J. L. y BIOY CASARES, A.: Crónicas de Bustos Domecq. Buenos Aires: Losada, 1967.

BRADBURY, Ray: Fahrenheit 451. Trad. de Alfredo Crespo. Barcelona: Plaza & Janés, 1974.

BRAUTIGAN, Richard: El aborto: romance histórico 1966. Trad. de Federico Campbell. México: Extemporáneos, 1972.

BRELICH, Mario: El navegante del diluvio. Trad. de Carmen Artal. Barcelona: Anagrama, 1983.

BRINK, André: Al contrario. Trad. de Francisco Torres Oliver. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1996.

BRYCE Echenique, Alfredo: La vida exagerada de Martín Romaña. Ed. de Julio Ortega y María Fernanda Lander. Madrid: Cátedra, 2000.

BULGÁKOV, Mijaíl: El maestro y Margarita. Trad. de Amaya Lacasa Sancha. Madrid: Alianza, 1968.

BURY, Ricardo de: Filobiblión. Ed., trad. y notas de Emilio Pascual. Madrid: 3.ª ed. revisada, Cátedra, 2006.

CABODEVILLA, José María: «Los libros», en Orar con las cosas, Madrid, BAC, 2003.

—: La letanía del grillo. Madrid: Espasa, 1996.

—: Señora nuestra. Madrid: BAC, [4]1975.

CALVINO, Italo: El barón rampante. Trad. de Esther Benítez. En Nuestros antepasados. Madrid: Alianza, 1977, pp. 81-292.

—: El vizconde demediado. Ib., pp. 9-80.

—: «Un general en la biblioteca». En La gran bonanza de las Antillas. Trad. de Aurora Bernárdez; pról. de Ignacio Martínez de Pisón. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, pp. 88-94.

CAMILLERI, Andrea: El perro de terracota. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Barcelona: Emecé, 1999.

—: Un mes con Montalbano. Trad. de Elena de Grau Aznar. Ib., 1999.

—: La voz del violín. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2000.

—: El ladrón de meriendas. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Barcelona: Salamandra, 2000.

—: La Nochevieja de Montalbano. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2001.

—: La excursión a Tindari. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2001.

—: La forma del agua. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2002.

—: El olor de la noche. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2003.

—: El movimiento del caballo. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2003.

—: El miedo de Montalbano. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2004.

—: Un giro decisivo. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2004.

—: El primer caso de Montalbano. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2006.

—: La paciencia de la araña. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2006.

—: La luna de papel. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2007.

—: Ardores de agosto. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2009.

—: Las alas de la esfinge. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2009.

—: La pista de arena. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2010.

—: El campo del alfarero. Trad. de María Antonia Menini Pagès. Ib., 2011.

—: La edad de la duda. Trad. de Teresa Clavel Lledó. Ib., 2012.

—: La danza de la gaviota. Trad. de Teresa Clavel Lledó. Ib., 2012.

—: La búsqueda del tesoro. Trad. de Teresa Clavel Lledó. Ib., 2013.

—: La sonrisa de Angélica. Trad. de Teresa Clavel Lledó. Ib., 2013.

—: Juego de espejos. Trad. de Teresa Clavel Lledó. Ib., 2014.

—: Un filo de luz. Trad. de Teresa Clavel Lledó. Ib., 2015.

—: Una voz en la noche. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2016.

—: Muerte en mar abierto. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2016.

—: Un nido de víboras. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2017.

—: La pirámide de fango. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2018.

—: El carrusel de las confusiones. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2019.

—: Háblame de ti. Carta a Matilda. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2019.

—: Tirar del hilo. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2020.

—: La red de protección. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2021.

—: El método Catalanotti. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2021.

—: El cocinero del Alcyon. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2022.

—: Riccardino. Trad. de Carlos Mayor. Ib., 2022.

CANETTI, Elías: Auto de fe. Trad. de Juan José del Solar. Barcelona: Círculo de Lectores, 1987.

CARRÈRE, Emmanuel: El Reino. Trad. de Jaime Zulaika. Barcelona: Anagrama, 2015.

CASONA, Alejandro: Tres diamantes y una mujer. En Obras completas II. Madrid: Aguilar, 1969, pp. 347-423.

CEREZALES, Agustín: «Un novelista», en Escaleras en el limbo. Barcelona: Lumen, 1991.

CERVANTES, Miguel de: «Un novelista», en El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha. Ed. de Pollux Hernúñez y Emilio Pascual. Madrid: Reino de Cordelia, 2015.

CHAINTREAU, Anne-Marie et Lemaître, René: Drôles de bibliothêques…, París: Éditions du Cercle de la Librairie, 1993.

CHAMFORT, Nicolas: Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas. Trad. de Juan Antonio Martínez Sarrión. Barcelona: Círculo de Lectores, 1999, p. 63.

CHATWIN, Bruce: Utz. Trad. de Eduardo Goligorsky. Barcelona: Muchnik Editores, 1989.

CHÉJOV, Antón: «Propagandas y anuncios cómicos». Trad. de René Portas. En Cuentos completos (1880-1885). Madrid: Páginas de Espuma, 2013, pp. 101-104.

CHESTERTON, Gilbert K.: El Napoleón de Notting Hill. Trad. de Manuel Bosch Barrett. En Obras completas III. Barcelona: Plaza & Janés, 1987, pp. 913-1090.

CHRISTIE, Agatha: Un cadáver en la biblioteca. Trad. de Guillermo López Hipkiss. En Obras completas XI. Barcelona: Orbis, 1987, pp. 9-128.

CHRISTOPHER, John: Los guardianes. Trad. de Antonio Prometeo Moya. Madrid: Alfaguara, 1979.

«CLARÍN», Leopoldo Alas: «La conversión de Chiripa». En Cuentos morales. Ed. de Jean-François Botrel. Madrid: Cátedra, 2012.

—: «La mosca sabia». En Solos de Clarín. Pról. de José Echegaray. Madrid: Alianza, 1971.

COLLINS, Wilkie: La piedra lunar. Trad. de Horacio Laurora. Barcelona: Montesinos, 1981.

COOPER, Glenn: La biblioteca de los muertos. Trad. de Sergio Lledó Rando. Barcelona: Círculo de Lectores, 2010.

CORDÓN GARCÍA, José Antonio; MUÑOZ RICO, María: Los poderes de la lectura: geografías del libro, el lector y la edición en el ensayo y la literatura. Madrid: Marcial Pons, 2022.

Crónica Cervantina, año VII, núm. 36. Barcelona: marzo-abril de 1936.

CUENCA SANDOVAL, Mario. Ed. y pról. Las bibliotecas imposibles. Antología de relatos fantásticos sobre la biblioteca. Granada: Cuadernos del Vigía, 2017, pp. 9-30.

CUNQUEIRO, Álvaro: Las crónicas del sochantre. En Obras completas I. Madrid: Biblioteca Castro, 2006, pp. 147-271.

—: «Melle de Loboso». En Tertulia de boticas prodigiosas y escuela de curanderos: Obras completas II. Madrid: Biblioteca Castro, 2006, pp.

802-803.

CUTILLAS, Ginés S.: El diablo tras el jardín. Valencia: Pre-Textos, 2021.

DAHL, Roald: Matilda. Trad. de Pedro Barbadillo. Madrid: Alfaguara, 1993.

—: Mi tío Oswald. Trad. de Enrique Hegewicz. Barcelona: Anagrama, 1991.

—: Relatos de lo inesperado. Trad. de Carmelina Payá y Antonio Samons. Barcelona: Anagrama, 1993.

DE QUINCEY, Thomas: Los últimos días de Emmanuel Kant y otros escritos. Trad. de Luis Loayza. Barcelona: Orbis, 1987.

DEAN, A. M.: La biblioteca perdida. Trad. de José Miguel Pallaré. Madrid: Santillana, 2013.

DEFOE, Daniel: Robinson Crusoe. Trad. de Martha Eguía. Madrid: Anaya, 1983.

DÍAZ ARENAS, Ángel: Quién es quién en la obra narrativa de Manuel Vázquez Montalbán. Kassel: Reichenberger, 1997.

DICKENS, Charles: David Copperfield. Trad. de Carmen Abréu de Peña, intr. de Juan Tébar. Madrid: Espasa-Calpe, 1999.

—: La tienda de antigüedades. Trad. de José Méndez Herrera. En Obras completas II. Madrid: Aguilar, 1967, pp. 579-960.

DÍEZ, Luis Mateo: El reino de Celama. Ed. de Asunción Castro. Madrid: Cátedra, 2015.

DILE: Diccionario de la Lengua Española. RAE. 23.ª edición. Madrid: Espasa, 2014.

DOMÍNGUEZ, Carlos María: La casa de papel. Barcelona: Mondadori, 2007.

DOSTOIEVSKI, Fiódor M.: Los hermanos Karamázov. Ed. de Natalia Ujánova.Trad. de Augusto Vidal y J. M.ª Bravo. Madrid: Cátedra,

1987.

DOYLE, Arthur Conan: Todo Sherlock Holmes. Trad. de Julio Gómez de la Serna, Juan Manuel Ibeas, Ramiro Sánchez. Madrid: Cátedra, 2003.

DUMAS, Alexandre: Los tres mosqueteros. Trad. de Javier La Orden Trimollet. En Los Mosqueteros I. Madrid: Cátedra, 2008.

—: El vizconde de Bragelonne. Trad. de Javier La Orden Trimollet. En Los Mosqueteros II. Madrid: Cátedra, 2008.

—: El caballero de Harmental. Trad. de Rafael Albareda Roca. Buenos Aires: Editorial Sopena Argentina, S.R.L., 1944[331].

DURRELL, Lawrence: El cuarteto de Alejandría. Trad. de Aurora Bernárdez, Santiago Ferrari y Matilde Horne. Barcelona: Edhasa, 1977-1978.

ECO, Umberto: Apostillas a «El nombre de la rosa». Trad. de Ricardo Pochtar. Barcelona: Lumen, 1984.

—: Baudolino. Trad. de Helena Lozano Miralles. Barcelona: Lumen, 2001.

—: De bibliotheca. Trad. de María Dolores Martínez. Palma de Mallorca: Olañeta, 2018.

—: El nombre de la rosa. Trad. de Ricardo Pochtar. Barcelona: Lumen, 1982.

Eliade, Mircea: La prueba del laberinto. Conversaciones con Claude-Henri Rocquet. Trad. de J. Valiente Malla. Madrid: Cristiandad, 1980.

—: Medianoche en Serampor. Seguido de El secreto del doctor Honigberger. Trad. de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 1997.

—: «Uniformes de general», en Relatos fantásticos. Trad. de Joaquín Garrigós. Barcelona: Kairós, 1999, pp. 7-65.

Ende, Michael: La historia interminable. Trad. de Miguel Sáenz. Madrid: Alfaguara, 1982.

ESCOLAR SOBRINO, Hipólito: La biblioteca de Alejandría. Madrid: Gredos, 2001.

FAULKNER, Neil: De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo. Trad. de Juanmari Madariaga. Barcelona: Pasado & Presente, 2014.

FERNÁNDEZ FERRER, Antonio: Ficciones de Borges. En las galerías del laberinto. Madrid: Cátedra, 2009.

FISCHER, Tibor: Filosofía a mano armada. Trad. de Cecilia Absatz. Barcelona: Tusquets, 1987.

FITZGERALD, Francis Scott: El gran Gatsby. Trad. de Ramón Buenaventura. Madrid: Alianza, 2013.

FLAUBERT, Gustave: «Bibliomanía». En Cuentos negros y románticos. Trad. de María Badiola. Madrid: Valdemar, 2003, pp. 83-99.

—: Bouvard y Pécuchet. Trad. de Germán Palacios. En Obras. Madrid: Cátedra, Bibliotheca Aurea, 2005.

—: MADAME BOVARY. TRAD. DE GERMÁN PALACIOS. EN OBRAS. IB., 2005.

FOENKINOS, David: La biblioteca de los libros rechazados. Trad. de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego. Barcelona: Penguin Random House, 2017.

FONTANARROSA, Roberto: «A propósito de la muerte de Marcos Salaberri». En Nada del otro mundo y otros cuentos. Buenos Aires: Ed. de la Flor, [7]1998.

FRABETTI, Carlo: La biblioteca de Guillermo. Zaragoza: Edelvives, 2004.

FRANCE, Anatole: El crimen de Sylvestre Bonnard. Trad. de Luis Ruiz Contreras. La Coruña: Ediciones del Viento, 2007.

—: La camisa. Trad. de Luis Ruiz Contreras. En Novelas completas III. Madrid: Aguilar, 1967, pp. 579-627.

—: La rebelión de los ángeles. Trad. de Juan Luis González Caballero y

Agustín Izquierdo (trad. y ed. que, por cierto, necesitaría una buena corrección textual y ortotipográfica). Madrid: Valdemar, 2.ª ed., 2007.

FRAZER, Sir James George: La rama dorada. Magia y religión. Trad. de Elizabeth y Tadeo I. Campuzano. Madrid: F.C.E., [8]1981.

FRISCH, Max: La gran cólera de Philipp Hotz. Trad. de Juan García-Puente. En Obras escogidas. Madrid: Aguilar, 1979, pp. 595-637.

GAARDER, Jostein y Hagerup, Klaus: La biblioteca mágica de Bibbi Bokken. Trad. de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo. Madrid: Siruela, 2009.

GANIVET, Ángel: Los trabajos del infatigable creador Pío Cid. Ed. de Laura Rivkin. Madrid: Cátedra, 1983.

GARNER, James Finn: Cuentos infantiles políticamente correctos. Trad. de Gian Castelli Gair. Barcelona: Circe, 1995.

—: Más cuentos infantiles políticamente correctos. Trad. de Gian Castelli Gair. Barcelona: Circe, 1996.

GARNETT, David: Un hombre en el zoo. Trad. de Ángeles de los Santos. Cáceres, Periférica, 2017.

GENAZINO, Wilhelm, Un poco de nostalgia. Trad. de Carmen Gauger. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2008.

GIDE, André, Los monederos falsos. Trad. de Agustín Caballero Robredo. En Obras escogidas, Aguilar. México: 1960, pp. 271-552.

GOLDING, William: La mariposa de latón. Ed. y trad. de Javier Fernández. Madrid: Cátedra, 2010.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón: Greguerías. Ed. de Rodolfo Cardona. Madrid: Cátedra, 1979.

GÓNGORA, Luis de: Sonetos completos. Ed. de Biruté Ciplijauskaité. Madrid: Castalia, 1969.

GOSPODÍNOV, Gueorgui: Física de la tristeza. Trad. de María Vútova y Andrés Barba. Logroño: Fulgencio Pimentel, 2018.

GOYTISOLO, Juan: Don Julián. Ed. de Linda Gould Levine. Madrid: Cátedra, 2004.

GRANDES, Almudena: El lector de Julio Verne. Barcelona: Tusquets, 2012.

GREENBLATT, Stephen: El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno. Trad. de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya. Barcelona: Crítica, 2012.

GUICHARD-MEILI, Jean: La bibliothèque de Borges. París: Porte du Sud, 1985.

GUILLÉN, Jorge: Aire nuestro. Y otros poemas. Ed. y pról. de Francisco J. Díaz de Castro. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1993.

HEINLEIN, Robert A.: Job: una comedia de justicia. Trad. de Domingo Santos. Barcelona: Ultramar, 1986.

Historia Augusta. Ed. y trad. de Vicente Picón y Antonio Gascón. Madrid: Akal, 1989.

HOFFMANN, E. T. A.: «El caldero de oro». En Fantasías a la manera de Callot. Trad. de Celia y Rafael Lupiani. En Cuentos. Madrid: Cátedra, Bibl. Aurea, 2013, pp. 211-278.

—: «La señorita de Scuderi. Un relato de los tiempos de Luis XIV». En Los hermanos de San Serapión (sexta parte). Trad. de Julio Sierra. En Cuentos. Madrid: Cátedra, Bibl. Aurea, 2013, pp. 1211-69.

HRABAL, Bohumil: Una soledad demasiado ruidosa. Trad. de Monika Zgustova. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012.

HUGO, Victor: Nuestra Señora de París. Trad. de M.ª Amor Hoyos Ruiz y Eloy González Miguel. Madrid: Cátedra, 1985.

HURTAUT, Pierre-Thomas-Nicholas: El arte de tirarse pedos. Ensayo físico-teórico y metódico de 1751. Trad. de Enrique Alda. Ilustraciones de José María Lema. Logroño: Pepitas de calabaza, 2009.

HUXLEY, Aldous: Contrapunto. Trad. de Lino Novás Castro. Barcelona: Seix Barral, 1983.

IONESCO, Eugène: El Solitario. Trad. de David Casanueva. Barcelona: Aymá, 1975.

ITURBE, Antonio G.: La bibliotecaria de Auschwitz. Barcelona: Planeta, 2012.

IWASAKI, Fernando: «Borges, Unamuno y el Quijote». En Nueva Corónica del Extremo Occidente. México: Universidad Iberoamericana, 2016, pp. 59-70.

JAMES, Henry: Los papeles de Aspern y otros relatos de escritores. Ed. y trad. de Juan Antonio Molina Foix. Madrid: Cátedra, 2017.

JAMES, M. R.: «Corazones perdidos» y «La casa de muñecas encantada». En Colección de Fantasmas. Trad. de Alberico Cortón. Barcelona: Fórum, 1985.

JARRY, Alfred: Hechos y dichos del Dr. Faustroll, patafísico. Trad. de Víctor Comta. Barcelona: Mandrágora, 1975.

JEAN PAUL: Vida del risueño maestrillo Maria Wutz. Trad. y epílogo de Isabel Hernández. Madrid: Nørdicalibros, 2013.

KADARÉ, Ismaíl: Crónica de piedra. Trad. de Ramón Sánchez Lizarralde. Madrid: Alianza, 2007.

KEATING, H. R. P.: Un cadáver en el billar. Trad. de Carme Geronès y Carles Urritz. Barcelona: Península, 1995.

KELLY, Stuart: La biblioteca de los libros perdidos. Trad. de Miguel Candel y Marta Pino Moreno. Barcelona: Paidós Ibérica, 2007.

KING, Stephen: El policía de la biblioteca. Trad. de Susana Constante. En Las cuatro después de medianoche. Barcelona: Orbis·Fabbri, 1990, pp. 9-325.

KIPLING, Rudyard: Kim. Trad. de Juan I. Croselles. En Obras escogidas I. Madrid: Aguilar, 1979, pp. 51-377.

KIŠ, Danilo: La Enciclopedia de los muertos. Trad. de Nevenca Vasiljevic. Madrid: Alfaguara, 1987.

LANDERO, Luis: Entre líneas: el cuento o la vida. Barcelona: Tusquets,

2001.

LASSWITZ, Kurd: «La biblioteca universal». Trad. de Adelheid Hanke-Shaeffer y Antonio Fernández Ferrer. En Fernández Ferrer, o. c., pp. 397-406.

LEM, Stanisław: Solaris. Trad. de Joanna Orzechowska. Madrid: Impedimenta, 2011.

LEROUX, Gaston: El misterio del cuarto amarillo. Trad. de Joëlle Eyheramonno. Madrid: Anaya, 1981.

LEVI, Primo: El sistema periódico. Trad. de Carmen Martín Gaite. Madrid: Alianza, 1999.

LEZAMA LIMA, José: Paradiso. Ed. de Eloísa Lezama Lima. Madrid: Cátedra, 1980.

LIANKE, Yan: Los cuatro libros. Trad. de Taciana Fisac. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016.

LICHTENBERG, Georg Christoph: Aforismos. Trad. de Juan Villoro. México: F.C.E., 1989.

LONGARES, Manuel: El oído absoluto. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016.

LÓPEZ DE ÚBEDA, Francisco: Libro de entretenimiento de la pícara Justina. Ed. de David Mañero Lozano. Madrid: Cátedra, 2012.

LÓPEZ-HERRERA, Juan: Las aventuras del ingenioso detective Frank Stain. Ilustrado por Leonard Giovannini. Madrid: Funambulista, 2020.

MAALOUF, Amin: Samarcanda. Trad. de María Concepción García-Lomas. Madrid: Alianza, 1993.

—: El viaje de Baldassare. Trad. de Santiago Martín Bermúdez. Madrid: Alianza, 2000.

MAGRIS, Claudio: El Danubio. Trad. de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 1988.

MANDRYKA: Le Concombre masqué. La Dimension poznave.

Bruxelles: Dupuis, 1990.

MANGUEL, Alberto: La biblioteca de noche. Trad. de Carmen Criado. Madrid: Alianza, 2007.

—: Una historia de la lectura. Trad. de José Luis López Muñoz. Madrid: Alianza, 1998.

MANN, Thomas: Doktor Faustus. Trad. de Eugenio Xammar. Barcelona: Seix Barral, 1984.

—: Confesiones del estafador Félix Krull. Trad. de Isabel García Adánez. Barcelona: Edhasa, 2012.

MARCHAMALO, Jesús: Las bibliotecas perdidas. Sevilla: Renacimiento, 2008.

—: Tocar los libros. Madrid: Cátedra, 2020.

MARÍAS, Javier: Travesía del horizonte. Madrid: La Gaya Ciencia, 1972.

—: Todas las almas. Barcelona: Círculo de Lectores, 2003.

—: Vidas escritas. Madrid: Alfaguara, 2012.

MÁRKARIS, Petros: Noticias de la noche. Trad. de Ersi Marina Samará Spiliotopulu. Barcelona: Tusquets, 2008.

MARSÉ, Juan: El amante bilingüe. Barcelona: Planeta, 1990.

MAUGHAM, W. Somerset: El filo de la navaja. Trad. de Fernando Calleja. Barcelona: Plaza & Janés, 1974.

MENDOZA, Eduardo: «El malentendido». En Tres vidas de santos. Barcelona: Círculo de Lectores, 2009, pp. 157-194.

MERINO, José María: «El enigma de la microbiblioteca». En Las bibliotecas imposibles. Antología de relatos fantásticos sobre la biblioteca. Ed. y pról. de Mario Cuenca Sandoval. Granada: Cuadernos del Vigía, 2017, pp. 33-39.

MEXÍA, Pedro: Silva de varia lección. Ed. de Antonio Castro. Madrid:

Cátedra, 1989.

MEYER, Nicholas: El ángel de la música. Trad. de María Camps. Barcelona: Ediciones B, 1996.

MILLÁS, Juan José: El orden alfabético. Madrid: Alfaguara, 1998.

MIQUEL I PLANAS, Ramón: El librero asesino de Barcelona. Ed. y trad. de Josep Sarret. Barcelona: Montesinos, 1991.

MONTERROSO, Augusto: Lo demás es silencio. Ed. de Jorge Ruffinelli. Madrid: Cátedra, 1986.

MUJICA LAINEZ, Manuel: Bomarzo. Barcelona: Seix Barral, 1983.

—: Los Ídolos. Ed. de Leonor Fleming. Madrid: Cátedra, 1999.

MUÑOZ MOLINA, Antonio: Beatus Ille. Barcelona: Seix Barral, 1986.

—: La noche de los tiempos. Barcelona: Seix Barral, 2009.

MURAKAMI, Haruki: Crónica del pájaro que da cuerda al mundo. Trad. de Lourdes Porta y Junichi Matsuura. Barcelona: Tusquets, 2001.

—: Kafka en la orilla. Trad. de Lourdes Porta. Barcelona: Tusquets, 2006.

—: La biblioteca secreta. Trad. de Lourdes Porta. Ilustraciones de Kat Menschik. Barcelona: Libros del Zorro Rojo, 2014.

MUSIL, Robert: El hombre sin atributos. Trad. de José M. Sáenz. Barcelona: Seix Barral, 2006.

NATSUKAWA, Sosuke: El gato que amaba los libros. Trad. de Marta Morros Serret. Barcelona: Penguin Random House, 2022.

NIXEY, Catherine: La edad de la penumbra. Trad. de Ramón González Férriz. Barcelona: Círculo de Lectores, 2018.

NODIER, Charles: El bibliómano, en El amante de los libros. Trad. de Alicia Herrero Ansola. Madrid: Trama editorial, 2015.

NOEL, Eugenio: Las siete Cucas (Una mancebía en Castilla). Ed. de José Esteban. Madrid: Cátedra, 1992.

OBLIGADO, Clara: «La biblioteca del agua». En Las bibliotecas imposibles. Antología de relatos fantásticos sobre la biblioteca. Ed. y pról. de Mario Cuenca Sandoval. Granada: Cuadernos del Vigía, 2017, pp. 40-45.

ONDAATJE, Michael: El paciente inglés. Trad. de Carlos Manzano. Barcelona: Plaza & Janés, 1977.

OREJAS, Francisco G.: «Desdichas del bibliófilo», en El asesinato de Clarín y otras ficciones. Madrid: Penthalon Ediciones, 1981, pp. 131-143.

ORLEAN, Susan: La biblioteca en llamas. Historia de un millón de libros quemados y del hombre que encendió la cerilla. Trad. de Juan Trejo. Barcelona: Planeta, 2019.

PADURA, Leonardo: La neblina del ayer. Barcelona: Tusquets, 2005.

PAJARES, Santiago: El japonés del Quijote. Barcelona: Penguin Random House, 2021.

PAUWELS, Louis y Bergier, Jacques: El retorno de los brujos. Trad. de J. Ferrer Aleu. Barcelona: Plaza & Janés, 1974.

PECHMANN, Alexander: La biblioteca de los libros perdidos. Trad. de Juan José del Solar. Barcelona: Edhasa, 2011.

PENNAC, Daniel: La pequeña vendedora de prosa. Trad. de Manuel Serrat Crespo. Barcelona: DeBolsillo, 2006.

—: El señor Malaussène. Trad. de Manuel Serrat Crespo. Barcelona: Thassàlia, 1996.

PEÑA DÍAZ, Manuel: El laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997.

PEREDA, José María de: La puchera. Ed., intr. y notas de Laureano Bonet. Madrid: Castalia, 1980.

—: Pedro Sánchez. Ed., pról. y notas de José María de Cossío. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1968.

PÉREZ DE AYALA, Ramón: Belarmino y Apolonio. Ed. de Andrés Amorós. Madrid: Cátedra, 1976.

PÉREZ GALDÓS, Benito: Doña Perfecta. Ed. de Rodolfo Cardona. Madrid: Cátedra, ^{9}2001.

—: El amigo Manso. Ed. de Francisco Caudet. Madrid: Cátedra, 2001.

—: La campaña del Maestrazgo. Madrid: Alianza, 2006.

—: Lo prohibido. Ed. de James Whiston. Madrid: Cátedra, 2001.

—: Napoleón en Chamartín. Madrid: Alianza, 2001.

PIRANDELLO, Luigi: El difunto Matías Pascal. Trad. de R. Cansinos Assens. Madrid: Alianza, 1966.

PITIGRILLI: El farmacéutico a caballo. Trad. de Montserrat Sagarra. Barcelona: Plaza & Janés, 1965.

POLITI, Alessandro: «De lectionis assiduitate». En Orationes ad Academiam Pisanam, Roma, 1742, pp. 68-81.

RABELAIS, François: Pantagruel. Ed. y trad. de Alicia Yllera. Madrid: Cátedra, 2003.

REBERG, Évelyne y Rosy: La biblioteca embrujada. Trad. de Pilar Garí. Madrid: Bayard, 2004.

RICO, Francisco: «El título del “Quijote”». En El texto del “Quijote”. Barcelona: Destino, 2005.

RILKE, Rainer María: Los apuntes de Malte Laurids Brigge. Trad. de Francisco Ayala. Madrid: Alianza, 1997.

rivas, Manuel: Los libros arden mal. Trad. de Dolores Vilavedra. Barcelona: Círculo de Lectores, 2006.

RIVERA DE LA CRUZ, Marta: Que veinte años no es nada. Sevilla: Algaida, 1998.

RODRÍGUEZ CAO, Jesús: Obras literarias II. Madrid: R. Labajos, 1870.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando: Biblioclasmo. Una historia perversa de la literatura. Sevilla: Renacimiento, 1997.

ROGER, Marie-Sabine: Tardes con Margueritte. Trad. de Sofía Tros de Ilarduya. Barcelona: Duomo Ediciones, 2009.

ROTH, Philip: Goodbye, Columbus. Trad. de Ramón Buenaventura. Barcelona: Seix Barral, 2007.

ROUBAUD, Jacques: La belle Hortense. París: Ramsay, 1985; Seghers, 1990[332].

—: L'enlevement d'Hortense. París: Ramsay, 1987; Seghers, 1991.

—: L'exil d'Hortense. París: Seghers, 1990.

ROUSSEAU, Jean-Jacques: Emilio o La educación. Trad. de Francisco Luis Cardona Castro, ed. de Ángeles Cardona de Gibert y Agustín González Gallego. Barcelona: Bruguera, 1971.

RUIZ ZAFÓN, Carlos: El cementerio de los libros olvidados 1: La sombra del viento. Barcelona: Planeta, 2001.

—: El cementerio de los libros olvidados 2: El juego del ángel. Ib., 2008.

—: El cementerio de los libros olvidados 3: El prisionero del cielo. Ib., 2011.

—: El cementerio de los libros olvidados 4: El laberinto de los espíritus. Ib., 2016.

Rushdie, Salman: Quijote. Trad. de Javier Calvo Perales. Barcelona: Seix Barral, 2021.

RUY SÁNCHEZ, Alberto: Quinteto de Mogador. Madrid: Alfaguara, 2014.

SÁ-CARNEIRO, Mario de: Locura… Trad. de Marco Porras. Palencia: Menoscuarto, 2010.

SALVAYRE, Lydie: Rêver debout. París: Éditions du Seuil/Points, 2021.

SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: Campo de retamas. Pecios reunidos. Barcelona: Penguin Random House, 2019.

—: De algunos animales. Bestiario ilustrado. Con ilustraciones de La vida de los animales, de Alfred Brehm. Ed. de Ignacio Echevarría. Barcelona: Penguin Random House, 2019.

—: Las semanas del jardín. Semana segunda: «Splendet dum frangitur». Madrid: Nostromo, 1974.

—: Vendrán más años malos y nos harán más ciegos. Barcelona: Destino, 1993.

SARTRE, Jean-Paul: La náusea. Trad. de Aurora Bernárdez. Madrid: Alianza, 1981.

SATZ, Mario: Bibliotecas imaginarias. Barcelona: Acantilado, 2021.

SAVATER, Fernando: «Prólogo» a H. Sienkiewicz: A través del desierto, 2 vols. Madrid: Legasa, 1981, pp. 11-14.

SCHEPISI, Fred: El genio del amor, EE. UU., 1994. Guión de Andy Breckman y Michael Leeson; intérpretes: Tim Robbins (Ed Walters), Meg Ryan (Catherine Boyd), Walter Matthau (Albert Einstein), Stephen Fry (James Morland), Lou Jacobi (Kurt Gödel), Charles Durning (Louis Bamberger).

SCIASCIA, Leonardo: Cándido, o Un sueño siciliano. Trad. de Ana Goldar. Barcelona: Bruguera, 1979.

—: «La biblioteca de Matías Pascal». En Sucesos de historia literaria y civil. Trad. de Esther Benítez. Madrid: Alianza, 1991, pp. 113-122.

SEPÚLVEDA, Luis: Un viejo que leía novelas de amor. Barcelona: Tusquets, 1993.

SERRA, Cristóbal: Augurio Hipocampo. Palma de Mallorca: Olañeta, 1994.

—: ARS QUimérica. Prólogo: Basilio Baltasar. Barcelona: Círculo de

Lectores, 2000.

—: El viaje pendular. Selección, introducción y notas de Nadal Suau. Terrades (Girona): WunderKammer, 2022.

SETTERFIELD, Diane: El cuento número 13. Trad. de Matuca Fernández de Villavicencio. Barcelona: DeBolsillo, 2011.

SIJIE, Dai: Balzac y la joven costurera china. Trad. de Manuel Serrat Crespo. Barcelona: Salamandra, 2001.

SILVERBERG, Robert: «Ozymandias». En Michael Ashley, Los mejores relatos de Ciencia Ficción. La era del cambio 1956-1965. Trad. de César Terrón. Barcelona: Martínez-Roca, 1981, pp. 113-152.

SÜSKIND, Patrick: El perfume. Trad. de Pilar Giralt. Barcelona: Seix Barral, 1985.

TATO, Álvaro: Todas hieren y una mata. Madrid: Antígona, 2019.

TEVIS, Walter: Sinsonte. Trad. de Jon Bilbao. Madrid: Impedimenta, 2022.

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: La saga/fuga de J. B. Ed., intr. y notas de Carmen Becerra y Antonio J. Gil González. Madrid: Castalia, 2011.

—: Fragmentos de Apocalipsis. Madrid: Alianza, 1998.

Unamuno, Miguel de: Niebla. Ed. del centenario a cargo de Pollux Hernúñez, ilustraciones de Xan Eguía. La Coruña: Ediciones del Viento, 2014.

—: «Sobre la lectura e interpretación del Quijote». En Obras completas, I. Madrid: Escelicer, 1966, pp. 1227-38.

—: San Manuel Bueno, mártir. Ed. de Mario Valdés. Madrid: Cátedra, 1989.

—: Vida de Don Quijote y Sancho. Ed. de Alberto Navarro. Madrid: Cátedra, 1988.

UZANNE, Octave: El fin de los libros. Trad. de Elisabeth Falomir

Archambault. Madrid: Gadir, 2010.

VALDÉS, Juan de: Diálogo de la lengua. Ed. de Cristina Barbolani. Madrid: Cátedra, [6]1998.

VALLE-INCLÁN, Ramón María del: Sonata de primavera. Memorias del marqués de Bradomín. Intr. de Pere Gimferrer. Madrid: Espasa Calpe, Austral, [24]1999.

VALLEJO, Irene: El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo. Madrid: Siruela, 2019.

VARGAS, Fred: La tercera virgen (Dans les bois éternels). Trad. de Anne-Hélène Suárez Girard. Madrid: Siruela, 2008.

—: El Ejército Furioso. Trad. de Anne-Hélène Suárez Girard. Ib., 2008.

—: El hombre del revés. Trad. de Anne-Hélène Suárez Girard. Ib., 2011.

VARGAS LLOSA, Mario: La tía Julia y el escribidor. Barcelona: Seix Barral, 1977.

—: Pantaleón y las visitadoras. Barcelona: Seix Barral, 1973.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: Yo maté a Kennedy. Impresiones, obsesiones y memorias de un guardaespaldas (1972). Barcelona: Planeta DeAgostini, Biblioteca Carvalho, 2000.

—: Tatuaje (1974). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: La soledad del manager (1977). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Los mares del Sur (1979). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Asesinato en el Comité Central (1981). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Los pájaros de Bangkok (1983). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: La rosa de Alejandría (1984). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: El balneario (1986). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Historias de fantasmas (1987). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Historias de padres e hijos (1987). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Historias de política ficción (1987). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Asesinato en Prado del Rey y otras historias sórdidas (1987). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Tres historias de amor (1987). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: El delantero centro fue asesinado al atardecer (1988). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: El laberinto griego (1991). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Sabotaje olímpico (1993). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: El hermano pequeño (1994). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Roldán, ni vivo ni muerto (1994). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: El premio (1996). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: Quinteto de Buenos Aires (1997). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: El hombre de mi vida (2000). Ib., Bibl. Carvalho, 2000.

—: La muchacha que pudo ser Emmanuelle (1997). En Cuentos negros. Ed. e introd. de Georges Tyras. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.

—: Milenio Carvalho. I. Rumbo a Kabul. Barcelona: Planeta, 2004.

—: Milenio Carvalho. II. En las antípodas. Barcelona: Planeta, 2004.

—: Antes de que el milenio nos separe. En Carvalho: Rarezas. Prólogo de Georges Tyras. Barcelona: Planeta, 2013.

VEGA, Lope de: La dama boba. Ed. de Diego Marín. Madrid: Cátedra, [5]1981.

VERNE, Jules: Robur el Conquistador.

—: Veinte mil leguas de viaje submarino. Ed. y trad. de Miguel Ángel Navarrete. Madrid: Anaya, 1995.

VILA-MATAS, Enrique: Bartleby y compañía. Barcelona: Anagrama, 2000.

VINCENT, Leon H.: El bibliótafo. Trad. de Ángeles de los Santos. Cáceres: Periférica, 2015.

VOLTAIRE: Cándido o el optimismo. Trad. de Leandro F. de Moratín. En Los Moratines II. Madrid: Cátedra, 2008, pp. 655-735.

—: Cándido, Micromegas, Zadig. Ed. y trad. de Elena Diego. Madrid: Cátedra, [4]1999.

WAUGH, Evelyn: Un puñado de polvo. Trad. de Josefina Gainza. Madrid: Alianza, 1972.

WILDER, Thornton: Nuestro pueblo. Trad. de María Martínez Sierra. En Obras escogidas, Valencia, Aguilar, 1963.

WILSON-LEE, Edward: Memorial de los libros naufragados. Hernando Colón y la búsqueda de una biblioteca universal. Trad. de María Dolores Ábalos. Barcelona: Ariel, 2019.

WOLFE, Thomas: El ángel que nos mira. Trad. de José Ferrer Aleu. Madrid: Debate, 1991.

ZARAGOZA, María: La biblioteca de fuego. Barcelona: Planeta, 2022.

ZUSAK, Markus: La ladrona de libros. Trad. de Laura Martín de Dios. Barcelona: Lumen, 2007.

ZWEIG, Stefan: Mendel el de los libros. Trad. de Berta Vias Mahou. Barcelona: Acantilado, 2009.

—: Encuentros con libros. Ed. y epílogo de Knut Beck. Trad. de Roberto Bravo de la Varga. Barcelona: Acantilado, 2020.

[330] La bibliografía aquí recogida responde exclusivamente a los libros que directa o indirectamente han sido manejados para cimentar o

aderezar este Libro de las bibliotecas imaginarias. Huelga decir que las ediciones aquí registradas no son necesariamente las primeras ni las mejores. Se trata sencillamente de las que tenía a mano en otra limitada biblioteca.

[331] Le chevalier d'Harmental no ha tenido mucha fortuna en español. De las ediciones actuales que conozco, la traducida por Juan Santamaría (Barcelona: Edhasa, 1995), que repite la de Círculo de Amigos de la Historia (Barcelona: Molins de Rey, 1968), está notablemente peinada y reducida. La de Rivadeneyra (sin datos de traducción. Madrid: Librería y Editorial «Rivadeneyra», 1922), aunque con leves supresiones y tres capítulos embebidos en uno, se acerca bastante al original, y en la traducción exhibe a veces giros cervantinos (como «Y diciendo y haciendo»), que son de agradecer. No he podido consultar la edición de la Librería de la Viuda de Ch. Bouret - Biblioteca de los Novelistas, París-México, 1908, que por sus características (2 vols. y más de 600 páginas) bien podría ser completa. La maldición alcanzó incluso a mi ejemplar de la edición francesa incluida en las obras completas del Alexandre Dumas illustré (París: A. Le Vasseur et Cie, éditeurs, s. a., tomo 4, pp. 5-144), cuyo primer pliego pertenece a Joseph Balsamo, y solo en la p. 17 prosigue Le chevalier d'Harmental.

[332] Hasta donde yo sé, solo se han traducido las dos primeras partes de esta trilogía: La bella Hortensia y El rapto de Hortensia (ambas por Josefa Sánchez Santana), Barcelona: Montesinos, 2005 y 2010 respectivamente.

Un apéndice perteneciente

Elogio de la biblioteca escolar

Diez años antes del mayo revolucionario, las únicas revoluciones que agitaban nuestra plácida vida escolar consistían en el reparto de la leche en polvo americana, el carro que una vez al año traía las roñas para alimentar la escuálida estufa de la escuela, y el polvo que, filtrándose por las mal machihembradas tablas del piso, ascendía majestuoso desde la panera inferior; pues es de saber que nuestra escuela —que también era Ayuntamiento— estaba encima de un modesto almacén del Servicio Nacional del Trigo. Cuando los carros venían a descargar, las afiladas injurias que sufrían los machos, durante la siempre penosa operación de dar marcha atrás el carro, se mezclaban caprichosamente con nuestra salmodia de la tabla de multiplicar o el catecismo, y no era raro que el nombre de Dios se tomara simultáneamente en vano y con esa bendita sencillez privativa de la infancia. Polvo y juramentos subían así mezclados, como incienso de suave olor en la ofrenda de la mañana[333].

En cinco años tuve tres maestras. Una de ellas tenía ciertas originalidades, y no fue la menor una delicada varita, que por su sutileza y dinamismo se hubiera confundido con batuta, que menudeaba con acompasado rigor y acierto sobre nuestras rudas molleras para despertarlas de su molicie. Pero, como contra estos siete vicios hay siete virtudes, tuvo una que para mí la absuelve de todos sus otros menudos pecadillos.

Reconozco que una clase mixta, con una variedad de especies y edades comprendida entre los parvulitos de cinco o seis años y los resabiados adolescentes de catorce, no debía de ser una orquesta cómoda de dirigir. Así que, después de haber estudiado a voz en grito la lección correspondiente, entretenía nuestros ocios con un deportivo ejercicio de amanuense, consistente en copiar la lección del día con una de

aquellas heroicas plumas que rezumaban tinta por doquier. La tinta era en polvo, como la leche; a los gavilanes les crecía la barba con una celeridad insondable; el palillero te manchaba los dedos indefectiblemente. Y así, escribir una página sin borrones era una tarea agotadora, casi siempre más allá de nuestras posibilidades. Hasta que un día sucedió el milagro: terminé. «Señorita, ¿ahora qué hago?». Debió de mirarme confundida, con la perplejidad del jugador sorprendido por alguna estrategia desusada. Sin mucha convicción me dijo: «Coge un libro y ponte a leer». Solo por esta frase, en el día del juicio será tratada con mucha misericordia.

Coger un libro y ponerse a leer. Una maestra anterior solía reunirnos como brotes de olivo en torno a su mesa para hacer ejercicio de lectura. A veces abríamos el Quijote al azar, y lo leíamos cantando las interrogaciones y tropezando en los traviesos rasgos de la estirada letra decimonónica. En cierta ocasión tuvimos una leve advertencia de los peligros que tan noble libro encierra. En efecto: ponderaba don Quijote la truchuela frente a la trucha y, llevado del hambre, imaginaba que «podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón». Una maliciosa sonrisa retozó en nuestros labios, ignorantes de que las palabras, como los poliedros, pueden tener muchas caras. La maestra se sumó con timidez a nuestra risa e intentó paliar el pernicioso regodeo del cabrón explicando lo del «gobierno de las tripas». Pero alguna azarosa casualidad —o «el diablo, que no duerme y que todo lo añasca»— quiso que, días después, las sortes quixotescae me deparasen un ventero «de condición terrible» que, candil en mano, gritaba furibundo: «¿Adónde estás, puta? ¡A buen seguro que son tus cosas estas!». Confusa, mandó cerrar el libro la maestra, y volvimos a los honestos placeres de Lecturas de oro y Simiente menuda, libros libres… de toda sospecha.

Aquel episodio volvió a revivir al conjuro de la mágica frase: «Coge un libro y ponte a leer». La biblioteca escolar reposaba en un pacífico rincón entre dos ventanas, envuelta en el indeciso triángulo de una penumbra suave, que se derramaba protectora en los días brumosos del invierno. Había cinco o seis docenas de libros, y algunos repetidos —para las lecturas en corro—, como el dicho Lecturas de oro, al que debo una copla imperecedera:

Nadie murmure de nadie,

que somos de carne humana,

y no hay pellejo de aceite

que no tenga una botana.

(¡Botana! Divina palabra. Su sonoridad debía encerrar por fuerza algún misterioso arcano. No volví a toparme con ella hasta unos años después —en el cap. 35 del primer Quijote—, y la humildad de su significado no logró borrar el halo redentor que la envolvía).

Pero volvamos a la penumbra de la biblioteca. No tendría más de cinco o seis docenas de libros. Y, sin embargo, ante mí se abría un «infinito mundo de posibilidades posibles». Empecé por buscar aquel libro maligno de papel amarillento, encuadernado en tela azul, que nos había sido medrosamente arrebatado por la turbulencia de un vocablo proscrito. Me senté con respeto. Lo abrí. Ya en las primeras páginas me sorprendieron los alucinados ojos de un hombre sentado a una mesa, rodeado de volúmenes, oscuridad y silencio, enfrascado en la lectura de un libro interminable. Esa primera ilustración de Alonso Quijano me causó una curiosa mezcla de fascinación y espanto, semejante a la de Marcelino ante el hombre callado del desván. Cada vez que visitaba el libro me debatía entre la tentación insuperable de volver a verlo y el miedo a su penetrante mirada. Las copiosas palabras de aquel libro parecían estar reservadas a fuerzas superiores a las mías, y aun así, huroneando instintivamente entre los diálogos, conseguí abrir refrescantes brechas —como aquella de la oreja y la cebolla— en el sólido muro de papel impreso.

Desde entonces me apliqué con fervor a la caligrafía matinal para robarle tiempo a la escritura y ofrecérselo a la lectura. Aprendí a desbarbar la pluma en el momento adecuado, a mojarla en el tintero común con precisión y cuidado para evitar hemorragias inoportunas, a empuñar el palillero por el lugar exacto. Acabada la tarea —siempre

leve, porque era preludio de otra placentera—, ya no le preguntaba: «Señorita, ¿qué hago?», sino directamente: «Señorita, ¿leo un libro?». Algún tácito entendimiento debió de establecerse entre nosotros, porque siempre me decía que sí. También por eso merece un asiento en el paraíso.

El rito de visitar la biblioteca se convirtió en una especie de juego temerario, una audaz exploración incierta de mundos desconocidos. Tocaba los libros, que estaban cuidadosamente forrados, quizá siguiendo el sabio consejo del Filobiblión, que abominaba de quien se atreviera a la injuria de tocarlos con las manos sucias[334]. Los libros se hallaban colocados sin más concierto que el arbitrario orden de llegada, así que siempre me veía sometido al aventurero azar del descubrimiento. Un día saqué La vida es sueño: era una versión en prosa, pero las razones de Segismundo no lograron calar allende el título; otro día fue El pájaro de oro, que alimentó mi espíritu cumplidamente; estuve a punto de eludir la Odisea, y solo una ilustración de Polifemo entortado me libró de tamaña desventura; los cuentos de Calleja me produjeron no poco solaz y regocijo; por alguna extraña razón no conseguí seguir a Alicia en su aventura subterránea, y en cambio me dejé llevar por la melancolía de un Peter Schlemihl que paseaba esquivo su orfandad de sombra; El califa cigüeña me proporcionó sin saberlo la primera palabra latina, Mutabor, y Orbasán un nombre para el cuento que siempre quise escribir y nunca hice. Casi cincuenta años después algunos libros no han dejado huella en el recuerdo, pero el mal ya estaba hecho: como el obispo Ricardo de Bury, salí «tocado del mal de amor hacia los libros», y algunos años después mi padre me reprochaba que estuviera todo el día «emborrachándome» con ellos.

* * *

Ha pasado ya más de medio siglo. Aunque tocados de una crisis provocada por quienes se están aprovechando de ella (¿recuerdan La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre?), hoy la penuria económica general no es tan violenta como en aquellos años oscuros de posguerra. Las escuelas de pueblo han quedado como la

jaula de Vicente Medina: «la jaulica vacía / y la bandá de pajarillos sueltos». Los libros estorban menos y decoran más. Los niños pueden tener su propia biblioteca y están más familiarizados con el libro. No parecería improbable que la biblioteca escolar fuera más prescindible que entonces. Quizá, tal vez, acaso, puede ser. Pero…

Pero no es lo mismo. Uno tiene su propia biblioteca, y es como su propia habitación, su propia casa. No encierra secretos, no produce asombro, y uno puede sentarse ante ella sin curiosidad, sin desasosiego. (Solo cuando es muy grande, el olvido depara sorpresas y reencuentros que podrían ser halagüeños si no pusieran de manifiesto el humillante desmoronamiento de nuestra memoria.) La biblioteca escolar, como toda biblioteca ajena, es un territorio desconocido. No debería, pues, haber colegio sin biblioteca ni aula sin su rincón del libro. Y del mismo modo que se hacen excursiones periódicas a la granja para contemplar el comportamiento de las gallinas, deberían organizarse incursiones periódicas en la biblioteca, para averiguar la conducta mudable de los libros.

No se trata de afligir al afligido ni de poner tropiezos al pie balbuceante. Pero todo es objeto de educación, desde el plato hasta el zapato, y hay que enseñar al lector tanto el placer del descubrimiento como la experiencia del riesgo. Bueno es recomendar un libro, pero acaso mejor poner al recomendado en vías de que se lo recomiende a sí mismo. Hay que enseñar a recorrer los vericuetos de una biblioteca con el mismo afán explorador que los de la montaña. Una cubierta atractiva, un título sugerente, un autor familiar, una ilustración vigorosa pueden ser ventanas por donde se cuelen los ojos y tras ellos el alma entera. También habrá que advertir que a veces los ojos matan, que no vale la rosa menos por nacer del espino y que bajo mala capa puede haber buen bebedor. La biblioteca escolar, ese ámbito privilegiado para el asombro, la admiración o la extrañeza, debería multiplicarse por todos los ángulos donde hubiera niños, y dedicar cada día unos minutos al saludable ejercicio de transitar sus sendas, para abismarse, espantarse, equivocarse, retroceder y buscar nuevos senderos. Y, sin dejarlo desamparado, invitar al lector a que viva su propia aventura, porque los caminos del libro, como los de Dios, son inescrutables.

En los primeros años de bonanza de la década prodigiosa, mientras un político vaticinaba: «Dentro de poco a España no la va a conocer ni la

madre que la parió», otro leía las Memorias de Adriano, que así se convirtió en libro de culto. Pues fue Marguerite Yourcenar quien puso en boca de su Adriano una frase que nunca deberían olvidar los gobernantes: «Fundar bibliotecas equivale a construir graneros públicos, amasar reservas para un invierno del espíritu que, a juzgar por ciertas señales y a pesar mío, veo venir». Ese invierno previsto ya está en puertas. Los gobernantes, llevados del furor del ladrillo y de la codicia por exhibir tijeras cortacintas, construyeron bibliotecas, sí —a veces de caros diseños y escasa funcionalidad—, pero con frecuencia las dejaron vacías, como la jaulica de Medina. Entre tanto ha aparecido un nuevo modelo de tijeras: las que no cortan cintas, sino presupuestos para libros, cultura y personal de biblioteca.

Supongo que ciertos libros siempre son un peligro potencial: imaginemos que entre los libros del ángulo oscuro apareciera un ejemplar del libro de Naomi Klein, El auge del capitalismo del desastre… Aunque siempre cabe preguntarse si este capitalismo salvaje, al que, si no le bastan los desastres naturales, los crea para seguir alimentándose, no es capaz también de fagocitar hasta las más sólidas, las más irritantes bibliotecas.

[333] Y quizá el color de las amapolas y de las margaritas que crecían a su vera. Valente nos recordó en su «Versión de Takuboku, 1886-1912» que «Detrás de la biblioteca de la escuela / aparecían en otoño flores amarillas / cuyo nombre aún ignoro» (José Ángel Valente: Fragmentos de un libro futuro. Barcelona: Círculo de Lectores, 2000, p. 58).

[334] «Toties irrogatur iniuria, quoties eisdem apponitur manus foeda» (Phil. XVII).

Agradecimientos

No puedo mencionar aquí a todas las personas que, durante esta composición casi irreal de puro ilusoria, me animaban o se desesperaban, deplorando mi negligencia y parsimonia. Entre ellos recordaré a Alfredo F. Alameda, que me procuró una biblioteca, y a la infatigable Cofradía del Pedal, progenitora de hipérboles; a Ángel Basanta, Luis Mateo Díez y Manuel Longares, por las bromas de La Castela y sus bienhumoradas sugerencias; a Luis Alberto de Cuenca, porque él es en sí mismo otra biblioteca —de tan inverosímil, casi imaginaria—, y a Fernando Iwasaki, que me llegó de su mano; a José Antonio Cordón, que puntual como las golondrinas preguntaba por el deseado y siempre postergado final, y a Fernando Marías (†), que no ha podido ver la promesa cumplida; a Antonio Fernández Ferrer, porque Borges no me lo perdonaría; a Pollux Hernúñez, que no cejó en el aliento ni perdonó acicate, además de suministrarme algún latín, y a Javier La Orden, antonomasia de sabiduría y discreción; a Dimas Mas, que me proporcionó un aforismo de Lichtenberg: «Si llega a cumplirse la predicción de Leibniz de que las bibliotecas serán algún día ciudades, también habrá calles oscuras y callejuelas inmundas como ahora»; a Miguel Ángel Navarrete, por haber encendido otra lámpara en un recoveco del Nautilus; a Juan Poza, que ya ha alcanzado el paraíso; a Javier Serrano, que ha dibujado ángeles, magos y condenados, o las magias parciales del cielo y del infierno; a todos los que, directa o indirectamente, han impulsado este proyecto cuando casi ni lo era, y ayudado al autor a sacar de harón ese brío; a María Casas, que supo dar con el título preciso; y, en fin, a Ofelia Grande, que ha acogido estas bibliotecas en su casa con la misma magnanimidad y benevolencia con que yo las hubiera recibido en la mía.

Acabó de imprimirse este Gabinete mágico

el 8 de marzo de 2023,

Día de la Mujer en general

y aniversario de la muerte de Hipatia de Alejandría en particular,

a la que Páladas nombró ἄχραντον ἄστρον τῆς σοφῆς παιδεύσεως,

«inmaculada estrella de la sabia enseñanza».

De ella ha dicho Irene Vallejo que fue lapidada

«en una de esas épocas en las que los moderados,

los que prefieren la reflexión pausada,

los conciliadores —aquellos a quienes los exaltados llaman tibios—

son un blanco fácil, lejos de la protección de las filas cerradas».

Ciérrase aquí este Libro de las bibliotecas imaginarias,

«de las librerías que ha habido en el mundo ilustres,

porque, perdida esta ocasión

o lugar que se ofrece para decir de ellas,

por ventura no tendremos otro tan conveniente para ello».

Así escribió Pedro Mexía, natural de Sevilla,

en su Silva de varia lección,

hablando de la invención de las letras,

de la primera librería (biblioteca) que hubo en el mundo
y de la primera griega, fundada por un Pisístrato de Atenas.
En esto, Mexía sigue a Aulo Gelio y a Isidoro de Sevilla,
y habla también de «cuán excelente cosa es la memoria».